



ae

A través del tiempo



PILAR CABER

Lectulandia

Nunca sabes, cuando te levantas cada mañana, si ese nuevo día te traerá la aventura de tu vida.

Poco podía imaginarse Marina, cuando en Agosto de 1994 se sentó dentro de un viejo y curioso confesionario, que ese día iba a cambiar su vida para siempre: sin saber cómo se encontró en el siglo XVIII.

Confundida con un «muchacho», se verá arrastrada dentro de un bergantín y a las órdenes de un autoritario capitán, demasiado atractivo para su tranquilidad personal.

Para el capitán Diego Izaguirre, lo principal era encontrar pruebas que limpiaran el nombre de su padre, injustamente ejecutado por piratería. Sorpresivamente, la presencia de ese nuevo grumete, un «jovencito» descarado y extraño, le distrae constantemente y le hace hervir la sangre como ninguna mujer antes.

Entre equívocos y confusiones, los dos se han encontrado a través del tiempo. Pero pertenecen a dos épocas, dos mundos diferentes. Un amor muy difícil de salvar...

Lectulandia

Pilar Cabero

A través del tiempo

Saga Izaguirre - 1

ePub r1.0

Titivillus 01.05.2019

Título original: *A través del tiempo*
Pilar Cabero, 2008

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Cubierta

A través del tiempo

Portadilla VI Aniversario

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Capítulo 58

Capítulo 59

Capítulo 60

Capítulo 61

Capítulo 62

Capítulo 63

Capítulo 64

Capítulo 65

Capítulo 66

Capítulo 67

Epílogo

Sobre la autora

Notas

Prólogo

San Sebastián, agosto de 1700

Paseaban por el muelle de la ciudad entre los puestos de las pescaderas que, en una algarabía de pregones, incitaban a los transeúntes a comprar su mercancía. Flanqueado por cuatro de sus hombres caminaba el capitán don Diego Izaguirre García, aunque muy pocos lo habrían reconocido como tal, disfrazado como iba. Desde que llegara a San Sebastián, una semana atrás, se hacía llamar don Roberto López de Valencia, comerciante de géneros variados con el Nuevo Mundo y capitán del *Tritón*. Bajo la casaca y las calzas de seda azul cobalto, su figura esbelta permanecía oculta entre rellenos de algodón, con el fin de darle una apariencia oronda y torpe. Su cabello negro estaba ahora disimulado bajo una peluca castaña, larga y rizada, y las facciones de su cara se difuminaban tras una capa de polvos de arroz y colorete, siguiendo la moda que se imponía desde la corte francesa. Su paso relamido y hasta un tanto afeminado contribuía a crear la ilusión de estar frente a un petimetre de la nobleza. Para dar más realismo al disfraz, se valía de un bastón de ébano con empuñadura de plata y un pañuelo perfumado de encaje, que agitaba a la menor oportunidad frente a su nariz.

No quería ser reconocido por los lugareños de una ciudad tan encantadora —de la que se consideraba oriundo pese a no haber nacido en ella—, a menos, claro estaba, que quisiera bailar la danza de los ahorcados, algo que no cabía en sus planes inmediatos, ni en los futuros.

Sus hombres no escondían lo que eran: marineros con la piel del color del cuero curtido, resultado de muchas horas capeando temporales sobre la cubierta de un barco. Formaban un cuadro variopinto al lado de su capitán; sus ropas, lejos de presentar la pulcritud y categoría de las de Diego, se componían de tejidos bastos y, en muchos casos, desgastados por el uso continuado; las calzas, que no sobrepasaban las rodillas, tenían un color indefinido, fruto de la cantidad de lavados sufridos. Dos de ellos incluso se

paseaban con los espléndidos músculos de sus torsos brillantes del sudor, para deleite de las pescaderas, que silbaban a su paso lanzándoles miradas provocativas. Los otros dos, con camisas que alguna vez fueron blancas. Andrés, el maestro artillero y gran amigo del capitán Izaguirre, llevaba un gran saco vacío cruzado sobre la espalda. Su aspecto rudo y musculoso, los ojos azules, un poco sesgados, y el cabello rubio, demasiado largo, le conferían un aspecto de vikingo difícil de olvidar.

Se dirigían al *Tritón*, el barco que, amarrado en un extremo del muelle, aguardaba para zarpar con la marea de la tarde. Podían ver los dos mástiles recortándose contra el cielo estival. Sus tripulantes se sentían tan orgullosos de ese bergantín como su capitán. Una nave llena de gracia y donaire en la navegación. Los marineros que habían quedado esa mañana a bordo estarían cargando los productos que iban a llevar al Nuevo Mundo: telas de brocado y encaje, aperos de labranza, aceite de oliva y frutos secos.

El capitán Izaguirre observó a un grupo de niños que, entre risas, se zambullían en el agua desde el muelle para paliar el bochorno reinante, ajenos a los desperdicios que flotaban en el agua. Con gusto se habría unido a ellos como uno más. Podía sentir correr el sudor bajo la fastidiosa peluca a lo largo de su espalda y perderse por las calzas empapando el algodón de los rellenos. No veía la hora de quitárselo todo y recuperar su apariencia habitual. Sin darse cuenta golpeó el suelo con el bastón, un tanto irritado.

Para distraerse del aplastante calor decidió repasar mentalmente la lista de la mercancía, tratando de no olvidar nada. Antes de partir quería visitar a su tío Santiago, el hermano mayor de su padre, por lo que debía darse prisa con el género. En un gesto habitual en él, se llevó la mano al pecho para tocar el medallón que siempre colgaba de su cuello. No lo tenía. Recordó enseguida que se lo había quitado esa mañana y ahora lo llevaba en el bolsillo de sus calzas. Al sacarlo, el disco dorado capturó la luz del sol y brilló con intensidad. Era una locura que lo vieran en público con aquel objeto tan raro y claramente identificable como de su propiedad. Por si fuera poco, llevaba su nombre grabado en el reverso. Si alguien lo reconocía, de nada le iba a servir el disfraz; su identidad sería inmediatamente descubierta. Pero aquella mañana, mientras se vestía, y a pesar de que su instinto le ordenaba no sacarlo del barco, lo había metido en el bolsillo en lugar de colgárselo del cuello bajo la ropa como en días anteriores. Ni él mismo sabía por qué, pero la necesidad de tenerlo junto a sí era más fuerte que la lógica. Era un regalo de su padre y le tenía mucho aprecio. Con afecto pasó el pulgar por toda la superficie.

Como salido de la nada, un chiquillo de menuda estatura se acercó a Diego con mucho disimulo y, con una habilidad sorprendente, le arrebató el medallón. Fue tan repentino que ni el mismo capitán fue capaz de evitar que se le escurriera de los dedos.

—¡Demonio de niño! —exclamó Diego con afectación, tratando a duras penas de mantener su papel de petimetre para no salir en pos del ladronzuelo y levantar sospechas a su alrededor—. ¡Ay de mí! ¡Me ha robado el muy tunante! —chilló con voz de falsete.

Con un gesto imperceptible para quien no lo conociera, indicó a maese Andrés que siguiera al chiquillo.

—Lo encontraremos, capitán —aseguró el maestro de armas—. Acompañame, Pedro —dijo a uno de sus compañeros antes de lanzarse en persecución del ratero.

—Atrapadlo. Os esperaremos en el *Tritón* —ordenó Diego, maldiciendo entre dientes por su insensatez.

Su intuición siempre había sido muy fiable. ¿Por qué diablos no le había hecho caso?, se preguntaba malhumorado.

Sorprendentemente, la pérdida del medallón había cambiado la prioridad de las cosas; el cuidado de ser reconocido se había transformado en la necesidad de encontrar ese objeto tan valioso para él. Enojado, apretó el paso rechinando los dientes ante el contratiempo. Lo más probable era que el pequeño rufián se deshiciese del medallón empeñándolo lo antes posible. Tendría que enviar a alguien a las casas de empeño para volver a recuperarlo, y engordar, de paso, la bolsa del prestamista para que no lo denunciase al preboste.

Sin lugar a dudas era un maldito contratiempo.

—Perdón, mi capitán... —susurró con respeto Segundo para llamar la atención de Diego—. Si me permitís advertiroslo, vuestro andar es demasiado enérgico para un señoritingo. —Sorbió ruidosamente por la nariz.

—¿Perdón? —preguntó confundido, mirando a sus hombres, hasta que recordó su papel—. Aaah... ejem... tenéis razón, buen hombre. —Fingió un traspié con los adoquines del muelle y se enderezó con grandes aspavientos, atusándose los rizos de la peluca con coquetería—. ¿Así mejor? —apuntilló en voz baja.

Los dos hombres asintieron satisfechos y se apartaron para dejar paso a un coche de alquiler.

—Creo que iré a visitar a mi tío, después de todo. —Se llevó el pañuelo perfumado a la nariz—. Este sitio es demasiado maloliente para mí —aseguró

Diego fingiendo un mohín. Luego, alzó el bastón para detener el carruaje.

El cochero frenó a los dos enormes bayos, encantado con tener nuevos pasajeros.

El capitán incapaz de aguantar más su papel de petimetre, y sin importarle traicionarlo, saltó al vehículo con agilidad.

—Subid, muchachos —dijo más alto de lo que debiera—. Cochero, a la casa-torre Izaguirre. Rápido —solicitó una vez que los dos marineros se hubieron acomodado en el asiento frente a él.

El cochero no se hizo rogar y con un chasquido del látigo los caballos partieron sin demora.

«¿Cómo he podido ser tan insensato?», se reprendió en silencio con rabia.

Pedro y maese Andrés corrieron como locos tras el pillo, sorteando a los viandantes de aquel muelle atestado. Lo vieron a escasos pasos de donde estaban, buscando un lugar por donde escapar. Pedro, menos corpulento que su compañero, se adelantó para aprehender al niño. Casi lo tenía al alcance de sus dedos. Le rozó la ropa. Un poco más y sería suyo. Se felicitaba incluso de antemano, cuando un trineo cargado de estiércol le interceptó el paso.

—¡Apártate de en medio! —farfulló consternado.

—¡Apártate tú, estúpido! —le contestó el cochero, un sujeto con aspecto de malas pulgas que alzó un puño con actitud amenazante. Pedro pensó en si merecía la pena darle una buena paliza a aquel cretino. Mejor dejarlo, tenía cosas más importantes que hacer, así que concluyó la discusión con un generoso corte de mangas.

Aquellos breves intercambios verbales fueron suficientes para que el marinero perdiera de vista al bribonzuelo, que aprovechó ese instante para lanzarse sobre un carro que partía del muelle cargado de pescado. El miedo a que lo alcanzaran aquellos hombres le restó agilidad y cuando saltó lo hizo de manera desmañada. La viscosidad del pescado y lo desigual del firme contribuyeron a que resbalara en el carro de un lado a otro. Una de las ruedas trastabilló con un bache y el chico se golpeó contra un lado del vehículo, precisamente en el brazo donde llevaba el fruto de su robo. El dolor lo atravesó como un hierro al rojo. No sentía la mano, que quedó sin fuerza. Sus dedos se abrieron inertes y, sin poder hacer nada para evitarlo, soltó el colgante. Rápido, intentó atraparlo con la otra mano. Lo rozó con las yemas y, cuando casi lo tenía otra vez, resbaló entre todo aquel pescado medio podrido

y no pudo alcanzarlo. Para su desesperación, tras rebotar en los adoquines, el objeto cayó al fondo de las aceitosas aguas del embarcadero.

—¡Maldición! —bramó con los ojos desorbitados de miedo—. ¡Ay, Dios mío...! ¿Qué voy a hacer ahora? —Se mordió el labio tembloroso en un esfuerzo por no echarse a llorar—. Al menos, recuerdo bien cómo era — pensó el niño, con la vana esperanza de que el hombre que le había encargado aquel robo se conformara.

Capítulo 1

San Sebastián, agosto de 1994

«Nunca sabes, cuando te levantas cada mañana, si ese nuevo día te traerá la aventura de tu vida». Las palabras seguían resonando aún en la cabeza de Marina. Se las había dicho su padre en el sueño que acababa de tener. Por un momento se sintió feliz; luego la cruel realidad se filtró en su mente: su padre ya no estaba con ella; como tampoco lo estaba su madre. Los dos habían muerto dos años atrás en aquel accidente. Marina reprimió las ganas de llorar. No tendrían que haber ido. Habría sido tan sencillo...

A través de la persiana, se filtraban los primeros rayos de sol de la mañana. Ya era hora de levantarse. Aunque ya estaba oficialmente de vacaciones, prefería no caer en la tentación de permanecer más tiempo en la cama sin hacer nada. El día prometía ser hermoso y era un desperdicio desaprovecharlo.

Por un momento, al pensar en las palabras del sueño, se estremeció con un mal presagio.

—No empieces a imaginar cosas... —se reprochó—. No es más que un sueño y ya le estás buscando tres pies al gato.

Se secó las lágrimas con el dorso de la mano. Su vida tenía que continuar. Buscó dentro de ella un poco de optimismo y saltó de la cama con energía, deseosa de enfrentarse a la aventura diaria.

Eran las ocho de la mañana y por la calle se oían los ruidos característicos de aquella hora: el barrendero, los repartidores, las persianas de algunos comercios. Era extraño no tener que ir a trabajar, pero no lo echaba de menos. Iba a emprender las vacaciones con ilusión y ganas de disfrutarlas. Después de todo habían pasado más de dos años desde la última vez. La restauración de algunos cuadros del Museo San Telmo le había llevado todo ese tiempo. Era un trabajo que la llenaba de satisfacción. Sentía tal reverencia ante el manejo de aquellas obras de arte de siglos atrás, que temía que un mal paso

dañase la pintura irremediablemente. El director le había comentado en diversas ocasiones que, dados sus conocimientos, eso era casi imposible, pero cada vez que comenzaba un nuevo trabajo volvía a sentirse tan insegura como un colegial.

Al licenciarse en Bellas Artes había comenzado como aprendiz de su padre, que trabajaba allí. Poco después, a raíz de los excelentes resultados de sus restauraciones, el director del museo la contrató para que continuara con la labor. De eso hacía ya tres años. Le había resultado difícil seguir desempeñándose en el mismo lugar donde trabajó su padre toda su vida, pero al final lo había conseguido y se sentía orgullosa de ello.

Dejando aquellos pensamientos a un lado, puso la cafetera antes de ir a la ducha. Al salir, el aroma de café llenaba la casa y sus tripas gruñeron de anticipación. Desayunó mientras dejaba que el pelo se le secara al aire. Lo llevaba peinado en suaves e indomables ondas por debajo de los hombros. Tenía un color de un extraño matiz caoba, como las algas que aparecen varadas en la playa al final del verano. Tanto su padre como su abuelo la llamaban Sirena desde que era un bebé por ese motivo, y por el verde intenso de sus ojos que, según ellos, les recordaba el verde profundo de las olas del mar. Con el tiempo su amor al mar les dio una razón más para llamarla de ese modo.

Recogió la casa en muy poco tiempo. Se vistió, como de costumbre, con unos simples pantalones vaqueros, que volvían a quedarle flojos, y un holgado jersey de punto azul marino, porque a pesar de estar en agosto, a esas horas aún hacía fresco en la calle. Los mocasines de piel terminaban su atuendo. No se maquilló; casi nunca lo hacía. Se aplicó un poco de vaselina en los labios para evitar que la brisa marina se los reseca.

Al coger las llaves de la casa se fijó en las uñas. Las llevaba, como siempre, muy cortas y con restos de óleo de distintos colores. La visión la llevó hacia atrás en el tiempo, cuando su madre la regañaba por tener las uñas siempre sucias, siempre oliendo a trementina y pintura al óleo. El recuerdo le humedeció los ojos.

—Vaya, parece que hoy me he levantado un tanto melancólica —se reprochó a sí misma.

Con una sacudida de cabeza alejó los malos pensamientos. Ya era tiempo de mirar hacia delante y vivir. Nunca había sido una persona dada a reflexiones tristes y no iba a empezar ahora.

En la calle algunas tiendas ya habían abierto, mientras otras estaban a punto de comenzar la jornada. A Marina le gustaban las mañanas, cuando el

aire aún guardaba el fresco de la noche; las calles todavía humedecidas por el agua de limpiar el pavimento. Los sonidos eran más suaves que al atardecer, cuando la Parte Vieja de la ciudad se llenaba de música estridente, de las voces desafinadas de los que cantaban tras unas copas de más o las charlas de los asiduos a los muchos bares y que, formando grupos, tomaban sus consumiciones a la puerta del establecimiento, porque el interior se encontraba atestado. A primeras horas de la mañana eso sencillamente no existía. A mediodía, cuadrillas de hombres se dedicaban a lo que coloquialmente se llamaba chiquiteo, y que no era otra cosa que ir de bar en bar bebiendo chiquitos de vino y cantando, a coro, tonadas populares con sus voces de barítonos un tanto achispadas.

Se encaminó directamente al muelle. Quería visitar a su abuelo, el único familiar que le quedaba. Su padre había sido hijo único. Por algún motivo que Marina desconocía, su abuela no pudo tener más hijos y, además, murió poco después de nacer ella. Por otro lado, la madre de Marina se crio en un convento junto a las monjas hasta que conoció a Julián y se casó con él.

Su familia había sido muy pequeña y ahora lo era aún más. Tal vez, por ese motivo, su abuelo y ella estaban estrechamente unidos; a falta de otros familiares y pese a que vivían cada uno en una casa, porque su abuelo consideró que ella necesitaba tener su propio espacio y él no quería interferir, se apoyaban el uno en el otro; ya fuera para divertirse navegando o para acompañarse a la consulta del médico. Algunos fines de semana que el tiempo no era propicio para salir a la mar, alquilaban películas antiguas para verlas con un cuenco de palomitas de maíz en el regazo.

Llegó al muelle. Era un hervidero de gente que iba de un lado para otro acarreando cosas. Por un breve instante se permitió fantasear, como en tantas otras ocasiones, en la imagen que habría presentado ese mismo puerto unos siglos atrás. Por su mente desfilaron imágenes de grandes buques, goletas, bergantines... con sus imponentes aparejos apuntando al cielo. Ya no estaban las casas de pescadores a los pies del monte Urgull, ni los coches modernos aparcados. Aún existían las compuertas que cerraban la dársena.

Veía, también, a los marineros atareados en la descarga o la carga de mercancía en las bodegas de las naves; a las pescaderas con cestas en la cabeza pregonando sus exquisiteces o a las mujeres de los intrépidos pescadores, con las manos encallecidas de remendar las redes de pesca, sentadas sobre los adoquines charlando de los problemas cotidianos.

De nuevo esa percepción fue tan intensa y tan vívida, que hubo de parpadear varias veces para tomar conciencia de dónde estaba. No era la

primera vez que le ocurría algo así. De hecho, desde muy niña le asaltaban imágenes de otros tiempos, tan nítidas como si fueran recuerdos. Era sorprendente y escalofriante por momentos ver algún objeto en un museo y saber casi con exactitud para qué se utilizaba antes de leer las explicaciones que tenía al lado. Esa capacidad, por llamarla de alguna manera, era motivo de bromas por parte de sus amigas, que mantenían entre risas que al nacer se había equivocado de siglo.

Agitó la mano al aire, como si quisiera negar esa fantasía, y se dirigió al velero de su abuelo, saltando de barco en barco con agilidad.

A su *aitona*^[1], desde que se jubiló como práctico en el puerto de Pasajes, se le podía encontrar todas las mañanas sobre la cubierta de su pequeño velero reparándole alguna cosa. A sus setenta años se negaba a abandonar el barco que le había pertenecido casi toda su vida y al que cuidaba con todo mimo.

El velero se destacaba de los demás por ser el único que era enteramente de madera, no como los barcos vecinos, más modernos, que estaban hechos con fibra de vidrio. En el casco recién pintado de azul y blanco podía leerse su nombre: *Sirena*. El mástil y la cubierta relucían con el barniz en perfecto estado, fruto de los innumerables cuidados que le prodigaba su abuelo. Sin lugar a dudas era una bonita nave, de las que ya quedaban pocas.

—¡Ah, del barco! —se anunció Marina.

—Buenos días, *Sirena* —respondió Eusebio, su abuelo, desde la cubierta tocándose la gorra de capitán de barco, ya parda por tanta exposición al sol—. Sube, cariño.

Se besaron en las mejillas en cuanto Marina puso los pies en cubierta.

—Ten cuidado, muchacha, tengo las manos manchadas de grasa y te pondré perdida. —Cogió un trapo y empezó a limpiárselas. Luego se acomodó mejor la pipa apagada, que colgaba de su boca como un apéndice más.

Marina sonrió al ver los viejos pantalones, manchados de barniz, la camisa holgada y unas zapatillas de lona que habían conocido tiempos mejores. Tendría que llevarle a comprar ropa; seguro que tenía otras prendas con las que podría estar allí, sin necesidad de parecer tan zarrapastroso.

—Vaya sorpresa, cielo. —Su cara, morena y surcada de arrugas, se ensanchó en una sonrisa de satisfacción—. No sabía que ibas a venir. Vamos, pasa a la cabina —dijo, sujetando la pipa entre los dientes, mientras se restregaba las manos hasta dejarlas limpias.

Dentro del camarote olía al tabaco que fumaba su abuelo. Era un olor que le traía recuerdos de su niñez. Muchas veces había salido a navegar en aquel

velero en compañía de los dos hombres de su vida: su padre y su abuelo. Las fotografías pegadas por toda la cabina formando un *collage* atestiguaban aquellas salidas.

—Vaya, había olvidado que hoy empezabas tus vacaciones. ¿Cómo lo llevas? —preguntó Eusebio al entrar en el habitáculo.

—Muy bien. Me cuesta desconectar y aún no he conseguido quitarme las manchas de óleo de las uñas...

—Eso es que no te has tomado el tiempo necesario, Sirena —aseguró el anciano. Sonrió a su nieta antes de sentarse en la pequeña mesa que presidía el lugar—. Anda, muchacha, siéntate un rato —la apremió con un ademán y esperó a que ella lo hiciera—. Tu madre te las habría metido en trementina hasta dejártelas como la patena y después habría insistido para que usases guantes de cirujano.

—Estoy segura de que lo habría hecho; siempre se preocupaba por que estuviera guapa. Terminó aceptando mi negativa a pintar con guantes, aunque no creo que lo entendiese. Necesito sentir el tacto del óleo en las manos. —Se encogió de hombros—. Supongo que será una manía por mi parte. Tal vez, lograría acostumbrarme a utilizarlos si dejara a un lado mis rarezas. Eso me permitiría conservar las uñas limpias —terminó, observando con fastidio las manchas de colores en sus dedos.

Su abuelo se levantó y, después de colocar un cazo con agua, encendió el hornillo. Ahora que el médico le había quitado el tabaco, cultivaba su otro vicio: el café.

—Dale tiempo y quizá lo conviertas en moda. Ahora cualquier cosa lo es. Viniendo para aquí me he cruzado con un muchacho con la cabeza rapada y una cresta de pelo que habría puesto verde de envidia a cualquier guerrero cheroqui que se preciase.

Los dos comenzaron a reír con ganas.

—Se llaman punks, y ya es una moda casi trasnochada. A estas alturas ya deberías de haberte acostumbrado a verlos.

El *aitona* puso los ojos en blanco.

—Da igual cómo se llamen, parecen indios de las praderas. ¿Qué será lo próximo? Eso de la moda es una locura. —Señaló con la pipa las manos de su nieta—. Es posible que de ahora en adelante las jovencitas lleven las uñas pintadas de colorines... Bueno, Sirena —continuó, cambiando de tema—, nunca te imaginarás lo que me he encontrado hoy al subir el ancla.

—Cualquier cosa; en el fondo del muelle puede haber de todo —anunció entre risas.

Eusebio dejó un par de tazones en la mesa y fue a abrir un cajón cercano. Extrajo algo cubierto por un pañuelo. Lo desenvolvió con lentitud, tomándose todo el tiempo necesario. Sabía que a su nieta le iba a gustar aquel objeto; a ella le encantaban las cosas antiguas. Tenía fascinación por el siglo XVIII. En muchas ocasiones había pensado que ella habría sido más feliz en aquella época. Sonrió ante la sorpresa que se iba a llevar.

A la luz que se colaba por los ojos de buey de la cabina, apareció bajo los pliegues de la tela un disco dorado. El viejo práctico lo había limpiado, pero la suciedad aún se acumulaba en los surcos de los intrincados grabados que circundaban y cubrían la superficie de la joya. Se lo entregó a Marina, que lo examinó arrobada.

—Es un medallón... antiguo. —Tomó asiento frente a su nieta—. ¿Ves? En medio tiene la rosa de los vientos en relieve, con los nombres de los cuatro puntos cardinales. —Señaló las letras—. ¿Qué? ¿Te gusta?

Marina tomó la pieza emocionada por ese hallazgo. Los nombres de los puntos cardinales estaban escritos con letra gótica. No era muy grande; tendría unos cinco centímetros de diámetro y poco menos de medio de grosor. Pesaba bastante, como si fuera macizo.

—Por supuesto que me gusta. Es una pasada... y por lo que parece es de oro —declaró Marina, volteando la pieza—. Mira, por la parte de atrás tiene un nombre escrito... «Diego Izaguirre García». ¿Quién será? —Un escalofrío recorrió su espalda y sin poderlo evitar se estremeció.

—No. Más bien, ¿quién era? —especificó Eusebio y se volvió para traer el agua hirviendo del hornillo. De un armario sacó un bote de café instantáneo, azúcar y dos cucharillas—. Anda ponte un café para que entres en calor. —Se sentó otra vez. Luego llenó de tabaco la cazoleta de su pipa, antes de prenderle fuego.

—¿Cómo lo has encontrado? —preguntó interesada, dejando la joya sobre la mesa para frotarse distraídamente los brazos, repentinamente fríos. Después de preparar café para los dos, sujetó su tazón entre las manos para darse calor.

—Ya te lo he dicho: al sacar el ancla estaba enganchado en ella con un cordón de cuero medio podrido. No entiendo cómo no lo han encontrado antes... con las veces que han dragado el lecho del muelle. —Alzó los hombros, sorprendido; tras dar varias caladas exhaló el aromático humo.

—Ya... —declaró Marina, sonriendo con cariño, olvidado ya el momentáneo frío—. Será que teníamos que encontrarlo nosotros. ¿No dices eso siempre que sucede algo extraño?

—Sí, y es la realidad. Las cosas pasan porque tienen que pasar; nada sucede porque sí; todo tiene un propósito. La mayoría de las veces lo descubrimos con el tiempo y nos decimos: «Mira, aquello que pasó aquel día y a lo que no dimos la menor importancia; era para esto...» —aseveró el hombre, señalando a su nieta con la pipa—. No lo olvides, jovencita.

Marina, entonces, recordó el sueño.

—*Aitona*, esta noche he tenido un sueño extraño.

—¿Ah, sí? ¿Otro? —bromeó Eusebio.

—No te burles de mí. No tengo la culpa de tener sueños de lo más raros. —Suspiró—. Esta vez he soñado con mi *aita*^[2]. La mirada castaña de su abuelo se ensombreció ante la mención de su hijo.

—Me decía: «Nunca sabes, cuando te levantas cada mañana, si ese nuevo día te traerá la aventura de tu vida» —recitó con rapidez para no dar tiempo al anciano a entristecerse.

Por un momento se hizo silencio dentro de la cabina del velero. Abuelo y nieta se dedicaron a remover el café con la cucharilla. Ella casi se estaba arrepintiendo de haberlo contado, cuando el viejo práctico se quitó la gorra y se rascó la calva.

—Bueno, tal vez te esté anunciando precisamente eso... Hoy empiezas las vacaciones, ¿no? Pues ahí tienes un buen momento para vivir una aventura.

—Entonces, ¿tú crees que mi *aita* quería decirme algo? —preguntó sorprendida.

—Seguramente, ¿por qué no? —Se alzó de hombros en un gesto habitual en él—. ¿Tú qué crees?

—No lo sé, es tan complicado... —Se masajeó las sienes desconcertada y miró el colgante, que había dejado en la mesa.

—Anda, Sirena, no lo pienses más, ya lo sabes...

—Lo que tenga que ser, será —terminó Marina por él. Pasó un dedo por los relieves de la joya—. ¿Me lo puedo quedar? Solo hasta que lo devolvamos a Objetos Perdidos —rogó, sorprendida por el deseo de poseer aquel colgante, aunque fuera por unas horas.

—Bueno, Sirena, pero habrá que ponerle un cordón para que lo cuelgues —dijo, y comenzó a buscarlo por los cajones de la cabina—. Este valdrá —aseguró unos minutos después, con un cordón de cuero en las manos.

Una vez colocado en el medallón, Marina no perdió tiempo en colgárselo del cuello. Se sentía extraña, pero de alguna manera el colgante le resultaba familiar.

«Seguramente lo he visto en algún libro o en un grabado antiguo; debe de ser un modelo habitual de la época», pensó. Le preguntaría al director del museo la posibilidad de datarlo. En su mente vio la cifra 1700 con total claridad.

«Estás dejándote llevar por la imaginación otra vez», se reprochó en silencio.

—Vaya, muchacha, ¿tienes algo proyectado para estas vacaciones?

—No, aún no —contestó distraída.

—¿Vas a ir a algún sitio? —insistió, chupando su pipa.

—Quizá. En realidad, no he tenido mucho tiempo para pensar algo. Estos últimos días he trabajado a contrarreloj para acabar todo. Casi no he salido del estudio; de hecho, solo me faltaba quedarme a dormir allí —sonrió—. Lo cierto es que he disfrutado mucho.

Eusebio asintió. No dudaba de que hubiera gozado haciéndolo; ya desde niña le había gustado pintar y dibujar. A decir verdad, lo hacía hasta en la arena húmeda de la playa o en el vaho de los cristales.

—Deberías viajar un poco. Eres joven. Si yo tuviera tu edad, jovencita...

—¿Qué harías? ¿Un safari? ¿Escalada? ¿Salto en paracaídas? —preguntó con picardía; apartó las manos de la joya, dejando que colgara del cuello. Miró a su abuelo haciendo muecas de interés.

—Ahora eres tú la que se burla de mí, muchacha —la amonestó simulando enfado—. Pero es cierto: me iría por ahí, en busca de aventuras. Creo que llevas demasiado tiempo sin salir. Un poco de alegría y emoción en tu vida no te hará ningún mal. —Aspiró por la pipa y soltó una bocanada de humo—. Prométeme que pensarás lo de viajar. No te desanimes si ninguna de tus amigas puede ir contigo, porque durante el viaje seguro que conocerás a muchas personas y te lo pasarás muy bien.

—Está bien, capitán. Pasaré por alguna agencia de viajes para ver qué me proponen —claudicó con una sonrisa, admirando el colgante otra vez.

—No aceptes nada donde puedan ir jubilados —dijo el anciano con cara seria—. No necesitas más viejos en tu vida. Asegúrate de que tus compañeros de viaje sean menores de treinta y cinco años, solteros y...

—Por Dios, *aitona*, no sé si quieres que viaje para divertirme o para encontrar marido —le regañó, fingiendo disgusto.

—Caray, Sirena, no se sabe dónde está nuestro destino... y ya va siendo hora de que tengas un buen muchacho a tu lado. —Ella refunfuñó, lanzándole miradas esquivas—. No me mires de ese modo, jovencita; sabes que tengo

razón —sentenció antes de dar una larga chupada a su deslucida pipa y exhalar el humo con decisión.

—No deberías fumar; el médico ha insistido en que tienes que dejarlo.

—Lo sé, pequeña, pero ya solo fumo tres veces al día —aseguró—. Te preocupas demasiado. No me va a pasar nada...

—No quiero que tengas otro ataque —lo interrumpió, frunciendo el ceño.

—No pongas esa cara; el doctor Goena dice que debo hacer vida normal. El que una vez me diera un infarto no quiere decir que se vuelva a repetir. Sé que lo haces por mi bien, Sirena. —Le pasó un dedo por el entrecejo para borrar las arrugas—. No pongas esa cara; imagina que te queda así. —Juntó las cejas hasta componer un rictus de malhumor tan exagerado que arrancó una renuente sonrisa a su nieta—. Eso está mejor.

—Temo que te pase otra vez y... —Se mordió el labio superior incapaz de terminar la frase.

—Ten por seguro de que viviré hasta conocer a mis bisnietos, Sirena —aseguró Eusebio, contundente.

Como siempre que se encontraban, el tiempo pasó volando, y si no fuera por la campana de la iglesia les hubieran dado las tantas.

—¡Ay! Las once menos cuarto. Será mejor que me ponga en marcha. Quiero hacer unas cosas antes de comer —anunció Marina. Se puso en pie para lavar las tazas.

—Deja eso, muchacha, y ve a tus tareas. No dejes de ir a una agencia de viajes.

—Que sí. Claro que iré. Buscaré algo con leones y tigres... —Se rascó el mentón con teatralidad—. ¿Algo como *Mogambo*?

—Mira que eres guasona, Sirena. Me conformaré con que te lo pases bien. Anda, ven y dame un beso de una vez —le ordenó con fingida severidad.

Se abrazaron con cariño.

Eusebio la vio saltar de barco en barco con elasticidad y equilibrio hasta ganar las piedras del muelle, y sonrió ante su figura menuda que se asemejaba más a la de un muchacho imberbe que a la de una mujer. Se sentía muy feliz por tener una nieta como ella, aunque en muchas ocasiones le hubiera agradado que no estuviera tan sola. Ya tenía veintiséis años e iba siendo hora de que tuviera pareja. Él a su edad... Pero ya no eran esos tiempos, pensó.

Dos de las tres amigas de la infancia de Marina, Beatriz y María, estaban ya casadas, y Mónica estaba a punto de hacerlo. La primera tenía un hijo de pocos meses y la segunda no tardaría mucho en imitarla. Caramba, al él

también le gustaría tener un bisnieto. Ojalá fuera de viaje y conociera a alguien que...

—¡Deja de chochar como un viejo carcamal! —se reprendió. Vació la cazoleta de la pipa, ya apagada, contra la regala del barco y volvió a sus tareas de capitán mientras pensaba en lo dichoso que era por tener una nieta como aquella.

Ajena a los pensamientos de su abuelo, Marina se dirigió a la iglesia de San Vicente, en el otro extremo de la Parte Vieja. Era un lugar donde iba a menudo, no a escuchar misa, sino a relajarse, a meditar. Consideraba que esos lugares estaban llenos de energía y paz.

Llevaba bastante tiempo sin ir, más por falta de tiempo que de ganas, y ya era hora de remediarlo.

Capítulo 2

Eran poco más de las once cuando Marina traspasó las puertas de la iglesia de estilo gótico tardío. Dentro la temperatura era más fresca que en el exterior, pero resultaba agradable. El deterioro de los muros era evidente; precisaban de una buena restauración. Tratando de imaginarse las reparaciones que llevaría a cabo en caso de que ella fuera la encargada de hacerlo, fue paseando por el interior del templo. Imaginó el retablo mayor, con sus imágenes del Salvador, San Vicente, San Sebastián y la Asunción ya limpios y restaurados en todo su esplendor. Giró para contemplar las altas vidrieras y bajó la vista por los pilares que sustentaban el alto techo. Fue en esos momentos cuando su vista reparó en un confesionario antiguo que, medio cubierto de polvo, estaba a un lado de la puerta principal. No recordaba haberlo visto en sus muchas visitas anteriores. La curiosidad pudo más que ella y se encaminó hacia allí, mientras que el medallón, que pendía de su cuello, oscilaba a cada paso.

El mueble de madera oscura ostentaba un tallado rico en motivos florales entrelazados. La puerta de entrada lucía calados entre las tallas ornamentadas. Tenía reclinatorios a ambos lados del mueble, con el enrejado característico por donde declarar los pecados al sacerdote de turno. El confesionario en sí era muy bello, pero la fina capa de polvo le quitaba parte de su belleza. Era como si no lo hubieran utilizado en mucho tiempo.

Nunca había visto ninguno igual. Los que conocía eran de líneas rectas y austeras. Nada que ver con semejante despliegue de relieves finamente trabajados, según pudo comprobar al pasar la mano por aquellas molduras.

Obedeciendo a un impulso, decidió pasar adentro. Empujó la puerta que, sorprendentemente, se abrió en silencio. Estaba oscuro, olía a humedad y a moho, pero eso no la detuvo. Cerró la puerta y se sentó en el asiento forrado de terciopelo violeta que presidía el interior. Desde pequeña había sentido

curiosidad por saber qué había allí dentro; cómo se sentirían los sacerdotes mientras escuchaban la lista de pecados de sus feligreses.

Notó que en aquel espacio hacía más calor que fuera, pero no le dio demasiada importancia. Poco a poco sus ojos se acostumbraron y la penumbra dejó de ser tan impenetrable. El interior, que era de forma cilíndrica, también estaba tallado, pero con motivos geométricos que, entrelazados unos con otros, formaban una espiral concéntrica cuyo eje central coronaba el techo del mueble.

—Vaya, vaya con los curas —murmuró desconcertada—. Jamás me habría imaginado que los confesionarios fueran así por dentro.

La certeza absoluta de que aquella cabina era diferente a las demás cruzó su mente.

Con suavidad pasó sus manos por las entalladuras tan bien realizadas, felicitando a las manos que habían trabajado con tanta destreza. Su errático recorrido la llevó a la puerta. Los calados que había visto en el exterior dejaban pasar la luz del altar y formaban dibujos. Mirando más atentamente descubrió que no creaban dibujos, sino letras.

—P... E... R... —deletreó siguiendo con los dedos aquellos símbolos. Fuera las campanas del reloj señalaban las once y media—. T... E... M... P... O... R... E... *Per tempore*.

En cuanto pronunció las palabras sintió una leve sacudida y por un instante pensó que el mueble se había movido, pero luego desechó la idea por demasiado fantasiosa. No obstante, en ese mismo momento, el aire pareció condensarse; como si adquiriera la densidad de la miel. Le impedía respirar. Aunque quiso salir de allí, las piernas fueron incapaces de obedecerla. La temperatura parecía haber subido varios grados de manera súbita y, junto a la humedad reinante, convertía aquel pequeño rincón en una sauna. Se le taponaron los oídos por la presión. Era como estar dentro de un molde lleno de gel transparente; podía ver, a través de la sustancia gelatinosa, las letras distorsionadas frente a ella. En ese momento, vio que comenzaban a girar y a dar vueltas como si estuviera en un tiovivo fuera de control.

Trató de gritar; sin embargo, el sonido se le congeló en la garganta. Alzó los ojos, lo único que al parecer podía controlar, al techo del confesionario. Notó que era absorbida por aquella espiral que, ante sus ojos espantados, giraba como un torbellino, tirando con fuerza de su persona en todas las direcciones. La velocidad se intensificó hasta que ya no le fue posible distinguir nada.

«Dios mío, ayúdame», pensó, desesperada en medio de aquel caos, antes de perder el conocimiento.

Se despertó desorientada. Cuando el olor a humedad asaltó su olfato, arrugó la nariz. Apenas veía; parpadeó varias veces para enfocar el lugar. Estaba en el confesionario, aprisionada entre el banco y la puerta, en donde había caído inconsciente. El pánico la instó a intentar levantarse por si se repetía la experiencia anterior. Le costó hacerlo; se notaba aturdida, extraña, como perdida... Su corazón latía descompasado en el pecho; notaba el estómago revuelto. Quiso pensar que todo era fruto de su momentáneo mareo y se apresuró a salir de allí.

La temperatura en el exterior de la iglesia había subido varios grados desde que Marina entró en ella, pero la muchacha no se percató por el afán de regresar al embarcadero lo más rápido posible. Jamás se había mareado antes y eso la preocupaba. Además, el extraño suceso en el confesionario la había asustado de veras. Deseaba estar junto a su abuelo. Pese a no querer pensar en la extraña experiencia que acababa de ocurrir, no podía sacársela de la cabeza y le daba vueltas y más vueltas a las causas que lo habían producido.

«Vaya, debe de haber sido una bajada de tensión, por el calor que hacía dentro del confesionario o, simplemente, que soy demasiado imaginativa.»

Había desayunado en condiciones, por lo que no podía ser debilidad. ¿Qué había sucedido entonces?

Llevaba recorridos unos metros cuando, poco a poco, comenzó a percatarse de que algo extraño sucedía a su alrededor.

Lo primero fue el olor, una mezcla de excrementos de caballo, verduras podridas y orina, que se le pegaba a la nariz. Después fue el aspecto de la calzada. «¿Dónde estaban los adoquines del suelo?», pensó, aturdida. El piso era ahora de tierra apisonada, marcado por roderas estrechas y huellas de cascos de caballo; incluso los regueros de la lluvia habían dejado su impronta en él.

Pero no solo era la falta de adoquines: algunas de las casas eran distintas de como las había visto esa misma mañana. Hasta las personas que paseaban por allí vestían a la antigua. Un hombre llevaba pantalones hasta la rodilla, medias negras, chaqueta entallada y sombrero tricornio. A su lado caminaba una mujer con un hermoso vestido de color carmesí entallado hasta la cintura, falda muy fruncida y larga hasta el suelo. Otras personas llevaban un aspecto parecido, aunque no tan elegante. Sus ropas, en algunos casos, estaban muy usadas y remendadas. Parpadeó sorprendida. No era su imaginación, como otras veces. Esto parecía real.

«Ya... estarán haciendo algún tipo de anuncio o quizá sea una película», reconoció para sí. «Pero... ¿dónde están las cámaras? ¿Dónde acaba el decorado? ¿Y para qué este olor nauseabundo, si en la televisión nadie va a percibirlo?».

Un enjambre de moscas zumbaba junto a un charco de agua maloliente, mientras un caballo, atado a una argolla, coceó para apartar al insensato perro que olisqueaba a su lado.

Se giró en redondo para observar todo aquello. ¿Qué estaba pasando? Consternada y con el estómago agarrotado por la sensación de irrealidad, se tocó el medallón, que seguía colgando de su cuello, este brilló a la luz del sol. La urgencia por ver a su abuelo la llevó a volverse y a acelerar el paso con intención de llegar al puerto lo antes posible. Quería comprobar que todo seguía igual, que no era más que una de sus visiones. Una pesadilla, fruto de su desbordante imaginación, que estaba durando más de lo acostumbrado.

Alguien gritó por encima de su cabeza y al instante una cascada de líquido cayó a escasos centímetros de donde ella acababa de pasar. El olor a orina se extendió por el lugar.

«¿Qué está sucediendo?», se preguntó con desesperación y se abrazó a sí misma sin dejar de andar.

Un hombre de ropajes toscos y con un olor penetrante a sudor le interceptó el paso. Marina no pudo evitar un sobresalto.

—¿Adónde vas, muchachito? —preguntó, aproximándose tanto a ella que pudo apreciar la falta de varios dientes y su aliento fétido. Ella aguantó una mueca de asco—. ¿Te has perdido?

—Déjeme en paz —murmuró, asustada.

—Vaya, vaya, mocoso, ¿qué llevas ahí? —indagó, mientras acercaba la mano mugrienta para tocar el medallón.

Marina, sin salir de su aturdimiento, golpeó la mano del hombre y se obligó a correr para escapar de semejante individuo.

—No corras, rapaz. Eres demasiado bonito para dejarte ir —aseguró el sujeto asiendo la manga del jersey de la joven—. No escapes. Estoy seguro de que me darán unos buenos dineros por ti.

Totalmente confundida pero resuelta a escapar de aquel personaje, forcejeó con ahínco. Tiró de su jersey con fuerza, pero solo consiguió estirar el tejido. El hombre lo tenía sujeto y sonreía con satisfacción al ver los infructuosos esfuerzos de ella por liberarse.

—Suélteme, maldita sea.

—¡Uy, uy, uy! Renacuajo, ¿qué lenguaje es ese? —preguntó con sorna, mostrando sus dientes cariaídos en una sonrisa.

—¡He dicho que me suelte! —siseó Marina, perdiendo los nervios, mientras manoteaba frenética.

Nunca había visto una persona con los modales y el aspecto de semejante hombre. ¿Cómo era posible que contrataran a ese tipo de gente para la película? Estaba muy asustada y confundida. Solo quería regresar al *Sirena* para estar con su abuelo. Algo no marchaba bien. Algo había cambiado. Si era una pesadilla, quería despertar ya.

El sujeto trató de doblegarla dando un tirón de la manga, acercándola aún más a su cuerpo hediondo. Reprimió una arcada ante el hedor.

—¡Por mil demonios! Creo que recibiré una pesada bolsa por ti. Primero es menester que te domen, mi pelirrojo potrillo. Es una lástima que no sea yo...

Marina no tenía tiempo de seguir pensando ni de hacer conjeturas sobre qué pasaba. Era primordial escapar de ese energúmeno lo antes posible. Se sacudió con vigor, mientras asestaba golpes y patadas a diestro y siniestro ante la mirada socarrona de su captor, que no parecía sentir la menor molestia por su esfuerzo. Marina comprobó que los demás actores pasaban cerca de ellos sin prestar atención a sus dificultades. ¿Es que nadie iba a hacer nada por ella? Era evidente que no. La indignación de verse, por un lado, ignorada, y por otro, bajo amenaza, la hizo reaccionar retomando con más ahínco, si cabe, su defensa. Con puntería certera, asestó un rodillazo en la entrepierna del hombre, que se dobló en dos y, aullando de dolor, soltó la manga. Al verse libre, corrió para alejarse rápidamente de allí. En su ciega carrera por llegar al muelle sorteó a la gente que se arracimaba junto a los puestos de venta. Muchos le lanzaron insultos al ser empujados, pero ella no se dio cuenta de nada de eso; su intención era llegar cuanto antes junto a su abuelo y comprobar que todo era... ¿qué?

Aceleró calle adelante. Al pasar al lado de la iglesia de Santa María del Coro dio varios traspiés al darse cuenta de que, no solo estaba apuntalada, sino que también era diferente. Se enderezó, obligándose a no pensar en ello. Si hasta ese momento sentía temor, en este instante el pánico pudo con ella. Podía entender que hubieran acondicionado la calle para que pareciera de época, pero ¿apuntalar una iglesia?

«¿Estoy volviéndome loca?», se preguntó a punto del llanto.

Al desembocar frente al puerto con la mirada perdida en el paisaje que tenía delante, parpadeó varias veces, en un intento vano de alejar de su cabeza

aquella imagen alucinante. La escena persistió nítida ante ella como burlándose de su incredulidad.

Se detuvo en seco, incapaz de dar otro paso.

—Dios mío, ¿qué ha sucedido?

Le recorrió un escalofrío por la columna vertebral, mientras un nudo de puro terror se cerraba en su garganta. Con torpeza se llevó las temblorosas manos a la cabeza y gritó.

Capítulo 3

San Sebastián, agosto de 1700

La habitación alquilada estaba prácticamente en penumbra, solo rota por el fino haz de luz, que se colaba por la ventana a su espalda y que impedía que el niño pudiera verle la cara. No deseaba de ningún modo ser reconocido. Sabía que sus ropajes negros y el hecho de que permaneciera oculto intimidaban al pobre mocoso, encargado de seguir al capitán del *Tritón*. Estaba dispuesto a todo para impresionar al jovencuelo y que este hiciera aquello que se le ordenara sin ninguna objeción.

Hacía unos días, al poco de atracar, sus hombres le habían informado de la llegada de un bergantín desconocido. Su capitán era un hombre pueril y afeminado, llamado don Roberto López de Valencia; aparentemente no tenía nada que ver con Diego Izaguirre. Él, que se autodenominaba la Araña, no había llegado allí por ser un pobre crédulo. Por lo tanto, puso al pequeño andrajoso a seguir los pasos del petimetre capitán.

En apariencia, López de Valencia era lo que aparentaba ser, un presumido comerciante demasiado preocupado por su aspecto, y los informes que puntualmente, cada noche, le traía el chiquillo, no hacían sino confirmarlo.

Empezaba a desesperarse cuando, para su inmensa satisfacción, recordó el medallón que tanto el padre como su hijo llevaban al cuello y ordenó al mocoso que estuviera atento por si se lo veía al capitán López de Valencia o, puestos a prevenir, a cualquiera de la tripulación.

Ahora el crío asustado estaba frente a él, pasando inquieto el peso de un pie a otro. Lanzaba miradas recelosas para todos los lados. Le vio quitarse el gorro mugriento y volvérselo a poner con manos temblorosas. Le gustaba atormentarle guardando silencio durante un buen rato, hasta que el niño se agitaba, presa del miedo. Tenía la certeza de que, cuando saliera de la posada, apenas le daría tiempo a orinar detrás de un arbusto para no hacérselo encima.

Una sonrisa socarrona le curvó los labios.

—Dices que le quitaste el medallón, pero que después, en la carrera, lo perdiste y cayó al agua —inquirió con voz profunda y seca.

—Sí... sí, señor. —El niño se quitó el gorro—. Como os he dicho antes, lo tuve un rato entre mis manos, pero al saltar al carro para escapar se me cayó... —aseguró y, como acordándose en el último momento, añadió—: Pero pude verlo bien y si queréis os lo describiré.

—Adelante, muchacho... —lo animó con un ademán.

El chiquillo cruzó las piernas, aguantando como podía las ganas de orinar.

—Era de oro y tenía por un lado la rosa de los vientos y, por el otro, letras escritas.

—¿Qué letras? —preguntó, disimulando a duras penas las ganas de saltar de la silla.

—No lo sé, yo... yo no sé leer —confesó el niño. Giraba a un ritmo creciente el gorro que tenía en las manos.

—¡Maldito ignorante! —Golpeó la mesa con el puño. No había duda de que pertenecía a Diego y se sentía confundido. Una parte de él admiraba al capitán por su perseverancia; la otra, en cambio, lo odiaba precisamente por lo que esa persistencia lo iba a obligar a hacer. No podía mantenerlo con vida—. Vete de aquí, mocososo.

—Pe... pero señor... Vos dijisteis que me pagaríais bien si os decía del medallón... —explicó, acongojado y tiritando de miedo. Ya no giraba el gorro, sino que lo apretaba contra su cuerpo escuálido—. Lo... lo he ganado...

—Es cierto. —Hurgó en el bolsillo de su casaca y sacó una moneda—. Toma y lárgate.

—Esto... esto no es lo que me prometisteis... —balbuceó.

—Claro que no. ¿Dónde está el colgante? Si quieres cobrar todo, tendrás que traerlo. Hasta entonces, ¡fuera!

Lo vio salir de la oscura estancia, cabizbajo y asustado como si lo persiguiera el mismísimo demonio.

Sonreía pese a no tener el medallón. Tenía motivos para hacerlo.

El bastardo, después de tres años, había vuelto a la ciudad; ahora lo sabía con certeza. Podría haberse resignado a la muerte de su padre y dejar las cosas como estaban; sin embargo, el persistente capitán, fiel a la promesa de averiguar el porqué de la acusación y sentencia de don Francisco, continuaba investigando. Debía impedirle seguir con esas pesquisas. Si bien él había tenido mucho cuidado en borrar sus huellas, ¿quién sabía a qué conclusiones podría llegar aquel entrometido!

En un principio no tenía nada contra Diego; no obstante, estaba dando muestras de ser tan insufrible como lo fuera su padre. Aquella determinación le iba a salir muy cara. Él no iba a consentir que lo desenmascarase. Era cuestión de enredarle como la araña a su presa... La Araña, sí: definitivamente, le gustaba ese apelativo. Solo tenían que apresarlo y... una vez que lo colgasen, igual que al padre, se acabaría el temor a que descubrieran toda su trama. No había tiempo que perder. Era hora de mandar aviso al preboste. La Araña tejía su tela y el incauto bastardo caería en ella.

Andrés, el maestro artillero, comenzaba a impacientarse. Tras varias horas seguían sin dar con el pequeño bribón. Al capitán no iba a hacerle ninguna gracia que no apareciera su joya, aunque por otro lado él se lo había buscado por aparecer con el dichoso colgante sabiendo de antemano que era peligroso llevarlo. Tal vez lo había hecho a propósito, en un intento de provocar a quienquiera que estuviera implicado en aquella trama contra el difunto capitán Izaguirre. En el fondo, no lo culpaba por tratar de aclarar los acontecimientos. Llevaban una semana en la ciudad y no estaban más cerca que antes de desvelar el misterio.

—¡Por todos los demonios! —exclamó malhumorado—. Es como si se lo hubiera tragado la tierra.

—¡Maldito mocoso! Cuando lo pille le retorceré el cuello —vaticinó Pedro, moviendo las manos en el aire como si ya lo estuviera haciendo.

Circulaban camino del muelle. No quedaba mucho tiempo antes de que la marea estuviera propicia para zarpar y el capitán querría partir a la primera oportunidad, si no encontraban el medallón...

—¡Por todos los diablos! —gritó Pedro, dirigiéndose al maestro artillero—, mirad allí, señor. ¡Que me parta un rayo si no es aquel el sello!

Andrés miró el lugar donde le indicaba su compañero de fatigas y descubrió consternado que, en efecto, allí estaba aquel maldito disco.

Sin perder un instante se arrojaron en persecución de quien llevaba colgada la pieza, que a su vez comenzó a correr a tumbos entre la gente como si supiera que lo perseguían.

—¿Crees que nos ha visto? —preguntó Andrés.

—Por su forma de correr, bien parece que sí, señor —contestó sin dejar la carrera.

Al final de la calle el ladrón se paró en seco y abrupta e incomprensiblemente comenzó a gritar como un poseso, momento que

emplearon sus perseguidores para inutilizarle con un golpe en la cabeza. El ladrón cayó sin sentido al suelo. Andrés le quitó el medallón y observó al muchacho con detenimiento.

—No es el mismo ratero —razonó Pedro.

—No, desde luego que no lo es. Este es más alto y las ropas son diferentes. Pero al capitán poco le importará mientras recupere la joya — anunció riéndose entre dientes, mientras desataba el saco de su torso—. Ayúdame a meter a este truhan en el saco, no quiero que se nos vuelva a escapar. El capitán querrá interrogarle. Toma tú el colgante —le tendió el disco a su compañero.

Una vez terminada la tarea, el maestro artillero se cargó, sin apenas esfuerzo, el saco al hombro como si fuera un fardo y continuaron el peregrinaje al *Tritón*, silbando una tonada marinera un tanto picante.

El barco flotaba majestuoso amarrado al dique; su casco relucía pintado de negro y sus dos mástiles se elevaban orgullosos al firmamento. Con veinticinco brazas de eslora, cinco de manga y un calado de poco más de cuatro brazas, no era una nave especialmente grande. Diez cañones y un par de culebrinas de bronce, componían toda su artillería; era poca si se lo comparaba con los imponentes bajeles y sus costados erizados de cañones. En su origen, cuando lo habían dedicado a la piratería, tenía un par de cañones más, pero el capitán se los quitó para dar más espacio a las cubiertas inferiores.

En el muelle, junto a la plancha del barco, estaba Txikito cargando los últimos sacos de la mercancía en la bodega de la nave.

—Buenas tardes, Txikito —saludaron los dos marineros.

—Bu... bu... bue... buenas tar... tardes —tartamudeó el interpelado.

Era un muchacho en la veintena, grande y fuerte como un buey, pero con la inteligencia un tanto escasa. El capitán Izaguirre solía contratarlo para que ayudara en la carga y descarga del bergantín. Vivía con su madre en míseras condiciones y esos dineros ganados nunca estaban de más.

Maese Andrés, dejó el saco sobre el otro fardo que aguardaba para su posterior embarque y subieron a bordo; más tarde lo llevarían junto al capitán. Lo primero era entregarle el medallón; sin embargo, eso tuvo que esperar pues, en cuanto pisaron la cubierta, hubieron de sumarse al trajín de sus compañeros, que se afanaban para tenerlo todo preparado para zarpar.

El capitán Izaguirre se encontraba en su camarote sentado frente al escritorio y, aún disfrazado, verificaba el listado de la carga que llevarían en ese viaje al Nuevo Mundo. Al parecer todo estaba en perfecto orden. En cuanto se terminase de disponer todo en la bodega partirían sin más demora. Desgraciadamente la visita a su tío Santiago había sido en vano. Don Santiago Izaguirre de Tolosa no se encontraba en la casa. Sus sirvientes poco le pudieron explicar de su paradero por lo que no tuvo más remedio que regresar al barco sin saber si, en todo este tiempo, su tío había podido averiguar algo que desvelara la injusticia cometida.

Su estancia en la ciudad no le había reportado datos nuevos sobre el asesinato de su padre, pero no iba a ceder en el intento de esclarecer el asunto ocurrido tres años atrás. Se lo debía a la memoria de quien fue su mentor, el capitán don Francisco Izaguirre de Tolosa, su padre.

Recordó que tenía diez años y aún vivía en México cuando descubrió que ese era su verdadero progenitor. Hasta entonces había creído que era el borracho bravucón que había llevado a su madre prematuramente a la tumba. Fue a la muerte de esta que su abuela materna le contó quién era su verdadero padre. Sonrió con tristeza al pensar en su abuela María.

—Mira, mi pequeño Dieguito, como bien sabes, tu abuelo era un comerciante de tejidos en Sevilla. Vino a México en busca de nuevos horizontes y de riqueza —le había recordado su abuela al salir del cementerio donde acababan de enterrar a su madre—. Aquí me conoció a mí, una descendiente a partes iguales de los antiguos moradores de estas tierras, los aztecas, y de los conquistadores españoles.

—¿Qué hizo el abuelo? —había preguntado un Diego entristecido, tratando torpemente de ser valiente y no llorar ante la falta de su madre.

Sintió la mano encallecida de su abuela sobre su cabeza, colocándole el renegrido cabello que el viento había despeinado. Esa caricia sosegó su angustiado espíritu y suspiró más tranquilo.

—Con ahínco y mucho esfuerzo consiguió levantar una pequeña tienda que poco a poco se fue haciendo cada vez mayor. Entonces nos casamos, y los hijos no tardaron en llegar. Tuvimos siete en total, cuatro chicas y tres chicos; tus tíos. Tu madre fue la última en nacer —había continuado María ante la expectación de su nieto—. Tus tíos y tías se casaron a su debido momento y ella se quedó en casa para atendernos y para ayudarme como comadrona. Tenía unas manos fabulosas. Las mujeres nos llamaban para atenderlas durante el parto y ella con sus maneras tranquilas y sosegadas les aliviaba el dolor. Varios hombres de aquí la cortejaban, pero ella no tenía

prisa por casarse y nosotros estábamos muy contentos de tenerla en casa. — La anciana cabeceó con los ojos humedecidos—. Cuando cumplió los diecinueve años, conoció al por entonces contramaestre del *Nécora*, un guipuzcoano. Tu verdadero padre —anunció al estupefacto Diego—. Fue amor a primera vista. Él era un hombre bien plantado, alto y fuerte. Tú, Dieguito, eres su vivo retrato —reconoció—. Aquel hombre pidió la mano de Elvira a tu abuelo. Por desgracia, a mi querido esposo —movió la cabeza apesadumbrada—, aquel marinero le parecía poca cosa para su hija pequeña y no consintió la boda. Aquellos fueron días muy tristes para todos.

La anciana le contó que el capitán del *Nécora*, viejo marino con ganas de dejar descansar a sus agotados huesos en tierra firme para siempre, se apiadó de los jóvenes y propuso un último viaje a su padre, del cual saldría más rico, pues tenía pensado dejarle la capitanía del buque al finalizar el periplo.

Aquello fue una alegría para los novios, que tendrían de esa forma el permiso paterno para la boda una vez que regresase.

Unos días más tarde se despidieron con lágrimas y con esperanzas en sus corazones.

Ya no volvieron a verse.

Dos meses después se corrió por la ciudad la voz de que el *Nécora*, que navegaba a España, era uno de los barcos que se había hundido en el Atlántico tras una tormenta.

—Pero abuela, ¿cómo podía ser mi padre si murió? —le había preguntado inocentemente.

María le había sonreído, acariciándole el cabello con sus dedos morenos y nudosos.

—Tu madre estaba embarazada en el momento en que tu padre desapareció —le confió la anciana—. Cuando nos lo contó, tu abuelo, para evitar el escándalo de traer al mundo un niño bastardo, la obligó a casarse con don Jimeno, uno de los antiguos pretendientes de tu madre. Fue un error... un terrible error.

—Él nunca quiso a mi madre —le aseguró malhumorado Diego, refiriéndose al que hasta ese momento había considerado su padre y que despreciaba con cada fibra de su ser.

—No, Dieguito. Al principio la quería. A su manera, claro. Pero después de que todos los bebés fueran muriendo nada más nacer, la odió con toda su mezquina alma —había escupido su abuela—. La obligó a tener más hijos con el afán de que alguno de ellos sobreviviera, sin pararse a pensar que tu madre necesitaba descansar entre un embarazo y otro —prosiguió con tristeza—. Lo

único que ha conseguido el malnacido es agotarla. Secarla como a una flor. Matarla. ¡Pobre hija mía!

El recuerdo de aquellos días, aún hoy, le amargaba el semblante. Ver cómo su madre se iba deteriorando, cómo perdía la vida, tanto física como anímicamente, en cada parto. Cómo el hombre al que había llamado padre pegaba a su madre y la insultaba por no darle el tan ansiado hijo. Hasta que su abuela no le contó la historia de su nacimiento no había comprendido el odio que le profesaba su padrastro. No entendía que pudiera tratarle tan mal quien hasta entonces creía su padre; él nunca le había dado motivos para ello.

—¿Por qué me contáis todo esto ahora, abuela? —la había interrogado ansioso aquel día.

—Porque tu padre no murió en aquella ocasión y es posible que aún viva. Quiero que lo busques, que vayas con él. Era un buen hombre y cuidará bien de ti.

—¿Sabe de mí? —le preguntó el niño.

—No. Cuando regresó dos años más tarde tu abuelo le contó que tu madre se había casado. Le aseguró que ella era feliz y que nada conseguiría visitándola. Que debía marcharse y no volver jamás. Le mintió. Creía estar protegiéndola de ese modo. ¡Que Dios lo perdone!

»Se me parte el corazón al recordar la mirada de tu padre. Primero fue como si no lo creyera; después se volvió fría como el acero. Sin más explicaciones, tu padre se alejó con el caballo que le conduciría al muelle donde aguardaba su barco. Tu abuelo se arrepintió mucho de haber obligado a tu madre a casarse con Jimeno, y ese sentimiento de culpa acabó con él. Murió con la pena de haber hecho desgraciadas a tantas personas. Rezo cada noche para que el Señor le perdone sus pecados.

Los ojos de la anciana se humedecieron con la pena y el recuerdo.

—¿Cómo es que mi padre no se ahogó?

—Es una historia muy larga...

—Contadme... por favor, abuela —había implorado el niño, deseoso de saber de aquel hombre.

—Está bien, Dieguito —le guiñó un ojo—. Poco después de zarpar de aquí, el *Nécora* tuvo problemas con la arboladura y atracaron en otro puerto durante unos días hasta que arreglaron los desperfectos en la vela mayor. Aquellos días fueron los que les salvaron la vida pues, jornadas más tarde, se desató una tormenta que hizo zozobrar a varios barcos que cruzaban el Atlántico. Para cuando el *Nécora* prosiguió con su viaje, la tempestad había cedido y no tuvieron ningún problema. La gente de aquí, calculando los días

desde que habían partido del puerto, creyó que se había hundido y los dieron por muertos. Y como tu padre no regresaba...

Diego cabeceó en señal de comprensión. No le extrañaba que hubieran pensado eso.

—¿Le dio el barco el capitán?

Su abuela asintió con la cabeza antes de contarle que el bueno del capitán le había donado, como regalo de bodas, su barco y la mercancía nueva con la que podría establecerse como comerciante. En realidad, al regresar Francisco a México era un hombre rico y próspero, tal como había vaticinado el viejo capitán dos años antes.

Un ruido en la cubierta lo sacó de sus recuerdos devolviéndolo a la realidad. A esas horas ya estaría la bodega repleta de género y la marea lista para zarpar. Cerró el cuaderno de bitácora y se dispuso a salir al alcázar para dirigir la partida del barco.

Oyó las detonaciones cuando se dirigía a cubierta. Sus pies volaban al subir las escaleras a pesar del relleno que entorpecía sus movimientos y le dificultaba el ascenso.

«¿Quién demonios dispara?».

La cubierta era un hormiguero de marineros afanándose en cubrirse de las balas que silbaban por encima de sus cabezas.

—¿Qué diablos está pasando? —preguntó a voces a su contramaestre.

—Han llegado los guardias —anunció apesadumbrado el oficial—. Creo que os han reconocido, capitán.

—¿Están todos los hombres a bordo?

—Sí, mi capitán.

—Que no disparen. —Hasta ese momento y, contra toda lógica, a él lo acusaban de piratería, prefería no añadir más cargos contra sus hombres ni contra sí mismo—. Salgamos de aquí. Ordenad que suelten amarras...

—Ya está hecho, capitán —lo interrumpió—. Los gavieros están en las vergas esperando la orden de soltar trapo.

—Pues ¡avante!

—¡Todos a sus puestos! ¡Soltad la mayor! ¡Izad los foques! ¡Demostrémosles que sabemos sacar un barco tan suave como acariciamos a una mujer! —bramó el contramaestre, por encima del estrépito de las balas, con su voz aguardentosa.

El primer oficial siguió dando las órdenes precisas, y la nave poco a poco comenzó a deslizarse por las aceitosas aguas de la ensenada, lanzando quejidos por el movimiento. Los marineros se descolgaban por el cordaje y

soltaban trapo lo más rápido posible ajenos a las balas que silbaban a su lado. Mientras, Diego, aferrado al timón, procedía a guiar el bergantín fuera de los muros del muelle hacia aguas más profundas y limpias, cuidando de no enganchar las vergas con las jarcias de las otras naves fondeadas en el puerto, lejos de los proyectiles y de los hombres del preboste.

Miró por última vez a la muralla de la villa que abandonaba con pesar. Dejaron a babor la isla de Santa Clara con la mayor parte del velamen desplegado e hinchado por el viento que los alejaba y los conducía a mar abierto. Sintió el cabeceo del barco al remontar las olas que seguían su camino para romper poco más adelante en los arenales.

Echó un vistazo a su colorido atuendo con desagrado, a partir de ese momento tendría que buscarse otro disfraz ya que con ese era reconocible.

«¿Qué demonio me ha entrado está mañana para ponerme el sello que me regaló mi padre?», pensó con amargura.

De un manotazo se quitó la pesada peluca, dejando que su pelo negro flotara libremente con la brisa marina.

Capítulo 4

Se despertó en medio de la oscuridad sintiendo un balanceo. Primero pensó que estaba mareada, pues la cabeza le dolía una barbaridad; pero, tras unos minutos de reflexión, consideró que en efecto se movía y que, por la cadencia del cabeceo, se encontraba en un barco. Quiso quitarse la lona que le cubría y que olía a cebollas, sudor y quién sabía qué más. Sin embargo, la tela se negaba a desprenderse de ella. Manoteó hasta que, desalentada, descubrió que era un saco de arpillera y ella estaba dentro como un feto en el saco vitelino.

Recuerdos pavorosos se agolparon en su mente. La imagen de su querida bahía de La Concha sin edificios; totalmente distinta. El puerto repleto de barcos de otra época, de otros tiempos, tal y como se lo había imaginado ella tantas veces. Con la diferencia de que en esas ocasiones un rápido parpadeo desvanecía la imagen dando paso a la realidad.

Angustiada, boqueó buscando aire. Sentía el corazón desbocado y las ganas de vomitar empezaban a ser preocupantes. Nunca había tenido problemas con los espacios cerrados, pero estar metida en un saco apestoso, sin saber a ciencia cierta en qué sitio oscuro la habían encerrado era demasiado aterrador. En su cabeza volvió a formarse la última imagen de la bahía de La Concha y se puso frenética. Debía salir de ese saco antes de volverse loca.

¿Dónde estaba? ¿Qué había ocurrido? ¿Había hecho un salto en el tiempo?

—¿Qué... qué tonterías estoy pensando? Relájate... y respira hondo —se obligó, pero la ansiedad pudo más que la razón y sintió de nuevo el ahogo.

Gritó con todas sus fuerzas en medio de aquella negrura con la esperanza de que alguien la oyera y fuera a rescatarla. Chilló hasta que el cansancio y la desesperación la agotaron.

Mucho más tarde, sobre su cabeza oyó ruidos amortiguados por la distancia. Trató de desprenderse del envolvente lienzo con idéntico resultado que la última vez. Por suerte la trama del tejido no era muy tupida y permitía el paso de aire. Lástima que no fuera más largo. Tenía las piernas entumecidas por tenerlas tanto tiempo recogidas. Un simple movimiento bastó para que sintiera mil agujonazos en ellas. Masculló un taco ante el dolor que le producía la sangre al circular por las extremidades.

—¡Dios mío, ayúdame! —imploró, agobiada por el miedo y la soledad.

No obtuvo respuesta a su súplica. En su lugar oyó el embate del agua contra el casco de la nave. ¡Agua! El sonido le ocasionó sed. Una sed espantosa. Sentía la lengua seca como el papel de lija y la garganta rasposa, después de tanto gritar.

¿Es que no iban a sacarla de allí? Si al menos supiera por qué estaba encerrada en aquel lugar...

El recuerdo del hombre de la Parte Vieja regresó a su mente confusa. Después de todo, aquel salvaje había conseguido apresarla. Se llevó la mano al pecho buscando el medallón; ya no lo tenía, probablemente se lo había quitado antes de meterla en aquel maldito saco.

Al menos seguía manteniendo la ropa y no parecía haber sufrido ningún daño más.

Era un consuelo saberlo.

No tenía noción del tiempo, pero a juzgar por los gruñidos que emitía su dolorido estómago, habían pasado muchas horas desde que desayunó en su casa. Pese al hambre, la idea de llevarse algo sólido a la boca le producía náuseas.

¿Dónde la llevaban? ¿Por qué? No quiso pararse a pensar para qué la querían porque las conjeturas eran demasiado desagradables.

Sacó la lengua y trató de humedecerse los agrietados labios en vano. Desde su garganta brotaba el sabor metálico del miedo e inundaba sus sentidos. Necesitaba beber.

¡Agua, agua, agua!, repitió como una letanía.

Estaban bastante lejos de San Sebastián y tras ellos no se divisaban velas. Nadie los seguía. Era el momento de controlar los daños.

Diego, desde el alcázar, observó al contramaestre que, en la cubierta, hablaba con varios marineros.

—Maese Isaac —lo llamó y esperó a que el hombre subiera al alcázar antes de continuar—. ¿Tenéis hecho recuento de cuántos daños se han producido?

—Hay un marinero herido, una bala le rozó el brazo. Nada grave —aseguró—. Un par de agujeros en la mayor que remendaremos a la menor oportunidad. Hemos salido airosos, capitán —concluyó su cargo, haciendo una mueca.

—Sí, tenéis razón, hemos salido airosos. Poned rumbo noroeste. Cuanto antes salgamos del golfo de Vizcaya, antes estaremos seguros —vaticinó el capitán, mesándose el cabello—. Decidle al herido que baje a mi camarote para curarle el brazo. Prefiero asegurarme —sentenció cuando escuchó al contramaestre protestar—. Probablemente tengáis razón y esa herida no sea nada, pero hay que cerciorarse.

Un rato después, ya en su camarote, comprobó que, ciertamente, la herida del marinero era superficial y que no revestía ninguna gravedad. Aplicó un ungüento con milenrama para que cicatrizara bien y tapó la zona para evitar la putrefacción.

Capítulo 5

Al día siguiente, Diego despertó al amanecer. El sueño había vuelto a repetirse. Desde niño, allá en su México natal, muchas noches había soñado con una playa en forma de media luna y con una niña de cabellos rojos que, sobre la arena, dibujaba peces y barcos, mientras permanecía agachada, concentrada en las rayas que trazaba con un palito. En aquel entonces esa niña le acompañaba por las noches, haciéndole agradables sus sueños. Al recuperar a su padre, el sueño poco a poco se esfumó. Hasta que, tres años atrás, a la muerte de este, volvió a soñar. Ahora el sueño era distinto. La niña había desaparecido y en su lugar veía a una hermosa sirena nadando en el agua. Tenía algas por cabellos y los ojos verdes como las esmeraldas. Siempre sonreía feliz con sus labios del color de las cerezas maduras y a Diego le reconfortaba su alegría.

Tras lavarse se afeitó y, por vez primera en varios días, pudo salir a la luz del sol con su apariencia normal, sin disfraces. Una camisa blanca, unas calzas negras, las botas altas y su inseparable alfanje colgado del cinturón. Ese era el atuendo habitual de Diego Izaguirre; al fin, don Roberto López de Valencia había desaparecido. Pero gracias a su personaje ficticio había obtenido algunos datos más, aunque no los suficientes, para entender lo ocurrido tres años antes.

Al día siguiente de atracar en el puerto, se había presentado en el almacén de don Federico Aguirre —donde tantas veces don Francisco y Diego habían negociado con él—, para ofrecerle el cargamento de cacao y azúcar que ocupaba la bodega del *Tritón*. Don Federico, que no lo había reconocido bajo el disfraz de López de Valencia, estuvo más que encantado de comprar aquella excelente mercancía.

—Debo decir que nunca os había visto por aquí, caballero —le aseguró don Federico, mientras tomaban un jerez después de haber acordado el precio de la transacción.

—Siempre ando de acá para allá y esta vez he decidido recalar en esta bella ciudad de la que tan atrayentemente me han hablado. —Hizo un bonito floreo con la mano remarcando las palabras—. He de confesar lo mucho que me sorprende vuestra falta de provisiones de cacao. Tenía entendido que las buenas gentes de esta ciudad eran amantes de tan dulce bebida y que no había merienda que se preciase sin tan excelente manjar.

—Sí, os han informado bien, querido amigo. Pero desde hace tres años no había vuelto a tener oportunidad de comprar más existencias —se lamentó el comerciante.

Diego se fingió sorprendido y continuó con su papel.

—Me cuesta imaginar, perdonad que os lo diga, mi buen amigo, que quien quiera que os trajese estos presentes antes se haya olvidado de vos.

—¡Ah! No, no ha sido así. Los últimos quince años o alguno más, el capitán Izaguirre se encargaba de proveerme de tan preciados alimentos, pero hace tres años lo condenaron por pirata. —La voz del dueño del almacén fue bajando hasta hacerse casi inaudible.

—¡Válgame el cielo! ¿Estáis tratando de decirme que hacíais negocios con un pirata? —Diego se fingió convenientemente escandalizado abriendo sus ojos grises con estupor.

—¡No! —Contestó don Federico con vehemencia—. El capitán Izaguirre no era ningún pirata...

—Me estáis confundiendo. ¿Acaso, no acabáis de decirme que lo condenaron por piratería?

—Sí, mas estoy seguro de que no lo era. Lo conocía bien y jamás se me hubiera ocurrido pensar que don Francisco no era todo lo honesto y honrado que aparentaba. —El comerciante frunció el entrecejo con evidente enfado—. En todos los años que hicimos negocios ninguna vez, oídme bien, ninguna vez me dio la impresión de que me estuviera engañando.

—Qué extraño es todo esto, don Federico. No se condena a nadie sin pruebas... —Con aire ausente se fingió entretenido en apartar imaginarias pelusas de sus brillantes calzas y así dar tiempo al comerciante para que se explicara.

—¡Ah! Pero es que las había... —Calló un momento como si repasase los hechos ocurridos tres años antes—. Vinieron unos franchutes de alto copete asegurando que don Francisco y su hijo les habían abordado en alta mar para robarles. Yo no lo creí entonces, y sigo sin creerlo, y eso es lo que dije ante el preboste, los alcaldes y ante todo el que quisiera oírme.

—¿Hablasteis en su defensa? —Ahora Diego estaba verdaderamente sorprendido por lo que no tuvo que fingir. Apenas sabía nada del juicio al que habían sometido a su padre, su tío Santiago no le había aclarado gran cosa del proceso y como él tuvo que huir para evitar ser apresado también, no hubo tiempo material de enterarse de más cosas.

—Por supuesto, señor —respondió, hinchándose con orgullo—. Fuimos varios los que defendimos al capitán, pero no sirvió de nada. Don Santiago Izaguirre, hombre respetado en la ciudad, intentó defender a su hermano, pero tampoco tuvo suerte. Desgraciadamente nadie nos hizo caso. Lo ahorcaron en la plaza unos días más tarde. Y si queréis saber mi opinión, sigo pensando que todo fue un error —asintió con energía para enfatizar sus últimas palabras.

Tras aquella conversación tenía más datos sobre lo ocurrido, aunque, para su desesperación, nada que aclarase el misterio definitivamente.

Sobre la cubierta, Isaac oteaba el horizonte plantado sobre la madera con las piernas separadas a la manera de los marineros. Limpió contra la regala la vieja pipa de brezo, de la que no se separaba jamás. Rondaba la cincuenta, sus cabellos, sujetos en una coleta, más grises que negros; su rostro surcado de profundas arrugas alrededor de unos ojillos negros como el carbón, siempre medio entornados como si escudriñara en todo momento. Tenía la bulbosa nariz partida por las peleas en las que se había visto implicado a lo largo de su vida. Su escasa estatura y su aspecto apacible no engañaban a los marineros que conocían cómo las gastaba el contramaestre. Pero se le consideraba un hombre justo, de noble corazón y la tripulación daba fe de ello.

—Buenos días, maese Isaac —saludó Diego.

—Buenos días tengáis vos, capitán. —Se guardó la pipa en el bolsillo de las calzas antes de proseguir con aquella voz cascada que lo caracterizaba—. Me dice el aire que hoy bailaremos.

—¿Creéis que tendremos galerna? —Fue más una pregunta retórica, pues era de sobra sabido que cuando el contramaestre presagiaba tormenta, esta no tardaba en aparecer. Eran muchos años de experiencia los que le avalaban y rara vez se confundía—. ¿Será pronto?

—Sí, más bien al mediar la jornada. El calor es demasiado intenso para no terminar en una galerna. —Se rascó el mentón, que lucía una barba rala y entrecana, al tiempo que lo miraba de arriba abajo—. Empezaba a pensar que

os gustaban más las vestiduras y los afeites de cortesano —inquirió con los ojos rebosantes de picardía.

—Quedaos tranquilo, mi buen maese, como bien sabéis, aquellas ropas solo cumplían una necesidad.

—Sí... pero tardabais demasiado en deshaceros de ellas —concluyó, soltando algo parecido a una carcajada.

—Creo, amigo mío, que voy a alejarme de vuestra afilada lengua. Es demasiado pronto para vuestros mordaces comentarios. —Sacudió la cabeza, risueño—. Me gustaría ver otra vez la herida de Lucas. Ha pasado un día e imagino que estará mejor. Si sois tan amable de pedirle que baje a mi camarote... allí estaré esperándole. —Abandonó la cubierta, dejando a su segundo riendo entre dientes.

Se conocían desde hacía dos décadas cuando, poco después de cumplir los doce años, Diego encontró a su padre. Isaac formaba parte de la tripulación del *Neptuno*, el galeón de don Francisco.

Tras las revelaciones de su abuela María, había abandonado la ciudad y embarcado en el *Catherine*, un mercante francés. Ese buque tenía la particularidad de recalar en muchos puertos del Nuevo Mundo y eso lo hacía indispensable para la búsqueda de su padre.

Monsieur le capitaine era un hombre sensible que se interesó por la historia de aquel jovenzuelo. Puso verdadero interés en encontrar al progenitor de Diego y en el camino le enseñó los entresijos de la navegación. El físico del barco, un árabe erudito, viendo el interés que tenía por aprender, le tomó a su cargo y lo instruyó a su vez en el milenario arte de la curación. Fueron dos años de aprendizaje constante donde no solo aprendió a pilotar un buque, a restañar heridas o a amputar un miembro gangrenado, sino que descubrió a toda una familia que se protegía y ayudaba.

Diego entró en el camarote y se sentó ensimismado en sus recuerdos.

Tras despedirse con tristeza, había abandonado el *Catherine* para abordar el *Neptuno*. Los tripulantes del mercante francés tenían los ojos brillantes de las lágrimas que trataban de ocultar sin éxito. Diego, en cambio, no pudo evitar que estas rodaran por su cara. La perspectiva de estar con su buscado padre impidió que se negara a abandonar a sus viejos amigos.

—Buenos días, mi capitán.

El saludo lo devolvió al presente. Lucas, parado frente a él, esperaba permiso para seguir.

Diego se levantó de la mesa y procedió con todo cuidado a retirar la venda que cubría parte del brazo del tripulante. Tal y como había imaginado, la

laceración cicatrizaba sin novedad. En unos días estaría totalmente curada. Le hizo unas recomendaciones y lo dejó marchar.

Cuando el marinero se hubo ido, entró Pedro.

—Buen día, mi capitán —saludó, llevándose la mano al sombrero.

—Igualmente, ¿qué deseáis?

—Mi capitán, ayer antes de zarpar encontramos vuestro medallón... —Lo sacó del bolsillo de sus calzas para entregárselo a su superior—. Tomad, aquí está. Con todo lo sucedido se me olvidó dároslo.

Diego lo asió, tan feliz por recuperarlo que no se dio cuenta del cambio de lustre que tenía la joya ni del nuevo cordón de cuero.

—Muchas gracias, Pedro. —Le palmeó la espalda con afecto mientras ambos regresaban a cubierta—. ¿Qué ocurrió con el bribonzuelo?

—Señor, es muy extraño... —titubeó—. Cuando lo encontramos no lo llevaba el niño, sino un muchacho mayor. El muy estúpido lo llevaba colgado al cuello a la vista de todo el mundo. —Movi6 la cabeza como si se negase a creer lo que había visto.

—Sí, es singular. Pero... ¿qué hicisteis vosotros? —preguntó interesado.

—Maese Andrés lo metió en su saco... ya sabéis cómo es, siempre lo lleva colgado a todas partes... él dice que...

—Proseguid, Pedro, no os andéis por las ramas —ordenó impaciente por saber cómo concluía. El marinero era muy dado a alargar las historias, haciendo perder la paciencia al más transigente.

—Claro, capitán, a eso voy... —Diego emitió un bufido que tuvo la virtud de encarrilar al marinero en la historia—. Metimos al ladrón en el saco y lo trajimos hasta el barco...

—¿Lo subisteis a bordo?

—A eso iba, mi capitán... lo dejamos en el muelle para terminar los preparativos antes de zarpar. En el instante en que íbamos a buscarlo, tras terminar nuestras tareas, comenzaron los disparos y zarpamos a toda prisa. —Se alzó de hombros.

—Entonces quedó en el puerto —aseguró más que preguntó.

—No lo sé... ya no pudimos mirar ocupados como estábamos... en librar nuestros pellejos. Es posible que Txikito lo llevara a la bodega junto con la mercadería o que lo liberase...

—En ese caso bajad a la bodega y verificad que no está allí. No me gustaría descubrir que ha muerto allí abajo.

—Ahora mismo lo haré, capitán.

—Bien, os agradezco profundamente que me hayáis devuelto esto. — Señalo la joya y después se la guardó en el bolsillo de sus calzas—. Fue una imprudencia por mi parte... que nos puso en peligro a todos —declaró turbado.

El marinero se sintió incómodo. Pese a que Diego no dudase en hacerlo, no era habitual que un capitán se inculpara y que además lo hiciera ante su tripulación.

—Volved con los hombres. Voy a reunirles en cubierta —anunció Diego ante la mueca de Pedro que empezaba a imaginarse para qué.

«Es hora de impartir justicia», pensó. «Empezando por mí».

Capítulo 6

El capitán Izaguirre subió al alcázar donde su segundo controlaba la buena labor de los hombres.

—Maese Isaac, tened la bondad de convocar a toda la dotación a la cubierta —ordenó Diego.

—Vos mandáis, capitán —dijo el contramaestre y añadió entre dientes—: Ya me parecía a mí que tardabais mucho.

—¿Decíais algo? —cuestionó, alzando su renegrada ceja.

—No, mi capitán... no decía nada... ¿qué tendría que decir yo? —respondió mientras negaba con la cabeza—. ¡Marineros, todos a cubierta! —Hizo sonar su silbato.

Casi al instante un tropel de hombres de diversos aspectos se arracimó sobre el solado del barco. Sus edades comprendían un abanico desde los veinte a los cincuenta y cinco años. Altos o bajos, todos obedecieron la orden de su superior. En total fueron algo más de treinta personas las que aguardaban las explicaciones que tuvieran que darse.

—Como bien sabéis —comenzó Diego el discurso desde el alcázar de popa—, ayer tuvimos que zarpar de una manera un tanto apresurada del puerto. —Guardó silencio un instante para que todos absorbieran la información—. En realidad, yo tuve la culpa de esa situación. Vosotros comprendéis las razones que me empujan a indagar sobre la muerte de mi padre. Aunque eso no es motivo suficiente para poner en peligro a todo el barco. —Miró a todos los presentes uno a uno y su mirada permaneció un instante más en Lucas. Le satisfizo comprobar que el marinero tenía buen aspecto—. Un hombre terminó herido por mi irresponsable conducta. El reglamento de este buque exige que se haga pagar a quien pusiera en trance la seguridad de toda la tripulación y yo, como capitán, no me eximo del castigo.

En el silencio que siguió se oyeron claramente el rozar de los pies sobre el maderamen de la cubierta. A los hombres el escarmiento les incomodaba, y

más si era el mismo capitán quien lo ponía en práctica. Era sabido por cualquier marino que el reglamento estaba para cumplirlo y que nadie podía poner en peligro al resto de la tripulación, so pena de castigo.

Ante toda su marinería, el capitán bajó a la cubierta, se quitó la camisa con total parsimonia y la colocó, junto a su alfanje, sobre la escalera que acababa de descender.

Los hombres hicieron un pasillo entre él y el palo mayor. Diego caminó hasta la base del mástil y con determinación alzó los brazos, para agarrar la cuerda que colgaba a varios codos de la cubierta para tales eventos. Los músculos de los brazos ondularon al tensarse. A la luz del sol varias marcas, resultado de antiguos castigos, brillaron blanquecinas sobre la piel morena de la amplia espalda. La tela de las calzas marcaba la musculatura en tensión de las piernas, desde la cintura estrecha hasta el comienzo de las botas bajo las rodillas. Sacudió la cabeza para apartar con impaciencia un mechón de pelo que se le había escapado de la coleta.

Maese Isaac ya tenía el gato de nueve colas en sus manos y se lo pasó al consternado Andrés, el maestro artillero y el encargado de usarlo sobre la espalda desnuda de su superior.

—¡Serán diez azotes! —bramó el contraemaestre, mirando a los reunidos—. Peinad bien el látigo entre uno y otro, maese Andrés, no queremos dejar destrozada la espalda de nuestro capitán. —Soltó un soplido a medio camino entre la risa—. Tan solo lo suficiente para que las mujeres lo encuentren irresistible y le cuenten las cicatrices.

Diego quiso reír; sin embargo, la dureza del momento se lo impedía. No era la primera vez que lo fustigaban, pero no por eso el temor era menor. Muy al contrario, parecía duplicarse. Una cosa era temer a lo desconocido y otra muy distinta saber con certeza el dolor que producía el látigo al morder la piel. Pese a ello el reglamento era para todos igual, no podía haber distinciones.

Maese Andrés se colocó a su espalda. En su rostro, primero se adivinó la aflicción y, más tarde, la aceptación del marino. Consternación por tener que fustigar a su capitán y conformidad porque esas eran las reglas. Separó las piernas para afianzarse sobre la cubierta y agitó el látigo para desenredarlo.

Diego miró un momento a los ojos del oficial para comunicarle sin palabras que estaba preparado. Maese Andrés asintió imperceptiblemente con la cabeza, echó las tiras de cuero para atrás y con un movimiento certero, las descargó contra la espalda desnuda de su capitán.

—¡Uno! —comenzó a contar la tripulación.

El primer latigazo surcó el aire con un zumbido antes de golpear la carne con un sonido hueco; nueve rosadas marcas alargadas aparecieron sobre la piel morena. El segundo llegó instantes después y multiplicó las rayas.

El maestro artillero se tomaba el tiempo para desenredar las tiras de cuero que componían el artefacto. De no hacerlo así, el daño ocasionado sería aún mayor al pegarse estas entre sí a causa de la sangre.

—¡Tres!... ¡Cuatro!

La sangre comenzó a brotar en algunos puntos y aunque su cuerpo se tensaba con cada golpe, de los labios del reo no salió ningún sonido. Le dolía la mandíbula de apretarla. Aferraba la cuerda con los nudillos blancos por la tensión. Los tendones y los músculos de sus brazos se dibujaban con nitidez a través de la piel sudorosa. Apoyó la frente en la madera del mástil y rezó para mantener la mente ocupada, evadiéndose de la penitencia. Ya no quedaba mucho.

—¡Diez! —El castigo había concluido. Un suspiro colectivo salió de los labios de aquellos marineros que, sin esperar más, se dirigieron a sus obligaciones.

El ajusticiado soltó la cuerda. Con infinito cuidado bajó los brazos crispados y doloridos; luego, tras colocarse la camisa con una mueca de dolor, envainó el alfanje al cinto. El contramaestre recogió el látigo de manos del verdugo, que lo miró un tanto contrariado.

—Vamos, vamos, maese Andrés, todos sabemos que lo habéis disfrutado —aseguró maese Isaac con una mueca guasona en su vieja cara.

El maestro artillero palideció antes de sonrojarse hasta la raíz del pelo mientras fruncía el ceño enfadado.

—Vamos, mi buen amigo, no prestéis oídos a la lengua viperina de este hombre —aconsejó Diego a Andrés, mirando a su segundo con desaprobación —. Vayamos a mi camarote para arreglar la avería.

Los dos hombres se desplazaron al interior de la nave, dejando al contramaestre con el látigo en las manos. En cuanto el capitán y el maestro de armas desaparecieron por la puerta bajo el alcázar, maese Isaac guardó el artefacto asqueado por haber tenido la necesidad de usarlo, más aún, sobre la persona de Diego, al que quería como a un hijo.

Murmurando por la inconsciencia del capitán trató de reconfortarse con una pipa de tabaco al tiempo que controlaba la buena labor en el barco.

—Veo que ya lo habéis recuperado —afirmó maese Andrés cuando el capitán sacó el colgante del bolsillo y lo acomodó al lado del cuaderno de bitácora sobre la mesa.

—Sí. Hace un rato me lo dio Pedro. Pero dejemos las formalidades, amigo. —Diego sacó de un pequeño cofre un tarro de vidrio coloreado. Lo abrió con cuidado para oler la sustancia que había dentro. Era una mezcla de plantas con propiedades cicatrizantes, aceite y cera de abeja. Asintió satisfecho y sin más preámbulos se lo entregó al marinero—. Te doy las gracias por la restitución del medallón.

Andrés alzó los musculosos hombros como restándole importancia, mientras se lavaba las manos en el aguamanil.

—No tienes que agradecerme nada, solo hice lo que se me ordenó, capitán. —Cogió el bote y lo depositó junto al escritorio.

—Ya lo sé, mi querido amigo. Pero bien pudiste haber hecho caso omiso. Después de todo, ya llevaban pasadas varias horas desde que me lo robaron y habíais perdido la pista. ¿No lo crees así? —Dejó la botella de vidrio verdoso que contenía vinagre al lado del unguento. Luego se quitó la camisa por segunda vez aquella mañana antes de sentarse sobre un taburete a la espera de que Andrés le limpiara las heridas con vinagre y le untara la pomada sobre ellas.

—Capitán, no puedo negar que habíamos perdido la esperanza de recuperarlo, mas no por ello dejamos de intentarlo —sentenció el marinero procediendo con la cura. Hizo un gesto de tristeza al notar cómo se crispaban los músculos castigados de la espalda del capitán mientras le limpiaba los verdugones—. Creo que fue una suerte que el chico lo llevara colgado al cuello, de lo contrario no habría sido tarea fácil recuperarlo —concluyó, repartiendo el unguento con delicadeza por los hombros y la espalda de su superior.

—Pedro me ha dicho que no sabe qué ocurrió con el ladronzuelo.

—Desconozco qué fue de él, capitán. Nos mantuvimos ocupados en protegernos y zarpar... Supongo que Txikito lo liberó. Ya está —anunció al terminar la operación—. Espero que las heridas no te molesten mucho.

—No te preocupes. —Soltó una carcajada amarga—. Si me duelen, la próxima vez me lo pensaré dos veces antes de cometer alguna imprudencia —aseguró—. Procuraré no meterte en el brete de tener que azotarme de nuevo.

Se miraron a los ojos comprendiéndose. Ambos sabían que, si con ello la resolución del asesinato de don Francisco quedaba resuelta, volvería a arriesgarse. Pero esta vez trataría de no mezclar a la tripulación.

Andrés tenía en gran estima a Diego y lo respetaba. Eran muchos los años que llevaban juntos navegando por el mundo. Esperaban a estar solos para dejar a un lado las formalidades y se trataban con la camaradería propia de buenos amigos. Tal vez por eso no le resultaba nada placentero tener que descargar el gato contra él. No era que descargarlo contra otra persona le agradara más, todo lo contrario; nunca sintió deseo alguno de ser el verdugo del barco, pero ya el difunto y muy querido para él, don Francisco, el padre de Diego, se lo encomendó por ser quien más dominio tenía sobre el odioso artefacto. Se podían causar muchos destrozos con un látigo mal empleado.

—No vuelvas a ponerme en este aprieto —pidió muy serio y esperó hasta que el capitán asintió con una sonrisa torcida.

—El destino no ha permitido que me entrevistara con mi tío Santiago. — Diego lo pensó un momento—. No estamos muy lejos de San Sebastián. Podríamos virar en redondo y atracar en Zarauz o en Orio. Desde allí con un buen caballo en poco tiempo estaría de regreso en San Sebastián...

—Capitán, se está preparando una galerna. No es conveniente acercarnos a la orilla, las rocas destrozarían el casco —argumentó el oficial con buen criterio.

Diego suspiró. Estaba claro que no era deseo de Dios que viese a su tío.

—Tienes razón. Tendré que dejarlo para mejor ocasión.

Ahora fue el turno de suspirar de Andrés.

—Descansad un poco, capitán. No tardaremos en bailar con el mar.

—No sé si podré hacerlo, pero gracias de todos modos.

Andrés salió del compartimiento y cerró con suavidad la puerta tras de sí.

En la cubierta soplaba el aire con fuerza hinchando las velas. Llamó, como oficial artillero que era, a sus hombres para que afianzaran las cureñas donde iban sujetos los cañones antes de que comenzara la galerna que había predicho, acertadamente, el contramaestre.

Capítulo 7

Sentado a la mesa el hombre vestido de negro contemplaba el resplandor de las llamas en el hogar. Agitaba distraídamente el coñac en la copa de cristal tallado, rumiando la rabia de saber que su presa había logrado escapar.

—La próxima vez no tendrás tanta suerte. Maldito bastardo —farfulló colérico.

Agitó un poco más el contenido y lo lanzó contra las llamas en un esfuerzo por aliviar la rabia y la tortura que le atenazaban el alma. El objeto se rompió en mil pedazos y el líquido ambarino chisporroteó entre el fuego con llamas azules antes de evaporarse al calor. Nunca había destacado por la paciencia, y la poca que tenía, si es que poseía algo, hacía mucho tiempo se había extinguido. Demasiados años a la espera de poder librarse de una vez por todas de don Francisco y, cuando creía haberlo conseguido, llegaba su hijo bastardo para seguir atormentándolo. Mientras Diego siguiera con vida no abandonaría el empeño de esclarecer lo ocurrido con su padre y él no podía permitirse esa incertidumbre. No podía pasarse el resto de su vida mirando por encima del hombro por si el joven capitán se decidía a volver para seguir investigando. Pese a que le dolía tener que hacerlo, Diego era una complicación de la que tenía que desembarazarse lo antes posible.

—Debí matarte, Francisco, en cuanto tuve oportunidad y no esperar para hundirte en el deshonor de ser considerado un pirata —se lamentó, entrecerrando los ojos como sopesando la idea—. No, realmente mereció la pena esperar.

Haber visto la imagen del orgulloso capitán camino del cadalso había valido eso y mucho más.

Cerró los ojos con regocijo ante el recuerdo de los excitados ciudadanos, prestos a encontrar el mejor sitio desde donde presenciar la ejecución. No querían perderse nada del desusado acontecimiento. Algunos murmuraban consternados por la sentencia y, sobre todo, por la identidad del reo. Con sus

miradas atribuladas trataban de obtener alguna información que aclarase lo inaudito de esa circunstancia. Él debía fingir la misma estupefacción para no levantar sospechas; mientras, por dentro, se regocijaba por ver su mayor deseo cumplido.

Con sigilo, una criada de unos quince años entró en la habitación para retirar las sobras de la cena que su señor acababa de consumir. No llevaba mucho tiempo en la casa y era tan pusilánime que se asustaba con suma facilidad. La Araña observó el joven y lozano cuerpo de la muchacha con lujuria. Ya iba siendo hora de desahogar sus apetitos, llevaba demasiado tiempo ocupando su mente con don Francisco y su afortunado hijo.

No era una muchacha agraciada, todo había que decirlo, en su rostro se apreciaban las marcas que había dejado la viruela, pero su cabello era dorado como un doblón recién acuñado. «Como el de Elena», pensó con dolor.

Con un movimiento rápido asió la mano de la criada y la obligó a arrodillarse ante él. El ímpetu del movimiento provocó que los platos y las sobras se desparramaran sobre la madera del suelo con estruendo. No le importó, ya habría tiempo de que la muchacha lo limpiara después. La joven no emitió ni un solo sonido de protesta, pero su mirada aterrada delataba el miedo que sentía.

—No temas, no te haré daño si cooperas —aseguró, desatándose el cordón de la bragueta de sus calzas.

Marina sintió que la zarandeaban de un lado para otro. Abrió los ojos, pero todo seguía igual de oscuro. Nada había cambiado en su situación, continuaba dentro del maldito saco, con sed, hambre y dolor en todos los lugares de su cuerpo. Por si fuera poco, necesitaba ir al lavabo.

El agua sonaba terroríficamente cerca, sin duda se hallaba en la bodega de un barco.

«¿Qué barco?», se preguntó.

La nave parecía ser de madera a juzgar por el sonido de maderos que gemían y protestaban ante el embate de las olas. Se oía el chirrido de las cuerdas y los cabos con los que, ella imaginaba, tendrían sujetas las cosas que guardaban en la bodega. Por encima de su cabeza, en un piso superior, algo rodaba por el suelo. El conjunto de sonidos creaba una sinfonía que más que tranquilizar, horripilaba.

«¿Cuánto tiempo llevo aquí recluida? ¿Dónde está la gente?». Sus preguntas, por el momento, no tenían respuesta.

Un golpe de mar lanzó a Marina contra un mamparo. Sus piernas acusaron el golpe despertando de su entumecimiento y obligaron a la joven a gemir de dolor ante los pinchazos que sentía. Poco a poco volvió a recuperar la sensibilidad en las extremidades.

La bilis le subió a la boca y por un segundo temió vomitar dentro del saco. Era imprescindible salir de allí. Si comenzaba a vomitar no podría parar. El siguiente bandazo la llevó rodando hasta el mamparo de enfrente y una molestia nueva se unió a las anteriores. Se había sentado sobre algo duro y punzante. Tocó con cuidado y descubrió con regocijo que eran las llaves de su casa. Las aferró triunfante como si aquello fuera el maná del paraíso. Con la más aguda perforó la tela del saco y, a partir de ahí, desgarrarlo fue muy sencillo.

Fuera de la improvisada jaula se estaba mucho mejor. Ahora podría asirse para resistir los zangoloteos que daba la nave y aliviar la vejiga a la menor oportunidad.

A tientas, en medio de las tinieblas, se levantó para ponerse en pie. El golpe en la cabeza la dejó un tanto aturrida. Escupiendo maldiciones, volvió a enderezarse, esta vez con más cuidado, para comprobar que el techo era tan bajo que debía mantener la espalda inclinada hacia delante para no toparse con él. Retiró de un manotazo, reprimiendo un escalofrío, la pegajosa tela de araña que se le había adherido a la cara. Deslizó los pies y palpó lo que tenía alrededor hasta dar con un gran fardo sujeto con varios cabos a los que se asió de rodillas como si la vida le fuera en ello.

Ahora los vaivenes del barco eran más bruscos y seguidos haciendo que las cuerdas que sujetaban la carga gimieran como si fueran a partirse en cualquier momento.

La oscuridad y los movimientos violentos e inesperados contribuyeron a que Marina se marease sin remedio. Con esfuerzo se dobló por la mitad. Sujetándose el estómago con una mano, vomitó hasta quedar agotada.

Solo deseaba que no zozobrasen en medio de aquella marea.

Los marineros que se afanaban en la cubierta y la arboladura de la nave no estaban mucho mejor que la polizona de la bodega. La temperatura, agobiante la mayor parte del día, había descendido considerablemente en muy poco tiempo.

La galerna hizo acto de presencia descargando contra el buque vientos del noroeste, de más de cuarenta nudos. Este resistía el embate con estoicismo,

guiado por el timonel Antonio, hombre fuerte como un roble, de unos cuarenta años, que se aferraba a la caña con brazos potentes. Tenía experiencia en el manejo del timón en esas circunstancias, puesto que había pasado muchos apuros con la mar embravecida. Durante la decena de años que llevaba navegando a las órdenes del difunto capitán Izaguirre, había doblado el cabo de Hornos la friolera de ocho veces, conduciendo a la tripulación sana y salva por tan arriesgada empresa. Si bien en la mayoría de los barcos el timonel —instalado sin campo de visión bajo el camarote de popa— colocaba la caña del timón en la posición que le indicaba el capitán o el piloto; otros, como era el caso del *Neptuno* y del *Tritón*, con rueda de timón en la cubierta, permitían pilotar la nave sin la intervención de nadie más. Era el propio timonel quien tomaba en cuenta las circunstancias atmosféricas en las que tenía que gobernar el barco.

Un par de meses antes el otro timonel había muerto de unas fiebres extrañas; desde ese momento, Antonio y el propio Diego se habían encargado del timón de la nave.

Navegaban con las velas necesarias para pilotar el barco. La mayor parte del trapo permanecía aferrado a las vergas, para que el vendaval no lo desgarrase.

Bajo la supervisión del capitán, el timonel trataba de tomar las olas de frente, para evitar de ese modo que el velero zozobrase. Muchas tormentas tropicales le habían enseñado la mejor manera de capear un temporal, aunque nunca se estaba seguro de si la ola que se tenía delante de los ojos era la última que vería con vida.

Se creaban dunas y valles en el salobre líquido, fiel reflejo del tono plomizo del cielo, que formaban un paisaje difícil, cambiante y peligroso. Llovía con intensidad, con fuerza, creando una cortina de agua que imposibilitaba la visión.

Cada vez que el barco coronaba una de esas crestas parecía quedar unos segundos en el aire hasta que caía, de nuevo, sobre el valle de la ola. El impacto dejaba a la marinería sin respiración, como si, por un momento, se hubieran preguntado si iban a volver a sentir el agua bajo la quilla de la nave. Pero una vez que tocaban la llanura, les sobrecogía considerablemente la noción de verse rodeados de enormes masas de líquido en movimiento, que en algunos casos superaban la altura de los mástiles. Pese a estar acostumbrados, fueron varios los que terminaron vomitando por la borda el contenido de sus estómagos.

La galerna, con sus vientos huracanados, se mantuvo hasta bien entrada la noche. Entonces, sin previo aviso, comenzó a remitir y dio un respiro a los exhaustos marineros.

Las primeras estrellas empezaron a titilar tímidamente entre los huecos que dejaban las nubes a su paso; momento que Diego aprovechó para delegar del todo el manejo de la caña a su timonel y así prepararse para marcar la derrota. Durante una tormenta lo más importante era mantenerse a flote, en detrimento del rumbo que se tomaba. Por lo tanto, una vez superado el temporal había que buscar la situación y, desde ese punto, encarrilar la nave hacia su destino fijado.

En las bodegas el mundo había dejado de danzar como loco. Marina supuso que la tormenta ya era historia. Se dejó caer en el suelo, demasiado cansada para hacer nada más.

Las tripas eligieron ese momento para recordarle que ya era ocasión de alimentarse.

«¿Cuánto tiempo llevo a bordo? ¡Es que no me van a dar de comer! De poco les voy a servir si no me alimentan», conjeturó, agotada.

Se incorporó con esfuerzo todo lo que le permitía la altura de la bodega, con la intención de encontrar la puerta. Primero buscó el costado de la nave y, desde allí, tanteando los maderos, el mamparo más cercano. Unos ruidos suaves llamaron su atención. Parecían arañazos sobre la madera. Al relacionar esos sonidos con el animal que los podía producir, los cabellos de la nuca se le erizaron de miedo.

—¡Ratas! ¡Ay, madre! —exclamó acobardada.

Una cosa era observarlas y otra muy distinta oírlas sin posibilidad de verlas.

Se le aflojaron las rodillas. Mil imágenes, emitidas por televisión, de ratas pululando por doquier se agolparon en su mente.

No podía ser verdad.

—Socorro. ¡Socorro! ¡Ayuda! —gritó a voz en cuello—. ¿Es que nadie me va a sacar de aquí?

Los arañazos en la madera se repitieron y Marina comenzó a gritar, fuera de sí.

«Al menos», pensó, con un hilo de cordura, «los gritos las espantarán».

El roce de algo grande en sus tobillos fue más de lo que su enardecida mente pudo resistir. Marina, a punto del desmayo, redobló los gritos.

La estima estaba marcada. No se habían alejado mucho del rumbo fijado. A ocho millas, en medio de aquella oscuridad, por la amura de babor se encontraban los acantilados de Cantabria.

Diego alzó la vista para observar las formas fantasmales de las velas hinchadas por el terral que, de través, soplaba desde la costa. El cielo despejado, sin luna, ofrecía al espectador una imagen grandiosa de las constelaciones. Suspiró y volvió a su camarote para escribir las novedades en el cuaderno de bitácora, antes de que sirviesen la cena. Ya se habían encendido los fogones, que durante la galerna habían permanecido apagados para evitar males mayores.

Sentado al escritorio, a la oscilante luz de un farol que colgaba del bao sobre su cabeza, comenzó a redactar, con letra concisa y clara, los acontecimientos de esa jornada. Se sentía cansado por la tensión vivida en esas horas. Las heridas de la espalda le escocían como mil demonios.

Un rato más tarde, el cocinero dio aviso de que la cena estaba servida en el comedor.

Marina seguía aturdida y mareada. El barco parecía estabilizado y navegaba sin muchos tambaleos. Se levantó con precaución, agarrándose a las cuerdas que sujetaban los fardos. Necesitaba encontrar la salida de aquel lugar. Si permanecía más tiempo allí encerrada se volvería loca.

«Si es que antes no muero de inanición o de sed», pensó desesperanzada. «O me comen las ratas».

El miedo la puso en marcha. Primero escuchó temerosa de volverlas a oír. Al no percibir nada preocupante, continuó palpando las maderas de los mamparos con la esperanza de encontrar una puerta o, mejor aún, las escaleras para salir de aquella negrura.

Los maderos estaban sin desbistar, ásperos al tacto, probablemente les hacía falta una buena lijada. Ahora debería tener cuidado también de las posibles astillas que pudiera clavarse en los dedos.

—De... deja de protestar —la voz le salió más bien como un graznido. Se aclaró la garganta—. Tengo que salir de aquí como sea.

Tropezó con algo y cayó al suelo con estrépito.

—Maldición —masculló, con la voz tan cascada como la de un viejo borracho.

El bulto con el que tropezara resultó ser un rollo de estachas. Volvió a incorporarse y deslizando los pies a la vez que las manos, recorrió todo el largo de la estancia sin encontrar ni una triste abertura por la que salir.

Por enésima vez se preguntó qué lugar era aquel. Por momentos se imaginaba que todo era fruto de una broma; bastante pesada, por cierto. Algo así como esos programas de cámara indiscreta que pululaban por televisión. ¿Quién podría gastarle una broma así? Desde luego, quienquiera que fuese se había tomado muchas molestias. No, no podía ser eso; de todas las personas que conocía ninguna sería capaz de hacerle una jugarreta de ese tipo. Nunca le habían hecho algo parecido.

Definitivamente no era una broma. Y si no lo era, ¿qué podía ser?, ¿qué había pasado?

Un secuestro. Eso era. Unas tenues pisadas la pusieron alerta. No era posible. Otra vez no. Apoyada en aquel rincón abrió la boca con el propósito de gritar hasta desgañitarse, pero no llegó a hacerlo. Entre los quejidos del barco se escuchó, claramente, el ronroneo que solo podía emitir un gato satisfecho. Estuvo a punto de orinarse encima, no supo si por la tranquilidad de saber que no eran ratas o por el miedo pasado hasta averiguarlo.

—Vaya, ¡eres un gato! —carraspeó con sorpresa.

Por respuesta, el minino intensificó el volumen y se restregó contra la pierna de la joven. Marina bajó una mano y acarició el suave pelaje del gato, que la dejó hacer sin moverse. Ella se arrodilló en el suelo para continuar pasando la mano por el lomo del animal. Lo encontraba relajante y consolador. Como si el hecho en sí fuera lo más sensato que pudiera hacer en semejantes circunstancias.

—Probablemente me estoy volviendo loca. Cualquiera que me viera en esta situación lo pensaría sin temor a equivocarse. Pero ¿qué otra cosa puedo hacer?

El gato siguió restregándose hasta que Marina se sentó y lo dejó subir a su regazo. Más tarde buscaría la salida de aquel lugar.

Capítulo 8

Pedro bajó a la bodega con un farol para iluminarse el camino. El capitán le había pedido, el día anterior, que verificase si el muchacho estaba allí o si, por el contrario, había quedado en San Sebastián, bien porque Txikito lo había soltado o porque él mismo lograra escapar. Lo cierto es que, entre el castigo del propio capitán y la galerna que se había montado después, resultó imposible acercarse a las entrañas de la nave. Luego, tras el vendaval, le había tocado la primera guardia. Por la mañana, maese Isaac ordenó que se reparasen los agujeros de bala en la vela mayor y algunas desgarraduras en la gavia. Para cuando consiguieron volver a izarlas anochecía. Hasta ese momento no había quedado libre para hacer el mandado del capitán.

Para ser justos, no esperaba encontrar a nadie allí abajo.

Ya habían pasado tres días desde que embarcaran; desde luego, si el bribón se encontraba allí ya habría recibido justo castigo por su delito. Amén del hambre y el miedo que estaría sufriendo.

—Eso le enseñará a no apropiarse de lo ajeno —murmuró con una sonrisa socarrona.

Se oyeron unos pasos por la cubierta de arriba. Cuando las pisadas bajaron las escaleras que unían las dos plantas, Marina se incorporó tan rápido como su debilidad se lo permitió. El felino, que se había pasado la mayor parte de las horas anteriores dormitando sobre su regazo, maulló antes de escapar, indignado por el trato recibido. Apoyada en un fardo, Marina no tuvo tiempo ni voluntad de esconderse.

—Vaya, ¿has encontrado alguna rata, Trespiés? —se oyó una voz masculina que se acercaba.

Una pequeña luz disipó las tinieblas de la bodega, permitiendo por un momento la visión de las cosas que se amontonaban por allí. Enseguida aquel

resplandor fue demasiado para sus desacostumbradas retinas y hubo de cubrirse los ojos con el antebrazo para protegerlos hasta que se acomodaran de nuevo a la claridad. Poco a poco la visión regresó y pudo ver al hombre.

Era de estatura mediana, con el pelo y los ojos oscuros. Llevaba el torso descubierto, unos pantalones cortos y botas de media caña. Aún no la había visto, pero no tardó mucho en percatarse de su presencia.

—¡Ah! ¡Por las barbas de Satanás! ¿Así que después de todo no te habías quedado en el muelle? Probablemente Txikito te confundió con otro bulto más —dijo, como para sí mismo—. El capitán se llevará una sorpresa.

—¿Quién eres? —preguntó Marina con su voz carrasposa, deseando que el pánico que sentía no saliera a relucir—. ¿Dónde estoy?

—¿Quién soy? ¡Demonios! Muchacho, creo que debes aprender buenos modales.

—¿Quién es usted? —repitió la pregunta, pasando por alto la confusión con su sexo.

—Empiezo a impacientarme...

—¿Qué hago aquí? —barbotó indignada—. Me han tenido encerrada como a una bestia, sin agua, sin comida. —Temblaba de ira—. ¿Qué clase de gente son ustedes? ¿Quieren matarme de hambre? Si esto era una broma, lo han llevado muy lejos. Se han pasado y me van a oír.

El marinero la miró con la boca abierta, sorprendido al parecer por las palabras de Marina.

—¡Basta, golfillo! —gritó cuando se cansó de escuchar—. Será mejor que te lleve con el capitán. Él sabrá qué hacer contigo —aseguró, tomándola por un brazo y conduciéndola hacia las escaleras—. Yo, desde luego, no tengo idea.

—¿Habéis enviado a alguien a la bodega a verificar la carga? —preguntó Diego al contramaestre.

Estaban en el comedor; acababan de terminar de cenar con la mitad de los hombres.

—Sí, Pedro ha ido a ver, capitán —contestó, llevándose a los labios un vaso de peltre lleno de vino—. Supongo que la mercancía estará bien amarrada; estos hombres saben hacer bien su trabajo —alabó, alzando el vaso al frente como si brindara por ello—. ¡Más les vale! —Bebió un trago de vino—. Hemos comprobado que la cubierta es estanca y no hay vías de agua por

ningún lado. Supongo que Pedro bajará a las sentinas para garantizar que no estén inundadas.

La estancia era amplia, algo necesario para albergar a tantos comensales. Los mamparos mantenían su estructura de madera a la vista. La única licencia a la decoración del lugar la componían unos cuadros al óleo de mares embravecidos. De las vigas del techo colgaban sendos faroles de aceite que iluminaban la habitación. Por los portones abiertos, que en caso de demanda se podían utilizar en la batalla, entraba una agradable brisa. La mesa larga estaba flanqueada por bancos corridos que ocupaban los marineros. A la cabecera se sentaba Diego.

No era habitual que un capitán y sus oficiales compartieran mesa con el resto de la dotación, pero él no daba ninguna importancia a eso y prefería compartir la suya con sus hombres. Tomar parte en las comidas no le restaba autoridad: simplemente lo hacía más cercano.

Los marineros empezaban a levantarse para regresar a sus quehaceres cuando la puerta se abrió para dar paso a Pedro, que traía a un muchacho flaco y mugriento. Se hizo el silencio. Isaac se quedó con el vaso a medio camino de los labios; el resto de hombres mantuvo la boca abierta, en espera de explicaciones. Tan solo Diego sostuvo una fachada de total serenidad, al tiempo que examinaba con detenimiento al polizón.

A su alrededor los marineros volvieron a sentarse, impacientes por saber qué iba a ocurrir.

—Capitán, este es el muchacho al que encontramos con su medallón y que maese Andrés metió en el saco. Por lo visto, Txikito lo colocó en la bodega —explicó Pedro, de corrido, y buscó con la mirada a maese Andrés para que lo corroborara—. No he podido bajar hasta esta noche...

La voz del marinero bajó de tono hasta hacerse inaudible; Diego sospechó que esperaba una reprimenda por desobedecer órdenes, pero en ese momento otras cosas le interesaban más y pasó por alto el desacato.

Observó al muchacho con atención. Se le veía desorientado, sucio y claramente nervioso. Tenía el cabello revuelto y opaco por el polvo, igual que sus ropas. Unos extraordinarios ojos verdes destacaban en la cara mugrienta. Por un momento no pudo apartar la mirada de ellos, hipnotizado. Confuso por aquella sensación de inquietud que lo invadía, frunció el ceño y continuó su escrutinio intentando no dar importancia a aquel sentimiento.

En las mejillas del polizón se apreciaban los correderos que habían dejado las lágrimas. Sintió cierta lastima por él. Posiblemente la experiencia vivida

en la bodega, a oscuras durante tres jornadas, había sido cuanto menos inolvidable.

Mantuvo los ojos clavados en aquel muchacho.

—Por fortuna parece estar bien —dijo al fin—. ¿Cómo te llamas, chico?

Marina, con las piernas temblorosas, no tanto por la debilidad como por el miedo que le provocaba aquel grupo de hombres, tardó un momento en contestar. Primero, y por un instante, pensó decirles que ella no era un muchacho, pero al verlos sentados a la tosca mesa se acobardó y decidió mantenerlos en su error.

—Me llamo Marino —contestó, roncamente, con más aplomo del que sentía.

Varios hombres bufaron de burla palmeando la mesa. Se fijó en sus rostros curtidos por el sol y en sus ropas gastadas y anticuadas. Empezaba a darle vueltas la cabeza.

—Extraño nombre, en verdad... —aseveró el hombre de pelo gris sentado al lado del capitán—. Máxime cuando quien lo lleva más bien parece un pescadito que un marino.

La concurrencia estalló en estruendosas carcajadas. Ella no prestó atención a las burlas; solo tenía ojos para los escasos restos de comida que quedaban en los platos. Era evidente que ya habían terminado de cenar. Su estómago eligió ese momento para quejarse ruidosamente.

—¿Tienes hambre, chico? —se interesó el capitán.

«¿Tú qué crees, si no me han dado de comer en todo este tiempo?», quiso preguntarle.

—Sí —afirmó en cambio, escuetamente casi sin mirarle.

—¡Por la capa de Neptuno! —Pedro le dio un codazo—. Tienes que aprender modales... Al capitán se le habla con el debido respeto...

—Dejadlo, Pedro, es solo un muchacho que tiene hambre. Cuando llene el estómago mejorarán sus modales. ¿No es así, chico? —inquirió. Los ojos grises la escrutaban como retándola a negarlo; su voz, fría como el hielo.

Al mirarlo mejor, le recorrió un escalofrío. Aun sentado a la tosca mesa emanaba una fuerza contenida imposible de pasar por alto. Pese a ser un hombre joven, todos los que estaban sentados a su alrededor parecían tenerle un profundo respeto. Se palpaba en el ambiente.

—Sí... sí... capitán —terminó, incapaz de apartar los ojos de aquel hombre.

—¡Maese Juan! —llamó el oficial al cocinero—. El chico tiene hambre; mirad a ver qué tenéis por ahí. Siéntate, muchacho —ordenó, mientras

señalaba el extremo de la larga mesa.

Los hombres se deslizaron por el banco, acercándose a su capitán para hacer un sitio al recién llegado, sin dejar de mirarlo. Atentos a la novedad, guardaron silencio.

—Capitán... —empezó Marina sin sentarse.

—¿Sí, chico? —preguntó con los ojos entrecerrados; se recostó en el respaldo de su asiento.

Comenzaba a irritarla que la llamara «chico».

—Quisiera ir... quisiera ir... al baño.

—¿El baño? —preguntó el capitán, visiblemente sorprendido—. ¿De qué demonios estás hablando, mozuelo? ¿Quieres darte un baño?

¿Estaba jugando con ella? No tenía gracia. Volvía a tener ganas de orinar y ya no estaba en la bodega donde aliviarse de nuevo.

—Los servicios... ¿dónde están? —Golpeó con el pie en el suelo, impaciente.

El capitán continuó mirándola, parpadeando estupefacto.

El hombre mayor de pelo canoso levantó una botella de vidrio verde y con un gesto de muñeca vertió ruidosamente vino en un vaso de peltre. Ante el sonido, la vejiga de Marina amenazó con relajarse en medio del comedor. Cruzó las piernas en un acto reflejo y lanzó una mirada asesina al hombre al descubrir su sonrisa socarrona.

—Capitán, juraría que el muchachito desea utilizar los jardines —aseveró, ignorando su mirada.

«¿Jardines? ¡No soy un perro!».

Esperaba risas por parte del resto de los hombres allí sentados, pero, en cambio, en sus rostros expectantes vueltos hacia ella no había diversión, solo curiosidad.

Su mente se aclaró un poco.

—¡Sí! —contestó con vehemencia, recordando a destiempo que los retretes, en los barcos antiguos, se llamaban «jardines». Lo había leído en algún libro.

¿Quiénes eran aquellos hombres? ¿Y por qué utilizaban esos términos y ese lenguaje obsoleto? Si aquello no era un secuestro ni una broma pesada, ¿qué era entonces?

«No pienses y alíviate antes de que te lo hagas encima», se dijo en silencio.

Ya tendría tiempo de averiguar qué estaba sucediendo.

—Están en la proa. Pedro, si sois tan amable de acompañar al chico... — solicitó el oficial.

—Vos mandáis, capitán.

Marina y el marinero salieron a la cubierta por un estrecho pasillo. Fuera estaba oscuro y la temperatura era más fresca que en el interior.

Marina ahogó un grito de sorpresa al entrever, a la luz tenue de unos faroles colgados de los mástiles, la cubierta del barco. Era como los que había visto tantas veces en los libros y en las películas de época, solo que más impresionante. Olía a brea y salitre. Multitud de cordajes colgaban de los palos como guirnaldas en una fiesta. Se oían los crujidos de las cuadernas, de las velas y del navío en sí. Era una sensación extraña y electrizante, que le puso el vello de punta. Existían pocos barcos tan realistas como ese. Deseó ardientemente poder contemplarlo a la luz del día, para apreciar mejor los detalles.

Pedro parecía ver como los gatos, pues andaba rápido por aquella atestada estructura. Ella, en cambio, tropezaba a cada paso.

—Vamos, muchacho, cualquiera diría que tienes ganas... a ese paso te mancharás las calzas antes de que lleguemos allí —barbotó el marinero.

—Eso si no me rompo la crisma antes de llegar —protestó entre dientes.

—¿Has dicho algo? —indagó sin volverse.

—No, nada. Una vez cruzado el barco de popa a proa, el marinero le señaló lo que, a simple vista, parecían unas cajas de madera puestas en el suelo a ambos lados del bauprés. Al acercarse más descubrió que, en la parte de arriba, tenían un agujero grande desde donde se veía, al fondo, el agua del mar.

¡Aquello eran los retretes!

—¡Qué pasada! Muy logrado, sí señor —murmuró desconcertada.

¿Podía seguir pensando que aquello era un montaje para tomarle el pelo? No. No tenía antecedentes en los que basarse para continuar imaginando eso. Confiaba en que enseguida se aclarase todo.

Capítulo 9

Diego Izaguirre terminaba el vaso de vino, absorto en sus pensamientos. Se preguntaba quién era aquel muchacho tan extraño. ¿Qué iba a hacer con él?

—Capitán, con vuestro permiso, iré a ver cómo se arreglan con las guardias y, después, a dormir —anunció el contramaestre, levantándose de la mesa. Eran los únicos que quedaban. El resto de la marinería, pese a la curiosidad que debían de sentir, se habían ido ya.

—Muy bien, maese Isaac —contestó Diego, sin alzar la vista del líquido rojizo que quedaba en el vaso—. ¿Os ha resultado entretenido provocar que ese chico casi se orinara encima? —consultó, arqueando una ceja y clavando la mirada en los ojos negros del oficial.

—Bueno, capitán, —empezó con lentitud—. El muchacho estaba ahí parado, agitándose como un pescado en el anzuelo, y no pude resistir la tentación... —Su risa, tan bronca como su voz, resonó en el comedor—. Debo añadir que es listo, el rapaz, y tiene los ojos verdes más llameantes que he visto en mi vida. Me encantará provocarlo...

—No abuséis de vuestra posición; después de todo no es más que un niño. No sería caballeroso —apostilló Diego, reprimiendo las ganas de reír también—. Nos veremos mañana.

Isaac salió de la habitación frotándose la zona lumbar. Casi al momento, observó Diego, Pedro y el muchacho volvieron al comedor.

—Ya está, capitán... —comenzó el marinero.

—Muchas gracias, Pedro —lo interrumpió Diego—. Podéis ir a descansar.

—Vos mandáis, mi capitán. —Sonrió de oreja a oreja y se llevó una mano a la sien antes de marcharse.

El cocinero aprovechó ese lapso para colocar sobre la mesa un plato de estofado humeante, una hogaza de pan y un vaso de vino, tras lo cual volvió a

sus fogones sin pérdida de tiempo.

—¿Quieres lavarte las manos? —Le señaló un aguamanil, que descansaba cerca de la puerta—. A tu cara también le vendría bien un poco de limpieza...

El jovencito se llevó las manos a la cara y se sonrojó.

—¿Cómo? ¡Ah!... gracias... capitán —contestó. Y procedió a lavarse.

El capitán lo vio hacer sin decir nada. A su parecer era un muchacho extraño. Demasiado delgado. Sus manos eran muy finas, como las de una mujer; manos que probablemente no estaban acostumbradas a trabajar.

Observó su manera de sentarse a la mesa y sus modales al comenzar a comer. No era un chico cualquiera. Desde su postura frente al plato hasta la forma de utilizar la cuchara, todo denotaba buenas maneras. Hasta sus extrañas ropas estaban en buen estado. No, y de eso estaba convencido: no era un desharrapado sin hogar. Probablemente su familia estaría preocupada por él.

—Dime, ¿quién eres en realidad? —disparó Diego.

Marina se atragantó con el estofado.

¿La había descubierto? ¿Sabía ya que era una mujer? ¿Qué podía decir?

Tosió para aclararse la garganta y para darse tiempo de pensar qué contarle.

—Ya se... bueno... os los he dicho, capitán —rectificó a la carrera, imitando la forma de hablar de ellos—. Me llamo Marino Vivar.

—¿Cuántos años tienes, chico?

Marina se quedó momentáneamente en blanco. ¿Cuántos años podría tener, si fuera en realidad un muchacho?

—¡Catorce! —exclamó, implorando a Dios su misericordia para acertar con la edad.

Su figura no era voluptuosa, más bien al contrario, y el gran jersey tapaba las suaves curvas. Agradeció, por primera vez en su vida, no ser como siempre había deseado. Su anodina apariencia serviría para mantener el engaño. Nadie tenía por qué saber que era una mujer.

«Y menos este hombre». Nada más cruzar esa idea por su mente, quedó desconcertada sin saber el porqué de esa postura.

Continuó con la cena que estaba deliciosa; aunque con el hambre que tenía, era posible que no fuera imparcial en sus gustos.

—¿Quiénes son tus padres? —volvió a la carga el hombre, cruzando las piernas a la altura de los tobillos por debajo de la mesa.

Quiso ignorarlo, pero su presencia en aquel comedor era demasiado imponente como para pasarla por alto.

—Murieron hace dos años... —contestó evasivamente.

—¡Ah!, vaya —murmuró—. Entonces, ¿con quién vives?

—Sol... —estuvo a punto de decir sola, pero se reprimió a tiempo—. Solo.

—¿Solo? —se extrañó él.

—No, quiero decir... solo con mi abuelo.

—Umm. ¿Hacías algo... aparte de vivir con tu abuelo?

«¡El hombre es persistente!», bufó Marina para sí y continuó comiendo. Se sentía mejor con cada cucharada que se llevaba a la boca.

—Pintaba... soy aprendiz de pintor —contestó, dispuesta a seguir con la farsa.

El capitán le miró las manos detenidamente y observó las manchas de colores que coronaban las yemas de los dedos y que continuaban por debajo de las uñas. Asintió con la cabeza, satisfecho. Marina soltó el aire que retenía sin darse cuenta; por un momento había dejado de respirar.

—¿Seguro que tienes catorce años? Pareces un poco mayor que eso.

—Es porque soy alto para mi edad —aseguró con desparpajo.

Durante unos minutos los dos permanecieron en completo silencio.

Marina observó los mechones que se le habían soltado de la coleta y que rozaban las mejillas del oficial. A la luz del farol que pendía del techo el cabello se veía azulado de tan negro que era. Lo vio apartárselo con impaciencia y se fijó en la mano con la que lo había hecho. Era una mano grande y esbelta, de dedos ahusados y con cicatrices blanquecinas que se destacaban en su piel morena.

«¿Serán suaves cuando acarician?», se preguntó soñadora y al momento se recriminó por semejante pensamiento. «Sin duda, tanto tiempo sin comer me ha trastornado la cabeza».

Enfadada, se llevó la cuchara a la boca con demasiada fuerza y se golpeó los dientes. Se contuvo para no soltar una palabrota.

—¿Qué hacías con mi medallón? ¿Por qué lo robaste? —preguntó con voz engañosamente suave su interlocutor.

¿Su medallón? Así que él era Diego Izaguirre García, pensó recordando el nombre grabado en la pieza.

—Yo no lo robé. Me lo dio mi abuelo. —¿Su abuelo la había metido en semejante lío? No, decididamente él no la sometería a dicha pantomima.

Menos aún consentiría que la tuvieran encerrada durante una eternidad en esas condiciones. ¿Cuánto tiempo había estado encerrada en la bodega?

—Tu abuelo —repitió el capitán—. ¿Podrías decirme, por ventura, cómo es que tu abuelo lo tenía? —Juntó las manos por las yemas de los dedos y jugueteó con ellas, separando los dedos largos y esbeltos como si fueran estrellas de mar.

Marina decidió mantenerse en la verdad, siempre que fuera posible.

—Se lo encontró enganchado en el ancla de su velero. Yo no lo robé; no soy nin... ningún ladrón.

—¿Enganchado? ¿Cuándo? —inquirió sorprendido.

—No sé. ¿Cuánto tiempo llevo aquí? —preguntó, volviendo a comer. Aquel estofado estaba realmente bueno. Aunque con el hambre que tenía, hasta las suelas de sus zapatos le habrían parecido apetitosas.

—Embarcamos hace tres días.

—¿Me ha tenido encerrado en una bodega oscura y dentro de un saco maloliente durante tres días?! ¿En qué estaba pensando? —preguntó airada—. ¿Qué clase de persona es usted?

—No sabía que estabas allí. —Ella creyó ver una chispa de conmiseración en sus ojos, pero fue tan tenue que pensó haberlo imaginado—. Te aconsejo que cuides tus modales cuando te dirijas a mí —ordenó con voz dura y fría.

«Sin lugar a dudas: lo he imaginado», pensó Marina.

—Hace tres días por la mañana —informó—. Lo encontró hace tres días.

El hombre la miró con aquellos ojos grises como el mar en invierno y tan duros como el acero. Por su forma de contemplarla, Marina podía adivinar que él sopesaba y analizaba cada una de sus respuestas.

—No lo creo —anunció el capitán con los ojos entrecerrados.

—Puede creer lo que le venga en gana —barbotó la joven enfadada; luego apartó el plato vacío—. ¡Yo no he robado nada!

—Pues, en ese caso, explícame cómo es que lo tenías cuando te encontraron mis hombres —insistió él, apretando los dientes.

—Repito: me lo dio mi abuelo a primera hora de la mañana.

—Eso es imposible.

—¡No estoy mintiendo!

—¡Por todos los infiernos, chico! —Se agarró al borde de la mesa—. ¡Sí que estás mintiendo! Ese medallón me fue robado cuando ya mediaba la mañana. ¿Cómo explicas que te lo diera antes de que yo lo perdiese?

Aunque Marina abrió la boca para protestar, lo pensó mejor. No tenía ningún sentido seguir discutiendo ese punto. Era imposible que a él le

hubieran robado a media mañana cuando su abuelo lo tenía desde mucho antes. El que estaba confundido o mintiendo era el capitán. Pero ¿por qué?

—¿Qué voy a hacer contigo, chico? —La voz profunda del hombre la sobresaltó.

—¿Devolverme a San Sebastián? —sugirió sin pensar.

La carcajada llena de humor que soltó el capitán resonó en los mamparos del cubículo.

—No, chico, me temo que no podré volver por la ciudad hasta pasado un tiempo —anunció, con una sonrisa un tanto amarga en los labios—. Creo que desde este momento formas parte de esta tripulación. Tendrás que firmar en el rol como grumete.

—Yo no quiero formar parte de ninguna tripulación... ¡Quiero volver a mi casa! —Se levantó airada—. ¡Ya basta! No sé qué está pasando, pero quiero que pare de una vez. No me gusta. —Miró por los rincones, rastreando micrófonos, cámaras ocultas; cualquier cosa que pudiera delatar que se trataba de una tomadura de pelo—. ¿Dónde están?

—¿Qué demonios estás buscando? —exigió confuso. Descruzó las piernas y se enderezó alerta.

—¡Lo sabe muy bien! ¡Busco los micrófonos! Debo decir que se han esmerado en el decorado y que el vestuario es una pasada... ¡Ah! Su puesta en escena es genial. Muy creíble. —Cabeceó admirada, ignorando el examen turbulento del capitán—. Pero no tengo ni la menor idea de qué esperan conseguir con todo esto...

—Mira, muchacho... —lo interrumpió él, levantándose con fiereza. Las manos, apoyadas sobre la mesa—. Estoy siendo terriblemente paciente contigo. Entiendo que, después de tres días encerrado en una bodega, estés desorientado, confuso y hasta un poco irritable... Sin embargo, no voy a tolerar esa falta de comedimiento. Soy tu capitán y como tal exijo respeto. —La miró ceñudo, con los ojos acerados, mientras se acercaba lentamente a ella, con la cabeza agachada para no golpearse con los baos que cruzaban el techo.

Marina abrió la boca sorprendida por la altura del capitán. La espalda amplia se estrechaba en la cintura. Hubo de contenerse para no seguir mirando más abajo, pero casi podía imaginarse el resto.

El cabello liso, negro como el azabache, le llegaba hasta los hombros y le enmarcaba un rostro moreno, de rasgos marcadamente masculinos. En él destacaban, bajo unas cejas espesas, los ojos, de un tono gris azulado, que

ocultaban las emociones; y la nariz recta sobre la boca de labios generosos, sensuales.

«¡Ay, *ama*^[3]! ¡Es como un modelo!», pensó, sonrojándose. Por suerte para ella, él no se percató de su embobamiento.

—En adelante te dirigirás a mí con respeto. ¿Lo has comprendido? Métete una cosa en esa cabeza tuya: estás en mi barco y mientras permanezcas aquí harás lo que yo te ordene. ¿He hablado claro? —Esperó a que ella afirmara con la cabeza para continuar—: No sé qué diablos estás rebuscando. Tampoco sé qué son esos micro... micro... o comoquiera que se llamen. No obstante, quiero que algo te quede claro: aquí mando yo.

Estaban frente a frente, mirándose con ferocidad. Marina bajó la vista y se descubrió mirando el vello negro del capitán, que escapaba de la camisa a la altura del esternón. Estaban tan cerca que percibía el aroma a sal y a hierbas de aquel hombre, y para su completo asombro y vergüenza, quiso acercarse más y tocarle.

«¿Qué demonios crees que estás haciendo? ¿Te has vuelto loca?», se recriminó.

Sorbió por la nariz y tomó conciencia de lo mal que olía ella después de su paso por la bodega, sin poderse lavar en tres días.

—¿Lo has entendido? —La voz sonó sobre su cabeza, tan fría como témpanos de hielo.

—Sí... capitán. Como vos gustéis, capitán —se mofó, pero él no se lo tomó como una burla.

Marina, tumbada sobre la hamaca que le entregara el capitán al terminar el interrogatorio, observaba la bóveda celeste. Por la cubierta, junto a la borda, se arracimaban las hamacas que los marineros usaban para dormir en las noches de verano, cuando en el interior del barco el calor se hacía insoportable.

Se oían los ronquidos y los murmullos de los durmientes; los pasos del marinero de guardia mientras recorría el barco, de proa a popa y de popa a proa, hasta completar las cuatro horas del turno. Se escuchaban, también, los gemidos y los crujidos del maderamen y de las jarcias, con la cadencia de un metrónomo; el silbido del aire por entre el cordaje y el velamen y, por encima de todo, se percibía el sonido del agua chocando contra el casco, creando una sinfonía sin fin.

Ella permanecía allí tumbada, demasiado excitada con las vivencias para poder dormir.

Le era difícil definir lo que sentía.

Había querido buscar micrófonos, o cualquier otro artilugio de escucha, para convencerse de que era una broma y no lo que, contra toda lógica, empezaba a alcanzar visos de verosimilitud: un salto en el tiempo.

«Pero eso es física y prácticamente imposible», pensó, confundida.

Por otro lado, estaba la imagen de San Sebastián, totalmente cambiada, que había visto momentos antes de que esos hombres la secuestraran. Los edificios de la línea de la playa habían desaparecido; en su lugar, la playa se prolongaba indefinidamente entre árboles diseminados. El puerto que ella conocía, con sus típicos pesqueros rojos, azules o verdes, y con sus blancos veleros de recreo, no estaba allí. Lo que vio, en cambio, fueron grandes veleros de dos, tres y hasta de cuatro mástiles, alojados en un muelle irreconocible. No podía tratarse de un montaje. ¡Era de verdad!

No era muy complicado cambiar la apariencia de una calle, pero la de todo un litoral era imposible. Y ella lo había visto con sus propios ojos. La iglesia de Santa María del Coro apuntalada. En realidad, no era la iglesia que ella estaba acostumbrada a ver: era diferente.

Hizo memoria.

Ese edificio se restauró completamente en el siglo XVIII, sufragado por la Real Compañía Guipuzcoana de Caracas, porque el anterior se derrumbó a consecuencia de la explosión de un polvorín, recordó.

¿Cuándo fue eso?

De cualquier forma, eso que vio no era un montaje ni atrezo; era tangible. Tanto como el barco en el que navegaba.

Las palabras que su padre le dijera en el sueño regresaron a su mente estremeciéndola contra su voluntad. *Nunca sabes, cuando te levantas cada mañana, si ese día te traerá la aventura de tu vida.*

Entonces, ¿era verdad que había saltado en el tiempo? Si eso era cierto, ¿cuándo había ocurrido?

A su cerebro llegó la imagen del confesionario de la iglesia de San Vicente, con sus extrañas tallas y aquella enigmática frase. *Per tempore*. ¿Qué significaba? Estaba claro que era latín; sin embargo, no sabía su significado; lamentó no recordar nada del latín estudiado en el instituto.

El confesionario era el punto donde, sin lugar a dudas, todo se había trastocado, pensó convencida.

Empezaba a estar cansada y sobrecogida de darle vueltas a la situación. ¿Qué hacía ella allí?

Trespiés eligió ese momento para saltar desde el suelo y tumbarse sobre la barriga de Marina, asustando a la joven con su repentina aparición.

—Bueno, bueno... Tú debes de ser Trespiés, ¿no? —adivinó, mirando al animal. El pelaje era negro en su mayoría, tan solo roto a la altura de tres de sus cuatro pies, que eran blancos—. Un nombre muy adecuado para ti.

La mirada gris del felino se posó en ella antes de apartarla y colocarse mejor para dormir.

El color de aquellos ojos le recordó a otros que había mirado aquel día: los del capitán Izaguirre. Solo que los del capitán eran más fríos e inexpresivos que los del minino.

El personaje destacaba de entre el resto de los marineros, además de por su indumentaria, más limpia y arreglada, por su postura elegante.

Sus palabras, su forma de hablar... todo era muy convincente. No había duda de que era quien decía ser. Más le valía a ella andarse con cuidado y no provocarle innecesariamente; quién sabía de lo que era capaz de hacer ese hombre.

Por otro lado, esa aura de peligro resultaba muy atrayente. Durante el tiempo que estuvieron en el comedor y, sobre todo, cuando él se enfadó, sintió el impulso casi irreprimible de tocarlo. Ahora con su imaginación, hizo lo que no había tenido valor de hacer: le acarició aquellos músculos de los brazos que se marcaban a través de la camisa. Los imaginó duros y fibrosos. Le pasó las manos por el pecho, con los dedos extendidos para peinar el vello negro. Sospechó que sería suave y casi sintió cosquillas en la palma de las manos. Sonrió con audacia y siguió con los dedos los rasgos puros de la cara de aquel hombre, de su nariz, las cejas, las mejillas, sus labios... Suspiró con la imagen del capitán en las retinas y se fue quedando amodorrada hasta caer en un profundo sueño.

Capítulo 10

El sol estaba a punto de salir cuando Diego abandonó su camarote. La noche se le había hecho muy larga y el esperado descanso no había sido nada reparador. Tanto las heridas de la espalda, como el misterio del nuevo grumete, le impidieron dormir bien.

—Buen día, capitán —saludó maese Isaac, sacudiendo la pipa contra su mano.

—Buen día, contramaestre —contestó escueto.

—Vaya, vaya... Hoy parece que nos hemos levantado de buen humor.

—No me provoquéis tan pronto —pidió a su oficial. Maese Isaac levantó las manos en señal de rendición y arrepentimiento, pero sus ojillos lo desmentían.

—¿Sabéis ya qué hacía ese pilluelo con vuestro colgante?

El capitán procedió a relatarle la conversación de la noche anterior, recalcando su convencimiento de que el muchacho mentía.

—¿No creéis que sea aprendiz de pintor? ¿O pensáis que es un espía?

—No, estoy seguro de que pinta. En cuanto a lo de ser espía... me parece demasiado rebuscado. No sé... Dejémosle que se acomode entre nosotros, pero sin perderle de vista —sentenció Diego—. Si algo nos oculta, lo descubriremos a su debido tiempo. Por el momento ordenadle que ayude a limpiar la cubierta; eso lo mantendrá ocupado. —Miró al horizonte—. ¿Qué tiempo nos espera hoy?

—Bueno, lo haré cuando el holgazán se despierte. —Maese Isaac señaló al nuevo grumete que, a pesar del ruido, dormía plácidamente con Trespiés encima—. Me atrevería a decir que hoy tendremos un tiempo excelente.

El capitán afirmó con la cabeza antes de ir a mirar a la bitácora y a la tabla de estima para verificar el rumbo.

Continuarían en dirección oeste, dejando la costa a babor hasta llegar a Galicia, para después bordear el Cabo Finisterre. Una vez allí, por el Atlántico

hasta Lisboa y desde ese punto a las islas Canarias, donde se abastecerían de víveres con los que resistir en su singladura a las tierras del Nuevo Mundo. Un viaje que había realizado en muchas ocasiones.

Sobre su cabeza, una vela hizo un ruido parecido a un trueno al quedar momentáneamente sin aire, vacía. Los gavieros, sin esperar las órdenes del contra maestre, corrieron a modificar la orientación de la verga para que la vela acogiese mejor la brisa. Inmediatamente el trapo tronó al henchirse, haciendo que la nave se lanzase hacia delante con ímpetu. Diego suspiró, orgulloso de su barco, y dejó que las vibraciones de la nave pasaran a través de sus pies, sintiéndolas como si del latido del bergantín se tratase.

Sintió que se ahogaba, el agua le entraba por la nariz y por la boca. No podía respirar. Entonces se despertó, pero la sensación de ahogo no disminuyó ni un ápice. En verdad, se estaba asfixiando. Abrió los párpados y descubrió cinco pares de ojos, fijos en su persona, antes de que las carcajadas estallasen a su alrededor. Saltó de la hamaca hecha una furia.

—¡Malditos imbéciles! ¿Se puede saber de qué vais? —estalló Marina, mirando impotente cómo su ropa chorreaba agua.

Los hombres callaron un momento, al parecer confundidos por su forma de hablar, pero después continuaron ajenos a los insultos que barbotaba Marina.

Les dio la espalda y trató de separar el jersey, que se le pegaba al cuerpo modelando sus formas femeninas. Si aquellos hombres la veían así no podría ocultar su identidad.

—¿Qué demonios pasa ahí? —bramó el contra maestre desde el alcázar.

Los marineros, apartándose, formaron un pasillo para dejar a su oficial la vista despejada y que pudiera ver a la calada Marina.

—¡Por todos los diablos del infierno! Nuestro pescadito se ha mojado —profirió maese Isaac ante la algazara de sus hombres—. ¿Tienes miedo al agua?

—No señor, el agua me encanta, pero cuando yo quiero —anunció ella, sujetando con una mano el jersey lo más alejado del cuerpo posible, mientras con la otra se secaba la cara—. Creo, sinceramente, que se están pasando un poco.

El contra maestre frunció el entrecejo, perplejo por la extraña frase. Aspiró aire y la miró con suspicacia.

—Te aseguro que hoy, pequeño pescado, te mojarás de sobra —sentenció, llevándose las manos a la cintura—. Ayudarás a baldear la cubierta junto al resto de marineros. ¿Entendido?

—Sí —contestó ella. De inmediato añadió, al recordar la fórmula de cortesía—: vos mandáis. Pero necesito ropa seca...

—No te preocupes por eso ahora; cuando termines el trabajo, ya se verá.

El contraмаestre pareció quedar satisfecho con su propia respuesta y se volvió, mientras Marina maldecía entre dientes. Sabía cómo conseguir que el jersey no se le pegara al cuerpo: quizá lo mejor sería que ella rascase el suelo mientras los dos hombres lanzaban el agua. El más joven, posiblemente de su misma edad, le tendió un cepillo de cerdas duras para restregar la madera. Sin pensarlo más, se quitó los mocasines y los guardó en la batayola, junto con su hamaca. Descalza, al igual que sus compañeros, comenzó su tarea.

—Adelante —se oyó la voz del capitán, al otro lado de la puerta del camarote principal.

El hombre levantó la vista de los mapas que estudiaba y se fijó en ella.

—Capitán... —comenzó Marina al entrar—. El contraмаestre me ha enviado a pedir algo de ropa. Como veis, la que llevo está totalmente mojada...

—Mira ahí —murmuró, volviendo a fijarse en las cartas náuticas desplegadas sobre la mesa—. Habrá algo que te sirva en ese arcón. —Señaló con la mano.

Marina vio un gran arcón y se acercó a mirar dentro. Antes de tocar nada se limpió las manos en sus pantalones. Estaba a reborar de prendas. Todas eran enormes, no había duda de a quién pertenecerían. Eligió varias camisas que no eran muy nuevas (no quería que el capitán se molestase), un par de pantalones, un chaleco y una casaca de tela gruesa. La noche anterior había pasado frío y necesitaba algo con lo que taparse del relente nocturno.

Volvió a colocar el resto de prendas en el arcón. Luego, teniendo el cuidado de que no tocasen las suyas empapadas, cogió en los brazos las que había elegido, antes de dirigirse hacia la puerta.

—Ya tengo la ropa. Gracias, capitán.

—¿Has cenado? —inquirió él, con los ojos puestos en las cartas de marear—. ¿Adónde crees que vas, chico? —preguntó con voz seca al levantar la vista.

—A cambiarme de ropa —dijo escuetamente, dándole la espalda, con la mano en el picaporte de la puerta.

—En este barco, nadie se va sin mi permiso —aseguró el capitán, con voz carente de emoción—. ¡Vuélvete!

Por un momento pensó en ignorar su orden, pero después consideró que estaba demasiado cansada para hacer otra cosa que no fuera dormir y que sería mejor no contradecirlo para poder marcharse lo antes posible. Se volvió con toda la parsimonia de que fue capaz. Le dolía la mandíbula de apretarla; tenía la mirada llameante ante aquellos ojos grises que la observaban burlones. Deseaba con toda el alma salir de aquel camarote y, tras cambiarse las prendas empapadas, buscar un lugar donde tender la hamaca y descansar. Estaba agotada.

Trató de no dejar traslucir la rabia que sentía por dentro. Durante un instante, que a Marina se le antojó eterno, el capitán se limitó a mirarla con aquellos ojos acerados sin decir nada. Estaba en pie, al otro lado del escritorio, con las manos en la cadera y los pies separados.

—¿Qué ropa has elegido? —preguntó él, volviendo a fijar su vista en los mapas.

—Un par de camisas, dos pantalones...

—¿Pantalones? ¿Qué es eso? —la interrumpió.

—¿Que qué son? Esto. —Los mostró cansada.

Él miró las prendas y abrió los ojos confundido.

—Eso son calzas, muchacho. ¿No te han enseñado el nombre de las prendas?

—Por supuesto que lo sé. Por eso lo digo: son pantalones. —Empezaba a exasperarle ese hombre.

«Eso sí que es el eufemismo del siglo: te exaspera desde anoche».

—Es igual. —El capitán sacudió la cabeza y regresó a los mapas—. ¿Qué más has cogido?

—Un chaleco y una casaca...

—Muy bien, pues ve cambiándote la ropa antes de que termines con una pulmonía.

—¿Aquí? —preguntó anonadada—. ¡Ja! Lo llevas claro —protestó cuando vio que él asentía sin apartar la vista de las cartas náuticas. Él se incorporó entonces, y dejó de observar los mapas.

—¿Qué problema tienes ahora, chico? ¿Y por qué hablas tan raro? —Se pasó la mano por el pelo—. No, no me contestes —acalló cuando ella abrió la

boca—. Puedes irte —anunció el hombre, con un movimiento de mano, como si tratase de alejarla.

Marina no se lo pensó dos veces y salió por la puerta todo lo rápido que sus agotadas piernas le permitieron.

—*En este barco, nadie se va sin mi permiso* —repitió con voz de falsete una vez fuera—. Ja, ja y ja. Maldito arrogante. Es un hombre insoportable que abusa de su autoridad. No lo aguanto.

Debía dejar de pensar en él y concentrarse en cambiarse de ropa lo antes posible, no fuera a ser que terminase enferma como el maldito capitán había vaticinado.

—No te daré esa satisfacción —masculló, alzando la barbilla.

«¿Dónde me puedo cambiar de ropa con un poco de intimidad?», se preguntó mientras recorría el angosto pasillo.

El único lugar donde había estado sola había sido la bodega. No le agradaba nada ese lugar; aún tenía fresco el mal rato pasado el tiempo que estuvo allí encerrada. Le habían dicho que tres días, pero a ella le parecían muchos más.

Tras dudarle un poco, agarró uno de los farolillos que colgaban del techo en mitad del pasillo y bajó al sótano.

El lugar seguía estando oscuro y la vela que ardía dentro de la lámpara no iluminaba demasiado. Reprimió un escalofrío.

—Será mejor que termine cuanto antes.

Se desnudó; anhelaba una ducha de agua caliente o, mejor aún, un buen baño con espuma y sales aromáticas. Lavarse el pelo, los dientes... Nada de eso era posible en aquel barco maldito. Tras un día limpiando la cubierta, sentía la piel tirante por la sal del agua y su cabello estaba áspero y encrespado. Toda una belleza. ¡Qué más daba! Después de todo no tenía intención de seducir a nadie.

El día se había ido prácticamente en rascar la cubierta, pulir los bronce y ayudar a los marineros con las bombas para achicar el agua de las sentinas; solamente había parado para comer y para cenar. Sus manos estaban destrozadas, pero eso sí: ¡no tenían ni asomo de óleo!

No sabía si reír o llorar desconsoladamente.

Agachada para no golpearse la cabeza con el bao, se quitó la ropa con dificultad. Las camisas, sin duda del capitán, eran de lino blanqueado y con una abertura delante, que a ella le llegaba casi hasta la cintura. Se colocó una directamente sobre la piel, sin ropa interior. Sus pezones se endurecieron al contacto con el tejido y se marcaron por encima de la tela. Marina se miró

consternada. Solo le faltaba eso: excitarse ante el contacto de una prenda masculina. Renegando por lo bajo, enrolló las mangas hasta dejarlas a su medida y se puso las calzas, que le llegaban hasta el suelo. Eran bastante estrechas y a ella se le ajustaban demasiado a la cadera. En cambio, en la cintura le sobraba un montón, pero arregló el problema una vez que se hubo metido los faldones de la camisa por dentro con un pedazo de cordel que encontró por allí, a modo de cinturón.

Con la casaca y el chaleco, que le llegaba hasta las rodillas, era muy difícil averiguar que era una mujer, pues la chaqueta le quedaba tan grande que ocultaba su figura perfectamente. Recogió las prendas que se había quitado para lavarlas y guardarlas. Las necesitaría cuando consiguiese regresar a San Sebastián. Tuvo especial cuidado con las llaves de su casa; no quería perderlas. Con la otra camisa y el otro pantalón de repuesto que le había dado el capitán, hizo un hatillo que guardó allí mismo, en un rincón de la bodega, hasta que lo necesitara. Debería buscar un lugar mejor para guardarlo; no le gustaba nada tener que bajar hasta allí.

—Pero hoy no. Ya no puedo más.

Diego guardó las cartas náuticas en el bolso de cuero y se asomó por las ventanas del espejo de popa. La suave estela que el barco dejaba tras de sí en el mar en calma era apenas visible en la noche. Los faroles de popa rompían la oscuridad y su luz rielaba sobre el agua con una cadencia hipnótica. El muchacho se había ido un instante antes. Sonrió al recordar la mirada que le había dirigido: llameante de pura rabia. Solo por esa visión había merecido la pena mentir. Ensanchó la sonrisa. Maese Isaac tenía razón: era muy fácil provocarle. No entendía qué le había impulsado a engañarle diciendo que nadie se iba sin su autorización; él no era tan prepotente. Su tripulación le prestaba el debido respeto, pero sin servilismos de ningún tipo. No estaba acostumbrado a ello. Tal vez porque, al empezar a trabajar en el *Catherine*, lo había hecho como simple paje y, cuando más tarde se trasladó a la nave de su padre, no era más que un grumete. Por eso sabía, por propia experiencia, lo que era estar en lo más bajo de la jerarquía de un barco y no le gustaba abusar de su estatus.

Sonrió con picardía al recordar al nuevo grumete. Presentía que aquel extraño muchacho tenía mal genio y había decidido presionarlo.

«¡Que me cuelguen si sé por qué!», pensó exasperado.

Una cosa era segura: su presencia en el barco hacía que, por momentos, la ausencia de su padre no pesara tanto en su ánimo. Además, debía averiguar qué había pretendido al robarle el medallón y quién era en realidad. Deducía que ocultaba algo y necesitaba saber qué y por qué.

Capítulo 11

En el buque se había instaurado una especie de rutina a la que Marina se avenía sin problemas. Llevaba dos días cumpliendo las órdenes que cada mañana le asignaba el contramaestre. Su trabajo consistía en estar ocupada en algo. Si no raspaba el suelo, con ese burdo cepillo que le ampollaba las manos, asistía en el remiendo de las velas; cuando no pelaba patatas para maese Juan, el cocinero, contribuía con los artilleros a repartir las balas de los cañones para las prácticas de tiro. Estaba convencida de que maese Isaac consideraba pecado estar mano sobre mano sin hacer nada y no deseaba que ella permaneciera ociosa. Por las noches caía rendida en su hamaca, sin tiempo para pensar en nada más. Con Trespiés sobre el vientre, se quedaba profundamente dormida.

En tanto trabajaba no podía dejar de preguntarse qué pensaría su abuelo de su ausencia. Habían pasado cinco días desde que desapareció de San Sebastián y él debía de estar intranquilo.

Había buscado por toda la nave cualquier indicio de modernidad, ya fuera un cable, un aparato eléctrico, una antena o el simple envoltorio de un caramelo, sin encontrar nada. Le parecía increíble, más aún en la época actual, que un barco se atreviese a navegar sin radio, radar o cualquier otro artilugio que hiciera segura la singladura.

Llegados a ese punto solo quedaba una posibilidad: por increíble que pareciera, estaba en otro siglo. Por el tipo de barco en el que navegaba, bien podría ser el siglo XVII o el XVIII. Esa posibilidad ocupaba el pensamiento de la muchacha durante su trabajo diario y, aun a riesgo de parecer sumamente crédula, lo aceptaba. Más, si cabe, después de lo ocurrido el día anterior. Un gaviero se había hecho un corte en la pantorrilla con un punzón mientras recosía una vela. Marina observó estupefacta cómo, al momento, otro marinero orinaba sobre la herida abierta. Al tratar de detenerles, ellos le explicaron que esa era la mejor manera de prevenir una posible infección y

que de ese modo cicatrizaría antes. Si se hubiera tratado de un montaje, ¿no sería eso llevar las cosas demasiado lejos?

Había lanzado una muda plegaria al cielo por no tener que sufrir jamás una cura semejante.

Por más que hubiera escuchado a hurtadillas, nunca les había oído hablar de otra forma que no fuera a la antigua usanza. De hecho, en más de una ocasión notó la cara de extrañeza de los hombres ante su vocabulario, y habría podido jurar que no estaban fingiendo.

No había preguntado a nadie en qué fecha estaban, para no hacerles creer que era estúpida o algo parecido. Ya tendría tiempo de averiguarla.

A las horas de las comidas se unía con el resto de la dotación alrededor de la mesa. Conocía a todos, si no de nombre, al menos por el aspecto. Desde la mañana en que la despertaron con el agua nadie la había vuelto a molestar. Empezaban a tratarla como a uno más de la tripulación.

De todos ellos, los que más la sorprendían eran dos marineros llamados Rómulo y Remo. No creía posible que esos fueran sus nombres verdaderos, pero en el barco todos los llamaban así. Siempre estaban juntos. Quizá esa era la razón por la que les habían puesto esos apodos, razonaba Marina. Lo verdaderamente extraño de esos dos gavieros era que, pese a su abierta homosexualidad, nadie de la tripulación se metía con ellos. Los habían aceptado sin problemas y sin prejuicios. Todos sabían que eran «pareja» y los respetaban.

«Ya quisieran muchos esa tolerancia en tiempos futuros», pensó con ironía.

El maestro de armas era Andrés Luque Heredia; maese Andrés era muy amable, a pesar de que, como él mismo le confesara días atrás, había sido él quien la golpeó en la cabeza cuando la raptaron. Le estaba mostrando los distintos tipos de nudos marinos y, aunque ya conocía algunos, pues se los había enseñado su abuelo, ella seguía sus explicaciones con interés. También le indicaba la rutina del buque y sus distintas partes. Era extraño ver a un hombre tan grande, con un físico que hubiera envidiado cualquier vikingo, adiestrar a alguien con tanta paciencia.

Pedro, el que la había encontrado en la bodega, era un buen tipo, pero aburría con su incesante cháchara. Cuando le contó que iban al Nuevo Mundo, por un momento se sintió confundida, pero, después, comprendió que se refería a América y casi sonrió por aquel antiguo nombre. Se contuvo a tiempo. Lo más probable era que Pedro se ofendiese.

Maese Isaac era contradictorio: unas veces era tan severo como un antiguo maestro, en cambio, otras, tan guasón como un comediante. Aunque ella procuraba mantenerse alejada de él para evitar que le encomendase más trabajos, el contraamaestre se materializaba a su lado cada vez que concluía uno. Le tomaba el pelo por no quitarse el chaleco para trabajar cuando estaba sudando a mares; Marina se encogía de hombros como si aquello no fuera con ella. En realidad se notaba acalorada y deseosa de quitarse no solo el chaleco, sino toda la ropa, y de zambullirse en aquel mar azul y limpio. Pero si se desprendía de esa prenda no tendría forma de ocultar las curvas propias de mujer y no se sentía con ánimos de dar explicaciones.

Había dos hombres de los que huía como de la peste, pero por muy distintas razones. Uno era un artillero con la cara picada de viruelas; sus ojos negros y muy juntos, acompañados de un torso repleto de vello, le conferían un aspecto simiesco. Por si eso fuera poco, una fea cicatriz le cruzaba la cara. Su mera presencia la inquietaba, aunque ni siquiera le había dirigido nunca la palabra. Tampoco le gustaba su forma de mirarla ni cómo le brillaban los ojos al hacerlo.

El marinero se entretenía lanzando su daga para afinar su inmejorable puntería. De haber estado más a gusto con él, Marina le habría pedido que le enseñase a lanzarla.

Del otro se apartaba, aunque a la vez le atraía como la luz a una polilla: era el capitán Diego «Maldito Arrogante» Izaguirre. Aunque solo coincidían en el comedor, para su tranquilidad mental ya era demasiado. Demasiado guapo, demasiado alto, demasiado atlético... demasiado para ella.

A lo largo de su vida eran muchos los hombres atractivos que había conocido, pero (también era cierto) nunca a ninguno con ese magnetismo que la desconcertaba tanto.

«¿Cómo puedo sentirme fascinada por un hombre como este?», inquiría, exasperada.

Sin duda el balanceo del barco le estaba deteriorando el cerebro.

No había vuelto a hablar con él y no tenía ninguna gana de hacerlo. Si por ella fuera, se podía perder en su camarote hasta el día del juicio final.

En el camarote principal, Diego, sentado y desnudo hasta la cintura, dejaba que Andrés le examinase la espalda a la luz de un farol. Sabía que las heridas cicatrizaban satisfactoriamente, pero algunas aún estaban tiernas y le molestaban con el trajín diario.

—Las más superficiales están cerrándose muy bien; en unos días estarán completamente curadas. —Con cuidado, Andrés aplicó el unguento cicatrizante en los verdugones—. Las otras, en cambio, no han formado costra.

—¿Puedes ver si supuran? —preguntó Diego, siseando cuando la pomada tocó un punto sensible—. Escuecen como mil diablos.

—Lo siento, capitán. Trato de hacerlo con cuidado... —se disculpó Andrés—. Las he comprobado todas y, gracias al Señor, no supuran.

Diego afirmó con la cabeza y apretó los dientes. Le dolía una barbaridad. Casi podía asegurar que la primera vez que Andrés le curó no le escocieron tanto. Aquella mañana, cuando todavía continuaba con la tensión del castigo, los sentidos aún abotagados le habían librado de sentir las manipulaciones a las que le sometía su amigo; ahora, por el contrario, cada toque era un pinchazo que le abrasaba la piel.

—¿Qué tal van las prácticas de tiro? —indagó Diego, para distraerse.

—Bien. Los hombres le están tomando el tino a los cañones. Debo decir que no era tan descabellada esa idea tuya de que toda la tripulación realizara trabajos fuera de su competencia.

Al capitán se le había ocurrido que, con una dotación de poco más de tres decenas de hombres y dadas las muchas probabilidades de enfermar, accidentarse o morir que existían en una singladura de varios meses, era conveniente que cada miembro supiera hacer otras cosas aparte de su trabajo para cubrir las bajas que surgieran.

—¿Lo han tomado bien? No les vi muy dispuestos.

—Debo admitir que al principio hubo murmullos de protesta y los artilleros se mostraron remisos a subir a las jarcias. —Una sonrisa distendió las facciones vikingas de Andrés—. Yo mismo me presté a subir el primero, y con los gavieros en la cubierta mofándose de sus miedos, no les quedó más remedio que subir tras de mí para no quedar como unos cobardes.

—Sí, ya me fijé. No lo hicieron tan mal. No es fácil subir a tantas brazadas de la cubierta y no marearte. Algunos todavía tienen un tinte verdoso en la cara. —Se mordió el carrillo para no sonreír.

—Al menos tuvieron la satisfacción de ver a esos mismos gavieros, que se reían de ellos, errar todos los tiros. —Andrés rio con ganas y, tras tapar el frasco de unguento, se lo entregó al capitán—. Al final de la jornada eran capaces de dar al barril flotante una vez de cada cinco. Vamos mejorando.

—¿Qué tal se porta el muchacho? —preguntó Diego, como de pasada.

—Bien. —Andrés caviló un momento—. No está acostumbrado a recibir órdenes, eso es evidente, pero aprende rápido cualquier cosa que le enseñes.

—¿Has averiguado algo sobre él?

—No más de lo que sabíamos al principio —negó con un movimiento de cabeza—. Por su forma de hablar parece un muchacho educado, aunque, eso sí, lo hace de una manera harto extraña. Utiliza unas expresiones de lo más pintorescas —asintió perplejo—. Se nota que está familiarizado con los barcos; no se marea, conoce algunos nudos y la jerga náutica. Mucho más de lo que sabe un mozalbete de su edad que no viva en un navío.

—Lo he notado y eso me confunde. Temo que pertenezca a una familia prominente de San Sebastián. No me gustaría que a mi inverosímil acusación por piratería se uniera la de secuestro. —Se levantó y, tras guardar el unguento en su cofre, tomó la botella de coñac que descansaba sobre el escritorio, llenó dos copas y ofreció una a Andrés—. Sentémonos. —Bebió un sorbo de la bebida ambarina antes de continuar—: Tal vez lo más acertado sea atracar en cualquier puerto y enviarlo de nuevo a San Sebastián.

—Por lo que sé, no tiene padres...

—Lo sé; él dice que vive con su abuelo —declaró Diego, observando los círculos de luz que dibujaba el pie de la copa sobre la pulida madera del escritorio—. Es de suponer que el anciano estará preocupado por su desaparición y, dependiendo de su categoría social, movilice a la guardia para investigar el paradero de su nieto.

«Es lo que yo haría en su situación», pensó.

—Nada hace presagiar que sospechen de nosotros. No hemos avistado ningún barco que nos esté siguiendo —replicó acertadamente Andrés.

—Cierto es, estimado amigo, pero también es verdad que fue precisamente el anciano quien le entregó mi medallón al muchacho. —Alzó la copa y bebió un sorbo de coñac perdido en sus pensamientos. A pesar de que las horas no concordaban, estaba casi seguro de que Marino le había dicho la verdad y que, realmente, fue su abuelo quien le entregó el colgante—. Si se le cuenta al preboste, no tardarán en atar cabos y dar con la verdad. Después de eso, solo tendrían que enviar un barco tras nuestra estela hasta dar con el *Tritón*.

Capítulo 12

En el aire límpido de la mañana el característico sonido de los aceros al chocar entre sí reverberaba de proa a popa. Cuatro hombres luchaban sobre la cubierta, ejercitando con los alfanjes, ante la mirada crítica del capitán que, junto al contra maestre, no se perdía nada desde el alcázar de popa. Se estipulaba que cada uno de los componentes de la tripulación practicase con las hojas para adquirir mayor destreza frente a un ataque enemigo. Para prevenir cualquier intento de amotinamiento, las armas blancas se guardaban bajo llave hasta el momento de ser necesitadas, en sendos arcones destinados a tal fin en la cubierta del barco; los mosquetes estaban protegidos en la santabárbara.

Maese Andrés era uno de los espadachines y se desenvolvía con extrema agilidad pese a su envergadura. Utilizaba el estoque con gran maestría, sin acusar los vaivenes del barco, fruto de las muchas horas de práctica sobre la oscilante superficie. Su contrincante peleaba de manera más desmañada y comenzaba a dar muestras de cansancio; sus ataques habían perdido eficacia y se movía con torpeza, desprotegiendo su cuerpo.

—¡Maldición, Rómulo! —exclamó el artillero malhumorado, después de desarmar al marinero de un mandoble sobre la muñeca. Apoyó la punta del acero en el cuello del agotado perdedor—. Podría haberte ensartado en varias ocasiones. —Retiró la punta del arma y, sin soltarla, utilizó ese brazo para secarse el sudor que le perlaba la frente—. Debes prestar más atención y mirarme a los ojos.

—Pero, maese Andrés, os estaba observando los pies... —se justificó Rómulo, recogiendo su arma del suelo para entregarla al siguiente contrincante.

—Es menester que mires a los dos lados al mismo tiempo. —Se giró sobre la cubierta para abarcar a los otros dos marineros, que habían dejado de practicar y aguardaban con los alfanjes apuntando al suelo—. Debéis recordar

que los pies se mueven antes que el resto del cuerpo y en ese gesto se anticipa el tipo de ataque que presentará el enemigo. ¿Comprendéis? Aunque tampoco debéis descuidar la mirada.

Los hombres asintieron conformes y, a un gesto del oficial artillero, retomaron los ejercicios. Gonzalo fue el siguiente en competir con Andrés y su destreza se hizo patente con las primeras fintas. Sus piernas fibrosas se movían sobre la cubierta con elegante agilidad, sorteando cabos.

Será un magnífico espadachín, reconoció Diego sin perder detalle. Trespiés, que dormitaba aovillado en un rollo de estachas, soltó un bufido de indignación al ver su reposo interrumpido por los movimientos de los dos combatientes y saltó en pos del nuevo grumete que, sentado en la escala del alcázar de popa, observaba aquellas evoluciones con fascinados ojos verdes. El felino se arrellanó sobre el regazo de Marino y procedió a lamerse las patas con meticulosidad.

Diego, reacio, apartó la vista del jovencito. Por alguna extraña razón se encontraba buscándolo con la mirada cada vez que subía a cubierta.

Maese Andrés no daba muestras de cansancio, pero tenía el pelo húmedo, sus músculos brillaban al sol de la tarde y, sobre la cintura de sus calzas, se marcaba un cerco oscurecido por el sudor que resbalaba por el centro de su pecho y de su espalda. Manejaba el acero concentrado, anticipándose a las estocadas de Gonzalo con milagrosa precisión. Otro tanto podría decirse del joven marinero, que defendía su posición con una valentía no exenta de peligro.

El resto de los hombres, poco a poco, habían ido abandonando sus quehaceres para no perderse ningún paso de aquella danza guerrera. Hasta maese Isaac, pasando por alto la ociosidad de sus hombres, contemplaba el duelo con los ojos entrecerrados por la luz de la mañana.

—Ese joven tiene un brazo de roble. Maese Andrés ha encontrado un digno contrincante —anunció el contraestre sin apartar la vista del espectáculo—. Es un buen espadachín ese muchacho, ¿no lo creéis así, capitán?

—Imagino que os referís a Gonzalo y estoy totalmente de acuerdo con vos, maese Isaac. Considero que tanto uno como el otro son excelentes. He practicado en innumerables ocasiones con maese Andrés y debo decir que es harto difícil derrotarle. En cuanto a Gonzalo, tiene talento, agilidad e intuición, pero carece de la frialdad necesaria para mantener la calma en semejantes lides. Me consta que no tardará en verse derrotado.

—No debemos olvidar, capitán, que aún es un joven impetuoso.

El capitán Izaguirre asintió recordando otros tiempos en los que él mismo se arriesgaba de igual manera y su padre le reprendía por su inconsciencia.

—Teníais razón, capitán, Gonzalo ha sido desarmado —anunció el contramaestre un instante después con la vista puesta en los espadachines—. ¿No vais a practicar vos?

—No, esperaré a que mi espalda esté en mejores condiciones —anunció, girando los hombros con cuidado.

Maese Andrés dejó a un lado el alfanje antes de lanzar un cubo de lona sobre la regala e izarlo rebosante de agua salada. Se enderezó sobre la cubierta como un coloso y, con un movimiento elegante, vertió el contenido del cubo sobre su cabeza. Repitió la operación varias veces hasta refrescarse. Una vez satisfecho miró en derredor para comprobar que los hombres seguían practicando según sus directrices.

Marina observaba las evoluciones de los combatientes con sumo interés. Le maravillaba la destreza con la que se movían por la cubierta, lanzando mandobles a diestro y siniestro sin apenas tropezar con nada a pesar del balanceo implacable del barco.

—Buen día, Marino —saludó el maestro de armas acercándose a ella y se apoyó en la barandilla de la escalera—. Veo que te gusta la esgrima. ¿Has practicado alguna vez?

—No, nunca —respondió. Pero al ver la mirada escéptica del marinero se apresuró a añadir—: Nunca creí que fuera necesario...

—Me sorprende, muchacho, que consideres innecesario saber defenderse ante un ataque. La vida en un barco te obliga a saber todo lo fundamental sobre armas. Nunca sabes cuándo será imperioso echar mano de esos conocimientos. Incluso en tierra, también es imprescindible saber hacerlo. No entiendo que tus padres... o tu abuelo, no hayan previsto que aprendieras. Ya tienes edad más que suficiente para hacerlo.

Marina lo vio mesarse el cabello húmedo para apartarlo de la cara; varios mechones ya secos por la brisa revolotearon brillantes como hilos dorados.

—Hasta ahora no ha sido esencial.

—Marino, Marino... —pasmado, sacudió la cabeza—. Todo caballero debe aprenderlo. ¿Acaso no se lo podían permitir?

—No es eso... es que aún no habían encontrado profesor —improvisó.

—¿Profesor? ¿Qué es? —preguntó confundido—. No me extraña que no sepas nada de eso. No es un pro... profesor lo que necesitas. Es un maestro de

esgrima. Lo que me extraña es que tu padre o tu abuelo no lo sepan. ¿Es posible que ellos tampoco estén al corriente de este noble arte?

—Sí... bueno...

—¿Saben o no? —insistió el hombre.

—Mi padre era pintor... —comenzó, esperando que eso fuera suficiente.

—Pese a ello, es parte de la educación de un mozuelo como tú —oyó la voz de barítono del capitán—. ¿Nunca has jugado a luchar con otros niños?

Estaba casi al lado de ella; no lo había sentido llegar. Ese hombre se movía como los gatos. Ya se había dado cuenta de que tenía una forma de andar muy ágil y silenciosa.

—Pues no —contestó molesta por el modo en que se había acelerado su ritmo cardíaco.

—¿Y a qué jugabas entonces? —insistió tenaz.

Pensó en decirle que con muñecas, o que hacía carreras de bicicletas, pero optó por decir la verdad.

—Con las pinturas de mi padre.

Pudo observar que él la miraba sopesando su respuesta.

—Maese Andrés —llamó, al parecer satisfecho.

—¿Sí, mi capitán? —preguntó el maestro de armas.

—Sería conveniente que le enseñaseis esgrima. Ha de aprender a defenderse y enmendar esa, yo diría extraña, negligencia por parte de su familia.

—Pero... yo... —empezó a protestar Marina. Sus palabras se vieron interrumpidas al sentirse izada de las escaleras por el cuello del chaleco—. Soltadme, maldita sea.

—Querido muchacho, no protestes tanto y prepárate a recibir la primera lección de esgrima de tu vida. —Maese Andrés, sonriendo, la depositó en el suelo sin esfuerzo y le palmeó la espalda con camaradería—. Ven, muchacho, te conseguiré un alfanje.

Marina protestó entre dientes mientras se acomodaba la ropa que se había descolocado al ser levantada en vilo. Siguió por la cubierta al maestro de armas hasta el arcón donde se guardaban las armas blancas y lo observó revolver en su contenido hasta dar con uno de su gusto. Varios marineros, barruntando diversión, se acercaron a presenciar el acontecimiento y tomaron posiciones alrededor de ellos. El capitán, apoyado en el palo mayor con los brazos y los tobillos cruzados, vigilaba todos sus movimientos con ojos de halcón.

—Maese Andrés, ¿no tendría que aprender primero con uno de madera? —murmuró Marina, mirando con desconfianza la hoja afilada—. Temo que con uno de verdad podría haceros daño...

Andrés soltó una carcajada de sorpresa y la miró regocijado.

—Mi querido muchacho, si eso es cierto, sin duda que lo merecería por ser tan inepto de dejarme herir por un cachorro como tú. —Risueño sacudió la cabeza—. No te preocupes, Marino, hoy no lucharemos.

Marina no pudo reprimir un gesto de desilusión: se suponía que iba a enseñarle esgrima, ¿no?

—Lo primero es aprender la postura —explicó el maestro artillero, adivinando su decepción y colocándose él mismo en posición para que Marina lo copiase.

La joven trató de reproducir la pose como mejor pudo. Miró de soslayo por si el capitán se había marchado ya, pero el hombre seguía en la misma postura y sin pinta de querer irse de allí.

«Vaya por Dios, así no hay quien se concentre en esto», pensó nerviosa.

—No, los pies deben ir más separados —corrigió Andrés, golpeando con la parte plana del alfanje en las pantorrillas de la muchacha, hasta que ella se colocó a su entera satisfacción—. Eso es. Ahora, las piernas un poco flexionadas. Muy bien, zagal. Esa cabeza, erguida; no hay que demostrar miedo o cobardía agachando el rostro. Tu oponente se envalentona ante cualquier síntoma de temor. Toma el arma. Ve acostumbrándote a ella.

—Pesa mucho —se quejó Marina, impresionada al empuñar el alfanje.

Los marineros soltaron unas risitas de suficiencia.

—Ya te acostumbrarás con el tiempo —sentenció Andrés, concentrándose en la tarea de enseñarle—. El brazo libre hacia atrás, arqueado, con el codo a la altura del hombro. —Observó con ojo crítico—. Más o menos. Con este brazo tomarás impulso ante una acción rápida. —El marinero ayudó su explicación atacando el aire con el brazo armado y estirando hacia atrás el otro—. ¿Lo has entendido?

—Creo que sí. ¿Qué hago con el otro? —Señaló el brazo que sujetaba el arma.

—Alza la mano; debe estar por encima del codo y la punta del sable mirando al frente y arriba —contestó el capitán y continuó con su escrutinio.

«Maldita sea, ¿por qué no te vas?», protestó Marina en silencio. «Me estás poniendo frenética».

—¿Estás preparado? —maese Andrés esperó a que asintiera para continuar con sus explicaciones—. Ahora deshaz la postura y vuelve a

colocarte igual.

Marina se enderezó y con sumo cuidado trató de recrear la posición anterior, empezando por los pies y terminando con el brazo armado. Oyó murmullos entre los marineros que vigilaban con guasa cada movimiento suyo.

—Ya está —anunció, satisfecha.

—Mal.

—Pero...

—No hay peros que valgan. ¿Qué te he dicho sobre la distancia entre los pies? Debes dejar un par de pies de separación entre ellos. El brazo trasero está demasiado alto. No se trata de bailar, sino de luchar.

Varios marineros soltaron risas ante la pulla del maestro de armas. La joven no pudo impedir que su rostro se tornase carmesí ante el reproche de maese Andrés. Creía haberlo hecho bien.

—¿No hay nada que debáis hacer, muchachos? —La voz fría del capitán acabó con las chanzas de la marinería, que se retiraron de inmediato a realizar sus quehaceres.

Por un momento, Marina pensó en sonreírle, agradeciendo la consideración para con su orgullo de principiante, pero después recordó que, probablemente, sería extraño que un adolescente de catorce años le sonriera para darle las gracias, por lo que optó por ignorar el detalle y continuar con su tarea.

Esta vez prestó más atención a la distancia entre sus pies, a la flexión de las rodillas y a los ángulos de los codos. Cuando miró en esa dirección, el capitán había desaparecido. Contra todo pronóstico, se sintió desilusionada por su ausencia y, enfadada por esos sentimientos, se concentró en lo que estaba haciendo para tratar de sacarlos de su cabeza.

«Eso es lo que querías, ¿no?», se reprochó.

—¿Está bien así? —preguntó a su maestro.

—Algo mejor, pero olvidas que la cabeza debe estar más erguida. Repítelo.

—¿El capitán no practica? —soltó sin poderlo evitar, repitiendo la postura. A pesar de sus intenciones le era imposible quitárselo de la mente. Como el maestro de armas tardaba en responder, Marina se giró para mirarlo y descubrió, sorprendida, que el enorme marinero estaba claramente ruborizado bajo su piel bronceada.

—Tiene la espalda herida... —anunció al fin. Luego recobrando su temple habitual continuó—: Vamos, muchacho, concéntrate en lo que estás

haciendo y deja de hacer preguntas impertinentes.

Capítulo 13

La fina lluvia de verano, que caía inclemente, bañaba la cubierta y la convertía en una superficie resbaladiza y peligrosa. No obstante, medio enrollados en sus hamacas y tapados con esterillas, algunos marineros dormían profundamente; a Marina, por el contrario, le resultaba imposible descansar en esas condiciones. Descolgó su hamaca y buscó un lugar resguardado para pasar la noche.

Le dolía todo el cuerpo por su afán en haber tratado, una y otra vez, de colocarse en la postura indicada hasta realizarla de manera natural y sin esfuerzo aparente; tal y como le exigiera maese Andrés durante sus horas de práctica.

De nada había servido quejarse por el cansancio del brazo armado. El artillero le preguntaba con sorna si le diría lo mismo a su contrincante cuando estuviera luchando por su vida. Evidentemente, eso puso punto y final a sus quejas. Por suerte, al final consiguió que maese Andrés no tuviera nada que reprochar a su postura y diera por finalizada la primera clase de esgrima.

El capitán no se acercó más, pero siguió las evoluciones de las clases desde el alcázar de popa. Marina había podido sentir su examen y hubo de hacer grandes esfuerzos para no mirar más de la cuenta en esa dirección.

Harta de repasar la cubierta sin encontrar un triste lugar que la cobijara de la lluvia, indagó en el interior. Quizá pudiera hallarlo allí. Tomó de la pared un farol y miró en el comedor, pero no descubrió ningún sitio donde colgar la hamaca.

Envidió al capitán, al pasar por la puerta de su camarote. Sabía que, sin duda, él dormía allí dentro resguardado y sobre un colchón. Maldita suerte la suya. Pasó de largo y continuó la búsqueda.

Divisó otras dos puertas: una era el camarote del contramaestre; desde el pasillo se oían sus ronquidos; en cuanto a la otra, no lo sabía y no se atrevió a entrar en ella. Unos metros más allá estaban las escaleras de la bodega.

Bajaba a diario para lavarse en un barril con agua de mar o para cambiarse de ropa, pero nunca se quedaba allí más tiempo del necesario. Le recordaba demasiado a sus días de encierro.

Mientras recapacitaba sobre la conveniencia o no de dormir en aquel sitio tan oscuro y solitario, se consumió la vela del farol y todo quedó entre tinieblas.

—¡Solo me faltaba esto! —farfulló, cansada.

Se volvió para regresar sobre sus pasos y dormir en el comedor, aunque fuera sobre la mesa. Al menos allí estaría seca.

Sujetando la hamaca y el farol apagado con una mano contra su pecho, tanteó la pared con la otra para salir lo más rápido posible. No le gustaba la oscuridad y, desde su encierro en la bodega, ese miedo iba en aumento.

Creyó oír más pisadas en el pasillo, pero pensó que quizá solo fuera el martilleo de su corazón. A veces su desbordada fantasía le jugaba malas pasadas. Avanzó unos pasos, reprimiendo las ganas de correr en medio de las tinieblas. Trató de respirar acompasadamente. Habría querido que el gato estuviera a su lado pues, contra toda lógica, eso le infundiría valor, pero estaba sola, ¿o no?

«Deja de pensar en ello», se reprochó en silencio. Y en ese momento chocó contra alguien. Una mano le tapó la boca.

En su camarote el capitán repasaba el contenido de los recipientes de su cofre de medicinas. Le gustaba tenerlo a punto para cualquier eventualidad. Su maestro le había enseñado que de nada servía el saber si no se contaban con los remedios apropiados. Por eso, siempre buscaba un rato para repasar los ungüentos en sus frascos de cristal y la provisión de plantas medicinales secas.

El mueble en sí era una especie de cajón de madera, del tamaño de una mesilla de noche. Tenía una puerta en el frente y dentro guardaba, en diversos cajones, las hierbas secas; en unos tarros de vidrio, debidamente etiquetados, distintas plantas reducidas a polvo. En la parte de arriba del cofre, bajo una tapa, varios potes de cristal coloreado contenían los ungüentos y pomadas.

Ese mueble era el primer regalo que le había hecho su padre al descubrir su interés por la medicina.

Ya habían pasado veinte años de aquello, pero él seguía recordándolo como si hubiera ocurrido el día anterior. Inconscientemente acarició los relieves del medallón que llevaba al cuello.

Tras un mes de singladura por las costas de Sudamérica el *Catherine* había recalado en Puerto de Buenos Aires. En cada escala preguntaban si habían visto por allí al *Neptuno*. Un año antes, al indagar sobre el capitán don Francisco Izaguirre, les habían dado el nombre del barco.

Diego no quería que su padre se avergonzara de él; por eso llevaba los dos años embarcado tratando de aprender todo lo que pudiera. *Monsieur le capitaine* le había enseñado muchas cosas en ese tiempo, pero aún le quedaba más por estudiar y él estaba ávido por saber de todo.

En Puerto de Buenos Aires cesó su pesquisa al ver la imponente fragata que era el *Neptuno*. De línea limpia y llena de gracia; con una eslora de casi cuarenta brazas por ocho de manga y veinte cañones de nueve libras, era todo un espectáculo. Sus tres mástiles apuntaban hacia el cielo con descaro. El orgullo por su padre le hinchó el pecho, pero los nervios le atenazaron el alma. ¿Y si no deseaba verlo?, ¿y si no lo quería? Tal vez tenía otro hijo.

Cuando le contó sus temores, *monsieur le capitaine* le aseguró que no debía preocuparse tanto. Lo acompañó a bordo del *Neptuno* para saludar a su padre. Una vez hechas las presentaciones, viendo que el muchacho no estaba en peligro, había optado por dejarlos solos y regresó a su barco. Al francés no le pasó por alto el innegable parecido de Diego con aquel hombre y secretamente envidió a don Francisco por tan espléndido hijo, al que ya apreciaba como si fuera suyo.

Diego había mirado a su padre y comprobado las semejanzas que había entre ellos. Su abuela María tenía razón: se parecían mucho. Compartían el mismo color de pelo: negro azabache, largo hasta los hombros y sujeto en una coleta; los ojos grises, de un tono acerado. El rostro de su padre parecía hecho a cincel y bronceado por el sol inclemente. Su figura era alta y atlética; Diego tardaría aún dos años en superarle en estatura.

A juzgar por lo sorprendido de su mirada, el hombre también consideraba el extraordinario parecido entre ambos.

—Nunca supe que Elvira estaba embarazada... —había comenzado don Francisco, con la voz rota de emoción—. Tu abuelo me dijo que se había casado y no la busqué. Total, de qué habría servido, si ella pertenecía a otro hombre. —Suspiró con pesar—. Ahora veo el motivo para esa boda tan apresurada. ¿Te trató bien?

El jovencito Diego sabía a quién se refería, pero ¿cómo decirle las palizas que había recibido a manos de don Jimeno? ¿Cómo contarle las que acumuló su madre en su agotado cuerpo?

No, había pensado aquel lejano día, no se lo podía decir. ¿Para qué? Si le hubiera contado aquel horror su padre habría sufrido por no haberlo evitado. Pese a su corta edad, había presentido el dolor que arrastraba su padre por no haber podido estar con la mujer que amó. ¿Para qué torturarlo más con semejantes vivencias? Ya habían pasado.

Unos golpes en el exterior del camarote lo sacaron de sus recuerdos. Provenían del pasillo.

Marina se debatía intentando escapar del abrazo de aquel hombre, pero con escaso resultado. Con la otra mano el marinero le tapaba la boca para que no gritase, mientras la arrastraba hacia la bodega en medio de la oscuridad. No había hablado en ningún momento.

«¿Qué necesidad hay, si ya sabes lo que quiere?», se preguntó.

En un santiamén se imaginó aquellas manos tocando su cuerpo y a punto estuvo de vomitar de horror.

Pataleó como loca, tratando de liberar los brazos, que el captor mantenía inmovilizados contra el cuerpo. Aquel orangután resistía impávido, pese a sus forcejeos frenéticos y a los golpes de talón que le daba en las espinillas. Mordió la mano que le cubría la boca. El sabor agrio de aquella piel la inundó de náuseas: no quería pensar dónde habrían estado antes esas manos.

—Quédate quieto, mozuelo. Me portaré bien contigo y es posible que hasta te guste —murmuró el hombre, apretando su erección contra las nalgas de la joven—. Eres muy suave, casi pareces una muchachita.

¡Ay, *ama!* ¡Aquel bruto quería violarla pensando que era un chico!

¿Qué les pasaba a esos hombres? Era la segunda vez que la atacaban en unos pocos días. Se estaba convirtiendo en una costumbre bastante desagradable. ¿Qué más podía ocurrir?

Como respondiendo a esa pregunta silenciosa, en el trajín se le arrancaron los botones del chaleco y saltaron por los aires en todas las direcciones. Agradeció la oscuridad reinante, pues ahora, con el chaleco abierto, era fácil ver las formas de sus pechos bajo la fina camisa. Forcejeó con más ímpetu, pero con idéntico y frustrante resultado. Empezaba a desesperar al ver que su resistencia no servía de nada. Volvió a morder la mano y recibió una fuerte bofetada en la boca. El dolor la dejó aturdida; el golpe le había abierto la piel de los labios y al momento el sabor metálico de la sangre abrumó su paladar.

Recordó entonces que en los camarotes cercanos dormía el contra maestre y el capitán. Ya que no podía gritar, intentó dar patadas a los mamparos que

separaban las camaretas del pasillo, con la esperanza de que oyeran el forcejeo.

—Quédate quieto, si no quieres que te abra una sonrisa en el gaznate —le amenazó su captor con un susurro áspero, presintiendo esa treta—. Te he dicho que si haces lo que te diga no te voy a hacer daño. Solo será un momento y enseguida estarás libre. Si insistes en crear problemas, no dudaré en usar mi daga en ese bonito cuello.

Marina no tuvo más remedio que permanecer quieta pensando a toda velocidad en una manera de escapar de ese destino que tan sencillo e idílico veía aquel pederasta. Ella no tenía fuerza suficiente para librarse de él; debía llamar la atención de alguien. Arriesgándose a que el excitado marinero cumpliera su promesa de cortarle el cuello, golpeó el mamparo con todas sus fuerzas.

Casi al instante se oyó que abrían una puerta y el pasillo se llenó con la luz procedente del camarote abierto. La silueta de un hombre se recortaba contra el hueco de la abertura.

—¿Qué demonios...? —preguntó al salir al pasillo, con el alfanje en la mano.

Todo ocurrió muy deprisa. En un momento el hombre forcejeaba con el muchacho y un instante después lo empujaba contra Izaguirre para escapar. Diego, ocupado en quitarse al muchacho de encima, le dejó marchar. Aunque no sabía con qué se iba a encontrar al salir, no se esperaba aquello. Su confusión momentánea fue un error que habría salido muy caro en otras circunstancias. Afortunadamente, no hizo falta nada más que su mera presencia para que el marinero huyera de allí.

Se incorporó y envainó el alfanje; con una mano ayudó a Marino a levantarse de donde habían caído y con la otra se colocó el medallón dentro de la camisa, para que no estorbara.

—¿Qué ha pasado? —El chico guardaba silencio, cerrando el chaleco con las dos manos—. Vamos, dime... ¿Qué ha ocurrido? ¿Te estaba atacando?

—Ssssíííí... —consiguió articular entre temblores, sin soltar la prenda.

En un tenso silencio, Diego recogió la hamaca y el farol del suelo, donde habían caído durante la refriega, y condujo al chico al interior de su camarote.

—No te preocupes; no volverá a hacerte daño —aseguró. Viendo que sus palabras no tranquilizaban al joven, insistió—: Sé quién es. Ahora descansa. Mañana al amanecer recibirá el justo castigo. No puede huir; estamos en un

barco en medio del mar. Aunque se escondiera, algo absurdo, le encontraríamos.

Sirvió un dedo de coñac en un vaso de peltre y, después de obligarlo a que se sentará en una de las sillas, se lo pasó. Sin embargo, el muchacho se sentía tan trastornado que era incapaz de beber nada. Sus ojos verdes estaban desorbitados, con la mirada perdida en algún punto al frente; se balanceaba atrás y adelante como en trance, con las manos agarrotadas, cerrando el chaleco contra su cuerpo.

«¡Malditos degenerados!», pensó Diego, hosco. E insistió para que bebiera el coñac.

Viendo que no surtía efecto, sacó de uno de los tarros de cristal de su botiquín una pizca de polvo. Era una mezcla de valeriana, pasionaria y amapola, plantas con propiedades relajantes e inductoras al sueño. Lo disolvió en un poco de agua y se lo dio a beber. Aquello le sosegaría un poco. Pero el chico ni siquiera pestañeó cuando le tendió el vaso. Con paciencia, pero sin desistir, le instó para que lo bebiera.

Más tarde, cuando la pócima comenzó a hacer efecto, el capitán lo acomodó en la hamaca que había dispuesto colgada del bao del camarote. No consiguió quitarle la ropa para que estuviera más cómodo porque el muchacho mantenía las manos crispadas, aferrando el chaleco mientras negaba con frenesí con la cabeza. Como no quería asustarlo aún más y sus forcejeos para quitarle parte de la ropa lo estaban aterrizando, optó por dejarlo vestido, tal como estaba.

—¿Dónde estoy? —preguntó el niño, con voz rasposa. Se incorporó en la hamaca con los ojos vidriosos.

El capitán alzó las cejas, sorprendido por la pregunta.

—¿Que dónde estás? En el *Tritón*. No te preocupes, chico. Hoy dormirás aquí. —Suavizó la voz para que se tranquilizara.

—¡No! ¡Quiero volver! —gritó, zafándose de los brazos de Diego que trataban de volverlo a recostar. Saltó al suelo y lo miró temblando—. ¡Quiero regresar!

—¿Adónde quieres ir? —consultó, desconcertado por su vehemencia. Se acercó a él y le puso las manos en los hombros, cuidando de no sobresaltarle.

—A mi casa... quiero volver a mi casa. Tengo que regresar. Esto es una locura. No puedo estar aquí. No es verdad, no es verdad. No está pasando. —El llanto ahogó cualquier palabra que quisiera añadir; se aferró con desesperación a los brazos de él—. ¿Por qué estoy aquí?

Diego, que no entendía a qué venía tanta pregunta sobre su situación, lo abrazó con torpeza en un intento de aplacar el pánico que reflejaban los llorosos ojos del muchacho. De sobra comprendía aquello por lo que estaba pasando el chico. El primer mes de estar en el *Catherine* había oído, la mayoría de las noches, los gritos implorantes de otro grumete un poco mayor que él. En principio no supo qué ocurría, pero tras hablar con el grumete lo averiguó. Pasó mucho tiempo aterrorizado, pensando en que cualquier día podría ser él quien terminara gritando y suplicando. Por fortuna jamás lo molestaron y, poco a poco, olvidó lo ocurrido. Hasta esa noche. ¡Malditos perversos! Tan solo hacía una semana escasa que habían zarpado del puerto. ¿Es que no podían controlar sus instintos y dejar de comportarse como si fueran animales en celo?

Como no conseguía aplacar el llanto de aquel jovencito, lo alzó en brazos y lo llevó hasta su cama. Diego se sentó con él encima. Lo acunó como tantas veces hiciera su madre cuando era pequeño.

No podía obviar que el nuevo grumete era un joven increíblemente guapo y que, dada su juventud, su piel aún guardaba semejanza con la de una mujer. Muchos hombres se sentirían atraídos por él, pero de ahí a tratar de abusar del muchacho mediaba un abismo.

El chiquillo se revolvió entre sus brazos.

—Venga, chico. No te preocupes tanto. Duérmete. Aquí estarás bien.

Trató de no pensar en que él lo había puesto en ese brete al mantenerlo en el barco. Le acarició el pelo con ternura. Tendría que cuidar más del pobre jovenzuelo.

Marina se negaba a cerrar los ojos. Tenía miedo. Más bien estaba aterrorizada, y no solo por lo que habría ocurrido de no haber sido por la intervención del capitán. Se había confiado demasiado al andar por el barco sin tomar precauciones. Conocía ese peligro y por ese motivo había continuado fingiéndose muchacho, a fin de no llamar la atención. Lo que verdaderamente la asustaba eran sus circunstancias. Sabía que, por inverosímil que pareciera, se había trasladado en el tiempo. Era inusitado, aterrador y... cierto. No albergaba ninguna duda. Las preguntas se agolpaban en su mente confundida y somnolienta por lo que había bebido. ¿Por qué? ¿Qué pudo desencadenar ese salto en el tiempo? ¿Les habría ocurrido también a otras personas? ¿Podría volver a su época? ¿Cómo?

Movió la mano sobre el torso del capitán y sus dedos tocaron con el cordón de cuero del que pendía el medallón que días atrás le diera su abuelo. Entonces rompió en sollozos desgarradores. Le parecía tan irreal que ese simple cordón lo hubiera tenido unas jornadas antes —en 1994—, y que ahora colgara del cuello del capitán, siglos antes de que su abuelo se lo entregara. Era para volverse loca.

Sintió los dedos del capitán acariciarle el cabello con pasadas suaves y relajantes. Poco a poco se fue aplacando el llanto. Agotada y mecida entre los brazos del hombre, al fin se quedó dormida.

Capítulo 14

La Araña golpeaba rítmicamente, con las yemas de los dedos, la madera pulida de la mesa de su despacho, a la espera de tener noticias del *Tritón* y de su capitán. Había sido una pena no haber tenido un encuentro con él; de haber sido así, probablemente ahora sería carne de cadalso y él respiraría tranquilo sin tener que ensuciarse las manos. El odio sordo que profesara al padre, desde el mismo instante en que lo vio por primera vez, empezaba a enfilarse en la persona de su bastardo. Mientras los demás se deshacían en alabanzas a don Francisco Izaguirre, él alimentaba su animadversión y planeaba la manera de destruirle. No recordaba, por ser tantas, las veces que ideó acabar con la vida de don Francisco. Siempre se interpuso la precaución —se negaba a pensar que fuera cobardía— y no lo llevaba a cabo. En una sola fecha estuvo a punto de cumplir con su más anhelado deseo: el día en que la Araña vio, impotente, cómo le arrebatava lo que más deseaba en el mundo. Estaba tan frenético y destrozado que cayó víctima de calenturas. Siempre había sido un niño enfermizo, que pasó la mayor parte de su juventud rodeado de lancetas y sanguijuelas, con las que el galeno le sangraba regularmente a fin de acabar con sus malos humores.

Una vez recuperado de las fiebres, se juró a sí mismo acabar con don Francisco de la manera más dolorosa: atacando su honor, infligiéndole escarnio público y convirtiéndolo en un paria en la vida y en la muerte.

Jeremías Hurtado maldecía su mala estrella. Había pasado los dos últimos días buscando la mejor manera de abordar al bello muchachito. Lo veía restregar el suelo moviendo aquel lindo trasero suyo y su cuerpo se endurecía de lujuria. Imaginaba que su piel sería suave como la de una mujer; quizá mejor aún. Lo había deseado; todavía lo codiciaba. Pero el capitán se lo había estropeado todo.

—Vos, capitán, no tenéis problemas para retozar con una mujer... ¡Diablos, si hasta las busconas del puerto os lo harían gratis si quisierais! — rumiaba el marinero—. En cambio, a mí no me lo hacen ni pagando...

Jamás había podido estar con una mujer si no era con el consabido intercambio de monedas. Aun así, en muchas ocasiones las prostitutas se habían negado a tratar con él, alegando que era demasiado feo y que su cicatriz les horripilaba. Pero él no tenía la culpa de ese costurón que le hicieran con una botella rota, durante una pelea en una taberna. Ni siquiera había iniciado la gresca fatídica: simplemente estaba allí en el peor momento. Le habría ocurrido a cualquiera, mas fue a él. Si antes su rostro no había sido lo que se dice agraciado, después de someterse a las manos de aquel cirujano viejo y borracho el resultado era claramente desagradable.

Nunca había destacado por un carácter risueño y simpático, pero a resultas del desafortunado incidente su temperamento se volvió huraño y amargo. Aunque en el fondo lamentaba actuar así, temía percibir, en los ojos de los demás, la repugnancia que les causaba su mera presencia. Por eso no intimaba mucho con el resto de la tripulación. No podía decir que cualquiera de ellos lo hubiera tratado alguna vez con desprecio, hasta el propio capitán le tenía la misma consideración que al resto de la marinería. Posiblemente ninguno de sus compañeros de fatigas le tenía encono o asco alguno, pero ante la duda prefería mantenerse al margen.

Se había recostado contra uno de los cañones de la cubierta. No tenía intención de esconderse, puesto que era inútil. Esperaría al día siguiente, con la esperanza de que el capitán no le hubiera reconocido. Vana ilusión. De nada le servía ya lamentarse por lo que había hecho... o por lo que se había quedado con ganas de hacer. Trataría de dormir.

Abrió los ojos y miró aturdida el ensamblado de las maderas del techo. Un oscilante farol iluminaba un tanto la estancia. Por un instante no supo dónde estaba; luego, poco a poco fue recordando la noche anterior. El estómago le dio un vuelco al acordarse de su situación: lejos de su casa, no solo en distancia, sino en tiempo.

Mejor no pensar en ello. ¡Qué fácil era decirlo! ¡Qué difícil llevarlo a cabo! Se incorporó en la hamaca para despejarse y, acordándose a tiempo de que no tenía botones, se cerró rápidamente el frente del chaleco. El brusco movimiento casi la tiró al suelo.

—Buenos días, chico —saludó el capitán.

Estaba en pie, desnudo hasta la cintura, afeitándose frente a un aguamanil con espejo amarrado a la pared. Aclaraba la daga en la palangana cada vez que se la pasaba por la mandíbula. Como estaba de espaldas a ella, Marina no podía verle la cara, pero sí las cicatrices antiguas y las heridas recientes que le surcaban la espalda. Debió de emitir algún sonido de angustia, pues el capitán se volvió con la daga en la mano, presto a atacar. El medallón que llevaba al cuello brilló al oscilar como un péndulo.

—¿Qué sucede? —inquirió, barriendo con la mirada todo el camarote.

Al no encontrar nada sospechoso, se enderezó y miró a Marina, esperando una respuesta.

—Nada, solo me preguntaba... —carraspeó ella dolorosamente; su garganta no estaba bien del todo y el llanto de la noche anterior la había empeorado.

—¿Sí?

—¿Qué os ha pasado en la espalda? —Por suerte empezaba a acostumbrarse al voseo típico de aquellas gentes.

—Bueno, digamos que me porté mal y merecía un castigo —respondió él evasivamente. Y continuó con el afeitado.

—¡Un castigo! ¿Con un látigo? —preguntó, asombrada.

—La pena dictaminaba diez azotes —comunicó Diego, sin dejar de pasar la daga por su rostro con parsimonia.

—¿A quién mató... matasteis? —rectificó a tiempo.

—Afortunadamente a nadie, pero pude haber causado mucho sufrimiento.

Marina, que no entendía esa clase de castigos, estaba totalmente pasmada. ¿Qué tipo de persona infligiría un escarmiento semejante?

—Tienes que entender —continuó Diego, como si leyera su reflexión—, que, en un barco, donde se pasan muchos días lejos de la costa, debe haber disciplina. —Dejó la daga a un lado y se humedeció de nuevo la cara.

—Pero eso es una salvajada —recriminó ella con asco.

—Las circunstancias lo requieren. —Repasó diestramente con la daga los lugares donde la barba aún le oscurecía la mandíbula y el cuello.

—¿El fin justifica los medios? —preguntó sarcástica.

—Te lo expondré de otro modo. ¿Qué quieres hacer con el hombre que anoche intentó abusar de ti? —Puesto que la joven no respondía, se volvió para mirarla y alzó una ceja—. ¿No dices nada?

—No... no sé...

—Imagino que, con tu aversión por los castigos físicos, no harás nada con él. ¿Te limitarías a darle un sermón por su mal comportamiento y lo dejarías

marchar, con la promesa de que no lo volverá a hacer en el futuro? —sugirió con socarronería.

¡Por supuesto que no! Una parte de ella deseaba castigar al hombre de la noche anterior. No se imaginaba de qué modo; solo sabía que debía ser ejemplar, horrendo y, sobre todo, doloroso. Muy doloroso.

Se llevó una mano a la boca, como si hubiera expresado en voz alta esos sanguinarios pensamientos.

—Ya. —El capitán le dirigió una mirada que expresaba total comprensión—. En el presente caso, las penas físicas estarían sobradamente justificadas, ¿no es así?

—Yo... me hizo daño y me dio un susto de muerte. Si vos no hubierais salido en ese momento... bueno, supongo que ahora no estaría aquí. Prefiero no pensar en qué habría pasado.

Se estremeció involuntariamente al recordar aquellas manos enormes sobando su cuerpo y sintió el sabor amargo de la bilis en su boca. Las arcadas convulsionaron su cuerpo con violencia. Ante sus ojos apareció, como por ensalmo, una palangana. Sobre el agua flotaban diminutos pelillos negros zarandeados por el vaivén del líquido. Algunos se pegaban contra las paredes de la jofaina, mientras otros continuaban a la deriva.

Ella se sentía de igual modo. Zarandeada en el tiempo y sin saber si podría regresar a su época, con su abuelo y sus amigos, o si, por el contrario, continuaría allí en un siglo que no era el suyo, bajo unas leyes implacables y una justicia brutal.

Marina no supo que lloraba hasta que las lágrimas cayeron sobre el agua. Sintió la mano del capitán Izaguirre, que acariciaba sus rizos desgredados. Lo vio depositar el recipiente sobre el suelo para continuar con las caricias. No quería llorar, pero la ternura de aquel gesto desbordó sus intenciones. Se giró en la hamaca para apoyarse sobre el capitán y sollozó desconsolada.

El calor que emanaba de aquel torso fue como un bálsamo para su pena y su miedo. Poco a poco apaciguó su llanto.

—Lo siento... supongo que he perdido el control... —se disculpó unos minutos más tarde, apartándose de él, al tiempo que se secaba las lágrimas con el dorso de las manos.

Diego le revolvió el cabello con suavidad, como a un niño; luego recogió la palangana del suelo para devolverla al aguamanil, con aquellos movimientos ágiles y elegantes que Marina tanto admiraba en él.

—No debes disculparte; aún estás un poco conmocionado por lo ocurrido. —Tomó su daga y, de espaldas a Marina, la limpió con un paño de lino—. A

mí tampoco me gusta impartir ese tipo de condenas, como tampoco me agrada recibirlas. —Marina vio cómo ondulaban varios músculos de la espalda—. Pero es necesario para la buena marcha de la nave. Sin eso reinaría la anarquía, nos mataríamos unos a los otros. En un barco, en cualquiera, siempre está presente la amenaza de motín. ¿Comprendes? —Se giró para mirarla. Marina se limitó a afirmar con la cabeza—. Tú eres muy joven aún... Sin embargo, te diré algo que me enseñó mi padre: si quieres que te obedezcan, empieza tú por obedecer las órdenes. Los castigos que apliques a los hombres también son aplicables a ti... Por eso tengo esas marcas en mi espalda. Actué mal y...

Diego calló, sumido en sus pensamientos, lejos de allí.

Sentada en la hamaca, Marina observaba al capitán con atención. Si vestido era imponente, medio desnudo era arrebatador. No tenía un gramo de grasa de más, ni tampoco de menos. Los pantalones a medio abrochar pendían de su cadera y dejaban a la vista mucha extensión de piel morena. Los músculos de sus brazos se marcaban con cada movimiento. El vello negro que le cubría los pectorales se estrechaba, conforme descendía por el torso, formando una línea hasta desaparecer por la cinturilla de las calzas.

Marina deseó que resbalaran del todo y dejaran a la vista aquello que su malévolamente estaba imaginando. Más aún: deseó poder pasar las manos por toda esa piel expuesta y por la que se escondía. Sintió la tensión en los músculos del bajo vientre al pensar en esa posibilidad. Un suspiro entrecortado se le escapó de entre los labios.

—¿Piensas quedarte mirando todo el día? —inquirió con sequedad el capitán.

—No... no, claro que no... —«¿Qué estoy haciendo?», se preguntó azorada, incapaz de mirarle a los ojos.

«¿Qué demonios te pasa?», se reprochó. «De un momento a otro empezarás a babear como una tonta».

—Pues levántate ya —ordenó él bruscamente—. Maese Isaac estará preocupado por tu ausencia. —Después de recoger su camisa y el alfanje, salió del camarote a grandes zancadas.

Marina saltó de la hamaca sin pérdida de tiempo. Debía lavarse lo antes posible; no sabía cuándo iba a regresar el capitán. El capitán, ¡ay, *ama!* Lo mejor sería no pensar en él. No pensar en ese cuerpo, en esos brazos que la habían cobijado esa noche y esa misma mañana, tan solo unos minutos antes. Si se concentraba, aún podía sentir el calor del abrazo de aquel hombre. Era

una lástima que en su estado de total aturdimiento no hubiera podido apreciarlo en su justa medida y ahora fuera demasiado tarde.

«Después de lo ocurrido anoche, ¿eres capaz de pensar en eso?», se recriminó. «Pues sí que estás mal...».

Capítulo 15

En el cielo despejado guiñaban las últimas estrellas de la mañana. Diego no admiraba el cosmos: recorría inquieto el alcázar del buque, ajeno al hermoso paisaje. Ni siquiera el frescor del amanecer que traspasaba la camisa de hilo hacía mella en él.

No se le iba de la cabeza la imagen de los ojos verdes de aquel muchacho, primero brillantes por las lágrimas y después fijos en su cuerpo o, mejor dicho, en cierta parte de su cuerpo.

«Vaya con la curiosidad del chiquillo...», pensó.

Aún necesitaba crecer un poco y endurecerse. A veces parecía una muchacha. Era evidente que hasta ese momento había vivido demasiado protegido.

—Buen día nos dé el Señor —saludó maese Isaac al subir al alcázar.

—Buenos días, maese Isaac. Tenemos un problema a bordo.

—Vaya, vaya, y aún no ha comenzado el día... ¿Qué ocurre, capitán? —preguntó serio.

—Anoche Jeremías quiso abusar del chico.

—Vaya, vaya, eso es un problema. —Negó con la cabeza—. Yo siempre digo que cada cual busque donde quiera, pero cuando las dos partes estén de acuerdo.

—Solo es un chiquillo...

—Mirad capitán, tengo más años que vos y ya sabéis el refrán... Más sabe el zorro por viejo que por zorro. —Hurgó en la pipa con una pieza de metal antes de continuar—. He visto a marineros corromper a niños más pequeños aún que ese muchacho. Es una vergüenza y bien sabe el Señor que yo no lo apruebo, pero es algo que existe.

—Lo sé. —Diego se volvió para mirar la estela que dejaba el navío en el agua, recordando al grumete del *Catherine*—. Me niego a que eso suceda en mi barco. Y la tripulación lo sabe.

—Estoy de acuerdo con eso. —Dio una chupada y lanzó una nube de aromático humo al aire—. ¿Cómo fue?

—Lo abordó en el pasillo frente a mi camarote. Supongo que no oísteis nada.

Maese Isaac vigiló con ojo crítico a los gavieros antes de contestar.

—No, anoche dormí como un bebé. Menos mal que vos sí lo oísteis...

—No creo que sea buena idea que duerma con el resto de la tripulación. —Miró titilar el lucero del alba—. Esta vez lo he descubierto antes de que ocurriera nada, pero no siempre será posible evitarlo.

—Ya. —La escueta respuesta del contramaestre sorprendió a Diego, que se volvió para mirarlo—. El único lugar que está libre y que puede utilizar es el pequeño camarote al lado del vuestro... El que servía para el ayuda de cámara. Si os preocupa su seguridad, tal vez sea buena idea que lo utilice él.

—Sí. Es el único que queda desocupado... —Se mesó el cabello, pensativo. No era mala idea—. Por otro lado, solamente es un grumete y nunca he sabido de uno que tuviera camarote propio.

—Cierto es, capitán. —Se rascó la frente—. Podríais convertirlo en vuestro criado personal; de ese modo todo estaría resuelto y a nadie le sorprendería que durmiera allí.

No era mala idea. Pensó, también, en confiárselo a Andrés. Eran amigos desde mucho tiempo atrás y, si le encomendaba la tarea de velar por el jovenzuelo, él lo haría con total dedicación. El problema es que prefería, con diferencia, tener al niño cerca, donde él mismo pudiera controlarlo.

—¿Habéis averiguado algo más sobre el tal Marino Vivar? —inquirió maese Isaac, cambiando de tema—. ¿Sabéis ya en qué mente?

—No, la verdad es que no lo sé. Aunque maese Andrés intentó sonsacarle, sigue contando lo mismo. Parece que ha llevado una existencia muy protegida; no tiene manos de trabajador. Se horroriza ante el castigo físico; supongo que nunca le han dado ni unos azotes, siquiera. —Diego observó el brillo dorado que empezaba a teñir el cielo y que se reflejaba en el agua como si de millones de diamantes se tratara—. No está acostumbrado a obedecer a sus mayores. —Volvió a mirar al contramaestre—. Es como si le hubieran dejado hacer a su antojo. Desde luego su familia no ha hecho nada por prepararle ante la vida. Ya visteis que no sabe nada de esgrima. —Bufó consternado—. No lo entiendo, pero tengo el convencimiento de que oculta algo.

—Bueno, capitán, espero que lo que oculta no sea rebanaros el pescuezo... —El contramaestre trató de sofocar la risa que le subía por la

garganta—. Después de todo, ahora dormiré al otro lado de vuestro mamparo.

—En verdad, maese Isaac, vuestra lengua es cada día más viperina. Debo tener más cuidado de vuestro apéndice que de lo que pudiera hacerme un muchacho imberbe.

—¡Barco a la vista! —gritó el vigía desde la cofa del palo mayor—. ¡Por la amura de babor!

El capitán tomó el catalejo que le entregaba el contraamaestre y lo enfocó adelante, a su izquierda. En el visor del artillero apareció un barco pequeño. Se trataba de un pesquero gallego con velas latinas, que faenaba alejado de la costa.

Media hora más tarde le dieron alcance. Cuando pasaron al lado, marineros y pescadores se saludaron desde sus respectivas cubiertas.

—Maese Isaac, nos colocaremos al paio. Y después haced el favor de reunir a los hombres en la base del palo mayor —solicitó el capitán una vez que se hubieron alejado del pesquero.

—Vos mandáis, capitán. —Se dirigió a la tripulación y, tras un toque de su silbato, les gritó—: ¡Todos a reunión!

Los marineros, extrañados, se agolparon bajo el palo mayor, mirándose unos a otros.

Marina se había entretenido más de lo acostumbrado en el aseo personal, como una excusa para retrasar lo más posible su enfrentamiento con la tripulación. Le acobardaba mirar a los ojos de aquellos hombres cuando supieran lo que había ocurrido la noche pasada.

Salió un momento al pasillo para buscar los botones que se le habían caído la noche anterior; debía coserlos lo antes posible. A falta de aguja e hilo, los guardó en un bolsillo.

De vuelta al camarote del capitán, se demoró aún más para admirarlo. Era una estancia amplia y, gracias a las ventanas del espejo de popa, bien ventilada. De los mamparos colgaban litografías marinas y un plano del *Tritón*. El mobiliario era más bien escaso: un escritorio clavado en el suelo, con un sobre de marquetería de distintas maderas que habría hecho las delicias de cualquier anticuario, y un par de sillas a cada lado; la cama era grande y estaba amarrada al suelo y al techo por cuatro columnas torneadas; varios baúles; el cofre de donde la noche anterior le había visto sacar la medicina que le dio. Por último, estaba la puerta del jardín personal del capitán. Todo un lujo, después de haber estado utilizando los jardines de proa.

Notó el gemido de las maderas del suelo en el momento que el barco cambiaba de rumbo y se detenía, dejándose mecer por las olas.

—¿Por qué paramos? —se preguntó antes de mirar por las ventanas del espejo de popa. Un pequeño velero navegaba en dirección contraria, pero no parecía que tuviera nada que ver con que ellos hubieran interrumpido la singladura. Pese a que especuló con subir para enterarse de lo que ocurría, la curiosidad por el camarote fue mayor y continuó con la inspección.

Sobre la mesa descansaba el cuaderno de bitácora. Marina no pudo resistir la tentación de abrirlo por la página marcada con un lazo rojo y leer las primeras líneas de aquella escritura enérgica y clara.

Día de Nuestro Señor 17 de agosto de 1700. Navegamos con bonanza en el tiempo... Ahora ya sabía en qué fecha estaba, la escritura no dejaba lugar a dudas.

Eso era lo que el capitán había estado escribiendo el día anterior. «¡Dios mío! ¡Es verdad!», pensó, aturdida. Era cierto que llevaba varios días barajando la posibilidad de un salto en el tiempo. La noche anterior, sin ir más lejos, ya estaba convencida de eso. Aunque ver escrita la fecha exacta era abrumador; más que eso: era aterrador.

Lo hacía más cierto.

Angustiada, entrelazó las manos en la cintura y las retorció, mientras iba de un lado a otro por el camarote como si fuera una fiera enjaulada, incapaz de parar. Notó un leve mareo. Le volvieron las arcadas. Llegó a la palangana dando traspiés como un borracho. Se agarró al mueble, repentinamente exhausta. El corazón le latía contra las costillas a toda velocidad; un sudor frío y pegajoso se le extendió por todo el cuerpo. Empezó a tiritar. Se le doblaron las piernas y se arrodilló en el suelo, abrazándose a sí misma contra el mamparo.

«¡Dios de los cielos! ¿Podré regresar a mi siglo? ¿O tendré que quedarme en este para siempre?», pensó, aterrada.

Sobre su cabeza se oyó el silbato y la orden del contramaestre. Pese al miedo que le producía salir a cubierta, donde estaba el hombre que la había atacado la noche anterior, y el de tener la certeza de que ya no estaba en su verdadero tiempo, no se atrevió a desobedecer el mandato.

Ya en cubierta, se mantuvo apartada del resto de la dotación mientras el capitán, en lo alto del alcázar, se dirigía a los hombres con los brazos en jarras y las piernas firmemente afianzadas en el maderamen del suelo. El aire hinchaba las mangas de su camisa y hacía revolotear un mechón que le caía

sobre la frente. Su mirada, fría y serena, estaba fija en las caras de los hombres.

—Anoche un hombre trató de abusar del muchacho. —Señaló a Marina, que se ruborizó hasta la raíz del cabello—. Por fortuna se pudo impedir...

Los marineros la miraron al tiempo que arrastraban los pies, inquietos por ver al capitán tan serio. Eso solo significaba una cosa.

—Jeremías Hurtado, ¿tenéis algo que decir? —preguntó Diego.

Los hombres se separaron del interpelado, con curiosidad. Marina asqueada: era el artillero picado de viruelas que sabía lanzar dagas con precisión.

—No... no quería hacerle daño... yo solo... bueno... capitán... vos entendéis esas cosas... —farfulló.

—Jeremías, vos sabéis que la ordenanza de este barco advierte contra ese tipo de actos —recordó el capitán, con la mirada dura como el acero—. No me importa con quién estéis ni de qué manera, pero no puedo transigir que obliguéis a alguien a practicar algo con lo que no está de acuerdo, y menos si ese alguien está en clara desventaja respecto de vos. —Se dirigió al contramaestre—: Podéis decretar el castigo.

Maese Isaac miró a la concurrencia con las manos a la espalda. El cabello plateado se había escapado de la cinta de cuero con la que se lo recogía en una coleta y ondeaba al viento como una bandera.

—¡Serán diez caladas! —sentenció.

Marina no entendía nada de lo que le ocurría. Por un momento se sorprendió deseando que lo azotasen, más aún, azotarlo ella misma. Pero luego descubrió que eso no le llevaría de vuelta a su casa. Y eso era lo que más la atormentaba; lo otro, en comparación, había perdido importancia.

Los hombres preparaban el pescante, que habitualmente servía para izar o arriar los botes, para que se cumpliera el castigo. A Jeremías le pusieron un arnés, con varias balas de cañón para lastrarlo antes de colgarlo del cabo del pescante. Luego lo colocaron para que sobresaliera por el costado de babor, a sotavento. Al girar el artilugio para sacarlo fuera de la borda, el hombre quedó colgando en el aire, aferrando el cabo que lo sujetaba con los ojos desorbitados de miedo. Una mancha oscura se extendió sobre la entrepierna de las calzas del marinero: el terror lo había llevado a orinarse encima.

Varios marineros, desde la cubierta, halaban para izar a Jeremías hasta la roldana por donde pasaba el cabo. Una vez allí, lo soltaron de golpe para que el hombre cayera al mar desde una altura de doce brazas. No bien se oyó el

chapuzón volvieron a halar del cabo para izarlo. La operación se repitió hasta completar la serie de diez; tal como había ordenado el contraмаestre.

Una vez hubo terminado el correctivo y Jeremías fue liberado del arnés, cada cual se volvió a sus quehaceres. Marina, con la mirada fija en el pescante, que ahora descansaba inocentemente sujetando el bote, elevó una plegaria al cielo para no ser nunca merecedora de «caladas». Probablemente, para los jóvenes de su siglo eso no sería considerado un castigo, acostumbrados como estaban a disfrutar de los artilugios de los parques de atracciones. Pero como a ella nunca le habían gustado las supuestas atracciones, le parecía amedrentador. El cabo podría romperse y el reo caería al mar amarrado al lastre, que lo hundiría sin remedio y sin posibilidad de salvación.

—¡Muchacho! —le llamó el contraмаestre—. Acompaña a Gonzalo; te enseñará el camarote donde dormirás de hoy en adelante.

Ella lo miró sin saber qué decir. Maese Isaac le solucionó el problema al dirigirse al alcázar para vigilar a la tripulación. Algo bueno había salido de todo aquello: ahora tendría un camarote para ella sola.

Capítulo 16

Diego con la vista puesta en el horizonte, pensaba en el muchacho. Se notaba extrañamente inquieto y eso le preocupaba. La noche anterior, cuando lo había consolado, lo hizo por conmiseración hacia el joven. Lo había abrazado inocentemente, sin más. Pero esa mañana, ese enigmático muchacho, lo había mirado como...

«¡No! Deja de pensar en ello», se obligó.

Su mente se negó a obedecer y continuó recordando la mirada ávida del jovenzuelo. Sus ojos verdes clavados en él. Recorriéndole con morosidad cada pulgada. Casi lo había notado como una caricia: suave y excitante.

Los labios entreabiertos, húmedos y voluptuosos del muchacho dejando escapar un cálido suspiro de deseo...

Se le puso el pelo de la nuca de punta ante el recuerdo. Sin duda estaba sacando las cosas de quicio e imaginaba algo que no era real. No sería mejor que Jeremías si también se excitaba con la visión del muchacho.

«Mi mente me ha jugado una mala pasada», concluyó.

—Capitán, creo que se avecina una tormenta y no hay muchas posibilidades de doblar el Cabo Finisterre antes de que se presente —anunció Isaac, mirando las nubes que se aproximaban por el noroeste.

Diego lo pensó un momento y decidió que la mejor medida era la de llegar a Ferrol antes de que se formase la galerna, pues los puertos más cercanos no tenían calado suficiente para que fondease el *Tritón*.

Ordenó largar más trapo para ganar velocidad. El problema residía en que el viento, esa mañana, les llegaba a fil de roda, directamente de frente, con lo que el barco debía avanzar en zigzag.

—¡Una cuarta a estribor! —ordenó el contramaestre al timonel—. ¡Preparados para la primera bordada!

La nave giró a la derecha y, tras unas cuantas brazas, viró a la izquierda para la segunda bordada. Era un proceso agotador, que probaba la fuerza de

los marineros, puesto que debían cambiar la orientación de las velas en cada viraje. La fórmula se fue repitiendo innumerables veces, con la intención de alcanzar el puerto gallego antes de que estallase la tormenta. Era bien sabido por todo marino que las costas gallegas eran peligrosas y traicioneras con tiempo apacible. Con tormenta, eran mortales.

El cubículo que le habían asignado a Marina era minúsculo: un catre y un baúl, con un par de mantas, un sombrero de ala ancha y una capa de tela encerada en su interior; no había más. Al principio, tener un lugar para ella sola le había parecido fantástico; ahora, en cambio, la estrechez de ese lugar, junto con los vaivenes del barco, comenzaban a agobiarla. No sabía qué hacer para pasar el tiempo. En el baúl estaban sus pantalones vaqueros, el jersey y las llaves de su casa. Todo a la espera de que pudiera regresar a su tiempo. Si es que podía.

«No pienses ahora en eso», se reprendió.

Mucho tiempo atrás había tirado por la borda su ropa interior, no fuera a ser que alguien lo viera y se preguntase qué era aquello. Sonrió al imaginarse a un sencillo pescador con semejantes prendas atrapadas en sus redes.

El capitán, ante la inminencia de la tormenta, le había ordenado personalmente que no abandonase el lugar por ningún motivo. Pero de eso hacía ya varias horas y Marina se notaba claustrofóbica. El encierro en aquella camareta tan reducida se tornaba, con cada minuto, más opresivo y asfixiante. Se había atrincherado en un rincón para defenderse de los bandazos que daba la nave; no obstante, su estómago revuelto amenazaba con vaciarse en cualquier momento.

Allí encerrada, sin más vistas que las maderas ensambladas de las cuatro paredes, los gemidos lastimeros de las cuadernas, que protestaban ante el fuerte oleaje, eran aterradores. No podría aguantar por más tiempo sin perder la razón.

Harta de estar confinada, se colocó la capa y salió al pasillo. Avanzó a trompicones, golpeándose contra los mamparos como un borracho. Pese a que la imposibilidad de caminar en esas condiciones estuvo a punto de hacerla desistir, la angustia y la claustrofobia eran más fuertes. Consiguió salir a cubierta.

El exterior del barco era un caos. El cielo, repleto de nubes negras, estaba oscuro como la noche. La lluvia torrencial disminuía la visibilidad y golpeaba fuertemente, con gotas grandes y frías. La luz de un rayo iluminó el espacio

por breves momentos; seguido por un trueno que estremeció el casco del buque hasta las cuadernas. A ese relámpago lo siguió otro, otro y otro más, hasta que Marina, asida a la puerta de entrada bajo el alcázar, perdió la cuenta de los que llevaban pasados.

El maderamen crujía ante el embate del viento, amenazando con partirse de un momento a otro. Las olas saltaban por encima de la cubierta, barriendo todo lo que pillaban a su paso. Nada ni nadie estaba a salvo ante semejante despliegue de poder de la naturaleza. Vio a varios marineros aferrados a los cordajes para evitar ser arrastrados por el agua. Frente a ella el capitán y el timonel, asidos con una cuerda al timón, trataban de gobernar la nave. El contramaestre, sujeto a la base del palo trinquete, gritaba órdenes a los gavieros que, jugándose la vida colgados de las vergas y ante la imposibilidad de hacerlo de otro modo, trataban de aferrar las velas para navegar a palo seco.

Marina quiso regresar a su camarote, pero perdió el equilibrio cuando el navío fue zarandeado con fuerza. Al soltar el picaporte terminó rodando por el suelo. Asustada, trató de agarrarse a cualquier cosa para frenar su loca trayectoria. No lo conseguía. La siguiente ola llegó desde el otro costado y Marina resbaló, empujada por la fuerza del agua, hasta chocar contra la balaustrada de la borda. Intentó levantarse y caminar aferrada a la regala para llegar a la seguridad de su camarote; sin embargo, la cubierta estaba tan resbaladiza y los movimientos de la nave eran tan bruscos que no pudo siquiera probarlo. La siguiente ola llegó tan rápida que no tuvo ocasión de protegerse y perdió el sentido al golpear la cabeza contra la madera.

Enganchados al timón, provistos de capas impermeables, el capitán y el timonel se afanaban en gobernar una nave que se movía como un corcho en un barreño de agua agitada. Diego tenía miedo de que el ventarrón les aconchara contra las rocas de la costa y les hiciera naufragar. Pero evitarlo entre tinieblas y con semejante tormenta era empresa difícil en extremo. A esas alturas casi no sabía a qué lado estaba el litoral, de tantas vueltas como habían dado. Confiaba en mantenerse alejado de los pérfidos rompientes y soportar el fragor de la tormenta sin daños de ningún tipo. En aquellos arrecifes traicioneros habían naufragado muchos barcos.

Entre Antonio y él trataban de enfilear la proa contra el viento. Era tal la fuerza del agua bajo la quilla, que uno solo era incapaz de mantener el timón en la posición requerida. Los brazos se empezaban a resentir bajo el esfuerzo,

pero no era el momento de flaquear; la supervivencia, en esos casos, dependía de la destreza con que se manejase la caña.

Los gavieros descendieron por los obenques, agotados por el esfuerzo de recoger el pesado trapo empapado. Deseaban guarecerse en mejor sitio.

El *Tritón* escoraba por el agua que anegaba las sentinas; el contraamaestre había ordenado a varios hombres utilizar las bombas de achique. Los carpinteros revisaban posibles vías en el casco, para repararlas antes de que fuera demasiado tarde.

Una de tantas olas emergió del mar y barrió la cubierta con especial virulencia. Diego vio una sombra fantasmal que rodaba sobre el suelo antes de chocar contra la regala. Por un momento la miró, incrédulo. Mientras intentaba discernir qué era aquello, en medio de aquel caos, saltó la siguiente ola. Un rayo traspasó el aire. Contuvo el aliento al descubrir la identidad de aquella forma, que rodaba sin control sobre la cubierta y corría el peligro de caer al agua en cualquier momento. Otra ola le dio de lleno al tratar de levantarse; esta vez quedó en el suelo.

—¡Sujetadlo bien! —ordenó Diego, sin considerar que dejaba a Antonio solo con el timón. Quería llegar hasta el muchacho inerte antes de que terminara sepultado en el mar.

El timonel, sorprendido ante la orden (el capitán nunca había abandonado el gobierno de su barco en un momento así), fue incapaz de articular una protesta. A pesar de que procuró adrizar el buque que escoraba por estribor, sus brazos no tenían la fuerza suficiente para enfilar el barco. Con un esfuerzo titánico, logró enderezar la nave por unos segundos, antes de que esta cayera a sotavento y amenazara con mostrar la quilla.

Con el barco cabeceando y moviéndose descontrolado, Diego trató de llegar hasta el muchacho. Desesperado, se arrastró por la cubierta; el agua resbalaba por su cara y por la capa.

«¡Dios querido, que me dé tiempo a llegar!», imploró, consternado. «Prefiero matarlo yo mismo».

El timonel consiguió adrizar la nave, pero tan solo fue para que esta vez escorara por babor. Otra ola barrió el espacio que lo separaba del joven. Cuando el agua dejó de correr, el muchacho había desaparecido. Diego cayó al suelo por la fuerza del embate y un terrible escozor le cruzó la espalda: las heridas que no estaban cicatrizadas se resentían por el esfuerzo.

Apartando la molestia de su mente, se incorporó como pudo y miró en derredor, buscándolo desesperado en medio de la oscuridad. La ola debía de haberlo arrastrado hasta lanzarlo por la borda; en ese caso ya no podrían

rescatarlo. No lo veía y el *Tritón* escoraba cada vez más. Era imperioso regresar al timón para adrizar el barco antes de que lo anegase el agua que entraba por las troneras.

Maldijo irritado por la desaparición del joven grumete y por el estado cada vez más calamitoso de su propio barco. Tenía que elegir si seguir buscándolo o, por el contrario, gobernar la nave antes de que fuera demasiado tarde y naufragaran. Terrible dilema.

Un relámpago rasgó el firmamento, iluminando la cubierta. Entonces lo vio: el balanceo del barco y las olas lo habían arrastrado hasta el cabrestante, de donde se agarraba, tosiendo y escupiendo agua.

No se dejó llevar por el alivio de verlo vivo, aún debía ponerlo a salvo. Con un último intento llegó hasta el chico y lo asió con fuerza. La satisfacción dio paso al enfado. No dijo nada, pues con el fragor del viento, el agua, los gemidos del cordaje y la madera del barco, no se habrían entendido. Fuertemente cogido, lo arrastró hasta la puerta, que golpeaba sin control contra la escalera del alcázar. Lo lanzó al pasillo y cerró la entrada, deseando con todas sus fuerzas que la tormenta amainase en ese preciso instante para ajustar las cuentas con ese desobediente joven. Ninguna tortura le parecía bastante ante su osadía. Apretó los dientes y regresó al timón, rezando para que no fuera demasiado tarde y no terminaran al garette.

Capítulo 17

El mar embravecido se debatió con intensidad durante dos días y comenzó a remitir al amanecer del tercero. Durante todo ese tiempo, Marina esperó pacientemente en su pequeño cubículo, del que solo salía para utilizar el retrete del camarote principal. Las comidas habían consistido en galleta marinera y vino, pues era imposible encender los fogones en medio de la borrasca. Había dormitado a ratos, tumbada sobre la hamaca que se mecía con los embates del mar. El resto del tiempo lo había pasado implorando el cese del temporal y, por supuesto, que el capitán no estuviera muy enfadado con ella. Vano deseo, una vez visto el brillo asesino de sus ojos al empujarla al pasillo.

Le agradecía profundamente su ayuda ya que, sin su actuación, ella jamás habría conseguido ponerse a salvo. Había sido un golpe de suerte el que la llevó rodando hasta el cabrestante, en el que a duras penas pudo aferrarse, aunque dudaba que hubiera podido resistir por más tiempo.

Nunca olvidaría la estampa del capitán, con el pelo pegado al cráneo y la cara chorreando agua, mientras caminaba hacia ella con determinación. Estaba tan atractivo como un héroe de película. O al menos así se lo imaginó Marina una vez a salvo en el camarote.

Demasiadas novelas románticas, se reprendió, chasqueando la lengua.

En realidad, se arrepentía de haber desobedecido sus órdenes. Su defensa era la sensación de claustrofobia experimentada en aquel angosto lugar. Dudaba que él lo comprendiera y querría castigarla. Las heridas de su espalda hablaban por sí solas.

Indudablemente él no se atrevería a hacerle eso a ella. ¿O sí? No pudo evitar un estremecimiento.

«No, no se atreverá», pensó, sin mucho convencimiento.

Tanto Diego como sus hombres estaban exhaustos, con el cuerpo dolorido por la tensión y la lucha contra los elementos. Las ropas mojadas les pesaban como losas en el cuerpo.

En momentos como los vividos en las últimas jornadas se sentía pequeño, ínfimo, diminuto. El *Tritón* era una cáscara de nuez en la inmensidad del mar. Tras una borrasca como la pasada agradecía a Dios su benevolencia para con él y los suyos. Por haber permitido que siguieran con vida. Por regalarles unos instantes más de existencia terrena. Lanzó en silencio una plegaria de gratitud hacia el firmamento despejado.

Midiendo con la ballestilla la altura de la estrella polar sobre el horizonte, fijó la posición de la nave y descubrió que se habían alejado cuarenta millas al sudoeste de la costa gallega. Ahora los vientos alisios les arrastraban hacia el sur. Una vez abordasen Lisboa y las islas Canarias para abastecerse de víveres, continuarían el viaje hasta las Américas. Esperaba, sinceramente, que desde ese momento la singladura fuera más tranquila.

Recomendó al contraмаestre la derrota a seguir y que enviara a más hombres a vaciar el agua de las sentinas. El *Tritón* estaba sobrecargado; su línea de flotación había descendido tanto que amenazaba con llegar hasta las portas de los cañones. Era imprescindible achicar lo antes posible ese lastre.

Una vez organizados los hombres para esa tarea, se dirigió a su camarote para redactar en el cuaderno de bitácora las novedades acaecidas en las últimas jornadas.

Se quitó la capa y enrolló las mangas de la camisa antes de sentarse a la mesa. Para no perder más tiempo se dejó las calzas, pese a que chorreaban agua. Una vez afilada la pluma, se dedicó a escribir en el libro con letra pulcra y clara. Luego, tras marcar en las cartas de marear la posición del *Tritón*, se levantó dispuesto a impartir justicia.

Un buen rato después de haberlo visto entrar, Isaac Perales vio que su capitán salía de nuevo a cubierta.

—Hoy tendremos fiesta —intuyó con tristeza, al ver el turbulento semblante que traía.

Había sido testigo, como la mayoría de la tripulación, del rescate del nuevo grumete a manos del capitán y del peligro al que había sometido al barco y a sus ocupantes.

—Maese Isaac... ¡Todos a cubierta! —ordenó furioso Diego.

El contraamaestre no se demoró en cumplir con el mandato. Comprendía lo que le pasaba por la cabeza a su superior. No estaba de acuerdo, pero se abstuvo de criticar esa orden. El capitán no traía ánimos de diálogo e Isaac lo conocía demasiado bien como para intentarlo.

La mayoría de los hombres se personaron bajo el palo mayor. Los que achicaban el agua que lastraba al *Tritón* permanecieron en las sentinas donde eran más necesarios.

Marina oyó el pedido y cumplió como los demás. Había estado ocupada las últimas horas cosiendo los botones al chaleco con hilo y aguja que había encontrado en el fondo del arcón. No había sido fácil y los pinchazos en los dedos fueron numerosos, con todo en algo debía ocuparse, para no perder la razón rogando que salieran vivos de ese temporal. Además de discurrir cómo regresar a su época.

Se desesperaba al imaginar lo que estaría sufriendo su abuelo con su desaparición.

¿Qué pensaría que había ocurrido?

Lo más doloroso de todo era la imposibilidad de enviarle algún mensaje para tranquilizarlo. Les separaban más de dos siglos, casi trescientos años.

Durante su encierro en el camarote había llegado a la conclusión de que, si quería regresar a su verdadera época, debía volver a la iglesia de San Vicente, entrar en el confesionario y repetir las palabras en latín. Estaba convencida de que esas palabras y el propio mueble eran los causantes de su actual situación.

«Cada día se hace más difícil. Cada vez me alejo más y más de San Sebastián y del maldito confesionario», pensó, abatida.

Al salir al exterior parpadeó por el sol de la mañana, que ya comenzaba a calentar. A los hombres se les veía ojerosos y cansados. Algunos la miraron con irritación y desprecio, pero Marina trató de ignorar sus semblantes. El capitán, con las piernas separadas y los brazos cruzados, esperaba a que todos y cada uno de los marineros se personasen bajo el alcázar de popa. Tenía la cara macilenta y surcada de arrugas profundas, como si en los últimos días hubiera envejecido. Sus ojos acerados brillaron de furia contenida cuando se posaron en ella. Marina no pudo evitar dar un respingo. No había duda de que estaba muy enfadado, por no decir furioso, con ella. Reprimió el impulso de regresar al camarote y encerrarse allí hasta que el capitán perdiera el mal humor.

—... como bien sabéis, un capitán no debe, bajo ningún concepto, abandonar el control de la nave. —Estaba tan asustada que se había perdido las primeras palabras de él—. Yo... lo hice la otra noche... la causa no importa. —Clavó con rabia la mirada en ella—. Lo que verdaderamente interesa es que mi indisciplina estuvo a punto de salir cara. —Miró a los hombres antes de continuar, con voz potente—. De nada sirve disculparme. O felicitarme porque el buen Señor tuvo a bien permitirnos capear el temporal sin daños aparentes. No. Por lo que sugiero que maese Isaac cumpla con su cometido.

La dotación se quedó en silencio; realmente nunca había ocurrido semejante cosa. Su capitán debía sufrir de nuevo el castigo en un intervalo de nueve días. Aquello era inaudito y peligroso.

—¡Serán diez azotes! —exclamó el contramaestre, asqueado. Y clavó los ojos negros e iracundos en Marina.

El capitán procedió a quitarse la camisa con movimientos contenidos. Sin prisas. Se sacó el medallón por la cabeza y lo colocó sobre la camisa en la escalera del alcázar.

Todos contuvieron el aliento al ver las heridas aún sangrantes del anterior castigo. Durante el temporal el esfuerzo las había abierto. Se elevó un murmullo de protesta, que fue acallado por la mirada acerada del capitán. Bajo el palo mayor, Diego alzó los brazos y se asió a la misma cuerda a la que se había sujetado poco más de una semana antes.

Maese Andrés, con la mandíbula y los puños apretados por la horrorosa misión que debía cumplir, se situó detrás de su capitán. Varias veces alzó el látigo y lo volvió a bajar, abatido.

—Si se me permite dar mi opinión... —comenzó en un murmullo. La tripulación se acercó para escuchar cada una de las palabras que el maestro de armas quisiera decir—. No creo que esto sea buena idea.

—Maese Andrés —tronó la voz del capitán, mirando directamente al oficial artillero—. Vuestra obligación es acatar las órdenes. Dejad de hablar y cumplidlas. Estamos cansados y hay muchas cosas que hacer.

—Pero...

—No hay peros que valgan —interrumpió, seco. Luego presentó la espalda al verdugo—. No lo hagáis aún más difícil.

Andrés no objetó más. Blandió el gato y asestó el primer golpe con infinita concentración, para no infligir más dolor del inevitable. Las heridas anteriores, que estaban cicatrizando, se abrieron y comenzaron a sangrar. Las otras continuaron haciéndolo, pero con más profusión. Con el golpe siguiente

la espalda se tiñó de rojo a la luz de la mañana. Todos los marineros, salvo Jeremías Hurtado, se horrorizaron ante el espectáculo.

Marina jamás había presenciado un escarnio semejante. Si bien el cine lo mostraba en muchas películas, no tenía nada que ver con la realidad. El olor metálico de la sangre, el del miedo o el silbido de las correas de cuero al chocar contra la carne. El ruido hueco al hacerlo contra las costillas y el de la piel desgarrada fue más de lo que pudo resistir y se volvió para vomitar por la borda. Para cuando terminó de tener náuseas, el castigo había concluido.

El gato de nueve colas estaba tinto de sangre; el torso y los brazos desnudos de maese Andrés, salpicados con infinidad de gotas escarlatas. Al pasarse la mano por la frente para enjugar las gotas de sudor que le caían sobre los ojos su cara se tiñó de rojo. En ese momento parecía, más que nunca, un vikingo sanguinario.

Después, el capitán no se molestó en colocarse la camisa, sino que se dirigió a sus hombres desde la cubierta.

—¡Marino Vivar! —rugió con voz estrangulada por el dolor—. Te ordené que permanecieras en tu camarote hasta que finalizase la tormenta. —Ella palideció y tembló violentamente, anticipándose a lo que vendría—. Me desobedeciste y eso exige castigo...

—Yo... yo... yo... —tartamudeó Marina con los ojos desorbitados por el miedo.

«¡Va a fustigarme con el látigo!», pensó aterrorizada. «¡Lo va a hacer!».

—¡Silencio! No he terminado de hablar —le amonestó Diego—. Creo que es muy joven para recibir el castigo merecido. Por eso, maese Isaac os sugiero que seáis benévolo con él. —El contra maestre le dirigió a Marina una mirada torva, que no presagiaba nada bueno—. Maese Isaac, no olvidemos que no es más que un jovenzuelo y que esta es su primera vez —le recordó Diego, tratando de sosegarlo.

El contra maestre gruñó en claro desacuerdo, haciendo que Marina se estremeciera de nuevo.

—¡Serán cinco correazos en el trasero! —anunció maese Isaac, sin pensárselo mucho.

Marina fue incapaz de moverse del sitio de tan aterrada que estaba. Entre dos marineros la sujetaron con fuerza por encima de la borda, de manera que sus nalgas quedasen expuestas al cinturón que el mismo capitán había prestado a Andrés para la penitencia. Se resistió con vigor, pero fue en vano: aquellos hombres eran mucho más fuertes que ella.

Como último recurso le lanzó a maese Andrés una mirada cargada de súplica. El marinero apretó los labios y movió la cabeza, negando con pesar.

Al principio, con el primer cintarazo, no sintió nada. Pensó que aquello quizá no fuera tan doloroso, después de todo; sin embargo, segundos más tarde un escozor impresionante la sacó del error. Gritó desesperada por librarse de aquel tormento.

—Chico, compórtate como un hombre. —La voz seca de Diego se elevó por encima de los chillidos.

Ella quiso espetarle que no era un chico ni un hombre, que era una mujer y no merecía ese trato inhumano y trasnochado. No obstante, no dijo nada, a sabiendas de que de nada serviría descubrirse. Trató con todas sus fuerzas de no gritar. Sintió el regusto de la sangre en su boca y comprendió que se había mordido el labio en el intento. Con el último golpe los hombres la soltaron. Ella cayó desmadejada, de rodillas sobre la cubierta.

Maese Andrés se acercó para ayudarla a levantarse, pero Marina se negó con obstinación. Lo miró con desprecio; aun sabiendo que el marinero solamente había cumplido con las órdenes del capitán y del contramaestre, era tan grande su desdicha que no podía evitar mostrarse orgullosa e inclemente.

—Lo siento, muchacho; a mí me ha gustado tanto golpearte como a ti recibir los azotes —anunció él, contrito, ignorando la mala disposición de la joven—. No me gusta hacer estas cosas. ¿Acaso crees que he disfrutado azotando al capitán? —Como ella no respondía, continuó con sus explicaciones—: Él es mi amigo; llevamos veinte años juntos y es como un hermano para mí. Moriría por él, si ello fuera necesario —aseguró con vehemencia—. Sin embargo, he tenido que fustigarle dos veces en los últimos días. De alguna manera tú estabas implicado en el primer castigo, por robarle el medallón. —Marina no se molestó en negarlo—. En este, has sido tú quien lo ha provocado al desobedecer órdenes; solo por eso debería haber disfrutado golpeando ese trasero tuyo. Pese a todo, no lo he hecho. Me caes bien, muchacho, pero por tu bien te sugiero que trates de mostrar el debido respeto a tus superiores; de lo contrario este castigo se repetirá hasta que aprendas. Esta vez, el capitán ha intercedido por ti, pero yo no lo provocaría de nuevo.

Marina no quería escucharle.

«¿Qué ha intercedido? Ja».

Sus nalgas se hallaban en carne viva y le dolía el estómago de haber estado apoyada sobre él, contra la borda. No le importaba si era amigo o no, ni si sufría por su adorado capitán. No le importaba nada. Por ella se podían ir

los dos al mismísimo infierno envueltos en celofán. Eran unos cavernícolas desalmados.

—Ven, acompáñame al camarote —solicitó maese Andrés, tendiéndole la mano—. Tengo que curar las heridas del capitán antes de que se le pudran. Allí habrá algo para aliviar tus posaderas. —Sonrió con simpatía—. Dentro de un rato no te dolerá... tanto.

Se levantó para seguirle, ignorando la mano que le tendía el marinero. Si conocía un remedio que aliviase el dolor no iba a ser tan tonta de despreciarlo.

Cuando ellos entraron en su camarote, el capitán, tan quieto como una estatua, permanecía sentado en una silla con el torso desnudo; la cabeza gacha y la espalda encorvada como si aguantase sobre sus hombros un gran peso. De la coleta se le habían escapado varios mechones y le tapaban la cara.

En la mesa ya estaba preparado el unguento que Andrés debía aplicarle en los verdugones de la espalda. Marina se estremeció violentamente al contemplar el resultado del castigo. El dolor que estaría sufriendo ese hombre sería inmenso; el suyo, comparado, no era nada.

—¡Ah, chico! —La miró con cansancio—. En ese cofre hay una pomada excelente para ti. Es el frasco de color azul. —Esperó a que ella lo cogiera antes de ordenar—: Ahora ve a tu camarote.

Marina obedeció dócilmente y regresó a su cubículo, demasiado sobrecogida con la imagen de aquellas heridas como para protestar.

—¿Cómo puede aguantar sin gritar de dolor? ¿Qué impulsa a un hombre a infligirse ese castigo? ¿El honor? ¿La locura? ¿O simplemente el masoquismo? —murmuró al entrar en su camarote—. Es de locos. Sin duda debe de ser de acero para soportar eso.

Capítulo 18

—Diego, si no supiera lo mucho que te duele, te pegaría una paliza — aseveró Andrés, mientras vertía vinagre por la espalda lacerada—. ¿Has tomado por costumbre que te zurren cada poco tiempo? Si es así, te advierto que de ahora en adelante puedes buscarte a otro para que cumpla con la tarea. Yo me niego.

Diego hizo una mueca a modo de sonrisa y se agarró al borde de la mesa, en un intento de aguantar la quemazón de las heridas.

—Querido amigo, nada más lejos de mis planes inmediatos —aseguró entre dientes—. No creo que sobreviviese a otras caricias de las tuyas... ahora, por favor, acaba cuanto antes... no sé qué es peor, si el mordisco del látigo o la quemazón del vinagre.

Durante el tiempo que llevó tratar todas las laceraciones permanecieron en completo silencio. Algunas veces Diego temió desmayarse por el dolor y el profundo agotamiento, aunque era precisamente ese dolor lo que le impedía desvanecerse.

—Ven, te ayudaré a acostarte —suspiró Andrés al notar el calor que emanaba del cuerpo de su capitán.

—Prefiero no hacerlo aún...

—Como quieras, pero será mejor que me dictes la pócima contra la calentura... Creo que tendrás fiebre en el transcurso del día.

Diego no lo dudaba. Ya se sentía bastante mal.

Marina, tras una hora, golpeó la puerta del camarote principal y esperó a que la voz del capitán le diera permiso para entrar. Quería devolverle el tarro con el unguento tan efectivo que le había prestado y, sobre todo, saber cómo se encontraba. No podía olvidar el estado tan horrendo de su espalda. Obviamente, eso no era suficiente para que lo perdonara por el trato recibido.

El hombre seguía sentado en la silla, con el torso desnudo y los pantalones empapados aún puestos. Alzó la cabeza para ver quién era y sonrió al descubrir a Marina parada junto a la entrada.

—Pasa, chico. ¿Te sientes mejor? —preguntó el capitán.

—Sí, solo quería entregaros la crema —contestó con sequedad.

—¿Crema? —Miró confundido y ella le mostró el tarro de malos modos—. ¡Ah! El ungüento. Estás enfadado, chico —la amonestó con un murmullo—. Sé cómo te sientes, yo me sentí igual...

Marina espero a que continuase, harta orgullosa para preguntar, pero con ganas de enterarse. El hombre la miró y esbozó una sonrisa torcida como si comprendiera.

—Mi padre me mandó azotar con un cinturón cuando tenía más o menos tu edad y, desde luego, no me gustó más de lo que te ha gustado a ti. —Le hizo un gesto con la cabeza para que tomase asiento junto a él. Ella se negó; tenía el trasero demasiado dolorido aún y permaneció de pie—. Mañana apenas te dolerán —aseguró él, adivinando el problema—. Ahora reconozco que aquello me enseñó mucho —continuó con el relato.

—Con el castigo físico... no se enseña nada —rompió el silencio, siseando entre dientes un tanto turbada ante la proximidad del hombre.

Diego alzó la mano para silenciarla y esbozó una triste sonrisa.

—De todo se aprende en esta vida... —Cerró los párpados un momento—. Mi padrastro me pegaba con asiduidad y sin motivo. Con él aprendí a temer su sola presencia. Descubrí el miedo, el odio y la vergüenza al creerle mi padre. —Sacudió la cabeza y la coleta con la que se sujetaba el cabello se terminó de deshacer, esparciendo el pelo sobre los hombros desnudos—. Después recuperé a mi verdadero progenitor y con él las cosas cambiaron. —Hizo una mueca ante el recuerdo—. En una ocasión me mandó azotar... Como te he dicho, tendría trece o catorce años; me sentía mayor y quería ser de ayuda. Me empeñé en vigilar desde la cofa. ¿Lo has hecho alguna vez? —Marina negó con la cabeza—. Es un trabajo duro; el calor te derrite por dentro; desde allí arriba solo puedes ver el mar inmenso, brillando como si fuera un manto bordado con diamantes; el aire te azota la cara, te seca la piel; no hablas con nadie y al cabo de unas horas es muy difícil mantenerse despierto. ¿Te lo imaginas?

—Sí, ¿os dormisteis? —preguntó. Y se sentó, demasiado cautivada con la historia como para notar el dolor en su trasero.

—Claro, me dormí como un bebé... El problema fue que no pude ver la corbeta pirata que se nos acercaba. Por fortuna y gracias a Dios, mi padre la

vio llegar y pudo enfrentarse preparado al navío. En la refriega murió un marinero... —Calló—. Mi padre, después de eso, me mandó azotar con su propio cinturón... ¡Veinte veces!

—¡Qué salvajismo! —exclamó asqueada.

—¡No! —gritó Diego con la mirada encendida y un tanto desenfocada—. Mi padre hizo lo correcto, por más que yo, entonces, renegara de su actitud —continuó, bajando el tono—. Si aquel día yo hubiera permanecido despierto o hubiera avisado a mi padre de que me empezaba a cansar, como él me había pedido, el vigía habría visto el barco y quizá el marinero aún viviera.

—Eso no se sabe...

—Ya, no se sabe... Lo cierto es que un buen hombre murió porque me quedé dormido. No obedecí órdenes; mi cometido era vigilar y no lo hice... ¿Qué son veinte correazos contra la vida de una persona?

Diego guardó silencio, perdido en los recuerdos. Marina se levantó con cierta renuencia; debía regresar a cubierta por si el contramaestre tenía algo que mandarle hacer. Llevaba un rato con el capitán y se sentía extraña. No le odiaba como pensó en un principio, tras la azotaina. Simplemente, lo había perdonado. Después de todo, la otra noche, él la ayudó y también la había consolado. Y, por si fuera poco, tenía la espalda en carne viva por su culpa. También le había pedido a maese Isaac que fuera benévolo con ella a la hora de dictaminar su castigo. Eso no podía olvidarlo.

—No te vayas, cuéntame algo sobre ti —pidió el hombre—. Lo que quieras...

—No sé qué decir...

—Cualquier cosa —insistió.

—Solo deseo volver a mi casa. Y cada día que pasa me alejo más y más. —Suspiró apesadumbrada—. Yo no pedí venir aquí... es un error. Tengo miedo de no poder regresar nunca.

—Fue un accidente, las cosas se pusieron de ese modo. No hay más remedio que continuar aquí. Tómalo como una aventura. —Él curvó la boca con una mueca pícara, un tanto cansada; luego apoyó los antebrazos sobre la mesa—. Tu trabajo de aprendiz de pintor no te dará muchos sobresaltos...

Marina se sorprendió admirando los bíceps del capitán y se maldijo por desear tocarlos. Desde que, al cumplir los diecinueve años, se enamoró de un impresentable, no le había vuelto a ocurrir. Tampoco había dado lugar, sumergida en cuerpo y alma en su trabajo.

Aquella historia le dejó muy mal sabor de boca. Como en todas las historias de desamores, había querido, se habían aprovechado de su

ingenuidad y el corazón le quedó demasiado maltrecho para volver a fiarse de nadie. Desde entonces el amor permanecía lejos de su vida y ella estaba contenta de que así fuera. Aunque a veces, en la soledad de la noche, añoraba el calor de unos brazos cariñosos en los que acurrucarse, sentirse protegida y querida.

El capitán había dejado de hablar y la contemplaba con los ojos vidriosos. Marina sospechó que tendría fiebre. Levantó la mano, pero la dejó en el aire, sin decidirse a tocarle la frente para comprobarlo.

El oficial cerró los ojos, agotado. Ella se mordió los labios y lo tocó al fin.
—Estáis ardiendo —anunció preocupada.

Sin poderlo evitar le acarició la piel de la frente y las mejillas. Estaba muy caliente y firme al tacto. La barba de tres días le ensombrecía la barbilla. Enmarcaba una boca de labios cincelados; ahora un tanto agrietados por las inclemencias del tiempo y la fiebre incipiente. Se contuvo a tiempo para no dibujarlos con el dedo.

«¡Ay, *ama!* Está enfermo y necesita que lo atiendan», se riñó a sí misma. «¿Qué se da en estos tiempos para bajar la calentura? ¿Dónde guardan las aspirinas?».

Diego Izaguirre comenzó a tiritar incontrolablemente y a castañetear los dientes.

—Te... ten... tengo fri... frío —declaró.

Cuando ella se disponía a salir para buscar ayuda, entró maese Andrés con una tetera humeante.

—Buen día, capitán ¡Ah! ¿Estás aquí? —preguntó de manera innecesaria al descubrir a la muchacha en el camarote—. Veo que tiene fiebre...

—Sí, lo acabo de descubrir... ¿Qué se puede hacer? —solicitó alarmada, viendo al capitán trastabillar hasta tumbarse boca abajo sobre la cama.

El marinero, con aparente tranquilidad, se dirigió al cofre donde se guardaban las medicinas y extrajo varios puñados de hierbas.

—Antes me ha dicho lo que debía darle en caso de calentura. Hay que hacer una infusión con estas plantas y dárselo a beber a menudo —explicó, procediendo a preparar la tisana con dedos temblorosos.

Marina descubrió que no estaba tan sereno como aparentaba. No era de extrañar, él mismo le había explicado que le consideraba un hermano.

—Ven, ayúdame a quitarle las botas; vamos a desnudarlo. Creo que está inconsciente —aclaró Andrés muy serio.

Aunque Marina se esforzó en ayudar a maese Andrés sin observar el cuerpo desnudo del capitán, con cada nueva prenda que le quitaban, le fue

imposible evitar que se le fueran los ojos.

Era tal y como había imaginado y mejor aún. Si cuando lo vio por primera vez pensó en un modelo publicitario, ahora se lo imaginaba en las marquesinas de las paradas de los autobuses, en las páginas de las revistas y en los anuncios televisivos luciendo palmito con bañadores, calzoncillos o *slip*.

«¡Deja de babear como una tonta!». Sin duda, el capitán, tenía un cuerpo que levantaba pasiones y por el que más de uno daría lo que fuera; sin embargo, no era el momento de estar pensando en eso.

—¿Y qué más? Eso no será suficiente... —susurró avergonzada, observando las convulsiones del afebrado paciente.

—Rezar para que no se le emponzoñen las heridas de la espalda —murmuró el maestro artillero en un hilo de voz.

De no haberse sentido ya abochornada por sus inapropiadas especulaciones, sin duda, el tono amedrentado de maese Andrés lo hubiera conseguido.

Capítulo 19

—¿Cómo está? —preguntó el maestro de armas a la mañana siguiente al entrar en el camarote principal—. ¿Continúa la fiebre? —Tocó la piel febril del enfermo y asintió pesaroso.

—Creo que tiene más. Y la tisana se ha acabado hace un rato —respondió Marina, desalentada—. Al menos ha dejado de temblar.

—Prepararé más enseguida —aseguró él. Y tras dirigir una mirada conmisericordiosa a la muchacha, añadió—: Ve al comedor a desayunar; estarás muerto de hambre. —El estómago de Marina protestó ruidosamente ante la mención de la comida. Era cierto que estaba famélica puesto que desde la mañana del día anterior apenas había tomado bocado. Con todo, se sentía reacia a abandonar el camarote. El marinero pareció leerle el pensamiento, pues añadió—: Anda, muchacho, vete de una vez. Yo me quedaré con él —aseguró, señalando al capitán que yacía desnudo boca abajo en la cama, ajeno a todo y a todos.

—No tardaré...

Marina salió del camarote y con paso cansino se dirigió al comedor.

Al entrar se topó cara a cara con maese Isaac, que terminaba su desayuno: un pedazo de pan, ajos y queso curado.

—Buenos días —saludó antes de sentarse al otro extremo de la mesa.

El hombre la miró largo rato, con el ceño fruncido, hasta que Marina se revolvió en su asiento, nerviosa. El movimiento rescató del olvido el dolor de su trasero. Apretó los dientes para preservar un poco de orgullo ante el escrutinio al que era sometida por el oficial.

—Buenos días nos dé el Señor —contestó por fin el contramaestre—. ¿Cómo está el capitán?

—Arde en fiebre.

Por el curtido rostro del marino cruzó la preocupación, que fue reemplazada rápidamente por irritabilidad contra la joven.

—Espero por tu bien, muchacho, que el capitán se recupere y que tú hayas aprendido la lección. —La apuntó con un trozo de pan antes de llevárselo a la boca.

Marina siguió rebullendo en el asiento, traspasada por los ojos oscuros y enfadados del contramaestre, lo que le pareció una eternidad. El hombre comía sin prisa, con la mirada clavada en ella. En el plato de peltre quedaban varias migas de pan que el oficial rebañó con destreza. Cuando ya no se sentía capaz de soportar el ominoso silencio por más tiempo apareció el cocinero y plantó en la mesa, con gesto brusco, un plato con las mismas viandas que acababa de comerse maese Isaac.

Era evidente que todos estaban molestos con ella por lo sucedido. Bien pensado, ella misma se avergonzaba bastante de lo que había hecho. No podía culpar al resto de la tripulación si la odiaban por ello.

—Lo siento... —murmuró, sinceramente arrepentida.

—Eso no es suficiente, mocoso —siseó el contramaestre, en tanto apartaba el plato completamente vacío—. Por tu desobediencia el capitán abandonó el timón. Durante una tormenta es muy difícil gobernar una nave entre dos, imagínate cómo será con un solo timonel. Buques bien grandes han zozobrado por un mal manejo de la caña.

—Lo imagino...

—¡Bah! —bufó despectivo, arrellanándose en el asiento—. No te imaginas nada. Tú no sabes lo que es estar a punto de naufragar en medio del océano, sin saber si la embarcación resistirá la siguiente ola. Bailando como una boya sin poder parar. —Los ojillos negros del hombre brillaban de furia—. No, mocoso, si lo supieras no habrías cometido semejante insensatez. Te habrías quedado como un buen niño donde se te ordenó y nada de lo sucedido después habría ocurrido. En un mar embravecido, un barco es como un escupitajo en el agua. Tu estupidez pudo costarnos muy cara.

—Pero no ocurrió nada de eso...

—No, y menos gracias a ti. —Se incorporó y apoyó los codos sobre la mesa baqueteada, cerrando las nudosas manos en un par de puños lo suficientemente amenazantes para que Marina tragase en seco.

—Ya he pagado por ello... —protestó, más molesta con su conciencia que con las palabras del oficial.

—Agradece que el bueno del capitán pidió clemencia para ti; de lo contrario ahora no podrías sentarte tan templado sobre ese taburete. —Maese Isaac golpeó la madera con una fuerte palmada, que reverberó en el comedor como un disparo—. Y ahora come; tienes cosas que hacer.

Marina miró el plato sin atisbo del hambre de unos minutos antes. Nunca imaginó que salir del camarote en medio de la tormenta pudiera tener semejante consecuencia. Los marineros estaban en lo cierto: por su culpa el capitán yacía en la cama, asolado por la fiebre y sin medios aparentes para atajarla.

La temperatura, una vez instaurada, no remitía tan fácilmente. Era la tercera mañana desde que comenzó la fiebre. Marina había pasado tres días al cuidado del capitán, que no mejoraba. Al principio maese Isaac no estaba muy convencido de dejarla sola con Diego; no se fiaba y así se lo había dicho. Después de todo, ¿qué sabían de ella? Marina no alcanzaba a descifrar si finalmente la dejaron con él porque confiaban o porque no tenían quien se ocupara del capitán. Lo cierto era que al final quien asumió el trabajo fue Marina, no sin antes escuchar todo un rosario de las torturas infernales a que sería sometida si al capitán le ocurría algo.

—¿Qué es lo que pretendes abriendo las ventanas, renacuajo? —había bramado el contraмаestre la primera mañana cuando, al entrar en el camarote tras el desayuno, encontró las ventanas del espejo de popa abiertas de par en par—. ¿Pretendes, por ventura, matarlo de una pulmonía? ¿Acaso no es suficiente el daño del látigo?

—Es necesario que haya aire limpio —aseguró Marina, retrocediendo un poco ante la figura amenazadora de maese Isaac.

—¡Por todos los demonios del infierno! Maese Andrés, ¿cómo podéis permitir semejante locura? —preguntó él, con los ojos clavados en el oficial artillero— ¿Acaso también vos habéis perdido el juicio?

—Maese Isaac, me atrevo a pensar que el muchacho tiene razón. Con las ventanas abiertas el aire es más respirable y aleja los miasmas de la enfermedad —aclaró Andrés, diplomático—. El mismo capitán es adepto a ese pensamiento y partidario de mantener una buena ventilación. —Dirigió una mirada a Diego, que seguía en la cama, boca abajo, ajeno a la discusión.

El contraмаestre emitió un bufido de desánimo y los miró de hito en hito.

—Que quede claro una cosa: si el capitán coge una pulmonía por semejante atrocidad... juró que os despellejaré vivos a los dos —sentenció, furibundo. Y salió del camarote murmurando pestes entre dientes.

Desde entonces volvía por la camareta varias veces al día, vigilando todo con los ojillos negros, la pipa entre los dientes. Miraba las ventanas abiertas. Luego, sacudía la cabeza con desaprobación antes de clavar la vista en la

figura de Marina para lanzarle una de sus coloridas amenazas, que ya, por repetidas, comenzaban a perder su espeluznante efecto anterior. Ella prefería creer que, llegado el caso, el enojado contra maestre no sería capaz de hacer cumplir sus advertencias, por mucho que maese Andrés le aconsejase no ignorar dichas amenazas.

La fiebre continuó muy elevada. No sirvieron de nada ni las tisanas ni las compresas de agua fría sobre la frente. El calor se mantenía inamovible. La piel de Diego continuaba tirante, seca y ardiendo en calentura. La mayor parte del tiempo estaba inquieto y deliraba incongruencias. Habían retirado la ropa de cama, pues él la arrancaba con sus espasmos. Primeramente, Andrés y Marina lo desnudaron antes de colocarlo boca abajo para dejar que se cerraran las heridas de la espalda, pero más tarde hubieron de voltearlo para poder aplicarle unas cataplasmas de agua fría en el pecho. Habían leído ese remedio en el cuaderno que encontraron en el mueble botiquín, donde el capitán escribía sus prescripciones médicas.

No quería pensar en el daño que produciría en los verdugones de la espalda el roce incesante de las sábanas. Puestos a dar importancia, ganaba la temperatura. Si no conseguían bajarla pronto el paciente correría un serio peligro. No tenía manera de saber a cuántos grados ascendía y eso la preocupaba.

«De todos modos, ¿de qué me vale saberlo, si no la puedo bajar?», pensó con tristeza.

Permanecía en el camarote la mayor parte del tiempo. Saliendo solo al amanecer y con las últimas luces de la jornada, cuando maese Andrés iba a relevarla junto al capitán; después volvía para seguir atendiendo al enfermo.

Maese Juan, el cocinero, le llevaba la comida al camarote, por lo que veía al resto de los hombres solo cuando se acercaban por allí para preguntar por su capitán. En un principio la ignoraban descaradamente, enfadados por la majadería que ella había cometido durante la tormenta. Más tarde, al ver la gravedad del estado de Diego Izaguirre, dejaron a un lado el enfado para preocuparse enteramente por la salud de su oficial. Esperaban con ansiedad que el pronóstico mejorase.

Aunque Marina se sentía extenuada, la preocupación por el bienestar del enfermo le impedía descansar. Había sido una imprudente y temblaba ante la idea de que el capitán no sanase. No por las represalias que pudieran tomar contra ella el contra maestre o cualquiera del resto de la tripulación (de sobra sabía que no dudarían ni un instante en lincharla, con maese Isaac a la cabeza del pelotón), sino por su propia conciencia. Las pocas veces que conseguía

conciliar el sueño, tumbada en la hamaca, que a tal fin había colgado al lado de la cama, tenía pesadillas y despertaba sobresaltada, cubierta de sudor.

En ese momento maese Andrés permanecía con ella en el camarote, preparando la tisana. Guardaba silencio, pero en su mirada, sin el antiguo brillo, se presentía el desencanto y la desolación de no poder hacer nada para aliviar a su amigo. Casi habían agotado las existencias de las distintas plantas que componían la fórmula. Si no lograban erradicar el exceso de temperatura pronto, ¿qué harían una vez que se acabaran por completo?

—Siento mucho todo lo que está pasando —se disculpó Marina por enésima vez ante maese Andrés.

—Déjalo estar, Marino. —Él era el único que la llamaba de ese modo—. Lo hecho, hecho está. No podemos regresar al pasado para arreglar los desaguisados.

Marina palideció ante las palabras inocentes del marinero y a punto estuvo de soltar una risita histérica.

«Si yo te contara...», pensó en silencio.

Sorprendentemente, en los últimos tres días había olvidado su situación en el presente siglo. Se acordaba de su abuelo, eso sí, y pedía que no estuviera sufriendo; incluso deseaba que allí, en el año mil novecientos noventa y cuatro, no avanzase el tiempo para que, al regresar, descubriera que todo seguía en el mismo punto en el que lo dejó.

«Es imposible. También era imposible viajar a través del tiempo y ya ves...», se contestó a sí misma.

Miró a la figura inerte que descansaba en la cama. Solo el renegrido cabello, las cejas, las pestañas y la barba de siete días del capitán destacaban sobre la blancura de la sábana. La piel cetrina, sin vestigios ya del saludable tono bronceado que la caracterizaba, lucía un aspecto árido y tirante. Respiraba con dificultad, rechinando los dientes. En medio del delirio llamaba a su padre y a ratos parecía estar hablando con él. En esos momentos se le veía tranquilo, casi relajado; más tarde, en cambio, golpeaba con agitación al aire, como si estuviera participando en una batalla campal.

—¿Creéis que se curará? —preguntó Marina en un susurro.

—No lo sé. Rezo para que así sea y espero que el buen Señor me oiga. —Maese Andrés alzó la vista como si pudiera ver a través de los maderos del techo, sumidos los ojos azules en una gran tristeza—. Bueno, Marino, tengo que adiestrar a los hombres en el manejo de los cañones. Vendré al atardecer. Si... si tienes noticias, házmelo saber.

—Lo haré —le aseguró.

El maestro de armas dio unas palmaditas en el hombro de la joven y abandonó la estancia como si llevara el peso del mundo sobre sus hombros.

Capítulo 20

A la cuarta mañana, como cada día, Marina se reunió en el alcázar de popa con maese Isaac para darle el parte detallado del enfermo. El contramaestre unas veces se limitaba a mirarla ceñudo y a dar largas caladas a su pipa, y otras, por el contrario, repetía una larga lista de torturas a las que someterla en el caso de que Diego falleciera.

Esa mañana tocaba escuchar las coloridas torturas de maese Isaac.

—Lo estoy haciendo lo mejor que puedo; si no estáis seguro, podéis bajar al camarote y comprobarlo por vos mismo —barbotó Marina, harta de tantas amenazas.

—Ten cuidado con ese tono, mocoso. Recuerda con quién estás hablando —le amonestó él antes de encasquetarse el tricornio y darle la espalda.

Marina creyó advertir un brillo risueño en los ojos del contramaestre, salvo que fue tan leve que pensó haberlo imaginado. Con paso resuelto se dirigió a proa, para desentumecer las piernas y respirar el aire fresco de la mañana. La brisa le alborotó los rizos. Al apartárselos con impaciencia, fue consciente de lo sucios y ásperos que los tenía; necesitaban un lavado urgentemente, preferiblemente con agua dulce y un buen champú. El agua de mar no era nada recomendable para la higiene: dejaba la piel blanquecina por la sal y tan reseca que no paraba de picar.

Puestos a querer, Marina, habría dado lo que fuera por un cepillo de dientes y un poco de dentífrico. A falta de algo mejor se había fabricado un sucedáneo con un cabo de cuerda deshilachado; no era perfecto, aunque sí efectivo.

Todas las noches se aplicaba en la cara un unguento para las quemaduras que había descubierto en el botiquín del capitán. Era bastante aceitoso y dejaba la piel brillante; por eso lo hacía por la noche, cuando nadie podía verla y levantar sospechas sobre su verdadera identidad.

Sus pasos la habían llevado de nuevo a popa, por lo que regresó al camarote para que maese Andrés pudiera continuar con sus quehaceres.

Marina, ocupada en remojar el lienzo en el aguamanil para colocarlo en la frente del capitán, pensaba en otros remedios que pudieran atajar la calentura y que aún no hubiera probado. El cuaderno manuscrito por Diego no le esclarecía nada más.

—Mi reino por una aspirina. —Se secó las manos en el pantalón y continuó pasando las hojas del cuaderno—. Nada, no hay nada más.

Devolvió el cuaderno al botiquín y fijó la vista en el enfermo para estudiar su estado. Verdaderamente, no pintaba nada bien. Los párpados entreabiertos mostraban el blanco de los ojos. Bajo la piel mortecina, los huesos de la cara eran más pronunciados que nunca.

Tomó el lienzo y con cuidado se lo pasó al capitán por la cara, el pecho, los brazos y las piernas, dejando a su paso un reguero de humedad para que lo refrescara. Diego, sin llegar a abrir los ojos, se sacudía entre jadeos de protesta por el contraste de temperatura. Ella aclaró de nuevo el lienzo para volver a pasarlo. Repitió la operación innumerables veces hasta que se templó el agua de la palangana.

Con el correr de los días, el afecto hacia el capitán había empezado a manifestarse de manera alarmante. No entendía por qué ni cómo, solamente que, pese a no estar preparada, estaba ahí. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que sintió algo parecido. Confiaba en no estar enamorándose de él; después de todo debía regresar a su época.

Tal vez las conversaciones con maese Andrés cada vez que venía a ayudarla tenían mucho que ver. Al oficial artillero le encantaba relatarle anécdotas de cuando se conocieron el capitán y él; de cuando competían por ver quién era capaz de subir en menos tiempo a la cofa del palo mayor, nadar más rápido alrededor del buque o ser más diestro a la hora de disparar los cañones. Le contaba, también, las veces que se habían metido en líos y cómo habían hecho para salir airosos de ellos.

En sus relatos, maese Andrés, dejaba traslucir el cariño que sentía por su capitán con tal intensidad que ella estaba empezando a sentir lo mismo.

Unas horas más tarde, desalentada, descubrió que el enfermo apenas se movía. Su respiración era más superficial y trabajosa que antes. La piel del rostro había adquirido un tinte verdoso dentro de su palidez. Marina, con el

corazón acelerado y un nudo en el estómago, empezó a temer la muerte inminente del capitán.

Era necesario hacer algo. No podía permitir que él muriera. No por miedo a las represalias del contramaestre o el resto de la tripulación, sino por ella misma. En realidad, no sabía el porqué de ese sentimiento, ni siquiera podía darle un nombre, pero si algo tenía claro era que no deseaba la muerte de Diego.

¿Qué hacer? Lo había probado todo sin resultados visibles. ¿Qué más podía intentar?

Marina, con una mano en la sudorosa frente y la otra en la cadera, caminó sin rumbo por el camarote, concentrándose en una cura que permitiera sanarlo. Una suave y refrescante brisa penetraba por las ventanas del espejo de popa. Se asomó por ellas, buscando inspiración. En el horizonte, el cielo despejado se juntaba con el mar de manera nítida y clara. La estela blanca dejada por el *Tritón* tras de sí, permanecía como un camino en el mar refulgente por los rayos del sol en su punto más alto. Eran tantas las ganas de darse un chapuzón para refrescarse que hasta la piel le hormigueaba. Pese a las ventanas abiertas, se sentía pegajosa de sudor.

—Un baño refrescante —murmuró, convencida de que había algo trascendente en aquella frase—. Un chapuzón en el agua fresquita.

Se frotó la frente, buscando qué podía ser. Un recuerdo de su niñez pasó por su mente como un relámpago.

—¡Eso es! Funcionará. —Salió del camarote, como una tromba—. Maese Isaac no pondrá ninguna objeción.

—¿Has perdido el juicio, maldito excremento de pájaro? —soltó el contramaestre, con el rostro congestionado por la rabia—. ¡No harás nada de eso!

—Pero... —intentó decir Marina.

—No hay peros que valgan. No se hará y no hay más que hablar. ¿Crees acaso que estoy tan loco como para dejarte hacer semejante disparate? ¡No! —Clavó un dedo en el esternón de la joven, haciendo que trastabillara hacia atrás hasta chocar con la barandilla del alcázar—. Aún no sé cómo me convenciste para dejar que abrieras las malditas ventanas, no obstante, esto... óyeme bien, ¡no lo consentiré!

—Si no lo bañamos... morirá. —Llevó las manos a la espalda y se sujetó en la balaustrada para infundirse valor.

—Si tal cosa ocurriera, y pido al Señor que no suceda, tú, maldito gusano entrometido, irás por delante de él. Te ataré al ancla y te enviaré al fondo... ¡después de despellejarte vivo! —tronó fuera de sí, con aquella voz aguardentosa que lo caracterizaba.

—¿Qué sucede, maese Isaac? —preguntó maese Andrés, acercándose al alcázar con paso apresurado—. ¿Por qué gritáis así?

—A este... —El contraмаestre calló como buscando el epíteto más ruin y vergonzoso que pudiera describir mejor a Marina—. A este engendro se le ha ocurrido bañar al capitán. —Sacudió la cabeza, exasperado—. Como si no fuera suficiente exponerlo a las corrientes dentro del camarote, ahora, además, quiere meterlo en un barril para remojarlo como si fuera un arenque en salmuera.

Maese Andrés miró a Marina, confundido, instándola a explicarse.

—Es la única manera que se me ocurre para que remita la fiebre... Mi madre me lo hacía a mí —explicó Marina, los ojos suplicantes fijos en el oficial artillero; la otra vez había salido en defensa de ella y esperaba que ahora lo hiciera también.

—Es una lástima que tu madre no te ahogara... —sentenció malhumorado el contraмаestre. Con golpes certeros y enérgicos vació la cazoleta de su pipa contra la regala. Los restos de tabaco se perdieron en el aire—. Nos habría evitado a todos muchos disgustos.

Marina respiró hondo varias veces, tratando de calmar su ira y sus nervios. ¿Cómo podría convencer a ese hombre imposible de que el remedio era positivo?

—Vuestro capitán está muy grave —procuró que no le temblara la voz—. La calentura lo está consumiendo. Dudo que resista mucho más —terminó en un murmullo.

Por un momento se hizo el silencio sobre el alcázar del *Tritón*. Hasta los marineros, percibiendo la tensión reinante entre los oficiales y el joven grumete, callaron a la espera de un acuerdo.

Marina clavó las manos en la barandilla, incapaz de apartar la mirada de los ojos furiosos del contraмаestre. Cuando pensaba que no podría resistir más sin ponerse a gritar de frustración, oyó el carraspeo de maese Andrés.

—Bien, si están así las cosas... —comenzó el maestro artillero y se mesó el pelo—, no creo que un baño pueda inclinar a la muerte al capitán más de lo que ya está. —Fijó la vista en el horizonte con los ojos humedecidos por la pena. Parpadeó varias veces y se volvió a maese Isaac—. Opino que deberíamos probar.

—¿Sabéis bien lo que estáis diciendo? —indagó el contramaestre, entrecerrando los ojos.

—Sí —fue la escueta respuesta de maese Andrés.

—¡Por todos los demonios del infierno! Que así sea, entonces. Pero óyeme bien, rata de albañal —siseó, agarrando a Marina por las solapas de su chaleco—. Te estaré vigilando y a la menor sospecha te enviaré al fondo del mar atado al ancla, tan rápido, que ni siquiera tendrás tiempo de orinarte en las calzas. ¿Está claro? —De un manotazo soltó las solapas.

—No hará falta. Yo mis... yo mismo me ataré a la maldita ancla —sentenció, los ojos verdes relampagueando de furia—. Mientras estamos discutiendo como estúpidos el capitán sufre allí abajo. ¡Quizá cuando bajemos ya no haga falta hacer nada por él!

Maese Isaac agachó la cabeza, dispuesto a embestir como un toro embravecido. Maese Andrés, presintiendo derramamiento de sangre, agarró a Marina por el brazo y casi la arrastró al camarote.

—Calla, y no lo empeores más —murmuró, empujándola delante de él—. Estás jugando con fuego, muchacho.

Mandaron llamar al carpintero del *Tritón*, para que armara un barril en el que bañar al enfermo. No tardó en tener uno dispuesto en medio del camarote principal. Lo llenaron con agua de mar. Entre maese Andrés y Pedro alzaron al capitán para sumergirlo. Ninguno de los dos marineros pudo contener el siseo de disgusto al retirarle la sábana, que estaba pegada a su espalda, y ver brotar sangre de las heridas al abrirse.

Marina, una vez pasadas las náuseas al ver los verdugones, les vio izarlo y contuvo el aliento por temor a que lo dejaran caer.

—Con cuidado —masculló, tratando de controlar el proceso—. No lo golpeéis. Más cuidado.

—Ya lo estamos teniendo, Marino. Deja de preocuparte tanto, pareces una madre.

Con esfuerzo se concentró en fingir más desinterés, no fuera que los marineros empezaran a sospechar que no era quien decía ser.

No mucho más tarde, y tras dejar al enfermo acostado boca abajo en su cama, maese Andrés, Pedro y el contramaestre abandonaron la camareta, dejando a Diego a cargo de la agotada Marina.

El agua del baño la había calado de arriba abajo, pues el capitán, en cuanto lo metieron en el agua, comenzó a manotear con intenciones claras de salirse del tonel. Para doblegarlo habían hecho falta los brazos de los dos marineros.

Se sacudió el pelo para que se le secase antes; en cuanto terminara de atender al enfermo iría a su cubículo para cambiarse de ropa.

Con esa idea en la cabeza, Marina comprobó la temperatura tocando suavemente la frente del paciente. Seguía estando caliente, aunque, sin lugar a dudas, mucho más fresca que antes de bañarlo. Incluso el color ya no era tan cetrino ni la nariz tan afilada. La esperanza bailoteó en el corazón de la muchacha. Su pronóstico era, sin ningún género de dudas, favorable. Presentía que se estaba recuperando y eso la llenaba de felicidad.

Con delicadeza peinó con los dedos el cabello húmedo de Diego — después de esos días le costaba llamarlo capitán en su mente—, separó los mechones de la cara para atarlos en una coleta, con una cinta de cuero. Tomó entonces el unguento que le había indicado maese Andrés y procedió a extenderlo por las laceraciones, resistiendo las náuseas que le provocaba tocar aquella carne desgarrada y reblandecida por el agua. Agradecía en silencio la misericordia de Dios por haber mantenido a Diego semiinconsciente durante todo el baño. El agua salobre en las heridas abiertas debía de haber sido una tortura desgarradora.

Una vez hubo terminado de repartir la pomada por los verdugones, se lavó las manos y, arrodillada en el suelo a la cabecera de la cama, limpió la cara del capitán con un lienzo humedecido en agua dulce. El semblante del enfermo se suavizó con la caricia. Pese a los estragos que le había causado la fiebre, seguía siendo un rostro hermoso. Sus labios se distendieron en una media sonrisa.

A Marina le dio un vuelco el corazón. Permaneció allí, quieta, incapaz de apartarse de su lado. Abandonado el lienzo en el suelo, sustituyó la caricia de la tela por la de sus propios dedos. Quizá nunca tuviera otra oportunidad de hacerlo. Con la cabeza apoyada en la cama, a un palmo de la del capitán, se entretuvo en delinearle las cejas, negras y rectas; la cuenca de los ojos con los párpados cerrados; la nariz recta, casi aristocrática; el arco del labio superior, voluptuoso y sensual, que asomaba tentador bajo aquella barba negra como la noche. Se imaginó besándolo y suspiró, prendada de esa boca.

Perdida en la fantasía, tardó un momento en percatarse de que el enfermo la miraba con los ojos vidriosos y aún arrasados por la fiebre.

—Sirena —susurró con voz rasposa el capitán—, ¿estás aquí?

Sin previo aviso, el hombre la sujetó por la nuca para retenerla. Buscó los labios de la mujer con deseo y la besó.

Marina, totalmente cogida por sorpresa, se dejó besar, al principio de forma pasiva, para concluir participando activamente. Su corazón latía

desbocado en el pecho y sonaba como un tambor. En el estómago, pegado contra la columna, notaba el pulso tan revolucionado como el motor de un Fórmula 1. Llevó una mano hasta el hombro de Diego y se aferró a él con fuerza. El latido se extendía por el resto de su cuerpo, cobrando fuerza en el bajo vientre, desde donde irradiaba un calor abrasador.

Vio puntitos negros flotando ante sus ojos y se acordó de volver a respirar.

—Sirena... —susurró Diego con una tierna sonrisa, antes de desmayarse.

Marina, con el cuerpo laxo y sin fuerzas, permaneció largo rato de rodillas, con las piernas temblorosas. Acarició sus labios inflamados, mientras retenía y analizaba las extrañas emociones que acababa de experimentar. Eran nuevas y demasiado intensas para que pasaran desapercibidas. Su cuerpo había reaccionado con una pasión inusitada en ella y aún vibraba de anhelo.

Sirena, la había llamado Sirena. ¿Cómo sabía que la llamaban así? ¿Había descubierto que era una mujer? No quiso pensar en lo mucho que le alegraría si así fuera.

Capítulo 21

—Señor Araña, uno de mis mensajeros me ha confirmado que el capitán Izaguirre no atracó en ningún puerto de Galicia —aseguró el hombrecillo, mesándose el cabello ralo con nerviosismo—. Hace unos días estalló por allí una tormenta de las que hacen época. A mi entender, lo más seguro es que hayan zozobrado. De no ser así, imagino que anclarán en Lisboa para abastecerse.

«¡Ojalá hayan naufragado! Eso me quitaría un peso de encima», pensó la Araña. «Por otro lado, conociendo la suerte que tiene Diego, es probable que no les haya sucedido nada».

Era necesario librarse de él lo antes posible. Apretó los dientes, rabioso por la situación en la que se veía inmerso por la terquedad del bastardo. ¿Por qué tuvo que regresar? ¿Por qué no se conformó?

—¡Por Lucifer! ¡Quiero que lo atrapen! —exclamó furioso. Ni por lo más remoto confiaba en que el barco hubiera ido a pique—. Podéis estar seguro de que siguen el curso. ¡No se han hundido! El desgraciado bastardo tiene más vidas que un gato callejero —bramó.

Bartolomé Guijarro, el pequeño personaje, sudaba a mares bajo su tosco ropaje. No le importaba el trabajo que le habían encomendado (no era la primera vez que lo hacía y confiaba en que no fuera la última), pero no le agradaba aquel caballero vestido de negro, al que no podía ver la cara por permanecer fuera del círculo de luz de la vela. No, ¡diablos! No le entusiasmaba nada y el ridículo nombre por el que se hacía llamar, aún menos. Le producía escalofríos su mera presencia.

Había empezado a trabajar para él, sin saber quién era. Siempre se habían citado de noche en aquella posada del Pasaje. En la misma habitación, con una mesa en medio y una silla a ambos lados. Sobre la mesa, una vela como única fuente de luz, frente a él. En cambio, la Araña se sentaba en el rincón

más oscuro y desde allí lo podía contemplar a placer sin temor a ser reconocido.

—Señor... señor Araña. Mis hombres les están siguiendo hasta dar con ellos —declaró el individuo—. Sabemos que él arribará en algún momento a las islas Canarias... tiene que proveerse de agua para el viaje. Allí lo apesaremos.

—Quiero que lo atrapen... —Golpeó el reposabrazos de la silla donde estaba sentado y Bartolomé Guijarro casi saltó de la suya—. Necesito que desaparezca.

—Ya os lo dije, señor: lo mejor es enviarlos al fondo del mar. Un ataque pirata no levantará sospechas —aseguró Bartolomé un poco más tranquilo.

—No quiero testigos... ¿He hablado con claridad? —demandó con un siseo, como si tanta rabia le impidiese hablar.

Bartolomé se estremeció. Pese a que no se sentía a gusto con ese hombre, un trabajo era un trabajo. Y un pesado monedero, gloria para sus dedos...

—Señor... quedaos tranquilo; mis hombres ya saben lo que deben hacer —explicó el hombrecillo.

—Espero que así sea —murmuró la Araña con pesar.

Bartolomé salió del cuarto, felicitándose por haber sido previsor al asegurarse la actuación del capitán Ernesto Prieto. El hombre, que, en principio, se había negado en redondo a participar en ese trabajo, había terminado por aceptarlo a regañadientes. No lo culpaba por ello. Al final él supo cómo convencerlo. Sonrió con vileza. Se le daba muy bien la persuasión. Lástima de la promesa que le había hecho...

El ruido de una puerta al cerrarse despertó al capitán Izaguirre. Abrió los ojos con dificultad por la luz que entraba a raudales por las ventanas del espejo de popa. Se sentía débil; cada músculo de su dolorido cuerpo estaba agarrotado.

Algunos recuerdos cruzaron su mente. Había soñado con su padre en varias ocasiones: en una, junto a su madre sobre la cubierta de un hermoso navío; en otra lo había visto con la soga al cuello, balanceándose con la brisa. Aunque no podía verle la cara por estar en sombras, estaba seguro de que era don Francisco. Una ráfaga de aire había sacudido al ahorcado; al mirar su rostro descubrió, consternado, que era él mismo y que las llamas lamían sus pies, descarnados por el calor.

En otro momento se había visto a bordo del *Tritón*, en medio de una tempestad. Olas gigantes barrían la cubierta de la nave mientras él se aferraba al timón, tratando de guiar el navío desarbolado. Hacía mucho frío y tiritaba. El agua le calaba hasta los huesos; los dientes se le caían de tanto castañetearlos.

Recordaba, también, que había visto a la sirena de sus sueños. Sus cabellos como algas marinas; sus ojos, tan verdes como las olas que rompen en la playa. La había mirado y ¡la había besado! Era tan vívido que dudaba que fuera solamente un sueño. Aún tenía el sabor de ella en los labios. Con esfuerzo logró pasarse un dedo por ellos.

—Vaya, vaya, capitán, veo que estamos despiertos... —La risa alegre de Andrés reverberó en el camarote y sacó a Diego de sus cavilaciones—. Pensábamos que la fiebre acabaría contigo, mas veo que mala hierba nunca muere... ¡Alabado sea el Señor! Tu calentura ha desaparecido —aseguró tras tocar la frente del paciente. Rio con satisfacción.

—Deja de reír. —Hizo una pausa para coger aire antes de continuar—: Pásame algo de beber, estoy sediento —graznó con media sonrisa—. ¡Agggh! —gimió cuando intentó ponerse de espaldas para incorporarse—. Duele como demonios. ¿Qué ha ocurrido? ¿Me habéis apaleado mientras dormía?

—Nada de eso. —Volvió a reír—. Tienes las heridas muy tiernas aún. Deberás tener cuidado. Espera que te ayude. —Andrés le acercó un vaso de peltre y se lo dio a beber.

El coñac le lubricó la maltrecha garganta.

—¿Dónde estamos?

—En unas horas llegaremos a la desembocadura del Tajo. Para mediodía estaremos amarrando en el puerto de Lisboa —aseguró el marinero—. Has estado muy mal... —La voz se le quebró—. Nos temíamos lo peor.

Diego asimiló en silencio la noticia de su precario estado. Por cómo se sentía en ese momento, bien creía haber estado en el infierno, peleándose con el mismísimo diablo.

—Los hombres estarán deseosos de pasear por las tabernas del muelle... —observó, y ahogó una maldición al tratar de ponerse de espaldas en la cama—. Sí, lo sé, no puedo tumbarme —dijo cuando Andrés hizo amago de hablar—. ¿Hay alguna novedad?

—No deberías moverte, las heridas de la espalda están sin cicatrizar —le amonestó—. Respondiendo a tu pregunta, capitán, no ha habido ninguna reseñable. —Se acercó al cofre donde se guardaban los ungüentos—. Hemos tenido bonanza en el tiempo, los alisios nos empujan con dulzura. La

tripulación ha sido respetuosa... y han estado terriblemente preocupados por tu salud. Cuando les diga que ya estás bien, los gritos de júbilo harán temblar las cuadernas.

—¿El chico se ha portado bien? —interrumpió Diego, sumamente interesado.

—El muchacho ha pasado los días cuidando de ti. Ahora lo he mandado a su camarote; el pobre está débil... No me extrañaría que terminase con fiebre él también. Se sentía responsable de tu mal estado y trataba de resarcirse ante ti y ante toda la tripulación.

—Parece ser que ya ha hecho penitencia... —sonrió, cansino.

—Tengo que mirarte las heridas. Estos días no nos hemos preocupado mucho por ellas —anunció Andrés. Y sacó la pomada del botiquín.

Diego siseó al sentir los dedos de Andrés sobre sus verdugones. Para cuando terminó de curarle, sudaba a mares. Se quedó boca abajo en la cama, totalmente agotado. Oyó al maestro de armas guardar el frasco del unguento y preparar una tisana.

—¿Cuánto tiempo llevo en cama? —Su voz sonó amortiguada por el almohadón.

—Hoy hace el quinto día. Has estado delirando los últimos cuatro. El pobre Marino estaba asustado. Nada de lo que hacía surtía efecto y, para rematar, maese Isaac le amenazaba con convertirle en comida para los peces como te pasara algo. No frunzas el ceño, Diego —ordenó Andrés sonriente—. El muchacho se sabe defender muy bien y no se callaba. Creo que maese Isaac está encantado con él.

»Ayer a Marino se le ocurrió bañarte en un tonel. Comentó que su madre utilizaba ese procedimiento para la fiebre. —Andrés sonrió con cierta ternura—. Tenías que haberlo visto enfrentándose a maese Isaac. Creí que nuestro buen contramaestre perdería los estribos y lo lanzaría por la borda. —Andrés bufó de la risa—. «Yo mismo me ataré al ancla como no sane el capitán» —imitó con voz meliflua—. Si no me lo llevó de allí, maese Isaac lo habría amarrado al ancla y lanzado al fondo del mar sin contemplaciones.

—Parece que el muchacho sabe defenderse, después de todo. Es bueno saber que no es tan debilucho como pensé en un principio —murmuró Diego satisfecho.

—Diré a maese Isaac que no es necesario asesinar al cachorro —anunció Andrés, con una sonrisa de oreja a oreja—. Descansa; tienes que recuperar fuerzas.

—Gracias, Andrés. En este momento, hasta un soplo de aire podría tumbarme —aseguró Diego. Después cerró los ojos.

Isaac, satisfecho por la mejoría del capitán, comprobaba el trabajo de los marineros con ojo experto. Debía agradecer su remedio al descarado grumete. De no haber insistido... No quería pensar en ello. Era suficiente con la ausencia del difunto capitán Izaguirre como para añadir otro más a la lista.

Lo echaba mucho de menos. Habían navegado poco más de tres décadas por los mares del Señor, mientras don Francisco era el contraestre del *Nécora* y él un marinero más de la nave. Estuvo a su lado cuando conoció a Elvira y se enamoró perdidamente de ella. Secretamente, el propio Isaac también la había amado, a pesar de que la muchacha, una vez visto a don Francisco, no miró a nadie más y él se quitó discretamente de en medio.

Había felicitado a don Francisco al ser ascendido a capitán de navío y le agradeció su propio ascenso a contraestre. Regresaron juntos a México; el flamante capitán, loco por encontrarse con su adorada Elvira; Isaac, contento de verlo tan feliz, planeando toda una vida junto a su amada.

Hizo un alto en sus recuerdos para encender la pipa con parsimonia y aspirar con deleite el tabaco prendido.

Recordaba, como si acabara de ocurrir en ese instante, la cara descompuesta de su capitán al embarcar en el *Nécora*, de regreso de buscar a Elvira.

—Se ha casado —fue su escueta y torturada respuesta—. Ordena que preparen todo para zarpar. No me importa a dónde vayamos —aseguró, ante la mirada inquisitiva de Isaac—. Toma tú la decisión. No quiero que me molesten.

Con esas palabras se había encerrado en el camarote principal para ahogar las penas: primero en coñac y, cuando esté se acabó, en ron jamaicano.

Al término de esa locura etílica, que duró una decena de días, don Francisco tomó de nuevo el mando de su barco y se dedicó a mercader por el ancho mar. Ganó fama de comerciante honrado y justo, sin dar nunca motivos de queja a nadie. Quien hiciera negocios con el capitán Francisco Izaguirre sabía que no iba a ser estafado, que la carga estaba en buenas condiciones y que era de primera calidad.

Suspiró. Luego, su rictus se contorsionó de cólera al recordar la infame acusación de la que había sido objeto tan noble persona y por la que, contra toda lógica, fue ahorcado.

—Espero, amigo mío, que allá donde estés seas feliz junto a doña Elvira —murmuró al viento, con los ojos humedecidos.

Después, más repuesto, recordó al muchacho con una sonrisa en la cara curtida.

«Está claro que el mocoso tiene arrestos para defenderse», pensó complacido.

Un cambio en la dirección del viento hizo flamear las velas y los gavieros estuvieron lentos a la hora de orientar el trapo. Se notaba que los hombres estaban inquietos por el próximo desembarco. Siempre ocurría ante la llegada de un puerto; cada cual hacía planes para cuando llegara el momento de pisar el muelle. La mayoría se imaginaba sucumbiendo a los placeres prometidos por las mujeres que vendían su cuerpo junto a las tabernas. Tenían plata y querían gastarla.

Con un último vistazo a la cubierta, bajó al camarote principal. Encontró a su superior en la cama, con la espalda al aire para que se cerraran las horribles cicatrices sin contratiempos. En honor a la verdad, a pesar del aspecto macilento y ojeroso, su presencia era mil veces mejor que la del día anterior. Estaba claro que se iba a recuperar.

—Se os ve muy bien —comenzó maese Isaac, pasando por alto la mueca que le dedicó el convaleciente—. No tenéis tan mala catadura como pensaba...

—Dejaos de cumplidos y contadme cómo va la singladura —pidió el capitán—. ¿Cuánto tiempo creéis que será necesario fondear en Lisboa?

—Bueno, bueno, se nota que la fiebre os ha irritado un poco. Será suficiente con un par de días para que los hombres se desfoguen. Aún nos quedan víveres para llegar hasta Canarias. —Isaac se rascó el mentón.

—Está bien, maese Isaac —concretó, Diego, cansado—. Anclaremos en Lisboa para que todos los hombres bajen al muelle. Después continuaremos rumbo a las islas.

—Me alegro de que estéis recuperado, capitán —aseguró él, verdaderamente contento, cambiando de tema—. A fe mía que ese grumete entrometido y protestón os ha estado cuidando con el fervor de una madre y el celo de una loba. Casi me atrevo a pensar que él mismo se habría arrojado por la borda para no darme la satisfacción de tirarlo yo —añadió con malicia.

Después, al ver a Diego cabecear somnoliento, abandonó el camarote para continuar con sus quehaceres.

Capítulo 22

A mediodía, como había vaticinado el artillero, abarloaron junto al dique. Los primeros en el turno, una vez hechas las tareas, se acicalaron para bajar del buque. Varios habían saltado por la borda para bañarse en las aguas del Tajo, en un intento por quitarse la mugre y el olor que les acompañaba por la falta de higiene. Ropas de colores variopintos se secaban ahora colgadas de los obenques; a sus dueños se les veía alegres y deseosos de desembarcar para dar buen uso a las monedas que atesoraban en sus bolsillos. En las múltiples tabernas del puerto les esperaban diversiones para todos los gustos. Presumían entre ellos de la cantidad de barraganas que iban a conseguir llevarse al catre en una noche. Planeaban brindar hasta caer rendidos por la recuperación de su capitán y por el grumete que lo había hecho posible.

Marina los veía hacer, sentada sobre un rollo de cabo en la cubierta, mientras acariciaba a Trespiés. Había podido dormir unas horas y se notaba más descansada. Maese Andrés, cuando a primera hora de la mañana comprobó que el capitán se sentía mucho mejor y que no era necesario preocuparse por él durante las próximas horas, la envió al camarote contiguo para que descansara. La joven acogió la idea con alivio; no se atrevía a enfrentarse a Diego después del beso de la noche anterior.

¿El capitán se habría dado cuenta de que era ella? ¿Qué iba a pasar ahora?

Por el momento las preguntas no tenían respuesta y, si bien era cierto que la única manera de enterarse era entrar al camarote, no se decidía a hacerlo. La incertidumbre la estaba volviendo loca.

¿Qué había sentido él? ¿Se había estremecido como ella?

—¡Por todos los demonios del infierno! —exclamó exasperada, copiando la frase favorita del contramaestre.

Para tratar de frenar el derrotero que tomaba su pensamiento se concentró en el paisaje. Puesto que nunca había estado en Lisboa, no podía comparar. Por lo que ella sabía, dos detalles emblemáticos de la Lisboa moderna eran el

Puente 25 de Abril, que cruzaba el río Tajo, y la gran estatua del Cristo Rey —muy parecida a la de Brasil—, que del otro lado del río parecía abrazar a la ciudad lusa, monumentos que en ese momento brillaban por su ausencia.

Una multitud de barcos de distinta categoría se mecía en el muelle contra el muro. Era sobrecogedor ver tantas naves antiguas.

—Ahora no son antiguas —dijo, con una nota histérica en la voz.

—¿Qué no es antiguo? —preguntó interesado Andrés, que se acercaba en ese instante.

—Nada... los barcos... no son muy viejos —titubeó el muchacho—. ¿No creéis?

—No, en realidad no tienen muchos años —comenzó a explicar Andrés, intrigado por la actitud del joven. Por un momento pensó que tenía miedo, pero ¿de qué?—. La «broma» es una especie de gusano que se incrusta en el maderamen del casco y acaba por perforarlo. Por ese motivo los barcos no duran mucho. Sobre todo los que realizan singladuras por aguas cálidas. —Guardó silencio un instante para ver si el muchacho atendía. Una vez seguro de que tenía toda su atención, prosiguió—: Desde hace unos años se colocan planchas de cobre en la obra viva para protegerla.

—Sí, en la parte del casco que está bajo la superficie del agua —atinó a decir.

—Creo que eres un buen alumno. Algún día podrás hacer honor a tu nombre y ser un buen marino. —Andrés rio ante la broma y le palmeó la espalda con camaradería. Dejó allí la mano más tiempo del necesario, extrañado por la delgadez del muchacho—. Tienes que comer más; casi no tienes carne en los huesos. Estos días no has comido en condiciones.

—Siempre he sido delgado.

Andrés no quedó muy convencido por la explicación; con todo, la dejó pasar, pensando que los días pasados junto a la cama del enfermo habrían minado al joven. Un poco de ejercicio, la brisa del mar y la buena comida de maese Juan, el cocinero, obrarían maravillas en el espigado mozuelo.

—¿Por qué pintan un ojo en la proa de los barcos de pesca? —El muchacho señaló un grupo de barcos pequeños, en forma de media luna y de colores brillantes, que descansaban en el abarrotado muelle.

—Los marineros somos muy supersticiosos. Ese ojo es para «ver» —aseguró Andrés—. En realidad, son dos ojos, el otro está pintado en la otra amura.

—¡Ah! No lo sabía... creía que solo era un adorno.

—Es una costumbre que también tienen los pescadores en el Mediterráneo. ¿Has visto al capitán? —preguntó interesado, revolviendo el rojizo pelo del joven.

—No, aún no —declaró el muchacho escuetamente, con la cabeza gacha.

Andrés observó al jovenzuelo, asombrado por su actitud. Si no lo hubiera visto encararse con el contramaestre, habría dado por sentado que le importaba bien poco la salud de Diego. Aunque tras presenciar el arrebató y la obstinación por salvarle la vida no comprendía dicha actitud.

«¡Primero no se separa de él durante días y ahora no entra para comprobar su estado! Es de lo más extraño», pensó, sorprendido.

—¿No quieres saber cómo está?

—Sí, pero... he pensado que quizá estuviera descansando... y no quería molestarlo —se excusó.

—Bueno, Marino, tú verás lo que haces... —Sacudió la cabeza, confundido, y sintió pena del muchacho, sentado allí sin más compañía que la del gato—. Salgo en el próximo turno... ¿Quieres venir conmigo? Tendrás la oportunidad de conocer una ciudad muy bonita. Verás la Torre de Belém... dicen que antes sobresalía más del agua. —Ahora el chico le miraba más interesado—. Luego iremos al barrio de Alfama, de Graça y de Mouraria. ¿Te seduce la idea? —Como el joven guardaba silencio, continuó—: Sé que Lisboa tiene fama de ciudad peligrosa, pero te prometo que te protegeré y no tendrás nada que temer.

Marina no supo qué responder. No había pensado en bajar a tierra y abandonar el barco; dentro de sus confines se sentía segura. Durante los catorce días que llevaba en ese siglo se había acostumbrado a la situación en la nave, pero era muy distinto mezclarse con otras personas en otros lugares diferentes. Era como si al bajar de aquel velero perdiera la posibilidad de regresar a su mundo. No podía evitar sentirse asustada. Veía el puerto abarrotado de gentes vestidas con ropajes dieciochescos. Marineros con jerséis de rayas o camisas abullonadas, calzas por la rodilla y botas de media caña. Muchos llevaban sombreros tricornios, iguales a los que usaban el capitán y maese Isaac; otros, de paja o un simple pañuelo.

Las pescaderas con sus faldas arremangadas, mostrando las enaguas y los pies descalzos; sus blusas, (bastante escotadas, por cierto) permanecían protegidas por un corpiño de tela gruesa. Sobre la cabeza, y en asombroso

equilibrio, portaban una enorme canasta llena de pescado fresco. Algunos niños correteaban por entre los transeúntes, provocando accidentes a su paso.

Hasta la cubierta del *Tritón* llegaba una cacofónica mezcla de sonidos. Voces, en el dulce idioma portugués, que ofrecían a gritos pan, pescado, vino, cerveza o manzanas; madres que reprendían a sus vástagos más osados por acercarse demasiado al borde del muelle; los chillidos de multitud de gaviotas que planeaban alrededor de los barcos pesqueros para hacerse con los peces.

—¿No contestas? —preguntó de nuevo maese Andrés. Puso un dedo bajo la barbilla de Marina para alzarle el rostro—. ¿Tienes miedo? —inquirió, fijando la mirada en los ojos verdes.

Quizá no era mala decisión abandonar el *Tritón*, siquiera por unas horas. Tal vez, al alejarse del barco, acabara su fascinación por el capitán y su mente dejase de ser un torbellino de pensamientos lujuriosos.

—No... sí... No sé qué hacer... Quizá al capitán no le haga gracia que baje... —balbuceó indecisa.

—Eso tiene fácil arreglo. —Andrés le tendió la mano para ayudarla a levantar—. Preguntémosle.

El corazón se le paró un latido para empezar a latir a toda marcha. ¿Cómo podría entrar en el camarote después de lo sucedido por la noche?

«¡Ay, *ama!*».

Siguió reacia a maese Andrés y al entrar en la camareta, después de llamar, se escudó detrás del corpachón del maestro de armas, rezando para no ruborizarse más de lo que ya estaba. Subrepticamente se fijó en que Diego seguía tumbado en el lecho y saber que bajo la sábana que le cubría desde la cintura para abajo estaba desnudo no contribuyó a que su sonrojo mermara un ápice, sino que lo llevó a grados imposibles. Se fijó en los baos del techo, en las ventanas del espejo de popa, en la mesa, en el suelo... en cualquier sitio que no fuera la cama y en su ocupante. Aunque no sirvió de nada porque tenía grabado en las retinas el cuerpo musculoso y firme del capitán.

«¡Madre mía! Contrólate y deja de imaginar cosas».

—Buenas tardes, capitán —saludaron el artillero y ella.

—Buenas tardes —contestó Diego y se sentó en la cama con una mueca de dolor. Marina apretó los labios, compadecida; imaginaba cuánto debían de dolerle las heridas de la espalda—. Creía que ya habríais bajado a tierra. —La voz del capitán sonó cansada.

—Ahora iba, pero quería preguntaros... Capitán, ¿hay algún inconveniente en que Marino me acompañe a tierra? —solicitó el artillero.

Marina esperaba con incertidumbre a que Diego la mirase para saber si él se acordaba del beso de la noche anterior. Hasta ese momento su comportamiento no daba a entender nada y empezaba a impacientarse por la falta de interés de aquel hombre.

—¿El chico? —preguntó Diego, sorprendido, sin mirarla—. No creo que sea una buena idea...

«¿Chico? ¿Acaso no te acuerdas? Me llamaste Sirena», pensó. Dolida, apretó los puños a los costados.

—Yo me ocuparé de él. No habrá problema. —Maese Andrés puso una mano en el hombro de ella y la empujó para colocarla delante de él—. Le vendrá bien salir y cambiar de aires. Ha pasado los últimos días casi encerrado en este camarote...

Marina trató de no mirar el amplio pecho cubierto de vello negro, ni el modo en que la sábana arrugada cubría las partes pudendas del oficial. Levantó la mirada, no fuera a pillarla mirando lo que no debía.

—Eso me han dicho... —Diego se volvió a la joven con el ceño fruncido. Ni un atisbo de que recordara lo sucedido la noche anterior—. Supongo, chico, que decidiste limpiar tu conciencia; después de todo, tú contribuiste a la situación.

«¿Tan poco supuso para ti? ¿O es que estabas delirando?».

—Ya me he disculpado con todos y cada uno de los marineros, capitán —anunció, más molesta por que él no recordase que por la mención de su imprudencia—. Incluso recibí el castigo pertinente...

—Es cierto, ¿qué tal tus posaderas? —preguntó con una sonrisa socarrona que encendió el mal genio de la joven.

—Mejor que vuestra espalda, ¿no creéis? —aseguró sarcástica y recibió un coscorrón por parte de maese Andrés.

—Cachorro, no seas impertinente —le amonestó el oficial.

—Será mejor que tengas cuidado con esa impetuosidad tuya —amenazó Diego con los ojos clavados en ella—. Un día de estos, te encontrarás a alguien menos paciente que yo.

Marina bajo la vista al suelo y apretó la mandíbula furiosa. ¡Definitivamente no se acordaba! La había besado y no lo recordaba.

Era de lo más humillante. Allí estaba ella suspirando por su beso como una tonta y él lo había borrado de su memoria.

—Cuidad de que no se meta en líos, maese Andrés —ordenó el capitán y se volvió a recostar en la cama apretando los dientes—. Que tengáis un buen día.

Capítulo 23

Por la noche, Diego se movía impaciente sobre la cama. Estaba preocupado. Renegaba por haber consentido que el chico acompañara a Andrés en su salida a tierra. Las tabernas del puerto, de cualquier puerto, no eran lugar seguro para que pasease un muchachito imberbe. En aquel territorio los peligros eran abundantes e inesperados. Por cualquier nimiedad se desataba una pelea donde las normas eran pasadas por alto y cada hijo de vecino se defendía como bien pudiera: con espadas, sables, alfanjes, navajas o con los puños, por no hablar del mobiliario. Ganar era la vida; perder, la muerte.

En varias ocasiones, sin comerlo ni beberlo, se había visto en situaciones comprometidas y, si bien ser diestro en el manejo del acero lo había salvado de una muerte segura, no por ello se confiaba en aquellos antros; donde todos los ojos eran pocos y los buenos reflejos, indispensables.

No obstante, la presencia de Andrés era, cuando menos, intimidante; por lo tanto, muchos se lo pensarían dos veces antes de molestarle o de molestar al chico. Era un consuelo, salvo que no suficiente. No se tranquilizaría hasta no tenerlo a bordo y para ello aún quedaba un buen rato.

—¡Maldición! —tronó cuando, por un movimiento brusco, le escocieron las laceraciones de la espalda.

Curiosamente, en ningún momento le había pasado por la cabeza la posibilidad de que huyera aprovechando la situación. Por extraño que pudiera parecer, se sentía confiado en ese sentido. Su experiencia con Jeremías Hurtado, demasiado cercana, no le induciría a viajar solo por toda la península, aventurándose a volver a pasar por algo semejante.

Ese mediodía, cuando había pasado con maese Andrés a pedirle permiso para bajar a tierra, el grumete se había comportado de manera diferente a como le tenía acostumbrado. En lugar de mirarlo de frente y hablar por sí mismo, se había escudado, con la vista fija en el suelo y el rubor cubriendo su

rostro, en el oficial artillero para que solicitase el permiso por él. Si no supiera que eso era imposible, habría jurado que el jovenzuelo se sentía avergonzado por algo. Supuso que sería por su insensatez durante la tormenta, pues cuando se lo recordó enseguida había sacado su mal genio.

«Qué fácil es hacerlo enfadar», pensó con una sonrisa de medio lado.

No tenía fiebre, pero se sentía tan cansado como un anciano e igual de torpe. Los músculos de las piernas estaban flojos y necesitaban ejercitarse otra vez para devolverles el tono. Durante un rato —todo lo que habían podido aguantar sus mermadas fuerzas—, se había paseado por el cubículo como una fiera enjaulada, asiéndose a los mamparos, al escritorio o a cualquier cosa que pudiera sujetarlo. Débil y sudoroso por el esfuerzo, se había dejado caer sobre la cama, donde permanecía desde entonces, maldiciendo su suerte por estar casi preso y exhausto.

Sus pensamientos le llevaron de nuevo al joven grumete. Por un lado, y visto lo mal que lo pasara después de esa situación con Jeremías, se sentía culpable por no llevarlo a San Sebastián. Por otra parte, hacerlo equivaldría a ponerse en manos del preboste. Y eso era algo a lo que no estaba dispuesto. Tal vez la solución pasaba por embarcarlo en algún navío que partiera para el norte; de ese modo el muchacho podría reunirse con su familia y él continuar su viaje al Nuevo Mundo.

—Debería hablar con Andrés... —murmuró, agotado. Al momento le entristeció la idea de que el jovenzuelo se marchara—. Sin duda estoy demasiado enfermo, si me abate perder de vista a ese renacuajo contestón.

Con el firme propósito de recuperar fuerzas a la mayor brevedad posible, se quedó dormido.

Por primera vez desde la tormenta, Marina podía dormir en su cuarto una noche entera. Sin embargo, pese al cansancio o quizá por culpa de él, el sueño la eludía.

Habían pasado la tarde paseando por las estrechas callejuelas de Lisboa y estaba fatigada. Después de todo, en los últimos días apenas había dormido gran cosa.

Nada más bajar del *Tritón* pensó en huir. La idea se le cruzó como un rayo. Conseguiría de algún modo dinero para un pasaje en el primer barco que zarpara rumbo a San Sebastián. El regreso por tierra era impensable: no tenía ni idea de cómo serían las carreteras. Había leído sobre bandoleros y salteadores que asolaban los caminos. Además, seguro que así se tardaba

mucho más tiempo. Claro que en cuanto vio a los marineros que pululaban por el muelle cambió de idea. ¿Cómo podría embarcarse con aquellos hombres mal encarados?

No importaba si lo hacía como muchacho o como mujer: de cualquiera de las maneras no estaba segura. La experiencia con Jeremías Hurtado le había demostrado lo poco que concernía su sexo en determinados momentos. No: lo más sensato era continuar en el *Tritón* y tratar de convencer al capitán para que la llevase a San Sebastián. No obstante, era hartamente difícil conseguirlo. Ese hombre era muy obstinado.

«Más bien, terco como una mula».

No podía apartar de su cabeza la situación en la que se encontraba. Por un lado, no tenía la seguridad de poder regresar a su época. Su intención era introducirse en el maldito confesionario y rezar para que se transportara a su siglo. Por otro lado, si el tiempo no corría parejo, tanto podría aparecer unos días, meses o años antes como después.

«No, es físicamente imposible aparecer antes, puesto que ya me encontraría allí en ese momento y no me puedo encontrar con mi yo de...».

—¿Qué tonterías estoy pensando? —se recriminó, enojada.

En su fuero interno deseaba descubrir, a su regreso, que no había corrido el tiempo y que todo estaba tal y como lo dejó; su abuelo no se habría preocupado por su ausencia porque ni siquiera sabría que ella hubiera desaparecido. La idea de que el anciano estuviera desesperado por su abandono la llenaba de temor. No quería que sufriera otro infarto como el de dos años atrás, cuando murieron su hijo y su nuera.

«¿Quién sabe si esta vez lo superaría?».

—¡Ay, Dios, que no le pase nada!

Alejó esos pensamientos tan negros de su mente para descansar. No servía de nada atormentarse con tantas conjeturas.

La imagen del capitán se coló en su cabeza.

Al parecer cuando la besó no sabía lo que hacía. A decir verdad, para no saber lo que estaba haciendo se le dio muy bien. Aún se le encogían los dedos de los pies al recordarlo. ¡Ay, madre! Ese hombre estaba resultando peligroso para su cordura; jamás en la vida le había ocurrido algo semejante. Deseaba estar con él, pero, sobre todo, que volviera a besarla de ese modo... y algo más...

Era un tanto decepcionante que no se acordase de nada. Por mucho que quisiera que Diego también la deseara, no era así. Seguía viéndola como a un muchacho.

—Eso es lo mejor para todos —murmuró, desalentada, dispuesta a quitarse al capitán de la cabeza.

Como cualquier otra ciudad de ese siglo, Lisboa por la noche era tenebrosa. Marina se había sentido intimidada por la oscuridad de las angostas callejuelas, únicamente iluminadas por pequeños faroles de aceite. La presencia de maese Andrés, con su formidable estatura, hizo que se sintiera más tranquila. El marinero, con la apariencia de un vikingo, imponía respeto a su paso y nadie tentaba su suerte molestándolo. No obstante, en algunos momentos le habría gustado agarrarle de la mano para sentirse aún más protegida.

Habían cenado en una *adega*, como llaman los portugueses a las tabernas, un sabroso plato de *bacallau*, acompañado de un buen vaso de vino. La taberna se encontraba a reborar de marineros de permiso que bebían y cantaban en distintos idiomas. Varias mujeres de pronunciados escotes repartían las jarras de cerveza entre los alegres parroquianos, zafándose, como buenamente podían, de las palmadas en el trasero.

Maese Andrés era muy comunicativo y pasaron las horas en amena conversación. Hablaron de la siguiente escala en el itinerario para llegar al Nuevo Mundo: Puerto de la Cruz de Tenerife. Allí repostarían víveres y agua para pasar las semanas siguientes de singladura.

Por maese Andrés, se enteró de la muerte del padre del capitán en la horca, tres años atrás, bajo la acusación de piratería. Explicó que fue un duro golpe para toda la tripulación, en especial para Diego, que no creía que el honesto capitán Izaguirre pudiera hacer algo tan rastroso como abordar otro barco con intención de robarlo. Desde entonces, y hasta el momento sin resultados satisfactorios, Diego investigaba aquel asunto tan poco claro.

El marinero le relató que habían salido de San Sebastián precipitadamente, perseguidos por los hombres del preboste, huyendo del fuego de los mosquetes; por eso no supieron de su presencia en las bodegas hasta que Pedro bajó a mirar. Que en ningún momento habían tratado de mantenerla oculta en semejantes condiciones.

Fue un alivio saberlo.

—Mi madre fue una prostituta, allá en Cádiz —le había explicado el maestro armero, en respuesta a la pregunta de cuáles eran sus orígenes—. De mi padre, ¿qué te puedo decir? Creo que ni ella misma supo nunca quién fue. —Se alzó de hombros.

—Vaya...

—Ah, muchacho, no te aflijas. —Le dio una palmada amistosa en la espalda.

—Parecéis un vikingo... Vuestro padre debió de ser un noruego de paso por la ciudad.

—Vaya imaginación la tuya, mozuelo —soltó entre carcajadas, palmeándole de nuevo la espalda.

—¿Cómo es que acabasteis en este barco?

—Pues bien... Mi madre murió cuando yo tenía siete años. Desde entonces malviví robando cualquier cosa que pudiera llevarme a la boca. En una ocasión la víctima de uno de mis hurtos fue el capitán don Francisco Izaguirre. —La sonrisa iluminó sus ojos azules—. Me atrapó antes de que consiguiera robarle nada. Me miró con aquellos ojos acerados... El capitán los tiene idénticos —puntualizó—. Después de echarme un buen rapapolvo se interesó por mi situación. El buen hombre se apiadó y me llevó a su barco. Nunca más tuve necesidad de volver a robar para poder comer. Aprendí a trabajar duro; primero como grumete, igual que tú, para ir ascendiendo hasta llegar a lo que ahora soy, maestro de armas —anunció con orgullo.

—No tenéis acento andaluz.

—No, lo fui perdiendo a lo largo de los años —declaró Andrés, mientras terminaba de comerse el plato de bacalao con patatas—. ¿No quieres más? —le preguntó al ver el de Marina sin terminar.

—No, estoy replet... repleto —se había corregido a tiempo. Le costaba utilizar la formula masculina a la hora de hablar y más cuando estaba tan cansada.

El choque del costado de la nave contra el dique, la devolvió al presente. Intentó acomodarse mejor en la hamaca. Debía dormir antes de que llegara el amanecer.

Capítulo 24

Desde la cubierta, el marinero de guardia anunció las siete de la mañana. Era hora del cambio de guardia y le tocaba a Marina pasar las próximas cuatro horas vigilando la ampolleta de controlar el tiempo. Era un simple reloj de arena de fiabilidad dudosa; era fácil que el vigilante se durmiera o descuidase darle la vuelta. Para mantener un horario correcto pese a esas posibilidades, a mediodía el capitán volvía a fijar la hora y la derrota, basándose en la altura y posición del sol con respecto al horizonte.

Se arrebujó en la casaca para protegerse del frío de la mañana. El puerto estaba en pleno trajín por la llegada de los barcos de pesca, con las cubiertas rebosantes de peces frescos, que habían salido a faenar durante la noche. Varios marineros regresaban a sus respectivos buques tras unas horas de recreo en las *adegas*, a paso tambaleante y errático por el uso que habían hecho del vino portugués.

El olor del tabaco de pipa anunció la proximidad del contramaestre.

—Buen día, muchacho —le saludó el oficial, soltando una bocanada de humo.

—Buenos días, maese Isaac —saludó a su vez Marina y se volvió a mirarlo.

—¿Qué tal lo pasaste en el puerto?

—Bien... no tuvimos ningún problema —contestó, aspirando el dulce olor de la pipa. Suspiró con pesar; aquello le recordaba a su abuelo.

Al hombre no le pasó por alto el suspiro.

—Es difícil que se tengan problemas con maese Andrés como acompañante... ¿Acaso necesitabas un poco de gresca, muchacho? —sonrió el hombre con picardía, confundiendo la situación.

—No, por supuesto que no... Solo pensaba en otra cosa...

—¿En cuál, si puede saberse y tienes a bien decírmelo? —sondeó el marino, observándola.

—Recordaba a mi abuelo; él también fuma en pipa...

—Entiendo... No debes preocuparte, muchacho, volverás a San Sebastián... a su debido momento —concluyó el contraamaestre.

—¿Cuándo? No puedo estar aquí indefinidamente. Mi abuelo estará preocupado por mí —dijo Marina con vehemencia—. Puede pensar que me ha ocurrido cualquier cosa... —Movi6 la cabeza con pesar—. No entendéis nada... Pero no importa, a veces ni yo mis... ni yo mismo lo entiendo — corrigió a tiempo. Y se concentró en la ampolleta para no llorar.

Isaac observó con interés al muchacho. Seguía presintiendo que en algún sitio había una mentira. Ya no sospechaba de espionaje hacia su capitán. Ese mozuelo no tenía pinta de taimado, no obstante continuaba sin fiarse de él.

Por mucho que comprendiera la inquietud por su abuelo, en aquellos momentos era hart0 difícil regresar a San Sebastián. En principio, por los vientos, que venían en sentido contrario; después, porque ahora el barco era conocido y, en cuanto atracasen en el puerto, se pondrían a merced de los guardias como frutas maduras. No, lo más sensato era continuar el viaje como tenían previsto. Se podría, eso sí, mandar un mensaje al abuelo del muchacho que tranquilizaría a ambas partes.

Después de caminar por la cubierta para asegurarse de que toda la tripulación estuviera a bordo, se preparó para zarpar con la siguiente marea.

—Buen día nos dé Dios, maese Isaac —saludó Diego, uniéndose al contraamaestre en el alcázar. Su aspecto seguía siendo macilento y demacrado bajo la barba—. ¿Están todos a bordo?

—Sí, acabo de comprobarlo y no falta nadie. ¿Cómo os encontráis hoy? No deberíais levantaros; os pondréis mal. —Lo miró con desaprobación—. No quiero pensar en lo doloroso que debe de haber sido colocaros la camisa. ¿Creéis sinceramente que es necesario que estéis aquí?

—Estoy bien —contestó él escuetamente, un tanto irritado.

—No me lo parece, si se me permite la opinión.

—Os repito que estoy bien. Prefiero con mucho sufrir el tormento de vestirme que estar en el camarote encerrado como una fiera. Dejad de comportaros como una gallina vieja. El aire de mar me vendrá bien para recuperarme.

El contraamaestre bufó en desacuerdo.

—Capitán, he estado pensando... Quizá fuera buena idea que el grumete enviase una carta a su abuelo para que esté tranquilo... —anunció, cambiando

de tema, molesto por la falta de sentido común de su superior. De sobra sabía que era demasiado obstinado y nada lo haría cambiar de opinión.

Isaac le vio buscar a Marino entre los marineros. Era evidente que se preocupaba por él.

—Sí, no es mala idea —asintió Diego con la vista puesta en el jovenzuelo un momento más, luego la apartó para controlar al resto de la tripulación—. Había pensado en localizar algún barco que partiera hacia el norte para enviarlo en él.

—Eso, mi capitán, será complicado. En estas fechas todos seguimos la misma ruta —confirmó el contra maestre y miró al grumete que seguía con los ojos fijos en la ampollita.

—Lo sé. No obstante, enviad a alguien que lo verifique. No partiremos hasta saberlo con seguridad.

Isaac se volvió al capitán y lo vio sujetarse agotado contra la barandilla del alcázar. Apretó los dientes. ¡Maldito cabezota!

—Algo más... —dudó Diego—. Si escribe esa misiva, que no indique la ruta que vamos a seguir.

—¿Aún sospecháis de él?

—No, pero más vale prevenir.

Isaac asintió. Más tarde hablaría con Marino para que redactase la carta; la enviarían antes de zarpar.

—Regresaré a la camareta; he de terminar de escribir en el cuaderno los acontecimientos de los últimos días —murmuró Diego. Dirigió una mirada de soslayo al grumete antes de bajar del alcázar.

El contra maestre lo vio marchar, luego, desvió su vista hacia el joven, que no quitaba el ojo del capitán. En ese momento el muchacho se apartó el pelo de la cara y se pasó un mechón por detrás de la oreja.

«Es guapo, de eso no hay duda. Con las ropas adecuadas bien podría pasar por una mujer...», conjeturó para sí, entrecerrando los ojos.

¡Por todos los demonios del Averno! ¡Podría ser una mujer! El pensamiento cruzó por su mente como un rayo.

—¡Marino, muchacho! —llamó maese Isaac unas horas más tarde, cuando este acabó su turno frente al reloj de arena.

—¿Queréis algo? —preguntó Marina al contra maestre, al acercarse hasta él.

—Puedes escribir una carta a tu abuelo. La enviaremos antes de zarpar — anunció el hombre. Y clavó en ella sus perspicaces ojos negros.

¿Qué podía decir? Si se negaba a escribirla sospecharían de que algo no estaba bien. Por otro lado, ¿qué habría de malo en hacerlo?

—Está bien.

—Ve al camarote del capitán; allí habrá papel y pluma. —El contraamaestre se balanceó adelante y atrás sobre los talones—. No te entretengas; no hay mucho tiempo. ¡Ah! No indiques adónde nos dirigimos, ¿me has oído bien?

Marina corrió para cumplir con lo que se le mandaba.

En el camarote, Diego apenas levantó la vista del cuaderno de bitácora para entregarle unas hojas de papel, un tintero y una pluma de ganso. Por un momento se sintió confundida al no ver el bolígrafo por ninguna parte. Le costaba entender que las cosas que para ella eran tan habituales en su época, en ese siglo aún no se habían inventado. Sacudió la cabeza, apesadumbrada, y tomó los utensilios que le tendía el capitán. Gracias a su destreza con el dibujo a plumilla pudo escribir de manera legible con semejantes artilugios sin avergonzarse por su mala caligrafía.

Aun sabiendo que su abuelo jamás recibiría esa misiva, escribió una emotiva carta sin poner la derrota a seguir en los próximos días, tal y como le había ordenado el contraamaestre.

—¿Has terminado? —preguntó Diego un rato más tarde—. Dámela para que la lea —ordenó cuando ella asintió.

—¿Qué? Es una carta privada... no creo que tengáis derecho a leerla — protestó, apretando el papel contra ella.

—Solo quiero cerciorarme de que no has puesto nada que comprometa la seguridad del barco, de la tripulación o de mí mismo —aseguró con sequedad.

—No hay nada de eso, podéis estar tranquilo —dijo entre dientes.

—Dame la carta, chico, y no me hagas enfurecer —ordenó con frialdad al ver que ella negaba con la cabeza—. No me obligues a quitártela.

—No tenéis ningún derecho a leerla, es para mi abuelo y no hay nada comprometedor. Os lo juro.

—Tu oposición a enseñármela me hace recelar de tus juramentos. No me hagas perder el tiempo y la paciencia, chico. Dios sabe que ya he tenido bastante contigo. —Diego se levantó y extendió la mano para que le entregase la misiva. Sus ojos acerados no admitían un no—. Entrégamela.

Marina, rabiosa, terminó por dársela. Observo cómo él, confundido, iba frunciendo el ceño conforme la leía.

«¿Y ahora qué pasa?».

—Tienes una manera muy extraña de expresarte y de escribir —comentó, entrecerrando los ojos—. Supongo que no será una especie de código...

«Sí, hombre, es que soy de la CIA».

—No lo es. ¿Estáis satisfecho ya? —Mascaba cada una de las palabras.

—Sí —contestó escueto—. Entrégasela a maese Isaac para que la envíen al correo.

Marina cogió la carta y abandonó el camarote echando chispas por los ojos.

—Ni siquiera se ha disculpado por haberla leído —siseó mientras salía a la cubierta—. Es un maldito dictador arrogante.

Capítulo 25

Dos horas más tarde, Diego vigilaba las indicaciones que impartía su contramaestre para salir del puerto luso y regresar al Atlántico. Los vientos alisios les empujaban inexorablemente al sur, rumbo a las islas Canarias. Si el tiempo continuaba igual, no tardarían más de ocho o nueve días en alcanzar Puerto de la Cruz.

El marinero, a quien maese Isaac había encomendado preguntar en el muelle, le confirmó que ninguno de los navíos allí anclados partiría con rumbo norte en las próximas jornadas. Por ese motivo, el joven grumete debería continuar la singladura en el *Tritón*; la idea de enviarlo por tierra estaba totalmente descartada, dado lo peligrosos que eran los caminos para alguien tan inexperto en el arte de defenderse. Buscó al jovencito con la mirada y lo encontró en la base del palo mayor con Trespiés en el regazo. La carta, que había sido enviada unas horas antes, serviría para tranquilizar al abuelo del muchacho. A Diego apenas le acallaba los remordimientos de conciencia por retenerlo en el barco.

Poco a poco iba recuperando las fuerzas, aunque todavía le costaba permanecer mucho tiempo de pie. Probablemente cuando estuvieran en alta mar zangolotearía por la cubierta como un borracho. Las heridas de la espalda tiraban como demonios, señal de que empezaban a cicatrizar. En unos días estaría como nuevo. Para cuando recalasen en Tenerife su debilidad sería historia. Al menos, eso esperaba. Con reverencia se tocó el medallón que volvía a colgar de su cuello.

Aspiró el olor salobre del mar y dedicó unos minutos al recuerdo de su padre. Había sido un hombre justo y honesto durante toda su vida. Su idea de la justicia era muy marcada y por nada del mundo habría atacado a otro barco con fines lucrativos. La sentencia era un error: él nunca fue pirata.

Repasó la penúltima vez que estuvieron juntos. Regresaban a San Sebastián en el *Neptuno*, desde La Habana, cuando se encontraron frente a un

bergantín: el *Dolphin*. Eran bucaneros que les atacaron sin tregua hasta abordarlos. La lucha había continuado sobre la cubierta de los barcos. Se defendieron del ataque enemigo con el acero, enfrentándose a los «perros del mar» con valentía. En la refriega murieron cuatro hombres del *Neptuno* y siete del *Dolphin*; entre ellos, su capitán. Al ver que su jefe había fallecido, los bucaneros se rindieron automáticamente.

La ley dictaba que fueran transportados hasta el puerto más cercano y allí esperasen al juicio; por tanto, Diego, ayudado por la mitad de la dotación del *Neptuno*, se encargó de trasladar al *Dolphin* con los prisioneros de vuelta a La Habana, mientras su padre continuaba el viaje hasta San Sebastián.

Las autoridades habaneras le entregaron el *Dolphin* a un precio irrisorio, como gratificación por la captura. Una vez en su poder le cambió el nombre por el de *Tritón* y puso rumbo a las Vascongadas.

Al llegar a San Sebastián su sorpresa fue mayúscula al ver que su padre estaba preso en la cárcel de la ciudad, acusado de piratería. Lo ahorcarían dos días más tarde. Luego de sobornar al carcelero pudo hablar unos minutos con don Francisco, pero él no supo aclararle nada. Dado que no había atacado a ningún barco en el regreso, consideraba que era un malentendido. Como la prisión de la ciudad se hallaba bastante saturada de presos, los marineros que acompañaban a don Francisco habían sido sentenciados a trabajos forzados y trasladados a la prisión de Pamplona.

—Diego, muchacho, cuídate —le había dicho su padre resignado a su destino—. También te han acusado a ti. Presta mucha atención, pues tratarán de apresarte.

—¿Cómo ocurrió? ¿Qué creen que hiciste? —Diego trató de no mirar los grilletes que tenía su padre en las muñecas.

—Dicen que atacé a un barco cerca de la costa de San Sebastián; al parecer, después de despojarles de toda la carga que transportaban en su bodega, les dejé en libertad —relató don Francisco con voz cansada—. El capitán de aquel barco testificó contra mí, al igual que el resto de su tripulación.

—Si, como dices, les robaste la mercancía, ¿dónde se supone que la tenías? ¿O acaso apareció en el *Neptuno*? —indagó Diego, mesándose el pelo, rabioso por tal cúmulo de perjurios.

—Consideraron que la había escondido en algún lugar o que te la habías quedado tú —bufó con sorna.

—No lo entiendo... yo no venía en el mismo barco, ¿cómo pueden acusarme?

—Le he dado mil vueltas al asunto y solo consigo dilucidar que alguien está tratando de destruirnos. Desconozco quién pueda ser —aseguró, adivinando la pregunta que Diego tenía en mente—. Ni tampoco de qué manera lo está intentando. Por ello deberás estar atento a cualquier indicio; no confíes en nadie y, sobre todo, ten mucho cuidado.

—¿Sabe el tío Santiago que estás aquí?

—Sí, ayer mismo vino a visitarme... —susurró don Francisco—. Está furioso.

—¿No puede hacer nada? —cuestionó; su tío tenía influencias en la ciudad por ser un hacendado bastante rico. Don Francisco se limitó a negar con la cabeza—. No me lo puedo creer.

—Ha hecho lo que ha podido, pero el barco atacado pertenece a un potentado francés que exigió justicia rápidamente. Mi hermano Santiago no ha conseguido retrasar el juicio... ni la sentencia. Al parecer aquel hombre estaba tan encolerizado por el trato recibido de los atacantes a bordo de su barco, que no podía esperar a vernos colgando de la soga.

El carcelero golpeó la pesada puerta para avisarles que el tiempo de visita se acababa.

—Pero, padre, ¿cómo pueden creer esta atrocidad de ti? —preguntó, acongojado.

—No lo sé. Lo mío no tiene vuelta atrás; sin embargo, tú sí puedes salvarte. No dejes que nadie te reconozca si no quieres sufrir el mismo fin que yo. —Le acarició la cara con tanta ternura que Diego hubo de hacer titánicos esfuerzos para no llorar como un niño—. Ahora me podré reunir, por fin, con tu madre. No estaré mal.

—¡Por mil demonios, padre! ¿Qué puedo hacer para salvarte? —exigió, con los dientes apretados por la angustia—. Tiene que haber algo... no puedes acabar así. Tú no eres ningún pirata. ¿Qué puedo hacer? Idearé un plan para sacarte de aquí.

—No harás nada de eso, ¿me oyes? —bramó el capitán, los ojos acerados clavados en los de su hijo, sujetándole por las solapas de la casaca—. Prométeme que no cometerás ninguna locura. —Solo cuando Diego asintió, de mala gana, don Francisco le soltó con un suspiro—. No te preocupes más por mí —solicitó más calmado—. Pese a la injusticia, no hay nada que podamos hacer. Te quiero mucho, hijo. Me siento honrado de que nuestro Señor me haya permitido conocerte. Estoy muy orgulloso de ti.

—¡Padre! —casi gritó Diego, cuando el carcelero abrió la puerta para que abandonase la celda. Aunque quiso protestar, no se atrevió, por si el hombre

llamaba a la guardia y lo encarcelaban. Allí encerrado jamás descubriría nada.

Don Francisco, impedido de corresponder por los grilletes, se dejó abrazar por su hijo y le despidió con una palmada en la espalda, susurrando:

—Sé fuerte, hijo. —Tragó saliva antes de sonreír—. Ahora vete, Diego. Ten mucho cuidado y, sobre todo, sé feliz.

Se sintió orgulloso hasta el dolor al ver la entereza con la que le despedía su padre. Sin lágrimas, sin rencor...

Por mucho que lo intentó, nada pudo hacer para evitar la ejecución. Aquella mañana, disfrazado para no ser reconocido, había observado impotente cómo aquel buen hombre era ahorcado en la plaza de la ciudad, ante la muchedumbre expectante.

Apretó la mandíbula y cerró los ojos para evitar que se le escapasen las lágrimas. Con las manos fuertemente aferradas a la barandilla del alcázar, hasta que los nudillos se le pusieron blancos por el esfuerzo, se juró, como tantas otras veces, encontrar al instigador del asesinato y vengar la muerte de su padre.

—¡Barco a la vista! —gritó el vigía, días después, desde la cofa—. Por la amura de estribor.

Marina, acodada en la proa, observaba a un grupo de delfines saltar por entre los bigotes que creaba la proa del *Tritón*; al oír el anuncio del vigía miró en la dirección que indicaba. No pudo distinguir gran cosa.

A los diez minutos fueron visibles las velas de la embarcación. Hicieron falta otros quince minutos para reconocer la forma del casco y media hora más para ponerse a su altura, separados aproximadamente por una milla. La nave, de tres palos, tenía un casco bastante grande para la escasez de su aparejo. Buscó a maese Andrés con la mirada para preguntarle qué tipo de barco era aquel y se percató del extraño y tenso silencio que había caído sobre el *Tritón*. Entonces localizó al maestro artillero; estaba bajo el palo mayor, con la vista clavada en la estrafalaria nave.

—¿Qué ocurre? —preguntó Marina al acercarse.

—Un negrero —contestó el marinero con una mueca de desprecio.

—¿Un negrero? —graznó, estremeciéndose de horror.

—Por estas fechas van al golfo de Guinea para aprovisionarse de esclavos —gruñó—. No es raro verlos por aquí.

Marina no podía aceptarlo. Tantas veces había leído sobre los barcos negreros que no podía creer que tuviera uno de ellos delante de los ojos.

Sintió el regusto de la bilis en la boca y trató de aguantar las náuseas. Maese Andrés debió de percatarse de su malestar, pues aseguró:

—Ahora solo lleva baratijas: armas, tela, pólvora, espejos...

—¿Cómo sabéis que es un...? —No se atrevió a pronunciar la infame palabra.

—Por la forma del barco y la ruta. Y por el olor —aseguró el hombre.

La muchacha, a punto de preguntar a qué olor se refería, captó un hedor nauseabundo y, sin poder evitarlo, vomitó por la borda con violencia.

Aquella pestilencia no se parecía a nada que hubiera olido antes. Era una mezcla de muchos otros olores, a cuál más hediondo, que penetraba por la nariz, denso, hasta inundar el cerebro con su corrupción.

Por su mente pasaron las reproducciones de los libros de historia sobre la esclavitud. Vio el dibujo de la bodega de un negrero, donde se representaba las condiciones en las que cientos de negros, entre hombres, mujeres y niños, habían viajado al Nuevo Mundo; donde los vendieron para trabajar en las plantaciones de caña de azúcar, los campos de algodón o en cualquier otro lugar, donde fueron tratados peor que al ganado y explotados hasta la muerte. Solo que en esos momentos lo que ella recordaba como algo pasado estaba sucediendo frente a ella.

—¿Estás mejor? —indagó el oficial, apoyando la mano sobre el hombro de Marina, en un intento de confortarla—. Cuando pase un rato te acostumbrarás y no será tan...

—¿Repugnante? —inquirió, compungida. Los ojos azules del hombre se ensombrecieron de pesar.

—¡Largad más trapo! —tronó la voz del contraamaestre desde el alcázar de popa—. A ver si dejamos atrás esta peste lo antes posible. ¡Malditos esclavistas! —Escupió por la borda con desprecio—. Moveos, no quiero que ese hedor se nos quede pegado.

—¿Cómo puede oler tan mal? —preguntó Marina a maese Andrés—. ¿Ahora no llevan...?

El artillero negó con la cabeza y miró al frente, con el pelo flotando con la brisa.

—Cuando llegan a su destino y desembarcan a los pobres diablos que han conseguido resistir en medio de semejante infierno, lavan las bodegas. —Se rascó los brazos como si tuviera pulgas—. ¿Sabes en qué condiciones los transportan? —Esperó a que Marina asintiera antes de continuar—. Entonces podrás imaginarte que, por mucho que restrieguen la madera, jamás

consiguen arrancar de ella el olor de los excrementos de los cientos de personas que viajan allí abajo, engrillados unos con otros.

—¿Por qué la gente lo consiente? ¡Deberíamos hacer algo! No se puede permitir que hagan eso. ¡Estamos hablando de miles de personas! —espetó, enfurecida.

—Si atacásemos el barco lo considerarían piratería y nos condenarían a la horca. Hay cantidad de países implicados en la trata de esclavos. A muchos les es rentable fletar un barco que traslade mano de obra barata a los ingenios azucareros del Nuevo Mundo. ¿Crees que les gustaría que alguien les impidiera seguir acumulando riquezas, a costa de las vidas de unos pocos negros ignorantes e infieles?

—¿Cómo podéis pensar así? ¡Son personas! —gritó, reprimiendo las lágrimas—. No son animales de carga. Son seres tan humanos como vos o como yo...

—Lo sé, muchacho. —Andrés le pasó un brazo por los hombros para acercarlo a él—. No estoy de acuerdo con la esclavitud y dudo que cualquiera de este barco lo esté. Sin embargo, no vamos a exponer nuestras vidas por ello. Desgraciadamente para esos pobres infelices, es una actividad legal.

Marina se desasíó del brazo del maestro de armas y corrió por la cubierta hasta la intimidad de la base del bauprés, donde rompió en llanto por la injusticia, ajena a las cabriolas de los delfines, que gritaban como si quisieran llamar su atención.

Diego sorteó el último obstáculo para llegar a la base del bauprés. El muchacho estaba sentado y se abrazaba las rodillas, con un aire tan desdichado que partía el corazón. Todavía recordaba lo mal que lo pasó él cuando avistó un negrero por primera vez. Pero sobre todo recordaba el consuelo que *monsieur le capitaine* le proporcionó.

—Creo, chico, que aún no te he dado las gracias por tus cuidados —declaró Diego al llegar al lado del grumete—. Maese Andrés me ha contado que te enfrentaste al contramaestre. —Como el muchacho no dijo nada, se sentó a su lado antes de continuar—. Hace falta valor para hacerlo. Maese Isaac puede llegar a ser temible. Creo que le caes bien, chico. A mí me intimidaba cuando lo conocí. Era muy severo conmigo; ahora, por el contrario, se comporta como si fuera una gallina. A veces es peor que un grano en el trasero.

Lo miró esperando ver una reacción en él, aunque el muchacho, casi sin parpadear, continuaba con la mirada absorta en el horizonte, que subía y bajaba con el cabeceo del barco.

—Creo que necesitas endurecerte... la vida no está hecha para débiles. — Diego miró al frente—. Imagino que tu abuelo te ha protegido mucho y no estás acostumbrado a las realidades de este mundo. Tu inocencia es refrescante, pero no sirve de nada. Has de crecer y dejar de comportarte como una mujer llorosa.

El muchacho se volvió como un rayo y lo miró con ojos llameantes. El pelo se le arremolinaba en la cara con la brisa y se lo apartó de un manotazo. Furioso, abrió la boca como si fuera a hablar; enseguida lo pensó y volvió a cerrarla.

—¿Acaso, chico, no es cierto que te comportas como tal? —lo provocó Diego, al ver que no decía nada.

—¿Y qué os importa si es así? —barbotó al final, y volvió a mirar el horizonte.

—Me importa mucho, chico —aseguró Diego—. Si sigues con esa actitud tendrás problemas para defenderte. Un hombre no puede permitirse el lujo de ser pusilánime si quiere sobrevivir. Me agradas y no me gustaría que te sucediera nada malo. Vamos, chico, este viaje te ayudará a lograrlo.

—No lo creo —murmuró—. Esto es una pesadilla.

Diego alargó la mano para apartarle algunos mechones de los ojos. Al tocar la piel nacarada del muchacho sintió un estremecimiento por todo el cuerpo. Apartó la mano como si quemara y se la miró confundido. Levantó la vista. El jovencito seguía mirando al frente como si él no hubiera sentido nada. Los últimos rayos del sol poniente le doraban el rostro y daban a sus rizos desordenados el color de un buen burdeos.

Era demasiado guapo para ser chico y eso le iba a traer problemas. Con un suspiró, se miró la mano otra vez.

«Seguro que he imaginado esa quemazón», dedujo y, para probarlo, volvió a colocarle el pelo. Esa vez, al no sentir nada más que simple ternura por aquel jovencito, se quedó más tranquilo.

—Será mejor que subamos a la cubierta. Comienza a oscurecer —anunció Diego. Se levantó—. Vamos, chico, que no tardaran en anunciar la cena.

En el momento en que lo ayudaba a levantarse, el barco volvió a cabecear y Diego perdió el equilibrio. Terminó en el suelo, con el niño encima. Esa criatura lo miraba con los ojos abiertos de par en par. Como con vida propia, su cuerpo reaccionó a ese abrazo, endureciéndose. Inmediatamente se zafó del

muchacho, antes de que este se diera cuenta de la erección que presionaba sus calzas.

Con una maldición en los labios, se incorporó para regresar a su camarote antes de avergonzarse ante el grumete.

«¡Por todos los demonios del Averno!».

Al entrar en la camareta cerró con un portazo que resonó en la estancia. Respiraba con demasiada rapidez, como si hubiera estado corriendo. Se quitó el sombrero de un manotazo y lo tiró sobre la mesa de cualquier manera. Con los brazos en jarras se acercó al espejo de popa y contempló la estela que dejaba el *Tritón* en el agua.

Pese a lo mucho que le dolían las heridas de la espalda, le costó un buen rato conseguir que su entrepierna dejara de forzar los botones de la bragueta. Aquello era inaudito. Nunca le había pasado algo así. La fiebre le había dejado más débil de lo que había pensado en un principio. No había otra explicación.

Se sentía como un depravado. La imagen de Jeremías cruzó por su mente, avergonzándolo por su similitud. Claro que él no había intentado forzar al grumete.

—¡Solo habría faltado eso! —bramó, contrito.

Un par de horas más tarde, cuando se reunió con parte de la tripulación en el comedor para cenar, ya había recuperado la compostura. Se había convencido de que todo había sido fruto de su debilidad y decidió no darle mayor importancia. Hasta rio por lo sucedido. Claro que cuando estaba sentado a la mesa, pese a que lo intentó por todos los medios, sus ojos se obstinaron en volver una y otra vez a mirar al grumete.

Capítulo 26

Ahora que había resuelto deshacerse del capitán del *Tritón*, a la Araña la espera le resultaba insoportable. Bartolomé le había dicho que pasarían varias semanas hasta que sus informantes pudieran confirmarle si el *Tritón* había sido hundido. Él hervía de ansiedad. En el fondo lo apenaba tener que acabar con Diego y, si no estuviera su propia vida en juego, no habría ordenado tal barbarie para con el capitán y su tripulación. Con todo, necesitaba la total seguridad de que nunca nadie averiguaría la verdad.

—Si te hubieras resignado, muchacho, ahora no tendría que verme en el brete de tener que acabar contigo —murmuró, con la vista clavada en las llamas del hogar.

«Él se lo ha buscado...», oyó en su mente.

—Pero...

«¿Quieres, acaso, que te desenmascare y terminar en la horca?».

—¡No!

Su respiración se hizo más rápida y superficial ante el temor de verse a sí mismo oscilando de la soga. Los dedos se le crisparon sobre los brazos del sillón por voluntad propia y una fina capa de sudor resplandeció sobre su cara pálida y delgada.

No podía ser. No quería morir así. Enseguida, otras imágenes más sangrientas de los marineros del *Tritón* se colaron en su cerebro y reemplazaron a la de la horca. No quería vivir en el temor de ser descubierto y, por otro lado, necesitaba vengarse por tantos años de sufrimiento. Deseaba arrebatarse al espíritu de Francisco todo lo que había tenido en su vida. Solo así la bestia que anidaba en su interior quedaría satisfecha.

Les demostraría a todos de qué era capaz...

«¡No!». El grito silencioso reverberó en su atormentada mente.

Eso era imposible; no podía delatarse. Nadie sabría jamás que él había sido el instigador, el genial artífice de la caída en desgracia del capitán don

Francisco Izaguirre de Tolosa y su bastardo.

No temía ser descubierto. El único que había tenido tratos con él era Bartolomé Guijarro y, por mucho que este investigase, nunca lograría relacionar a la Araña con su personalidad más conocida.

Si alguna vez daba muestras de acercarse demasiado, lo eliminaría sin pensarlo dos veces y sin ningún tipo de remordimientos. No era la primera vez que lo hacía y probablemente tampoco sería la última.

Nadie le iba a acusar jamás. Recuperó el ritmo de su respiración. Se le pasó por la cabeza la idea de que el maldito muchacho pudiera salir indemne de la batalla. Entonces cerró los puños de manera compulsiva, hasta que los nudillos se le crisparon por la fuerza y amenazaron con traspasar la piel. Jadeaba como un animal acosado y su frente se perló con infinidad de gotitas de sudor.

—Debería haber pedido a Bartolomé la cabeza de Diego. Así estaría completamente seguro de su muerte.

Durante los últimos ocho días Isaac Perales había observado al muchacho con ojos de halcón. Ahora no dudaba de que fuera una mujer. Tras avistar al negrero y presenciar el arrebato del grumete —más propio de muchacha que de un mozalbete de catorce años—, las sospechas se vieron confirmadas. La pregunta era si se lo decía a su capitán o, por el contrario, lo guardaba para sí. Tras muchas deliberaciones había decidido tantear a Diego para saber si él lo sospechaba también. Los resultados fueron negativos; su capitán parecía firmemente convencido de que el joven era lo que decía ser. Por eso el contramaestre se mostraba de lo más confundido, a juzgar por las miradas de soslayo que, de un tiempo a esta parte, su superior le dedicaba a la chiquilla cuando creía que nadie le veía. Por su parte, la mocosa tampoco se quedaba corta; maese Isaac habría apostado el cuello a que andaba enamoriscada del capitán.

Habían atracado en Puerto de la Cruz de Tenerife una hora atrás. Los marineros se dedicaban a afianzar el barco en el muelle, abarrotado de navíos que esperaban aprovisionarse para partir con rumbo al Nuevo Mundo. Seguramente el capitán aprovecharía para pasar unos días acompañado por la viuda de Muriel; confiaba en que ella le ayudase a apagar la calentura que amenazaba con consumirlo como una tea.

Una idea cruzó por su mente y sonrió, pícaro.

Diego se preparaba para bajar a tierra y dirigirse a la casa de sus tíos, a los que no visitaba desde que, el año anterior, había pasado por su casa a la vuelta de un productivo viaje al Nuevo Mundo.

Doña Úrsula Izaguirre, esposa de don Hernán Pérez de Alcántara, era hermana de su padre y, desde que él lo trajera a la isla canaria poco después de conocerle, casi una madre para Diego. Doña Úrsula y don Hernán, a falta de hijos propios, aceptaron a Diego como a un hijo en su casa, donde pasaba largas temporadas. Desde entonces, la visita a sus tíos se había hecho obligatoria y era algo que él hacía de muy buena gana. Salvo cuando su querida tía trataba de hacer de casamentera, cosa que, para su desgracia, era demasiado frecuente.

Vivían en Icod de los Vinos, en una gran casona de la Plaza de la Pila, llamada así porque era en ese lugar donde rellenaban los barriles de agua para los grandes barcos que cruzaban el océano. Su tío poseía un extenso terreno de viñedos y se dedicaba a la exportación, como tantos productores de la isla, del preciado vino de malvasía.

En la isla también vivía doña Esther Escobar de Muriel, amante de Diego desde varios años atrás. Era una joven viuda que, obligada a casarse casi niña y escarmentada por los malos tratos que le prodigó su difunto y anciano marido, había decidido que una mujer vivía mejor permaneciendo viuda. Tenía las ventajas de una mujer casada, es decir, podía salir sin necesidad de estar vigilada por un ama o dueña; sin sus inconvenientes: aguantar las palizas y vejaciones de un marido borracho. El capitán sospechaba que no era su único amante, pero cuando él se hallaba en la isla no se veía con ninguno más y para él eso era suficiente.

—¡Adelante! —gritó Diego, tras escuchar unos golpes en la puerta del camarote.

—Buen día, capitán; los marineros están preparados para comenzar los turnos de recreo —comentó maese Isaac, acariciando su pipa y mirando a su superior de medio lado—. Supongo que vos pasaréis los días en casa de vuestros tíos...

—Sí, claro... —Lo miró con suspicacia—. Decidme, mi buen maese, ¿qué os preocupa?

—En realidad me preocupaba el grumete... —guardó silencio un instante—. ¿Qué habíais pensado hacer con él?

Diego lo miró largamente, con el propósito de descubrir qué se proponía su segundo, porque estaba seguro de que algo tramaba y su sexto sentido le indicaba que era algo que no le iba a agradar nada.

—Se quedará en el barco, por supuesto.

—Capitán... perdonad mi insistencia, pero... ¿De veras creéis que es buena idea dejar al muchacho aquí?

Diego soltó algo parecido a un bufido. Ocupado como estaba en prepararlo todo para partir a la casa de sus tíos, no había querido pensar en el muchacho. A decir verdad, durante los últimos días había tratado de no pensar en él para nada; y, aunque sin conseguirlo, lo había evitado todo lo posible. La imagen del maldito mocoso permanecía indeleble en sus retinas, acosándolo de día y de noche. Le resultaba muy difícil olvidar la sensación experimentada al tenerlo en los brazos, cuando cayeron en la base del bauprés.

«Tengo que dejar de recordarlo», meditó.

Lo único que necesitaba era ir a la casa de sus tíos, darse un buen baño y visitar a doña Esther... Todo en ese orden. Quizá de esa manera conseguiría quitárselo de la cabeza de una vez por todas. Probablemente, un buen revolcón sería el mejor antídoto para semejante locura. Y nadie mejor que la viuda de Muriel para semejante objetivo.

—¿Qué contestáis, capitán? —gestionó de nuevo Isaac.

—En realidad, no había pensado en nada —se sinceró Diego al tiempo que cerraba el cuaderno de bitácora—. ¿Supongo que vos ya habíais pensado en algo?

—Yo creo... si se me permite la opinión...

—Maese Isaac... —Diego lo fulminó con la mirada. Cerró el tintero y lo guardó junto con el cuaderno en un cajón del escritorio.

—Bien, bien... —La aguardentosa voz del contraamaestre sonó más ronca que de costumbre—. Sería buena idea que os lo llevaseis con vuestra familia.

—¿Cómo? —vociferó, cerrando el cajón de golpe—. ¡Por todos los malditos infiernos! ¿Cómo me voy a presentar en casa de mis tíos con ese muchacho? —Se mesó exasperado el pelo.

—Capitán, en casa de don Hernán estará mejor que aquí con todos los marineros. ¿Es necesario que se repita lo de Jeremías para que vos lo comprendáis?

Diego se paseó inquieto por el camarote, maldiciendo entre dientes. Su contraamaestre tenía razón, de eso no había duda, pero él necesitaba poner tierra por medio para quitarse la obsesión que tenía por el joven. ¿Cómo lo conseguiría viviendo en la misma casa? Estaba perdiendo su tranquilidad y su frialdad habituales, en favor de un desasosiego inquietante y extraño en él.

Sus pensamientos eran demasiado pecaminosos para su tranquilidad mental. Era primordial acabar con eso lo antes posible.

Se acercó al escritorio y apoyó las manos en la superficie pulida antes de hablar.

—Hablaré con maese Andrés. Él podría hacerse cargo del chico en mi ausencia. —Diego volvió a pasarse la mano por el pelo—. Con semejante guardián nadie cometerá el error de importunarlo. Con él estará seguro.

Tomó una de las plumas del escritorio y revisó la punta.

—Sigo pensando que es un joven bien educado y que vuestra tía estará encantada de tener compañía. Después de todo vos pararáis poco por la casa... —dijo Isaac. La referencia a la viuda se veía implícita en esas palabras.

Los ojos grises del capitán se pusieron más acerados si cabe.

—Maese Isaac, un día de estos vuestra lengua servirá de cebo para peces —remachó, malhumorado y dejó otra vez la pluma en la mesa. De sobra sabía lo que daba a entender aquel hombre.

—Maese Andrés no siempre podrá hacerse cargo del grumete. Bajará al puerto y... bueno, también tiene necesidades... ¿Creéis conveniente que Marino lo acompañe a los lupanares del lugar? —apostilló el contraмаestre.

Diego rechinó los dientes ante la imagen y maldijo en silencio por el atolladero en el que estaba metido. Por un lado, necesitaba librarse de la presencia del jovenzuelo para la tranquilidad de su persona y, por otro, no deseaba que se volviera a repetir la tentativa de abuso ocurrida quince días antes. Sabiendo lo mal que lo había pasado el grumete, sería inhumano no evitar semejante atrocidad. La amenaza de severos castigos no detendría a ningún marinero dispuesto a probar los placeres que pudiera proporcionarle Marino.

No tenía muchas alternativas y, verdaderamente, en casa de sus tíos estaría seguro y bien atendido.

—Desde que avistamos el negrero ha estado un tanto taciturno, le vendría bien distraerse un rato; ese muchacho parece haber llevado una vida muy protegida... —Intuyó el contraмаestre.

—Eso parece —coincidió Diego—. No insistáis más; decid al chico que se prepare, no tardaremos en bajar a puerto —añadió con un sonoro suspiro.

Isaac salió del camarote principal con una sonrisa de satisfacción en la cara curtida. La idea había resultado estupenda; ahora lo siguiente era hacer

apuestas consigo mismo sobre cuánto tiempo tardaría su joven capitán en descubrir el secreto del muchacho. Era una pena no estar presente cuando eso ocurriera; no dudaba ni un momento de que se habría divertido de lo lindo. Presentía que quien lo iba a disfrutar era doña Úrsula: pocas cosas se escapaban a la comprensión de esa formidable mujer, y no tardaría en hacerse cargo de esa situación tan poco usual.

Si hubiera sido un gato se habría relamido con anticipación; como no lo era se conformó con frotarse las manos.

—¡Ah! La vida te da muchas alegrías —aseguró, silbando entre dientes.

Se sorprendía de que el capitán no hubiera descubierto, incluso antes que el propio Isaac, la verdadera identidad del joven grumete. Al igual que doña Úrsula, era extraordinariamente perspicaz. En su defensa podía alegar que la preocupación por desenmascarar al instigador de la muerte de don Francisco le tenía demasiado ocupado como para fijarse en esos detalles. Por otro lado, la misma fijación que abrigaba hacia el muchacho y trataba de ocultar no le dejaba ver la realidad.

No envidiaba el pellejo del buen capitán. Por un instante se sintió tentado de revelarle todo y acabar con la ignorancia de Diego antes de que desembarcara.

El contraмаestre esbozó una sonrisa socarrona. Lo pensó mejor y resolvió mantener las cosas como estaban.

Capítulo 27

Camino de la casa de los tíos del capitán, Marina se balanceaba con el traqueteo del coche de caballos. El contraamaestre le había anunciado que se alojaría allí. La idea fue acogida con alegría por parte de la muchacha. Necesitaba estar con otra mujer. Estaba a punto de tener el período y no tenía la menor idea de qué hacer en ese momento; dudaba de que existieran tampones o compresas desechables de los que servirse.

¿Cómo se arreglarían en esa época? Era mejor no pensar en la manera rudimentaria con que atendían esa situación, ya que ella debería utilizarla en los próximos días. Era evidente que las mujeres del siglo xx eran unas privilegiadas en comparación con sus homónimas de siglos anteriores.

De igual manera, salir de los reducidos confines del barco, conocer otro lugar, otras gentes y otras costumbres, sería una experiencia muy agradable. Ya que no podía, por el momento, regresar a San Sebastián y a su propia época, trataría de disfrutar de la aventura de vivir en un siglo tan distinto.

Siempre la habían atraído los objetos de siglos pasados; ahora tenía la extraordinaria posibilidad de conocerlos en su contexto apropiado. ¿Cómo podría desaprovecharlo? Puesto que de nada servía lamentarse por las circunstancias presentes, era más sensato aceptar la obligada situación con optimismo.

Varias veces se había preguntado a qué obedecía aquel salto en el tiempo. Su abuelo siempre le decía que para todo existía un motivo; lo difícil, en este caso, era averiguar cuál. Aunque no quería darse importancia, era posible que su presencia en ese siglo pudiera alterar el curso de la historia.

«Deja de imaginar cosas raras», se reprochó en silencio. Y reprimió un escalofrío.

A través de la ventana del oscilante vehículo se divisaba el perfil imponente del Teide rodeado por una fina calima, como el tutú de una bailarina. Al borde del camino se destacaban las retamas y el brezo en flor.

Tierra adentro y subiendo por las laderas verdeaban los bosques de pinos y laureles. Si el carruaje hubiera oscilado menos habría podido disfrutar más del paradisíaco paisaje. Pero, con tanto traqueteo, contenta podría estar si no terminaba con los huesos descoyuntados.

El capitán, sentado frente a ella con la espalda recta a un palmo del respaldo y los pies afianzados en el suelo, parecía ajeno al movimiento del vehículo. Se limitaba a mirar por la ventana, con el ceño fruncido y los labios apretados. Ese era el rictus habitual en él desde que avistaron el negrero y terminaron abrazados en el suelo.

Atrás quedaba la conversación mantenida tras el castigo, tan lejana que a veces era como si no hubiese ocurrido. Últimamente apenas sí le dirigía la palabra, salvo para ordenarle algo, cosa que hacía de manera brusca y sin entretenerse demasiado. Era como si ya no quisiera hablar con ella, como si estuviera enfadado por algún motivo que Marina desconocía y que Diego mantenía en secreto.

Uno de los días se había atrevido a preguntarle por las heridas de la espalda, para recibir un «bien» de manera escueta. Era evidente que «el hombre de acero», como empezaba a llamarlo en privado, no quería hablar con ella y la evitaba. El problema era que cuanto más la obviaba él, más ganas tenía ella de buscarlo. Procuraba situarse cerca de donde pudiera verlo sin estorbos, fingiendo alguna tarea. Conocía de memoria sus movimientos ágiles y elegantes; sus gestos de enfado, de inquietud y algún que otro de satisfacción (de esos pocos, porque el capitán parecía que no estaba satisfecho nunca); el timbre de su voz. Sería capaz de dibujarlo sin tener que mirarlo siquiera. De hecho, si hubiera dispuesto de papel y lápiz o cualquier otro utensilio para dibujar, ya lo habría plasmado en más de una ocasión.

Varias veces le había parecido que él la miraba, pero precisamente cuando ella intentaba comprobarlo, Diego siempre estaba observando el horizonte, el mastelero del palo mayor o cualquier otra cosa que no fuera ella.

Pese a que era difícil, porque lo tenía sentado enfrente y le costaba no mirarlo, siquiera de soslayo, trató de apartar de su pensamiento al silencioso y malhumorado capitán para concentrarse en otras cosas.

En las últimas jornadas Marina había llegado a sospechar que el contramaestre sabía que ella era mujer; aunque el hombre no le había dicho nada, su pícara mirada era bastante elocuente. En los días pasados sus quehaceres se habían visto reducidos sensiblemente. Cuando maese Andrés la llamó para practicar con los cañones, el contramaestre se apresuró a ocuparla en controlar la ampolleta. Si se trataba de esgrima, maese Isaac recomendaba

al extrañado maestro de armas que no fuera demasiado estricto con el chico, puesto que era muy joven. Esa había sido la tónica durante esos días. De alguna manera el hombre trataba de aligerar el peso de sus trabajos sin levantar sospechas entre el resto de la tripulación.

Presentía que no la había delatado ante el capitán, puesto que este seguía llamándola por el maldito nombre de «chico». Le dolía la mandíbula de tanto apretarla al oírlo nombrarla así y no poder acallararlo de ninguna manera. No quería revelar su verdadera identidad. Ignoraba el motivo y tampoco quería descubrirlo. Adivinaba que no le iba a satisfacer la respuesta.

«Ya estás pensando de nuevo en él», se reprendió, con los dientes apretados.

El carruaje paró frente a una casa encalada de grandes dimensiones. Ante la cancela de hierro se arremolinaban varias personas. Por su atuendo sencillo supuso que eran del servicio. Una pareja de mediana edad permanecía en medio de aquel despliegue; el hombre, más bien bajo y delgado, tenía una sonrisa bonachona bajo un fino bigote engominado. Vestía con elegancia, pero sus gestos evidenciaban que aquellas prendas oscuras le daban demasiado calor. A su lado, majestuosa como una reina, estaba una mujer alta y de curvas generosas. Vestía totalmente de negro, desde la cofia de encaje que ocultaba el pelo hasta el vestido de brocado adornado con pedrería. Los ojos de la mujer eran grises como los del capitán. Sin duda era su tía. Entrelazaba las manos en la cintura y, a juzgar por cómo las apretaba, era evidente que no veía la hora de abrazar a su sobrino.

—¡Querido Diego! —exclamó la mujer en cuanto el vehículo se hubo parado, con los brazos extendidos para abrazar al capitán—. ¿Qué tal el viaje?

—Como siempre... —consiguió articular entre los brazos de su tía.

Marina observó cómo crispaba la espalda sin emitir ninguna protesta. Seguramente le dolían las heridas y no quería que sus tíos lo supieran.

—¡Virgen María! ¿Qué te ha pasado? Estás muy delgado —recalcó la mujer, observándole detenidamente—. ¡Válgame el Señor, estás más flaco que un junco! Menos mal que aquí rellenaremos esos huesos descarnados. ¡Carmen! Tenemos trabajo con mi sobrino. —Al decirlo se notaba satisfacción en sus palabras; deseaba cuidarlo como a un bebé.

—Bienvenido, sobrino. —Don Hernán le palmeó la espalda con cariño a Diego y Marina se mordió los labios imaginando el dolor que le producirían esas palmadas. El hombre de acero, en cambio, no dijo nada—. ¡Virgen santa! ¡Qué calor! Vamos adentro; no hay razón para permanecer cociéndonos al sol —sentenció don Hernán, con el rostro congestionado.

—Quisiera pedirlos un favor... —comenzó Diego y esperó a que sus tíos, que se giraban para entrar en el edificio, le atendieran—. ¿Podrías alojar al muchacho en vuestra casa? —Señaló a Marina, que se encontraba varios pasos por detrás de él—. Es muy joven y no quiero dejarlo en el barco.

La mujer posó en Marina una mirada evaluadora. La joven, incapaz de estarse quieta ante tanto escrutinio, se toqueteó el pelo y se pasó un mechón detrás de una oreja. Doña Úrsula frunció el ceño, confundida, y volvió a mirarla con más detenimiento. Marina se mordió el labio inferior; quería revelar su verdadera condición, pero no sabía cómo hacerlo sin alertar, también, al capitán y a su tío. Se llevó la mano al pelo y enrolló un rizo en el dedo. Esperaba que eso fuera suficiente. Una ceja alzada reveló a la joven que había sido descubierta. Marina le imploró con la mirada que no divulgase nada. El imperceptible gesto de asentimiento de doña Úrsula le indicó que la otra había entendido y que esperaba explicaciones lo antes posible.

—No hay ningún problema, querido —aseguró la tía. Y sonrió a su sobrino sin evidenciar el intercambio de miradas de unos segundos antes—. ¿Cómo te llamas? —Se giró a Marina otra vez.

—El chico se llama Marino —indicó Diego, antes de que la interpelada tuviera tiempo de abrir la boca.

—Mi nombre es Marino Vivar, señora —declaró Marina con los ojos coléricos. ¿Cómo se atrevía a actuar como si ella no estuviera allí?

—Marino... —repitió pensativa—. Soy doña Úrsula, y este hombre a punto de morir de una apoplejía es don Hernán, mi querido esposo. —Dedicó una mirada afectuosa a su marido antes de volverse a Marina—. Acompaña a la criada a la cocina; después te indicaré donde está tu habitación.

—No hace falta que te tomes muchas molestias, tía... —comenzó el capitán.

—Tonterías, muchacho. Tú déjame hacer las cosas a mi manera —interrumpió la mujer, iniciando el paso a la frescura de la casa.

—Como si hubiera alguna otra... —El murmullo de don Hernán fue tan quedo que Marina creyó haberlo imaginado.

—Querido, te he oído perfectamente —le amonestó con cariño doña Úrsula, sin mostrar enfado por las palabras de su esposo.

Marina comenzaba a sospechar que aquella mujer era prodigiosa y, sacudiendo la cabeza con admiración, siguió a la cocinera hasta sus dominios: un lugar precioso. Las paredes estaban alicatadas hasta la mitad; el resto, encalado hasta el techo de vigas de madera, de donde colgaban ramos de hierbas aromáticas, cazos de cobre y de hierro. Un gran hogar de piedra

ocupaba un rincón de la espaciosa cocina. En él, sobre un trébede, descansaba una humeante olla de hierro que olía a garbanzos cocidos. Nunca antes ese olor le había parecido más apetecible.

—¿Quieres un poco? —preguntó la criada, observándola.

—Sí, por favor...

La cocinera sirvió una buena cantidad en un plato de porcelana y lo colocó en la mesa, indicando de paso a Marina que tomara asiento.

Tal y como esperaba, el estofado era riquísimo; felicitó efusivamente a Carmen. La mujer asintió satisfecha; una sonrisa hinchó sus rubicundos carrillos. Era de mediana edad, más bien bajita y regordeta; a Marina le recordó a una de las hadas madrinas de *La bella durmiente*.

Unos minutos más tarde doña Úrsula se reunió con ellas en la cocina. Luego, acompañó a Marina a la habitación que le habían asignado en la segunda planta. Era un cuarto bonito, con las paredes pintadas de color azul grisáceo y los muebles de nogal. Una cama con dosel, cubierta con una colcha de ganchillo tan blanca como la nieve, un par de mesillas de patas altas y sobre de mármol, un pequeño buró con su correspondiente silla y un biombo.

Desde la ventana se divisaba, en la parte trasera de la casona, un jardín muy cuidado con cenador. Desde allí ascendía el aroma a jazmín que penetraba por la ventana abierta inundando la habitación. Una suave brisa agitaba los visillos como si fueran alas de mariposa. No era la habitación de un sirviente, eso era indudable, y se preguntó a qué se debía semejante concesión. Se volvió para mirar a la mujer. Doña Úrsula la miraba con ojos muy serios, tan parecidos a los del capitán que sintió un escalofrío.

—¿Quién eres en realidad y qué haces con mi sobrino? —soltó doña Úrsula a bocajarro, parada en medio de la alcoba con los brazos en jarras. Ser tan directos debía de ser una característica de la familia.

—Mi nombre es Marina. —Suspiró al poder decir su nombre por primera vez en tantos días.

—Tengo mucho tiempo y nada que hacer, aparte de escuchar tu historia... —La dueña de la casa se sentó al borde de la cama y dio unas suaves palmadas a su lado, para que Marina la acompañara.

Decidió contarle todo, obviando la parte del salto en el tiempo, claro. Si resultaría difícil explicar algo así en el siglo xx, ¿cómo explicarlo a alguien de siglos precedentes? ¿Quién sabe qué podría pensar esa mujer sobre ello? Era posible que la tomase por loca o, peor aún, por bruja. ¿Seguía la Inquisición? No le ilusionaba la idea de morir quemada en una hoguera. Comoquiera que fuese, era un relato demasiado fantástico para que aquella mujer lo creyera.

Le narró el momento en que su abuelo le entregó el medallón y el instante en que los hombres del *Tritón* la apresaron creyéndola una ladrona. Luego, describió los días vividos a oscuras en la bodega del barco, hasta que la descubrieron allí y el ataque de Jeremías Hurtado.

Trató de contar su irresponsable actuación durante la tormenta sin minimizar su culpa. No describió con muchos detalles la posterior flagelación, ni los días pasados junto al lecho de su sobrino, para no preocuparla innecesariamente con semejantes descripciones.

Doña Úrsula, intrigada, contempló a la muchacha. ¿Su sobrino había sido capaz de traer a su amante a la casa? Aunque lo creyera absurdo e imposible, es lo que parecía. ¡No lo iba a tolerar! Si él quería una amante, que la tuviera fuera de allí, como había venido haciendo hasta el momento. Torció el gesto. Su aventura con doña Esther Escobar de Muriel era bien conocida.

«Ese muchacho cabezota necesita casarse y formar una familia. ¿A qué diantre espera?», protestó.

Puso interés en la narración que Marina iba desgranando poco a poco. Era un poco rebuscada, pero parecía real. No se dejaba engañar respecto del castigo ni la enfermedad de su sobrino. Solo había que ver su delgadez para imaginarse lo mal que había estado.

Pese a las ropas demasiado grandes para la joven y de la falta de limpieza, sus ademanes eran educados. Su forma de hablar era culta, aunque lo hacía con un acento extraño. Doña Úrsula dedujo que pertenecía a la clase pudiente de San Sebastián. De cualquier modo, aquella muchacha le agradaba. Más después de haber escuchado sus explicaciones y comprender que no era la amante de su sobrino. El muy tonto ni siquiera sabía que era mujer.

—Mandaré llamar a la modista para que te haga unos vestidos —aseguró doña Úrsula.

—No, no, por favor. No quiero que os toméis esas molestias conmigo...

—No te preocupes, querida, no es ninguna molestia —aseveró, agitando la mano con énfasis—. Estaré encantada de ver tu transformación. Ya lo estoy imaginando.

—Por favor... —suplicó Marina—. Ya os he dicho que el capitán no lo sabe y prefiero que siga sin saberlo.

—Pero, querida muchacha, ¿a qué viene esa idea?

La joven se mantuvo en silencio con la cabeza gacha.

—Está bien —suspiró con resignación—. Mantendré tu secreto. No puedo menos que recordarte que me parece una idea ridícula y estrafalaria. —Se levantó de la cama con elegancia y clavó en Marina los ojos, tan parecidos a los de su sobrino—. No obstante, la aceptaré. —«Ya habrá tiempo de convencerte para que cambies esa ilógica idea y te vistas como corresponde»—. Probablemente en el sobrado todavía queden ropas de cuando Diego era pequeño. Le pediré a María, la doncella, que las busque y, si hace falta, se harán los arreglos necesarios para que, al menos, vistas decentemente. —Arrugó su aristocrática nariz—. Ahora bien, primero te darás un baño...

—Eso sería estupendo, doña Úrsula —la interrumpió Marina con la mirada extasiada—. Estoy un poco cansada de tener que lavarme de malas maneras con agua salada. Me muero por un baño.

—Querida muchacha, utilizas unas expresiones de lo más pintorescas —dijo la mujer, perpleja—. Nadie se muere por darse un baño... En fin, hay mucho que hacer. Hablaré con María para que busque esas ropas lo antes posible.

Se despidió de ella antes de regresar a la cocina.

Estaba atónita por la ignorancia de su sobrino. ¿Cómo era posible que, después de haber convivido en un barco durante más de veinte días, pudiera creer que aquella chiquilla era un chico? ¿Se habría vuelto su sobrino ciego y tonto? Quizá ambas cosas, pues no era muy normal en él pasar por alto algo tan evidente a todas luces. Tampoco su marido se había percatado del engaño.

¡Hombres! ¡Qué ciegos estaban! Con frustración sacudió la cabeza y chasqueó la lengua.

Ya en la cocina, doña Úrsula ordenó a la criada que preparasen un baño para Marina, sin señalar que se trataba de una joven y no de un muchacho imberbe. Que se descubriese ella misma, si quería.

—¡Ah, esta juventud, qué extraña es! —suspiró doña Úrsula.

Aquella joven le gustaba. Ahora debía investigar qué pensaba de ella su sobrino.

Capítulo 28

Diego estaba de muy mal humor. La visita a doña Esther, tres días atrás, no le había aliviado. A decir verdad, le había amargado el semblante aún más, si eso era posible. Paseaba inquieto por la surtida biblioteca de su tío, incapaz de relajarse y leer un rato, como en tantas otras ocasiones había hecho.

Recordó, malhumorado, la prisa con que había partido de la casa de sus tíos, unas horas después de su llegada, deseoso de reunirse con la viuda.

La mansión de doña Esther era una de las más lujosas de la isla. Don Fernando, su difunto marido, pudo ser un viejo borracho y bravucón, pero era obvio que, a su muerte, y para alegría de ella, dejó a su viuda con el riñón bien cubierto.

Le había abierto la puerta Aurelia, una de las esclavas negras que Esther poseía; era una joven agraciada, pese a la cicatriz en forma de M que mostraba su mejilla: sin género de dudas, obra atroz del difunto don Fernando, quien disfrutaba marcando a los esclavos que trabajaban en su ingenio azucarero y a los que atendían las tareas de la inmensa casa. Diego apretó los dientes; por mucho que la viera no lograba acostumbrarse a esa infame cicatriz que lucían todos aquellos pobres diablos. La esclava, ajena a los pensamientos del capitán, le había conducido a la salita contigua al dormitorio de su ama, antes de abandonar la estancia con una reverencia.

El capitán se había sentado en una otomana de brocado rojo, rezongando por si ese día la viuda utilizaba su famosa treta de hacerlo esperar; no creía tener paciencia suficiente para aguantar semejante chiquillada. Para su inmenso bochorno, seguía tan excitado como aquel día maldito en el bauprés.

Desde que cumpliera quince años y soñaba despierto con mujeres hermosas, no recordaba otra época en la que hubiera sufrido un estado semejante. Se sentía orgulloso de su autodomínio: por muchos días que pasase alejado de la cama de una mujer, siempre lograba contener sin

excesivos problemas su libido. Por eso todo aquello era inaudito y terriblemente embarazoso.

Esperando a que la dueña de la casa se dignase a comparecer, paseó por la habitación, excesivamente ornamentada para su gusto, incapaz de estar sentado. Admiró los jardines que se divisaban a través de los vaporosos visillos de las puertaventanas. Hortensias de tonos azulados, erguidos gladiolos, fragantes jazmines; exuberantes y perfumadas rosas rojas, amarillas, blancas, rosadas...

Un viejo esclavo negro, con la cabeza pelada reluciendo al sol, retiraba malas hierbas de los parterres henchidos por flores de multitud de tonalidades y colores.

En varias ocasiones, Diego le había reprochado que tuviera esclavos. Esther, invariablemente, alegaba que, ignorantes como eran, jamás sabrían valerse por sí mismos; eso iba contra toda lógica, pues eran ellos quienes realizaban todas las tareas en aquella casona. Más de una vez, él ofreció comprárselos para después liberarlos, pero ella se negó en redondo a deshacerse de ellos.

Apretando los dientes por la lacra de la esclavitud tan vergonzosa, volvió a sentarse en la otomana, de espaldas al jardín.

Fiel a su costumbre, Esther salió a saludarle un buen rato más tarde. Diego se levantó para recibirla. Su vestido negro de escote pronunciado mostraba una cantidad de piel cremosa tan indecente que libraba poco a la imaginación. Se detuvo en el umbral de la puerta el tiempo necesario para causar la sensación que pretendía.

Sus ojos oscuros relucieron al verlo y en el rostro maquillado se encendió un rubor encantador. Llevaba el pelo negro recogido en un artístico rodete; obra sin duda alguna de la fiel Aurelia. Se acercó como deslizándose, a pasos pequeños y mesurados, tan sutiles que ni siquiera los pendientes de oro y azabache que pendían de sus lóbulos oscilaban al andar. Era de estatura más bien baja, con curvas lo suficientemente redondeadas como para enardecer a cualquier hombre.

—¡Ah, Diego querido! ¡Cuánto tiempo sin verte! —exclamó la viuda, con tono afectado al tiempo que le ofrecía el brazo extendido para que besara su mano—. Espero no haberte hecho esperar mucho. Te has presentado así, sin avisar que... Bueno, no importa. —Señaló, tomando asiento en la otomana. Durante un rato se dedicó a colocar las faldas del vestido para que quedasen enteramente a su gusto y, de paso, Diego pudiera percibir que no llevaba enaguas bajo aquella tela susurrante—. ¿Cuánto tiempo te quedarás? Espero

que no tengas ninguna prisa por partir... —musitó con un mohín en sus labios finos.

—Aún no lo sé —contestó escueto, todavía de pie frente a ella.

Estaba tomando conciencia de que aquel despliegue de encantos, lejos de excitarlo, enfriaba el ardor que lo había llevado allí. Esther era una dama joven y hermosa, pero demasiado partidaria de mostrar sus encantos sin pudor. Una actuación con la única finalidad de mantenerlo atraído. ¿Cuánto tiempo habría posado frente al espejo, puliendo aquellos gestos tan estudiados?

Sorprendido, descubrió que no deseaba estar allí y que el propósito que le había llevado ya no era tan necesario. A decir verdad, no lo era en absoluto. Incomprensiblemente, dejó de serlo en cuanto Esther traspasó el umbral del salón.

—Querido, ¿te noto un tanto ausente? —ronroneó la mujer. Con un frufrú de telas se levantó para acercarse a él. Colocó una mano en la solapa de la casaca del capitán para acariciar el tejido con sensualidad—. Estás un poco tenso.

—No debería haber venido...

—¿Insinúas que ya no deseas estar conmigo? —La mano cesó toda caricia.

Diego captó una mezcla de incredulidad y de irritación por debajo de aquella pregunta y se apresuró a tranquilizarla. Una cosa era no sentir ningún deseo; otra, mostrarse grosero con ella.

—Quería decir que he de hacer un sinfín de tareas y apenas sí tengo tiempo para una brevísima visita —improvisó de corrido—. También te he traído esto.

Sin mucha ceremonia, sacó del bolsillo de su casaca una bolsa de terciopelo negra y se la tendió a la mujer. Sabía que esa chuchería le iba a gustar.

Esther, sin pérdida de tiempo, sacó su contenido con avidez. La pulsera de perlas que descansaba en sus manos la hizo exclamar de gozo.

—¡Ay, Diego, querido! Es muy bonita —susurró encantada.

A él no le pasó desapercibida la mirada calculadora con la que recibió el regalo. Sin duda estaría determinando el valor de la joya. Los ojos de la mujer brillaron de satisfacción. Con los labios fruncidos en un rictus coqueto, alzó la joya para que captara los rayos de sol, que penetraban por la ventana. Luego se la guardó en un bolsillo de su vestido.

Al momento Diego decidió irse. Se sentía tan envarado y frío como un mascarón de proa. Comenzaba a comprender que la poca gana que tenía de permanecer allí se estaba convirtiendo rápidamente en irritación.

Esther debió de percibirlo, pues se le acercó coquetamente un poco más y le dedicó una mirada seductora.

—Espero que te quedes mucho tiempo; te he echado de menos... ¿y tú?

Diego, distraído pensando en el modo de disculparse para marcharse de la casa, no oyó la pregunta.

—Querido... estás inapetente... parece enfermo... —Le acarició la mejilla hasta el mentón; con la otra mano le acarició el torso y siguió por la cintura hasta llegar a la entrepierna—. ¿Qué sucede? —inquirió con el ceño fruncido al no encontrar ese lugar como esperaba.

Él se preguntó, turbado, si todo aquel despliegue de seducción barata le había excitado alguna vez. Tuvo que admitir que no lo sabía. Generalmente, para cuando llegaba a visitar a la viuda se encontraba lo suficientemente encendido como para no fijarse en nada más. De hecho, la propia Esther no perdía el tiempo en preliminares, sino que lo arrastraba a su cama sin muchas ceremonias. Sus primeros encuentros siempre habían sido rápidos, como si quisieran apagar un fuego abrasador. Más tarde, ya saciados, dedicaban un tiempo a disfrutar el uno del otro sin prisas. La viuda era muy creativa y no tenía ningún problema en volver a excitar a su compañero de lecho.

—No es eso, estoy cansado... no hace mucho estuve con fiebres y aún no estoy repuesto. —Alteró la verdad a fin de no insultarla por su falta de deseo.

—Vaya, querido —ronroneó Esther—. Si me dejas... bien podría ponerte... en condiciones... —afirmó ella, frívola, ajena a su mueca de contrariedad.

—No —barbotó Diego, contundente. Estaba enojado consigo mismo por la incapacidad de entusiasmarse de que daba muestras su traicionero cuerpo—. Quiero decir que no es necesario... en unos días estaré repuesto —añadió, al notar lo brusco que había sido—. Ahora debo irme. Como te he dicho, he de hacer varios recados.

Esther lo despidió con gesto mohíno, pero Diego estaba tan irritado y desesperado por irse que no se percató de ese detalle.

Había regresado a la casa de sus tíos y desde entonces su humor iba de mal en peor. No la había vuelto a ver. Nunca, en toda su vida adulta, le había ocurrido algo semejante. Si en el barco lo había confundido el deseo que sentía por el joven grumete, aquí la falta de excitación ante su amante lo

alarmaba hasta límites insospechados. No era normal. Tenía que hacer algo para remediarlo antes de que alcanzara proporciones descomunales.

Salió de la biblioteca, murmurando una maldición entre dientes, y se encaminó a grandes zancadas al jardín. Tal vez el aire libre evaporara su malhumor.

Sus tíos, acomodados en sillones de mimbre, charlaban con Marino en el jardín. Desde que habían llegado, su tía pasaba mucho tiempo en compañía del muchacho. Le había proporcionado útiles de dibujo para que no perdiera «mano» como ella decía. Ahora al joven se lo podía hallar en cualquier lado, dibujando con los carboncillos lo que tuviera a bien. Su tía, encantada, lo trataba como si fuera de la familia. Incluso compartía la mesa con ellos; no era que Diego estuviese en contra de esas familiaridades —él mismo las practicaba en su barco—, aunque así no podía apartarlo de su mente. Había llegado a fingir no escuchar las conversaciones durante la comida para no ser incluido en ellas. De ese modo, no tendría que levantar la vista del plato y contemplar, frente al él, la cara y los ojos verdes del jovencuelo, que lo perseguían hasta en sueños.

Comenzaba a pensar que sus gustos habían variado ostensiblemente; las mujeres tenían perdida la batalla contra los muchachitos imberbes. No, no contra los jóvenes en general, sino contra Marino en particular.

«¡Condenados infiernos!».

Su tío leía un manoseado libro; algo de Quevedo, supuso, pues era su autor favorito. El hombre alzó la vista e inclinó la cabeza en señal de saludo. Diego se lo devolvió y tomó asiento junto a ellos.

—¿Qué tal se presenta este año la cosecha? —preguntó por iniciar una conversación que lo evadiera de su tormento personal.

—Buena —contestó su tío, escueto; luego pareció pensarlo mejor y continuó, abandonando el libro en su regazo—: supongo que no te habrás enterado de las novedades.

—No sé a qué te refieres —aseguró Diego sorprendido.

—Los ingleses, que hasta ahora nos compraban la mayor parte de la producción de vinos, han cambiado sus gustos y se están decantando por los vinos portugueses. Varios propietarios han vendido sus tierras y se han embarcado rumbo a América. Puedes comprobar que, en el interior de la isla, ya hay varios caseríos y sus lagares abandonados.

—¿Tan mala es la situación?

Tras hacer la pregunta, el capitán comprendió que, sin la demanda británica, a los viticultores solamente les quedaría el comercio con el Nuevo

Mundo, pero este nunca podría ser tan fructífero como el actual.

Captó un movimiento y, automáticamente, miró al joven grumete que se había levantado para acercarse a un parterre de margaritas. Diego comprobó que el traje de terciopelo que llevaba el chico había sido suyo, por lo que supuso que su tía había rebuscado en los arcones para vestir al muchacho conforme a las buenas costumbres. No podía negar que le sentaba bien... ¡Por todos los condenados infiernos! Ya estaba otra vez pensando en él.

Volvió a prestar atención a su tío, que había continuado hablando sin percatarse de nada.

—... no es catastrófica; no obstante, digamos que se está haciendo notar. Mi caso no es tan perjudicial, pues envío la mayor parte de la producción contigo y no dependo tanto de los ingleses, pero para otros es altamente perniciosa —concluyó don Hernán, sacudiendo la cabeza con pesadumbre—. Este año la vendimia ha sido excelente. Esperemos que eso estimule a los ingleses y decidan continuar comprando nuestro excelente malvasía.

Guardaron silencio. Don Hernán regresó a la lectura de su libro y Diego sopesó la situación a la que se enfrentarían los hacendados de la isla que dependiesen de los gustos británicos para sobrevivir.

—Creo que aún no te he hablado de la fiesta que estoy preparando para dentro de tres días —anunció más tarde doña Úrsula, poniendo jubiloso contrapunto a la conversación anterior.

—Muy bien, tía —reveló el capitán sin mucho interés, mientras observaba subrepticamente al joven, que continuaba dibujando las margaritas.

—Vendrán muchas jóvenes de la ciudad...

Eso lo devolvió a la realidad con más fuerza que un mazazo en la cabeza.

—Tía, por favor, deja de hacer de casamentera; no tengo intención de casarme... aún —añadió a toda prisa, al ver la mirada horrorizada de su tía.

Desde que había cumplido los veinte años, su tía estaba deseosa de casarlo y lo intentaba cada vez que él volvía por Tenerife. Para ello invitaba a toda muchacha soltera que estuviera en la isla y, si esto no era suficiente, de las islas vecinas. Diego se sentía como el ganado en las ferias de subastas, cosa que no le gustaba lo más mínimo. Sus días en la isla dejaban de ser placenteros y se tornaban agobiantes. Se veía obligado a atender a la joven invitada de turno y a su madre. A tomar un chocolate a media tarde y tratar de sostener una conversación medianamente coherente sobre temas que fueran del agrado de las mujeres; casi siempre sobre cintas, tejidos, flores, sombreros o poesía.

Ni su padre ni don Hernán tomaban partido por él, sino cuando lo veían tan agotado de tanta trivialidad que amenazaba con subir al Teide y lanzarse cabeza abajo si continuaba en esas condiciones.

No es que las jóvenes damas fueran feas, estúpidas o tuvieran cualquier otro defecto: por el contrario, todas eran un dechado de virtudes. Pero su presencia no estimulaba en nada a Diego; al conversar con ellas las notaba tan maleables, tan sin personalidad, que lo ahuyentaban sin remedio. No ignoraba que la mayoría de los caballeros prefería encontrar una damita sumisa y obediente que les permitiera continuar con sus correrías habituales una vez desposados.

Él deseaba otra cosa; desde luego, nada que ver con esa apatía de que hacían gala las jóvenes casaderas que su tía le presentaba.

—Creo, sinceramente, que ya va siendo hora de que formes una familia...

Las palabras de doña Úrsula lo devolvieron a la realidad; se preparó para lo que seguiría inmediatamente. Su tío permanecía absorto en la lectura, ajeno al suplicio de su sobrino.

—Tu padre hizo muy mal al permitir que continuases soltero... Ya tienes treinta y dos años. Edad más que suficiente para casarte y ser padre... ¡No pongas los ojos en blanco, Diego Izaguirre! ¡Quiero tener sobrinos! Ya le he echado el ojo a una jovencita y creo que haríais muy buena pareja...

—¡Por el amor de Dios, tía! —barbotó colérico, levantándose de un salto de la silla—. ¡No me busques más novias!

—¡Si crees que gritando vas a hacerme callar estás muy equivocado! —gritó a su vez doña Úrsula—. Adolfo tiene tu misma edad y ya tiene un hijo de cuatro años. Quiero que te cases y alegres nuestra vida con un montón de niños...

—Si lo que quieres son niños... —comenzó el capitán con diablura—, para eso no hace falta que me case...

El carraspeo de su tío indicó que el hombre estaba más atento a la conversación que a la lectura y que trataba de no romper a reír por la discusión. El chico fingió un acceso de tos para ocultar sus risas.

—¡No te atrevas a traerme ningún bastardo! ¿Me oyes? —bramó la mujer con los ojos brillantes de furia.

—Pues deja de decirme lo que debo hacer —sentenció él, alejándose a grandes zancadas—. No soy ningún niño.

—Por eso mismo lo digo —remachó la mujer, visiblemente frustrada.

¡Maldita fuera su tía! No estaba preparado para casarse; primero quería aclarar la muerte de su padre y después... después ya vería.

A veces envidiaba a su amigo Adolfo Pérez de Alcántara, el otro sobrino de su tía Úrsula por parte de don Hernán. Pero es que Adolfo había tenido mucha suerte al encontrar a doña Clara de Olivares, una dama, hija de un magistrado de Sevilla y con un carácter encantador. Si él encontrara a una mujer como aquella no le importaría sentar cabeza y formar una familia. Como aún no había tenido tal ocasión, dedicaría su tiempo a esclarecer las circunstancias que llevaron a la horca a su padre.

Capítulo 29

Marina observó a Diego caminar con rabia apenas reprimida y, por un momento, sintió pena por él. Desde luego, doña Úrsula era una mujer formidable e imposible de gobernar; agradecía al cielo que su mal genio no estuviera dirigido a ella.

Desde su llegada a aquella casa, la señora la había tratado con toda cortesía y amistad. Seguía insistiendo en que abandonase las ropas de hombre y se vistiera con propiedad, a lo que Marina continuaba negándose sistemáticamente. Se vestía como un muchacho, aunque en varias ocasiones habría deseado cubrirse con esos hermosos vestidos que lucían las mujeres de la isla y presentarse ante el capitán...

«¡Bah! Deja de soñar despierta; él ni siquiera repara en ti», se dijo en silencio.

En los tres días pasados desde que arribaran a aquella isla apenas le había hablado. No contaban los monosílabos y los gruñidos con los que él parecía responder en todas las conversaciones. Estaba enfadado con ella. Pero ¡que la torturasen si ella conocía el motivo de semejante actitud!

—Si te vistieras como te corresponde, mi sobrino no te quitaría los ojos de encima —explicó la mujer. Marina se sobresaltó y miró a su lado, buscando a don Hernán. El hombre ya no estaba allí—. No te preocupes; mi esposo ha entrado en la casa. Nadie nos oye. Por eso puedo hablarte así. Métete esto en tu dura cabeza, muchacha. Si te vistieras como una mujer, él no se apartaría de tu lado.

—No me importa si me mira o no —replicó, asombrada por la percepción de aquella señora.

—Si tú lo dices... Mas no me engañas, muchacha; ya soy muy vieja para que me embauquen. —Chasqueó la lengua, fastidiada—. Veo cómo lo miras. Cuando no está, no dejas de buscarlo, y te sonrojas en cuanto lo ves aparecer. ¿Acaso estoy mintiendo?

Marina miró a la mujer con los ojos desorbitados. Desconocía que se notara tanto su fascinación por el capitán. Visto así cualquiera diría que estaba enamorada de él y eso no era verdad. Era imposible. No podía permitirse enamorarse de él. En cuanto tuviera oportunidad regresaría a su tiempo y... No, definitivamente, no estaba enamorada del capitán.

«Repítelo varias veces y así, quizá, te lo creas», se reprochó.

—Creo que iré a la cuadra para dibujar a los caballos —anunció Marina, tratando de huir de la suspicacia de aquella mujer.

—De todos modos, muchacha, le diré a mi modista que te prepare un vestido... ¡No, no discutas conmigo! —Doña Úrsula alzó la mano para imponer silencio a la joven, que empezaba a protestar—. Quién sabe si al final recapacitas, cambias de idea y decides ponértelo...

Marina, consciente de que la batalla estaba perdida de antemano, optó por dirigirse a las cuadras y abandonar toda discusión. Si doña Úrsula quería gastar dinero en un vestido inútil, que lo hiciera.

Una vocecita interior le advirtió que en el fondo le gustaría poseer el dichoso vestido. Pensándolo mejor, se lo probaría en su habitación, aunque nadie la vería con él puesto.

Sus pasos resonaron en el camino de grava volcánica que atravesaba el jardín. En medio, entre setos de laurel, se levantaba el cenador de hierro forjado. Más allá estaban los caballos, en un edificio de madera. Eran tres hermosos ejemplares: Trueno, el semental negro que el capitán solía montar, y Estrella y Mimosa, las dos yeguas blancas moteadas del carruaje de doña Úrsula y don Hernán. Había también un par de mulas de carga para uso de los criados.

—Buenas tardes, Ezequiel —saludó con cortesía al joven caballero, que cepillaba al semental dentro de la casilla. El cabello pelirrojo del muchacho era todo un contrapunto para el negro del equino.

—¡Ah! Buenas las tengas tú también. ¿Vas a dibujar? —preguntó Ezequiel al ver los útiles que traía bajo el brazo.

Marina sonrió al joven. Ya lo había retratado varias veces junto a los caballos y aquello parecía gustar al muchacho.

—Sí, pero lo haría mejor si sacases a Trueno de la casilla y lo atendieses en el patio. Yo me sentaré allí. —Señaló una enorme piedra que, a modo de banco, permanecía junto a la pared del establo.

—Claro, claro. No faltaba más. —Su rostro pecoso se iluminó ante la idea.

Una hora más tarde, tras hacer varios bocetos del caballero y del caballo, abandonó el material de dibujo y se levantó para acariciar el testuz del semental. El corcel sacudió la cabeza, contento por los mimos recibidos, agitando las crines recién peinadas.

—¿Te gustan los caballos? —consultó Diego, sobresaltando a la muchacha, que no lo había oído llegar.

Marina se maldijo en silencio por las sensaciones que le causaba la mera presencia de aquel hombre. Antes de contestar apoyó la cabeza en la frente del caballo, para recobrar su serenidad anterior. Le costó más de lo que habría imaginado y mucho más de lo que estaba dispuesta a admitir.

—Sí, antes solía montar los fines de semana —respondió Marina.

—¿Los fines de semana? ¿Qué es eso? —preguntó el capitán intrigado.

—Los fines de semana... Ya sabéis... el sábado y el domingo... —explicó ella titubeando.

—A veces hablas de una manera un tanto extraña... Tengo que admitir que me desconciertas, chico.

Marina rechinó los dientes ante el apelativo, pero nada podía hacer.

«Porque tú quieres», se reprochó a sí misma. «Solo tienes que decirle quién y qué eres en realidad».

Pasó por alto esa solución y tomó conciencia de que el capitán le estaba hablando con cortesía, como antes de su enfermedad. Incluso había desaparecido el rictus tan serio de su semblante; no se podría decir que estuviera sonriendo, pero al menos allí en pie, con el alfanje colgado de su cintura, no tenía el aspecto de un pirata a punto de degollar a su enemigo.

«Tal vez ya no esté enfadado conmigo», pensó sonriendo con satisfacción.

—¿Quieres montar? —preguntó el capitán.

La joven asintió, con los ojos brillantes de expectativa. Solo por poder montar un rato y estar con él, sería capaz de soportar su chico por aquí o su chico por allá. Sería aún mejor si no tuviera que hacerlo en una de las mulas; sin embargo, no se podía tener todo. Con paso cansino se dirigió a la casilla de las mulas.

—¿No crees que Mimosa sería una montura mucho mejor? —preguntó el hombre con media sonrisa, como si hubiera adivinado las preferencias de la joven—. Ezequiel, muchacho, ensilla a la yegua.

El caballero, tan estupefacto como Marina, hizo lo que le mandaban; mientras tanto el capitán ensillaba a Trueno que no dejaba de piafar, impaciente por salir.

Diego apreciaba la manera suelta de cabalgar del joven, con la espalda recta pero no rígida y las manos sujetando las riendas de manera firme y precisa. Ya habían paseado un par de horas por los alrededores de la isla. Al principio lo hicieron en silencio; después el chico empezó a preguntarle por las cosas que veían y la conversación se hizo fluida. Era fascinante que pudieran conversar con tanta sencillez. Para su sorpresa, casi lo sentía como un amigo. Quizá solo era cuestión de tiempo y los sentimientos por el muchacho dejarían de ser tan sensuales.

—No os he dado las gracias por permitirme montar a Mimosa. La verdad es que nunca he cabalgado en una mula... —comenzó el grumete.

—Lo imaginaba... —aseguró Diego, sonriendo—. Por otro lado, presentía que sobre la yegua apreciarías mejor el paisaje.

—Por supuesto, capitán. Mimosa es una montura excelente.

—Lo es. Solo tiene un pequeño inconveniente...

—¿Inconveniente?

—Tiene tendencia a regresar a la casa en cuanto le aflojas las riendas. — Diego soltó una carcajada y el joven lo miró extrañado—. Verás, cuando la compraron, salí a cabalgar con ella para probarla. Después de un buen rato decidí desmontar y la dejé pastando tranquilamente. Me quedé dormido sin darme cuenta y al despertar la yegua había desaparecido. Como entonces desconocía esa tendencia suya, la busqué por todos los lados. Regresé a la casa desesperado, imaginando el disgusto que daría a mis tíos. Tardé un par de horas en llegar. Y al entrar por la parte de atrás me recibió el relincho de satisfacción de Mimosa, que rumiaba plácidamente en su casilla.

Miró al grumete, que sacudía los hombros convulsivamente tratando de no romper a reír, y le dio una suave palmada en el hombro con camaradería.

—Puedes reírte todo lo que quieras; nunca lo harás tanto como lo hicieron aquel día mis tíos y mi padre —aseguró él, fingiendo despecho.

El joven soltó una alegre y argentina carcajada.

—Vuestra tía es una mujer muy enérgica, capitán. —El hombre optó por gruñir como respuesta—. Maese Andrés me comentó lo ocurrido a vuestro padre...

—¡Demonios! Andrés no puede callarse nada —maldijo entre dientes. Por otro lado, era normal que el artillero hubiera contado aquello al muchacho, en tanto tiempo como había pasado con él—. Sí, lo ahorcaron injustamente.

—Lo mismo me dijo él. ¿Vuestra madre aún vive? —indagó el chico.

La simple pregunta pilló al capitán desprevenido; por un momento pensó en no responder, pero a continuación, para su sorpresa, decidió contarle todo

lo que su abuela materna le había relatado tantísimo tiempo atrás. El muchacho le escuchó atentamente; en ocasiones lo interrumpía para hacerle preguntas relacionadas con el relato, mostrando un razonamiento muy maduro para su edad. Él, por su parte, se había interesado por la vida del joven, aunque este apenas le proporcionó algún dato nuevo. Tan solo insistía en que debía regresar a San Sebastián lo antes posible.

—Enviaste la carta a tu abuelo. A estas alturas ya la habrá recibido y estará más tranquilo —aseguró él, tanto para sosegar al grumete como a sí mismo.

Le remordía la conciencia no haber atracado cuando todavía estaban en el Cantábrico para enviarle de nuevo a su hogar. Si lo hubiera hecho nada de lo acontecido después habría ocurrido ni él se sentiría tan escandalosamente atraído por el muchacho. Y todos vivirían felices, ajenos a tanto desacierto: Marino con su abuelo y él...

Bufó, incapaz de encontrar una palabra que describiese su antiguo estado. Pasaría los ratos retozando en el lecho de doña Esther y tratando de evitar las intrigas de casamentera de su querida tía. De alguna manera, la presencia del perturbador grumete apaciguaba un tanto su interés de buscarle novias por todos los lados; eso era digno de encomio. En otras ocasiones, a esas alturas ya le habría presentado una lista de candidatas al dudoso honor de ser su esposa. Se estremeció solo de pensarlo.

Cabalgaban en fila ante lo abrupto del sendero, que no tenía anchura suficiente para hacerlo en paralelo. El olor a trementina de los pinos saturaba el ambiente; miró hacia atrás y vio al muchacho inhalar repetidas veces.

—¿Te gusta el olor? —curioseó Diego.

—Me recuerda a mi trabajo... —murmuró el grumete—. Es por la trementina. Con ella se diluye el óleo... A mucha gente le disgusta ese olor, pero a mí me agrada. Hasta ahora nunca había pasado tanto tiempo sin estar rodeado de pinceles, pinturas o lienzos. Como mi padre también pintaba, nuestra casa olía así. Aprendí a utilizarlos muy pronto y siempre iba con las manos manchadas de varios colores. Mi madre me las restregaba hasta hacer desaparecer la pintura. —Su voz sonó abatida al continuar—: Estaría encantada si viera lo limpias que están ahora...

—Echas de menos a tus padres. —No fue una pregunta.

—Cada día.

—¿Y pintar?

El suspiro de Marino fue toda una respuesta. Odiaba verlo tan triste. Con una imprecación, se prometió buscar óleos, pinceles y lienzos, aunque tuviera

que recorrer todas las malditas islas para conseguirlos. Si podía proporcionar un aliciente al muchacho, ¡por Dios que lo haría! La conciencia comenzaba a pesarle más de lo debido y necesitaba acallarla como fuera.

—¿Vuestro padre se volvió a casar? —preguntó el grumete más tarde. Y adelantó su montura hasta ponerse a la par del capitán.

Cabalgaban en medio de brezales por el camino que les llevaría a Icod de los Vinos.

—Sí —respondió el capitán—. Dos o tres años después de descubrir que mi madre estaba casada, contrajo matrimonio con una joven de San Sebastián. Se conocían desde pequeños y tanto sus padres como mis abuelos arreglaron la boda.

—¿Tenéis entonces hermanos o hermanas?

La voz sonó animada. Diego respiró tranquilo al ver que había desaparecido la tristeza del muchacho.

—No. Doña Elena tuvo problemas con los embarazos; de un modo u otro perdía a los bebés. Cuando por fin pudo llevar uno a término se cayó por las escaleras de la casa unos días antes de que saliera de cuentas; ni la criatura ni ella sobrevivieron.

—¡Qué horror! Sería una pena para vuestro padre...

—Tienes razón; mi padre le había tomado mucho cariño y fue muy duro enterrarlos a ambos. Posteriormente no volvió a casarse. Además, no mucho tiempo después me encontró a mí y parece que se dio por satisfecho. —Alzó los hombros como restándole importancia.

—¡Qué pena que vuestros padres no pudieran vivir juntos! —suspiró el muchacho con sentimiento.

Al capitán se le erizaron los pelos de la nuca ante aquella exhalación. Por un segundo pensó que era una mujer la que cabalgaba a su lado.

¡Por Dios, cómo habría querido que lo fuera! Se estaba volviendo loco con esos sentimientos que despertaba en él. Esa tarde había decidido pasear con el chico para comprobar si todo era fruto de su imaginación y al estar con él descubría que esos sentimientos extraños y desconcertantes no eran sino un ensueño. Pero, por lo visto, no era así. Estar con el muchacho no hacía más que exacerbarlos. El tono de su voz, que aún no le había cambiado, su manera de hablar, sus preguntas, su comprensión o su carácter, demasiado impetuoso, todo eso contribuía a mantenerlo confundido y... ¡maldita fuera!, excitado.

«¿Por qué no será una mujer?», pensó con amargura.

Lo ilusorio de su deseo quebró la paz que había experimentado hasta ese momento en compañía del grumete. Se quitó el sombrero para mesarse el

cabello con frustración. La cinta de cuero con la que se lo sujetaba se soltó y contrariado dejó que el pelo se le desparramara por los hombros. Se volvió a colocar el tricornio antes de hablar.

—Regresa a la casa. Solo debes continuar esta carretera y enseguida verás las primeras viviendas —ordenó Diego con sequedad, ante la mirada atónita del joven.

Sin esperar respuesta espoleó al caballo de camino a las playas. Necesitaba desfogar su frustración. Y para eso, nada mejor que un buen baño en el mar.

Capítulo 30

Marina, con la boca abierta por la sorpresa, lo vio cabalgar como si se lo llevasen los demonios. Bajo el sombrero, el pelo del capitán flotaba como un estandarte negro y hacía juego con la cola de Trueno. El hombre no aminoró la marcha, ajeno a lo abrupto del sendero que descendía a la playa. Una vez que los cascos del caballo tocaron la arena negra, lo espoleó para ponerlo al galope, cabalgando con el cuerpo casi echado sobre el cuello del corcel.

«¿Qué demonios le pasa?».

Era de lo más extraño. Cualquiera diría que se «metía» algo en el cuerpo para actuar de semejante manera. Después de invitarla a cabalgar por la isla, había pensado que su malestar con ella ya era historia. Incluso había disfrutado hablando con él. Lo que no comprendía era ese cambio tan brusco. Un momento estaban charlando de manera cordial y al siguiente él se marchaba enfurruñado sin dar explicaciones. Claro que no tenía por qué dárselas a un simple grumete, pero...

«Deja de darle vueltas. Es un tipo insufrible».

Lástima que su corazón no lo comprendiera de una vez y dejase de bailar como un loco cuando el hombre de acero estaba cerca. Empezaba a ser preocupante esa fijación con el capitán; si no ponía tierra por medio o, mejor dicho, siglos por medio, no iba a ser capaz de controlar las emociones que despertaba en ella.

La joven lo estuvo observando hasta que no fue más que un punto en el horizonte y, con un suspiro de pesar, puso rumbo a la casa.

Horas más tarde, Marina dibujaba el cenador en el jardín, cuando oyó los ágiles pasos del capitán en la gravilla del camino. Lo miró con curiosidad. Ya no parecía estar enfadado. Lo que quiera que hubiera estado haciendo, le había suavizado el rictus. Bajo el brazo traía unos paquetes envueltos en tela de arpillera. Le tendió uno de ellos al llegar a su lado.

—Vamos, cógelo, es para ti —le aseguró Diego al notar la reticencia de ella.

Marina colocó el pesado paquete en el asiento del cenador antes de desenvolverlo. Tras la tela había una caja de madera bastante baquetada que, al abrirla, reveló un estupendo surtido de pigmentos en polvo, colocados en diversos botecitos de cristal rotulados: *Blanco de plomo*, *Amarillo de Nápoles*, *Verde viridián*, *Azul ultramar*... Otros frascos más grandes contenían: *Aceite de linaza*, *Trementina*, *Cera virgen*...

Había pinceles de diversos tamaños, espátulas y una paleta de madera. Envuelto en tela, encontró un mortero de cristal para mezclar los pigmentos con el aceite y molerlo hasta formar la pasta de óleo con la que poder pintar.

Marina se sentó, anonadada por aquel insospechado tesoro; se sentía incapaz de hablar. No se esperaba algo así después del modo en el cual la había despedido y ordenado regresar a la casa. Tragó saliva; lo miró, incrédula y honestamente agradecida por aquel detalle tan hermoso. Su benefactor permanecía enfrente de pie con una expresión indescifrable.

—Es... es muy bonito, gracias, capitán —manifestó, tocando con reverencia aquellos recipientes—. No teníais que haberos molestado...

—No es nada. He pensado que te gustaría poder pintar con óleo y... —murmuró Diego, sin mirarla, visiblemente azorado. Como si recordara en ese momento que llevaba otro paquete, se lo tendió con brusquedad.

Bajo la arpillera había un par de bastidores con sus lienzos correspondientes. Todo lo que necesitaba para comenzar a pintar.

Marina se preguntó si, al pasear por entre los pinares y oler la trementina, su nostalgia había sido tan evidente como para que Diego se diera cuenta. Evidentemente así había sido. En cualquier caso, el que hubiera dedicado tiempo para comprar unos pigmentos, no demasiado cotidianos en aquella época, hablaba muy bien de Diego Izaguirre y de su consideración hacia los demás.

—¿Cómo lo habéis conseguido? —Sin duda, todos aquellos artículos estaban usados.

—Pertenece a un pintor que murió hace unos meses. A su familia no le servía para nada y estaban dispuestos a venderlo —le explicó, turbado, mesándose el cabello—. ¿Te gusta?

—Por supuesto que sí, es... fabuloso —le garantizó Marina, exultante por aquel presente—. No sé qué decir...

—Eso es suficiente, chico.

Estaba tan sorprendida por aquel regalo que, por una vez, no le importó que la llamará así. Le habría abrazado y plantado un par de besos en la mejilla, pero no sabía si en aquella época serían bien aceptadas esas muestras de agradecimiento, así que se limitó a seguir sonriendo como una tonta. Era el regalo más considerado que le habían hecho.

Después, sintió una punzada de remordimiento. Él había tenido un detalle tan hermoso y ella, en cambio, le seguía ocultando qué era. Había llegado el momento de decirlo y asumir las consecuencias.

—Capitán... —empezó titubeante—. Capitán... yo...

—No hace falta que digas más, ya me lo has agradecido —interrumpió Diego, malinterpretando lo que iba a decir—. Tengo que irme. Que disfrutes con la pintura.

Sin más, se marchó del cenador. Los faldones de su casaca meciéndose al ritmo de sus zancadas.

—No era eso lo que quería decir... —murmuró, pero él estaba ya muy lejos para oírla.

Capítulo 31

Doña Esther maldecía al capitán Izaguirre con todo su corazón. ¿Cómo era posible que aún no hubiera vuelto a visitarla? Era algo inaudito. Nunca nadie la había abandonado de ese modo. Ya llevaba casi una semana en la isla y parecía haberse esfumado debajo de las rocas.

—¡Maldito seas! —gruñó, paseándose por la estancia como una gata furiosa—. ¿Con quién demonios estás?

Diego era un hombre con todas las letras y, desde luego, todos los atributos. No creía posible que se mantuviera lejos de ninguna mujer. Hasta ahora ella había sido su única amante y, si no estaba con ella... ¡No consentiría ser sustituida por otra! Y menos sin una explicación. Si pensaba que con una simple pulsera de perlas iba a terminar con una relación de años, estaba muy equivocado.

—¡Aurelia! —llamó a voces—. ¿Has averiguado algo? —requirió cuando la negra se presentó en la habitación.

—No, no ama... Pregunté por ahí, pero nadie ha visto a don Diego acompañado en los últimos días... Bueno, no acompañado por una mujer... —parloteó con nerviosismo.

—¿Qué estás insinuando? —siseó Esther, echando chispas por los ojos.

—Mi ama... a don Diego le han visto varias veces cabalgando con ese mozo que trajo —consiguió articular la esclava, ante la mirada feroz de su ama.

Esther maldijo en voz baja de una manera muy poco femenina. Aquello era mortificante. Estaba dispuesta a todo para recuperar a Diego. No era que lo amara (en realidad no quería a nadie más que a sí misma), pero consideraba al capitán prácticamente de su propiedad y no deseaba que nadie se lo arrebatase. Desde luego, no hasta que ella lo decidiera. Aquella noche tendría lugar la fiesta que doña Úrsula había preparado en honor de su sobrino. Tenía pensado acicalarse para enloquecerlo de deseo. Ya vería Diego quién era ella.

La casa estaba iluminada por innumerables candelabros de bronce y plata. En una larga mesa, la cristalería brillaba bajo la luz oscilante de las velas. Los manjares se exponían en fuentes de porcelana para el disfrute de la treintena de comensales.

Pese a que Marina no quería asistir, doña Úrsula no le había dado opción. Al menos se había salido con la suya en lo de vestir como un muchacho, aunque ahora, a la vista de aquellos vestidos tan hermosos, no veía la ganancia. Sus pantalones de terciopelo negro hasta la rodilla, la camisa blanca con volantes en las mangas bajo el chaleco de brocado gris y la casaca de terciopelo hasta medio muslo, eran infinitamente inferiores comparados con los ropajes exquisitos de las otras mujeres.

Llevaba suelto el pelo que, ante la insistencia de doña Úrsula, había cepillado hasta que el cuero cabelludo pareció arder. No tuvo más remedio que acceder a ese castigo, pues la otra opción era ponerse una peluca con rizos castaños hasta los hombros, como llevaban muchos hombres en aquella fiesta. Puestos a elegir, cepillar cien veces su propio cabello no era tan malo. ¿Quién sabía qué tipo de «inquilinos» tendrían aquellas pelucas? Mejor no probarlo.

La cena resultó ser pantagruélica. Perdió la cuenta de los platos servidos al llegar a diez. Estaba claro que aquellas gentes no tenían problemas con el sobrepeso y disfrutaban de la comida sin preocuparse de nada más. Por suerte eran porciones pequeñas, que llegaban cortadas en pedacitos listos para llevar a la boca ¡con los dedos! No podía entenderlo. Durante esos últimos días habían usado el tenedor para comer. ¿Cómo era posible que no lo colocasen en una mesa de etiqueta como aquella? Tendría que preguntarlo.

Observó al resto de los comensales, que tomaban las pequeñas porciones con tres dedos y se las llevaban a la boca con toda tranquilidad, para después lavárselos en pequeños cuencos llenos de agua perfumada que tenían frente al plato. Nadie pareció sorprenderse o echar algo en falta.

La habían sentado a la mesa entre dos orondas mujeres que charlaban sin prestarle ninguna atención. Para pasar el rato y paliar el ostracismo se dedicaba a formar dibujos en el plato con la comida, a la espera del siguiente manjar.

—Como os digo, doña Juana —comentó la señora que tenía sentada a su izquierda—. He oído que el capitán Izaguirre ya no visita a la viuda de Muriel; parece ser que aquello ha terminado...

Ante la sola mención de Diego los sentidos de Marina se pusieron en alerta máxima. Dejó abruptamente de jugar con la comida para escuchar atentamente.

—Sí, sí, doña Antonia —añadió la interpelada—. La viuda está que echa chispas. Solo tenéis que verla... —Señaló disimuladamente a una mujer de penetrantes ojos sentada unos sitios más allá—. Hoy se ha preparado con esmero para reconquistarlo.

Las dos mujeres emitieron risitas de complicidad tras los abanicos, como dos colegialas.

—Doña Úrsula no ve la hora de casarlo...

—Ahora que ha dejado esa relación escandalosa, podría estudiar la posibilidad de emparejarlo con mi adorada Genoveva. —Los ojos de la mujer se posaron en una de las jóvenes que flanqueaban al capitán—. Convendréis conmigo, querida doña Antonia, que hacen muy buena pareja...

Marina ignoró el resto de la chachara y se fijó en la mujer a la que habían señalado antes. Mantenía la vista fija en el capitán mientras seguía la conversación con el caballero que tenía a su lado. El escote del vestido de brocado de seda negra terminaba en el nacimiento de unos pechos voluminosos, que mantenía comprimidos en el corsé. Le habían recogido el cabello en un complicado moño en lo alto de la cabeza. De la cara empolvada, en forma de triángulo invertido, destacaban unos calculadores ojos oscuros; la nariz era respingona y los labios, demasiado finos, estaban realzados con maquillaje. No era una belleza espectacular, pero sabía sacar partido a la que poseía. Como si supiera que era observada, su mirada buscó entre los comensales hasta dar con los ojos verdes de Marina. La miró con interés descarado y, una vez satisfecha la curiosidad, la ignoró por completo para concentrarse en Diego. Evidentemente, no la había reconocido como mujer o, —eso fue lo que más molestó a Marina— no la consideraba rival.

El capitán se hallaba situado a la mesa entre dos jóvenes solteras que le respondían entre rubores, con la cabeza gacha. A su diestra, la susodicha Genoveva, una rubia menuda, peinada con tirabuzones. Al otro lado, una muchacha más rellenita, de pelo castaño y sonrisa encantadora. De las dos damas, esta última era la que más entretenía al capitán, tal vez porque era la más osada de las dos y no se limitaba a esperar a que él le dirigiera la palabra para expresarse libremente.

Marina lo vio tabletear con los dedos en el mantel: se estaba aburriendo; no hacía falta ser un lince para detectar los síntomas del tedio. Sus miradas se cruzaron y ella le dedicó una sonrisa de conmiseración teñida de burla. Los

ojos acerados de Diego brillaron por el fastidio. Marina no pudo reprimir que una sonrisa de satisfacción le cruzara el rostro.

Ninguno de los dos se percató de la atenta vigilancia a la que eran sometidos por doña Úrsula desde la cabecera de la mesa.

Una vez acabada la cena, Marina, molesta por la cháchara incesante e insustancial de aquellas dos mujeres, optó por retirarse a su habitación. Los invitados se preparaban para el baile que tendría lugar en breves momentos. Le habría gustado asistir para ver de primera mano cómo eran, pero estaba abrumada con tanta comida y sudaba a mares bajo aquellas ropas de terciopelo. La cantidad de velas que iluminaban la estancia, junto con los más de treinta invitados, contribuían al aumento de la temperatura y permanecer en el salón se tornaba opresivo. ¿Cómo lo aguantaban?

Dejó en la mesilla la palmatoria con la vela para observar el vestido extendido sobre la cama. Era una prenda realizada en tela gruesa de color blanco, con florecitas de lavanda bordadas; el escote redondo estaba ribeteado con un lazo fruncido del mismo tono que las florecitas; las mangas estrechas se acampanaban a la altura del codo y caían casi hasta la muñeca; la falda era obviamente larga y muy fruncida en la cintura. En resumen, era un vestido precioso; por un momento deseó ponérselo y bajar a la fiesta.

—¿Qué pensaría, entonces, la famosa viuda? —musitó—. Qué más da lo que pueda pensar esa mujer. Después de todo, el capitán ya no está con ella.

«Ni contigo, muchacha», pensó, malhumorada.

Con un suspiro se quitó la casaca y, como nadie la vería, desabrochó el chaleco. Luego abrió la ventana para sentarse en el alféizar. Hasta ella ascendía el aroma intenso de los jazmines. La brisa removía su pelo y refrescaba el ambiente del calor diurno. Desató el lazo que cerraba la camisa en el cuello para dejar que el aire atemperara su piel. Si hubiera estado en su época se habría dado una ducha o, mejor aún, habría ido a nadar a la playa.

—Deja de torturarte con eso. No sirve de nada —se recriminó con un suspiro.

Debía hablar con el capitán. Explicarle que ella no podía continuar hasta América, sino que era indispensable regresar a San Sebastián. Aunque dudaba que él le hiciera mucho caso, debía intentarlo. ¿Qué pasaría, si al volver, el confesionario había desaparecido? ¿Qué ocurriría si no podía regresar a su época porque había rebasado el tiempo de permanencia en esta otra? Con cada día que pasaba sus posibilidades de cruzar a través del tiempo podrían estar agotándose sin remedio. No sabía cómo funcionaba eso.

El sabor de la bilis la exhortó a dejar de lado esos inquietantes pensamientos para evitar torturarse innecesariamente.

No había luna, la oscuridad solo quedaba mitigada por la luz que escapaba por los cristales de las puertaventanas del salón y por varias antorchas dispuestas a lo largo del jardín.

A través de las puertas ascendieron hasta Marina las notas de la música de cámara; el baile estaba comenzando.

Capítulo 32

En el salón de baile los músicos tocaban un minué para la concurrencia. Algunas parejas, ante la mirada atenta de las señoras, se deleitaban con los pasos de la danza. Diego no bailaba: no le gustaba hacerlo. Seguía, sin mucho interés, la conversación que un par de caballeros sostenía a su lado.

—Entonces... ¿tan mala es la salud de nuestro monarca? —preguntó don Luis de Vicuña, hombre de mediana edad casado con doña Juana, a don Vicente Hernández, un anciano viudo amigo del tío de Diego.

—Mucho me temo, mi querido amigo, que cierto es. En estos días solo se habla de quién podrá ser el heredero del trono.

—Fue un verdadero infortunio que el pasado año muriera José Fernando de Baviera... —comenzó don Luis.

—Sí, pero no tanto, si me permitís que os diga —interrumpió don Vicente—. No era más que un niño y España necesita un monarca mayor —apostilló, sacudiendo las mangas de su entallada chaqueta.

—Tenéis toda la razón. Ahora solo resta que se pongan de acuerdo con el pretendiente y el rey dicte su testamento —convino don Luis.

Otro hombre se unió a la pareja: don Leopoldo García. Aquel individuo disgustaba profundamente a Diego. De manera inconsciente fue a apoyar la mano en la empuñadura de su alfanje, pero no lo llevaba. Bastantes años atrás habían tenido un encuentro nada amistoso al amanecer. El capitán lo había retado a duelo ante la acusación inaceptable, por parte del otro caballero, de hacer trampas en las mesas de juego. El arma elegida fue un par de floretes de buen acero toledano. Diego resultó victorioso. Desde entonces la animadversión entre los dos había ido creciendo a pasos agigantados.

—Queridos caballeros, por lo que se oye por los mentideros de la corte, es posible que nuestro próximo monarca hable francés —aseguró don Leopoldo en tono pomposo.

—¿Pensáis, por ventura, que el duque de Anjou será el elegido? — preguntó don Luis.

El capitán no oyó la respuesta; su mirada vagaba por la habitación. Hacía un rato que no veía al muchacho y se preguntaba dónde podría estar. Seguramente ya se habría retirado; esas veladas no eran para alguien de su edad. No entendía el empeño de su tía por hacerlo asistir a la cena. Aquellos días doña Úrsula se comportaba de manera un tanto excéntrica con el muchacho.

—Perdonen vuestras mercedes... —La voz seductora de doña Esther interrumpió la conversación.

—¡Oh! Doña Esther, no os preocupéis... estamos para servirlos... —El anciano caballero se deshacía en cumplidos, los ojos fijos en lo que dejaba entrever el escotado vestido.

—Vos siempre tan zalamero, don Vicente. —Le golpeó con su abanico suavemente en la manga de la casaca—. El capitán Izaguirre prometió hablarme del nuevo semental que ha comprado... —inventó la mujer. Luego cogió a Diego del brazo, obligándole a seguirle el juego, so pena de tratarla de mentirosa delante de aquellos hombres. Algo que, como caballero que era, jamás cometería.

Tras despedirse de aquellos señores, salieron al jardín por una de las puertas que permanecían abiertas para ventilar el salón. Diego sintió los ojos de los tres caballeros clavados en su espalda. Sentía que dos de ellos lo miraban con envidia por la mujer que llevaba a su lado. El otro, por el contrario, con odio mal disimulado no exento de codicia.

—Diego, querido, estoy muy enojada contigo... —ronroneó—. No me has vuelto a visitar desde que llegaste... ¿Qué te tiene tan ocupado?

La mujer lo miraba con los ojos brillantes de expectación, frunciendo los labios con coquetería.

—Ya te expliqué que estaba recuperándome de unas fiebres —contestó, escueto.

Camaron lentamente a través del jardín, iluminados por las llamas de las antorchas que temblaban bajo el cielo oscuro. Casi por costumbre buscó la constelación de la Osa Mayor para, a continuación, localizar la Estrella Polar. La vio sobre el tejado de la casa, marcando con terquedad el norte. Se sintió atraído por la luz titilante de una vela que iluminaba el interior de una habitación del segundo piso. Sentada en el alféizar de la ventana se recortaba la figura del muchacho, con la cabeza alzada al firmamento. Aun en la penumbra pudo distinguir el brillo satinado de su piel y la columna esbelta de

su cuello, que le proporcionaba la apariencia de un camafeo de marfil. Para su profunda consternación, su cuerpo reaccionó ante la belleza serena que destilaba aquel muchacho.

¡Condenados infiernos!

—Debo confesarlo: he llegado a pensar que me habías abandonado por otra... —sugirió con tristeza doña Esther, ajena a los tumultuosos sentimientos del capitán—. Si es así... querría que me lo dijeras...

—No... En realidad, no he estado con otra mujer... —Lo confesó con resentimiento y se preguntó, por enésima vez, por qué no aceptaba lo que tan gustosamente le ofrecía aquella mujer y se dejaba de tonterías.

Sin pensarlo dos veces, la sujetó por la cintura y la atrajo hacía sí para besarla con ardor. Eran muchos los días que había pasado en un estado de excitación casi permanente y ya era hora de cambiar esa situación. Nunca había destacado por su celibato. Entonces, ¿por qué seguir mortificándose sin sentido? Comprendía que era el joven grumete y no Esther quien lo excitaba hasta perder la cordura, pero con alguno tenía que apagar aquella fiebre lujuriantes antes de que lo enviara a los infiernos.

Una esquirra de remordimiento se clavó en su conciencia por utilizar a la viuda para su desahogo. No era a ella a quien deseaba hasta el dolor y no estaba bien.

Esther, tan excitada o más que él, se pegaba al cuerpo de Diego como las lapas a los cascos de los barcos. La explosiva respuesta de ella a su beso alejó todos los escrúpulos que el capitán pudiera albergar.

Como siguiendo un acuerdo tácito, se encaminaron al cenador, casi oculto entre la hiedra y los setos de laurel. No había tiempo de buscar un lugar más adecuado. El vestido negro de Esther y su propia ropa les hacían invisibles en la noche; los invitados estaban tan ocupados con el baile, que no saldrían al jardín.

Al otro lado, en la casa, una ventana se cerró con violencia, pero los amantes estaban demasiado ocupados para enterarse.

—Doña Úrsula, me tienes preocupado —aseguró don Hernán mirando a su esposa con ojos bondadosos—. ¿Qué te inquieta, querida?

Estaban un tanto separados del resto de los invitados y podían hablar con cierta intimidad. Su esposa mantuvo los labios prietos en una fina línea sin soltar palabra. Su enfado era evidente y él quería saber qué le ocurría. Estaba

fuera de toda sospecha que cualquiera de los invitados se hubiera atrevido a desairarla de cualquier modo.

—Señora, ¿qué ha ocurrido? —preguntó, intrigado.

—Todo mi esfuerzo para nada... —suspiró, abatida y un tanto irritada—. Toda esta estrategia no ha surtido efecto.

—¿De qué estrategia hablas, Úrsula? —preguntó. Aunque no debería sentirse sorprendido después de tantos años casados, su mujer aún tenía el poder de asombrarlo en cualquier momento—. ¡Virgen santa! ¿Qué estás tramando ahora?

—No tiene importancia. No ha tenido el efecto deseado.

—Doña Úrsula... cuando hablas así me echo a temblar. Te lo pregunto por segunda vez. ¿Qué estás tramando, señora? —Ante el silencio obstinado de su esposa continuó—: Si tiene que ver con Diego, te prevengo de que se va a enfadar mucho. Creo que presionas demasiado a ese muchacho y no aguantará más.

—¿Que lo presiono demasiado? —siseó ella con los ojos echando chispas—. Si ese terco muchacho se hubiera casado ya, yo no tendría que estar devanándome los sesos para casarle. Sí, no me mires así, Hernán. ¿Es que, acaso tú no tienes ganas de verlo casado?

—Por supuesto que sí. Nada me gustaría más, pero no creo que presionarlo sea la solución adecuada.

Se atusó el bigote, sopesando la idea de contarle a su esposa el germen de duda que, desde hacía varios días, estaba anidando en su interior. No podría asegurar que sus sospechas tuvieran fundamento y a decir verdad esperaba estar equivocado. Lo más seguro es que a Úrsula le diera un ataque al enterarse, no por la situación, si no porque de ese modo la posibilidad de ser tía abuela como ella quería se iba a esfumar.

—Úrsula... eh... —¡Por el amor de Dios, qué difícil era decirlo!

—Vamos, Hernán, no es propio de ti titubear tanto para decirme algo, ¿qué sucede? —solicitó más calmada.

—Esto... ¿Has notado algo extraño en Diego desde que llegó?

—¿Extraño? No sé a qué te refieres... —parpadeó confusa.

No iba a ser tan fácil exponer sus dudas. Tomó aire antes de proseguir.

—Creo... Vamos, tengo la sospecha de que a Diego le gusta ese muchacho... Esto... Es posible que hasta esté enamorado de él...

Doña Úrsula estalló en carcajadas.

—¿Qué demonios te pasa, señora? ¿Qué te parece tan gracioso?

—¡Ay, don Hernán! Al fin lo has descubierto —comentó una vez pasado ese momento de hilaridad. Se secó las lágrimas con las yemas de los dedos—. Siempre he confiado en tu perspicacia, pese a que últimamente parece que no estás tan ágil como antes.

—¿Quieres decir que ya lo sabías? —inquirió pasando por alto la referencia a la edad—. ¿Estabas al tanto de que a Diego le gustan los hombres?

—¿Los hombres? ¡No! Por Dios, señor. Marino no es un muchacho, es una mujer.

—Creo, señora, que esto está llegando demasiado lejos... No me irás a decir que ese muchachito imberbe es una joven disfrazada, ¿verdad?

—Pues sí, lo es —respondió doña Úrsula con satisfacción.

Por un instante, don Hernán se preguntó si era posible morirse con tanta sorpresa.

—Por el amor de Dios, ¿qué hace vestida de ese modo? ¡Virgen santa! Un día de estos no voy a poder resistir tanto sobresalto. —Se enjugó la frente con un pañuelo de encaje. Una sospecha cruzó por su mente—. Úrsula, ¿Diego lo sabe? ¿Son amantes?

—No, nada de eso. Ese tonto muchacho cree al pie de la letra que Marina es lo que dice ser, y ella, que es tan tozuda como él, no quiere sacarlo de su error. ¿Entiendes a los jóvenes de hoy en día? —musitó contrariada.

—No, señora. —Se llevó la mano de su esposa a los labios para obsequiarle con un cariñoso beso en la palma, y se alegró al notar el estremecimiento que recorrió el brazo de ella—. Mucho me temo que los jóvenes de ahora son un tanto atolondrados. Pierden demasiado tiempo en necesidades...

Aquella mujer tenía el poder de excitarlo a pesar de los años transcurridos desde que se desposaron. Cuando alzó la vista a los ojos de Úrsula, después de acariciar cada pulgada de ese amado cuerpo con la mirada, el brillo fervoroso de sus ojos no dejó lugar a dudas.

—Estoy totalmente de acuerdo contigo, Hernán —aseguró ella con una apasionada sonrisa.

—Creo, mi señora, que deberíamos atender a nuestros invitados antes de que nos consideren unos pésimos anfitriones. Rezo para que se vayan pronto; tengo mejores planes para terminar esta noche. ¿No estás de acuerdo?

—Como siempre, señor, tienes toda la razón.

—Por cierto, señora, ¿qué quieres decir con eso de que mi perspicacia ya no está tan ágil como antes? —indagó él, fingiendo enfado.

Capítulo 33

A primera hora de la mañana, Marina se levantó dispuesta a todo. María, la doncella, le había llevado, como cada día, agua caliente para lavarse y sonrió de oreja a oreja cuando la joven le pidió que le ayudara a vestirse como una mujer.

—Ya era hora, señorita, de que abandonarais esas vestimentas de muchacho —comentó la doncella—. Doña Úrsula estará encantada de la decisión...

—¿Sabías que...? —preguntó, consternada, al tiempo que se ponía las prendas interiores.

—Por supuesto, señorita. —María emitió una risa por lo bajo ante lo absurdo de la pregunta—. Los paños. Aunque vos los habéis limpiado, los descubrí hace unos días...

La doncella se refería, por supuesto, a los paños que había utilizado durante los días de su período y que doña Úrsula le había proporcionado en cuanto le comentó que los necesitaría en breve. El artilugio de tela que le llevó era lo que se podría denominar el precursor del tanga y en el que se ataban, por medio de cintas, los paños que a modo de compresas caseras servían para recoger el flujo menstrual. Muy ingenioso, si no fuera porque no era de usar y tirar. Incomodidades de la época.

—¿Quién más lo sabe? —indagó intranquila, sujetando a la cintura el armazón que daba forma a la falda.

—No os preocupéis, señorita. Solo lo sabemos las mujeres de la casa... —aclaró, pasando el vestido sobre la cabeza de Marina. Luego comenzó a abotonarlo a la espalda—. ¡Ya está! ¡Oh, señorita! Estáis realmente... preciosa. Tenéis un pelo maravilloso, tal vez un poco corto, pero ya crecerá. Os lo peinaré a la moda. Mi hermana dice que se me da muy bien hacerlo...

Marina dejó de escuchar a María, que parloteaba emocionada por la transformación de la joven. Solo pensaba en bajar al comedor para desayunar.

Quería que el capitán la viera con su nueva apariencia, aunque para ello tuviera que llevar más capas que una cebolla con toda aquella parafernalia de faldas, enaguas, tontillos y demás. Esperaba llegar antes de que abandonara el comedor; su acicalamiento estaba llevando más tiempo del que había pensado en principio. Tendría que calcular esa demora para días sucesivos.

Después de verlo con su amante en el jardín, había pasado una noche horrible.

¿Cómo explicar lo que sintió en aquel instante? El desconcierto total al descubrir que se sentía celosa. Sí, celosa como nunca antes lo había estado; aunque sabía que aquellos celos eran irracionales, no podía evitarlos.

Durante la travesía del barco no había tenido ocasión de competir con nadie: todos eran hombres y el capitán no tenía esas inclinaciones. Después, una vez llegados a la isla, Diego no había dado muestras de estar con ninguna mujer. Los últimos cuatro días los habían pasado juntos, cabalgando por los alrededores de la ínsula, por lo que la posibilidad de estar con su amante se había reducido al mínimo. Las señoras con las que compartiera mesa lo confirmaron durante la cena, al asegurar que entre el capitán y su amante todo había acabado. Sin duda estaban equivocadas. Ella había sido testigo de cómo la abrazaba y besaba.

Por ese motivo había abandonado sus vestimentas de hombre: para demostrar que, bajo aquellas prendas de muchacho, había una mujer.

Se observó inquisitivamente en el espejo de plata bruñida. El corpiño del vestido le realzaba el pecho y la cintura parecía diminuta frente a la anchura de la falda. Nunca había sentido apego por las ropas femeninas tan recargadas. De niña no jugaba a príncipes y princesas, como sus compañeras de colegio; por el contrario, ella solía jugar con los niños a sus juegos. Pero ahora, al verse tan hermosa, entendió por qué ellas anhelaban tanto ser las princesas del cuento. El escote redondo del vestido dejaba a la vista la piel blanca que el sol, por suerte, no había quemado durante los días pasados en el mar. Sus hombros y el nacimiento del pecho tenían una tonalidad cremosa muy atractiva.

Marina ahuecó el lazo de color lila del escote y de las mangas. Tocando con reverencia la tela blanca, repasó con un dedo las florecitas de lavanda bordadas con tanto primor por toda la prenda. Mientras, María le sujetó el pelo en un pequeño moño alto adornado con una puntilla de encaje. Varios mechones rizados caían a ambos lados del rostro para enmarcarlo y darle una apariencia más dulce.

«Nunca hubiera pensado que podía estar tan guapa», pensó. «¡Prepárate, hombre de acero!».

—¡Oh, señorita! —exclamó la doncella, extasiada ante Marina—. Podéis estar tranquila; el capitán sin duda se quedará sorprendido.

Marina boqueó como un pez; empezaba a sospechar que aquellas personas tenían un sexto sentido para captar lo que ocurría en la casa. Cerró la boca y, sacudiendo la cabeza con incredulidad, se dirigió a la puerta para bajar al comedor. Como no estaba acostumbrada a utilizar aquellos armazones que sobresalían bajo las faldas, chocó contra los marcos de la puerta de manera poco elegante.

—¡Ay, *ama!*, qué difícil es andar con esta cosa... —farfulló, intentando atravesar el umbral sin destrozar el miriñaque en el intento.

—Señorita, debéis giraros un poco para pasar de costado —aconsejó María, aguantando las ganas de reír—. E intentad caminar con pasos más cortos.

—Parece ser que anoche volviste a tu antigua relación con la viuda de Muriel —afirmó doña Úrsula durante el desayuno—. No creo que esa situación me agrade más ahora que antes...

Diego se limitó a emitir un bufido por toda respuesta. A él tampoco le agradaba mucho la experiencia pasada la noche anterior.

Había besado a Esther con ansia. En aquel momento estaba muy enfadado, fruto de los días que llevaba deseando con desesperación al enclenque muchacho. Verlo tan hermoso, con la luz de las antorchas reflejándose en la piel nacarada, fue más de lo que su cuerpo pudo soportar sin estallar. ¿Por qué no podía ser una mujer? Eso simplificaría mucho las cosas. Por mucho que deseara al maldito grumete —y lo deseaba hasta la desesperación—, no se imaginaba acostándose con él. Era poco más que un niño, por Dios. Se sentía como uno de esos degenerados a los que aborrecía.

Una vez se hubieron sentado en los bancos del cenador, Esther procedió a liberar, con manos expertas, el miembro erecto de Diego y, sin más, se sentó a horcajadas sobre él para facilitar la penetración. Fiel a su costumbre y pese a lo que recomendaba la moda imperante, no llevaba tantas enaguas que pudieran estorbar; tampoco su miriñaque era el armazón rígido de rigor. Viendo que lo tenía todo tan preparado, Diego no pudo menos que preguntarse en cuántas ocasiones se habría visto en la misma situación.

Todo había acontecido de manera rápida y mecánica. Aquello no fue, en ningún momento, un acto de amor, sino una cópula entre dos seres con una urgencia básica que necesitaban saciar. Y que terminó enseguida.

Eran amantes desde varios años atrás y Diego nunca, hasta ese instante, se había sentido tan vacío, tan solo. No es que antes hubiera estado enamorado de ella, no. Esther era una mujer y él un hombre con necesidad de pasar un rato agradable; no habían pedido más y eso era lo que habían obtenido: momentos gratos y placenteros. Entonces, ¿por qué ahora deseaba algo más? ¿Por qué no se conformaba? Aún no tenía respuesta a esas preguntas. Pero algo tenía claro: no volvería a pasar por una experiencia semejante.

Debía aclarar las cosas con Esther. Pese a que intuía que no iba a ser nada grato para ninguno de los dos, era obligatorio hacerlo. No quería demorarlo más, sobre todo porque presentía que ella comenzaba a hacerse ilusiones respecto a reanudar la relación.

—¿Supongo que recordarás la fiesta que esta noche da doña Juana en su casa? —preguntó doña Úrsula, untando un pedazo de pan en el chocolate caliente—. Me he permitido aceptar en tu nombre. Anoche conociste a su hija Genoveva. Una muchacha encantadora.

—No, no lo había olvidado, pero me gustaría rehusar esa invitación. No me apetece sentirme como un toro en una feria de ganado —contestó Diego, malhumorado.

La mujer no pudo evitar una carcajada ante el ejemplo de su sobrino pues, en realidad, sentado a su derecha, con sus ropas negras y aquel ceño en su rostro, bien parecía un toro a punto de embestir contra la capa del torero.

—Si te decidieras a tomar esposa...

—Úrsula, habíamos acordado no presionar al muchacho —recordó don Hernán, lanzando una significativa mirada a su mujer desde el otro extremo de la mesa.

—Lo sé, Hernán, pero es que necesita que le recuerden que ya es tiempo de...

—¡Basta ya! He dicho en repetidas ocasiones que no quiero casarme. Primero he de encontrar al que causó la muerte de mi padre —barbotó el capitán, iracundo.

—Diego, querido. Tu padre, mi hermano, no volverá. —La mujer trató de contener las lágrimas—. No creo que él fuera un pirata, eso está fuera de toda duda. Con todo, reconozco que tienes que vivir, continuar. Debes fundar una familia. Algún día habrá justicia y se sabrá la verdad. Tu tío Santiago tiene mucha influencia y está investigando por su cuenta. Si bien aún no ha

encontrado nada, a juzgar por lo que me escribe, no hay que desesperar. ¿Lo visitaste en San Sebastián?

Diego sacudió la cabeza, enojado.

—No, a decir verdad, no me dio tiempo a verlo. Precisamente después de que me robaran el medallón fui a visitarlo, pero no estaba; más tarde alguien me delató y hube de zarpar a toda prisa. La próxima vez trataré de hablar con él. Tengo la esperanza de que en estos años haya descubierto algo. En San Sebastián hablé con un comerciante con el que solíamos negociar. Yo iba disfrazado y no me reconoció. Me contó que varias personas de la ciudad hablaron a favor de mi padre, pero que no sirvió de nada.

El matrimonio se miró extrañado por esa novedad.

—No sabíamos que nadie, además Santiago, hubiera defendido a Francisco —comenzó doña Úrsula, sacudiendo la cabeza con incredulidad—. Tal y como mi hermano redacta en sus cartas, las pruebas eran tan concluyentes que no dejaron lugar a dudas y nada que se pudiera decir o hacer habría servido para librarlo de la horca.

—Es una situación de lo más enigmática, si se me permite decirlo. Cualquiera que tuviera la suerte de conocer a Francisco podría asegurar que él jamás haría algo a...

Las palabras de don Hernán se vieron interrumpidas al abrirse la puerta del comedor y los tres se volvieron para ver quién entraba.

Capítulo 34

—¡Ah, buenos días, Marina! Estás verdaderamente preciosa —sentenció doña Úrsula con una sonrisa de oreja a oreja, al tiempo que se levantaba para salir al encuentro de la joven.

—Gracias, el vestido es muy bonito —apoyó Marina, levemente sonrojada y satisfecha por haber podido entrar sin ponerse en ridículo chocando contra la puerta.

—Diego, querido, ¿no la encuentras deliciosa? —indagó la mujer, mirando a su sobrino.

La joven esperó la respuesta del capitán con el corazón acelerado por la expectación. Él la miraba con la boca abierta, al parecer incrédulo ante lo que estaba viendo, pero a la vez complacido. Lo vio parpadear asombrado e incluso levantó la mano y flexionó los dedos como si quisiera tocarla y no se decidiera a hacerlo. Sus ojos acerados la recorrieron de arriba abajo demorándose en todos los detalles con un brillo casi febril. Ella notó el calor de aquella mirada por todo su cuerpo y no pudo evitar estremecerse ante la sensación tan placentera que la invadió.

¡La deseaba! Podía verlo en sus ojos oscurecidos por el ardor, que la miraban como si fuera a comérsela de un momento a otro. Se dejó atrapar por aquella penetrante mirada gris. Estaba tan ensimismada que, sin darse cuenta, dio un paso adelante para acercarse más al capitán. Quería tocar aquella mano que seguía alzada. Anhelaba acariciar sus dedos, su mano, su brazo, su rostro atractivo y viril.

Como si saliera de un trance, el hombre parpadeó y sus ojos adquirieron el brillo frío del acero. Estaba enfadado, muy, muy enfadado.

—¿Qué demonios es esto? —inquirió Diego, volcando la silla por la rapidez con que se levantó—. ¡Exijo una respuesta! ¿Qué es toda esta mascarada?

Con un paso se acercó a la muchacha y, agarrándola por los hombros, la sacudió con fuerza. Marina notó la furia a través de los dedos del capitán, que se clavaban en su piel con determinación. Sintió el control que ejercía para no lastimarla a pesar de la ira que lo embargaba. En su cara había tormento y dolor. Las arrugas de su frente, tan profundas como un campo recién arado. Los ojos tormentosos; iracundos.

Marina sorprendida por ese cambio tan brusco se quedó paralizada entre sus manos.

—Diego, no creo que esos sean modales para tratar a una señorita — amonestó don Hernán, levantándose de la mesa.

—¡Diego! ¡Haz el favor de comportarte como un caballero! —ordenó doña Úrsula con enojo—. Le vas a hacer daño.

Durante un instante Diego no contestó, como si no hubiera oído las palabras de sus tíos. Parecía tener la mente muy lejos de allí. La joven sentía sus ojos clavados en ella, sus dedos apresándola por los hombros con determinación. Los pulgares del capitán acariciaron distraídos la piel blanca al borde del escote del vestido provocando en Marina sensaciones demasiado peligrosas. Se estremeció sin poderlo evitar y ese leve movimiento pareció despertar a Diego de su ensoñación.

—Mira, tía, estoy empezando a hartarme de estos juegos... ¿Cómo se os ha ocurrido disfrazar al chico de mujer? —preguntó el capitán, exasperado. Soltó a la joven como si quemara y la miró, irritado—. Ve a cambiarte, antes de que te dé una azotaina por vestirte así.

—¡Chico! —gritó Marina fuera de sí; los brazos en jarras. El apelativo había conseguido sacarla de sus casillas—. Estoy más que empachada de tanto chico por aquí y chico por allá. ¡No soy un chico! ¡Soy una mujer! ¿Me habéis entendido, capitán? ¡Soy una mujer! Y vos... vos no sois capaz de reconocer una aunque la tuvierais delante de vuestra arrogante nariz.

Diego la miró de arriba abajo, estupefacto. Sus ojos reflejaban mil emociones distintas. Por unos segundos su cara perdió todo vestigio de color, antes de tornarse púrpura por la rabia de saberse engañado durante tanto tiempo. Inspiró para hablar, pero la furia le impidió hacerlo. Abrió la boca. La volvió a cerrar y apretó la mandíbula tan fuerte que sus labios se pusieron blancos. Sus manos se estrujaban espasmódicamente en sendos puños a los costados. No habría estado más crispado de ser de piedra. Parecía como si se fuera a romper en mil pedazos de un momento a otro.

Cuando Marina pensaba que no podría aguantar más esa tensión, Diego, sin más, salió del comedor dando un portazo.

—Vaya, vaya, era de esperar que se enfadase; por lo demás, creo que nunca lo había visto perder el control como hoy. —Don Hernán se sentó otra vez a la mesa—. Siento mucho que hayas tenido que presenciar esto, muchacha. De nada sirve decir que deberías haberle dicho antes quién eras. ¿Quieres un chocolate, querida?

—Maldito arrogante —murmuró Marina, mirando a la puerta. Se llevó las manos al pecho, tratando de recuperar el ritmo normal de respiración bajo aquel corsé tan apretado—. No, gracias don Hernán, creo que se me ha quitado el apetito.

—No te preocupes, querida, ya se le pasará. Supongo que anoche los viste... —Doña Úrsula no especificó a quién, no hacía falta—. Y por eso hoy has decidido vestirme con propiedad. Anda, muchacha, siéntate y toma algo —animó, tomando asiento ella misma.

—Sí, los vi desde la ventana. —Se sentó frente a su interlocutora, cuidando de colocar bien la inmensa falda para no arrugarla más de lo imprescindible. Notaba las manos temblorosas; aún seguía conmocionada por lo sucedido escasos minutos antes. Intentó relajarse, pero al recordar lo que vio la noche anterior en el jardín, la rabia volvió a marcarla—. Creía que esa relación ya estaba terminada —murmuró, conteniendo a duras penas los celos.

—Yo también, pero bien parece que no es así. Por cierto, esta noche iremos a la fiesta de doña Juana y don Luis de Vicuña, y tú llevarás un vestido. ¿Está claro? —interrogó mientras señalaba con la cuchara a la muchacha, con los ojos grises bailando de alegría—. En cuanto desayunes nos prepararemos para ir a la iglesia.

—No creo que deba ir a esa fiesta...

—Tonterías, niña, ¿no quieres que él se fije en ti? La fiesta será un lugar estupendo —aseguró la dueña de la casa—. No admito negativas de ninguna manera —sentenció cuando ella hizo amago de protestar.

—Sí, señora —aceptó la joven de mala gana.

Marina, por una parte, estaba molesta por la falta de apreciación del capitán y, por otra, entendía el enfado que lo había dominado. A ella tampoco le hubiera gustado sentirse engañada durante tanto tiempo. A decir verdad, tras los paseos de los últimos días, se arrepentía de haberle ocultado qué era en realidad. No había sido sincera con el capitán, que le contaba tantas cosas de su vida y su familia. Si ahora él se enfadaba no podría reprochárselo.

¿Si se enfadaba? ¡Vaya eufemismo! El capitán estaba más que enfadado. Furioso, sería más adecuado decir. Ni siquiera el día de la tormenta lo había

visto tan colérico. Rezó para que se le pasara pronto y la perdonase.

—¿Disfrutaste anoche de la fiesta, Marina? —indagó don Hernán.

—Sí. La casa estaba muy bonita, pero... —Marina dudó. No estaba muy segura de cómo se tomarían sus anfitriones la cuestión de los tenedores.

—Habla, muchacha, ¿qué problema viste? —indagó doña Úrsula intrigada.

—Bien, estos días, durante las comidas, he podido comprobar que se utilizan los tenedores, pero anoche faltaban...

La mujer sonrió, encantada por la observación de la muchacha.

—A muchas personas de esta isla no les parece, digamos, adecuado ese utensilio. De hecho, lo consideran *instrumentum diavoli*. —Chasqueó la lengua con fastidio—. Yo, personalmente, lo prefiero. Veo que tú también, incluso te manejas con ellos mejor que nosotros.

—¿Desde cuándo los utilizáis? —preguntó interesada.

—Diego los trajo después de un viaje por Italia. ¿Recuerdas, querido? —Miró a su esposo que cabeceó de acuerdo con ella—. Según parece allí es un instrumento de uso común y se considera una falta de buenos modales comer sin él. Al principio nos olvidábamos del tenedor, pero más tarde fue fácil utilizarlo. Naturalmente, y como constataste anoche, cuando tenemos invitados no lo ponemos.

Marina asintió, sorprendida por el hecho de que un utensilio tan común en su época fuera todo lo contrario en ese siglo.

Diego, en el camarote principal, revisaba las ganancias obtenidas por la venta de parte de la mercadería. Por lo visto, en la isla estaban algo escasos de tejidos y prácticamente lo habían vendido todo. Llevaba un par de horas sentado ante los libros de cuentas, tratando de sacar de su memoria la imagen del muchacho vestido con prendas femeninas. ¡No, del muchacho no... de la joven! Ella lo había gritado bien alto. Probablemente la habían oído todos los habitantes de las islas vecinas.

¡Maldita fuera! La conocía desde hacía poco más de un mes y en ese tiempo casi le había vuelto loco de deseo. Le mortificaba la atracción que sentía por un muchacho y se había cuestionado en muchos momentos sus preferencias sexuales hasta el punto de no tener muy claro cuáles eran. Y ahora, después de haberlo tenido al borde de la locura todo ese tiempo, la muy ladina se presentaba vestida como una doncella pudorosa. ¿Por qué demonios no se lo había dicho desde el principio? ¿Por qué había ocultado su condición

durante todo ese tiempo? Y lo que era peor, ¿cómo diablos no se había dado cuenta él antes de que no era un muchacho? Estaba perdiendo facultades; antes no se le habría pasado por alto.

Quizá había estado demasiado obsesionado con el robo del medallón y la falta de datos sobre el asesinato de su padre como para percatarse de ello. Pese a que buscó excusas para su falta de perspicacia, no encontró ninguna lo suficientemente aceptable.

Ella había jugado tan sucio como un vulgar pirata. Creía que le tenía confianza, al menos él se había sincerado con ella mientras cabalgaban. ¡Por todos los demonios!

Su tío no pareció muy sorprendido al verla, estaba claro que ya lo sabía. Era ignominioso que fuera él el último en saberlo. ¡Maldición! ¿Cuántos más lo sabrían?

Los golpes en la puerta cortaron las cavilaciones de raíz.

—Buenos días, mi capitán —saludó maese Isaac con una sonrisa—. ¿Está todo bien?

—Buenas, maese. Sí, está todo bien —murmuró, cerrando el libro de contabilidad—. No sabía que había tal demanda de tejidos aquí.

—No, esta es la primera vez. Normalmente ellos fabrican buenos tejidos de seda, pero este año la producción ha sido menor y se han quedado sin género —explicó el contraamaestre—. El aceite también se ha vendido muy bien. ¿Qué tal el muchacho?

Diego lo atravesó con la mirada y quedó desconcertado ante la sonrisa de su contraamaestre.

—¿Qué os causa tanta gracia, maese? —pidió intrigado—. Parecéis el gato que se comió el ratón.

—¡Oh, nada, nada! —Sacudió las manos restando importancia y tratando de controlar la risa—. Solo quería saber cómo estaba...

Algo en el tono de su segundo lo puso en guardia. El contraamaestre lo sabía. La sensación fue como un mazazo en la cabeza. Apretó los dientes hasta que rechinaron y temió partirlos. ¡Por todos los diablos del infierno!

—¿Desde cuándo lo sabéis? —interrogó, hastiado. Todos lo conocían antes que él, se sentía estúpido. Era demasiado vergonzoso para soportarlo.

—No... os preocupéis, capitán... tan solo lo confirmé... unos días antes de arribar a la isla —consiguió articular entre carcajadas—. Confieso que me habría gustado estar allí para veros la cara, capitán. Sí, quién fuera mosca en aquellos momentos. Mas decidme, capitán, ¿cómo fue que os enterasteis?

Diego suspiró con cansancio.

—Esta mañana ha bajado a desayunar con un bonito vestido y os podéis imaginar... ¡Qué tonto he sido! —confirmó cabizbajo. Se frotó la frente—. He sido engañado como un chiquillo. ¡Pero por Dios que se va a enterar! —bramó. Encolerizado, golpeó la mesa con la palma de la mano.

—Permitidme aconsejaros, capitán, que primero le preguntéis el porqué de ese engaño; algún motivo tendría para actuar de ese modo —sugirió el contraamaestre—. Después de todo, hay que tener en cuenta que se hallaba prácticamente secuestrada, a bordo, con un montón de hombres desconocidos.

—Eso lo entiendo, pero ¿por qué continuar con la farsa una vez que llegamos a la casa de mis tíos? —Se mesó el cabello con furia apenas contenida—. Ha permitido que continuase tratándola como un joven cuando no lo era, y mis tíos, en detrimento mío, la encubrían como vulgares cómplices. ¡Cómo se habrán divertido a mi costa!

Maese Andrés golpeó la puerta antes de entrar interrumpiendo la conversación.

—Buenos días, capitán... maese Isaac... —les saludó—. Solo quería saludaros y preguntar cómo va vuestra espalda. Bueno, también saber... ¿cómo está Marino? No lo he vuelto a ver desde que bajó a tierra. Pensaba que tal vez vendría alguna vez por aquí. ¿Qué ocurre? —preguntó intrigado por el ceño de su capitán y por las estruendosas carcajadas del contraamaestre, que amenazaban con quebrar los mamparos.

—Nada, nada... Es solo que ahora resulta que nuestro Marino es una linda muchacha —aseguró el viejo marinero, acariciando su pipa con una sonrisa malévola—. ¿Sabíais algo?

El maestro de armas se quedó desconcertado.

—¿Que es una mujer? ¿Estáis seguro? ¡Santo Dios! —aulló, mesándose el cabello.

—No blasfeméis muchacho —le reprochó, iracundo, el contraamaestre.

—Lo siento, maese Isaac, pero es que me habéis dejado asombrado. Nunca hubiera imaginado que Marino no fuera lo que decía ser —admitió el maestro de armas, sacudiendo la cabeza, confundido—. ¡Una mujer! ¡Santo Di...! —se contuvo a tiempo y sonrió avergonzado al contraamaestre—. Aunque en ocasiones me extrañaba mucho su forma de conducirse, su delgadez, su cara tan... Demasiado guapo para ser un chico —reflexionó y se encogió de hombros—. Debo decir que me alegra profundamente saber que es una mujer... Eso aclara muchas cosas.

La carcajada de Isaac resonó en el camarote.

—¡Ah! ¡Por todos los demonios del Averno! Vos también estabais cautivado por él. —Fue más una afirmación que una pregunta—. Debe de ser la sangre joven...

Maese Andrés enrojeció hasta la raíz del pelo y clavó la vista en la puntera de sus botas para no mirar a los dos hombres.

—¡Maldita sea, contraмаestre! Dejad de bromear con el asunto —le conminó Diego, fulminándolo con la mirada.

Los tres hombres quedaron momentáneamente en silencio. El capitán, aún furioso, era incapaz de quedarse quieto. Andrés sonreía de forma beatífica. Diego intuyó que, por unos días, se había sentido tan perdido como él con respecto a sus preferencias sexuales y ahora estaba más tranquilo. Isaac Perales observaba a su capitán con la satisfacción pintada en su cara arrugada.

—Vaya, vaya, capitán, esto lo cambia todo. ¿Qué vais a hacer ahora? —inquirió el contraмаestre, frotándose el mentón—. ¿Queréis continuar el viaje hasta las Américas o, por el contrario, regresamos a San Sebastián para devolver a la muchacha a sus parientes?

—Creo que lo más adecuado sería volver a San Sebastián; su familia estará acongojada —sentenció el capitán, apesadumbrado.

Llevarla de regreso era lo correcto. Si hubiera sido un muchacho, su abuelo podría estar preocupado, aunque bien pudiera pensar que el chaval había salido en busca de aventuras; no sería el primer caso. Al ser una mujer la circunstancia cambiaba drásticamente. Su abuelo podía conjeturar que le había ocurrido cualquier cosa. Y una mujer era, por regla general, más vulnerable que un hombre, por joven que este fuera. Por no hablar de su reputación. ¡Por el amor de Dios! Ahora era algo a tener en cuenta. Demonios, ¿cómo podía pasear por la ciudad vestida como un muchacho? Eran muchas las cosas que tenía que aclarar con la maldita joven.

A su mente llegó la imagen de ella ataviada con aquel vestido blanco. Tenía que reconocer que estaba realmente hermosa. Si ya se lo había parecido con sus viejas ropas, con un atuendo femenino era arrebatadora. Lamentó la ira que le había embargado porque por ese motivo no pudo embeberse de todos los detalles. Tenía grabados en las retinas los ojos verdes de la muchacha que lo miraban confundidos y sus voluptuosos labios entreabiertos por la sorpresa. ¿Cómo sería acariciarlos? ¡Demonios! Deseaba comérselos a besos y seguir...

—Entonces, capitán, ¿cuándo nos preparamos para partir? —preguntó el contraмаestre, sacando a Diego de sus lascivas meditaciones.

—Lo antes posible. —Carraspeó para apartar de su mente la imagen de la joven. Luego, pensó a toda prisa—. Avisad a los hombres para que preparen todo. Que se acorte el bauprés y se retiren los foques. De alguna manera habrá que alterar el *Tritón* para que sea difícil reconocerlo. No queremos que nos reciban en el puerto con andanadas de artillería. ¿Cuánto tiempo creéis que será necesario para tenerlo todo preparado?

—Calculo que unos cuatro días... Habrá que cerciorarse de que tenemos todo el material para hacerlo —vaticinó Isaac.

Capítulo 35

En el salón de doña Juana, más de cincuenta invitados se reunían en pequeños grupos para conversar. Algunas mujeres —tal como doña Úrsula había predicho aquella misma tarde— habían murmurado al ver entrar a Marina con un encantador vestido verde mar que resaltaba el tono de sus ojos.

Pero, al momento habían aceptado el cambio sin problemas. La alta sociedad isleña era muy permisiva con las excentricidades de la juventud.

Doña Úrsula se mostraba encantada con la joven que Diego había llevado a casa. En ella veía la solución a sus problemas: era la mujer perfecta para su terco sobrino. Sí, hacían una hermosa pareja. Solo había que esperar a que el obstinado capitán se diera cuenta. ¡Lástima de la terquedad que ostentaban los Izaguirre, ella incluida! Si conseguía que Diego dejase de sentirse agraviado por la mentira, confiaba en que el romance estaría asegurado, después de todo, si antes se sentía atraído, ahora con mayor motivo.

—Bueno, querida, esperemos que esta noche nuestro adorado sobrino se comporte como corresponde —sonrió don Hernán de medio lado.

—Eso espero yo también.

Buscó por el salón, con la esperanza de que Diego se hubiera dignado a aparecer, pero seguía sin presentarse.

«Dichoso muchacho obstinado y terco».

A Marina le temblaban las piernas ante la magnificencia de aquel baile. Se sentía como la Cenicienta del cuento. El vestido era una creación en seda verde, con un escote trapecio bastante bajo, adornado con una ancha puntilla de encaje finísimo. Las mangas eran estrechas desde el hombro hasta el codo y rematadas con el mismo encaje que el escote. La falda se abría en el centro para dejar ver una enagua de seda blanca con pequeños bordados en el mismo tono verde que el vestido. Unos zapatos blancos de fina piel y los guantes

completaban el atuendo. No llevaba ninguna joya, solo unos pasadores de plata para sujetar el cabello rojizo en un moño alto, del que escapaban unos mechones rizados que acariciaban sus hombros.

Se sentía hermosa como nunca antes.

Percibió sobre sí, en varios momentos, la mirada venenosa de doña Esther, con una intensidad rayana en lo descortés. Si hubiera sido cierto el dicho de que las miradas matan, ella estaría criando malvas desde el momento en que cruzó el umbral del salón.

La viuda llevaba un vestido negro recamado con pequeñas cuentas de azabache que formaban ramos de flores. Era obvio que estaba muy versada en el arte de la seducción, a juzgar por los estudiados movimientos de abanico que atrapaban la mirada en su pecho, apenas cubierto y en peligro de salirse a cada inspiración. Al captar la mirada de la joven, doña Esther alzó una fina ceja negra y la miró de arriba abajo. Detuvo los ojos en el escote de Marina, mucho menos voluminoso que el suyo, con una sonrisa irónica y complacida a la vez. La insinuación era evidente.

Tratando de no mostrar lo mucho que le contrariaba esa alusión a su físico, ignoró a la mujer y a sus irritantes miradas para disfrutar de la magnífica estancia.

Desde que llegaron a la casa doña Úrsula y don Hernán no la habían dejado en ningún momento sola. Pero ahora que ellos se habían ido a saludar a otros vecinos, varios jóvenes vestidos con trajes coloridos se arremolinaron a su lado.

Todo parecía sacado de una película de época y decidió disfrutarlo. Si no hiciera tanto calor sería feliz. Se sentía muy femenina con aquel vestido. Como si fuera Scarlett O'Hara rodeada de un montón de pretendientes. Ella tenía tres, ¿por qué no aprovecharlo?

—Señorita Marina, ¿querríais bailar esta pieza conmigo? —solicitó un joven.

El primer problema: ella no sabía bailar aquellas danzas.

—Os ruego que me perdonéis. Me siento un poco mareada... —improvisó. Y casi rio por la facilidad con que lo había hecho.

—Tal vez, señorita Marina, os apetezca sentaros cerca de la puerta que da al jardín —sugirió otro de los jóvenes.

—Sería muy agradable...

Los tres caballeros la abandonaron momentáneamente, mientras competían entre sí para buscar una silla libre. Se dio aire con el abanico.

Notaba la camisola bajo el corsé empapada. Ese tipo de vestimenta tenía sus inconvenientes.

—¿No preferiríais salir al jardín? Presiento que tenemos una noche muy agradable —aseguró un hombre junto a ella—. Podríais sentaros en la terraza, cerca de las puertaventanas. Doña Juana tiene unos sillones muy cómodos allí.

Marina se volvió para mirarlo. Ya se había fijado antes en él, durante la cena. Era un hombre atractivo de unos treinta y cinco años. Llevaba una peluca larga y rizada que le caía hasta los hombros, muy a la moda. Una casaca y unas calzas hasta la rodilla de brocado azul cobalto; un chaleco de seda azul claro y una camisa blanca con chorreras en el cuello y en los puños.

Se parecía a Ashley Wilkes. No estaba mal, pero a ella siempre le gustó Rhett Butler.

—No hemos sido presentados —admitió el desconocido ante el silencio de ella—, pero me voy a tomar el atrevimiento de saltarme ese convencionalismo. Soy don Leopoldo García, para serviros. —Se inclinó y, tras tomar la mano de la joven, se la besó en el dorso.

«Reconoce que lo que te gustaría es que el capitán te hiciera esos cumplidos», le amonestó su voz interior.

Apretó los dientes ante esa certeza, con la que no quería mostrarse de acuerdo.

«Ese energúmeno puede irse al infierno».

Apartó esos pensamientos y sonrió a don Leopoldo. Salir a la terraza era justo lo que necesitaba para refrescarse un poco.

—Estaría encantada, don Leopoldo —consintió. Y cerró el abanico antes de precederle.

—Pero... señorita Marina, ya tenemos vuestra silla... —aseguraron casi a coro los tres jóvenes al ver que se dirigía a la terraza.

—Lo siento —se excusó con sinceridad—. Hace mucho calor. —Salió, dejándolos defraudados.

La noche era muy cálida, como suelen serlo las noches en las islas. A lo lejos se oía el rumor de las olas. La luz de un par de antorchas iluminaba la terraza.

—Como podéis comprobar, hace una noche magnífica —repitió el caballero, ofreciéndole uno de los sillones de mimbre que había fuera.

—Gracias. Sí, dentro hace demasiado calor —respondió cuando terminó de colocar la falda adecuadamente.

—Debo decir que sois una mujer desconcertante, ¿acostumbráis a vestir de hombre? —preguntó sin moverse de su lado.

«Solo cuando viajo en el tiempo».

—No, en realidad no tengo esa costumbre...

—¡Ah! De cualquiera de las dos formas, estáis bellísima —la aduló el caballero.

—Gracias, sois muy amable. —Se ruborizó, poco acostumbrada a esas muestras de galantería y volvió a pensar por enésima vez en el capitán y en su ausencia de la fiesta. ¿Dónde se habría metido?

«Al menos, sé que no está con la viuda esa», se consoló.

—Me preguntaba si el capitán Izaguirre y vos... —Alzó una ceja al tiempo que apoyaba una mano sobre el respaldo del sillón.

«Caray, no se anda por las ramas».

—No sé a qué os referís, señor —contestó muy seria. Luego abrió el abanico recordando tardíamente que existía un lenguaje con ese artilugio. Esperaba no estar diciendo nada impropio. ¡Qué complicaciones!

—Vaya, estás aquí —la voz fría y seca del capitán Izaguirre sobresaltó a la pareja.

Don Leopoldo se envaró, claramente irritado por la interrupción. Marina, con un enjambre de mariposas en el estómago, se levantó de prisa. Se había presentado al fin y estaba para comérselo entero. ¿Por qué tenía que ser tan guapo?

—Mi tía desea verte... —Diego dedicó una mirada mortífera a su adversario y, tomando a Marina por el codo, la llevó de nuevo al salón—. ¿Qué demonios hacías en el jardín con ese hombre? —siseó al entrar.

Marina observó a Diego, sobrecogida por la ira que traslucía y lo magnífico que estaba. Su pelo negro, brillante a la luz de las miles de velas; su rostro parecía cincelado en granito y sus ojos...

—¿Tomando el fresco? —inquirió sarcástica, pero viendo el semblante de Diego, añadió—: Dentro hace mucho calor y necesitaba salir. No he hecho nada malo.

—¿Que no has hecho nada malo? —pronunció él entre dientes sin soltarle el brazo. Sus ojos relucían como el acero y parecían igual de mortíferos. Miró alrededor antes de conducirla hasta un rincón donde había una planta lo suficiente frondosa como para ocultarlos un poco de los demás—. ¿No tienes sentido del decoro? ¿Es que no sabes lo que ese hombre puede hacerle a tu reputación? ¿Cuánto crees que habría tardado en hacerte una proposición

deshonesta? Te has paseado vestida de muchacho sin medir las consecuencias de ello. ¿Acaso no ves que tu reputación está en entredicho?

Saber que estaba en lo cierto, pues don Leopoldo ya había empezado a hacerle una proposición, fue lo que más encrespó a Marina, que se volvió hecha una furia; con un manotazo se apartó del capitán. Trató de respirar hondo en un intento de refrenar su mal genio, sin conseguirlo. Estaba demasiado enfurecida como para que eso resultase efectivo.

—¿Quién demonios te crees que eres? —masculló con los ojos entrecerrados, tuteándole por primera vez—. Soy adulta para saber lo que hago... y no estaba coqueteando. Y aunque lo hiciera... ¿qué?, no eres nadie para censurar lo que hago o dejo de hacer. Y me importa un comino mi reputación.

—¡Maldita sea! —Miró a ambos lados para saber si les estaban oyendo y volvió a clavar sus ojos en ella—. ¿Qué demonios tienes en esa cabecita tuya? ¿Qué clase de educación deficitaria te han proporcionado tus padres o tu abuelo?

—No... digas... nada... sobre... mis... padres... o mi... abuelo —recalcó cada palabra entre dientes.

—Tengo que decirlo. Alguien tiene que velar por ti, ya que tú no tienes el suficiente sentido común para hacerlo —siseó furioso con los brazos en jarras—. No quiero devolvarte a tu casa... dañada.

—¿Dañada? —preguntó, confundida—. ¡Qué ridiculez! —exclamó al darse cuenta de a qué tipo de daño se refería.

Él, furibundo, entrecerró los ojos.

—Puede que a ti te lo parezca y si es así eso me lleva a preguntar si no me habré confundido contigo y no eres tan...

—¡Cállate! —casi gritó; luego, dándose cuenta de dónde estaba, bajó la voz—. No tienes ningún derecho a juzgarme, así que déjame en paz.

Sin volver la vista atrás se alejó del hombre con un revuelo de faldas. La acusaba sin fundamento. Aquel energúmeno conseguía sacarla de sus casillas. ¡Maldito arrogante!

—Señorita Marina... ¿me concederíais el honor de este baile...? —comentó un joven de aproximadamente su edad, interceptándole el paso.

—¡Ah, perdón! Pero estoy algo fatigada... —se disculpó teatralmente, tratando de serenarse.

—¡Oh, por Dios! Señorita Marina, venid, tomad asiento junto a la ventana —sugirió el joven solícito.

Marina se dejó conducir hasta el mullido asiento y miró subrepticamente al capitán. El maldito no había perdido tiempo y estaba junto a su amante, dejándose manosear a la vista de todos los invitados. Ella debía cuidar de su reputación, mientras que él era capaz de estar con esa lagarta frente a todos. Apartó la mirada y se dedicó a conversar con aquel joven tan amable. Pero era incapaz de llevar el hilo de la conversación. Por su cabeza pasaban mil adjetivos para el capitán y ninguno de ellos era agradable. Por no hablar de lo que habría querido hacer con esa zorra voluptuosa.

«Eres una tonta. Olvídate del capitán y disfruta de la fiesta».

Doña Esther también estaba furiosa, aunque por distintos motivos. Para ella fue una conmoción descubrir que el muchacho con el que habían visto cabalgando a Diego era en realidad una joven. Les habían engañado a todos. Probablemente eran amantes desde antes de llegar a la isla y por eso él ya no la visitaba. Los celos hicieron mella en su semblante, pero después se relajó al notar que el capitán no había hecho acto de presencia en la fiesta. Eso solo significaba que esa joven de pelo flamígero no le interesaba lo suficiente. Claro que ¡por todos los santos!, eso también sería aplicable a su persona: tampoco ella le interesaba. Y eso era algo que no iba a tolerar.

Creía que, después de lo ocurrido la noche anterior, todo habría vuelto a su cauce; evidentemente no era así. Maldito Diego.

Durante la fiesta los hombres, jóvenes y mayores, no la habían abandonado en ningún momento y ella se dejó lisonjear. Cuando Diego, por fin, se presentó en el salón ya había decidido con quién pasaría la noche. Él buscaba a alguien, eso no dejaba lugar a dudas. Se emocionó pensando que ella era el objeto de su búsqueda hasta que lo vio salir al jardín a grandes zancadas. ¡Por todos los ángeles del cielo! Iba tras la maldita muchacha. Había abandonado a su joven pretendiente para acercarse a la puerta y espiar al capitán.

Casi chocó con ellos, cuando, momentos después, habían entrado en el salón. Diego estaba furioso; sus ojos echaban chispas. Discutían, era palpable. La maldita muchacha lo fulminaba con aquellos coléricos ojos verdes como si fuera una cobra; Diego la llevó hasta un rincón donde se parapetaron detrás de una planta enorme. Doña Esther pensó en seguirlos, pero eso sería demasiado evidente, por lo que decidió quedarse donde estaba y tratar de no perderse nada de aquel intercambio. No mucho después, vio a la joven volverse abruptamente y alejarse de él. A la viuda no le gustó nada la expresión

atormentada del capitán mientras veía retirarse a la zorrita aquella en compañía de un joven.

Pasó por alto esa mirada; era el momento adecuado y ella no dejaba escapar una oportunidad. Con la mayor rapidez que pudo, sin resultar atrevida, se aproximó al capitán, con una sonrisa.

—Vaya, Diego, querido... No sabía que estabas en el baile... —ronroneó, tomándole del brazo.

El capitán se volvió con los dientes apretados, tratando de serenarse.

—Hace poco que he llegado —contestó, escueto. Demasiado seco para el gusto de la mujer, pero ella no se dejaría amilanar por sus modales.

—Vaya sorpresa que nos ha dado el joven que trajiste... Me pregunto si tú sabías quién era... —sondeó con suspicacia.

—No.

La seca respuesta no acobardó a la viuda.

—Vaya, pues pensé que lo sabías...

—Pensaste mal.

—Entonces, ¿cuándo lo has descubierto? —Era incapaz de quedarse sin saberlo.

—¡Por todos los diablos! Lo he descubierto esta misma mañana —siseó él, entre dientes.

A Esther la respuesta le satisfizo inmensamente. Si lo había descubierto esa mañana quería decir que no eran amantes. ¡Mejor! Sin embargo, lo notaba alterado y sus insinuantes caricias en el antebrazo no conseguían atraer su atención. ¡Maldito fuera, estaba más atontado con la mujerzuela esa de lo que creía! Decidió cambiar de táctica.

—¿Salimos al jardín? Hace una noche perfecta...

—¡Eh! No. Hoy no me apetece pasear fuera...

—Yo no estaba hablando de pasear... concretamente —susurró con picardía.

—Perdona, Esther. Hoy no estoy de humor. —Y con esas palabras se alejó de ella.

Si hubiera tenido un estilete se lo habría clavado con saña en el corazón. ¡Maldito bastardo! ¿Quién se creía que era para abandonarla así? ¡Nadie jugaba con ella!

—Te arrepentirás del desaire de hoy, capitán Izaguirre —susurró rabiosa, antes de regresar al lado del joven pretendiente. Después de todo, aún era posible que la noche terminara bien.

Capítulo 36

La Araña miró en derredor, observando la estancia donde le había recibido incautamente don Federico Aguirre. A juzgar por los ricos tapices que adornaban las paredes y las alfombras que cubrían el suelo de madera, se veía lo boyante que le iba el negocio. Se sentó y aceptó la copa de coñac que le servía su anfitrión.

—¿Qué os parece este coñac? —le preguntó el comerciante.

—Excelente —respondió, escueto. Debía centrarse en lo que le había llevado hasta allí—. Qué gozo es tener género de buena calidad para vender, ¿no lo creéis así, don Federico? —aseguró la Araña—. He oído que os empezaba a escasear el cacao.

—No lo sabéis muy bien, señor. El chocolate se ha convertido en una bebida sin la cual no se puede comenzar el día —explicó don Federico, sonriendo satisfecho por no tener que seguir esperando a que algún barco se dignara pasar por allí. La mayoría descargaba su preciada mercancía en la Casa de Contratación de Sevilla, para luego distribuirla por toda la península a precios prohibitivos. La llegada del nuevo comerciante había sido como llovida del cielo para el agobiado vendedor.

—Ha sido ese nuevo capitán... don Roberto López de Valencia, creo entender que se llama, quien os lo ha proporcionado, ¿no?

—Estáis muy bien informado, señor. En efecto, ha sido él —sentenció el comerciante—. Debo decir que era un caballero educado y bastante honrado. No trató de engordar el precio aprovechando mi, digamos, precaria situación, como muchos hubieran hecho.

La Araña apretó la mandíbula, enojado por las lisonjas que dedicaba al bastardo. Mientras buscaba la manera de sondear la conversación que habían mantenido don Federico y el entrometido capitán, el comerciante se lo puso en bandeja.

—Casi era como hacer negocios con el difunto capitán Izaguirre... Fue una gran pérdida, lo de...

—Sí, una gran pérdida —lo interrumpió la Araña, impaciente por saber qué le había contado—. Se extrañaría por la falta de existencias... —dejó caer, como sin darle importancia, tomando otro sorbo de aquel extraordinario licor.

—Por supuesto, señor. Le expliqué el motivo y debo decir que se mostró bastante consternado al creer que tenía negocios con un pirata. ¡Válgame Dios! No dudé ni un instante en sacarlo de su error y le relaté los acontecimientos de aquella infame injusticia.

La Araña estaba tenso. Le costaba un esfuerzo no saltar sobre aquel ignorante charlatán. Últimamente no podía dormir por el temor a que alguien sospechara de él. Confiaba en haber cubierto muy bien sus huellas, con todo no estaba de más asegurarse.

—Fue una tragedia no poder hacer nada para evitar su ejecución... —dejó caer, con la esperanza de que el hombre picase.

—Fue todo una farsa muy bien orquestada. —Mordió el comerciarte el anzuelo—. Estoy firmemente convencido de que alguien dirigió todo el asunto para que se lo condenara. A nadie sensato se le ocurriría atacar a un barco y amarrar en el puerto siguiente sabiendo que sus víctimas lo habrían denunciado allí, por ser ese el puerto más cercano. —Sacudió la cabeza, incrédulo.

—¿Qué sugerís? —Le costó formular la pregunta sin delatar su ansiedad.

—Que todo fue una maniobra para acabar con él —anunció don Federico, ajeno a su propia destrucción.

—¿Le contasteis eso a don Roberto? —Casi saltó de su asiento.

—¡Oh, no! La conversación con don Roberto me lo recordó y... ¡En fin! Desde entonces, no he dejado de darle vueltas y cada vez estoy más convencido de que todo estaba tergiversado. El juicio... A veces creo que... —Don Federico quedó mortalmente pálido al comprender lo que casi había dicho—. Vaya, pero qué mal anfitrión soy, no os he preguntado qué os traía por mi casa... —rectificó con nerviosismo.

—Solo quería unas botellas de este coñac tan espléndido que tenéis. —Se sorprendió a sí mismo hablando con naturalidad—. Mi criado me ha dicho que apenas queda en la bodega. Os ruego que me las hagáis llegar lo antes posible.

Se levantó. Con parsimonia se colocó los guantes para marcharse.

—¡Ah! —suspiró el hombre, visiblemente aliviado—. Esta misma tarde las tendréis allí, señor.

—Confío en ello.

La Araña inclinó la cabeza a modo de despedida y salió de la casa del comerciante con la intención de organizar un encuentro con Bartolomé. Don Federico tenía que desaparecer lo antes posible. Después de todo, alguien había deducido su implicación en la suerte de don Francisco. No era tan inmune como pensaba. Había hecho bien en visitar al comerciante.

«¡Maldito Diego! Y maldito tu entrometimiento».

Jeremías Hurtado saboreaba aguardiente en la atestada taberna. Ya no le quedaban fondos para comprar más. Se había gastado con demasiada rapidez la paga que le diera el contramaestre y ahora ya no tenía nada con lo que ahogar su mala suerte. Otros marineros, la mayoría ingleses, con jarras de cerveza en las manos, cantaban a voz en grito tonadas (probablemente picantes a juzgar por sus gestos obscenos), en la otra esquina del local. No había ningún tripulante del *Tritón* en aquella taberna maloliente.

Estaba de un humor de perros desde que, aquella misma tarde, la noticia de la identidad del muchacho se había corrido por todo el barco. Después de todo, el maldito niño era una mujer y él la había tenido en sus manos...

¡Por Satanás! Eso sí que era mala suerte.

Llevaban una semana atracados en el puerto y solo la primera noche pudo obtener los servicios de una prostituta barata. A la noche siguiente, cuando fue a buscarla, ella se negó a acompañarle a uno de los cuartos sobre la taberna, pues se quejaba de que había sido muy rudo con ella. ¿Cómo quería que fuera después de tantos días en abstinencia? Primero trató de engatusarla con buenas palabras y cuando eso no tuvo éxito, con amenazas. La muy puta había gritado como una loca en cuanto le puso las manos encima y alertó al matón que la protegía. No le quedó más remedio que salir pitando de allí.

Conque ahora estaba bebiendo para olvidar su amargura y el odio que crecía contra su capitán. Él lo tenía todo. Tenía un buen barco, un físico agraciado y, para colmo, ahora a la mujer de los cabellos extraños. Merecía una lección para que supiera lo que era no tener nada ni a nadie.

Desde que lo castigaron a las caladas, el resto de la tripulación lo había hecho a un lado. Apenas hablaban con él, de manera que ahora se veía bebiendo el aguardiente sin más compañía que la propia. Y hasta eso se iba a acabar por la falta de monedas.

—Vaya, amigo... No es bueno que un marinero beba solo. ¿Puedo acompañarte? —La voz de un hombre lo devolvió a la realidad.

Frente a sí un marinero pequeño y delgado, de ojos diminutos en una cara de frente estrecha y sin barbilla, lo miraba esperando. Por un minuto pensó que parecía un ratón; luego se maldijo a sí mismo por ser tan crítico con la única persona que se le había acercado en toda la noche. ¿Quién era él para poner reparos al físico de nadie? Casi rio por lo irónico del asunto.

—¿Te molesta si me siento contigo? —volvió a preguntar el extraño—. Podría compartir contigo la botella... —Colocó en la mesa una botella rebosante de aguardiente.

—No hay problema... —terminó por contestar Jeremías, contento por tener algo con que emborracharse y olvidar la mala suerte que lo perseguía sin cesar.

—Vaya, vaya... Qué llena está la taberna... Pero toma, amigo, tu vaso está vacío y esto es demasiado para mí solo. —El desconocido se lo llenó hasta arriba—. ¿Cuánto tiempo llevas en la isla? Mi barco acaba de atracar esta tarde...

—Una semana... —Jeremías bebió con avidez y dejó que el fuerte licor quemase sus entrañas. Tal vez su mala estrella estaba a punto de desaparecer—. Aunque nos iremos en unos pocos días...

—Vaya... El Nuevo Mundo está esperando... —sugirió el marinero.

—No, no. No vamos a las Américas... Regresamos a San Sebastián. —«Tenemos que llevar a la maldita mujer», pensó Jeremías con reproche.

—Mal momento para el regreso... Los vientos no son propicios. —Bebió y rellenó su vaso, cuidando que el de su compañero no estuviera vacío—. Será un viaje muy duro con los alisios en contra, pero el capitán es el que manda...

—Sí, él es quien manda, nosotros solo obedecemos —masculló indignado el del *Tritón*.

—Eso es el sino de todo marinero, ¿qué le vamos a hacer? Mi capitán solo atracará el tiempo justo para hacer unas gestiones y enseguida partiremos.

Siguieron hablando y bebiendo hasta que el licor se terminó. Salieron de la taberna camino del muelle y de sus barcos respectivos. Al despedirse, quedaron para verse la noche siguiente.

Jeremías se sentía dichoso de haber hecho un amigo. El aguardiente calentaba su cuerpo; la presencia del marinero había calentado su espíritu. Ya no estaba tan solo. Con una sonrisa ebria, se dejó caer en su hamaca y se quedó profundamente dormido.

Capítulo 37

La fiesta había terminado a altas horas de la madrugada; sin embargo, al meterse bajo las sábanas, Marina descubrió que el sueño la rehuía. En su cabeza veía los ojos fríos y acerados del capitán que la miraban con desaprobación al descubrirla en el jardín junto a don Leopoldo. Lo recordaba hablando con la maldita viuda y dejándose acariciar por ella. Por suerte se habían separado enseguida. Cuando volvió a verlo, Diego olía levemente a alcohol. Al regresar del baile les había acompañado cabalgando al lado del cabriolé de sus tíos. En todo el viaje no había abierto la boca; se había limitado a mantenerse paralelo al vehículo con la mirada fija en el camino.

La joven aprovechó aquel momento para observarle subrepticamente a gusto. Al contrario que los otros hombres de la fiesta, Diego (algo habitual en él) se había vestido de negro. Una camisa blanca sin chorreras y un chaleco gris perla quitaban la sobriedad del atuendo; no llevaba ese pelucón tan de moda entre la gente de la alta sociedad. Él se había limitado a dejarse el pelo suelto hasta los hombros y en ese momento flotaba al paso del caballo. De cualquier forma, estaba muy atractivo y, al recordar los días en que por la fiebre lo había visto desnudo, Marina sintió que la llenaba una ola de calor. Se ruborizó, avergonzada por sus pensamientos.

Ahora, sentada en su cama, se sentía invadida por el mismo sofoco.

—¡Madre mía! ¡Parezco una gata en celo!

De un manotazo apartó las sábanas y se levantó del lecho dispuesta a olvidar esas sensaciones que la llenaban de deseo. Se vistió con ropas masculinas para tener más libertad de movimientos; aquellos vestidos tan bonitos eran demasiado voluminosos para lo que tenía en mente.

Aún no había amanecido; en el establo, Ezequiel, que roncaba sobre un montón de paja, se despertó en cuanto Marina traspasó el umbral de la cuadra.

—Bu... buenos días... Buenos días... —saludó somnoliento con el cabello pelirrojo alborotado por el sueño. Desde que Marina se había vestido

con ropas de mujer el muchacho estaba confuso y no sabía cómo tratarla.

—Buenos días, Ezequiel, me gustaría salir a cabalgar —informó, segura de sí.

Esas palabras despertaron al muchacho de golpe.

—Pero señorita... No podéis salir sola —negó con la cabeza—. Doña Úrsula y don Hernán se enfadarán si os ven con esas calzas otra vez —advirtió, horrorizado, tratando de no mirarle las piernas.

—No te preocupes, no tardaré en regresar, para cuando se levanten los demás ya estaré aquí. Venga, yo te ayudaré a ensillar a Mimosa. ¡Ah! Y esta ropa. —Señaló las prendas que había estado usando hasta el día anterior—. Es para cabalgar mejor.

—No es buena idea. Si os esperáis, yo mismo os acompañaré.

—Deja de preocuparte, no me pasará nada. ¿Olvidas que conozco el terreno?

—No es lo mismo cabalgar con el capitán que hacerlo sola. Podríais perderos por los pinares y...

—Me mantendré en el camino —suspiró, deseando salir de allí.

El joven siguió rezongando mientras ensillaba a la yegua.

Amanecía y en la hierba brillaban las gotas de rocío. El mar era como una lámina rizada de metal bruñido, que reflejaba los rayos del sol a medida que iba saliendo por el horizonte. La temperatura aún era fresca a esas horas; ya tendría tiempo de aumentar durante el día. La bruma, más espesa que de costumbre, le impedía contemplar el pico del Teide. Olía a salitre y a tierra fresca. Puso la yegua al trote al alejarse de la población, manteniéndose en el camino como había prometido a Ezequiel.

Estaba contenta, pues durante la pasada noche doña Úrsula le había dicho que su sobrino tenía pensado zarpar rumbo a San Sebastián en pocos días.

—¡Pronto... pronto regresaré! —gritó a las gaviotas que revoloteaban sobre su cabeza, espantadas.

Evidentemente, llegar a San Sebastián llevaría no menos de un mes. Con un poco de suerte, para mediados de octubre estaría en su ciudad y luego...

«¡Por Dios! ¡Que pueda regresar!».

Para entonces habrían pasado dos meses desde su desaparición, si es que el tiempo estaba corriendo a la misma velocidad que en ese siglo. No quería pensar en las ganas que tenía de abrazar a su abuelo y tranquilizarlo. Cuando le contase lo que había pasado no se lo iba a creer.

Recordó la conversación que habían mantenido aquella mañana en el camarote del *Sirena*, referente a su sueño.

«Nunca sabes, cuando te levantas cada mañana, si ese nuevo día te traerá la aventura de tu vida».

Aquellas palabras habían resultado proféticas. Reprimió un escalofrío. ¿Qué sentido tenía todo aquello? Si nos basábamos en que todo ocurría porque debía suceder —la frase favorita de su abuelo— y todo tenía un fin, ¿por qué motivo había viajado a través del tiempo?

Tal vez otras personas se habían trasladado en el tiempo de la misma manera que ella. Y de ser así, ¿habrían podido regresar?

Todo eran incógnitas y más incógnitas. Presentía que no iba a aclarar nada hasta que estuviera de regreso en su época. Hasta entonces solo lograría sentirse más confundida, si cabe.

Tras cabalgar un buen rato, desmontó y ató la yegua en la rama de un pino; no quería que le sucediera lo mismo que al capitán. Se sentó en un promontorio para deleitarse con la salida del sol, que emergía majestuoso del agua.

La experiencia que estaba viviendo era única y excepcional, algo que jamás olvidaría. Le gustaba el olor limpio de las cosas; el aire del mar, que era más salobre que en su época; el aroma más intenso de las flores y de las frutas. Hasta los colores parecían mucho más brillantes y primarios. No había prisas por llegar a ningún sitio; ni trenes o aviones que perder. La vida seguía el ritmo de la Tierra y del Sol. Echaría en falta todas esas cosas. Pero aquel no era su lugar. No era su tiempo.

«No te engañes. A quien vas a echar de menos es al arrogante capitán Izaguirre», se reprochó.

Suspiró apesadumbrada. Eso era cierto; lo más acertado era regresar lo antes posible y mantenerse alejada de aquel hombre. Corría el serio peligro de enamorarse de él —si es que no lo estaba ya—. Los celos que sentía cada vez que lo veía junto a la viuda eran bastante elocuentes. No, no podía estar enamorada. Sería desastroso. Sin embargo, ¿qué le impedía vivir una aventura con él?

—No, no creo que con ese hombre se pueda tener una aventura sin más.

Le corrió un escalofrío al imaginarse en los brazos de Diego; sentir sus manos por todo el cuerpo. Volver a besarlo. Acariciarlo por entero; tocar su piel morena y flexible, sus músculos, su...

—¡Por todos los demonios del infierno! ¡Estoy perdiendo el juicio! — exclamó acalorada.

Por otra parte, el susodicho capitán seguía enojado con ella. Estaría tan dispuesto a dejarse seducir como a que lo llevaran al cadalso. Posiblemente el

único deseo que ella le despertaba era el de retorcerle el cuello por haberlo engañado durante tanto tiempo.

Realmente debería haberse sincerado con Diego desde el momento que llegaron a la casa de sus tíos. Allí no corría ningún peligro y no había razón válida para mantener el disfraz. Al principio no se lo había contado porque él parecía muy enfadado con ella y no quería darle más motivos para odiarla. Después, al descubrir lo bien que se llevaban mientras cabalgaban por la isla, pensó que tal vez él no se mostraría tan abierto si supiera quien era. Presumiblemente la encerraría en la casa, para evitar que le sucediera nada, hasta que la pudiera devolver sana y salva a su abuelo.

Estuvo tentada a desenmascararse el primer día que salieron a cabalgar cuando, varias horas más tarde, Diego regresó con la caja de pinturas después de haberse despedido tan abruptamente de ella. Pero la marcha apresurada del capitán cortó esa intención y después simplemente dejó que todo siguiera igual.

Tras aquello, descubrir su identidad de ese modo, poniéndolo en ridículo frente a su familia durante el desayuno, no había sido la mejor manera de compensar el trato recibido. No, no había sido justa con él. Sobre todo, porque lo había hecho llevada por los celos irracionales tras verlo con la viuda.

—Ah, soy una calamidad. —Se levantó abruptamente, olvidado ya el paisaje.

Varias gaviotas que se habían posado a su lado levantaron el vuelo asustadas.

Debía hablar con Diego para disculparse por su nefasto y mezquino comportamiento. Esperaba que, una vez más, el capitán hiciera gala de su conocida benevolencia.

La algarabía de las gaviotas espantó a la yegua que, al respingar, rompió la rama donde estaba atada. Al verse libre emprendió el trote de regreso a la casa. Marina se maldijo por no haber tomado la precaución de atarla a algo más sólido. Unos metros más adelante el animal se detuvo para mirar hacía la joven con sus grandes ojos oscuros. Marina trató de acercarse. Mimosa se alejó unos pasos sin dejar de observarla.

—No te vayas... bonita, no te vayas... —canturreó para calmarla.

La yegua ignoró sus palabras y se alejó un poco más, agitando sus crines blancas. Al momento volvió a detenerse, como si quisiera comprobar que Marina la seguía.

—Maldita sea —masculló enojada, acercándose lentamente.

Mimosa relinchó con los dientes cuadrados a la vista —para la joven, un claro indicio de que se estaba riendo de ella— y se puso a ramonear la hierba con tranquilidad, ignorando a Marina, que trataba de aproximarse sin espantarla. Cuando faltaban un par de metros para alcanzar las riendas, la yegua agitó la cabeza y trotó para alejarse un poco más, bailoteando inquieta.

—¿Me estás tomando el pelo? —preguntó con los brazos en jarras, mirando fastidiada al animal—. Se me está agotando la paciencia, así que deja de hacer tonterías y quédate quieta. De lo contrario, el próximo día saldré con Estrella, ¿me has oído?

Para su sorpresa, la yegua dejó de piafar y permaneció quieta esperando a que la muchacha se acercara.

Marina caminó el trecho que las separaba, contenta de que al fin la yegua hubiera entrado en razones. Cuando estaba a punto de agarrar las riendas, pasaron gritando varias gaviotas. Mimosa, otra vez espantada por el ruido, enseñó el blanco de los ojos y, tras corcovear un poco, se separó de la joven con trote nervioso.

—¡Vaya por Dios, lo que faltaba! Ven, bonita...

Las gaviotas regresaron con más algarabía, si cabe, y la yegua asustada emprendió un medio galope, sin intención de volver a parar.

—¡Maldita sea!

Resignada, inició el regreso a pie.

Capítulo 38

Ezequiel se sentía intranquilo y caminaba de un lado a otro por la cuadra. Hacía un buen rato que había salido el sol y la joven aún no había regresado. No estaba cumpliendo con la promesa de volver antes de que se levantasen los demás. Era un desastre. Si se enteraban en la casa ya podía despedirse de su empleo. Don Hernán se enfadaría y doña Úrsula se sentiría defraudada por no haberle impedido salir. Al pasar por la casilla de Trueno le acarició el morro y el caballo resopló, encantado con las atenciones. Miró la casilla vacía de Mimosa y rezongó por lo bajo; si esa muchacha no volvía pronto, lo iba a meter en un buen lío. Desesperado e incapaz de hacer otra cosa, continuó caminando a lo largo del establo, en un intento de dilucidar qué hacer.

—Buenos días, Ezequiel; pareces muy inquieto, ¿te ocurre algo?

El muchacho dio un respingo ante la voz preocupada del capitán y gimió por dentro; no había pensado en cómo se lo tomaría don Diego. Estaba metido en un buen embrollo; sin duda le esperaba una buena. Mordiéndose el labio inferior se giró para enfrentarse con su destino.

—Eh... capitán... veréis... la señorita... la señorita Marina salió esta mañana y no ha regresado —terminó, asustado.

—¿Qué demonios estás diciendo? —inquirió el hombre, mirándolo con los ojos entrecerrados—. Explícate mejor.

Frente a Ezequiel, con las calzas negras sobre unas botas altas del mismo color, la camisa blanca desabrochada hasta la cintura y la mano apoyada con indolencia en la empuñadura de su alfanje, el capitán parecía un pirata a punto de ordenar lanzarle por la borda. La mirada fría como el acero no contribuía a mejorar la imagen.

—Veréis, señor. —Tomó aire para tranquilizarse; ese hombre nunca lo había tratado mal. No tenía motivos para temerle tanto—. Aún no había amanecido cuando se presentó la señorita Marina vestida de muchacho y diciendo que deseaba cabalgar un rato. —La mirada del capitán se clavó en él

—. Traté de disuadirla. De verdad —aseguró el muchacho al ver la expresión tormentosa de su interlocutor—. Pero la señorita es muy obstinada y no me hizo caso. Me prometió regresar antes de que vuestras mercedes se levantasen y descubrieran su falta.

El capitán lo miró en silencio, sopesando sus explicaciones.

—¿Ha vuelto la yegua? —preguntó Diego, frotándose la frente. Antes de que tuviera tiempo para contestar se oyeron los cascos de un caballo por el empedrado de la entrada; instantes después Mimosa llegaba al establo. Diego trató de sosegarla con suaves palabras al tiempo que alcanzaba las riendas. Tenía los belfos dilatados y le temblaban los músculos. Estaba sudorosa y asustada.

Ezequiel observó a Diego palpar el cuerpo de la yegua buscando heridas que le pudieran aclarar lo ocurrido. No tenía ninguna.

—Se le ha escapado a la señorita, capitán... —dedujo el mozo.

—Es lo más probable. No tiene heridas ni rozaduras que delaten un accidente. Otra posibilidad es que haya desmontado a esa impulsiva muchacha y esté por ahí, herida. —Apretó la mandíbula y palmeó el cuello de la yegua al tiempo que la introducía en su cabina—. Lo siento, bonita, pero no tenemos tiempo de atenderte como se debiera. Deberás conformarte con estar en tu casilla. —Se volvió a Ezequiel—. Ensilla a Estrella. Iremos más rápido si tú también vas a caballo. Yo me encargaré de Trueno. Cuanto antes demos con ella, antes sabremos qué ha pasado. ¡Maldita muchacha de los demonios!

El mozo lo vio ensillar al corcel con movimientos seguros y corrió a hacer lo mismo con la yegua.

—¿Creéis... creéis conveniente que avise a vuestros tíos? —preguntó Ezequiel preocupado.

—No, de momento no les diremos nada —contestó el capitán, tras meditarlo unos segundos—. Prefiero no preocuparles.

Diego comenzaba a temer lo peor. Desde que, una hora antes, Ezequiel le comunicara la desaparición de Marina, la habían estado buscando sin descanso. En un principio pensó que se habría caído de la yegua y que estaría esperando tirada en cualquier lado. Luego se impacientó al ver que, tras recorrer los sitios por donde habían cabalgado los días anteriores, no hallaban rastros de la muchacha. ¿Dónde estaría? No podía ser tan inconsciente de aventurarse por lugares desconocidos, ¿o sí? No sabía qué pensar de semejante muchacha.

Por un instante pensó que había huido, pero ¿adónde? No tenía sentido; estaban en una isla, era difícil ir muy lejos. Por otro lado, ahora sabía que iban a regresar a San Sebastián, ¿para qué exponerse a navegar con desconocidos pudiendo hacerlo en el *Tritón*? No, no había huido. Podría apostar por ello.

Estaba muy enfadado por la irresponsabilidad de la joven. ¿Cómo se le había ocurrido salir a cabalgar sola? Cuando la encontrase le iba a poner el trasero morado —algo que deberían haber hecho sus padres o su abuelo hace mucho tiempo—. Merecía que le sucediese cualquier cosa. El abuelo era digno de compasión; el pobre hombre estaría con el alma en un puño por culpa de una nieta negligente e impetuosa. Estaba claro que no la habían educado como era menester en una muchacha. Probablemente la falta de sus padres había influido en su carácter, haciéndolo tan desastrosamente osado. Necesitaba un escarmiento que le devolviese la cordura y el control de sus irresponsables decisiones.

¿Dónde podría estar?

Tal vez sería buena idea acercarse a la casa por si hubiera regresado sin que ellos la vieran.

—Ezequiel, vuelve por si hubiera llegado. Yo seguiré buscándola.

—Bien, capitán, regresaré con la respuesta —aseguró el muchacho, espoleando a la yegua.

Diego siguió con la mirada al jinete, que enseguida fue solo un punto en el camino. Con un suspiro observó a su alrededor por si veía a la inconsciente jovencuela.

Ni rastro de ella.

Marina estaba perdida. Le había costado reconocerlo, pero era cierto. Pese a que en un principio había intentado regresar por el mismo camino, muy pronto decidió acortar, campo través, pensando que de ese modo llegaría antes a la casa. Era evidente que, en cuanto Mimososa llegase allí, todos comenzarían a preocuparse, en especial doña Úrsula. Si la yegua no iba muy rápido y ella atajaba era probable que no llegasen con mucha diferencia. Con ese deseo aceleró el paso sin fijarse por dónde iba.

Ahora se sabía desorientada en medio de aquel frondoso pinar.

—¿Quién me mandaría salirme del camino? —masculló.

Aguzó el oído para escuchar cualquier posible indicio de dónde estaba la carretera; no se oían voces ni cascos de caballo con los que poder ubicarse.

Continuó andando; con un poco de suerte no tardaría mucho en llegar al límite del pinar y reconocer el sitio.

El sonido de sus pisadas en las agujas de pino reverberaba entre los árboles. De vez en cuando se escuchaba el golpe seco de una piña al caer al suelo y los trinos de algún que otro pájaro. Siguió andando; cuando comenzó a sentir hambre se maldijo por no haber cogido algo para comer. Buscó a su alrededor algo que llevarse a la boca y solo encontró piñas. Si se entretenía cascando piñones no aplacarían el hambre; por otro lado, tardaría más en encontrar la manera de volver a la casa. Sacudió la cabeza y optó por continuar, pese a las protestas de su dolorido estómago.

Mucho más tarde comenzó a ver la linde del pinar y echó a correr, deseosa de ver el camino. Resbaló un par de veces sobre las agujas de los pinos y a punto estuvo de retorcerse un tobillo o algo peor.

Al llegar al límite se paró jadeando. Inclínada hacia delante, con las manos en las rodillas, trató de respirar con normalidad al tiempo que echaba un vistazo a lo que tenía frente a ella. No había ninguna carretera. Solo viñedos descuidados y una casita al fondo.

«No desesperes. Alguien habrá que me oriente». Cruzó entre las viñas cargadas de uvas para llegar a la casa. Ya antes de llegar, al ver los postigos y la puerta cerrados, comprendió que estaba abandonada. Sería de una de las familias que habían emigrado, tal y como comentara don Hernán unos días antes. Las viñas estaban repletas de uvas doradas que comenzaban a pudrirse.

Arrancó un racimo y se llevó los granos a la boca. El dulzor de aquella fruta le hizo suspirar de placer. Mientras tanto miró a su alrededor. Desde el frente de la casa partía un camino donde las malas hierbas comenzaban a desdibujar las roderas de carro. Era evidente que esa pista no se utilizaba desde hacía mucho tiempo.

Terminó el racimo, tiró los restos a un lado y arrancó varios más para seguir comiendo mientras seguía por la carretera; con un poco de suerte la llevaría al camino que ella conocía. A esas horas todos en la casa ya debían de saber de su ausencia y, si Mimosa había regresado, estarían muy inquietos.

—Espero que la yegua esté por ahí pastando tranquilamente y solo piensen que me he entretenido.

Imaginaba que no sería así y que Mimosa, fiel a su costumbre, ya habría llegado.

—Nunca debí tratar de atajar... estoy segura de que de haber seguido por el camino ya estaría en el pueblo.

Acabó con la última uva y tiró la raspa. Comenzaba a tener calor; se quitó la casaca para refrescarse un poco. Apenas había vegetación que sombreara el lugar e hiciera más llevadera la caminata.

«¿Dónde demonios estoy?», pensó, cansada y sudorosa.

Más adelante vio un grupo de árboles bordeando el sendero y se apresuró para llegar allí.

El caballo estaba agotado después de tres horas de recorrer los caminos sin parar. El sol inclemente calentaba el pelaje negro del corcel. Diego notaba la camisa pegada a su cuerpo empapado de sudor. Con las prisas había olvidado ponerse el tricornio y sentía la cabeza como un horno. Se alegró de que, un trecho más adelante, un pinar frondoso sombreara el camino.

Ya era tiempo de que Ezequiel hubiera regresado con la noticia de que Marina estaba sana y salva en la casa. Debería haberle dicho que, si no era así, mandara un mensaje a los hombres del *Tritón* para que le ayudaran en la búsqueda. Cuantas más personas estuvieran repasando el terreno, más posibilidades tendrían de encontrarla.

—¿Dónde te has metido, muchacha? A estas horas ya tendrías que haber llegado a la casa.

Tal vez la yegua la había desmontado y estaba por ahí, malherida, esperando que la encontraran... No, no podía pensar en eso o se volvería loco de preocupación.

—Esa muchacha acabará con mi cordura. ¡Por todos los demonios! Cuando la encuentre le voy a retorcer el cuello.

Exasperado, encaminó a Trueno hacia el interior del pinar; todo su ser agradecía el frescor del bosque.

—¡Marina! —gritó y esperó por si ella respondía.

Repitió la llamada varias veces, sin resultado. Al recordar que cerca de allí vivían los Figueroa espoleó su caballo, pensando que tal vez habían visto a la muchacha.

Cuando vio el estado de las viñas comprendió que allí ya no vivía nadie. Desmontó para cerciorarse de que no estaba en la casa y ató al caballo en el porche. En el suelo, a unos pasos, había la raspa de un racimo; se agachó para cogerla; alguien había estado en ese lugar no mucho tiempo antes, pues los extremos donde habían estado antes las uvas, seguían húmedos. Buscó huellas en la tierra y encontró unas recientes, de tamaño pequeño.

Podrían ser de Marina, pensó esperanzado.

Las siguió hasta el camino que partía de la casa; ya en el porche, desató a Trueno y, tras montar en él, continuó por el camino, deseando encontrarla lo antes posible.

Un rato más tarde vio un bulto oscuro al borde del camino. Como desde esa distancia no se apreciaba bien qué podía ser, espoleó al caballo. Era una persona.

«Dios santo, Marina».

Por la cabeza le pasaron mil atrocidades que podían haberle ocurrido.

—¡Marina! —gritó asustado—. ¡Marina!

La muchacha siguió inmóvil en el suelo sin contestar. Diego saltó antes de que Trueno parase del todo; se arrodilló al lado de Marina. Ella tenía los ojos cerrados, pero parecía que respiraba con normalidad.

«No está muerta, no está muerta», se repitió mentalmente para tranquilizarse. «Respira».

Le tocó la cara con dedos un tanto trémulos y la sintió tibia. Marina seguía sin despertar. ¿Y si la yegua la había lanzado al suelo y estaba desmayada? ¿Y si tenía algún hueso roto?

Con cuidado comenzó a palparle los brazos y las piernas.

Capítulo 39

—¿Qué... qué pasa? —murmuró Marina, somnolienta—. ¿Qué haces? —preguntó más despierta al sentir las manos de Diego por todo el cuerpo—. Pero ¿qué crees que estás haciendo?

Un tanto confusa, se sacudió las manos del capitán.

—¿Te has caído? ¿Te has roto algo? ¿Te duele? —preguntó él.

—¿Doler? —En principio no tenía idea de lo que le estaba preguntando, pero conforme se despejaba comenzó a entender a qué se refería—. No, no me pasa nada, solo me he quedado dormida...

—¿Que te has quedado dormida? —bufó él—. ¿No sabes que llevamos horas buscándote por toda la isla? ¿Cómo has podido quedarte dormida en medio del camino? —preguntó furioso. Se puso en pie.

—No estaba en medio del camino. Estaba... estoy a la sombra de un árbol. ¿Acaso no lo ves?

—Perfectamente, maldita sea. Con todo, eso no explica qué estabas haciendo aquí sola, sin caballo, tan lejos de casa y dormida como si tal cosa.

—Estaba cansada y me senté un rato para descansar. Supongo que el sopor me venció y me he quedado dormida. ¿Es un delito? —inquirió, hosca.

—¡Por todos los diablos! Claro que lo es. ¿Por qué demonios no te quedaste en la carretera principal? ¡Hace horas que debías estar en casa!

—¡Quise atajar! No tengo la culpa de que... —Calló, abochornada.

—¿De qué? ¿De que te perdieras? Eres una inepta y una malcriada. No piensas en las consecuencias de nada de lo que haces. Actúas sin tomar en cuenta a los demás. Debería ponerte en mis rodillas y...

—Ni se te ocurra, maldito arrogante —lo interrumpió, señalándolo con el dedo—. Estás loco si piensas que puedes ponerme una mano encima.

—Eres... eres... la persona más exasperante que he tenido la desgracia de conocer. —Se mesó el cabello. Visiblemente molesto—. Nunca haces lo que se te ordena y luego hemos de aguantar las consecuencias.

—Si no me hubierais secuestrado...

—No lo hicimos, muchacha —la acalló—. Si te hubiéramos encontrado antes de zarpar, juro por el Altísimo que nunca habrías terminado aquí. Eres tan deseable como una espina en el talón. ¡No veo la hora de perderte de vista! Desde que te conozco no he tenido un solo día de descanso y no lo aguanto más. A veces pienso que tu abuelo estará encantado de haberse librado de ti. Eres peor que un dolor de muelas.

—¡Y tú un estúpido mostrenco! —exclamó ella, dolida. Y se dio la vuelta para seguir por el camino.

—Ven aquí, jovenzuela malcriada.

Marina ignoró el pedido y continuó caminando todo lo deprisa que podía, en un esfuerzo para no llorar. Las palabras del capitán le habían dolido más de lo que estaba dispuesta a admitir ante él. No deseaba seguir escuchando todos los argumentos que se le pudieran ocurrir para humillarla. Sí, reconocía que había hecho mal saliendo sola; que, sabiendo cuál era la tendencia natural de Mimosa, debió tener más cuidado; que no debió abandonar el camino principal; que no...

Los cascos de Trueno se oyeron a su espalda. Al instante fue izada y sentada de medio lado en la cruz del caballo, sobre las piernas del capitán.

—No se te ocurra decir nada, muchacha —siseó él cuando ella abrió la boca para protestar—; de lo contrario me veré tentado a demostrarte cuán mostrenco puedo llegar a ser.

Pese a que se moría de ganas de darle una mala contestación, decidió guardar silencio mientras cabalgaban hacia la casa. No quiso arriesgarse a enfadarlo aún más y que la hiciera ir a pie hasta la mansión. Ese bruto era capaz de cualquier cosa.

Se enderezó para no rozar siquiera el pecho del capitán e inspiró profundamente, tratando de no llorar. No iba a permitir que supiera cuánto la habían herido sus palabras.

El ritmo sosegado del caballo y el cansancio pudieron más que su intención inicial y se vio en serios problemas para no recostarse contra el cuerpo de Diego. En el fondo lo deseaba, pero se lo impedía el orgullo herido. Él era el hombre de acero y ella no estaba dispuesta a rendirse. Por mucho que la tentara acurrucarse contra su pecho, no cedería a dejarse mecer por el paso tranquilo de Trueno. No, no lo haría. Se enderezó de nuevo con presteza.

—¡Santo Dios, muchacha! Pareces una pulga —siseó entre dientes con voz estrangulada—. ¡Deja de moverte de una vez o regresarás andando!

El resto del camino se hizo eterno. Marina luchó con todas sus fuerzas para estar quieta. Estaba tan tensa que temía romperse de un momento a otro. Sus sentimientos oscilaban entre el deseo que despertaba ese hombre malhumorado y las ganas de estrangularlo por sus palabras. Cuando vio las puertas de la casa de doña Úrsula y don Hernán casi lloró de agradecimiento.

Entraron en el patio y el capitán la bajó de golpe al suelo empedrado, sin ceremonias. Las piernas protestaron por el impacto y hubo de hacer un esfuerzo para seguir de pie sin caer de rodillas. El hombre de acero, sin despedirse siquiera, volvió grupas y salió como si lo llevaran los demonios.

Marina se quedó de pie, en medio del patio, confundida y más desilusionada de lo que era capaz de admitir.

Había pasado la media noche cuando los criados se fueron a dormir. Diego, que había estado inquieto toda la tarde, siguió caminando por su habitación. Al llegar a un extremo alzó la copa de coñac que llevaba en la mano y bebió un trago. En un esfuerzo por calmar su mal humor, reanudó los paseos. A cada paso, sus pies desnudos golpeaban la madera del suelo a ritmo creciente. Los faldones de la camisa flotaban fuera de las calzas con cada movimiento.

A través de la ventana abierta, la brisa agitó la llama de la vela que iluminaba la estancia. Fuera se oían los grillos y el susurro de las hojas zarandeadas de los árboles. Durante un rato permaneció parado frente a la ventana, aspirando el olor salobre del mar y tratando de tranquilizar sus erráticos pensamientos. Se peinó con los dedos con ese gesto tan característico de él.

Estaba enfadado por las palabras hirientes que le había soltado a Marina esa mañana y por la forma tan brusca de abandonarla frente a la casa de sus tíos, antes de regresar al *Tritón*.

Al oír el portazo con que entró en su camarote lo habían evitado desde el contramaestre hasta el último de los marineros. Pasó todo el día solo, tratando de repasar el libro de cuentas, pero sin conseguir hacer una suma bien. Se arrepentía de su comportamiento; habría querido borrar todas las cosas que le había dicho.

Aquella mañana hubo de contenerse para no sacudirla por el susto que le había dado. No se imaginó que pudiera estar dormida, sino herida tras caer del caballo. Había olvidado que un momento antes solo había visto sus huellas y no las de la yegua. Fue tal el miedo pasado, que cuando comprendió que

estaba bien no pudo contener su mal genio y trató de lastimarla a propósito. Deseaba que sufriera tanto como él.

Sin embargo, se le había ido de las manos y solo cuando vio las lágrimas que ella trataba de ocultar con tanto empeño, comprendió su malvado comportamiento y se despreció a sí mismo.

Luego, para terminar de rematar el tormento, ella no había dejado de moverse encima de sus piernas y eso, unido a su proximidad, había sido más de lo que podía aguantar sin estallar en llamas.

«¡Maldita sea!».

Bebió lo que quedaba en la copa y quiso volver a rellenarla, pero la botella estaba vacía. La dejó en la mesita malhumorado. Con paso rabioso salió al pasillo para bajar a la bodega. Necesitaría más coñac si deseaba dormir esa noche. Tal vez, haría falta la bodega entera.

Marina tampoco podía dormir; el sueño la evitaba como a la peste. El día había sido muy largo, demasiado largo para su gusto. En cuanto llegó, doña Úrsula la ayudó personalmente a bañarse, preocupada por lo ocurrido.

La mujer le contó lo angustiada que había estado, pensando en todo tipo de accidentes que pudieran haberle sucedido. Y le hizo prometer que jamás saldría sola. Marina se disculpó sinceramente por todas las preocupaciones que había provocado su inconsciencia y prometió gustosa no volver a hacerlo.

—Si hubieras sido más joven te habría puesto en mis rodillas para dejarte el trasero como un tomate, por el susto que me has hecho pasar —le había asegurado doña Úrsula, muy seria, cuando ella terminó de vestirse.

—Algo parecido quiso hacerme vuestro sobrino.

—Me extraña que no lo hiciera... Por el modo en que se ha marchado, sé que estaba muy furioso y preocupado por ti. De otra manera no habría salido de estampida como lo ha hecho —certificó la mujer.

—No ve la hora de perderme de vista —había murmurado Marina, excesivamente cansada como para controlar el deje de pena que le producía saberlo.

Si doña Úrsula la oyó, no dio muestras de ello y se limitó a aconsejarle que se echase la siesta antes de abandonar la habitación.

No había tenido noticias de Diego. Sabía que ya estaba en la casa porque un rato antes, al anochecer, lo había oído llegar de dondequiera que hubiera pasado el resto del día. Una parte de ella se ofuscaba pensando que pudiera haber estado entre los brazos de la viuda.

—Que le aproveche —murmuró, con enojo.

La luz de la luna se filtraba por la ventana abierta. Para poder admirar las estrellas no había encendido ninguna vela. Se abrazó a sí misma, anhelando que fueran otros los brazos que lo hicieran.

—Deja de soñar. No le interesas lo más mínimo. Lo ha dejado bien claro esta mañana.

Raspó el pedernal y, tras varios intentos, logró encender la vela. Miró alrededor buscando algo con lo que entretenerse ya que no podía dormir.

«Un libro», pensó.

Aparentemente en la habitación no había ninguno. Debería bajar a la biblioteca.

Se miró el recatado camisón. Seguro que todos dormirían en la casa, así que nadie la vería de esa guisa. Tomó la palmatoria y salió al pasillo.

La biblioteca parecía desierta. Alumbrada por la vela buscó algo para leer. Encontró un libro de botánica ilustrado; se acercó a uno de los sillones, dejó la palmatoria en una mesita a su lado y se sentó para ojear el volumen.

A la quinta página su mente volvió a pensar en el capitán. ¿Dónde habría pasado ese día? ¿Habría vuelto con la viuda?

Molesta por no ser capaz de concentrarse en otra cosa, cerró el libro y lo devolvió a su lugar en la librería. Si hubiera estado en su época se habría puesto a pintar, pero allí, por muchas velas que usase no habría luz suficiente para hacerlo.

Con un suspiro de derrota salió al pasillo. Arrastrando los pies subió las escaleras para toparse, en lo alto de ellas, con el causante de su desvelo.

Capítulo 40

El capitán Izaguirre, en medio del corredor con la camisa desabrochada y una botella en la mano, la observaba estupefacto.

—Yo... No debí hablarte así. —Había arrepentimiento en sus palabras. Apartó la mirada.

Durante un instante Marina fue incapaz de articular nada por la sorpresa. No esperaba verlo a esas horas. Ni con ese aspecto tan seductor.

—Yo tampoco. Tenías razón, no debí salir sola... —dijo al fin; con el corazón acelerado, se acercó a la puerta de su dormitorio.

—Si eso te ha servido de lección, bienvenido sea —comentó sincero—. No puedes ir por ahí con tanta osadía, sin pensar en tu seguridad ni en los sentimientos de las personas que se preocupan por ti. Son tantos los peligros a los que te has expuesto que...

—Vale, pero no me ha pasado nada —lo interrumpió, molesta por el recuerdo de su desatino. Bajó la vista al suelo. La vela, un tanto inclinada, amenazaba con derramar la cera fuera de la palmatoria. La enderezó con presteza.

—Debes mostrar un poco más de prudencia...

—Lo sé, lo sé, no soy una niña pequeña para que me estés dando lecciones —sentenció, sin dejar que Diego acabara. Lo miró con reproche.

—A veces te comportas como tal.

—Y tú como un pedante. Pero yo no te lo echo en cara todo el rato.

—¡Dios mío, muchacha! En algunas ocasiones no sé cómo me contengo y no...

—Y no... ¿qué? —lo provocó, enfadada. Dio un paso atrás y entró en el dormitorio para evitar que las voces se oyeran por toda la casa. Ya bastante era sufrir que le echara la bronca como para que se enterasen todos.

Diego la siguió automáticamente. Tenía los labios apretados y un músculo temblaba en su mejilla. Su semblante era de pura irritación. Durante un

momento pareció que no iba a contestar; que se iba a limitar a clavar aquellos ojos acerados en los verdes de ella como si pretendiera desintegrarla.

Cuando ese silencio empezó a ser opresivo, Diego se abatió sobre ella, sujetó su cabeza con ambas manos y, sin más preámbulos, la besó casi con fiereza. Marina en ningún momento pensó en resistirse. ¿Para qué hacerlo? La sensación era demasiado placentera como para negarse a participar y se dejó llevar por ella. Sin darse cuenta, dejó caer la palmatoria. Al momento todo se volvió oscuro. Alzó sus brazos y entrelazó los dedos entre el pelo del capitán. A punto de desfallecer por la pasión de aquel momento, su estómago dio varios giros mortales. ¡Se estaban besando! Y era aún mejor de lo que había imaginado. Ese hombre sabía bien cómo hacerlo.

—Esto... —murmuró Diego, un momento después, pegando su frente a la de ella.

Durante un instante se limitaron a quedarse quietos, uno frente al otro, sin atreverse a tocarse ni a hablar. Estaban agitados. La escasa luz que entraba por la ventana permitía ver en los ojos de ambos el reflejo de la sorpresa y el deseo.

Marina se llevó los dedos a los labios entreabiertos, sin poder creer lo que había sucedido. Los notó húmedos y palpitantes; no pudo evitar que un suspiro silbase entre ellos.

—Dios, muchacha, me matarás... —Sus ojos oscurecidos de pasión relucían con miles de promesas. ¿Por qué pensaba que él sería capaz de cumplir todas y cada una de ellas?

La besó de nuevo, esta vez con más delicadeza. Derramando suaves besos alrededor de los labios, en las mejillas, en la sien... y otra vez, en la boca. Cuando las lenguas se encontraron, lo sintió gemir. Ella gimió a la vez. El cuerpo, en llamas. La piel, tensa, como si fuera a estallar de un momento a otro. Si el beso anterior le había parecido sensacional, estos rayaban la perfección absoluta.

Antes de perder completamente el sentido con aquellas sensaciones, oyó que Diego conseguía cerrar la puerta del dormitorio. Al menos, uno de los dos aún tenía algo de sentido común. Ella ya estaba más allá de todo pensamiento.

Notó que él le soltaba las cintas del escote del camisón sin renunciar por un momento a besarla. Había abandonado la boca de Marina. Cuando ella abrió los ojos y protestó, Diego la calló con una mirada lánguida y tan cargada de deseo que la hizo estremecer. Ahora dejaba un rosario de húmedos besos por el cuello, las clavículas, bajando por el escote, despacio, hasta hallar un pezón, que endureció con su aliento. Se le encogieron los dedos de

los pies y creyó que podría deshacerse como un cubito de hielo. Desinhibida, se arqueó, ofreciéndose por entero. Su cuerpo tembloroso y expectante estaba ávido de placer.

El camión resbaló hasta el suelo (en algún momento Diego se lo había desabrochado del todo) con un siseo sensual, revelando las curvas femeninas a la luz de la luna.

Quiso protestar cuando él dejó de abrazarla y dejó de sentir su boca pegada a la piel. Diego dio un paso atrás para mirarla tan fijamente, que Marina estuvo a punto de cubrirse con las manos, totalmente ruborizada.

—No. No te tapes... Eres tan hermosa como una sirena. —Su voz sonó ronca al alzar la mano para acariciarle el cuello con la delicadeza de una pluma.

Volvió a besarla, como si no pudiera estar más de un segundo separado de ella. Marina tampoco quería que se apartara, así que le devolvió el beso con la misma pasión. Pese a que resultaba embriagador sentirse tan deseada, no tenía bastante. Quería abrazarlo por entero. Fundirse con su piel.

Se encaramó a él, enlazándolo con las piernas por la cintura. Los dos gimieron cuando sus cuerpos se rozaron tan íntimamente. Ella metió las manos por la abertura de su camisa para acariciar aquel pecho musculoso, que esta vez ardía con otro tipo de fiebre. Al momento, Diego la llevó hasta el lecho para depositarla en él. Marina lo arrastró hasta colocarlo sobre ella. Necesitaba sentir su peso, su calor. ¡Lo necesitaba, ya!

—¡Por Dios, qué estoy haciendo! —barbotó Diego en cuanto tocaron las sábanas. Se separó como si quemara.

—¿Qué? —consiguió articular, confundida. Antes de incorporarse.

—Esta es la casa de mis tíos y no puedo... no está bien que... —Se mesó el pelo—. Mi tía me despellejaría vivo si se llegase a enterar.

«Yo misma te despellejaré si no continuas».

Le agarró por las solapas de la camisa y lo besó intensamente. Ya no podía detener el deseo que Diego había despertado. No, si quería seguir viviendo sin perecer bajo las llamas que parecían recorrerle el cuerpo. Le importaba un comino dónde estuvieran o quién les pudiera oír.

Él la miró cuando se separaron a tomar aliento. Cerró los ojos como si estuviera luchando contra los convencionalismos. ¿Sería capaz de dejarla así?

«Ni se te ocurra».

Pero no, con un suspiro volvió a recostarla en la cama. Se quitó la camisa sin apartar aquella mirada cargada de promesas antes de volver a besarla.

Diego sabía a coñac. Sus labios eran extrañamente suaves, aunque en ese instante el beso fuese todo menos delicado. Sus manos la acariciaban todo el cuerpo, palmo a palmo, excitando aún más cada punto nervioso. Ella temblaba sin poder contenerse. Sentía que la piel, hipersensible, hormigueaba de expectación. Jamás se había sentido tan viva ni tan deseada.

El capitán intensificó sus mimos, adorándola; sumiendo sus sentidos en un remolino de sensaciones a cuál más placentera. Marina lo acarició a su vez. Se deleitó recorriendo los músculos de su espalda, tensos y marcados como a cincel. Sintió su leve temblor al tocarle las cicatrices que dejara el látigo. Deseó besarlas una a una, para borrar el recuerdo de aquel dolor. Sin embargo, en ese momento Diego había llegado con sus dedos al punto más sensible entre las piernas y Marina pensó que iba a desmayarse de placer. Se arqueó, temblorosa, hasta que creyó estallar como una supernova. Abrió la boca para gritar de éxtasis, pero él acalló los gemidos con más de aquellos maravillosos besos.

Cuando su corazón dejó de batir con fuerza, se dio cuenta de que no era suficiente, necesitaba más.

—Diego... —El nombre salió de sus labios como una plegaria, mientras le desabrochaba las calzas y se las sacaba casi a patadas, ansiosa por tenerle dentro de su cuerpo; de aplacar el ansia abrasadora que la poseía.

—Quieta, por favor... —protestó él, trémulo—. No sabes lo que me estás haciendo... No creo que pueda contenerme...

—Nadie... nadie te ha pedido que lo hagas... —articuló, respirando con rapidez—. No se te ocurra parar ahora...

Diego emitió un bufido mitad risa, luego capturó sus labios mientras se situaba sobre ella. Sentir su peso y el calor abrasante de su piel casi la llevó de nuevo al orgasmo. Se abrió para él, abrazándolo con las piernas como si no quisiera dejarlo escapar nunca. Él la miró a los ojos al tiempo que trataba de penetrarla lentamente, con reverencia, como si temiera hacerle daño. Impaciente, Marina lo instó gustosa, húmeda de pasión y de anhelo. Alzó las caderas para salir a su encuentro y acogerlo. Si su mirada y sus besos le habían encogido los dedos de los pies, sentirlo dentro, casi la desintegró por completo. Él emitió un sonido inarticulado, mezcla de dolor y placer, antes de comenzar a moverse.

—¡Dios... mío! —masculló Diego—. Me matarás... lo sé...

Marina se adaptó al ritmo ascendente que marcaba sobre ella, abrazándolo con piernas y brazos. Se dejó llevar por el frenesí en busca de la liberación. Sus cuerpos patinados de sudor relucían a la luz de las estrellas, que los

dotaba de una apariencia sobrenatural. La atrapó el brillo de sus ojos, oscurecidos por el deseo. Su pelo suelto, que oscilaba al compás de sus embestidas, le hizo cosquillas en los hombros cuando Diego se agachó para besarla. No se cansaba de sus besos. Gimió en su boca a la vez que capturaba los gemidos de él.

No tardó en notar un fuego que se irradiaba desde la zona lumbar, siguiendo por la columna hasta su cabeza. Un ardor que iba en aumento, consumiéndola por entero, y que la abrasó, antes de estallar en mil fogonazos de colores.

Sintió que Diego se derramaba en ella antes de dejarse caer exhausto; tan sorprendido por la experiencia como ella misma.

Capítulo 41

—Supongo que habrás pensado en el matrimonio... —La voz suave de doña Úrsula quebró el silencio reinante en la soleada biblioteca. Diego cerró el libro que intentaba leer sin éxito y se dispuso a escuchar. Su tía no pararía hasta obtener lo deseado: su cabeza.

Tomó la copa de jerez de la mesa auxiliar y se la llevó a los labios. Su tío, tras abandonar también la lectura, se arrellanó mejor en el sillón. Marina no había bajado para el desayuno. María, la doncella, le había subido una bandeja por orden de doña Úrsula.

—Después de todo, no me negarás que hacéis muy buena pareja. Creo que ella es el complemento perfecto para ti —sentenció la mujer, colocando mejor su falda negra a ambos lados de la butaca.

—No sé de quién me hablas... —dejó caer Diego, dispuesto a ponérselo difícil.

—No te hagas el tonto conmigo, sobrino. —Los ojos grises de su tía refulgieron—. Sabes perfectamente que en mi mente no hay otra que Marina.

—Tía Úrsula, apenas la conozco... —comenzó a decir el capitán, más que nada por contrariarla. Para desconcierto de Diego, don Hernán soltó una risita por lo bajo que, al ver la mirada intrigada de su sobrino, disimuló con una tosecilla un tanto afectada.

—Eso son tonterías —acotó la señora—. Muchos matrimonios se forman con menos. Te recuerdo que yo solo había visto a tu tío un par de veces antes de la boda, y en ninguna de las dos ocasiones se nos permitió estar solos.

—Esos eran otros tiempos...

—Nada de otros tiempos, eso ocurre ahora también —aclaró enérgicamente doña Úrsula—. Sé que ella te agrada... —Chasqueó la lengua con satisfacción—. De lo contrario no habrías pasado la noche en su alcoba.

Diego se atragantó con el jerez al tiempo que su rostro se tornaba carmesí ante la afirmación de su tía. No hizo falta que los mirase para saber que sus

tíos sonreían como dos gatos ahítos de nata. A eso se debía la risita de don Hernán: los habían oído y estaban los dos confabulados para casarlos. Pero la acusación era cierta; no podía negar lo que era verdad.

Había pasado la noche en los brazos de una sirena. Su cuerpo aún se endurecía ante el recuerdo de las pasadas horas. La primera vez habían hecho el amor casi con prisa y sin tomar precauciones (algo que no le había sucedido desde sus primeros escarceos), pero tras un corto periodo de descanso, el tiempo no tuvo lugar y se dedicaron a amarse despacio, con delicadeza, consiguiendo que las sensaciones fueran aún mayores. Luego, agotada, Marina se había quedado dormida y él se acomodó junto a la espalda de la joven, abrazándola por detrás, para velar sus sueños. Él no podía dormir. No, después de la experiencia más excitante que había tenido en su vida.

Al amanecer la despertó con caricias e hicieron el amor otra vez. Le costó abandonarla para regresar a su propia cama. Una precaución que, por lo visto, había sido del todo innecesaria.

—¿Y bien? ¿Qué respondes? —Doña Úrsula volvió a la carga—. ¿No creerás que puedes acostarte con ella y después no cumplir como un caballero? Tu deber es casarte con Marina.

Lo sabía y estaba dispuesto, pero no se lo iba a decir a su tía hasta haber hablado primero con Marina. Deseaba saber qué pensaba ella al respecto.

—No hay tiempo. Probablemente nos iremos mañana o pasado. Hace un rato he hablado con Andrés y me ha explicado que los trabajos en el *Tritón* están a punto de finalizar.

—Por eso mismo. Ella no puede viajar sola en el barco —objetó la mujer—. Deberás llevar a una dueña que se haga cargo...

—No. Yo respondo por su seguridad. Nadie le hará el menor daño —afirmó el capitán muy serio.

—¡Ja! No es solo el daño físico, sino el daño moral. Su reputación quedará manchada para siempre —predijo doña Úrsula, con exasperación.

—De cualquier forma, no hay tiempo para una boda... No se han dicho las amonestaciones...

—Querido Diego, no sabes lo que las circunstancias y el dinero pueden conseguir... —aclaró don Hernán, hablando por primera vez, encantado con la situación.

Con toda ceremonia, doña Úrsula se levantó y tiró del cordón para llamar a la sirvienta. Estaba tan satisfecha que parecía relucir como un doblón recién acuñado.

—¡Ah! María, haz el favor de enviar a Ezequiel a casa de don Rodrigo, el párroco —ordenó cuando llegó la doncella—. Necesito verlo urgentemente. —La muchacha hizo una reverencia y salió en busca del caballero—. Hablaré con don Rodrigo; mientras tanto, tú puedes pensarlo mejor —sentenció, mirando entre los párpados entrecerrados a su sobrino—. Marina esperará que cumplas con tu deber de caballero.

—¿Que nos casamos? —preguntó Marina, muy abiertos los ojos, un rato después de finalizar la comida—. Pero eso es imposible...

Estaban en el salón saboreando un té. Las dos mujeres sentadas en sendos sillones. Diego, de espaldas a ellas, miraba sin ver el jardín a través de la ventana. En la biblioteca don Hernán y don Rodrigo ultimaban los detalles del enlace. El párroco no había puesto ninguna objeción.

—¿Imposible? ¿Por qué, querida? —inquirió doña Úrsula, sirviéndose más té—. No estarás casada. ¿Verdad? —Marina negó con la cabeza—. ¿Prometida, tal vez?

—No, ni una cosa ni la otra.

Doña Úrsula emitió un suspiro de alivio. Diego soltó el aire que hasta ese momento había retenido, temiendo que ella estuviera casada. La idea de compartirla con alguien más lo llenaba de desconcierto. Era de él, solo suya. Entrelazó las manos a su espalda sin dejar de dar vueltas al asunto. Si bien la idea del matrimonio no había entrado en sus planes, después de pasar la noche con Marina esa posibilidad era tentadora. Muy tentadora, a decir verdad.

Si quería estar con ella el resto de su vida, ¿qué mejor manera que haciéndola su esposa?

—Entonces no hay ningún problema. Don Rodrigo nos ha asegurado que la boda se puede celebrar mañana mismo.

—Pero... ¡Pero es que yo no me quiero casar! —casi gritó la muchacha ante el estupor de doña Úrsula que, medio aturdida, dejó la taza de té en la mesita.

—Niña, supongo que tantas emociones impiden que pienses con claridad —sonrió la mujer, ya recuperada, dándole palmaditas tranquilizadoras en la mano con indulgencia—. Cuando estés más tranquila, descubrirás que el matrimonio es la mejor solución... No puedes regresar al barco sin acompañante y, aun así, no es adecuado que viajes entre tantos hombres. Hay que mirar por tu reputación. Y lo más importante: a estas alturas bien podrías estar esperando un hijo...

Diego se volvió como un resorte ante esas palabras y observó a la joven. Marina palideció, hundida en el sillón. Su mirada desenfocada se clavó en el capitán como buscando apoyo. Sus ojos verdes estaban dilatados de miedo.

—Yo... eso no puede ser —contestó con voz trémula.

El capitán se dirigió a la joven con ternura y le tomó la mano. Debería haber hablado con ella —tal y como había pensado al principio— antes de que su tía se lo plantease tan de sopetón, pero quería esperar a que Marina bajase de su dormitorio y, cuando por fin lo hizo... bueno, a su estimada tía nunca le había gustado perder el tiempo. Por otro lado, doña Úrsula estaba tan segura de que Marina deseaba casarse que no se planteó lo contrario.

—Ven, salgamos al jardín. Discúlpanos, tía Úrsula —solicitó ante la mirada asombrada de la mujer, que se limitó a asentir confundida.

Marina se dejó llevar dócilmente, demasiado aturdida para poner objeciones.

El sol estaba alto; pasearon hacia el cenador para cobijarse bajo su sombra. Los alisos soplaban con insistencia, removiendo las hojas, que comenzaban a caer, y llevando la dulce fragancia del jazmín.

—Sé que es algo repentino —comenzó Diego, entrelazando su brazo con el de la muchacha, mientras caminaban por la gravilla—. Hasta esta mañana yo huía del matrimonio... No era algo que entrase en mis planes inmediatos. Bueno, tú has sido testigo de muchas discusiones con mi tía por el tema. —Sonrió con simpatía.

La joven esbozó una trémula sonrisa que no le llegó a los ojos.

—Tú no puedes querer casarte conmigo. Tú no me quieres... —titubeó—. No sé lo que digo. Estoy muy confusa. La verdad...

—No sé si te quiero o no —interrumpió él, contundente, deteniendo el paseo para mirarla. Apoyó con reverencia las manos en los hombros de Marina—. Por ahora te puedo decir que te deseo con toda mi alma. ¿Quién sabe si ya estoy empezando a amarte? —Le acarició el mentón con suavidad—. Solo sé que quiero estar contigo... Abrazarte. Que me has embrujado y que mi cuerpo reacciona con solo una mirada tuya. —Con suavidad pasó la yema del pulgar por los labios entreabiertos de la joven—. Nunca he sentido esto. Nunca mi sangre me había calentado por dentro hasta que te vi. He soñado contigo y me he vuelto loco de deseo, pese a creer que eras un muchacho. Ahora que sé qué eres, temo estallar en llamas en cualquier instante.

Las pupilas de Marina se dilataron hasta prácticamente abarcar el iris. Su respiración se hizo más rápida y superficial. Diego reconoció los signos de

excitación que emanaban del cuerpo de la joven porque eran los mismos que calentaban el suyo. Con lentitud bajó su cabeza para besarla. Lo necesitaba como el respirar.

—No puedo enamorarme de ti —susurró ella con voz estrangulada. Apartándose, le dio la espalda—. Tengo que regresar a San Sebastián lo antes posible.

—¡Maldición, mujer! Saldremos mañana en cuanto se celebre la boda —aseguró Diego, desconcertado por esas palabras.

No entendía a esa muchacha. La noche pasada se había entregado con pasión, dando tanto como recibía. Lo había hecho sentir cosas que jamás había sentido. Estaba seguro de que le deseaba tanto como él a ella. Entonces, ¿por qué esa negativa a casarse? ¿Por qué esa insistencia en regresar a su ciudad?

—¿Temes que tu abuelo no me apruebe? —tanteó.

—¡Madre mía! No. Él estaría encantado —bufó Marina sin mirarlo.

—Entonces, eres tú la que no lo apruebas... Sé que es muy repentino. Que no te he dado tiempo para pensarlo —sacudió la cabeza con incredulidad—. Esta mañana, cuando me lo ha propuesto mi tía, yo también estaba aturdido... En lo que va de día he podido constatar que no es una mala idea. Yo... te aseguro que cuidaré bien de ti. —Hizo una pausa. No sabía dónde iban a vivir. No podía aparecer sin más ni más por San Sebastián sin peligro de que lo apresaran. Pese a todos esos problemas confiaba en poder cuidarla. Dio unos pasos hasta ponerse frente a ella—. Sé que, como prófugo de la ley y hasta que no se aclaren las circunstancias que rodearon la acusación de piratería de mi padre, me expongo mucho acercándome allí, pero te doy mi palabra de honor de que te llevaré junto a tu abuelo. Tal vez él esté dispuesto a vivir en otro sitio con nosotros; al menos hasta que se resuelva mi situación. —Guardó silencio un momento mientras observaba las emociones encontradas de Marina—. Tienes hasta mañana para meditar una respuesta. —Le cogió la mano y se la llevó a los labios para besarle la palma con infinita ternura—. Con todo, zarparemos con la marea de la tarde. Sería un inmenso honor llevar a mi esposa de vuelta a su ciudad natal y conocer a su familia.

Con esas palabras se alejó de ella. Por mucho que le intrigara esa negativa a casarse, debía darle tiempo para pensar. Solo esperaba que su respuesta fuera un sí.

Capítulo 42

¿Podría estar embarazada?

Marina rondaba por el dormitorio dándole vueltas y más vueltas a esa idea desde que, unas horas antes, doña Úrsula hubiera puesto el germen de la duda en su mente. Era cierto que la noche pasada no habían puesto ningún remedio para eludirlo. Le subieron los colores al recordar lo desinhibida que se sintió entre los brazos de Diego. En las dos ocasiones posteriores él evitó eyacular dentro de ella. Aunque sabía que no era un método fiable, era lo único que tenían. Además, ni su abuela ni su madre habían sido prolíficas; antes bien les había costado mucho quedar embarazadas. Apelaría a la genética...

Pero esa no era la preocupación más inmediata. El problema estaba en casarse o no con el capitán. Por un lado, pensaba que era una locura. En cuanto tuviera oportunidad, volvería a la iglesia de San Vicente y trataría de regresar a su tiempo. Su matrimonio sería bastante corto. ¿Qué sentido tendría casarse?

Por otro lado, temía que, al intimar aún más con Diego, la idea de marcharse fuera insoportable. Ya le resultaba difícil ahora pensar en no estar con él o en no volver a verlo; después sería sencillamente desgarrador. Sin embargo, era algo que debía hacer: su abuelo era toda su familia; no podía abandonarle. Tal vez si ella no hubiera sido su única nieta, si sus padres aún vivieran, si... ¡No!, de nada servía hacer conjeturas sobre lo que hubiera sido si... esa era la realidad; y esa misma realidad la obligaba a volver junto a su abuelo. Jamás podría vivir tranquila si no lo hiciera.

Además, ese no era su mundo. No era la época a la que estaba acostumbrada. Si bien comenzaba a habituarse a las costumbres, a la falta de medios y a la simplicidad con la que vivían esas personas, consideraba que tarde o temprano terminaría añorando la vida más fácil y cómoda que tenía antes.

Con el tiempo olvidaría...

«No te engañes: ya estás enamorada de Diego y difícilmente podrás olvidarlo. ¿Qué te impide vivir como su mujer durante el tiempo que permanezcas en este siglo?», sonrió ante sus pensamientos.

Tenía la oportunidad de disfrutar de unas vivencias que quizá nunca tuvieran ocasión de repetirse. ¿Por qué no aprovecharlas?

«Vas a jugar con fuego... ¿Y después? Después recogerás los pedazos de tu corazón y volverás a tu vida solitaria junto a los cuadros».

No quiso pensar en cómo se sentiría Diego; ya eran demasiado desoladores sus propios sentimientos y no quería saber nada más.

«¡No, eso no es jugar limpio!», se regañó a sí misma. «¡Debes decirle la verdad!».

Ya lo había engañado en una ocasión y sabía lo humillado que le hizo sentir. Traicionarlo después de convivir con él como marido y mujer sería, cuando menos, ofensivo. No merecía verse estafado de esa manera tan fría. Primero debía contarle la verdad sobre su origen; después, que él juzgase las circunstancias que rodearían el matrimonio.

Antes de cambiar de opinión se miró en el espejo. Aún se sorprendía al verse vestida de época. Luego salió de su dormitorio, dispuesta a reunirse con él en su cuarto. Llamó a la puerta y esperó el permiso antes de entrar.

El capitán estaba repantigado en una butaca, con una copa tallada en las manos. Su camisa blanca, abierta hasta la cintura, permitía ver el vello oscuro que le cubría el pecho y se perdía bajo la cinturilla de sus pantalones negros. El pelo, revuelto de tanto mesarlo, le caía sobre los hombros. Se puso en pie, formidable en toda su estatura.

Marina sintió que su corazón daba un doble salto mortal en su pecho. ¿Cómo iba a poder marcharse y no volver a verlo?

—Quiero hablar contigo —anunció antes de perder el valor.

—Marina... ¿Ya has tomado una decisión?

La joven lo miró un momento e inspiró para darse fuerza. Estaba terriblemente nerviosa por todo lo que debía contar.

—Siéntate, por favor.

Diego, sorprendido, obedeció de mala gana y volvió a peinarse con los dedos; era obvio que deseaba saber la respuesta lo antes posible. Ella se acercó para sentarse a sus pies, con los ojos bajos para no mirarle. La falda de su vestido se hinchó por un momento para después rodearla como un pimpollo blanco. Estaba inquieta, pero era su obligación, no podía mentirle. Ya lo había hecho durante demasiado tiempo. Además, la necesidad de

desahogarse con alguien era harto abrumadora para pasarla por alto. Deseaba que la creyera.

—Yo... —se aclaró la garganta—. Tengo que decirte algo... es algo que deberías saber.

—Tú dirás...

Marina alzó la mirada y se enfrentó con los ojos grises del capitán, que la miraban atentos.

—Lo que voy a contarte es bastante difícil de creer. Pero es la verdad. —Guardó silencio buscando las palabras adecuadas—. Quiero que me prometas que, a pesar de lo que te cuente y al margen de que me creas o no, mañana me llevarás a San Sebastián.

—Me he comprometido a hacerlo; muchacha, puedes confiar en que no te fallaré —aseguró él con seriedad, expresando la misma convicción con la mirada—. Soy un hombre de honor.

Ella asintió con la cabeza y volvió a tomar aire.

—Mi nombre es Marina Vivar. Nací el día veintitrés de enero de mil novecientos sesenta y ocho. —Levantó la mano para silenciar a Diego, que hacía amago de hablar—. El once de agosto de mil novecientos noventa y cuatro, mi abuelo me enseñó un medallón muy antiguo que se había encontrado enganchado en el ancla de su velero...

Ante el rostro de Diego, cada vez más inexpresivo, Marina desgranó poco a poco todos los acontecimientos que la llevaron a ese siglo, sin omitir ningún detalle.

—*Per tempore*. Revelador...

—¿Qué... qué quieres decir? —preguntó Marina, intrigada.

—Significa algo así como «a través del tiempo».

Marina meditó sobre aquellas palabras y trató de encontrar sentido a todo ello. ¿Era verdad, al final, que el confesionario podría ser una especie de máquina del tiempo? Aquel lugar en la iglesia, ¿era un corredor, una puerta entre dos mundos? Lo había pensado con anterioridad y esa era la única explicación. Deseaba que fuera cierto, eso simplificaría las cosas a la hora de tratar de regresar a su época. Solo debería llegar a San Sebastián, entrar en el extraño confesionario y rezar para que funcionara en ambas direcciones.

Continuó con su historia y le aclaró que, aprovechando el error de apreciación de Pedro, se había hecho pasar por un muchacho para protegerse de todos los hombres del barco. El capitán la escuchaba en silencio; su rostro era una máscara que ocultaba sus emociones. La copa, al girar entre sus manos, lanzaba brillos alrededor.

—¿Me crees? —preguntó la joven con un hilo de voz al terminar de contar su epopeya.

El capitán tardó un poco en contestar. En su mirada, perdida ya la inexpresividad, se adivinaba la confusión, la incredulidad y el desasosiego. Bebió lo que quedaba de coñac en la copa de un solo trago. Luego, la dejó sobre la mesita.

—¿He de creerte?

—Te he dicho la verdad.

—Pues no lo sé. Me resulta algo demasiado increíble para ser cierto. —Se levantó y comenzó a pasear por la estancia—. Me pregunto si todo esto lo estás inventando para no casarte conmigo. Tengo que reconocer que es la historia más descabellada y sorprendente que he oído nunca. Me cuesta creer que sea cierto. Es demasiado fantasiosa para creerla.

—¿Cómo puedo demostrarte que estoy diciendo la verdad? —solicitó, abatida.

Él no respondió; continuaba con las manos a la espalda y sin dejar de caminar, con su habitual gracia felina. Permanecieron en silencio. Uno paseando y la otra observando su circunspección.

—¿Me creerías tú si yo te contara algo así? —preguntó él al fin.

—No —contestó honestamente—. Mira, aunque me ha ocurrido a mí misma, te puedo jurar que me ha costado mucho aceptar que he retrocedido en el tiempo.

Él cabeceó y se llevó los dedos al puente de la nariz.

—Al menos eres sincera —suspiró, desalentado—. ¿Por qué me lo cuentas ahora? —inquirió, parándose frente a ella.

—Porque en cuanto llegemos a San Sebastián intentaré regresar a mi siglo —respondió con franqueza—. Y quería que lo supieras... Me casaré contigo para que tu tía se quede tranquila y no ponga pegasa que zarpe en el *Tritón*. Pero una vez allí, me marcharé... —bajó la mirada, triste.

—¿Y si me niego a partir mañana? ¿Y si decido quedarme aquí más tiempo o seguir rumbo al Nuevo Mundo?

—¡Me lo has prometido! —gritó ella, asustada—. Te he contado la verdad porque no quería ser deshonesto contigo y, llegado el momento, desaparecer sin darte explicaciones. No hagas que me arrepienta por ello —suplicó.

—No sé si debo estar agradecido por esa deferencia, la verdad —masculló, moviendo la cabeza con pesar—. Pero te he prometido llevarte y lo haré.

—Gracias, Diego —musitó y cerró los ojos desfallecida de gratitud.

No iba a pensar en lo que ocurriría una vez llegados a la ciudad guipuzcoana. De momento disfrutaría sin cuestionarse nada. Se levantó con lentitud para abrazar al capitán, su futuro esposo en unas horas. Él la cobijó entre sus brazos sin hablar y apoyó su cabeza en la de la joven. Marina tocó la piel del pecho que quedaba expuesta a través de la abertura de la camisa. Podía sentir el latido de su corazón contra la palma. Bombeando a un ritmo creciente. Alzó la cabeza para besar a Diego. Anhelaba sus extraordinarios y embriagadores besos. Él la complació con el mismo deseo que ella. Un instante después las ropas desaparecían de sus cuerpos con velocidad febril.

Necesitaba sentir el calor de aquel hombre en su interior y así se lo hizo saber con caricias, con besos, hasta que todo a su alrededor se volvió insustancial y brumoso.

Mucho más tarde, Diego, abrazando a la muchacha, meditaba sobre las palabras de Marina. Se sentía como si hubieran zarandeado su cerebro hasta volverlo del revés. Era inverosímil, no lo podía creer. ¡Viajar en el tiempo! ¡Qué idea tan absurda!

Desde el principio había sospechado que Marina le ocultaba algo, que tenía un secreto, pero ¡por Dios! Nunca pensó que fuera eso. Por supuesto que esa historia aclaraba aquella extraña forma de expresarse y su desesperación al encontrarse en el comedor del *Tritón*, aquella primera noche con él. Sin embargo, no lo hacía más verosímil.

A pesar de que deseaba creerla, no podía hacerlo. Porque ceder a esa tentación equivaldría a comprender que ella, una vez en San Sebastián, desaparecería para siempre. Y él no deseaba eso. No después de haberla encontrado. Ella era única.

La observó dormir a su lado. Los rojos mechones extendidos en la almohada; la piel opalina de Marina en contraste con la suya tan morena. Era tan femenina y delicada... ¿Cómo, en nombre de Dios, había podido confundirla con un muchacho?

Unos discretos golpes en la puerta lo devolvieron a la realidad.

—¿Quién es? —preguntó. Se levantó de la cama, con cuidado de no despertarla, y se puso los pantalones rápidamente.

—Soy yo. —La voz de don Hernán se coló desde el otro lado.

Diego abrió la puerta, asombrado por la presencia de su tío, que venía ataviado con un batín de seda y aire conspirador.

—¿Qué ocurre? ¿Está mi tía enferma? —preguntó alarmado. Para su sorpresa el hombre se ruborizó intensamente y negó con la cabeza.

—Verás, muchacho —comenzó el hombre carraspeando—. Es de suponer que mañana os casaréis... —Clavó sus ojos castaños en los de Diego, por encima de los de él, hasta que el capitán asintió. Entonces continuó, satisfecho —: ¡Virgen santa! Bien sé que el deseo nos nubla el entendimiento y... Bueno, esta es una casa respetable, sobrino y no creo que a tu tía le haga gracia que compartáis la cama antes de formalizar el enlace...

—Entiendo... —murmuró Diego, turbado por verse pillado in fraganti, otra vez.

—Te aconsejo que la devuelvas a su dormitorio lo antes posible. Tu tía está... —Una sonrisa lujuriosamente satisfecha cruzó el semblante del caballero—. Bien, tu tía está profundamente dormida en estos instantes, y opino que este es el mejor momento para hacerlo. —Sin más preámbulos, inclinó la cabeza a modo de despedida y regresó al dormitorio que compartía con doña Úrsula.

Diego lo miró hacer boquiabierto. La risa burbujeó en su pecho al comprender las implicaciones de las palabras de su tío. Marina y él no eran los únicos en dar rienda a la pasión en esa casa.

Capítulo 43

La mañana llegó demasiado pronto para Marina. Abrió los ojos y se sorprendió al verse en su dormitorio. En algún momento de la noche Diego la había llevado allí, probablemente para evitar que su reputación quedase destruida. No recordaba gran cosa; estaba demasiado cansada para despertarse. Sonrió como una tonta. Podría no recordar cuándo fue trasladada de habitación, pero lo que era imposible olvidar eran los momentos vividos entre los fuertes brazos llenos de ternura del capitán. Se dispuso a holgazanear un poco más en la cama.

—Buenos días, señorita Marina —saludó María, al ver que ya estaba despierta—. Hoy hay muchas cosas que hacer. Debemos prepararos para vuestra boda. No os podéis imaginar el vestido que encargó doña Úrsula; la modista ha trabajado a destajo para poder terminarlo a tiempo.

El parloteo de la doncella despertó a Marina por completo. Era el día de su boda.

¡Se casaba ese día!

—En qué lío me he metido —gimió para sí, tapándose la cara con las manos.

Antes de que pudiera hacer o decir nada, la formidable presencia de la dueña de la casa penetró en la habitación y, como un general a sus subordinados, comenzó a impartir órdenes a diestro y siniestro para organizar aquel memorable día. No había duda de que aquella mujer era sencillamente impresionante.

Marina se dejó hacer sin oponer resistencia. La bañaron, le lavaron el pelo y lo cepillaron hasta que resplandeció con brillos de granates y coral. Se lo recogieron con lo que parecían millares de horquillas que se le clavaban en el cuero cabelludo. Unas tenacillas calientes formaron bucles perfectos a ambos lados de su cara. Después de darle un sencillo desayuno, procedieron a engalanarla con su vestido de novia.

—¡Ay, *ama!* —susurró estupefacta, al mirarse en el espejo—. ¿Soy yo?

—Mi querida niña, estás radiante —aseguró doña Úrsula, visiblemente satisfecha y emocionada con el resultado—. No hay duda de que hemos acertado.

Marina acarició con emoción el suave brocado de seda de color verde mar y volvió a mirar su reflejo en la superficie azogada.

El vestido era una creación sencilla y elegante. El generoso escote circundaba los hombros desnudos, rematado con una puntilla de encaje estrecha. Las mangas acuchilladas permitían ver la camisa de fina batista blanca, y se entallaban al rebasar el codo, en donde concluían con un generoso encaje que rozaba la muñeca. El corpiño, entallado por ballenas, realzaba el cuerpo esbelto dando paso a las faldas, moldeadas por el tontillo y la multitud de enaguas que susurraban con cada paso.

—Pobre modista... hacer esto en tan poco tiempo. Me siento culpable...

—No te aflijas, muchacha. Si te soy sincera, lo encargué junto con los otros vestidos. Tenía la esperanza de que llegara este momento —confesó la mujer.

—Pero...

—Querida Marina, en cuanto os vi a mi sobrino y a ti, supe que estabais enamorados. No me contradigas —ordenó cuando Marina hizo intención de protestar—. Puedes negarlo hasta que tu cabello se vuelva blanco; con todo, yo sé lo que mi instinto me dijo y ahora se está cumpliendo. —Chasqueó la lengua, complacida—. Aunque no está bien que yo lo diga, te recuerdo que insistí mucho para que te pusieras un vestido. En cuanto te quitaste esas horribles calzas mi sobrino terminó de perder la cabeza. Era evidente...

Marina guardó silencio, anonadada por las palabras de la mujer, y se limitó a mirarla boquiabierta.

—Bueno, jovencita, si cierras la boca y sonrías, bajaré para acompañar a mi sobrino a la iglesia. Mi muy querido esposo estará orgulloso de conducirte al altar. Me haces inmensamente feliz, muchacha. —Sin más, besó en ambas mejillas a la patidifusa muchacha y salió de la habitación.

El día de la boda transcurrió en medio de un sinfín de preparativos para la ceremonia y posterior partida. Diego, desde el altar de la iglesia de San Marcos, vio entrar a Marina del brazo de su tío. Llegaba tan bella y resplandeciente como una aparición. Su piel de alabastro creaba un contrapunto con el brocado verdoso de la tela. Con aquel vestido parecía tan

etérea como un hada o una sirena. Unas pequeñas flores blancas en el pelo a modo de corona sobre su cabello, que brillaba como si de metal bruñido se tratase. Esperó a que llegara al altar para colocarse a su lado, incapaz de apartar los ojos de ella, por miedo a verla desaparecer en un parpadeo.

Inclinó la cabeza con formalidad a modo de saludo y se volvió para atender a las palabras del cura que daban paso a la ceremonia.

La nerviosa novia atendía, mordiéndose los labios. Sus ojos verdes, dilatados por el miedo, lo miraban como si fuera a salir corriendo de un momento a otro. Por extraño que pudiera parecer, ahora que se estaba casando, él no tenía ningún temor. Nervioso, sí, pero no asustado.

Su tía mostraba un porte regio y elegante toda vestida de negro. De vez en cuando se llevaba un pañuelo de encaje a la comisura de los ojos y le miraba sonriente al saberse observada. No había duda de que esas lágrimas no eran de pena, sino de dicha por él. Doña Úrsula estaba convencida de que Marina y él hacían muy buena pareja y que iban a ser muy felices juntos. Le habría gustado tener esa misma certeza.

Volvió a mirar a la joven con el recuerdo de la historia que le contara la noche anterior rondando por su cabeza. No podía apartarla de su mente; se debatía en encontrar una explicación para esa sarta de invenciones. Debía lograr el modo de que ella confiase lo suficiente en él como para decirle la verdad.

«¿Y si ya te la ha dicho?».

Cerró los ojos y se concentró en las palabras del cura. No quería seguir torturándose con esos pensamientos.

Cuando, llegado el momento, le hizo entrega del anillo, las manos heladas de Marina temblaban perceptiblemente —tanto como las de él—. Se las apretó para infundirle valor. Ella le sonrió con labios trémulos, como queriéndole decir que apreciaba sus esfuerzos; en sus ojos leyó que seguía asustada. Deseó poder borrar ese miedo y se prometió conseguirlo costase lo que costase. Deseaba que ella apreciase ese matrimonio, que no lo viera como algo temporal. No iba a pensar en la intención de abandonarle una vez llegados a San Sebastián. Ya habría tiempo de convencerla de lo contrario.

A la salida de la iglesia los invitados les recibieron con puñados de arroz y pétalos de flores. Después de felicitarles efusivamente, les acompañaron a la casa de sus tíos para tomar el refrigerio que ofrecían doña Úrsula y don Hernán.

Entre parabienes y consejos fue pasando el día y se hizo la hora de ir al puerto. Llegaron al muelle a media tarde, poco antes de que la marea fuera

propicia para emprender el viaje. Les acompañaban sus tíos junto a algunos de los invitados. Los ociosos marineros de los barcos vecinos, apostados en los obenques, observaban al elegante grupo que se despedía, como una manera de paliar el aburrimiento reinante hasta que pudieran salir a divertirse cuando les llegara su turno.

—No sabéis lo feliz que me habéis hecho. Espero tener pronto noticias vuestras. No tardéis mucho en volver a visitarnos —solicitó su tía. Luego, ignorando a los espectadores, rompió a llorar al abrazarlos.

Don Hernán, siempre tan solícito y atento con su esposa, la tomó por las manos para darle ánimos, con los ojos sospechosamente brillantes.

—Anda, muchachos, ya sabéis dónde estamos... —comentó emocionado—. No tardéis mucho en venir otra vez.

Marina lloró también y en su mirada atormentada podía intuirse el sentimiento de culpa por mantener a doña Úrsula con la esperanza de que volverían a verse. Pese a que no podía ser verdad lo del salto en el tiempo, razonó Diego, ella parecía segura de que no volvería a ver a sus tíos. Al sentir a su esposa tan afectada, le pasó el brazo por la cintura y la atrajo hacia él, intentando reconfortarla. Ella agradeció su consideración con una tímida sonrisa y a Diego le dio un vuelco el corazón. ¡Dios, cómo deseaba a aquella muchacha!

—Será mejor que subamos al barco. La marea no tardará en ser adecuada para zarpar —anunció Diego.

—Lo sé, pero... —articuló la joven, limpiándose las lágrimas—. Soy una tonta, me cuesta marcharme. Sé que no les volveré a ver. Les he tomado mucho cariño.

Diego calló sin saber qué decir.

Al subir la planchada, los integrantes de la tripulación hacían cola para felicitar a la ruborizada novia. Ella les saludó uno a uno y agradeció con respeto los buenos deseos que le dedicaron. Diego, con la mano apoyada en la empuñadura de su alfanje, tuvo que contenerse para no apartarlos uno por uno. La expresión de marcada lujuria que bailoteaba en la cara de la mayoría de ellos no hacía más que exacerbar sus instintos protectores. Le pareció que maese Andrés retenía la mano de Marina más tiempo del estrictamente necesario para el buen decoro y rechinó los dientes.

¡Por todos los demonios del infierno! ¡Estaba celoso!

Aguantó sin decir nada, con la mandíbula tensa y apretada, hasta que todos hubieron agasajado a Marina, presto a atacar en el momento que alguno de ellos se mostrase más efusivo de la cuenta. Debió de ser tan evidente su

intención que maese Isaac rio por lo bajo. Diego clavó su mirada en los ojillos negros de su contra maestre y emitió un gruñido, más molesto por sus celos que por la gracia que estos pudieran hacer a su segundo. Maese Isaac rompió a reír con estruendosas carcajadas ante la confusión de los marineros, que lo miraban sin comprender.

Un rato después, cuando la marea fue favorable, dirigió un último saludo a sus tíos, que permanecían en el muelle esperando su partida. Doña Úrsula llorosa, se dejaba consolar entre los brazos de su marido, mientras don Hernán agitaba la mano a modo de despedida.

No tardaron en alejarse de la costa. El pico del Teide apuntaba al cielo con su cumbre por encima de las nubes. Notó el temblor del maderamen bajo sus pies e inspiró con avidez el aire salobre. Sobre ellos, las velas hinchidas tensaban las jarcias, que gemían con el esfuerzo. Suspiró satisfecho por volver a estar en el mar y se giró con una sonrisa a mirar a Marina que, agarrada a la barandilla del alcázar de popa, contemplaba cómo la isla empequeñecía conforme se alejaban de ella.

«Mi esposa», pensó con satisfacción.

Como si notase su ardiente mirada, Marina se volvió. Sus ojos se encontraron. No hicieron falta palabras para expresar los sentimientos que refulgían en ellos.

Con una escueta frase dejó el mando del barco al contra maestre para tomar en brazos a su esposa y conducirla al camarote principal, en medio de las risas y las burlas obscenas de sus hombres.

Capítulo 44

El sol despertaba por estribor, tiñendo de oro las velas del *Delfín*, el nuevo nombre con el que habían bautizado al *Tritón* y que habían pintado en cada una de las dos amuras con letras doradas. Diego esperaba que no reconociesen la nave, pues no quería poner otra vez en peligro a sus hombres. Además, tendría que idear otro disfraz para su persona y rezar para que no le descubriesen. Tal vez no era mala idea atracar en Getaria y cubrir la distancia en carruaje; les llevaría más tiempo llegar, eso sí; sin embargo, todos ellos estarían más seguros. Se propuso pensarlo más detenidamente conforme se acercaran a su destino.

—Muy pronto os levantáis, mi capitán, para ser un recién casado. —La voz aguardentosa y socarrona del contramaestre rompió el silencio reinante.

—Hay deberes que es preciso cumplir —contestó Diego con una media sonrisa—. Creo que aún soy el capitán de este barco, ¿no?

—Por supuesto, es solo que pensé que hoy remolonearíais más en la cama, después de todo, era la noche de bodas... —añadió con picardía.

El capitán sacudió la cabeza ante las pullas de su segundo. El hombre tenía razón. Era un recién casado y estaba sobre el alcázar de popa viendo salir el sol, cuando habría podido seguir en los brazos de su esposa.

La había dejado durmiendo en el camarote principal, que ahora compartían. Le costaba creer que aquella sirena era toda suya. Bueno, solo por un tiempo, si tenía que dar crédito a la rocambolesca historia que le contara la otra noche. Pensar que, al meterse en un confesionario y recitar una frase en latín había saltado en el tiempo, como ella lo llamaba, era como para volverse loco. Decía venir del siglo xx, de finales de dicho siglo. Una locura.

Habían permanecido en el camarote desde que zarparon la tarde anterior; unas veces hablando, otras durmiendo y la mayoría de las veces amándose, sin pensar en que ella le abandonaría cuando arribasen en su ciudad. No deseaba cavilar sobre ello y en lo que implicaría de ser verdad. Estaba

convencido de que, llegado el momento, él lograría convencerla para continuar juntos. No iba a dejarla marchar tan fácilmente; al fin y al cabo, aún no creía esa absurda historia del traslado en el tiempo.

—¡Barco a la vista! ¡Por popa!

La voz del vigía lo sacó de sus pensamientos; tomó el catalejo para buscar la embarcación. Era una fragata de tres palos y su perfil le resultaba conocido. Pero por más que lo intentó no consiguió recordar dónde la había visto antes. No llevaba ningún pabellón; y eso era algo extraño. Traía buena velocidad, con la mayor parte del trapo extendido, pese a los alisios que les llegaban por la amura de babor y les obligaban a ceñir, escorando el barco. Un mal presentimiento le pasó fugazmente por la cabeza y le erizó los pelos de la nuca.

—Creo que vos también lo sentís —afirmó el contramaestre, como adivinando su malestar—. Mal asunto, muy mal asunto. No me gusta nada.

—¡Maldición! Sí, mi buen maese, será mejor que nos pongamos en guardia. Ordenad zafarrancho de combate. —Miró en derredor, sopesando la situación con los dientes apretados—. Que viertan una buena capa de arena en la cubierta y abran los cofres de las armas. Ordenad a maese Andrés que prepare a sus hombres; que suban proyectiles y pólvora de la santabárbara. Hemos de estar preparados. —Le tendió el catalejo a su segundo y, a grandes pasos, regresó al camarote con el propósito de poner a buen recaudo a su esposa.

La luz del sol naciente penetraba por las ventanas del espejo de popa, disipando la oscuridad del camarote principal. Marina dormía el dulce sueño de los inocentes, con Trespiés enrollado como una bola a sus pies. Los labios de la mujer se curvaban en una sonrisa. Diego se perdió en su hermosura. Estaba desnuda bajo la sábana y su cuerpo esbelto se marcaba en la tela. Sintió un tirón conocido en la ingle.

«No hay tiempo para eso», se reprochó.

Le dio pena despertarla, pero era imprescindible que estuviera preparada. Con ternura besó la mejilla de la joven, que murmuró algo ininteligible.

—Despierta, Sirena. —Volvió a besarla—. Tienes que vestirte. Se acerca un barco.

—Umm, ¿qué dices? —preguntó, medio dormida.

—¡Que te vistas, dormilona! —Le obsequió con una juguetona palmada en las nalgas tras retirarles la sábana—. Tenemos una nave por popa y no me gusta nada.

El gato saltó de la cama, con un bufido de irritación por ver interrumpido su sueño, y clavó la mirada en Diego con fastidio. El capitán sonrió divertido ante la reacción del felino.

—No le asustes; el pobre estaba profundamente dormido —protestó Marina—. ¿Qué decías de un barco?

—Tenemos uno por popa. Es necesario que te vistas...

Aunque no quería preocuparla, era imprescindible que estuviera preparada. Todas las precauciones eran pocas. Podría ser un barco pirata. De sobra sabía que, en aquellas aguas, los perros del mar trataban de engordar sus botines atacando a todo barco que regresara del Nuevo Mundo. Desde luego, si creía que el *Delfín* llevaba las bodegas repletas de oro, plata o perlas del Caribe, se iba a llevar una decepcionante sorpresa.

Para que el pelo no le molestara en caso de lucha, se sujetó bien la coleta con un cordón de cuero en la nuca. Bajo el tricornio y cubriendo la cabeza se anudó un pañuelo blanco. Sustituyó la casaca entallada por un chaleco de cuero grueso, que era mucho más cómodo para luchar y ofrecía mejor protección.

—¿Quién crees que puede ser? —indagó la muchacha, más despierta tras lavarse en la palangana—. ¿No serán piratas? —sugirió, visiblemente sobrecogida al ver cómo se preparaba.

—No lo sé. Pero de cualquier forma quiero que te mantengas oculta hasta que todo se solucione —dispuso Diego; luego abrazó a Marina, tratando de disipar el temor que lo acosaba—. ¿Sabes disparar un mosquete?

—No... la verdad es que no —contestó ella, mientras se pasaba la camisola por la cabeza—. ¿Crees que será necesario? ¿Son piratas?

—Bien, no importa. —Pasó por alto las preguntas; buscó en un cajón de su escritorio y sacó una pistola de bronce con la culata de madera.

Le llevó unos segundos cargarla con el proyectil redondo y la pólvora. Puso una mecha de acción retardada y, luego de entregar el arma a la joven, le mostró cómo debía asirla para disparar sin hacerse daño con el fuerte retroceso.

—No pienses; ante la duda, dispara. ¿Me has comprendido? —Esperó a que ella asintiera y continuó con frialdad—: Si lo piensas puede que te quedes sin oportunidad para hacerlo... No apuntes a la cabeza; la fuerza del disparo alzaré el cañón, desviando la bala. Es mejor hacerlo al vientre; de ese modo es posible que le aciertes en el corazón o en la cabeza. No tengas miedo, Sirena; no voy a dejar que te ocurra nada malo —garantizó Diego, al ver la mirada sobrecogida de su esposa.

Con suavidad la hizo volverse para ajustarle el corsé y ayudarla a colocarse el vestido; luego abrochó cada uno de los botones diminutos que lo cerraban a su espalda con más lentitud de la recomendable.

«Se acerca un barco sospechoso. No hay tiempo para demoras», se reprendió. Con un suspiro terminó de abrochar el último botón. Luego le dio un beso a Marina en la nuca.

—Y si... ¿y si disparo y eres tú o cualquiera de la tripulación? —preguntó preocupada, volviéndose a mirarlo—. Vestido así, tú mismo pareces un pirata sanguinario.

Diego no pudo reprimir la carcajada que lo sacudió ante esa comparación.

—¿Has visto muchos piratas sanguinarios o de otro tipo en tu vida? Deja de preocuparte. —Acunó la cabeza de su esposa con las manos a ambos lados. No se cansaba de mirarla—. Nos identificaremos para que nos reconozcas. No habrá problema. Pero has de hacer lo que te diga y, por el amor de Dios, por una vez no me desobedezcas. ¿Comprendes? Puede ser peligroso.

Le dio un beso abrasador antes de conducirla con paso firme a la bodega.

—¿No hay posibilidad de que espere en otro sitio? —solicitó ella, al ver adónde iban—. No me gusta estar encerrada en la oscuridad —dijo con voz temblorosa.

—Lo sé, Sirena. Y ten por seguro que lo siento. Pero no se me ocurre otro sitio donde estés más segura. En el caso de que aborden el barco mi camarote será el primer sitio donde miren.

—¿Y si me quedo en la cocina o en el comedor? —suplicó Marina—. Te prometo que me ocultaré bien y...

—¡No! —bramó preocupado por el tiempo que se estaba demorando en salir a cubierta—. Obedéceme de una vez, Marina. He dicho que te quedes en la bodega y, ¡por Dios!, que allí te quedarás.

—Pero...

Diego ofuscado por la terquedad de su esposa se volvió y la agarró por los hombros.

—No me obligues a atarte, muchacha, porque lo haré si de esa manera puedo estar tranquilo de que acatarás lo que te he ordenado —siseó—. Necesito saber que estás a salvo, de lo contrario la preocupación por tu bienestar me distraerá y eso será muy peligroso. ¿Lo comprendes? Espero que todo sea una precaución innecesaria —concluyó para tranquilizarla.

Su sexto sentido vaticinaba lo contrario.

El primer cañonazo sonó en los oídos de Marina como un trueno lejano. Unos segundos después el *Delfín* respondió con una andanada que hizo temblar las cuernas del barco. A partir de ese momento el fuego fue constante entre las dos naves. El maderamen crujía y protestaba ante la fuerza de los cañones, amenazando con deshacerse a cada momento. Cada poco la nave viraba presentando al barco enemigo una amura, pues los cañones estaban situados en hileras tanto en estribor como en babor. Los artilleros disparaban todas las culebrinas a un tiempo, con el deseo de causar el mayor destrozo a la nave contraria. Pese a haberlos visto practicar y saber que eran muy diestros, quizá no era suficiente para contener el ataque de un barco enemigo.

No le había preguntado a Diego qué tipo de barco era el que los perseguía, esperaba que no fuera más grande o mejor armado que el *Delfín*. Desgraciadamente sospechaba, a juzgar por el potente sonido de sus andanadas, que el navío contrario lo era.

Acurrucada, junto a Trespiés, en un rollo de tela para velamen, sostenía el mosquete que le diera Diego. En medio de la oscuridad la brasa de la cazoleta del arma era visible como un punto rojo entre la negrura que la rodeaba. El capitán le había prohibido bajar una vela o un farol con el que alumbrarse, pues durante la refriega podía caerse sobre algo y prender fuego. De modo que allí se encontraba, rezando en silencio entre tinieblas, con el gato en su regazo y el mosquete en la mano.

Sobre su cabeza se oían los gritos de los hombres, que cargaban los cañones y se preparaban para disparar contra el barco pirata. A veces, inmediatamente después de la salva se escuchaban gritos de victoria; en otras ocasiones, el silencio indicaba que la bala había errado. Ella, angustiada, rezaba para que aquellas descargas cesaran de una vez y ellos salieran victoriosos. No quería pensar en que se hundirían sin remisión si una bala alcanzaba la obra muerta del barco.

«¡Por favor, por favor, que no nos hundan!».

Como respuesta a su plegaria, la siguiente descarga sonó más cerca y el *Delfín* se sacudió hasta la quilla. El gato maulló, asustado, y abandonó el regazo de Marina para buscar un sitio más seguro.

—Trespiés, no te vayas —susurró, sintiéndose sola—. Ven, gatito, ven...

Preocupada por la huida del gato, tardó un rato en percatarse del silencio reinante. El barco cabeceaba suavemente sobre las tranquilas aguas, pero la quietud no presagiaba nada bueno. La joven asió el arma con manos

temblorosas y aguardó con el corazón acongojado a lo que tuviera que acontecer.

No esperó mucho; un fuerte golpe en el casco de la nave la envió contra un mamparo. Se golpeó en la cabeza contra la madera.

Capítulo 45

—¡Preparaos! —vociferó Diego, entre el humo acre de la pólvora—. ¡Nos van a abordar!

El barco pirata se acercó inexorable al *Delfín*. Varios cabos con ganchos en los extremos se lanzaron desde la nave corsaria para amarrarla con la otra. Algunos hombres del capitán Izaguirre cortaron esos amarres con hachas y cuchillos, pero los piratas, empeñados en trabar los dos buques, siguieron hasta conseguirlo.

—¡Al abordaje! —Con ese grito, los corsarios se prepararon para abordar al barco capturado, blandiendo todo tipo de armas.

Los poco más de treinta hombres que componían la dotación del *Delfín* estaban en clara desventaja contra los del barco enemigo, que posiblemente los doblaban en número. Diego no quería pensar en la masacre que abarrotaría la cubierta cuando todo acabase. Se perderían muchas vidas en el transcurso de la lucha. Rezaba para que no fueran sus hombres los que perecieran.

Un numeroso grupo del *Delfín* apuntaba a los invasores con mosquetes y trabucos naranjeros. Puesto que estaban en minoría, era necesario eliminar al mayor número posible de enemigos antes de que saltaran a la cubierta del barco. Tras la detonación se oyeron los gritos de agonía de los piratas alcanzados por las balas, que caían al agua con fuertes chapuzones. Ya no había tiempo para cargar de nuevo las armas; los trabucos fueron deslizándose por la cubierta, enviados a puntapiés contra la batayola para que no estorbasen por el suelo. Los mosquetes, en cambio, se guardaron en la cinturilla de las calzas: un golpe de culata en la cabeza hacía entrar a cualquiera en razones rápidamente. En un santiamén las dos tripulaciones estaban enzarzadas en una lucha a muerte. Blandían con mortífera precisión sables, cimitarras árabes, espadines, hachas, cuchillos, dagas... cualquier cosa con la que pudieran defenderse, entre el denso humo de la pólvora que flotaba obstinadamente sobre la cubierta del barco.

Diego mantenía a raya a dos marineros mal encarados a golpe de alfanje, sin ceder un palmo de su posición. Deseó con toda su fuerza que las enseñanzas sobre esgrima impartidas por maese Andrés salvaran la vida de sus hombres. Presentía que aquellos piratas no darían cuartel.

Apartó tan lúgubres pensamientos de su cerebro para centrarse en lo que tenía entre manos. Sus dos contendientes no dudarían en ensartarlo a la menor oportunidad. Él tampoco iba a vacilar en mandarles al otro mundo lo más rápido posible.

Uno de sus contrincantes sonrió complacido, mostrando los huecos de varios dientes. El otro, anticipando el golpe con un rugido, lo atacó con una finta por la izquierda. Le traicionó aquel gruñido y Diego no dudó en atravesarle de parte a parte con el filo de su arma. Apretó los labios ante la desagradable sensación que le producía sentir la hoja penetrando entre las costillas del marinero. Como punto de apoyo, puso un pie sobre el estómago del herido y, con un tirón seco, extrajo el arma teñida de sangre antes de que se quedara trabada y lo dejara a merced del otro.

El segundo corsario, al ver que su compañero caía fulminado a cubierta, atacó con saña. Asestaba estocadas sin orden ni concierto con los ojos enrojecidos de odio. No pasó mucho tiempo hasta que corrió la misma suerte que su camarada. Sin esperar ni un instante, Diego tomó el sable del marinero y, con un arma en cada mano, se dispuso a seguir en la lucha. El temor por la suerte de su esposa y de sus hombres le volvía más temerario y mortífero con cada minuto que pasaban aquellos piratas sobre la cubierta del *Delfín*. No dudó en degollar con frialdad al siguiente marinero que se puso a tiro. No era tiempo de andarse con miramientos. Ellos no los tendrían con su tripulación.

Maese Andrés, armado con una letal cimitarra y un alfanje no menos peligroso, peleaba a brazo partido, vigilando la puerta de entrada a las cubiertas inferiores del barco. Moviéndolos con mortal precisión, desmembraba a quien se pusiera al alcance de las afiladas hojas. Como si intuyera que lo estaba observando, el hombre alzó su mirada azulada por unos segundos, para fijarla en los ojos de su capitán. Diego asintió, agradecido por el celo con que el oficial artillero protegía a Marina. Podía confiar en él.

Sus otros hombres se defendían con brío. Alguien estaba a punto de ensartar a Jeremías por la espalda; Diego le lanzó un grito de advertencia. El artillero, después de atravesar a su atacante con el alfanje, se lo agradeció con una inclinación de cabeza.

La arena que habían vertido en el suelo absorbía la sangre, impidiendo que los combatientes resbalasen. Había marineros luchando en los obenques

ajenos al cabeceo de las naves. Los gritos de los que caían eran silenciados con un chapuzón o con un golpe seco contra la madera del suelo. Mientras atravesaba el vientre de un corsario que pretendía atacarle casi por la espalda, escudriñó la cubierta en busca del capitán de la otra nave.

—¿Me buscáis, capitán Izaguirre? —preguntó una voz a su derecha.

—¿Dónde os habíais metido, capitán? —inquirió a su vez Diego, parando la estocada con que le obsequió su homólogo. No se paró a pensar en porqué ese individuo sabía su nombre.

Su oponente era un hombre de mediana edad; los ojos azules resaltaban en una cara morena de rasgos esculpidos. Bajo el sombrero emplumado tenía el pelo canoso atado en la nuca con una coleta. Pese a que su rostro le resultaba vagamente conocido, no tenía tiempo de hacer memoria.

Aturdido, Jeremías reconoció al marinero con el que, unas noches antes, había estado bebiendo en la taberna del puerto. Se acercaba con un sable en la mano y una sonrisa engañosa pintada en su cara de ratón.

—¿Qué demonios haces en este barco? —sondeó sorprendido Jeremías.

—¿No lo ves? ¡Atacarlo! —El hombre soltó una carcajada. Aprovechando la sorpresa, le quitó el alfanje y de una patada lo envió lejos—. ¡Pobre idiota!

Jeremías aspiró una bocana de aire. Todo su ser temblaba de indignación. Lo había engañado como a un imbécil. Se esfumó la seguridad en sí mismo que lo acompañara desde aquella noche en la taberna, dejándolo vacío y hueco. El corsario tenía razón: no era más que un pobre ignorante. Merecía la muerte; no había ninguna razón válida por la que seguir viviendo una existencia tan desagradable y solitaria.

El hombre al que había considerado su amigo sonrió con sarcasmo, como intuyendo los pensamientos autodestructivos que lo acosaban. La carcajada fría y satisfecha chirrió en la cabeza de Jeremías. Ante el claro desprecio, invadido por la furia, cogió la daga que llevaba a la cintura. No deseaba seguir viviendo, pero ¡por todos los demonios!, ese maldito mentiroso y sus intrigas lo acompañarían al infierno. La cicatriz que cruzaba su mejilla estaba lívida.

El pirata, ajeno a esos movimientos, seguía riendo. Sin embargo, la risa se cortó de golpe cuando la daga le atravesó la garganta. Sus ojos miraron desconcertados al feo marinero; intentó hablar, pero un borbotón de sangre apagó todo sonido. Cayó al suelo con los ojos abiertos, mirando sin ver.

Jeremías Hurtado dio un paso y de un tirón le extrajo el arma ensangrentada del cuello. Limpió con frialdad la daga en el jubón del muerto antes de guardársela en la cintura. Luego recogió el alfanje del suelo, dispuesto a seguir defendiendo el barco con fiera resolución.

—¡Jeremías, a tu espalda! —El aviso de uno de sus compañeros de barco llegó demasiado tarde. Un fuerte golpe en la cabeza lo dejó tumbado sobre la madera.

Mientras se las veía con un corpulento pirata que no ocultaba su deseo de verlo ensartado en su sable, maese Andrés observaba a sus hombres defenderse con ahínco del ataque. A su alrededor la arena estaba teñida con la sangre de los marineros muertos. No quería separarse de la puerta que llevaba a las bodegas, pero no siempre era posible.

Por otro lado, su persistente presencia en ese lugar podría llevar a algún curioso a preguntarse qué mercancía tan valiosa sería la que custodiaba con tanto celo.

Con la hoja del alfanje que portaba en la mano derecha paró la estocada que el corpulento corsario dirigía a su corazón. Su adversario lo miraba con los ojos enfurecidos y los músculos de sus brazos crispados por el continuo esfuerzo. Con la vista fija en el rostro de su enemigo, Andrés aspiró entre dientes y asestó una cuchillada con la cimitarra que sujetaba con la izquierda.

Las vísceras quedaron expuestas. El olor a excrementos ascendió hasta su nariz. Instantes después el hombre caía desangrado a sus pies.

El maestro artillero frunció el ceño ante la muerte que lo rodeaba. ¿Por qué no podían los hombres vivir en armonía? Detestaba matar.

—¡Maldito bárbaro! —gritó un escuálido y andrajoso marinero. Luego se abalanzó blandiendo su sable con claras intenciones asesinas.

Ahogando un suspiró, golpeó al mugriento atacante en pleno rostro con el pomo de la empuñadura del alfanje y este, desmadejado, se desplomó junto a su difunto amigo.

Formando un círculo bajo el palo mayor, Isaac Perales, Gonzalo, Segundo y Pedro se defendían con denuedo de la horda de piratas que parecían reproducirse con agónica persistencia. La edad del contramaestre comenzaba a pasar factura y sus estocadas perdían fuerza y precisión. Los otros tres marineros intentaban aliviarlo como podían.

La hoja de un sable penetró en el muslo del contramaestre y este, agotado, se dejó caer. Con el pañuelo que llevaba a la cabeza trató de restañar la

cuchillada. El círculo se había roto.

Dos tripulantes del *Delfín*, en un intento por defenderse y defender al oficial herido, se unieron a sus compañeros. Así reforzaron la aparente seguridad de la rueda, que les permitía guardarse los flancos y las espaldas unos a otros.

Hasta la bodega llegaban los sonidos de la trifulca que tenía lugar sobre la cubierta de la nave. Marina, con el gato de nuevo en el regazo, trataba de mantener la serenidad; algo por otro lado harto difícil ante la batalla que se desarrollaba arriba. Nerviosa, giraba el anillo de boda que le había puesto Diego en el dedo anular: una pieza de oro de orfebrería fina, con una piedra aguamarina engarzada en él. Era el anillo que don Francisco había comprado para regalar a doña Elvira cuando fue a buscarla para casarse y que nunca le pudo dar.

—¡Dios mío! ¡Dios mío, que no le pase nada a Diego! —rogaba en medio de la oscuridad—. ¡Qué no ganen los piratas!

Un sonido nuevo se sumó a los anteriores. Alguien bajaba por las escaleras de la bodega. Con la pistola aferrada con fuerza, la joven se levantó rápidamente del suelo y el gato saltó con un bufido de indignación. No se veía las manos, pero las notaba crispadas. Los pasos se acercaban despacio. Un farol rompió las tinieblas reinantes. Marina se ocultó como pudo entre unos fardos sin mirar la luz, para no dañarse las retinas. Se recogió el ruedo de la falda, maldiciendo en silencio la incomodidad del atuendo y anhelando los prácticos y cómodos pantalones. La próxima vez se pondría calzas.

«¡Ay, *ama*! ¡La próxima vez! Debo de estar volviéndome loca. ¿Quién quiere una próxima vez?».

El intruso caminaba casi sin hacer ruido. Puesto que no se daba a conocer era evidente que no pertenecía a la tripulación del *Delfín*. El temor le revolvió el estómago. Las manos, humedecidas por el sudor, se le crispaban alrededor de la culata del arma. El latido del corazón resonaba en su pecho como un tambor africano.

«¡Dios mío!, ¡Dios mío!», rezó en silencio, con los ojos cerrados con fuerza.

—¡Que Alá sea bendecido por mil años! ¡Una mujer! Una hermosa mujer...

Marina abrió los ojos al oír la voz. Frente a ella, un marinero de piel oscura vestido con ropas árabes alzaba un farol para poder observarla. En la

otra mano blandía una afilada cimitarra que, con el movimiento, lanzaba destellos amenazadores. La muchacha pensó en dispararle, pero los escrúpulos se lo impidieron. Para cuando se decidió ya era demasiado tarde.

—Antes de que consigas apretar el gatillo, esta preciosa cuchilla te habrá segado la mano. —Movi6 la cimitarra describiendo un arco en el aire para darle una idea de lo que podría ocurrir. Marina dejó caer su pistola, totalmente resignada—. ¿Te escondías acaso? —preguntó con sorna—. Creo que por ti se podría sacar un buen puñado de oro en un harén.

El hombre la agarró del pelo para someterla. El dolor era tan intenso que Marina empezó a ver puntitos negros frente a los ojos. Sin soltarla, la llevó hasta la escalera. Con movimientos precisos dejó un momento el farol para atarla a los peldaños antes de marcharse.

A pesar de que intentó desatarse de las ligaduras, estaban demasiado prietas para lograrlo. Si gritaba con aquel caos en la cubierta nadie la oiría. ¿Qué podía hacer salvo esperar a que alguien bajase a rescatarla?

Pensó en Diego y se le revolvió el est6mago al imaginar que algo pudiera haberle ocurrido. ¿Qué estaría pasando arriba?

Trató de aguantar las arcadas de miedo que la sacudieron. Debía concentrarse en respirar.

«Inspira... espira... inspira... espira...».

Volvió a oír pasos en las escaleras. El árabe había regresado.

Capítulo 46

El capitán Izaguirre, con agilidad y precisión, sorteaba los mandobles que su homólogo intentaba asestarle. El hombre sabía luchar; sin duda era un formidable adversario. Sabía defenderse de los continuos intentos de Diego para desarmarlo contra la regala. Los dos se movían en arcos, buscando cualquier brecha por donde penetrar con el acero.

El sol ya estaba alto y relucía en las hojas de las armas, lanzando destellos en medio del caos. Diego se preguntó cómo se sentiría Marina en las bodegas. Su mirada se dirigió inefablemente a maese Andrés que, algo separado de la puerta, luchaba contra dos malencarados marineros.

Notó el escozor que atravesó su brazo derecho y al mirar comprobó que sangraba. Su descuido tenía un precio. Miró a su adversario a los ojos con fría violencia y, dispuesto a terminar aquella lucha lo antes posible, redobló sus ataques. Aquello estaba durando demasiado.

El olor metálico de la sangre flotaba alrededor. Las maromas gemían por el efecto de las olas bajo las quillas de las dos naves trabadas. Sin nadie que las gobernase navegaban a la deriva, empujadas por los vientos alisios que agitaban las dañadas velas.

El brazo armado de su enemigo comenzaba a debilitarse visiblemente. Sus ataques no eran tan efectivos y le costaba desviar las estocadas que le asestaba Diego. Los ojos azules del hombre estaban dilatados por la consciente sensación de desventaja. Sus movimientos se hicieron confusos, descuidando su defensa. Diego aprovechó esa debilidad para arreciar con las acometidas. Quería acabar cuanto antes con aquel ataque y saberse a salvo junto con su mujer y sus hombres.

Golpeó con fuerza contra el alfanje de su homónimo y el hombre, debilitado, lo dejó caer en la cubierta.

—¡Cuartel! ¡Cuartel! —clamó el capitán pirata.

Diego asintió y envainó su arma, agradecido porque todo hubiera acabado. Trató de normalizar su respiración. El pañuelo atado a su cabeza absorbía el sudor, sin el cual le habría entrado en los ojos y molestado peligrosamente. Las heridas no eran profundas; se podía considerar ileso. Se pasó el sable a la mano derecha.

Sus hombres ataban a los marineros contrarios, que se habían rendido al oír gritar clemencia a su capitán, y los despojaban de las armas que pudieran esconder. Echó un vistazo al estado de su barco para evaluar los desperfectos. Varias velas flameaban hechas jirones; el mastelerillo del palo mayor había desaparecido y la barandilla de babor presentaba huecos en varios sitios. De la vela cangreja solo quedaban unos andrajos que colgaban mecidos por la brisa. Era necesario ver la obra muerta desde las bodegas para asegurarse de que no tenían ninguna vía de agua que los hiciera naufragar. Eso debería esperar a mejor ocasión.

—Ahora que hemos terminado, me gustaría saber por qué demonios habéis atacado mi nave. —La voz de Diego sonó extrañamente suave, pero casi nadie se dejó engañar: bajo aquella suavidad se escondía una furia apenas contenida—. ¿Cómo os llamáis?

—Soy don Ernesto Prieto, capitán de la *Santa Lucía* —contestó el hombre, respirando trabajosamente.

—Eso no responde a mi pregunta: ¿por qué nos habéis atacado? —indagó con insistencia.

—Nos habían pagado para ello, capitán Izaguirre —aseguró, sin mucha confianza en sí mismo.

—¿Es por eso que sabíais mi nombre? ¿Quién os ha pagado?

—No puedo decirlo.

—Os aconsejo que lo hagáis —sugirió Diego con frialdad.

El capitán corsario se mantuvo obstinadamente en silencio mientras Diego esperaba con los brazos cruzados y el sable de la mano. Nadie dijo nada. El silencio era tal que podían oírse los crujidos de la madera de las naves.

—No me hagáis repetiros la pregunta. Mi paciencia tiene un límite y vos lo estáis rebasando demasiado deprisa. —Descruzó los brazos, apoyó la hoja del sable en la palma de la mano izquierda y miró a su homólogo con dureza.

—Su nombre es Bartolomé —musitó el hombre al fin.

—Bartolomé, ¿qué más? —Diego se golpeó rítmicamente la palma de la mano. El capitán Prieto miraba hipnotizado el brillo de la cuchilla.

—No lo sé; siempre lo he conocido como Bartolomé. Ignoro si tiene apellido. —La voz de don Ernesto sonó un tanto fatigada—. Él me encargó

que me deshiciera de vos y de vuestra tripulación; debía parecer un ataque pirata.

—¿Qué razón os dio para semejante matanza? —Diego trataba de controlar su mal genio con gran esfuerzo.

No recordaba ese nombre. No sabía por qué querría vengarse de esta manera.

—A él también le pagaban para ello... No me dijo quién —le atajó el hombre, antes de que Diego le hiciera la pregunta. Parecía que tras decidirse a hablar había perdido su renuencia inicial—. Solo que era alguien importante. Era la segunda vez que nos contrataba para hacer un trabajo de este tipo.

—¿La segunda vez? —Estaba confuso.

—Sí. La vez anterior debía fingir ser el capitán don Francisco Izaguirre... vuestro padre.

La tez de Diego perdió todo rastro de color. Instantáneamente una furia abrasadora se extendió por todo el cuerpo.

De alguna manera se imaginaba lo que iba a relatarle aquel hombre. Ahora entendía qué era lo que le había llamado la atención cuando divisó la nave: era muy parecida al *Neptuno* y el capitán Prieto tenía cierto parecido con su difunto padre.

«¡Madre de Dios! ¡Qué locura! No puedo creerlo».

Miró en derredor, en un intento de tranquilizarse. Los sobrevivientes de ambas embarcaciones observaban los movimientos de sus respectivos capitanes esperando la resolución de todo el asunto. Aflojó la mano que empuñaba, con los dedos crispados, el sable y respiró hondo varias veces para calmarse un poco antes de hablar.

—¿Qué queréis decir? —indagó con voz casi tranquila.

—Hace tres años atacamos a un barco mercante, a pocas millas de San Sebastián —comenzó a contar don Ernesto, visiblemente aliviado por el cambio de su homólogo—. Yo hice el papel del capitán Izaguirre y Juan... —Señaló a un hombre que yacía desangrado en la madera de la cubierta—. Él hizo de vos... ya sé que el parecido es muy superficial, pero no encontramos a nadie que se os pareciera más —puntualizó ante la incredulidad de su interlocutor—. Les robamos todo, pero les dejamos continuar su viaje a San Sebastián. La idea era que aquellas gentes denunciaran el caso ante el preboste de la ciudad.

—¿Por qué atacasteis en ese momento? ¿Sabíais que mi padre estaba cerca de allí?

De alguna extraordinaria manera, dejaba caer las preguntas pertinentes casi como si no estuvieran hablando de algo tan trascendental y doloroso como la trampa urdida contra su padre. Trataba de escudarse de la angustia que le producía fingiendo un frío interés. Clavó la mirada en el rostro de su oponente. Algo en él le transmitía honestidad, casi estuvo a punto de reír por la incongruencia de sus pensamientos. Sacudió la cabeza y prestó atención a las palabras del capitán Prieto.

—No, desconocíamos su posición —contestó don Ernesto con cansancio—. Fue pura casualidad que él arribase a la ciudad a las pocas semanas.

—¿Qué hicisteis después? —preguntó Diego. Se apoyó contra la regala y cruzó los brazos sin soltar el sable. Su entrecejo fruncido con un rictus severo.

—Después desaparecimos una temporada en las Islas Caimán, hasta que nos llegó la noticia de que habían colgado a vuestro padre. Yo... ¡Os juro que no sabía que lo colgarían! En esos casos la justicia no suele ser tan tajante. ¡Debéis creerme, por favor! Si hubiera sabido que vuestro padre iba a terminar así...

Diego, aturdido por el descubrimiento, dejó de escuchar. El capitán Prieto aseguraba que todo había sido un montaje y que no sabía quién lo había orquestado. Demasiados datos contradictorios.

—Parece ser que tenéis escrúpulos por la condena de mi padre, pero ninguno a la hora de atacar con intención de asesinar a unos hombres que no os han hecho nada para merecerlo. —Abandonó el improvisado apoyo en la regala para acercarse con paso lento a su interlocutor—. ¿Quién demonios os contrató? —bramó enfurecido.

—Ya os lo he dicho: fue Bartolomé... y a él le contrató la misma persona que en la otra ocasión. No sé quién es. ¡Os lo juro! —aulló angustiado don Ernesto al sentir el filo del sable en su cuello—. Sé que está decidido a acabar con vos comoquiera que sea. Yo no quería tener nada que ver en este asunto, pero él me amenazó con contarles todo a las autoridades. Además, retiene a mi hija como garantía de que haré el trabajo y lo haré bien. ¿Qué podía hacer? ¡Por favor, debéis creerme!

Diego se apartó de él; asqueado, le dio la espalda. Su padre había muerto por una jugarreta. Era inocente y lo habían colgado. Encontraría a quienquiera que fuese el bastardo que lo ideó todo. Furioso, clavó en la cubierta del *Delfín* el sable, que quedó vibrando a sus pies.

Con aire hastiado, sin volverse, ordenó a sus hombres:

—Escultad a toda esta carroña a la bodega del barco: las autoridades de San Sebastián estarán encantadas de ponerles la mano encima...

—¡No tan rápido, capitán!

El aludido, empuñando otra vez el sable, se volvió ante esas palabras. Se le secó la garganta al ver el panorama que tenía ante sí: un marinero árabe sostenía una brillante y afilada cimitarra ante la cara pálida de Marina, que parpadeaba contra el sol.

Atrás quedaron todas sus ideas vengativas; perdieron súbitamente la importancia si las comparaba con la posibilidad de perder a su esposa. Era algo impensable. La quería. ¡Que Dios le ayudase a sobrellevarlo! Pero la amaba con toda su alma. Por unos segundos quedó sin aire.

Buscó a maese Andrés; sin embargo, el marinero, con el semblante contrito por la escena, tampoco podía hacer nada para liberar a Marina: estaba demasiado lejos.

¿Cómo había podido olvidarla? Puesto que él estaba interrogando al capitán enemigo, debería haber enviado a alguien en su busca. ¡No! Él mismo debería haber ido. Esas pesquisas bien podrían haberse pospuesto.

Los pensamientos y recriminaciones se le mezclaban en la cabeza. Sus nudillos crujieron al apretar la empuñadura del sable.

—Veo, capitán, que os desagrada la idea de que desfigure la cara de esta muchacha... Debe de ser muy importante para vos, puesto que la teníais escondida y custodiada por ese vikingo —dedujo el árabe, acertadamente.

El rostro del capitán Izaguirre se tornó casi inexpresivo. Los hombres de ambas tripulaciones miraban expectantes al moro que, con una sonrisa triunfal, giraba la cuchilla junto a la tez de la temblorosa muchacha.

—No. Os equivocáis. Mi interés por esa mujer es solo mercantil; tengo intención de venderla en Argelia, sé que hay allí un jeque que estará dispuesto a pagar mucho oro por una mujer como esa. Dicen que el bey quiere ampliar aún más el harén. Supongo que, si estropeamos su belleza, su valor mermará considerablemente. —La voz de Diego sonó clara y firme en el silencio que se produjo. Evitó mirar a su esposa a los ojos. Esperaba que comprendiese que estaba mintiendo para ganar tiempo; no se le ocurría nada mejor que hacer.

—Liberad a mi capitán; de lo contrario me veré obligado a marcarle el rostro... —Una sonrisa desagradable mostró los dientes amarillos del sarraceno.

—¿Qué me puede importar si está o no marcada una vez que me rinda? No, vuestro capitán será llevado ante el preboste de San Sebastián y no lo dejaré escapar. La mujer no vale tanto como él; os la podéis quedar. —Varios marineros emitieron un sonido de sorpresa ante las palabras casi indiferentes

del capitán Izaguirre—. Por otro lado, bien podemos luchar para saber quién se lleva a quién...

—No tengo intención de pelear por ella, pues ya es mía, capitán — aseguró el árabe sin alterarse—. No hay trato. Soltad a mi capitán y a la tripulación; si no, la mataré.

—Haced lo que os dé la gana... vuestro capitán es mi prisionero — sentenció Diego, ante el estupor de sus hombres y de la propia Marina, que abrió los ojos consternada, antes de entrecerrarlos en una mirada furiosa.

El capitán Izaguirre ignoró los furibundos ojos verdes de su mujer. Si demostraba que su interés por ella era menor que por el capitán Prieto, quizá el árabe bajase la guardia y se la pudiera arrebatarse. Era difícil, pero merecía la pena intentarlo.

—Si queréis matarla, adelante. Yo seguiré reteniendo al capitán Prieto y, sin ella, vos os encontraréis a merced de mis hombres —advirtió Diego.

—No lo creo, capitán... —Sin previo aviso, el filo de la cimitarra arrancó sangre del cuello de la muchacha que respiraba con laboriosidad; en su mirada estaba escrito el miedo—. ¿Vais a soltar ahora vuestras armas o le rajo la garganta?

La visión de la sangre corriendo por el cuello de Marina le quitó las ganas de seguir fingiendo. El moro había ganado.

Estaba a punto de soltar su arma cuando vio a la izquierda a Jeremías. El marinero lanzó su daga, que cortó el aire con un zumbido. Todo sucedió en lo que dura un parpadeo: con la hoja clavada en el cuello, el pirata berberisco se volvió y lanzó su cimitarra. Luego cayó sin vida en la cubierta del barco. El arma, centelleando al sol, giraba sobre sí misma a gran velocidad. Todos la miraron, fascinados, sin poder apartar la vista de aquella rutilante cuchilla. Con el último giro atravesó limpiamente el cuello de Jeremías, que no tuvo tiempo de apartarse. Durante lo que pareció una eternidad, como si no hubiera ocurrido nada, el feo marinero permaneció en pie, con las piernas afianzadas en la silenciosa cubierta y los ojos abiertos con sorpresa. Un cambio en el viento hizo cabecear a los barcos trabados. Entonces, la cabeza de Jeremías cayó ruidosamente, rodando hasta chocar contra los imbornales; al instante su cuerpo se derrumbó como un árbol recién talado.

Marina, inmóvil hasta ese momento, lanzó un grito antes de desmayarse. Hubiera topado con la madera de la cubierta de no ser porque Diego la alzó en los brazos antes de que llegara al suelo.

—Acompañad al capitán y a sus hombres a la bodega; luego prepararemos los funerales por los marineros muertos. —Sin más, se dirigió a su camarote

con Marina en brazos, luchando contra la repentina flojera que le aquejaba las rodillas al ver la sangre que resbalaba por el cuello de su esposa.

Capítulo 47

El viento, como cada día de las últimas seis jornadas, les llegaba por la amura de babor, casi a fil de roda. La tripulación estaba cansada por el esfuerzo de navegar en zigzag todo el rato, para poder avanzar con los vientos alisios en contra. Atrás quedaba ya la sepultura de los cuarenta y un marineros, doce del *Delfín* y veintinueve del barco enemigo, que habían perecido en la batalla. Los habían amortajado con sus propias hamacas y con una bala de cañón entre los pies como lastre; luego los arrojaron al mar: el lugar en el que todo buen marino querría terminar al finalizar el tiempo de su singladura por las salobres aguas. Marina, junto a su marido, había presenciado el rito, sobrecogida por la reverencia y el respeto con el que aquellos hombres atendían a sus muertos. Dichas las oraciones pertinentes por sus almas, cada cual se apresuró a reparar los destrozos causados por el fuego pirata. El *Delfín* necesitaba reemplazar la mitad del trapo y parte de la balastrada de babor. Afortunadamente, era una nimiedad para lo que podría haber ocurrido. En la bodega había velas de repuesto para reemplazar la mayoría de las rotas; las otras hubo que hacerlas a toda prisa. En cuanto a la barandilla, nada se podía hacer por el momento. La *Santa Lucía*, por el contrario, tenía destrozados el palo mayor con sus vergas y aparejos, varios boquetes en el costado de estribor, sobre la línea de flotación, y las ventanas del castillo de popa estaban hechas añicos. A pesar de ser un navío más grande y con más cañones, había llevado la peor parte en la batalla, pero aun así el daño no era irreparable.

Ante la imposibilidad de que la nave pirata pudiera arribar en Cádiz con los vientos alisios en contra y tales destrozos, Diego decidió dotarla con doce hombres para las maniobras y remolcarla con el *Delfín* hasta alcanzar el puerto gaditano. Rezaba por que no les sorprendiera ninguna tormenta o se toparan con más contratiempos y pudieran llegar con tranquilidad, sin sobresaltos.

Marina levantó la mirada de su cuaderno de dibujo y se dispuso a esperar a que la nave terminase de hacer la bordada para poder continuar. Estaba sola en el camarote principal, esperando que llegase la hora de la comida. En los últimos días había estado plasmando en el papel escenas de la vida cotidiana en el *Delfín*. Diego consintió en ese pasatiempo aparentemente sin prestarle mayor importancia. Luego Marina descubrió que la vigilaba discretamente, con ojos de halcón. Lo demostró claramente cuando ella quiso subir a la cofa para hacer un dibujo de los gavieros que, aferrados al cordaje, tomaban uno o dos rizos en la vela mayor. Se lo impidió contundente e incluso llegó al extremo de amenazar con encerrarla en el camarote si persistía en esa intención. No hubo necesidad de tal cosa, pues Marina desistió de su aventura y se conformó con dibujarlos sentada en la seguridad del alcázar de popa.

Ella también atendía a los hombres heridos tras la batalla, tanto a los de un bando como a los del otro. La mayoría eran cortes limpios; había un solo caso de herida de bala y otro con astillas en el torso (de las que desprendieron de la barandilla los proyectiles de los cañones y culebrinas). Maese Isaac evolucionaba favorablemente del corte en el muslo. Diego se lo había cosido y lo atendía, deseoso de que se recobrase sin problemas, pese a la poca paciencia que exhibía el paciente.

No quería recordar el final de Jeremías, pero si cerraba los ojos, aún podía ver la cabeza rodando por la cubierta. Se estremeció y se abrazó a sí misma para entrar en calor.

—Buenos días, Sirena —saludó el capitán al entrar en el camarote momentos después—. Es posible que en cuatro días más logremos estar frente a las murallas de Cádiz.

—¡Ah! Hola. ¿De verdad? —preguntó ella, a la vez que recogía los utensilios de dibujo—. Reconozco que es bastante pesado navegar en contra del viento. ¿Has descubierto algo más esta mañana?

Diego negó con la cabeza; a paso cansino se acercó al ventanal de popa y miró con tristeza la castigada nave que remolcaban. Charlaba a diario con el capitán Prieto. Don Ernesto estaba confinado en la bodega junto con sus hombres, pero todos los días subían a cubierta para tomar el aire. No obstante, aquellas conversaciones no le habían aportado nada nuevo. El capitán de la *Santa Lucía* se mantenía en su declaración original y seguía asegurando desconocer al que le había contratado.

—No —fue la escueta respuesta—. Parece que hasta que no lleguemos a San Sebastián no sabremos nada más. ¡Malditos infiernos! —rugió

exasperado y se pasó la mano por el pelo—. Es irritante desconocer la identidad del malparido que ideó algo tan ruin.

Marina observó a su marido que, con los brazos en jarras, permanecía inmóvil frente al espejo de popa. Los músculos, crispados por la rabia, se le marcaban a través de la camisa. Ya tenía la certeza de la conspiración; sin embargo, desconocer quién lo había orquestado, le estaba volviendo loco. Los alisios en contra no hacían más que empeorar una situación tensa de por sí.

Lentamente se le acercó por detrás, y abrazándolo por la cintura, recostó la cabeza en su espalda. Diego se relajó con un suspiro.

—Ya sé que es muy difícil, pero trata de tranquilizarte. —Lo besó entre los omoplatos, sobre el tejido que olía a sal y a él—. Cuando llegemos a San Sebastián ya nos enteraremos de quién es el responsable...

—No entiendo cómo —le atajó Diego, apoyándole las manos en los brazos. Solo conocemos al enlace por el nombre de pila.

—Quizá ese hombre sea muy popular y todos le conozcan por ese nombre. —Él se volvió para mirarla y la retuvo abrazada—. Por otro lado, si el capitán Prieto se presentara al tal Bartolomé como si hubiera terminado el encargo con éxito, podríamos capturar al enlace.

—¿Qué te hace pensar que el capitán Prieto participaría en esa charada? —interrogó Diego, sinceramente interesado en la propuesta de su esposa.

—Ofrécele algo que no pueda rehusar —respondió ella, con tranquilidad.

Diego, incapaz de dormir, miraba las vigas del techo del camarote. Estaban iluminadas por la luz plateada de la luna creciente, que penetraba por las ventanas del espejo. Desde que Marina le propusiera la idea de tender una trampa a Bartolomé no dejaba de darle vueltas al asunto. Durante la jornada anterior, la cabeza le bullía de ideas y, por una vez, cuando el capitán de la *Santa Lucía* subió a la cubierta, no se acercó para hablar con él. Lo haría cuando el esbozo del plan estuviera bien definido. La necesidad de planearlo bien lo mantenía en tensión.

—¿No puedes dormir? —La voz somnolienta de Marina rompió el silencio.

—No, no puedo dormir. —La atrajo hacía sí—. Pero no te preocupes y duerme, Sirena.

Marina se puso de costado frente a Diego, se irguió sobre un codo y apoyó la cabeza en la mano.

—¿Quieres que no me preocupe porque tú ya estás preocupado? ¿Es eso lo que quieres decir? —preguntó con ironía, más despejada.

—Sí —contestó él. Y la besó en la frente.

—Estás loco si piensas que me voy a dormir contigo tan inquieto —aseguró la joven—. Cuéntame qué te ocurre. —Con la mano que tenía libre comenzó a jugar con el medallón que colgaba del cuello de Diego.

—No es nada, Sirena...

—¡Ja! No pienses ni por un momento que me lo voy a creer, Diego Izaguirre.

El capitán soltó una carcajada entre dientes, sinceramente agradecido por la preocupación de su mujer. Desde la muerte de su padre, descontando los días que pasaba en casa de sus tíos, nadie se había preocupado tanto por él. Una vez más agradeció al cielo haber encontrado a una mujer tan asombrosa como la suya.

—Sirena, no te apures; tan solo estoy sopesando los pros y los contras de tu absurdo plan.

—¡De mi absurdo plan! —exclamó enfadada. Luego le golpeó en el pecho al ver que, en medio de la penumbra del camarote, el destello blanco de los dientes de Diego le confirmaba que estaba burlándose de ella—. Eres un idiota, un maldito idiota.

El capitán abrazó a Marina sin dejar de reír. Exultante de dicha, la besó repetidamente por toda la cara.

—Sí, mi querida esposa. Soy el idiota que está enamorado de una sirena bella e inteligente. —Delineó el contorno del rostro de la muchacha—. Sí, Marina, estoy profunda e irremisiblemente enamorado de ti.

La joven se apartó de sus brazos y, dándole la espalda, se volvió en el lecho.

—¡Por el amor de Dios, mujer! ¿Qué pasa? —inquirió sorprendido por la reacción de la muchacha—. ¿Es por lo que he dicho? —Ella no contestó—. No lo entiendo, cualquier mujer estaría encantada, ¡qué digo encantada! Sería feliz por oír a su esposo asegurar que la ama. —La obligó a encararse a él—. ¿Qué demonios te ocurre? —preguntó irritado. Y se sentó en la cama—. ¡Contesta, maldita sea!

La idea de que iba a perderla lo llenaba de temor. No podía olvidar (dudaba de que pudiera algún día), que seis días atrás el árabe había amenazado con matarla. Por un interminable segundo creyó que así sería y se llenó de pánico. En aquel preciso instante comprendió que aquella sirena, aquella joven que lo había vuelto loco de deseo con sus calzas estrechas,

también lo había enamorado hasta límites extremos y que jamás podría vivir sin ella. Separarse sería casi como perder parte de sí mismo.

—Te he advertido que cuando lleguemos a San Sebastián me iré —comenzó ella en un susurro, sin mirarlo—. No quiero que te enamores de mí. No quiero que me ames. Porque me voy a marchar... me iré y no volveremos a vernos. Nunca. ¿Entiendes?

Su voz sonaba apenada, pero Diego no quería escuchar eso.

—¡No! ¡No lo entiendo! —gritó. Aquellas palabras lo estaban torturando—. No entiendo por qué tienes que irte. Por qué no puedes quedarte conmigo. Estoy seguro de que tú también sientes algo por mí. Tú también me amas. ¡Atrévete a negarlo!

Ante el silencio obstinado de su esposa, se levantó de la cama de un salto y se colocó las calzas. Estaba furioso. A grandes zancadas, sin molestarse en ponerse las botas, se dirigió a la puerta. Se detuvo en seco al oír las palabras de la muchacha.

—No, no puedo negarlo. Pero has de comprender que debo irme. —La voz de Marina estaba envuelta en tristeza—. Ya te he contado de dónde vengo... Sabes que este no es mi sitio. No es mi época. Me angustio solo de pensar en que a mi abuelo le dé un infarto ante mi ausencia. No sé qué puede estar imaginando que me ha ocurrido, pero él sabe que nunca me marcharía sin avisarle...

Diego se negó a seguir escuchando y, con un portazo, abandonó la habitación. Sus pasos firmes resonaron en la cubierta silenciosa. Varios marineros que dormitaban en sus hamacas levantaron la vista para ver quién caminaba de modo tan impetuoso a esas horas; una vez satisfecha la curiosidad volvieron a dormirse.

Ignorando la brisa fresca que le erizaba la piel desnuda de los brazos y el torso, se mantuvo en pie en el alcázar de popa. Sus manos, un poco temblorosas por las emociones encontradas, apretaban la madera de la balaustrada. Se sentía defraudado. No, esa no era la palabra que mejor describiera su estado anímico. No; la palabra exacta era «celoso». Sí, estaba celoso. Celoso de ese abuelo que acaparaba los pensamientos de su esposa y que la conminaba a abandonarle.

¿Por qué? ¿Por qué Dios había permitido que se enamorara de ella si no podría tenerla?

No podía imaginarse castigo mayor que su ausencia. Estaba dispuesto a todo para no perderla.

Aspiró el aire fresco del Atlántico, en un intento de serenar sus pensamientos y devolverles la cordura.

La luna creciente semejaba un gajo plateado en la negrura del cielo tachonada de estrellas. A Diego le pareció una imagen que bien podría representar su propia vida. Durante los últimos tres años, tras la ejecución claramente injusta de su padre, había vivido vacío; con su interior oscuro y tenebroso, sin nada ni nadie que lo rescatara de la pérdida de don Francisco. Después, como una llama, la presencia de Marina había calentado su vida. Ella era su luz.

Golpeó la regala, impotente ante las circunstancias.

No quería. No podía volver a su glacial existencia. Debía de haber una posibilidad de que ella se quedase a su lado.

¡Vive Dios que la encontraría!

Completamente desnuda, tal como dormía desde el día de su boda, Marina se abrazaba las rodillas, sentada en el lecho. ¿Cómo hacerle entender que a ella le causaba tanto dolor abandonarle como a él perderla? Pero no podía quedarse en ese tiempo, ni siquiera por Diego.

Eran muchas las diferencias con su verdadera época. Añoraba las comodidades de su casa, ya fuera darse una ducha o escuchar su programa de radio favorito. No quería recordar los días pasados junto a la cama de Diego cuando estuvo tan enfermo, sabiendo que una simple aspirina le habría aliviado considerablemente. Era todo demasiado primitivo y peligroso para lo que ella estaba acostumbrada. Por si eso fuera poco, no era libre de quedarse: estaba su abuelo.

—Por favor, que esté bien —rogó.

Deseaba poder estar junto a Diego para siempre. Con solo pensar que unas semanas más tarde iban a separarse se le desgarraba el corazón, pero era inevitable y debían asumirlo. Por momentos le parecía imposible haber llegado a quererle tanto en tan poco tiempo; sin embargo, así era y sería un bonito recuerdo para los días que le quedasen de vida.

«Las cosas ocurren porque tienen que pasar». Las palabras de su abuelo reverberaron en el aire.

¿Qué sentido tenía dar un salto en el tiempo? ¿Enamorarse?

—La vida no puede ser tan cruel de permitirme conocer a alguien así para separarme después —sollozó.

¿Cambiar algo que iba a suceder? A pesar de lo mucho que le había gustado, apenas recordaba gran cosa de la historia de esa época. Prefería, con mucho, saber sobre utensilios, vehículos, ropas... No tenía ni la más remota idea de lo que iba a ocurrir. Quizá más adelante recordara algo.

—Abuelo, ¿qué tengo que hacer aquí? —susurró en el silencioso camarote—. ¿Por qué estoy aquí?

Nadie respondió a sus preguntas. Continuó abrazada a las rodillas, meciéndose en la cama. Frustrada por tener que decidir cuál era la mejor solución; cuál era el mejor camino. Afligida por la certeza de saber que tomara la decisión que fuera, perdería. Ya fuera a su marido o a su abuelo. Solo podría tener a uno de los dos.

No supo cuánto tiempo estuvo allí, aovillada. Unos pasos sonaron al otro lado de la puerta. Diego entró antes de cerrar con sumo cuidado; al parecer estaba más tranquilo. Se detuvo frente a la cama sin acercarse.

—Lo siento, Sirena. Me he portado como un loco, pero me cuesta imaginar que te vaya a perder. Se me parte el alma solo de pensarlo.

La voz del capitán sonaba entristecida. Marina sintió el escozor de las lágrimas. Sin mediar palabra, saltó de la cama para abrazar a su marido con ternura. Diego la recibió con un triste lamento.

Al sentir contra el pecho su piel fresca de mareas nocturnas se le endurecieron dolorosamente los pezones. Le acarició el largo cabello negro y continuó por los fuertes brazos que la rodeaban. Al repasar el vello oscuro que le cubría el torso, lo sintió gemir. Las manos de Diego, que habían permanecido quietas en la cintura de Marina, se alzaron y resbalaron desde los hombros de la muchacha hasta las caderas, excitando cada una de sus células. Marina buscó la boca de su marido con avidez, anhelando la dicha que le reportaba. Los labios de Diego estaban salados por la brisa del mar, tan apetecibles como el mejor manjar del paraíso. Despacio se exploraron mutuamente, ajenos al mundo, olvidados de todo lo demás. Lejos quedaba el complot perpetrado contra los dos Izaguirre. O la marcha de Marina a su mundo cuando llegasen a San Sebastián. Nada de eso tenía importancia en esos momentos. Solo el amor que se tenían. Los sentimientos y las sensaciones que fluían entre sus cuerpos en contacto. La vibrante magia que envolvía a los amantes.

Capítulo 48

—Explicadme, si tenéis la bondad, cómo ibais a demostrar a ese tal Bartolomé que habíamos sucumbido a vuestro ataque —solicitó Diego al capitán Prieto, mientras daban el paseo matinal por la cubierta del *Delfín*.

—Con vuestro cuaderno de bitácora, eso era lo convenido —explicó el hombre, deseoso de complacer—. Debía, al llegar al puerto, atracar la *Santa Lucía* en un lugar visible. —Dirigió sus ojos a la fragata dañada con una sonrisa de pesar—. Después alguien me indicaría el lugar del encuentro entre Bartolomé y yo. Entonces, tras entregarle el cuaderno, mi trabajo habría concluido.

—¿Sabéis quién os serviría de enlace entre el tal Bartolomé y vos?

—Supongo que el mismo chiquillo que lo ha hecho siempre —contestó don Ernesto—. Él se acerca a mi barco y me hace entrega de una nota con el lugar y la hora convenida por Bartolomé.

Diego, en silencio, escuchaba atentamente las explicaciones. Sin detener el paseo, se frotó la frente como si quisiera aclarar las ideas.

—Mi esposa me ha sugerido que os proponga la posibilidad de ayudarme a encontrar al que ideó todo este plan. —Lo miró para estudiar su reacción. Al parecer satisfecho, continuó—: ¿Estaríais dispuesto?

—¿Tengo, acaso, alguna posibilidad de rehusar? —preguntó con un atisbo de sarcasmo.

—Vuestra ayuda se tomará en cuenta en el juicio con el preboste —respondió él, ignorando el tono—. Personalmente, haré todo lo posible para que vuestra condena sea lo más benévola posible, dadas las circunstancias.

—No es al preboste a quien temo —aseguró cabizbajo don Ernesto, perdida toda su momentánea arrogancia—. Os recuerdo que tienen a mi hija como rehén...

—Os prometo solemnemente que trataré de que a vuestra hija no le ocurra nada —aseveró muy serio, deteniendo el paseo—. Creedme si os digo que no

le deseo ningún mal.

Los dos hombres se miraron a los ojos.

—En ese caso, no tengo más remedio que aceptar. —El capitán de la *Santa Lucia* se enderezó antes de añadir—: Será como vos deseéis.

Diego asintió, expresando su conformidad con la decisión de su homólogo.

—Primero atracaremos en Cádiz para recomponer las naves; después nos dirigiremos a San Sebastián. Una vez allí, vos haréis exactamente como si todo hubiera ocurrido según lo planeado —explicó Diego—. Nosotros estaremos vigilando. Una vez que el chiquillo o quienquiera que sea se ponga en contacto con vos, haréis llegar el lugar y la hora de la cita a cualquier integrante de mi tripulación. Llegado el momento estaremos vigilando la zona; en cuanto tenga lugar la entrevista seguiremos a Bartolomé. Si todo sale como me imagino, él nos conducirá directamente al cerebro de esta calumnia. ¿Tenéis alguna duda al respecto?

Don Ernesto Prieto se limitó a negar, completamente de acuerdo con las disposiciones de su captor.

—Una última pregunta... —solicitó Diego, antes de que regresase a la bodega—. ¿Cómo sabíais que este barco era el *Tritón*?

—Un marinero de mi tripulación habló con uno de los vuestros mientras estábamos en Puerto de la Cruz. Por él supimos que partiríais pronto, por lo que estuvimos preparados para no perderos de vista. Presenciamos todos los hábiles cambios que se llevaron a cabo en la nave, por lo que no hubo dificultad en reconocerla —explicó don Ernesto Prieto.

—¿Sabéis quién era el marinero?

—Si la descripción que me hizo el mío era cierta, y no tengo por qué dudar, fue el marinero que terminó decapitado. Si os preguntáis si ese hombre os traicionó, es mi deber haceros comprender que habló inducido por el aguardiente que mi hombre le dio.

—Os agradezco profundamente esa aclaración, capitán —aseguró Diego con solemnidad—. Me tranquiliza saberlo.

Aunque no dudaba de que Jeremías hubiera estado bebido cuando habló con el otro marinero, también sabía que le guardaba rencor tras el castigo por el intento de abuso contra el grumete; no le habría resultado difícil hablar. En verdad había sido una persona un tanto amargada por su aspecto, sin entender que su actitud repelía más que su físico en sí. El acto de valentía que le había quitado la vida fue crucial para liberar a Marina de aquella mortífera

cimitarra. Dondequiera que estuviera Jeremías Hurtado, le daba las gracias de todo corazón.

Tras unos minutos de recreo todos los tripulantes de la *Santa Lucía*, incluido su capitán, regresaron a la bodega.

—¿Creéis que os ayudará? —preguntó el contraamaestre, con la pipa colgando de la comisura de la boca. Descansaba bajo una toldilla, desde donde continuaba en su trabajo.

—Apostaría a que sí. Tiene poco que perder y mucho que ganar. Ya le has oído que Bartolomé tiene secuestrada a su hija; no creo que le tenga mucho aprecio a ese sujeto —vaticinó Diego a su segundo.

—No, es difícil que se lo tenga. ¡Por todos los demonios del infierno! En su caso, mi mayor deseo sería pasarlo bajo la quilla en las aguas cálidas del Trópico, con varios tiburones a su alrededor. No soporto el chantaje. Y menos cuando se utiliza a personas inocentes para ese fin. —Fijó la vista en el horizonte y su rostro arrugado pareció contraerse aún más.

—Estoy completamente de acuerdo con vuestras apreciaciones, maese Isaac —asintió el capitán—. Si no nos ayuda, don Ernesto terminara él solo en las manos del preboste. Si lo hace, cabe la posibilidad de que lo acompañen Bartolomé y sus compinches. Cualquiera en su lugar desearía no ser el único que cargase con las consecuencias —explicó Diego y alzó la vista para ver a los gavieros prepararse para el cambio de bordada.

El contraamaestre cabeceó en señal de asentimiento por las palabras del capitán y procedió a prender su pipa.

—Parece ser que el viento va a rolar, con un poco de suerte nos llegará de través e iremos más rápido —comentó y aspiró el fragante humo con satisfacción.

Diego se mantuvo silencioso. ¿Cómo explicar que no tenía ninguna prisa por llegar? ¿Cómo explicar que, con cada milla, con cada braza que acortasen en la distancia hasta su destino, se acortaba también el tiempo de estar con su esposa?

—¿Se me permite preguntar qué os preocupa, capitán? —indagó Isaac.

—Nada, maese Isaac, nada —contestó sin mucho entusiasmo.

—No creo que tenga que ver con la captura de cierto individuo, sino más bien por otra razón... —sugirió el contraamaestre con mucho acierto.

—¡Es suficiente! No me sucede nada. Limitaos a cumplir con vuestras obligaciones, contraamaestre —lo interrumpió el capitán airado, peinándose con los dedos antes de volver a encasquetarse el tricornio—. Lo siento, maese Isaac, no quería hablaros así, pero comprended que estoy un tanto irritable

después de lo descubierto en estos días. Bajaré a mi camarote. Allí estaré por si me necesitáis.

Se sentía frustrado por no poder dominar su mal humor. De pronto todo se le había venido encima a la vez. Oró para poder hacerlo frente con valentía. Si no cambiaba de actitud, las próximas jornadas en el barco iban a ser espantosas. Era muy duro dejar que Marina se fuera, pero de nada iba a servir obligarla a que se quedara con él. Quizá si le diera algo que la convenciera de quedarse, su empeño en irse desaparecería. Tal vez si descubría que estaba embarazada decidiera quedarse con él.

Sonrió de dicha al imaginarse a su esposa engordando con el hijo de ambos en su interior. Casi deseó que fuera cierto. Casi...

—¿Cómo son los barcos en tu siglo? —preguntó Diego, mientras dejaba a un lado el cuaderno de bitácora en el que había estado escribiendo hasta ese momento—. ¿Son más veloces?

Marina esperó a terminar unos retoques en el retrato a carboncillo de Diego (unos de los muchos que le había hecho), antes de contestar:

—Sí, son considerablemente más veloces. Los barcos mercantes ya no llevan velas... ¿Eso quiere decir que me crees? ¿Piensas que te he dicho la verdad?

—Aún no sé qué pensar —admitió serio—. Pero me interesan tus respuestas.

—En ese caso, pregunta.

—¿Cómo demonios se mueven si no tienen velas? —interrogó el hombre, con estupor.

Marina sonrió ante la pregunta y con rapidez, en una hoja aparte, esbozó los dibujos de varios barcos de su época.

—Con un motor... a combustible. —No tenía la menor idea de cómo explicarle los avances tecnológicos que habían tenido lugar en los siguientes doscientos años—. Se propulsan con una o dos hélices que llevan bajo la popa. Los únicos veleros que existen son de recreo o para competiciones deportivas. Mi abuelo tiene uno de madera, pero quedan muy pocos así. —Al lado de los otros barcos trazó las líneas esbeltas del *Sirena*—. Este es el velero de mi abuelo.

—Es muy pequeño... —murmuró él, confuso.

—Si lo comparamos con el *Delfín* o la *Santa Lucia*, lo es —confirmó Marina, admirando con melancolía el esbozo del velero—. En mi siglo, los

únicos navíos del tamaño del tuyo que quedan se utilizan como buque-escuela, como crucero de lujo o como museos flotantes...

Diego, totalmente desconcertado, movió la cabeza; su turbación no hizo sino aumentar cuando Marina trató de describirle lo que utilizaban los marineros modernos para pilotar y orientarse en el mar. Pese a que se le notaba incrédulo por todas esas explicaciones, lejos de asustarse o de hacerla callar por inventarse semejantes artilugios, Diego continuó preguntando por todos los cambios, no solo científicos o técnicos, sino geográficos.

—Y San Sebastián, ¿cómo está?

El capitán retiró el cuaderno de bitácora para despejar la mesa y desplegó un plano de San Sebastián y su bahía para que Marina le explicara cómo se había ido extendiendo la ciudad. La joven observó detenidamente el mapa para ubicarse.

—Ahora, la ciudad está... bueno, estará muy ampliada. Aquí está el barrio de Gros. Por este lado el Antiguo... —Señaló los puntos en el abarquillado y amarillento papel—. Esta es la zona Centro...

—Pero si no hay más que arena y agua —indagó él estupefacto, repasando las zonas mencionadas con el dedo.

Marina pasó entonces a relatarle los avances realizados: la superficie ganada a las marismas e incluso al propio mar; la creación de las casas de los pescadores en el muelle, fuera de la fortificación; la desaparición de las murallas ante la demanda de terreno para el crecimiento urbano; hasta los puentes que cruzaban el río Urumea una vez encauzado para unir los diferentes barrios creados.

Como ya no parecía recelar tanto de lo que le contaba, le habló de sus tres amigas y de sus respectivas parejas. Le contó también que los primeros ya habían tenido un hijo y que probablemente los demás se animasen pronto.

Pero lo que más le impresionó fue la descripción de las playas de la ciudad, donde la gente se bañaba con muy poca ropa ante la mirada de sus semejantes.

—¡Eso es imposible! No puedo creerte —exclamó, escandalizado—. ¿Qué tipo de hombres son los que permiten que sus mujeres, hermanas o madres se desnuden ante otros hombres en la calle? ¿Tú lo hacías? —inquirió, con un parpadeo confuso.

—No te asustes. En mi época eso no está mal visto. —Marina trató de no reírse ante la desmesurada reacción de su marido—. Yo solía nadar en la playa siempre que el tiempo lo permitía.

—Eso quiere decir que tú también te desnudabas en medio de todos. ¡Por todos los demonios del infierno! —Se pasó los dedos por el cabello con impaciencia—. ¡No te rías de mí, Sirena! —gritó. De inmediato soltó la carcajada él mismo y la tomó en brazos para girar con ella—. Soy un ogro... lo sé... no trates de negar la evidencia...

—No, no lo eres, tan solo vives en el siglo dieciocho.

Rompieron a reír hasta que se les saltaron las lágrimas, dando vueltas por el camarote como si bailaran el vals, que aún no existía. Una vez agotado el caudal de hilaridad y recuperados del repentino mareo, continuaron con la conversación hasta que los interrumpió la llamada a la puerta del camarote.

—Capitán, señora, estamos a media milla del puerto de Cádiz —anunció el contra maestre, cuando le dieron permiso para entrar. Caminaba ayudado por el bastón que utilizara Diego en su disfraz de don Roberto López de Valencia—. Casi se divisan sus murallas.

—Gracias, maese Isaac, pero no deberíais andar. Creo haberos ordenado que permanecierais sentado bajo la toldilla. —Se oyó con claridad el bufido despectivo del contra maestre—. Solo han pasado diez días desde que os hirieron —le recordó el capitán, visiblemente preocupado—. Es muy peligroso que se os abra la herida.

—¡Bah! No es nada. Empiezo a cansarme de estar tanto tiempo inactivo y la pierna casi no me molesta. El bastón me ayuda a no cargarla demasiado —aseguró el contra maestre, con una sonrisa de oreja a oreja—. Venía porque los muchachos están deseando bajar al puerto a divertirse. He preparado los turnos de guardias, por lo que, si dais vuestro permiso, comenzarán en este momento. Con el esfuerzo de estos últimos días se tienen ganada la diversión.

Diego observó a su contra maestre, incapaz de decidir si merecía la pena abroncarlo por su falta de cuidado o romperle el maldito bastón en su dura mollera.

—Espero que no se os abran los puntos... —suspiró, derrotado por la vitalidad que exhibía el oficial—. Ya que tenéis tantas ganas de actividad, vigilad que los arreglos en las naves se realicen satisfactoriamente.

—Por supuesto, capitán. Los carpinteros ya están en ello —aseguró Isaac, llevándose la pipa a la boca—. Señora, espero que os guste la ciudad gaditana, si es que el capitán os permite salir de este camarote en los próximos días.

—Maese Isaac —comenzó Marina, con voz suave e insinuante—, desde las ventanas del espejo de popa se tiene una magnífica vista del lugar; quizá no haga falta salir del camarote para poder admirar la belleza de la ciudad...

—¡Por Satanás! Capitán, creo que vuestra esposa es el complemento perfecto para vos. Debo decir que al principio añoraba al pescadito, pero creo que hemos salido ganando con el cambio. —La ronca risa atronó entre los mamparos—. Sí señor, ni en mil años habríais conseguido ninguna mejor.

—Ya lo creo, mi buen maese, por lo menos en más de doscientos años... —sentenció el capitán, mirando intensamente a su mujer—. Ella es única.

—Umm —asintió—. Creo que subiré a cubierta. Los hombres están esperando el permiso. ¡Ah, Señora! —suspiró, mirando a Marina con sus brillantes ojos oscuros—. ¿No tendréis por un casual alguna hermana mayor?

—Lo siento mucho, maese Isaac, pero soy hija única.

—¡Ah! Una lástima, una verdadera lástima... —Se volvió para marcharse, fingiéndose terriblemente abatido por la noticia—. Con vuestro permiso...

El contraмаestre salió del camarote renqueando con su bastón.

—Maldito testarudo —murmuró Diego.

—No te apures; posiblemente le venga bien caminar un poco —sugirió Marina al tiempo que acariciaba el brazo tenso de su marido.

—Tal vez tengas razón... Subiré a vigilar el atraque de los dos navíos. Más tarde iremos a visitar a mi buen amigo, don Adolfo Pérez de Alcántara, a su encantadora esposa y a mi ahijado. Te gustarán y tú también a ellos.

Marina abrazó a su marido con cariño antes de que este saliera a cubierta.

Capítulo 49

Marina sentía el sudor que empapaba la camisa de batista bajo el vestido amarillo de percal. Se secó la frente una vez más con el pañuelo de encaje que guardaba en la faltriquera, y enderezó la sombrilla para que la resguardara de los inclementes rayos de sol de la tarde. Al menos las mangas estaban acuchilladas y dejaban pasar algo de aire que traspasaba la camisa. Miró a Diego, que resistía impertérrito dentro de la casaca negra, las calzas del mismo color y las altas botas de cuero. Llevaba en la mano un paquete alargado envuelto en arpillera —un regalo para su ahijado, le había explicado— y permanecía sentado a su lado como si no tuviera el más mínimo malestar. El cochero, que parecía ajeno al calor, guiaba a la pareja de caballos tordos que tiraban del carruaje. A su lado, en el pescante, transportaba una caja con una docena de botellas de vino malvasía, cosecha de don Hernán, que llevaban para obsequiar a los amigos de Diego.

—Creo que deberíamos haber tomado un coche cerrado —se lamentó la joven.

—Aunque te parezca mentira, Sirena, a estas horas los coches cerrados son hornos rodantes. Créeme si te digo que vamos mucho mejor en este calesín abierto. —La besó en la sien.

—¡Madre mía, cómo echo de menos mis ropas de algodón!

—¿Acaso en tu época no pasáis calor cuando hace sol? —murmuró con interés junto a su oído.

Por un momento estuvo tentada de explicarle las ventajas del aire acondicionado, pero después desistió. Si continuaba describiéndole los artilugios que facilitaban las tareas o hacían la vida más confortable, él terminaría por no creer nada de lo que le dijera. Después de más de cuarenta días en aquella época, hasta a ella le parecían alucinaciones.

—Deberías agradecer que ahora ya no se lleven los ropajes negros tan cerrados ni la golilla, tan de moda unos años atrás... —Él sonrió con picardía

— No padezcas más, Sirena. ¿Ves aquella iglesia de allí? —Señaló el campanario que asomaba por encima de los tejados de las casas encaladas unos metros más allá—. Esa es la iglesia de la Santa Cruz. Cerca vive mi buen amigo Adolfo.

Marina suspiró con alivio. Estaba cansada y sudorosa por el paseo desde el muelle hasta la casa del amigo de su marido. La distancia no era mucha, en realidad, pero con el calor de la tarde y aquellas capas de ropa que se veía obligada a vestir —so pena de escandalizar a todos—, se tornaba agobiante.

Diego le había dicho que quería visitar a don Adolfo, puesto que no le veía desde el bautizo del pequeño Diego, que ya tenía cuatro años. A ella le había parecido muy buena idea hasta que desembarcó en medio de aquel calor. Por un momento deseó poder quitarse esas pesadas ropas absurdas y lanzarse al agua. Aunque aquello era impensable. A lo lejos pudo ver los bancos de arena de lo que más tarde serían las hermosas playas gaditanas, ahora vacías de los futuros bañistas que las abarrotarían siglos después.

El carruaje se detuvo frente a una fachada encalada de dos plantas con varias ventanas enrejadas, protegidas con esterillas de esparto.

—¿Ves? Ya hemos llegado —anunció Diego frente a una enorme puerta de madera. Y la ayudó a apearse del vehículo.

El cochero colocó la pesada caja al lado de la puerta, tiró de una campana para avisar a los sirvientes de la casa y esperó pacientemente a que salieran a abrir.

—Menos mal; ya temía deshacerme por el camino. ¿Tengo buen aspecto? —consultó Marina, colocándose un mechón de pelo bajo el sombrero de paja. Quería causar buena impresión a los amigos de su marido.

—Estás pecaminosamente bella, Sirena —murmuró él. Y se agachó para besar la vena que latía en el cuello de la muchacha—. Si no salen pronto...

Marina dio un respingo, cohibida por la presencia del cochero, que miraba con exagerada concentración las vetas de la madera, visiblemente impaciente por marcharse de allí.

—¡Buenas tardes, capitán Izaguirre! ¡Cuántos años sin saber de vos! —saludó un hombre, tras abrir la pesada puerta y descubrir la identidad de uno de los visitantes—. A don Adolfo le encantará ver de nuevo a vuestra merced. Llegó ayer de la corte.

—Me alegro de que esté en la casa. ¿Cómo está mi ahijado?

—¡Ah! Capitán, vuestro ahijado me matará un día de estos... Pero pasen vuestras mercedes, hace demasiado calor para estar al sol.

—Gracias, Miguel; mi esposa está un poco fatigada.

—¡Vuestra esposa! ¡Válgame el cielo! Los señores estarán encantados de saberlo. ¡Por todos los santos!, ¡el capitán Izaguirre se ha casado! —Luego, al ver al cochero con la caja, comentó—: Puedes dejarla ahí mismo, Pepe saldrá a recogerla. Gracias.

El cochero asintió, encantado de poderse marchar y, tras guardarse las monedas que le entregó el capitán, saltó sobre el pescante. Con un chasquido de lengua, puso a los caballos en marcha.

Miguel, visto de cerca, era muy delgado; su piel olivácea se pegaba a los huesos del pelado cráneo, que brillaba con el sol de la tarde. Los ojos, diminutos y oscuros, estaban rodeados de arrugas que denotaban su alegre carácter. Continuó hablando y hablando, con marcado acento andaluz, mientras entraban en un pequeño patio empedrado con cantos rodados que formaban arabescos en el suelo. Las paredes encaladas estaban adornadas con geranios de vivos colores que perfumaban la calurosa tarde con su aroma alimonado.

Una vez cruzado ese espacio, llegaron a otro patio aún más fresco que el anterior. Marina suspiró aliviada por la agradable temperatura. Una balaustrada envolvía, en la segunda planta, la base cuadrangular del patio; de su pasamanos colgaban geranios hiedra de colores rojo y rosa. Por todos los lados crecían plantas en vistosos tiestos de barro cocido: exuberantes hortensias de flores azules y moradas, jazmines que trepaban por las esquinas hasta alcanzar la barandilla, cuajados de fragantes y pequeñas flores blancas. Tal profusión de plantas atenuaba los rayos de sol que penetraban a través del techo abierto, manteniendo una atmósfera agradable y relajante.

Un pozo, alicatado con azulejos blancos estampados con dibujos azules, presidía el centro del lugar, alrededor del cual un niño, vestido con unos pantaloncitos de color azul y una camisa blanca, jugaba con un cachorro. El perrillo se zafó de los brazos regordetes del niño para comenzar a ladrar alrededor de los pies de los visitantes.

—¡Perro malo, perro malo! —alborotó el crío, contrariado por el abandono de su mascota. Sus rizos oscuros se balancearon cuando sacudió la cabeza.

—Señorito Diego, venid a saludar a vuestro padrino —lo conminó Miguel.

—¿Padrino? —cuestionó. Y se metió el pulgar en la boca. Los ojos almendrados, de color chocolate, se abrieron sorprendidos.

—¿Padrino? —repitió la voz de una mujer desde el otro lado del patio—. ¿El capitán Izaguirre está aquí?

—Así me llaman, doña Clara —aseguró Diego, con la sonrisa bailándole en la cara.

De entre las sombras del vergel salió una mujer joven, que se acercó a los recién llegados mientras se abanicaba. Sus ojos negros brillaban de alegría tanto como la boca de labios plenos. Llevaba el pelo negro recogido con una redecilla en un pulcro moño y enmarcaba un rostro de óvalo perfecto. Por si fuera poco, su piel de color canela parecía fresca como una manzana. Marina se sintió mortificada al sentir su propia piel sudorosa. La mujer extendió las manos para alcanzar las de Diego que se había adelantado unos pasos y se acercaba a la señora de la casa. El vestido azul cobalto tenía un corpiño corto, unas faldas muy fruncidas que ocultaban, en parte, el vientre henchido de la mujer. Pese a lo avanzado de su embarazo se movía con gracia y donaire.

—Cuánto me alegro de volver a veros —anunció doña Clara—. Debo reprochar vuestra larga ausencia. Comenzábamos a estar preocupados por vos.

—Veo que pronto aumentará la familia... —Él sonrió cariñosamente, con la vista fija en el vientre de la anfitriona. Ella, ruborizada, se volvió a mirar a Marina que esperaba tras su marido. Diego, notando la curiosidad de la mujer, continuó—: Como veo que la curiosidad puede más que vuestros modales, por otro lado, irreprochables... —Doña Clara fulminó al capitán con su oscura mirada—. Bien, antes de que os sulfuréis, os presentaré a mi esposa...

—¡Vuestra esposa! —lo interrumpió la mujer abriendo los ojos igual que antes lo había hecho su hijo—. ¡Ah! ¡Gracias a Dios! ¡Por fin habéis sentado la cabeza! Mi querido Adolfo se alegrará sobremanera con la noticia. —Se volvió hacia Marina con una alegre sonrisa—. Debo decir lo encantada que estoy de conocerlos. Pero venid, querida; sin duda estaréis agotada. Vayamos a mi cuarto para que os refresquéis un poco; solo a un hombre se le ocurriría cruzar todo Cádiz en medio de este calor —anunció con soltura, tomando a Marina de las manos—. Diego, hijo, ven aquí para conocer a tu padrino; es el capitán Izaguirre y ella es su esposa... ¡Ah!, querida, qué imperdonable falta de modales. No he dejado siquiera que el capitán dijera vuestro nombre.

—Marina. Preferiría, si no es mucho pedir, que no me trataseis con tanta cortesía. —Sonrió al decirlo, atraída por la vitalidad que desprendía aquella mujer.

Doña Clara encargó al criado que trajera limonada fresca y algo para comer mientras controlaba a su hijo con ojos de halcón para que no hiciera alguna trastada.

Diego aprovechó el momento para entregar a su ahijado el regalo que le traía.

Los ojos del pequeño brillaron de expectación al ver el paquete. Antes de coger el regalo miró a su madre esperando permiso. Luego intentó desenvolverlo, con premura mal disimulada. Viendo que la tela se le resistía, el capitán se agachó al lado del niño para ayudarlo.

—¡Mirad, madre! ¡Es una espada de madera! ¡En guardia! —El pequeño Diego se lanzó en un ataque imaginario contra el perro, que salió huyendo como alma que lleva el diablo.

—¡Diego! ¿Cuántas veces tengo que decirte que no asustes a Canela? —La voz de doña Clara frenó momentáneamente la fogosidad de su hijo, que se retiró a un rincón del patio, esperando a que su madre se descuidase para continuar con sus travesuras—. Dieguito, atiende a nuestro invitado y compórtate bien —ordenó al niño—. Vamos, querida. Te mostraré la habitación para que te refresques un poco.

Las dos mujeres abandonaron el umbrío lugar para adentrarse en el resto de la casa. Marina pudo admirar la decoración, de tendencias morunas. Los azulejos, formando arabescos, franqueaban la escalera de piedra que conducía a las alcobas. Al contrario que en el exterior, el interior de la vivienda era fresco, fruto de mantener los postigos cerrados durante las horas más calurosas del día.

—Ha sido una grata sorpresa descubrir que Diego se ha casado. Es menester que te lo diga: tanto mi esposo como yo misma dudábamos de que eso sucediera algún día. Bueno, hemos llegado —aseguró, abriendo la puerta—. Nosotros dormimos en la de al lado y Dieguito unas puertas más allá. En el aguamanil hay agua; si necesitas más solo tienes que pedirla. ¿Deseas que te ayude con el vestido?

—Sí, por favor, te lo agradecería mucho —contestó Marina, complacida por el ofrecimiento—. ¿Cuándo nacerá el bebé?

—Si Dios quiere, el mes que viene. Pero por mí bien podría ser mañana mismo. Estoy agotada. Me siento como una vejiga a punto de reventar.

Clara desmintió las bruscas palabras cuando se acarició el voluminoso vientre con ternura, provocando, sin saberlo, una profunda envidia en su joven invitada. ¡Ay, *ama!* ¿Qué le estaba ocurriendo? ¿Acaso el salto en el tiempo había trastornado su reloj biológico? Tenía veintiséis años; no era una niña, pero hasta ese momento jamás había sentido ese deseo de ser madre, ni siquiera cuando su íntima amiga Beatriz quedó embarazada. Era algo para lo que no tenía ninguna prisa, ya habría tiempo más adelante. ¿Sería ya ese

tiempo? ¿Cómo se vería con una barriga como la de su anfitriona? ¿Qué sentiría Diego si le anunciase que iba a ser padre? Habían puesto mucho cuidado, pero esos métodos no eran muy fiables, por lo que, ¿quién podría asegurar que no estuviera ya embarazada?

—No te preocupes, no creo que tardes mucho en estar en la dulce espera —garantizó doña Clara, como si le adivinara los pensamientos—. No desesperes; tarde o temprano estarás embarazada. Anda, vuélvete para que te pueda desabrochar los botones del vestido. Después de refrescarte te sentirás mejor. Yo regresaré al patio. Mucho me temo que la capacidad de mi hijo para portarse bien es muy limitada —suspiró con una sonrisa bailoteándole en los labios.

Capítulo 50

—Es cierto, entonces, que el rey sigue enfermo. ¿Crees que Luis XIV conseguirá que nuestro soberano nombre como sucesor al pretendiente francés? —interrogó Diego a su amigo don Adolfo al finalizar la cena. Quería que le informase sobre los últimos acontecimientos en la corte y nadie mejor que su anfitrión que acababa de llegar de allí.

Don Adolfo Pérez de Alcántara representaba algo más de los treinta y dos años que tenía; su cabello, otrora rubio, estaba salpicado de canas y, reacio a llevar los pelucones tan de moda mientras tuviera pelo propio, lo llevaba suelto por los hombros. Los ojos, algo hundidos, eran de color chocolate; en el rostro, estrecho y de mejillas enjutas, se marcaban profundas arrugas a ambos lados de la boca cada vez que sonreía. Durante la cena lo había hecho a menudo, cosa que alegró a Diego, pues últimamente no parecía haber reído mucho. La vida en la corte podía llegar a ser muy dura y peligrosa. Las envidias, celos y traiciones estaban a la orden del día. Sabía que don Adolfo era un hombre respetuoso y honrado, alguien en quien se podía confiar ciegamente; tal vez por eso el rey le tenía en tanta estima; algo que, por el contrario, no le granjeaba la amistad de los demás consejeros. Por ese motivo se negaba sistemáticamente a que doña Clara se alojase con él en la corte y prefería que viviera en la hermosa casa de Cádiz, resguardada de todas las intrigas palaciegas. Vestía tan sobriamente como el propio Diego: nada de los vivos colores ni de profusión de encaje por todas partes con los que comenzaban a deleitarse en la corte.

—Empeño no le falta. Carlos II está muy debilitado por su enfermedad y Luis le sabe manejar hábilmente. Creo que el rey ya ha firmado un testamento —concluyó Adolfo, tomando una hermosa copa de cristal para paladear el buen vino malvasía—. Excelente cosecha, sí señor. Te doy las gracias por el presente.

»De cualquier forma —continuó, arrellanándose en la silla—, Carlos ha puesto una limitación: la misma persona no puede ser simultáneamente soberana de Francia y de España.

Los dos hombres cabecearon al unísono, conformes con la sentencia del rey.

—Eso descarta como sucesor al Gran Delfín, el hijo de Luis XIV y de María Teresa, y también a su primogénito, pues tarde o temprano uno u otro heredará el trono francés.

—Tienes razón, amigo mío. Lo más probable es que la corona recaiga sobre el hijo segundo del Gran Delfín: Felipe, duque de Anjou —sentenció el anfitrión a la vez que servía más vino en la copa de Diego—. Por otro lado, Leopoldo I está tratando de impugnar ese testamento a favor de su hijo Carlos. Alega que los franceses han engañado a Carlos II. —Jugueteó con los brillos que hacía el cristal en el mantel adornado con delicados bordados—. No sabes lo feliz que me siento de estar en mi casa lejos de las conspiraciones de palacio. —Los dueños de la casa se dedicaron una cariñosa mirada—. En estos días la corte es un hervidero de dimes y diretes. No te puedes fiar de nadie. Por fortuna el rey ha consentido en que me reuniera con mi esposa a tiempo para el nacimiento del bebé. De cualquier modo, he de presentarme en la corte, Dios mediante, el día veinticinco de octubre.

—Espero que para entonces ya haya nacido —deseó Diego—. Sería una pena que, después de todo, estuvieras ausente en ese momento.

—A juzgar por las patadas que me ha dado a lo largo del día, no creo que se demore en salir —aseguró doña Clara. Se palmeó suavemente la parte delantera de su vestido—. ¿Estaréis aquí para cuando nazca? —les preguntó a Diego y a Marina.

—No lo creo, Clara; en cuanto los barcos estén reparados nos haremos a la mar. —Ya les había contado el ataque que había sufrido unos días antes—. Quiero arreglar el asunto de mi padre —explicó Diego, apesadumbrado.

Ahora que podía limpiar el buen nombre de don Francisco, no tenía ninguna gana de hacerlo si ello significaba perder a Marina. No sabía cómo evitarlo, y ella continuaba con su intención de marcharse. Envidiaba a su amigo y a doña Clara: estaban juntos, tenían al pequeño Diego; próximamente nacería su segundo hijo, se querían y eran felices. ¿Qué le quedaría a él una vez que Marina desapareciera en su tiempo? Nada, absolutamente nada. Por su mente pasó la idea de poner rumbo a las colonias españolas del Nuevo Mundo y alejar a su esposa de San Sebastián. No podría resarcir la injusticia

de su padre, pero tampoco perdería a la persona que más amaba en ese mundo.

—¿... oyes, Diego?

La voz de su amigo le devolvió a la realidad. Descubrió, avergonzado por su falta de buenos modales, que llevaba un buen rato tabaleando con las yemas de los dedos en la mesa.

—Perdona, Adolfo; estaba despistado.

—No sé qué pensar... —aseguró don Adolfo, frotándose la mandíbula—. Me avergonzaría saber que te aburre nuestra conversación y que estoy siendo un pésimo anfitrión. —Le dedicó una sonrisa sesgada—. Por otro lado, creo, amigo mío, que no descansas lo suficiente por las noches...

—¡Adolfo! —le reprendió su esposa, ruborizada.

—¿Qué, querida? —Miró a su mujer con inocencia antes de continuar—. Llevar un barco con tanta tripulación quita el sueño a cualquiera. ¿A qué pensabas que me refería?

La dueña de la casa se puso aún más encarnada, si cabe. El rubor le bajaba por el escote del vestido azul cobalto hasta el nacimiento del pecho. Mortificada, comenzó a abanicarse enérgicamente para paliar el sofoco.

—No os apuréis, querida Clara, conozco a vuestro marido y sé cómo es. Todos hemos podido comprobar a qué se refería en realidad —la defendió Diego, que conocía la facilidad que tenía su amigo para jugar con el sentido de las palabras—. ¡Tú, bellaco, no molestes a tu esposa! ¿Dónde están tus modales?

—¡Basta! Me rindo... —exclamó Adolfo entre las risas de todos—. No puedo evitarlo, querida, te pones radiante cuando te ruborizas. Echaba de menos esa inocencia genuina, cielo. —Doña Clara trató de fulminarle con la mirada, aunque la risa bailoteaba en sus labios. Don Adolfo, más serio, continuó con la conversación—: Te preguntaba si ya sabes quién puede andar detrás de todo este montaje. ¡Demonios! ¿Quién puede idear algo tan péfido? Sin duda, tienes un enemigo muy peligroso.

—No lo sé, y créeme: es algo que me está martirizando.

—Yo creo que, quién sea, tiene mucho que ganar con la desaparición de ellos. —Tres pares de ojos se volvieron a Marina—. Sí, es cierto, yo no pienso que sea solo una revancha; creo que es algo más.

—Pero ¿quién y por qué? —preguntó don Adolfo intrigado—. Perdonad, querida Marina, pero no encuentro ningún otro motivo por el que alguien pueda hacer algo así, que no sea el desagravio.

—Yo respaldo a Marina: hay infinidad de motivos por los que una persona con la mente trastornada puede intrigar de ese modo —apoyó la dueña de la casa con firmeza—. El primero: la envidia; por envidia se cometen actos de lo más sorprendente. Los celos; no creo que nos resulte extraño lo que una persona celosa puede llegar a hacer bajo su amparo.

—Visto así... —murmuró don Adolfo, calculando las posibilidades que se presentaban desde ese prisma—. Eso nos lleva a pensar en quién puede estar lo suficientemente celoso o tener tanta envidia a Diego como para perpetrar semejante cadena de barbaries.

Diego permaneció en silencio, sopesando las hipótesis pronunciadas. No tenía ni idea de quién pudiera estar tramando algo así. No creía tener enemigos tan grandes ni tan ladinos. Su padre le había enseñado a no crearse adversarios, pues estos solo servían para quebraderos mentales. Se vivía mejor sin tener que volver la cabeza por temor a quién estuviera detrás. En toda su vida nunca conoció a nadie que quisiera mal a don Francisco. ¿Quién podría odiarlo tanto como para hacer que lo ahorcaran? ¿Quién les odiaba a los dos?

Sus negociaciones eran claras y sin trampas por ningún lado. No inflaba los precios ni aguaba los vinos, prácticas bastante corrientes en muchos comerciantes. Procuraba ser justo con su tripulación. Aunque aceptaba la crueldad como parte inherente al ser humano, no se consideraba cruel. Los castigos aplicados a bordo de su barco no eran, ni mucho menos, tan bárbaros como los aplicados en otros. Estaba en contra de una exagerada brutalidad en dichos correctivos, que no conducía a nada bueno y sí a provocar un motín entre los marineros.

Ningún marido agraviado lo atacaría por acostarse con su mujer, principalmente porque consideraba la fidelidad como una norma inquebrantable y nunca se acercaba a las mujeres casadas. Por otro lado, las mujeres con las que había mantenido relaciones siempre supieron a qué atenerse y no se hicieron demasiadas ilusiones respecto a la situación. Tal vez la única que protestara por finalizar la relación fuera doña Esther, pero presentía que más que por acabarla era por no haber sido ella quien le pusiera fin.

Estaba como al principio. No tenía ni la más remota idea de quién se encontraba detrás de todo ese exterminador proyecto.

Capítulo 51

—Diego... Despierta, hombre —murmuró Adolfo.

—Te pido perdón de nuevo, amigo. Hoy estoy de veras distraído...

—No importa. —Lo miró tolerante—. Te estaba contando que a estas horas ya habrán cerrado las puertas de la muralla, por lo que lo mejor es que os quedéis aquí a pasar la noche —indicó Adolfo.

—Sí, es una buena idea —secundó su mujer, sonriendo encantada—. También podríais traer vuestras ropas para pasar unos días con nosotros mientras reparan los barcos —solicitó doña Clara mirando a Marina—. Es una pena que tengáis que marcharos tan pronto. Anhelaba conocerte mejor.

—No creo que haya problema en eso; a mí también me gustaría conocerte más —aseguró Marina, sonriendo a la mujer con cariño. Luego miró a su marido por si estaba en contra de esa idea.

—Si no es demasiada molestia, estaré encantado —reconoció el capitán.

—Todo arreglado. Entonces, sugiero que pasemos al salón para dejar que recojan los restos de la cena —declaró don Adolfo, satisfecho con las disposiciones.

El dueño de la casa se levantó, se situó tras la silla de Marina para ayudarla a incorporarse y luego le ofreció el brazo para conducirla a la habitación contigua, dejando que Diego hiciera otro tanto con doña Clara.

El salón era una pieza amplia con el suelo de baldosas de terracota y las paredes recubiertas de tela de damasco verde oliva. Los sillones donde se sentaron estaban tapizados de cretona estampada, eran cómodos y espaciosos.

Sobre diversas mesas auxiliares, ramos de flores fragantes perfumaban el ambiente. Era un lugar cálido y acogedor donde, al parecer, los dueños pasaban mucho tiempo. A través de las ventanas abiertas que daban a la calle se oía claramente una voz que desgranaba versos al compás de los acordes tranquilos de una guitarra.

—¿Qué es eso? —preguntó Marina sin poder contenerse.

—Es la ronda —explicó doña Clara—. Los mozos salen a rondar a las muchachas. Se colocan al lado de la ventana y las cortejan —explicó al ver el interés de Marina—. Es una manera de hacerlas saber que están interesados.

Don Adolfo se levantó para servir coñac para Diego y para él y jerez para las mujeres, que seguían embelesadas con la canción de amor del galán.

—Gracias. —Marina tomó la copa que le tendía—. Canta muy bien... Si no supiera hacerlo o tocar la guitarra, ¿cómo podría cortejarla?

—En ese caso mandaría a otro que lo hiciera... estando él presente, claro.

—Es bonito —suspiró la muchacha. De pronto dio un respingo ante las palabras soeces que reverberaron desde la calle.

Los dos hombres trataban de sofocar la risa sin mucho éxito. Doña Clara les amonestó con una mirada y explicó a la confundida Marina:

—Mucho me temo que nuestro galán se ha llevado un chapuzón.

—Seguro, pero esperemos que no fueran aguas menores... ni mayores...

—La carcajada de don Adolfo resonó en la habitación acompañada de la de Diego, que no se quedó atrás.

Las dos mujeres ignoraron por un tiempo las risas de sus respectivos maridos, hasta que el hombre desairado pasó bajo las ventanas del salón, escupiendo maldiciones contra las mujeres en general y contra su amada en particular. Aguantaron hasta que los pasos enfurecidos del hombre se perdieron al final de la calle; entonces rompieron a reír como locos.

—¿Por qué ha ocurrido eso? —preguntó Marina.

—Cabe la posibilidad, nada desdeñable, de que la muchacha no esté de acuerdo con sus atenciones o que esté molesta por alguna cosa ocurrida entre ellos —respondió Clara.

—¿No se ha pasado un poco? —sugirió Marina perpleja.

Los dueños de la casa se miraron entre sí, confundidos por las palabras de Marina. Diego empezaba a habituarse a esas expresiones tan extrañas que su esposa acostumbraba a emplear.

—Supongo que sí, pero tendría que averiguar que ha motivado tal acción antes de emitir un veredicto condenatorio —afirmó doña Clara instantes después, deduciendo el significado de las palabras de Marina—. ¿Cuánto hace que os casasteis? —Cambió de tema—. ¿Dónde os conocisteis?

Diego miró a Marina antes de hablar, por si quería ser ella quien lo relatase.

—Solamente hace poco más de una semana —contestó Diego—. Nos casamos en Tenerife.

—¡Ah! Entonces estáis recién casados. Me pregunto cómo hicisteis, estimada Marina, para conseguir que este reacio muchacho se casara, ¿le apuntasteis, acaso, con una pistola?, ¿sois isleña?

—Tengo el placer de anunciarte, Adolfo, que no fue ella quien me convenció de pasar por el altar, sino que fui yo quien tuvo que convencerla a ella —aseguró Diego, con picardía—. Y para satisfacer tu curiosidad respecto a la segunda pregunta, te diré que ella es de San Sebastián.

Los dueños de la casa cruzaron sus miradas, esperando que el capitán continuase hablando, pero él guardó silencio.

—¿Cómo es que, por ventura, os casasteis en Tenerife? —inquirió doña Clara cada vez más interesada—. ¿Por qué calláis de ese modo? Bien parece que hay que sacaros las respuestas a la fuerza. ¡Me corroe la curiosidad!

Marina, al ver que ni doña Clara ni don Adolfo desistirían en el intento de saber toda la historia, decidió contarla ella misma. Les relató el incidente del medallón y su posterior aparición en el barco, pero obviando todo lo relativo a su verdadera época.

—¿Se refiere al medallón que te regaló tu padre? —inquirió don Adolfo.

—El mismo. Lo llevaba de la mano en ese momento y un muchachito me lo robó. Maese Andrés y Pedro partieron en persecución del pequeño bribonzuelo. Después de varias horas encontraron a Marina que lo llevaba puesto...

Marina se ruborizó intensamente al notar las miradas especulativas del matrimonio y se apresuró a contestar, fulminando de paso a su marido, por dar a entender algo que no era cierto.

—No tengo nada que ver con el robo. Mi abuelo se lo encontró enganchado en el ancla de su pequeño velero. Supongo que en la huida se le cayó al ladrón —matizó, sin levantar los ojos del mantel.

—Umm. Es lo más probable. ¿Crees, amigo mío, que ese robo tiene algo que ver con el hecho de que alguien esté intentando acabar con tu vida?

—Tengo que decir que, hasta conocer al capitán Prieto, tal conjetura no se me había pasado por la cabeza. Ahora, tras ver a qué ha llegado ese chiflado, no sé qué pensar —respondió Diego, a su amigo.

—Me inclino por la sospecha de que esa persona, por llamarla de alguna manera, habrá estado estos años esperando a que regresases a San Sebastián —comenzó don Adolfo, con los ojos entrecerrados, como si lo estuviera imaginando en ese mismo momento.

—Por eso me disfracé y me hice pasar por el orondo y petimetre comerciante don Roberto López de Valencia —atajó Diego, siguiendo las

deducciones de su amigo.

—Bien: si por ventura estoy en lo cierto, cada vez que llegaba un barco a la ciudad trataría de indagar hasta asegurarse de la identidad de cada uno de los viajeros, sospechando, acertadamente, que no osarías presentarte a cara descubierta para ser apresado en cuanto pusieras un pie en el muelle. —Movi6 la cabeza asintiendo, satisfecho con sus conjeturas—. ¿C6mo desenmascararte sin tener ninguna prueba que respaldase esa tesis?

—Y ah6 entra el medall6n... —intervino Marina; su voz dejaba traslucir el asombro por las deducciones de don Adolfo—. En el dorso lleva su nombre escrito. Una especie de DNI a la antigua... —Por un momento se hizo silencio en la habitaci6n. En la mirada de los anfitriones era patente las ganas de preguntar a qu6 se refer6a Marina, pero su r6gida educaci6n les imped6a hacerlo—. Quiero decir que lo pod6an identificar f6cilmente con 6l... —trat6 de arreglarlo al ver sus caras de asombro.

—Efectivamente, querida Marina. —Cabece6 el consejero del rey, aturdido—. En una ciudad tan peque6a habr6a sido muy arriesgado robar ese medall6n para obtener lo que un prestamista estuviera dispuesto a pagar por el precio de su oro. En un abrir y cerrar de ojos lo habr6an localizado por la descripci6n que de 6l hiciera el prestamista. Es menos problem6tico robar el monedero; los dineros no tienen el nombre de su due6o grabado. Me atrevo a afirmar categ6ricamente que te fue robado para identificarte.

—¡Dios, querido! Eres incre6ible. Nunca lo hubiera pensado. No es de extra6ar que al rey le guste tanto tu compa6a —alab6 Diego, sonriendo por la facilidad con la que su amigo hab6a dado un giro al motivo por el que le robaran m6s de un mes atr6s—. Es muy posible que tengas raz6n... ¡Por las barbas del demonio!

—Estar en la corte te hace buscar las m6ltiples posibilidades de un mismo hecho —asegur6 Adolfo, hastiado—. Cada palabra tiene m6s significados ocultos de los que, en principio, puedas creer; y lo m6s acertado es pensar en lo peor. Aprendes a leer entre l6neas todo lo que te dicen. —Bebi6 un buen trago de su copa, como si quisiera limpiar el regusto amargo que le dejaban sus 6ltimas palabras—. Me pregunto, Diego, si adoleces de ceguera... no encuentro otro modo de explicar que confundieras a Marina con un muchacho —sugiri6 luego, sofocando la risa.

—Por supuesto no iba vestida como la veis ahora —se defendi6 6l ante sus amigos—. Con todo, es cierto, caramba, yo tampoco me lo explico. —Se mes6 el cabello—. Aunque pod6is estar seguros de que... —«mi cuerpo si la

reconocía». Se sonrojó ante lo que había estado a punto de decir—. Nunca he pasado unos días más confundido —murmuró en cambio.

Casi como si intuyeran las verdaderas palabras del capitán, las risas de todos reverberaron en la habitación.

—¿Cómo están mis queridos tíos? —preguntó Adolfo cuando cesaron las carcajadas y rellenó las copas.

—Están bien. ¡Ah! Lo había olvidado. Me dieron esto para vosotros. —Sacó una carta del interior de su casaca—. Mi tía Úrsula quedó sumamente complacida una vez que nos casamos...

—Estoy completamente seguro de ello. Ahora contará los días que faltan para que le llevéis al retoño —sentenció Adolfo, sin reparar en cómo se le ensombrecía la mirada a su amigo.

Minutos después, doña Clara ahogó un bostezo.

—Siento ser tan descortés con vosotros, pero estoy terriblemente cansada. Espero que me disculpéis... —Don Adolfo ayudó a su esposa a levantarse del sillón. Ella aseguró, mirando al capitán que cortésmente se había puesto en pie—: Estoy convencida de que tendréis cosas que contaros, Adolfo y tú... mañana nos veremos. Que pases buena noche, querida Marina.

—Gracias, te deseo lo mismo. Yo también estoy agotada y prefiero retirarme ya.

Capítulo 52

Marina no sabía qué la había despertado. Estiró el brazo y comprobó que seguía sola en el enorme lecho. Desconocía la hora que pudiera ser. Aguzó el oído para escuchar el menor ruido.

Al principio no oyó nada, la casa se hallaba silenciosa y a través de la ventana abierta no se percibía ningún sonido desde la calle. Cuando iba a darse la vuelta en la cama para seguir durmiendo lo oyó.

Parecía un rasgueo de guitarra, pero no estaba segura, pues sonaba fatal; quienquiera que estuviese tocando el instrumento no tenía la menor idea de cómo se hacía. Se preguntó hasta qué hora se podría hacer ronda; desde luego, ese galán no se ganaría las simpatías de los vecinos si continuaba martirizando la guitarra de ese modo, impidiéndoles dormir. Por lo cerca que se oía, se encontraba debajo de su ventana. Se levantó a cerrar las hojas acristaladas, para evitar que el desafinado sonido siguiera colándose en la habitación.

—Mi *dulshe* amadaaaaa... *deshpierta* y deja que te canteeee... —las voces de barítonos un tanto bebidos y desafinados de Diego y don Adolfo, ascendieron desde la calle—. Mi *dulshe* amadaaaaa... *deshpierta* y deja que te canteeee... con mi *corashón*...

—¿Pero qué demonios...? —Se puso la camisola para no asomarse desnuda.

Bajo la ventana con rejas los dos amigos, sin casaca, el pelo revuelto y una sonrisa beoda en sus rostros, entonaban sin éxito una especie de canción. Diego rasgueaba la guitarra, indiferente a los sonidos atroces que emitía el instrumento.

—¿Qué creéis que estáis haciendo a estas horas? ¿Acaso pensáis que es hora de preparar un alboroto semejante? —En la ventana de al lado se oyó la voz risueña de doña Clara; al parecer también la habían despertado.

—*Ossshh estamosshh* rondando —aseguró su marido, muy serio, tratando inútilmente de enfocar la vista en su esposa—. ¿Por qué te *muevesshh* tanto, mi amor? No puedo cantarte *sshhi* no te *parasshh* quieta.

—Muchas gracias por la canción, lo cierto es que estoy conmovida. Os ruego que entréis ahora mismo en la casa, si no queréis despertar a los vecinos —sentenció la dueña de la casa, mientras aguantaba la risa.

—No *estamosshh* *hassiendo* nada malo... —recordó Diego. Y volvió al instrumento, dispuesto a desafinar como un loco.

—¿No hay, por ventura, una alma caritativa que les quite la guitarra a esos borrachos? —se oyó una voz cargada de sueño unas ventanas más allá—. Hasta un gato colgado del rabo lo haría mejor que ellos.

—Le... le... le ruego a vuestra merced, caballero, que no ofenda y *nosshh* permita *sshheguir* cortejando a *nuesshhtrasss* *essshhpossshasss* —solicitó don Adolfo, apuntando con un dedo admonitorio a la calle vacía. Luego, como si dudase, alzó la mirada a la ventana para mirar a su esposa—. ¿No creess tú, linda dama, que lo *hashemosss* bien?

—Me conmueven profundamente el corazón vuestras dotes de juglares. —La sonrisa de los trovadores semejava la de un par de ranas ahítas de moscas—. Pero... juro por el Señor que, si no subís ahora mismo, os escaldaré las orejas —prometió doña Clara, aguantando la risa al ver las caras contritas de los galanteadores al escuchar sus palabras—. No me obliguéis, pues, a bajar a buscaros. —Los dos hombres se miraron afligidos, como si fueran niños pequeños a los que les hubieran quitado un juguete—. ¡Chitón! Ni se os ocurra comenzar de nuevo —amonestó la mujer cuando ellos abrieron la boca con la clara intención de corear otra vez.

Marina estaba sentada en el suelo donde se había dejado caer por la risa incontenible que le sacudía el cuerpo y le hacía llorar. El espectáculo era digno de ver. Unos golpecitos en la puerta precedieron a la entrada de doña Clara, que se sujetaba el vientre sin parar de reír.

—Será... será mejor que bajemos... para meterlos en la casa. Si los dejamos son capaces de seguir hasta que se les lleven los guardias —terminó entre risas.

A pesar de las ventanas abiertas al frescor de la noche y de la leve brisa que ondulaba las cortinas, Marina estaba cubierta de sudor. Su respiración era rápida y superficial. Se había despertado de una terrible pesadilla llena de sonidos de guerra. Aún resonaban en la cabeza el entrechocar del acero, los

disparos de los fusiles y los cañones, alterando de tal modo el latir de su corazón, que más bien le parecía querer salir disparado por la boca de tan agitado como estaba.

Diego, al que horas antes había ayudado a subir a la habitación, dormía a su lado. Marina lo miró, tratando de olvidar las terroríficas imágenes del sueño. Agradecida de que solo hubiera sido una pesadilla y de que su marido estuviera allí junto a ella, lo abrazó por la espalda, cuidando de no despertarlo. De pronto se sentía helada y ansiaba la calidez de aquel ser amado. Las crueles imágenes regresaron a su cabeza, torturándola sin piedad.

En el sueño había una batalla; hombres heridos se retorcían de dolor en el suelo salpicado de sangre. Después sobrevolaba el mar donde distintos tipos de barcos se lanzaban cañonazos, destrozando las naves y a sus tripulantes. La escena era muy angustiada, pero nada comparable a contemplar a Diego con la ropa manchada de sangre en uno de aquellos buques.

Tembló sin poder contenerse, más por el miedo que por el frío que pudiera tener.

—¿No puedes dormir? —La voz más lúcida, sin los efectos de la borrachera, se oyó claramente en la quietud del dormitorio.

—No —respondió escuetamente, abrazándolo aún más.

—Te preocupa algo. —No fue una pregunta, sino más bien la constatación de un hecho—. Cuéntame qué te sucede.

—He tenido una pesadilla, solo eso...

—Que no me quieres contar... —aseveró con la voz un tanto dolida.

Marina permaneció callada, limitándose a abrazarlo, insegura de si debía contárselo o no, pero completamente decidida a relatarle lo que ese sueño le había hecho recordar.

—He soñado algo horrible y... yo pensaba que no me acordaba de nada de lo que estudié en el colegio sobre este siglo, pero ahora sí lo recuerdo y creo... sé qué va a ocurrir...

—¿Cómo? ¿De qué demonios estás hablando? —indagó él, completamente despierto. Se sujetó la cabeza—. ¡Dios bendito! Me va a estallar...

—No deberías haber bebido tanto... —Marina sonrió al recordar el intento de serenata de los dos amigos bajo las ventanas—. ¿De quién fue la idea?

—Supongo que nos inspiró veros absortas oyendo cantar al galán. Varias copas de buen coñac después... la idea nos pareció adecuada.

—¿Sabes tocar la guitarra?

—Bueno, a decir verdad... no tengo ni la menor idea, pero tras pedírsela prestada a Miguel y probar... no me parecía que lo hiciera muy mal...

—¡Ay, *ama!* Era una tortura oírte. Será un milagro si los vecinos no vienen a quejarse —aseguró Marina, con una sonrisa triste.

—Supongo que estaba demasiado borracho para darme cuenta... —El suspiro sonó más como un refunfuño—. Nos estamos desviando del tema. Cuéntame lo que supones que sucederá.

Marina decidió pasar por alto la duda que expresaban las palabras de su marido.

—El rey Carlos II morirá el Día de Todos los Santos —comenzó a explicar a Diego, sin dejar de abrazarlo por la espalda—. Sí, por lo visto está peor de lo que Adolfo cree. Nombrará sucesor a Felipe, pero el archiduque Carlos de Austria combatirá por la corona con el apoyo de los austriacos, holandeses, ingleses y creo que también los portugueses, además de los españoles, que estarán divididos entre uno u otro pretendiente.

—¿Me estás hablando de guerra? —preguntó él, perplejo.

—Sí. En los libros de historia que estudié en el colegio se le llamaba Guerra de Sucesión —aclaró Marina—. Aunque no recuerdo cuántos años duró.

—Años... Temo preguntar... Pero ¿sabes quién ganará?

—El Duque de Anjou, que será conocido como Felipe V.

—Supongo que estás totalmente segura de ello. Quiero decir que no confundes fechas ni nada por el estilo —inquirió Diego, un tanto desconcertado por las noticias.

Marina se limitó a mover negativamente la cabeza contra el cuerpo de su marido. La historia no era una de sus asignaturas preferidas; no obstante, siempre había tenido una buena memoria para las fechas y los datos de ese tipo. En ese momento deseó estar equivocada, pero sabía que no era así. Los datos que le había proporcionado eran ciertos. Dolorosamente ciertos.

—¿Qué te lo ha hecho recordar?

—La pesadilla...

—Te sentirás mejor después de contarla.

—He visto una batalla, muertos y heridos por todas partes. Barcos destrozándose a cañonazos. —Rompió a llorar.

—Solo era un sueño. No estamos en guerra. Estamos en casa de Adolfo y de Clara. Estamos bien —afirmó Diego mientras se volvía para abrazarla.

—Lo sé, pero no puedo evitar pensar en ello. Temo por ti. Lo he visto en el sueño.

—No debes creer todo lo que ves en ellos. Los sueños solo son eso, sueños —aseguró Diego. Secó con los dedos las lágrimas de Marina, que resbalaban suavemente por las mejillas—. No debes preocuparte. Era una pesadilla y ya ha pasado.

—Parecía tan real... tu ropa, tu cara estaba cubierta de sangre y las balas de cañón silbaban alrededor. Pese a que el barco resultaba muy dañado, todos seguíais presentando batalla. Me he despertado cuando los cascos colisionaban, preparándose para el abordaje. —Se estremeció violentamente—. Era horrible.

—No te apures ahora y piensa que el *Delfín* es un buen barco, resistirá todo lo que le echen.

—No era el *Delfín*. —Cerró los ojos para recordar mejor—. No vi el nombre, pero era un navío más grande... con tres mástiles.

—Bueno, Sirena, si el barco tenía tres mástiles significa que las cosas nos han ido bien en la vida y nos podemos permitir una nave mayor —bromeó con la esperanza de arrancarle una sonrisa.

Marina captó el empleo del plural, pero lo dejó pasar. No tenía fuerzas para recordarle que ella marcharía en cuanto llegasen a San Sebastián.

San Sebastián. Se sintió desgarrada al comprender en el peligro que estaba poniendo a Diego por obligarle a regresar allí. Después de oír las conjeturas a las que habían llegado durante la cena, adivinaba que si le descubrían podrían condenarle a la horca como a su padre.

«¿Qué puedo hacer?», se mordió los labios acongojada por la situación.

—¿Qué te sucede? ¿Aún sigues recordando ese sueño? —preguntó Diego. Le acarició la cara con delicadeza.

—¡No debes volver a San Sebastián!

—¿Quieres decir que estás dispuesta a quedarte aquí? ¿Qué prefieres que naveguemos al Nuevo Mundo? —indagó; en su voz se notaba la esperanza.

Se le rompió el corazón al saber que tendría que desilusionarle.

—No. Eres tú quien no debe volver. Creo que sería mejor que me dejases en algún puerto cercano... de Vizcaya, por ejemplo —sugirió con pesar—. Maese Andrés podría acompañarme hasta San Sebastián por tierra y...

—¡No, de ninguna manera! —siseó enfadado. Se separó de ella para mirarla a la cara—. Iremos en el *Delfín* como está previsto.

—Pero... ¿no lo entiendes? Si alguien quiere verte muerto, estará esperando que aparezcas por allí para apresarte —se defendió—. No puedo permitir que te maten.

—No puedes hacer nada para impedirlo —aseguró, levantándose de la cama. Caminó descalzo hasta el ventanal y se agarró al marco con los brazos extendidos—. Ya no solo he de ir por ti. Ahora está lo del tal Bartolomé. Tengo que averiguar lo que pasó. Por la única que podría desistir de ir, serías tú. —Calló un momento. Se volvió de espaldas a la ventana con los brazos cruzados—. Si tú renuncias a regresar... no iremos.

—No me puedes pedir eso. ¡Por favor, Diego! Compréndelo. Tengo que volver... —suplicó, arrodillada en la cama—. No tengo más remedio.

—En ese caso, no hay más que hablar. En cuanto los barcos estén reparados, zarparemos rumbo a las costas guipuzcoanas —declaró terco.

—Te matarán... y yo me moriré de tristeza.

—No lo harán; se hará justicia con mi padre. Tu misma has soñado que me veías en una guerra y con un barco mayor que el *Delfín*. Eso es porque se habrá solucionado todo.

—¡Has dicho que solo era un sueño! ¡Que no era verdad! —gritó, angustiada—. No puedes creer eso.

—No sé qué creer. Tampoco pensaba que se pudiera retroceder en el tiempo y aquí estás tú para demostrarlo, ¿no? —inquirió sarcástico.

—No seas cínico y escúchame. ¡No debes ir a San Sebastián! —sollozó.

—Baja la voz, vas a despertar a nuestros anfitriones —anunció con frialdad.

Marina, entre lágrimas, lo miró asombrada. ¿Cómo podía ser tan testarudo? Aquel hombre volvía a ser el detestable hombre de acero y no podía hacer nada para convencerlo de lo errado de su decisión. A la luz del amanecer, desnudo frente a la cama con los brazos cruzados semejaba a un coloso, dispuesto a presentar batalla y a no ceder ni un ápice.

Ella por el contrario se sentía impotente y desesperaba por convencerle de la locura que representaba ir allí. Se abrazó a sí misma mientras se devanaba los sesos pensando en una solución que satisficiera a ambos.

—No soy tonto, pese a que puedas pensar lo contrario. No me voy a exponer sin estar seguro. No voy a correr riesgos innecesarios —certificó minutos después.

«Ojalá sea cierto», pensó Marina y se levantó para abrazar a su marido. «Espero que no te arrepientas de esto».

Capítulo 53

—¿Consideráis, pues, que las averías de las naves no son tan aparatosas como en un principio habíamos estimado? —demandó Diego al contramaestre, mientras repasaba unas cuentas en el camarote principal.

—Sí. Los carpinteros están arreglando la *Santa Lucía* y calculan que, con la ayuda de Dios, estará completamente reparada en un par de días más — anunció Isaac, llevándose la pipa a los labios—. En cuanto al *Delfín*, como veis, está prácticamente remozado. Las velas han sido sustituidas en su totalidad, el mastelerillo está reconstruido y las barandillas han quedado perfectas. Sí, señor, la nave está hecha un primor. Como una doncella el día de su boda —soltó una risotada—. Hablando de doncellas... ¿cómo está vuestra esposa?

—¡Ah! Está con doña Clara. Los últimos tres días no se han separado para nada. Hablan, hablan y hablan —fingió lamentarse ante su contramaestre—. La verdad es, estimado maese, que doña Clara está encantada con la presencia de Marina, pues, desde que ella está en la casa, el pequeño Dieguito la deja descansar. ¡Vaya diablillo que es mi ahijado!

Diego sonrió al recordar lo agotada que estaba Marina cuando llegaba por la noche a la cama, después de haber lidiando todo el día con el torbellino. A pesar de ese cansancio, se la veía encantada. Desde la mañana a la noche jugaba con el pequeño; le contaba cuentos, historias que no sabía si eran inventadas o las había escuchado ella misma de sus padres; lo cierto era que se la veía feliz y Diego no pudo por menos que sentir una punzada de nostalgia por lo que nunca podría tener.

Ahora que sabía (contra toda lógica) que durante los próximos años, no sabía cuántos, se iba a disputar una contienda entre los pretendientes al trono español, no se atrevía a insistir para que Marina abandonase la idea de regresar a su tiempo. ¿Cómo podría querer que se quedase con él cuando habría una guerra por medio? No, no podía hacerlo. Su deseo de estar junto a

ella y tener hijos se estaba esfumando como el humo de la pipa de su contraamaestre. ¡Malditas guerras!

Al menos ella no había vuelto a insistir en que no fuera a San Sebastián y la discusión de la otra noche había quedado olvidada. Al menos por su parte. Seguramente, Marina opinaba de manera distinta.

—Ahora que el capitán Prieto ha prometido su ayuda para apresar a quien ideó todo este barullo, ¿le mantendréis encerrado en la bodega?

—No, maese Isaac. Le buscaré un camarote para que viaje más cómodo, pero lo mantendré vigilado; no quiero tener más sobresaltos en lo que queda de ruta —declaró Diego, guardando los papeles en su escritorio—. ¿Cuándo creéis que podremos zarpar?

—Umm, no lo sé muy bien, pero calculo que, en cinco días, más o menos.

—Veo que solo cojeáis un poco al andar; es de suponer que vuestra herida está cicatrizando bien —conjeturó Diego, observando al contraamaestre seriamente.

—Apenas me molesta. Estaría mejor si no fuera por los malditos puntos que tiran como demonios —se quejó, con el ceño fruncido—. Me conmueve vuestro interés por mi humilde persona, pero no os preocupéis tanto, capitán; me estoy cuidando bien. Por otro lado, maese Andrés me impide hacer todo lo que quisiera. No debisteis encargarle que me vigilara... Es peor que una madre asustadiza. —La carcajada aguardentosa resonó en el camarote—. Si lo dejara, me limpiaría los mocos cada vez que estornudase.

—No os enfadéis con él, os tiene en gran estima y se preocupa por vos —garantizó Diego, mientras palmeaba la espalda de maese Isaac con afecto—. Me gustaría ver la herida para asegurarme de que sana satisfactoriamente.

Mientras le enseñaba el costurón de su muslo, el contraamaestre refunfuñaba con quejas sobre la exagerada propensión de los jóvenes a pensar que sabían más que los viejos. El capitán ignoró las pullas y comprobó que los bordes de la herida y la carne alrededor no presentaran rojeces ni inflamaciones que pudieran hacer pensar en una infección. Respiró tranquilo, contento por lo bien que estaba curando. Tenía mucho aprecio al refunfuñón contraamaestre y detestaría que le ocurriera algo malo.

—Bueno, capitán, será mejor que me ponga en marcha... —comenzó maese Isaac. Se dirigió a la puerta, tratando de no cojear—. Si no se os ofrece nada...

Al ver su forma de andar, Diego apretó los labios en una fina línea.

«Maldita terquedad», pensó malhumorado.

—Una cosa, si sois tan amable, quisiera que le dijerais a maese Andrés que quiero hablar con él —solicitó, molesto con la actitud tan arriesgada del oficial.

El contraamaestre le dedicó un saludo y partió a realizar el encargo. Un poco después el maestro de armas entraba en el camarote.

—Buen día, capitán —saludó pasándose un pañuelo por la cara enrojecida para secarse el sudor—. Perdona, estaba entrenando con los hombres...

—Buen día, Andrés. No te apures por ello. ¿Cómo os organizáis?

Diego le señaló una silla frente a él para que se sentase.

—Bien, aprovechando que estamos en dique seco, los hombres se entrenan en la lucha con los puños y con los alfanjes. Después de lo sucedido, quieren estar mejor preparados —explicó Andrés mientras se sentaba con las piernas estiradas y los tobillos cruzados del mismo modo que su capitán—. ¿Cómo están don Adolfo y doña Clara?

—Esperando con ansiedad el nacimiento de su segundo hijo. Me envían saludos para ti. Si quieres, acércate a saludarles —sugirió Diego.

El maestro de armas cabeceó, conforme con esa posibilidad.

—Entonces, ¿don Adolfo está aquí?

—Al parecer cuenta con el permiso del rey, pero debe estar en la corte el día veinticinco del mes que viene.

—Un poco justo, si se me permite la opinión —conjeturó Andrés—. En el caso de que el nacimiento se retrase, apenas sí tendrá tiempo de ver a su segundo vástago.

—Es cierto, recemos para que no tarde en nacer... —El capitán juntó las yemas de las manos y las golpeó rítmicamente unas con otras—. Andrés, te he llamado para que sigas vigilando al contraamaestre. —El marinero soltó un bufido de impotencia ante esas palabras—. Lo sé, imagino que no hace caso de las recomendaciones de tomarse las cosas con calma y no trabajar demasiado.

—No lo sabes bien, amigo. Es el hombre más terco y cabezota que he conocido. Anda por la cubierta tratando de hacernos creer que no le duele la pierna, pero yo le he visto hacer gestos de dolor cuando piensa que nadie le ve. —Exasperado, sacudió la cabeza—. Temo que se haga daño...

—He comprobado la herida y está cicatrizando bien... —Sonrió satisfecho—. Pero no está de más seguir controlando por si le da por hacer aún más de lo que hace.

—Ya tenía pensado seguir vigilándolo. No te preocupes por eso.

—Eres un buen hombre, Andrés. Me siento honrado de que seas mi amigo.

—Bueno... capitán... yo... —farfulló azorado—. El placer es mío.

Capítulo 54

Frente a la proa del barco, medio oculta por una fina llovizna, se extendían la Bahía de La Concha, el puerto y la ciudad amurallada de San Sebastián. Habían tardado poco más de veinticinco días en alcanzar la ciudad guipuzcoana. En aquel momento, Diego lamentaba que no hubieran sido cincuenta, pues una vez que atracasen en el muelle se podrían contar por horas el tiempo que le quedaba a Marina para estar con él.

Esos momentos eran muy parecidos a los que había vivido tres años antes, cuando sabía que su padre iba a morir ahorcado por algo que no había hecho; aunque daba igual que hubiera sido el autor de tales actos, el sentimiento de pérdida habría sido el mismo. Su padre iba a morir y Marina le abandonaba para siempre, que era como si estuviera muerta, pero sin estarlo.

Tres años antes había rogado sin éxito que a su padre le indultasen la condena. Hasta su tío Santiago, aun después de mover varios hilos de su mucha influencia, hubo de resignarse a admitir que su hermano iba a ser ahorcado. Había sido demasiado amargo. Colgando de la soga oscilaba el cuerpo sin vida del que fue un gran hombre y un gran padre. Cuánto dolor y cuánta rabia. Cuántas cosas quedaron por decir. Cuántos abrazos por darse. Cuántas vivencias por disfrutar, cuántas...

Diego se aferró a la regala de proa hasta que los nudillos se le pusieron blancos, hasta que los sintió crispase por el dolor. Intentó aspirar, pero el aire le entró entrecortado en los pulmones, haciéndole sentir como un pez que boquea fuera del agua hasta morir. La lluvia empapaba su sombrero y la casaca, oscureciendo la tela con el agua; sin embargo, el capitán Izaguirre no notaba nada, solo el dolor por la pérdida, por la injusticia, por la iniquidad de la persona que había ideado el plan tan rastrero que condujera a su padre a una muerte tan humillante y dolorosa.

—¿Estás seguro de que no se darán cuenta de que este barco era el *Tritón*?

Diego trató de apaciguar sus conmocionados sentidos para responder a Marina, que se había acercado a su lado. Llevaba puesta una capa encerada para protegerse de la persistente lluvia; se la quitó para compartirla con él.

—Gracias, Sirena. No, no lo reconocerán. Hemos sustituido todo el velamen, no solo en la forma, sino también en el color. Antes las velas eran blancas y ahora son de lona morena. —Abrazó a su esposa—. No te preocupes, no se percatarán de nada.

—El capitán Prieto... ¿no escapará? —inquirió Marina mientras observaba a la *Santa Lucía* que iba quedando atrás, protegida de las miradas tras el monte Igueldo—. Sigo pensando que no deberías haber venido...

—No, Sirena. El capitán me dio su palabra y la cumplirá. —Acarició la mejilla de Marina. Trataba de no evidenciar el dolor lacerante que sentía ante la pérdida inminente—. Tienen secuestrada a su hija y quiere recuperarla. Hará lo que hemos acordado. No te preocupes más, querida mía. En unas horas, tras atracar en el puerto, permanecerá en su camarote, a la espera de que llegue el enlace con el tal Bartolomé.

—Estoy deseando que todo esto acabe y puedas vivir con la tranquilidad de haber limpiado el nombre de tu padre y el tuyo propio —aseguró ella, con la cabeza apoyada en el pecho de Diego—. Será estupendo que puedas ir y venir por donde quieras sin temor a ser apresado.

—Sería una novedad...

—Prométeme que tendrás cuidado.

—Te lo prometo.

Marina alzó la cabeza y lo miró con apreciación.

—La perilla y el bigote a lo mosquetero no te quedan nada mal; lo que menos me gusta es esa enorme peluca. Supongo que servirá para evitar ser reconocido.

—Eso espero, Sirena. Eso espero —murmuró él. Se pasó la mano por la espesa perilla y por el bigote que se había dejado crecer desde que zarparon de Cádiz, en un nuevo intento de pasar desapercibido a quienquiera que lo estuviera vigilando—. Quiero visitar a mi tío Santiago. Tal vez en todo este tiempo tenga noticias positivas con referencia al juicio de mi padre.

—Que así sea. Deseo de corazón que todo se aclare satisfactoriamente para ti. ¿Quién se supone que serás en esta ocasión?

—*Monsieur le capitaine Bourget* —contestó Diego en perfecto francés—. Venimos de La Rochelle y vamos camino del Nuevo Mundo, aprovechando el comercio para hacer nuestra luna de miel.

—No sabía que supieras hablar francés...

—Cuando embarqué con mi padre, él me puso un preceptor para que me enseñase las materias e idiomas necesarios para instruirme. Al hacerse evidente que ya no podía enseñarme más, contrató a otro, luego a otro, y así hasta que estuvo satisfecho con mis conocimientos.

—Pensaba que... pensaba... —titubeó sin decidirse a hablar.

—Pensabas que, como he pasado la mayor parte de mi vida en la cubierta de un barco, no tendría ninguna instrucción —terminó por ella.

—Bueno, dicho así es como si te estuviera llamando inculto... —susurró, avergonzada.

—No lo he interpretado así. —Colocó un dedo bajo la barbilla de su esposa para obligarle a alzar la cabeza. Ella trató de desviar los ojos verdes de la mirada de Diego—. Mírame; no sufras, es normal que lo pienses. Posiblemente la mayor parte de la tripulación de un navío es poco menos que analfabeta. En mi caso tuve la suerte de que mi padre se preocupara de que yo tuviera una educación privilegiada y que no cediera en el intento de hacer de mí un hombre instruido en diversas materias. He de reconocer que yo, por aquel entonces, no compartía su obsesión con el conocimiento. —Puso los ojos en blanco—. La primera y única vez que conseguí escaparme de don Matías, mi primer preceptor, mi padre me castigó con aprenderme los verbos en latín. —Rio abiertamente—. Créeme, Sirena: nunca volví a intentar escabullirme de las clases de don Matías. Cuando quise darme cuenta estaba tan inmerso en los libros que nunca más tuvieron que obligarme a estudiar.

»Pasé un tiempo en casa de mis tíos en Icod de los Vinos —continuó—. Consideraron que ello me reportaría conocimientos sobre buenos modales, etiqueta, equitación y baile. Me lo pasé muy bien allí, pero añoraba terriblemente la navegación.

—Te miro y trato de imaginarme cómo eras de niño... —observó Marina.

—Según palabras de mi padre: un demonio inquieto e insistente.

Se preguntó si ella también imaginaba cómo habrían sido los hijos de ambos si no hubieran tenido que separarse.

«No pienses en eso, solo servirá para torturarte».

Permanecieron abrazados mientras los marineros se afanaban en conducir la nave al muelle, para atracar limpiamente junto a los muros del puerto. Las pescaderas gritaban a todo pulmón la mercancía que transportaban en sus trineos; los transeúntes, marineros de permiso o ciudadanos, paseaban por el empedrado húmedo. La temperatura en la ciudad era sensiblemente más baja que cuando partieron de allí, poco más de dos meses y medio antes; no en vano estaban finalizando octubre.

Marina se estremeció por el frío que se colaba entre sus ropas; Diego la acercó más a él para resguardarla de la fresca humedad.

Sus espías le habían informado del ataque de dos nuevos barcos esa misma tarde en el puerto de San Sebastián. El primero no revestía ninguna importancia; sus informantes le explicaron que solo era un buque francés a la espera de cargar mercancías para el Nuevo Mundo y que su capitán era un recién casado en viaje con su esposa; pero el segundo era otra cosa.

—¡Por fin! —murmuró complacido la Araña. Y se levantó con presteza del sillón donde había estado sentado.

La *Santa Lucía* estaba en San Sebastián. No veía el momento de que Bartolomé Guijarro le presentara el cuaderno de bitácora del *Tritón*. Deseaba que le asegurasen que el bastardo había pasado a mejor vida.

Había quedado con Bartolomé en la posada a la noche siguiente, pero dudaba de que fuera capaz de relajarse hasta entonces; la espera iba a ser un infierno.

Con determinación se acercó a la mesa donde reposaba la botella de coñac (recuerdo de su paso por la casa del comerciante don Federico Aguirre). Vertió una buena cantidad en una copa de cristal tallado y se lo bebió de un trago. El líquido bajó por su garganta y le calentó las entrañas placenteramente.

«No hay duda de que es un buen licor. Lástima que el buen comerciante no pueda volver a apreciarlo».

Rellenó la copa y fue a acomodarse en el sillón, preparado para disfrutar frente a las llamas de la chimenea.

—¡Adelante! —contestó cuando llamaron a la puerta.

La joven criada rubia entró en la habitación con un hatillo de leña en los brazos.

—Lo siento, señor. Traigo más leña para el hogar... —titubeó la criada.

Y se precipitó a desembarazarse de su carga en la leñera, antes de salir de la habitación.

—No corras tanto, muchacha... eres justo la persona que necesito —aseguró él, suavemente—. Acércate.

La criada obedeció sumisa hasta situarse a escasos pasos de su amo.

—Retira la cofia y suéltate el pelo.

El largo cabello de la joven se desparramó sobre su espalda hasta alcanzar la cintura. A la luz de las llamas sus hebras doradas parecían brillar con luz

propia. El hombre no pudo resistirse a la tentación de acariciarlo casi con reverencia. Pasó por alto el leve estremecimiento que recorrió el cuerpo curvilíneo de la criada; no le importaba lo más mínimo que ella le temiera. Continuó pasando los dedos por los mechones de distintos matices dorados. Con lentitud alzó el más claro de todos ellos y se lo llevó a la cara para aspirar el aroma de espliego que emanaba de aquella masa pajiza.

—Veo que has obedecido mis órdenes y te enjuagas el pelo con agua de lavanda —asintió complacido—. Aunque continúas cubriéndolo con cofias absurdas. —Tiró del mechón hasta que la muchacha gimió de dolor.

—Lo... lo... siento, señor. No... no puedo llevarlo suelto mientras trabajo en la casa; se me enreda en todos los lados —aseguró, contrita.

—Cuando entres aquí lo llevarás suelto. ¿Has comprendido? —volvió a tirar del pelo, esperando la respuesta.

—Sí... sí, señor —graznó. Bajo la palidez de la cara las marcas de la viruela se hicieron más evidentes.

Apartó la mirada de aquellos rasgos tan poco agraciados y se concentró en la belleza extrema de los largos y áureos cabellos, tan parecidos a los de Elena.

Era posible (más bien probable, aunque no quisiera admitirlo), que con el tiempo la hubiera olvidado, centrando su interés en otra joven de las muchas que había en la ciudad. No era descabellado imaginar que a esas alturas podría ser un hombre casado y quizá con hijos (el que ninguna de las muchas criadas que habían yacido con él hubiera quedado embarazada no le sugería que pudiera ser estéril). Tal vez ahora habría tenido, arrodillada ante sí, una esposa encantadora y sumisa, en vez de a esa fea criada de lustroso pelo.

Por desgracia, las cosas no habían sucedido de esa forma. Seguía obsesionado con Elena. La Araña sintió que la bestia se revolvía en su interior. El grito de dolor de la joven criada traspasó sus oídos embotados; sin darse cuenta le estaba tirando del pelo.

—Bueno, muchacha; parece que está de Dios que debas ser tú quien satisfaga mis necesidades.

Capítulo 55

Los marineros con permiso se habían turnado para bajar a la ciudad. Sabían que debían estar atentos por si se producía algún cambio, ya que podían ser llamados para ayudar al capitán en cuanto descubrieran al tal Bartolomé.

Maese Andrés estaba haciendo el turno de vigilar a la *Santa Lucía*, por si llegaba el niño encargado de avisar al capitán Prieto de la hora y el lugar convenidos.

Isaac Perales fumaba su pipa sin prisas, acodado en la barandilla de estribor, la que estaba más cerca del muro, atento a cualquier cosa que pudiera ponerles en peligro. Todas las precauciones eran pocas y su instinto le decía que estaba a punto de ocurrir algo. Con esa convicción siguió apoyado en la baranda aun después de que el tabaco de su pipa se hubiera consumido. Era menester estar preparado para lo que pudiera sobrevenir en ausencia del capitán. El cabello blanco de su nuca se erizó presintiendo peligro. No le gustaba nada esa espera; ya iba siendo hora de que el chiquillo se acercara a la *Santa Lucía*; cuanto más se demorase, más probabilidades habría de que descubrieran la trampa.

Se enderezó con dificultad (el tiempo húmedo oxidaba sus viejos huesos), se quitó el tricornio y, con un par de golpes secos contra la regala, le quitó el exceso de agua antes de volver a encasquetárselo.

El mal presagio lo mantenía en vilo.

—¡Por todos los demonios del infierno! ¿Qué ocurre? —masculló, inquieto.

—¿Le vas a contar a tu tío lo que has descubierto?

—No lo sé aún. Es posible que le comente algo —le respondió Diego a Marina, mientras el coche traqueteaba por el camino embarrado. Le vio mirar

las manos unidas de los dos con tristeza. Ella prefirió no pensar en su marcha —. Quizá si se lo cuento él pueda investigar desde otro lado...

Aún no dejaba de llover y el coche, con las ruedas llenas de barro, avanzaba con dificultad. Estaban a punto de llegar a la casa-torre Izaguirre, el hogar ancestral de don Santiago Izaguirre de Tolosa, situada extramuros, cerca de la iglesia del Antiguo, donde un par de siglos más tarde estaría el barrio que llevaba ese mismo nombre. Marina no recordaba haber visto en su época esa hermosa vivienda; probablemente habría sido derribada a favor de los pisos que se levantaron después. Los cuatro lados de la casa-torre estaban contruidos de piedra caliza hasta el primer piso; los ladrillos macizos, entre las vigas a la vista, completaban las paredes de la segunda planta hasta el alero de madera profusamente tallada. En la fachada principal, un escudo cincelado en piedra presidía la puerta en arco de la entrada. Representaba un castillo sobre aguas y rodeado de ocho cruces.

—Es el escudo familiar —le informó Diego.

—Es una casa preciosa...

—Lo es. —La miraba a ella, no a la vivienda. Luego, le dio un beso leve, aunque lleno de sentimiento antes de que el coche parase frente a la entrada —. Hemos llegado, Sirena.

Marina hubiera deseado que el trayecto durase mucho más.

El lacayo corrió a abrirles la puerta para ayudarles a bajar del vehículo, mientras el cochero se disponía a esperar.

El hombre que les saludó cuando entraron en la biblioteca de la casa guardaba un gran parecido con Diego; la diferencia estaba en la mirada austera que ensombrecía sus ojos grises. Profundas arrugas verticales cercenaban la frente ancha; unos surcos descendían desde las aletas de su nariz a ambos lados de sus labios apretados. Su cara estaba salpicada de grandes pecas cobrizas. Llevaba puesta una enorme peluca de rizos grises que le llegaba hasta los hombros. El cuerpo, excesivamente delgado, se encorvaba a la altura de los hombros; las manos presentaban la misma palidez plagada de pecas que el rostro demacrado.

En vez de los efusivos saludos con los que fue recibido en Tenerife, aquí solo se dedicaron un apretón de manos bastante rápido. Por un momento, Marina creyó ver un atisbo de desagradable sorpresa al encontrarles en su biblioteca, aunque fue tan fugaz que pensó que habían sido imaginaciones suyas.

—Es extraño verte en estas fechas por aquí. —Su voz era seca y profunda —. ¿Sabes el riesgo que estás corriendo al presentarte en la ciudad? Tomad

asiento, por favor. —Les mostró un sofá doble y se sentó en un sillón orejero frente a ellos—. Te hacía camino del Nuevo Mundo.

—Así debería ser, tío, pero durante el viaje conocí a esta mujer y he venido a presentarme a su familia —contestó Diego. Y miró a Marina—. Permittedme que os la presente; ella es Marina Vivar de Izaguirre, mi esposa.

—¿Te has casado? ¡Qué sorpresa! —A Marina le pareció que los ojos de aquel hombre no sonreían como lo hacía su boca—. Debo añadir que ya iba siendo hora... —Don Santiago tomó la mano de la mujer y besó el aire con sus labios a escasos centímetros de los nudillos de la joven—. ¿Piensas quedarte mucho tiempo?

—No lo sé —contestó escuetamente Diego—. Tengo unos asuntos que atender antes de partir. —Miró a Marina que, sentada a su lado, contemplaba la decoración de la biblioteca.

Era una estancia que su padre le había descrito en multitud de ocasiones. Las altas librerías de roble albergaban muchos volúmenes encuadernados en cuero repujado. Él mismo había pasado horas enteras disfrutando de los libros, sentado junto al fuego de la chimenea de mármol que presidía la única de las paredes sin estantes hasta el techo. Por la habitación se repartían una mesa de escritorio y varios cómodos sillones. Le gustaba mucho esa vieja casa-torre, perteneciente a los Izaguirre desde tiempos remotos.

—Mi lacayo me comentó que estuviste aquí en agosto. Me habría gustado verte... —aseguró don Santiago—. Imaginaba que volverías por aquí... ¡Adelante! —voceó, ante la llamada a la puerta. Una sirvienta entró en la habitación. Con un tintineo del servicio de chocolate, acomodó la bandeja que traía en una mesa, en medio de los contertulios—. Puedes marcharte. —Ella hizo reverencia un tanto apresurada, antes de abandonar la biblioteca—. ¿Os importaría servir el chocolate? —Miró a Marina.

Ella procedió a verter el espeso y oscuro brebaje en las tazas de porcelana. Se las tendió a los hombres. Don Santiago le dedicó un seco cabeceo al tomarla.

—Tuve que zarpar precipitadamente. Los hombres del preboste trataron de apresarnos —explicó Diego con pesar—. Quisiera saber si habéis descubierto algo en vuestras investigaciones. —Aceptó el chocolate que le ofrecía su esposa—. Gracias, querida.

Marina le dedicó una sonrisa, pendiente de las palabras de su tío. Ansiaba que pudiera darle buenas noticias, que le dijera que había encontrado un modo de solucionar el terrible error cometido. Deseaba que Diego pudiera dejar atrás esa angustia por el asesinato de su padre y que pudiera permanecer en la

ciudad, pasear por sus calles sin disfraces, sin ocultar quien era y sin temor a ser apresado y sentenciado del mismo modo que su progenitor tres años antes.

—Nada, desgraciadamente nada. Sé que mi hermano no pudo hacer algo semejante, pero después de tres años es prácticamente imposible descubrir algo nuevo o esclarecedor. Me estoy resignando a la idea de que nunca sabremos la verdad, de que nunca entenderemos qué pasó. Pero dejemos esos pensamientos tan tristes. —Agitó la mano en el aire como si él mismo los estuviera apartando—. ¿Habéis tenido buen viaje?

—Hace unos días fuimos atacados por unos piratas —comenzó a relatar Diego. Su tío respingó en el asiento—. Por fortuna les pudimos vencer...

—Me alegro mucho, sobrino —murmuró don Santiago—. Cada día hay más corsarios y bucaneros por esas aguas.

—Sí, es cierto. El problema es que cuando hablé con el capitán del barco pirata me explicó que alguien le había contratado para hacerse pasar por mi padre y, bajo ese disfraz, cometer actos de piratería. Debo decir que el parecido es sorprendente. Con el navío aparejado como si fuera el *Neptuno*, era fácil llegar a confundirlos.

—Es... es increíble. Eso explicaría lo absurdo del caso: si otro se había hecho pasar por él... ¿Qué más te contó ese embaucador? —solicitó el hombre.

—No mucho, en verdad. Desconoce la identidad de quien le ha contratado —murmuró abatido—. Hemos pensado un plan para apresar a un tal Bartolomé; al parecer es quien habla con el capitán. Tenemos la esperanza de que ese hombre nos conduzca hasta el verdadero artífice de tamaña trama.

—Eso sería magnífico —musitó el tío de Diego, depositando la taza intacta en la mesa con extremo cuidado—. Te deseo mucha suerte con ese cometido...

—Me gustaría, una vez que descubramos quién es, contar con vos para ayudarme a convencer al preboste de la inocencia de mi padre. —Don Santiago cabeceó ante la solicitud de Diego—. Por las palabras del capitán Prieto, deduzco que quien está detrás de toda esta trama es alguien importante y me será difícil probar su culpabilidad sin tener vuestro respaldo.

—Puedes estar seguro de que haré todo lo que esté en mi mano —declaró el hombre—. Me gustaría invitaros a cenar esta noche.

—Es un honor, pero preferiría dejarlo para cuando acabe todo. En cualquier momento el enlace puede presentarse ante el capitán; tal vez ahora mismo ya se sepa el lugar y la hora. Os ruego que comprendáis mi interés por que todo se resuelva a la mayor brevedad —se disculpó Diego.

—No te preocupes, lo comprendo perfectamente. Yo también lo deseo.

Los dos hombres siguieron hablando un buen rato más y posteriormente se despidieron.

—Tu tío es muy diferente a doña Úrsula. No parece que sean hermanos —observó Marina durante el viaje de vuelta al barco. Iban sentados uno frente al otro en el carruaje—. ¿A quién se parecía tu padre?

—A mi tía. Mi tío Santiago es diferente a ellos; mucho más serio y circunspecto. No es proclive a permitir tratos más familiares. La primera vez que mi padre me trajo aquí, he de decir que su aspecto tan severo me asustaba; con el tiempo he ido aceptando su carácter seco como algo natural en él. —Fijó su cálida mirada gris en Marina y frunció el ceño—. Debí prevenirte de que no encontrarías a alguien tan efusivo y cariñoso como mi tía Úrsula o mi tío Hernán.

—Habría sido de gran ayuda. —Ella chasqueó la lengua—. De todos modos... hay algo en él que... —Calló, buscando las palabras adecuadas para explicar lo que sentía sin ofenderlo—. Me resulta un tanto intrigante; creo que oculta algo —le previno Marina.

Diego se enderezó en el asiento.

—¿Qué te hace pensar tal cosa? —preguntó él.

—En realidad no lo sé. Pero lo siento en mí. Llámalo intuición o como quieras; sin embargo, no te olvides de ello. No sé. Creo que no deberías haberle contado nada.

—No te preocupes, Sirena, lo tendré en cuenta. Es mi tío, no creo que quiera desearme nada malo. No debes olvidar que él tiene influencias y nos puede allanar el camino. —Le tomó la mano y con ternura la besó en la palma, haciéndola estremecer—. Solo es un hombre severo y estricto.

Marina trató de apartar el mal presagio de su cabeza; lo más probable era que Diego tuviera razón; quizá ella estaba buscando cosas ocultas donde no las había. Después de todo, su marido lo conocía mejor, ¿no?

Para cuando regresaron al barco era de noche.

Capítulo 56

—Uno de los marineros del capitán Prieto nos ha avisado. Ya saben el lugar de encuentro —aseguró maese Isaac a Diego, en cuanto subieron a bordo—. Será mañana al amanecer, en una taberna de extramuros. Le devolverán a su hija en cuanto entregue el cuaderno de bitácora.

—¿Se lo habéis prestado ya? —preguntó Diego, mientras instaba a Marina a que continuara al camarote principal con un gesto de la mano—. Enseguida me reúno contigo, querida. Si te quedas aquí te empaparás.

—Hasta mañana, maese Isaac —se despidió Marina.

—Buenas noches, señora —agregó el contramaestre y continuó con la atención fija en su capitán—. Sí, se lo di esta tarde.

—Bien. —Diego asintió—. ¿Sabéis dónde está maese Andrés?

—Estará en las tabernas del puerto. Tiene la noche libre —aseguró el contramaestre—. Estuvo esta tarde vigilando la *Santa Lucía*. Hace una hora vio subir a la fragata a un chiquillo andrajoso, que no tardó mucho en regresar al muelle. ¿Queréis que le mande llamar?

—No hace falta, gracias. Solo quería saber si había visto algo y vos ya me habéis respondido. Que estén preparados los hombres para seguir a ese tal Bartolomé cuando intente reunirse con su jefe. No quiero que lo perdáis de vista. —Diego se frotó el mentón, absorto en sus pensamientos—. Espero que esta vez lo cojamos y pague por lo que hizo.

—Así se hará, capitán —masculló maese Isaac con su voz aguardentosa—. Gonzalo ha seguido al chiquillo, por si podíamos dar antes con Bartolomé. Aún no ha regresado. Todo lo que logremos descubrir sobre él no estará de más.

—Por supuesto, maese Isaac. Si mañana algo saliera mal, al menos sabríamos dónde localizar al maldito Bartolomé.

El contramaestre cabeceó, conforme con esas palabras, pero Diego detectó en su mirada un cierto desasosiego que lo intrigó.

—¿Os sucede algo?

—Sinceramente, capitán, no lo sé... —Maese Isaac se quitó el tricornio y se pasó la mano por el cabello. Diego sospechó, a juzgar por lo mojado que tenía el pelo, que era algo que había repetido muchas veces ese día. Era evidente que estaba muy preocupado.

—Llevamos muchos años juntos, contraмаestre. No me engañáis: sé que os inquieta algo y os sugiero que me lo contéis —solicitó.

—Veréis, capitán, tengo un mal presagio... algo que no puedo dejar de sentir en cada uno de mis viejos huesos... —Se estremeció y sus ojos negros se cerraron con fuerza—. Al principio he pensado que era la humedad, aunque no es solo eso. Me da que algo malo está a punto de suceder.

Diego suspiró, resignado. Maese Isaac no era dado a exageraciones de ese tipo; si decía que tenía un mal presentimiento, habría que tenerlo en cuenta. Apoyó un brazo por encima de los hombros de su primer oficial para reconfortarle.

—No os apuréis, estaré al tanto. Que se mantengan las guardias durante la noche. Y vos... querido amigo, descansad. —Le dirigió una cariñosa mirada al tiempo que le palmeaba la espalda con afecto. Deseaba quitar esa desolación que enturbiaba los ojos de aquel hombre, al que apreciaba como a un padre—. Eso de navegar contra los alisios ha sido agotador. Vuestra herida ha cicatrizado estupendamente; sin embargo, todo ha sido extenuante para vos. —Le dirigió una mirada cargada de conmiseración—. Mucho me temo que ya no estáis en edad de hacer muchos esfuerzos —aseguró, en tanto se mordía el interior de la mejilla para no romper a reír, por la mirada de espanto que presentaban los ojillos del contraмаestre.

—Querido muchacho, me siento en la obligación de recordaros que este hombre —se señaló a sí mismo—, tiene fuelle para rato. Por otro lado, haríais bien en respetar a vuestros mayores... —Maese Isaac calló abruptamente al ver que el capitán se agitaba, incapaz de aguantar un momento más las carcajadas que pugnaban por salir—. ¡Por todos los demonios del infierno! ¡Os estabais burlando de mí!

Diego rompió a reír, encantado con el cambio de actitud de aquel marinerо. Había conseguido que apartase esos pensamientos agoreros y que volviera a ser el mismo de siempre.

—Buenas noches, maese Isaac; que durmáis bien —le deseó minutos después.

—Eso espero, capitán. —Los ojillos relucieron de picardía antes de seguir hablando—: Lo mismo os deseo a vos... para más tarde. —Las carcajadas

resonaron en el buque.

—Umm... ¿Sabes que esta es la primera vez que te veo en la bañera? — declaró Diego cuando entró en el camarote y la vio bañándose.

—Bueno, pues ya estamos empatados. Yo también te he visto en la bañera... a decir verdad, yo misma te bañé —afirmó Marina.

—¿Y cuándo fue eso? ¡Ah! A veces me olvido de que antes eras... — Soltó una carcajada—. ¡Dios mío! ¿Cómo pude confundirte con un muchacho?

—Debo confesarte que aquella noche... hubo un instante en el que supiste que era una mujer —le recordó ella, mientras hacía olas en el agua con las manos, sin mirarle.

—¡Eras tú! —exclamó él, tras hacer memoria—. Imaginaba que había sido un sueño...

Marina miró a su marido, que se había quedado repentinamente en silencio.

—¿Te ocurre algo? Estás pálido.

—Acabo de darme cuenta de una cosa... —murmuró Diego, sentándose al borde de la cama—. Cuando eras pequeña, ¿dibujabas barcos y peces en la arena de la playa?

—¿Por qué quieres saberlo? Sí —le respondió, al ver que iba a insistir—. Y ahora, ¿me contarás a qué viene eso?

—Desde muy pequeño sueño contigo.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Marina, atónita—. ¿Me tomas el pelo?

—No, Sirena. Lo que te acabo de decir es verdad. Cuando era niño soñaba con una niña de cabello rojo, que dibujaba barcos y peces en la arena. Según me fui haciendo mayor dejé de soñar con ella. Hace tres años, tras morir mi padre, los sueños volvieron. La niña había desaparecido; en su lugar, una sirena de ojos verdes nadaba y me sonreía. Eras tú. No sé cómo no me he dado cuenta antes.

Marina escuchaba en silencio, con los ojos muy abiertos.

—No sé qué decir...

No supo cómo ocurrió, pero un momento antes estaba sentada en la bañera y un segundo después se hallaba en la cama, con Diego sobre ella.

—Mejor no digas nada, sirena mía —le aconsejó y comenzó a besarla con pasión.

El camarote estaba silencioso y oscuro cuando Diego se despertó. No había amanecido, pero faltaba poco. Al oír pisadas en el empedrado del muelle, pensó en los pescadores que regresaban de faenar para abastecer de pescado a la ciudad. El capitán Prieto se estaría preparando para encontrarse con Bartolomé en la taberna acordada. Con un poco de suerte, en cuanto ese bastardo fuera a reunirse con su jefe les atraparían a los dos.

Salió de la cama con sigilo para no despertar a Marina, que dormía profundamente. Su gloriosa cabellera extendida en la almohada. A la luz de la luna menguante que se filtraba por las ventanas del espejo de popa, la piel de su mujer parecía alabastro. Le costó permanecer en pie a un lado de la cama y no acariciarla con reverencia. Empezaba a echarla de menos y aún no se había ido. Al pensar en su vida sin ella sintió una punzada en el pecho. Se pasó una mano por la cara, en un intento de apartar esos lúgubres pensamientos.

La ropa continuaba tirada en el suelo, donde había caído antes de que se abalanzara sobre su esposa. Comenzó a vestirse sin encender ninguna vela; tenía que estar presente cuando atraparan al tal Bartolomé.

Tal vez porque aquellas pisadas eran muchas para ser de los pescadores, o porque sonaban con contundencia en el empedrado del muelle (como si aquellos pies no estuvieran calzados con las alpargatas de los marineros, sino con las botas pesadas de los soldados), lo cierto era que algo en aquel ruido, que sonaba tan cerca, le puso alerta. El vello de su nuca se erizó ante el peligro intuido.

Terminó de vestirse y se ató el cinto con el alfanje, preparándose por lo que pudiera ocurrir. Alguien le había delatado; estaba seguro. Ya averiguaría quién.

Encendió una vela con el pedernal y buscó en el arcón de Marina, que habían trasladado allí cuando regresaron después de la boda, hasta encontrar aquellas prendas que ella vestía cuando apareció en el barco. Las miró como si fueran serpientes preparadas para atacarle. No, no le iban a atacar, solo ayudarían a separar a Marina de su lado. De nada servía lamentarse o llorar por la pérdida que representaba. Si alguien le había delatado estaban en peligro. Y él jamás permitiría que Marina corriera ningún riesgo. Al oír un leve tintineo, buscó el objeto ruidoso en uno de los bolsillos del pantalón. Eran las llaves de su casa; ella se lo había explicado tiempo atrás. Los extraños objetos metálicos brillaron al capturar la luz de la luna, que se colaba por las ventanas del espejo de popa. Obedeciendo a un impulso, tomó su daga

y, tras acercarse al lecho, cortó un mechón rojizo del cabello de Marina. Ella se agitó en sueños.

Diego ató un trozo de hilo en un extremo, lo enrolló a lo largo del mechón para mantenerlo sujeto y terminó con unas vueltas y un nudo al final. Se lo llevó a la nariz para aspirar el aroma tan característico de ella; necesitaba quedarse con algo suyo. Con cuidado guardó el pequeño atado en un pañuelo y lo metió en el bolsillo de las calzas.

Los pasos, que habían cesado junto al barco, continuaron por la planchada para subir a bordo. No lo pensó más y despertó a Marina.

—¿Es de día? —balbuceó ella, con voz somnolienta.

—No, pero vístete. Aquí tienes tu ropa. —Trató de que su voz no sonase tan estrangulada como sentía su alma.

—Pero... esa ropa es... es la mía —alcanzó a decir Marina cuando reconoció las prendas que Diego le tendía—. ¿Qué ocurre?

—Creo que alguien nos ha delatado. He oído pasos en el exterior. Si es lo que pienso estamos en un aprieto. No pierdas el tiempo y vístete. ¡Rápido!

—¿Quieres que me vaya? ¿Quieres que regrese ya? —La voz de Marina sonaba teñida de angustia.

—Sí. Si es la guardia, como yo creo, me apresarán. No quiero que te expongas a ningún peligro por mi causa. —Sus ojos expresaban toda la inquietud que sentía—. Tienes que marcharte lo antes posible.

Aquellas palabras se le atragantaron; se preguntó si en algún momento, a lo largo de su vida, había tenido que hacer algo tan difícil y tan doloroso a la vez. Debía dejarla marchar para protegerla, pues presentía que allí no estaba a salvo. Se acercó a Marina y la abrazó sin más, sabiendo que esos eran los últimos momentos que pasarían juntos. Con rabia besó los labios de aquella mujer que en tan poco tiempo había colmado su alma, llenando de luz la oscuridad y de amor su corazón vacío. Sintió que las lágrimas saladas de su esposa se mezclaban en silencio con las suyas. Quiso gritar de impotencia; sin embargo, no podía hacerlo más difícil para Marina.

«¡Santo Dios, dame fuerza!».

—Pero... yo esperaba quedarme... no sé... esperaba saber que todo estaba solucionado —susurró Marina, con las manos crispadas en la tela de la camisa de Diego—. No quiero irme... así no. No me obligues.

Sobre sus cabezas se oyeron los primeros golpes de metal. Allí fuera se había iniciado el combate.

—Voy a salir. —Señaló la puerta con un gesto de cabeza—. ¡Maldición! Por el sonido de las pisadas son muchos y no sé por cuánto tiempo podré

contenerles. —Pasó las yemas de los dedos por la piel pálida de la muchacha, como si quisiera memorizar aquel rostro amado—. Prométeme una cosa.

—No... no...

Diego zarandó suavemente a Marina para que entrase en razón y luego la abrazó con furia.

—Vete de aquí —dijo, hablándole junto a la sien—. Regresa a tu tiempo y... y... Y no me olvides. —La voz se le quebró en la garganta—. No te olvides de estos días, de lo que hemos vivido juntos. —Apretó los dientes—. Si están todos a bordo no te verán si te deslizas por las estachas que sujetan el barco al muelle. Toma, guárdalo por mí. —Se quitó el medallón que colgaba del cuello y se lo entregó a Marina—. Recuerda, cada vez que lo veas, lo mucho que te quiero... y te querré. Daría lo que fuera por estar contigo...

—Escapemos juntos; tal vez tú también puedas viajar a través del tiempo... —sugirió ella, esperanzada e implorante—. Ven conmigo...

Diego negó con la cabeza. Se separó de ella para poder mirarla de frente.

—Lo que me propones es tan tentador que... pero eso no puede ser. Mis hombres están luchando ahora mismo por mi causa y no puedo abandonarlos. No sería justo —aseguró, con el alma desgarrada en dos direcciones—. Soy su capitán; no puedo eludir mi responsabilidad para con ellos. No podría vivir con el remordimiento, y tú... créeme si te digo que tampoco podrías vivir con un hombre tan poco honorable.

Alargó una mano para acariciarle el cabello, pero Marina se puso lejos de su alcance.

—¡Al diablo con el honor! —bramó, con lágrimas en los ojos—. ¿De qué te servirá el honor cuando te cuelguen de una cuerda? Sabes que eso es lo que te espera... ¿Cómo puedes estar ahí...? —barbotó furiosa—. ¿No te importa morir?

—No es eso... —Se mesó el cabello—. Por supuesto que no quiero morir, así no. Intentaré que el preboste comprenda mi inocencia y le hablaré de lo que el capitán Prieto me contó. No sé si será suficiente, lo dudo... aun así, lo intentaré. Por otro lado...

—¿Qué?

«De cualquier modo te habrías ido», pensó Diego.

—Nada. Se está haciendo tarde y tú debes regresar... —dijo en cambio.

—¿Y si me quedo? —sugirió ella. Y lo abrazó angustiada.

—No puedes. No puede ser. En el mejor de los casos me esperan años de cárcel y en el peor... No deseo exponerte a eso. Te amo demasiado para

consentir que renuncies a tu verdadera época. Ponte tu ropa y vete. ¡Dios santo! ¡No te entretengas más!

Volvió a besarla antes de salir del camarote, sin mirar atrás. Se preguntó si Marina entendía lo difícil que le resultaba dejarla marchar. Una parte de él deseaba partir con ella adondequiera que fuese; sin embargo, nunca sería capaz de sacrificar la vida de sus hombres por su propia felicidad.

Se sentía como alguien a quien le hubieran arrancado el corazón; vacío, como una cáscara sin nada en su interior. Tratando de prepararse para la batalla, inspiró para alejar todo pensamiento de su mente; debía defenderse y defender a su tripulación. No le resultó difícil conseguir esa quietud mental, tal vez porque su alma se había separado de su cuerpo.

Rezó por que Marina pudiera regresar a su época sin contratiempos y que allí fuera feliz.

Sin más preámbulos salió a la cubierta, donde los marineros luchaban a brazo partido contra los hombres del preboste. Un par de guardias se lanzaron contra él esgrimiendo la espada, deseosos de darle captura.

Diego los miró sin emoción, disponiéndose a parar sus estocadas. Solo deseaba defenderse, aunque sin oponer demasiada resistencia; los guardias les doblaban en número y era cuestión de tiempo que terminaran todos prisioneros. El único fin por el que luchaba sin rendirse era el de dar a Marina tiempo suficiente para abandonar el barco sin ser aprehendida por el preboste; por lo demás, poco le importaba ya ser apresado y... ahorcado. ¿Qué le quedaba sin ella?

Capítulo 57

Con manos temblorosas consiguió terminar de vestirse. Como tiempo atrás había tirado por la borda su ropa interior, se puso el pantalón vaquero y el jersey directamente sobre la piel. Se sentía extraña con aquellas ropas, como si ya no fueran suyas.

Sobre su cabeza restallaban el entrecuchar de las espadas y los golpes de los hombres al caer en la cubierta. No quería pensar en eso. No quería sentir nada. Deseaba permanecer ajena, como si no fuera ella la que estaba viviendo todo eso. Había pasado prácticamente dos meses y medio deseando regresar a su época, y ahora que tenía la oportunidad de hacerlo era reacia a irse. Hablaba en serio cuando planteó a Diego la posibilidad de quedarse con él. Lo quería demasiado para perderle.

En la cubierta el ruido recrudecía. Él tenía razón: era imperioso que saliera de aquel barco lo antes posible. Allí corría peligro.

Recorrió con ojos llorosos aquel camarote que jamás volvería a ver. No debía seguir entreteniéndose más. Se secó las lágrimas con los dedos y antes de salir por una de las ventanas del espejo de popa se asomó para comprobar si en el muelle había guardias vigilando el barco. La zona estaba desierta; al parecer toda la dotación se encontraba en cubierta. En el suelo empedrado, muy cerca del noray donde se aferraba una de las estachas de popa, se apilaban un montón de cajas para el pescado; podría utilizarlas para esconderse por si alguien miraba desde la nave. Se alzó con cuidado a la ventana y se aferró a la maroma. Con la marea alta había varios metros hasta el suelo; demasiados para saltar. Debería deslizarse por la estacha, empapada por la lluvia caída el día anterior, hasta alcanzar el muelle. Se encaramó a la maroma con miedo a resbalar y caer a las oscuras aguas de la ensenada. Poco a poco fue deslizándose, ajena a las heridas que le producía en las manos aquella áspera estacha. Una vez en tierra firme, se escondió tras la pila de

cajas para tratar de ver qué sucedía a bordo. Pese a su inferioridad numérica, los marinos del *Delfín* continuaban luchando con valentía.

«No puedo irme así. No sin saber qué será de Diego».

Era muy difícil tomar la decisión. Tal vez él consiguiera vencer a los soldados. ¿Por qué no? Claro que, entonces, tendría que volver a huir y esta vez ella no podría seguirle. Una mirada a los hombres que luchaban a bordo le hizo comprender que estaban cediendo terreno a los guardias. Eran demasiados.

Cuando se volvió para marcharse, con aire abatido, un resplandor atrajo su atención. Le sobrecogió descubrir las llamas que lamían el casco y el aparejo de la *Santa Lucía*. ¡Si no apagaban el fuego podría explotar la santabárbara! Varios hombres, de la escasa tripulación que Diego había permitido quedarse en esa nave, saltaron por la borda a las aguas del puerto para ponerse a salvo. Vio que el capitán Prieto se subía a la regala y, con una última mirada de desesperación y tristeza a su fragata, se lanzaba de cabeza al agua.

Marina no podía apartar la vista de las llamas, como si sus pies hubieran echado raíces en el suelo.

«Es una pesadilla».

Alguien la empujó al pasar corriendo a su lado. Eso la devolvió a la realidad. El puerto se estaba llenando de personas que llegaban para apagar el incendio. A ambos extremos de la nave abrasada se había formado una cadena de cubos de agua.

—¿Queda alguien dentro? —preguntó un hombre, dispuesto a subir por la planchada.

—No, el capitán ya ha salido. No hay nadie más —le respondió un marinero que acarreaba un par de cubos para añadir a la cadena.

En el *Delfín* continuaba el enfrentamiento, ajeno a la actividad del muelle. Sobre el alcázar de popa, la figura inconfundible del capitán Izaguirre luchaba contra tres guardias. Tenía la camisa rota por varios sitios y manchada de sangre. Debió de sentir la mirada de Marina, pues volvió hacia ella los ojos grises.

—¡Cuartel! —gritó Diego a los tres guardias, dejando caer el alfanje—. ¡Cuartel!

Al instante cesó por completo el sonido de los aceros chocando entre sí. Marina continuaba mirándolo, angustiada, tratando de evaluar en la distancia qué heridas tenía y cuán graves eran. Sentía terror. La sangre que manchaba la camisa, ¿era toda suya?

«¡No, no puede ser!», pensó, con los puños apretados. Se clavó las uñas para no gritar, para no correr hacia él.

Uno de los guardias sacó unos grilletes de la faltriquera y, tras obligar a Diego a poner las manos a la espalda, se los colocó. Los otros guardias estaban haciendo lo mismo con los marineros sobrevivientes al asalto. Marina trató de ver cuáles de sus amigos habían quedado en pie, pero le resultó imposible distinguirlos. Los tres hombres del preboste que habían maniatado al capitán se volvieron para comprobar si sus compañeros tenían al resto de los prisioneros bajo control.

Marina se adelantó unos pasos, la vista clavada en su marido. Diego giró la cabeza y la miró con gesto ceñudo. Ella se detuvo un instante y volvió a avanzar. Diego enfurecido enseñó los dientes. Se inmovilizó, resignada. Él quería que se marchara de allí. Asintió afligida y vio que Diego movía los labios. Le decía algo.

«Te amaré siempre».

Ella asintió en señal de reconocimiento. Parpadeó varias veces para deshacerse de las lágrimas que anegaban sus ojos y le impedían ver con nitidez. No podía creer que todo hubiera terminado así. Era como morir en vida.

Desde el alcázar, Diego, con las piernas afianzadas en la cubierta y las manos a la espalda, movió la cabeza en clara señal de que se marchara de allí lo antes posible. Uno de los guardias, al parecer el de más rango, obligó al capitán a bajar del alcázar para reunirse con el resto de sus hombres. Marina lo perdió de vista.

Se volvió como una autómatas. Escapándosele del cuerpo el alma hecha jirones. Se obligó a poner un pie delante del otro. De algún modo, pese al sufrimiento, atravesó la Puerta del Mar, la que años más tarde se conocería como *Portaletas*, para regresar a su tiempo.

Al entrar en la ciudad comenzó a caer una fina llovizna, que se hizo más intensa conforme se acercaba a la iglesia de San Vicente. Marina continuó caminando sin ver. Ajena a la lluvia que mojaba su ropa. Ignorante del frío o de las gentes que corrían junto a ella, alertados por el fuego. Para cuando llegó al pórtico de la iglesia estaba completamente empapada, con el cabello pegado a la cabeza y el jersey pesado por el agua acumulada.

Penetró en el templo sin ser consciente de la vela que iluminaba el altar; del chapoteo que emitían sus mocasines empapados del agua de lluvia o del constante goteo de su ropa en medio del silencio. Arrastrando los pies, fue hacia el confesionario.

Habría deseado que ya no estuviera. De ese modo tendría la excusa perfecta para no volver, pero aquel mueble diabólico seguía allí, como si se burlara de la dicotomía de sus pensamientos.

Cuando entró, el interior estaba aún más oscuro que la iglesia. Se dejó caer en el asiento. La luz de la vela se colaba por los relieves de las letras troqueladas en la puerta.

—*Per tempore* —susurró, abrumada de dolor. Y esperó, con los párpados apretados, lo que tuviera que suceder.

Varios minutos más tarde, extrañada de no haber sentido nada, salió del confesionario y comprobó, en medio de su aturdimiento, que la vela continuaba en el mismo lugar.

¡No había regresado a su época!

Eso despabiló sus sentidos. No había funcionado. ¿No era así como había viajado a través del tiempo la vez anterior? ¿Acaso el confesionario no era la puerta entre un siglo y otro, después de todo?

La ropa empapada le estaba enfriando rápidamente el cuerpo; tenía que cambiarse lo antes posible. Resuelta a intentarlo de nuevo, penetró en el oscuro mueble para repetir las palabras en latín.

Esperó, nerviosa, a que comenzara a girar, como había ocurrido casi tres meses atrás, pero este continuó quieto.

Desesperada y temerosa de no poder regresar a su época, salió para acercarse a zancadas al altar y se dejó caer de rodillas en el primer banco.

—Padre nuestro... —comenzó a rezar con fervor, los ojos clavados en la oscilante llama de la vela—. ¿Y si no puedo volver? —murmuró, temblando de frío y miedo—, que estás en los cielos... ¿Y si debo permanecer aquí para siempre?

Una parte de ella se mostraba conforme con ello. Saldría de allí y buscaría a Diego. Estaba segura de que, con la ayuda del capitán Prieto, podría demostrar que no era un pirata. Sería estupendo estar juntos...

—Eres una egoísta —se reprochó a sí misma, en la quietud de la casa de Dios—. ¿No te importa nada tu abuelo? ¿Acaso te has olvidado de él?

Ahogó un sollozo. Era primordial que regresase; había transcurrido demasiado tiempo desde que desapareciera. No podía engañarse pensando que cuando volviera al siglo xx el reloj (que imploraba hubiera estado parado hasta ese momento), continuara en el mismo instante en que desapareció.

Quizá fuera cierto. No, no tendría esa suerte. Hizo la señal de la cruz y se levantó, resuelta a reintentar el salto en el tiempo, fuera como fuese. No tenía la menor idea de cómo conseguirlo, puesto que, aparte de las palabras en

latín, talladas en el interior de la puerta, no recordaba nada trascendente que hubiera podido desatar el cambio de siglo aquel día. Repasó todo lo que hiciera en aquella oportunidad. Entonces llevaba colgado el medallón de Diego y había estado pensando en el nombre grabado en él. Tal vez era necesario pensar en alguien para poder hacerlo. Si eso era cierto, ahora debería hacerlo al revés. Convencida de haber hallado la clave, entró en el confesionario.

Tratando de ignorar el frío que sentía, obligó a su mente a evocar la imagen de su abuelo. Recordó su cara curtida y sus ojos castaños, que la miraban con tanto cariño; la gorra de capitán de barco, gastada y ajada por el sol; la pipa que colgaba de la comisura de sus labios. Lo vio sonriente en la cubierta del *Sirena*, atareado en algo. Cuando estaba a punto de recitar la frase en latín, la imagen de Diego penetró en su mente.

Vio sus ojos grises oscurecidos de pasión; su pelo negro flotando con la brisa; lo imaginó sobre Trueno, cabalgando por Tenerife con aquel porte suyo tan elegante; en la cubierta del barco, en medio de la tormenta; furioso y empapado de lluvia, tratando de salvarla de caer al agua embravecida; con la mirada cansada y dolorida tras recibir los latigazos; con los ojos vidriosos ardiendo en fiebre. No pudo dejar de recordar los abrazos y los besos; su voz...

—¡Dios mío! ¿Cómo podré vivir sin él? —gimió desesperada. Y rompió a llorar—. ¿Por qué he tenido que conocerlo si lo iba a perder tan pronto? ¿Por qué...?

Lloró de rabia, de pena. Lloró por lo que había perdido. Por lo que podría sucederle a Diego. Por la maldad de quién hubiera tendido la trampa para los Izaguirre. Lloró hasta que no le quedaron lágrimas.

Encerrada en el confesionario perdió la noción del tiempo. Sin embargo, a juzgar por la luz que penetraba a través de las celosías del mueble, el día comenzaba a clarear. Era el momento de regresar a su época. Se enderezó en el asiento. Cerró los ojos y conjuró la imagen de su abuelo con todas sus fuerzas.

—*Per tempore* —recitó en un susurro resignado.

Capítulo 58

San Sebastián, noviembre de 1702

La habitación de la posada donde le habían llevado don Adolfo y maese Andrés era limpia y acogedora, pero por muy sucia y deteriorada que hubiera estado, habría sido un palacio comparado con la celda donde acababa de pasar los dos últimos años de su vida. La cama era amplia y mullida, y en ella descansaban varias prendas de vestir de caballero. En un rincón, junto a la ventana por la que entraba el tibio sol de invierno, había un aguamanil de porcelana; una mesa con cuatro sillas y, en otro rincón, una vara colgada por los extremos a modo de ropero. En el centro de la estancia, una bañera de cobre, rebosante de agua caliente, esperaba para que se diera el baño tan añorado; a su alrededor, un balde con agua y varias toallas para secarse después. Un buen fuego en la chimenea calentaba el lugar. Diego se quitó rápidamente las mugrientas prendas que llevaba y las dejó en el suelo. Se sacó por la cabeza la taleguilla que le colgaba del cuello y la depositó sobre las prendas desechadas. Ya en la bañera, se recostó disfrutando de la sensación. Sin pérdida de tiempo se lavó meticulosamente para quitarse la roña que lo acompañaba desde tiempo atrás. Estaba más delgado que antes y en sus miembros, exentos de grasa, se marcaban músculos y tendones. Separó con las manos la espuma que se arremolinaba sobre la superficie del agua para ver su reflejo. El hombre de pelo largo, barba poblada y ojos hundidos que lo miraba a través del agua era un completo desconocido.

—¡Dios bendito! —masculló, sorprendido.

Comprendió entonces el recelo con el que los dueños de la posada lo habían admitido allí, unas horas antes (el peso de las monedas que Adolfo les puso en las manos inclinó la balanza en su favor), y las miradas conmisericordias del propio Adolfo y de Andrés cuando lo sacaron de la celda y lo vieron a la luz del día. Era poco menos que un despojo humano. Se tocó los huesos de los pómulos. Sobresalían de su piel como si fueran a rasgarla de un

momento a otro. La barba larga no mejoraba en nada su demacrado aspecto; en cuanto se bañara, se afeitaría lo antes posible.

En ese tiempo eran muchas las cosas que habían cambiado, además de su aspecto. Mientras viajaban desde la prisión a la posada, don Adolfo le había puesto al día de las novedades que convulsionaban al país. Por lo pronto tenían otro rey; Carlos II había muerto el mismo día en el que a él le aprehendieron. Ahora ocupaba el trono el nieto de Luis XIV, rey de Francia. Según palabras del propio Adolfo, todo iba bien hasta que Luis XIV declaró que su nieto Felipe V, proclamado rey de España, conservaría los derechos a la corona de Francia. Al mismo tiempo, viendo que las fuerzas españolas que protegían territorio español en los Países Bajos eran escasas, envió un contingente de tropas francesas en su ayuda.

Inglaterra y Holanda se lo habían tomado como una provocación y se comprometieron a ayudar al archiduque Carlos de Austria a obtener el trono de España. Como consecuencia, cuando Ana Estuardo asumió el trono de Inglaterra tras la muerte del rey Guillermo III de Orange, Austria, Inglaterra, Holanda y Dinamarca firmaron un tratado en La Haya, antes de declarar formalmente la guerra a Francia y a España.

Sonaron unos golpes en la puerta. Al momento entraron sus dos amigos. Don Adolfo vestía tan elegante y sobrio como siempre; se le veía cansado, pero sus francos ojos castaños se emocionaron al verlo.

Andrés era toda una sorpresa. Presentaba un aspecto distinguido: traje de paño de calidad y el pelo rubio recogido en una trenza a la espalda. Estaba claro que le iban bien las cosas y Diego se alegró sinceramente.

—Siento privarte de intimidad mientras te aseas, pero es necesario que nos demos prisa —se disculpó Adolfo. Y cerró la puerta a su espalda—. ¿Cómo te sientes?

—No lo sé. Hace tiempo que dejé de hacerme esa pregunta.

—Estarás mejor en unos días —aseguró el consejero, tomando asiento frente a la bañera—. He mandado venir a un sastre para que arregle a tu medida un par de mis trajes. No tenemos tiempo para hacerte un guardarropa nuevo, de modo que, por el momento, tendrás que conformarte con eso. Necesitarás botas, sombrero, un alfanje... —Su amigo prosiguió enumerando las prendas y objetos necesarios.

Diego se limitó a asentir, íntimamente satisfecho de poder cambiar sus toscas ropas, sucias y ajadas.

—Me apena profundamente haber tardado tanto en conseguirte el indulto. Pero con la guerra y tanto ir de un lado para otro con el joven rey, ha sido

imposible realizarlo antes.

Diego agitó la mano, como restando importancia al asunto. No quería pensar en los dos años pasados; era mejor aceptar que ya no se encontraba preso en una mugrienta celda. Y que ni sus piernas ni sus brazos estaban limitados por unos grilletes. Se miró las muñecas, maravillado de sentir las livianas, sin el peso de las cadenas.

—¿... oyes, Diego?

—Perdona, Adolfo... —se disculpó al oír las últimas palabras. Y parpadeó varias veces para aclarar la mente.

—Perdonado estás. Andrés iba a informarte de lo sucedido tras tu apresamiento —dijo el consejero—. Suponemos que te interesara saber...

—Por supuesto. Si tienes la bondad...

El maestro de armas, sentado al lado de don Adolfo, sonrió. En su mirada azul, Diego pudo ver que, bajo aquellas prendas elegantes, seguía siendo el hombre de siempre. Lo vio inspirar antes de proceder a relatar los acontecimientos acaecidos en San Sebastián la noche en que su capitán fue apresado.

—Esa noche, como bien recordaréis, yo estaba disfrutando de mi permiso en una taberna de la ciudad; en compañía de Gonzalo. —Se levantó y a grandes zancadas se acercó a la ventana, donde permaneció de espaldas a sus amigos—. Cerca del amanecer, cuando regresábamos para embarcar, oímos a varias personas gritar que un barco estaba ardiendo. Todo fue mirarnos y echar a correr como locos. Al llegar al puerto, la gente había comenzado a sofocar el incendio con cubos de agua. Por fortuna, la lluvia, que en esos momentos caía con fuerza, ayudó a que se extinguiera antes. —Se volvió a mirar a Diego, cuyos ojos reflejaban el tormento que le causaba lo que estaba recordando—. Vi cómo sacaban a los hombres de la *Santa Lucía*, que estaban recluidos en la bodega del *Delfín*, y cómo os llevaban presos, a vos y al resto de la tripulación. Intenté llamaros. No sé si llegasteis a verme... —Diego negó con la cabeza—. Lo imaginaba, teníais la mirada vacía... Busqué a maese Isaac. —Se le quebró la voz—. Después descubrí que había muerto...

—Murió durante la refriega. La pierna... —El capitán, agobiado por la culpa, agachó la cabeza. «Ninguno de los cinco marineros que murieron esa madrugada merecía ese final. Tendría que haber amarrado el barco en otro puerto y...»—. Sentí mucho esas... muertes.

—No os torturéis más —susurró su amigo, como si le leyera los pensamientos—. Reclamé los cuerpos. Los guardias no pusieron mucho

impedimento; sospecho que estaban encantados de que les aligerásemos el trabajo de enterrarlos ellos mismos.

—Estoy seguro de ello —murmuró Diego. Luego, añadió—: Por favor, Andrés, olvida el trato tan formal, sigo siendo tu amigo...

—Gracias, capitán —agradeció taciturno—. Al día siguiente, entre Gonzalo, Segundo, Pedro y yo los llevamos en un batel hasta alejarnos de la costa. Los amortajamos en sus propias hamacas; utilizamos varias piedras como lastre y los lanzamos al agua, tal como ellos hubieran querido. —Andrés calló, incapaz de hablar. Dio varios pasos por la estancia, mesándose el cabello. En sus ojos azules podía verse la desolación vivida—. Fui a ver al preboste. Se negó a dejar que te viera; incluso me prohibió llevarte ropa o comida. Me... me dijo que en unos días estarías... que te iban a ahorcar. —Apesadumbrado, sacudió la cabeza—. Viendo que todo era inútil, fui a visitar a don Santiago...

Los ojos grises del capitán se clavaron en los de Andrés. Durante esos dos años su tío no le había visitado ni una sola vez. Tenía curiosidad por saber cómo había recibido a su amigo.

—Pediré que nos suban una botella de coñac. Nos vendrá bien —aseguró don Adolfo. Y salió de la habitación.

—No estaba en la casa —explicó el maestro de armas—. Sus criados me dijeron que había partido esa mañana y que no lo esperaban hasta después de varias semanas.

—No lo sabía. Me extrañó no verlo durante mis entrevistas con el Consejo. Cuando les pregunté me dijeron que no estaba. —Diego se encogió de hombros y terminó de lavarse la cabeza. Se puso de pie en la bañera, tomó del suelo un balde con agua limpia y se la vertió por encima, para aclarar los restos de jabón. Con el agua chorreando por el pelo y la barba, se inclinó a coger una de las toallas—. Me extrañó que no me hubiera informado de su inminente partida durante mi visita de aquella tarde —murmuró Diego. Su voz amortiguada bajo la toalla con la que se secaba el largo cabello. Le llamó la atención el silencio de su amigo. Al retirar el lienzo de su cabeza comprendió a qué se debía ese mutismo—. Lo sé. Estoy muy cambiado, ¿no? —Bajó la mirada a su cuerpo desnudo y, con una sonrisa ladeada, comentó—: Digamos que la comida no era ni sabrosa ni abundante...

—¡Demonios, Diego! No sabes cómo me... —Apretó las manos en sendos puños y terminó entre dientes—: abruma no haber podido hacer nada para evitarte esto.

—Créeme, lo sé —aseguró Diego, terminando de secarse—. No te apures por ello; solo estoy un poco delgado, nada que no pueda subsanar con una buena comida...

Andrés se limitó a emitir un bufido. Se volvió a mirar por la ventana; mientras tanto, Diego procedió a vestirse con las prendas que había sobre la cama. Le quedaban anchas y algo cortas: Don Adolfo era más corpulento y algo más bajo que él. Tendría que conformarse con eso. Recogió la taleguilla y se la colgó del cuello. Andrés no perdía detalle, pero no le preguntó nada. Era mejor así: no se sentía con fuerzas para hablar de eso. Tarde o temprano, razonó Diego, la intriga les obligaría a preguntar. Y entonces no le quedaría más remedio que explicarse. No estaba preparado. Aún no.

Don Adolfo llamó a la puerta antes de entrar, trayendo una bandeja tapada con un paño. Lo seguían un envarado hombrecillo y dos muchachos cargados con telas y varias cestas. El sastre y sus acólitos, imaginó Diego.

—¡Ah! Habrá que hacer muchos arreglos... —señaló el hombrecillo, mirando a Diego con un meneo de cabeza—. Mis aprendices y yo no tardaremos mucho en tenerlo todo preparado. Os he traído unos pares de botas. Si sois tan amable de probároslas veremos cuáles os quedan bien.

Ante la mirada atónita del capitán, lo midió con un trozo de cordel con nudos a distintas distancias y marcó cifras en un pedazo de pizarra. Rápidamente le despojaron de las prendas que acababa de ponerse y hubo de taparse con una sábana a modo de toga romana. Una vez satisfecho con las medidas tomadas, el sastre y sus dos discípulos, cargados con los pertrechos, dejaron los tres pares de botas en el suelo y pasaron a una habitación contigua para preparar los arreglos.

—¡Dios santo! Es un pequeño torbellino —murmuró Andrés, cuando se hubieron quedado solos—. ¡Qué eficiencia!

—Le he pedido la mayor rapidez. Hemos de ponernos en camino —anunció don Adolfo—. He subido comida; supongo que te apetecerá comer algo. ¿No tienes apetito? —preguntó, al ver que Diego parpadeaba confundido.

—Estoy abrumado... he perdido la costumbre de... no sé cómo explicarlo... —titubeó Diego ante las miradas de sus amigos—. Mis días han sido rutinarios hasta la locura y ahora todo este movimiento me incomoda un poco.

—Es normal, pero no te preocupes. Como he dicho antes, en unos días te sentirás mejor. Ahora come un poco; debes recuperarte.

El capitán asintió antes de sentarse a la mesa. No hizo más que observar el plato con embutidos, pan y queso, durante un rato como si no creyese que fuera real. Adolfo sirvió coñac para los tres en vasos de peltre. Tomaron uno cada uno y el consejero del rey levantó el suyo para proponer un brindis:

—Por mi querido amigo; por su libertad y por que esta guerra termine pronto.

Los tres bebieron. Diego saboreó el licor recreándose; ya no recordaba desde cuándo no lo hacía. Tal vez desde aquella noche en Cádiz, cuando bebió más de la cuenta y terminó rondando a Marina. Apretó la mandíbula; no quería pensar en eso.

—Continúa, por favor, Andrés... —pidió, por alejar esos recuerdos.

—Bien... El capitán Prieto estaba desolado y angustiado por su hija. A pesar del incendio de su barco, fue a la posada donde lo habían citado, ¿recuerdas? —Esperó a que el capitán asintiera para continuar—: Naturalmente, el tal Bartolomé no se presentó. Al ir a buscar los cuerpos de... bueno... al ir por ellos encontré a don Ernesto enloquecido y con la ropa medio chamuscada, rondando lo que quedaba de la *Santa Lucía*. Nada más vernos nos suplicó que le ayudásemos a encontrar a su hija.

—¿Le ayudasteis? —indagó Diego, mientras se llevaba un pedazo de pan a la boca. Al no obtener respuesta levantó la mirada. Sus dos amigos le miraban azorados—. ¿Qué ocurre? —preguntó curioso, después de masticar y tragar la comida.

—Nada... bueno... es... son tus brazos... —balbució Andrés, sonrojado hasta la raíz del pelo.

Al principio Diego no entendió a qué se refería su amigo. Lo comprendió cuando iba a comer otro poco de pan: inconscientemente alzaba el brazo izquierdo un poco cuando se llevaba la comida con la mano derecha a la boca, el hábito de comer con los grilletos puestos estaba muy arraigado en él. El tamaño de la cadena (de no más de dos palmos), impedía que pudiera separar mucho las manos, por lo que cada movimiento con un brazo era seguido por el otro a esa distancia.

—Bueno, al parecer hay muchas cosas a las que tendré que ir acostumbrándome —aseguró con una mueca, tratando de restarle importancia—. Continúa, por favor.

—El día anterior, Gonzalo había seguido al chiquillo y conocía su paradero. —Andrés prosiguió con el relato—. En cuanto sepultamos a nuestros compañeros, fuimos a buscarlo sin pérdida de tiempo. Enseguida que el mocoso me puso los ojos encima comenzó a balbucear que él ya no tenía el

medallón, que se le había caído al agua... Era el mismo ladronzuelo que te robó y, por lo visto, aún me recordaba de cuando lo seguimos por el muelle.

—Qué casualidad que fuera el mismo... —dijo con sarcasmo el capitán. Y miró a su amigo Adolfo. Los dos recordaron la conversación mantenida en su casa tanto tiempo atrás—. Por lo visto estabas en lo cierto...

—Alguien trataba de identificarte con seguridad —masculló el consejero.

Andrés les miró a uno y a otro antes de asentir. Diego dedujo que don Adolfo y Andrés habían hablado largo y tendido sobre el tema en los meses que llevaban juntos.

Luego contó que el chiquillo les había dicho dónde encontrar a Bartolomé. Casualmente vivía en una casa próxima a la carretera de Hernani, a dos horas de caminata de San Sebastián. El capitán Prieto, Gonzalo, Segundo, Pedro y Andrés, con dos hombres de la *Santa Lucía*, alquilaron unos caballos y se dirigieron allí. La suerte les acompañaba, pues no tuvieron problemas en localizar el lugar. Además, en una habitación de la casa estaba doña Juana Prieto Ibáñez, la hija de don Ernesto. Su padre se emocionó tanto al verla sana y salva que lloró a moco tendido.

—La muchacha era muy bonita, a pesar de que estaba extenuada y macilenta —aseveró el maestro de armas—. Llevaba encerrada casi tres meses en aquel cuartucho. La única ventana que había estaba tapada con tablones, por los que solo entraba un resquicio de luz —recordó—. No sabía dónde estaba Bartolomé, pues no lo había visto desde el día anterior. Previendo que se pudiera presentar en cualquier momento, enviamos a doña Juana a su hogar, escoltada por Gonzalo y uno de los hombres del otro barco. Nosotros nos quedamos cerca de la casa para vigilar la llegada de Bartolomé. Nos turnamos para esperarlo durante varios días. No apareció.

—Después de repasar todos los acontecimientos... y de pensarlo bien —comenzó don Adolfo—. Hemos llegado a la conclusión... Perdóname, Diego, pero creo que si los tomaras en cuenta llegarías al mismo resultado que nosotros.

Capítulo 59

—¿Quién? —preguntó Diego, apartando el plato con comida de su lado. No podía comer nada más; no podría decir si por el relato de Andrés, la sugerencia de Adolfo o por la falta de costumbre—. ¿Quién era?

Lo supo al ver cómo se miraban sus amigos. Durante su confinamiento en una celda mugrienta, infestada de cucarachas y alguna que otra rata, revisar una y otra vez los acontecimientos previos a su encarcelamiento le ayudaba a mantener la mente ocupada y no sucumbir a la locura. El culpable era el mismo siempre.

Se negaba a creerlo. Era de su familia...

—Mi tío Santiago.

Los dos hombres asintieron, apesadumbrados. Don Adolfo se recuperó antes y, con su pragmatismo habitual, procedió a encender una vela con una ramita prendida en la chimenea. La tarde tocaba a su fin y las sombras ganaban sitio en la habitación.

—En aquel entonces, no lo sabíamos —continuó Andrés con la cabeza gacha; las llamas de la chimenea se reflejaban en su pelo—. Don Ernesto estaba dispuesto a presentarse ante el preboste y los alcaldes, tal y como te prometió. Quería relatarle lo sucedido para que lo investigaran. Quedamos a la mañana siguiente, pues a esas horas intempestivas de la noche no nos recibirían. El capitán Prieto se marchó a su casa. Por la mañana, como no venía, fuimos a ver al preboste sin él. Le expliqué todo lo sucedido. No omití ningún detalle. El hombre estuvo atento y pensé que me creía... Hasta les hablé de la perspectiva de que el culpable fuera alguien muy importante que supiera cómo tapar esa iniquidad. Y les dije que era imprescindible encontrar a Bartolomé para que lo identificase.

—No les hizo caso —terminó don Adolfo por él, con los dientes apretados—. Y no solo eso. —Golpeó la mesa con el puño, como queriendo enfatizar sus palabras—. Les amenazó con encarcelarles si continuaban difundiendo

semejantes patrañas. Después de todo no eran más que unos pobres infelices que trataban de acusar a un prohombre de la ciudad. Algo inaudito. —La voz del consejero destilaba sarcasmo.

—Era de imaginar —contestó Diego escueto.

Cada vez estaba más convencido de que su tío era el culpable. Don Santiago estaba muy seguro desde su posición de hombre influyente y adinerado: no se le podía señalar sin pruebas contundentes que respaldasen esa acusación. Ningún cargo se atrevería siquiera a investigar dichas acusaciones. Ahora comprendía por qué nunca había hecho nada para tratar de librar a su hermano de la horca: todo ese inicuo plan era idea suya.

Aceptarlo era demasiado angustioso. Caminando a pequeños pasos, como si aún llevase los grilletos en los tobillos, se acercó a la ventana y la abrió. Bajo la sábana, la piel se le erizó con el frío del anochecer, pero él ignoró esa incomodidad; necesitaba respirar aire puro; se estaba asfixiando.

Siempre había confiado en su tío; hasta le contó los planes que tenía para apresar a Bartolomé. ¡Qué idiota e ingenuo había sido! Por su ignorancia cinco hombres de su tripulación habían muerto innecesariamente. Otros fueron apresados sin culpa ninguna... Alzó la mirada al firmamento y se consoló con algo tan simple como poder contemplar la constelación de Orión. Desde el ventanuco de su celda era imposible verla.

—¿Qué fue del capitán Prieto? —indagó sin dejar de contemplar el cielo. Lo desconcertaba el hecho de que el hombre hubiera faltado a su palabra.

—Después de tratar de razonar con el preboste salimos a buscarlo extramuros, por donde debería haber venido. —Andrés meneó la cabeza disgustado—. No muy lejos de la Puerta de Tierra encontramos a su caballo ramoneando. A poca distancia estaba él. Muerto. Con el vientre rajado.

Diego se pasó los dedos por el pelo. Tenía que acabar de una vez por todas con esa locura. Si su tío había cometido esos crímenes debía pagar por ello. Se preguntó por enésima vez qué era lo que movía a una persona de buena posición, sin problemas aparentes, a organizar la muerte y el descrédito de su propio hermano. No lo entendía. Que él supiera, su padre nunca había hecho nada que justificara la enemistad de don Santiago; ¿a qué se debía, pues, esa confabulación?

Había llegado el momento de descubrirlo.

—Regresamos a la casa del preboste para mostrarle el cadáver y hacerle ver el notable parecido con don Francisco —continuó Andrés—. Los alcaldes también vinieron, pero ninguno de ellos consideró que aquello fuera una prueba concluyente. ¡Malditos chupatintas! —siseó, enfadado—. Doña Juana,

al conocer la muerte de su padre, ofreció hablar ella misma ante la Junta. Les contó lo referente a su secuestro; les dijo que Bartolomé la tenía como rehén para que su padre atacara el *Tritón* y nos matara a todos. Sus sinceras y angustiadas palabras no calaron en la mollera de aquellos hombres. Nos dijeron que, ante la falta de pruebas decisivas, tu ahorcamiento quedaba suspendido. No así tu encarcelamiento.

Aquellas palabras de Andrés fueron como un mazazo en la cabeza del capitán Izaguirre.

—No lo sabía... Durante este tiempo... —Diego calló, incapaz de seguir. No podía explicar la incertidumbre diaria de acostarse cada noche en el sucio jergón pensando que tal vez fuera la última, que el siguiente podía ser el día señalado para su ejecución—. Siempre supe que estaba sentenciado a la horca, pero nunca me dijeron que se había anulado...

Los tres hombres permanecieron en silencio, absortos en sus propios pensamientos.

—¿Cómo pudieron ocultarte esa información? ¿Cómo pudieron mantenerte ignorante de la nueva sentencia? ¡Por todos los demonios del infierno! —barbotó Andrés, enfadado por la crueldad sufrida por su amigo. Se acercó para posar una mano con camaradería en el hombro de Diego—. Lo siento mucho... si pudiera hacer algo...

—No te preocupes más, Andrés. —El capitán se volvió y le palmeó la mano, agradeciendo su apoyo—. Si haces el favor de continuar... —Los dos retiraron las manos.

—Como era imposible liberarte —comenzó Andrés, instantes después, mirando a su amigo—, decidí que debería buscar a alguien más influyente que yo. Esa misma noche los hombres y yo aprovechamos que el guardia apostado en el *Delfín* estaba distraído para trepar al barco y recoger nuestras pertenencias. Al entrar en tu camarote, me di cuenta de que, si no me llevaba tus cosas, jamás volverías a tenerlas; de modo que arramblé con las cartas de marear, la ballestilla, el cofre de las medicinas, el de las monedas... en fin —suspiró, con una sonrisa de satisfacción pintada en las nórdicas facciones—, me llevé todo lo que fui capaz de cargar en mi saco.

—¡Demonios, qué pena no haberte visto! —rugió don Adolfo, en medio de grandes carcajadas.

—¿Cómo pudiste salir sin que te viera el guardia? —indagó Diego, con una sonrisa.

—Lo dejé durmiendo en la cubierta —especificó Andrés sin darle importancia—. Les hablé a Gonzalo, a Segundo y a Pedro de mi intención de

ir a Madrid en busca de don Adolfo, que ellos podían seguirme o hacer lo que quisieran. Los tres vinieron conmigo —aclaró con agrado.

—¿Por qué a Madrid? —preguntó el capitán.

—Tú mismo me dijiste que don Adolfo debía regresar a la corte el día veinticinco de octubre —le recordó—. Supuse que lo encontraría allí. Por aquel entonces no sabíamos que el rey había muerto. Nos enteramos al llegar a tierras burgalesas.

Le contó que en la capital hubieron de esperar varios días hasta que una doncella les dijo que don Adolfo había partido a Cádiz para estar con su familia, hasta que Felipe de Anjou se hiciese cargo de su herencia. Dispuestos a sacar a su capitán de la prisión, se llegaron hasta la ciudad gaditana.

—Tus pertenencias están en mi casa —aclaró el consejero.

Diego cabeceó y, cansado de estar en pie se sentó a la mesa; sus dos acompañantes no tardaron en imitarle.

—¿Cómo va esa guerra de la que hablasteis? A la celda no llegaban noticias de ningún tipo.

—Hasta ahora se ha luchado fuera de la península. A primeros de año los austriacos atacaron Cremona, en Lombardía —explicó Adolfo. Y rellenó los vasos con más coñac—. El propio don Felipe de Borbón viajó a Italia, donde se unió al ejército del Po, al mando del duque de Vendôme. Lucharon en Santa Vittoria y derrotaron al general Visconti. Como contrapartida, este verano una escuadra angloholandesa atacó los puertos de Rota y Santa María. Buscaban la flota de Indias.

»Los gaditanos lucharon durante un mes, hasta que consiguieron repeler el ataque y los almirantes británicos reembarcaron para dirigirse a Vigo. Allí estaba la flota de Indias, esperando a que se solucionaran los sempiternos problemas burocráticos para descargar los tesoros que traían del Nuevo Mundo —anunció, recordando con sarcasmo la ineptitud de algunas autoridades—. Puedes imaginarte el resultado. Nos arrebataron trece navíos; el resto fue quemado y echado a pique por las propias tripulaciones. No se sabe a ciencia cierta qué ha sido del tesoro que transportaban los galeones. Unos dicen que se hundió con las naves; otros, en cambio, aseguran que parte de él ya había sido desembarcado. —Adolfo se encogió de hombros ante lo contradictorio de los datos.

Diego bebió un sorbo de coñac. Sopesaba la información y comenzaba a hacerse una idea del porqué de su indulto. Los reyes no solían ser tan benevolentes con sus súbditos sin recibir nada a cambio.

—Supongo que ahí entra en juego el indulto real...

—Efectivamente —asintió el consejero—. La reina, doña María Gabriela de Saboya, y el cardenal Portocarrero han reunido fondos, incluidos los suyos propios, para financiar una escuadra que bloquee el ataque enemigo. Como única forma de sacarte de prisión, se me ocurrió ofrecer tus servicios... No es complicado reunir una cantidad de hombres jóvenes y fuertes para que luchen en nombre de su rey; el problema es conseguir oficiales capacitados para mandarlos. La reina ha establecido que tu indulto está vinculado a tu disposición a participar en esta guerra. En estos momentos ella es la regente; el rey sigue en Milán —puntualizó don Adolfo bebiendo un sorbo de coñac.

—En el puerto hay amarrada una fragata esperando a que la capitanees —aseguró Andrés con ilusión, esperando que el capitán aceptase—. La *Santa Gabriela* es una maravilla de navío.

El capitán Izaguirre los miró detenidamente, sin hablar. Por mucho que su libertad estuviera supeditada a embarcarse en aquella guerra, era cien veces preferible a pasarse el resto de la vida pudriéndose en una inmunda celda. Mejor morir luchando que consumirse encerrado.

—¿Qué pasa con el resto de la tripulación que fue apresada conmigo?

—El indulto es extensible a ellos. Mañana estarán en libertad —aseveró don Adolfo.

—En ese caso poco puedo decir. Me disgustaría saber que los hombres tienen que continuar presos por mi causa... La reina puede contar con mis servicios.

—Me alegra sobremanera tu decisión —hizo constar don Adolfo—. ¡Adelante! —exclamó al oír que llamaban a la puerta.

—Queridos caballeros, mis aprendices y yo hemos terminado los arreglos pertinentes. Espero que sean del agrado de vuestras mercedes... —dijo el sastre. Y procedió a colocar en la cama las prendas reformadas—. ¿Ya sabéis qué botas os sientan mejor?

El capitán, con la sábana como única indumentaria, tomó de entre los pares de botas el que le pareció más adecuado para él y, tras probárselo, asintió satisfecho. No quiso caminar un poco para probarlas más, por miedo a que sus pasos evidenciaran el uso continuado de grilletes.

Adolfo entregó al hombrecillo una bolsa con monedas, que el sastre guardó rápidamente en el bolsillo de su casaca antes de hacer una reverencia y salir de la estancia, seguido de sus aprendices. Diego, sin perder tiempo, comenzó a vestirse con las ropas arregladas. Enseguida pudo comprobar que le sentaban bien y, por primera vez en dos años, se sintió un poco mejor.

—Bueno, capitán, casi pareces el mismo de siempre —sentenció Andrés, mirándolo de arriba abajo—. Si no le has tomado mucho apego a esa maraña negra que tienes por barba, estaré encantado de rasurarte.

—El placer será mío, querido amigo —aseguró él. Con una sonrisa, tomó asiento—. No sabes lo engorrosa que es.

—En cuanto Andrés te afeite, nos marcharemos a la *Santa Gabriela* —notificó el consejero—. No hemos ido directamente para evitar que la tripulación te viera tan... En fin, es importante que los hombres te respeten desde el primer momento. He creído conveniente darte tiempo para asearte y ponerte ropa más... digamos... acorde con tu posición.

—Lo entiendo y te agradezco profundamente que hayas tomado esas medidas.

»Reconozco que ahora me siento casi normal —aseguró Diego, preparándose para ser rasurado.

Capítulo 60

En el camarote principal de la *Santa Gabriela*, Diego permanecía despierto desde antes del amanecer. Le torturaba la conversación mantenida en la posada con referencia a su tío. Mientras no aclarase esa situación con el hermano mayor de su padre, jamás estaría tranquilo. Había llegado el momento de encararle. Quería escuchar de sus labios la razón tan poderosa por la que había provocado el encarcelamiento y la ejecución de su hermano. Necesitaba saber la verdad; tal vez así, su mente pudiera descansar tranquila.

Sentado en la ventana del espejo de popa, abierta a pesar del frío reinante, se relajó viendo el suelo del puerto blanqueado por la escarcha de la mañana. El frescor se coló por entre la camisa blanca y le erizó la piel; llevaba puesto, también, uno de los pantalones negros que le había arreglado el sastre el día anterior y las botas de cuero flexible. El conocido peso del alfanje en su cadera le daba sensación de seguridad. Deseaba zarpar; sentir el frío cortante en la cara y el aire limpio y salobre del mar. Había soñado tantas y tantas noches que era libre, solo para despertarse después sobre un sucio jergón, que necesitaba probar que ahora no era un sueño y que realmente lo habían liberado. En cuanto hablase con su tío partirían sin demora a cumplir las órdenes de la reina: deberían luchar contra los aliados del archiduque Carlos de Austria, tal como le contara Marina dos años antes. Si en algún momento de aquellos días había dudado de la veracidad de su relato, ahora, a la vista de los sucesos acaecidos desde que fue encarcelado, no le quedaba más remedio que creerla. Todo estaba sucediendo tal y como ella había vaticinado aquella lejana noche y aún habría de durar varios años.

No quería pensar en ella; hacerlo le producía un enorme vacío interior. Asió la taleguilla que colgaba del cuello y la apretó en su puño. Aquel objeto era una especie de talismán para él, algo que mantenía su cordura amarrada y no le permitía caer en la desesperación. Aquella bolsita contenía la prueba de que Marina había existido de verdad. Que no era fruto de un sueño, sino de

carne y hueso. Como contrapartida, ese mismo objeto impedía que la olvidase. Le obligaba a recordarla cada minuto de su vida; una vida —llevaba tiempo sabiéndolo— que no tenía ningún valor sin ella.

Se peinó con los dedos, en un esfuerzo por mitigar el dolor que le atenazaba el alma, y gruñó al ver que sus brazos se movían como si aún llevaran las cadenas. Era necesario quitarse esa mala costumbre.

Dispuesto a eliminar cualquier indicio de su paso por prisión, se bajó de la ventana y trató de caminar por la camareta, con pasos largos y armónicos. Por extraño que pudiera parecer, no era fácil librarse de la costumbre; en cuanto se descuidaba volvía a caminar como si llevara grilletes en los tobillos. De hecho, dudaba de que pudiera correr sin hacerlo a saltitos.

La noche anterior, cuando embarcó en la *Santa Gabriela*, eran muy pocos los marineros que estaban en cubierta y la oscuridad cubrió, de algún modo, su peculiar forma de andar. Ahora, a la luz del día, era demasiado evidente; detestaba que su paso por prisión fuera tan obvio. Una tripulación necesitaba un capitán fuerte, enérgico y justo. Su apariencia actual distaba mucho de cumplir con parte de esas premisas.

Una hora más tarde, agotado por toda la concentración desplegada en el intento de caminar normalmente, decidió acercarse al comedor del navío para desayunar.

—¿Te ha contado algo referente a Marina? —indagó don Adolfo.

Andrés y él estaban solos en el comedor de la fragata, frente a sendos tazones de aromático chocolate. El resto de los marineros estaban atareados en sus cosas y alguno de ellos atendiendo a los hombres del *Delfín*, que ya habían sido puestos en libertad. Según pudo comprobar cuando los vio subir precariamente por la planchada, durante algún tiempo no podrían hacer mucho más que recuperar las fuerzas y rellenar sus descarnados huesos.

—Siento tener que decirles que no me ha dicho nada —negó Andrés, taciturno—. Me violentaba preguntarle por ella, de manera que me abstuve. Suponía que él lo haría primero, después de todo, allí en la celda no tendría noticias... pero no ha dicho nada. ¿Qué creéis que haya podido pasar? Ya os conté que la estuve buscando por toda la ciudad, sin resultado. Nadie parece conocer a una muchacha de esas características, y bien sabe Dios que no es alguien que pueda pasar desapercibida. —Alzó la mirada al bao de la nave—. El preboste me aseguró que durante la contienda no vieron a ninguna mujer ni la tenían en los calabozos. En casa de don Santiago tampoco estaba... Cuando

subí al barco la busqué por todos los rincones. Allí no había nadie. Si no estaba presa, no murió durante la refriega y no la encontré en ningún sitio, ¿qué pasó? —Entornó los ojos, incrédulo.

El consejero del rey suspiró con tristeza. Desconocía el paradero de Marina y lo que pudiera haberle pasado en todo ese tiempo. Lo más extraño de todo el asunto era que Diego no hubiera preguntado por ella; como si supiera ya la respuesta. Los había visto tan enamorados cuando estuvieron en Cádiz, que le costaba creer que ella no hubiera estado al lado de Andrés, tratando de rescatar a su marido. ¿Habría muerto?

—Buenos días, amigos. —La voz de Diego le rescató de sus aciagos pensamientos.

—Buen día. ¿Cómo te sientes? —le preguntó.

En el rostro pálido del capitán se evidenciaban los estragos causados por dos años de encierro; sin la barba, las mejillas se veían hundidas y el gris acerado de sus ojos destacaba más que nunca. El pelo negro presentaba canas aquí y allá. Pese a caminar con más garbo que el día anterior, aún renqueaba un poco.

«Ojalá hubiera podido liberarlo antes».

—Eufórico, cansado, intrigado... —barbotó Diego y se sentó a la mesa—. No sé cómo me siento en realidad. Hay momentos en los que todo me parece irreal... Los primeros meses en la celda, me ocurría lo mismo...

—Te puedo asegurar que esto —Andrés señaló el camarote con un amplio ademán y sonrió al capitán con la intención de alegrarle—, es real. No estás soñando...

—Eso espero —asintió con la cabeza.

Don Adolfo decidió que ese era un buen momento para averiguar algo sobre la desaparecida Marina. Presentía que, si no sacaba el tema él, Diego jamás lo haría por propia voluntad.

—Verás, Diego. Andrés y yo nos preguntábamos por tu esposa... —comenzó. El semblante demacrado de Diego se tornó más pálido, si cabe. Por un instante sintió remordimientos al ver la desolación de su amigo; sin embargo, ya había comenzado y debía seguir—. Cuando te apresaron, Andrés la estuvo buscando, aunque no logró dar con ella. Han pasado muchos meses y nadie sabe nada ni la han visto... ¿Sabes tú algo?

—No está —lo interrumpió fríamente Diego—. Os rogaría que no me preguntaseis más por ella.

—¿Crees que estaba implicada? —sugirió Andrés, estupefacto—. ¿Piensas que ella te traicionó?

La expresión del maestro de armas era de clara consternación.

—¡No! —La mirada gris era como el acero—. ¡Por el amor de Dios! ¿Cómo puedes pensar eso? —Se pasó la mano por la cara antes de hablar entre dientes—: Ella no me traicionó. Ella... simplemente, no está.

A pesar de que intuía que Diego no quería hablar de ello, le era imposible dejarlo así.

—Perdona que insista. ¿Estás diciendo que ha muerto? —indagó Adolfo confundido. No se le ocurría otra razón para la ausencia de Marina.

Diego no contestó a la pregunta; se limitó a mirarles de manera harto elocuente, hasta que ellos terminaron por aceptar a regañadientes que él no les respondería. Si había fallecido o no, se lo guardaba para él.

—Ella ya no está... eso es todo —notificó a sus anonadados compañeros. Bajó la mirada y se concentró en seguir con el dedo el camino de una veta en la madera de la mesa—. Quiero pedirte un favor, amigo mío... —Alzó la vista y la fijó en Adolfo.

—Tú dirás...

—Sé que hemos de zarpar con premura. No obstante, necesito aclarar lo sucedido con mi padre y, por eso, he de ver a mi tío. —Calló como si estuviera buscando las palabras adecuadas—. Estamos en guerra, en cualquier momento puedo morir y no quiero hacerlo sin saber la verdad. Si él está implicado...

—¿Aún lo dudas? —preguntó Andrés, furibundo.

—Me resisto a creer que pueda albergar tanta maldad. —Diego aguantó las miradas incrédulas de sus acompañantes—. He estado pensando en ello y creo que hay una manera de conseguir que el preboste y los alcaldes crean en nuestra palabra.

Acercándose a sus amigos, les expuso el plan que tenía en mente.

La Araña estaba rabioso. Vestido completamente de negro, caminaba a paso airado por la biblioteca, con las manos convertidas en puños. Su peluca yacía encima del pulido escritorio, al lado del candelabro encendido, donde la había tirado al conocer la noticia. Se mesó el pelo con ira apenas contenida. Se había enterado de que el maldito bastardo había sido liberado el día anterior. Ya fue malo descubrir que no lo ahorcarían; saberlo libre era aún peor.

«¡Maldita suerte la de ese mal nacido!».

Dos años antes, en cuanto lo supo, había ordenado a Bartolomé que diera aviso al preboste de la presencia del capitán Izaguirre en la ciudad; esta vez no podían dejar que escapase; debían apresarlo y ejecutarlo de una vez por todas.

Al saber que lo tenían en la cárcel, no había perdido tiempo en deshacerse de las únicas personas que podrían señalarlo. Envió a Bartolomé a prender fuego a la *Santa Lucía* y a su detestable capitán. No había cumplido el trato y debía pagar por ello. Además, le había revelado a Diego la trampa tendida a su padre. Era primordial deshacerse de don Ernesto antes de que se presentara ante la Junta y relatase todo el asunto con pelos y señales. Su testimonio tendría mucha importancia y él no quería correr ningún riesgo.

Horas más tarde, cuando Bartolomé se personó en la posada para hacerle saber del cumplimiento de sus encargos, pensó en matarle al saber que no había asesinado al capitán Prieto antes de prender el fuego. La incompetencia de ese hombrecillo (o un inoportuno remordimiento de conciencia) daba a don Ernesto la oportunidad de ponerse en contacto con los pocos hombres del *Tritón* que no estuvieran presos... y hasta con los miembros de la Junta, si ese era su deseo. No lo podía consentir; era demasiado peligroso. Por eso había ordenado a Bartolomé acabar definitivamente con don Ernesto.

Se acercó al fuego de la chimenea para sosegarse mirando, durante un rato, las formas cambiantes de las llamas. Un tronco resbaló del hogar y él lo devolvió a su sitio con el atizador.

Había protegido a Bartolomé bajo su techo. No le convenía que los hombres del preboste lo encontraran. Ese hombrecillo sabía demasiado.

Ahora se alegraba de haberlo hecho. Iba a encargarle un último trabajo, después se libraría de él.

—¡Adelante! —gritó cuando llamaron a la puerta.

—Señor, el capitán Izaguirre está a la puerta y desea hablar con vos... — anunció su lacayo.

Capítulo 61

—Que pase. A Bartolomé decídele que se prepare tal y como hemos convenido —ordenó escuetamente. Curvó un lado de la boca, mostrando los dientes—. Muy oportuno...

Mientras el lacayo cumplía con el mandato, él se sentó a la mesa del escritorio, se colocó la peluca y esperó pacientemente a la visita.

—Buen día —saludó Diego al entrar.

Don Santiago comprobó las señales del paso del joven capitán por la prisión; las elegantes prendas no ocultaban la delgadez de su persona ni la palidez de su cara. En el fondo sintió admiración por Diego y comprendió por qué su hermano había estado tan orgulloso de él.

—Buen día. Deja la puerta entornada, si no te importa. Veo que te han soltado y debo decir que me sorprende... —aseguró, sin levantarse.

—Tengo una dispensa real —contestó, escueto.

Eso lo explicaba todo. El entrometido de don Adolfo Pérez de Alcántara lo había hecho posible. Los ojos grises de su sobrino estaban clavados en él; casi podía sentir cómo se formaban las preguntas en su cabeza. Preguntas que él estaba dispuesto a responder. Mejor dicho, que él deseaba responder.

—Es fácil imaginar a qué se debe esta visita... —comenzó don Santiago—. Te preguntarás muchas cosas, ¿no?

El semblante de Diego se crispó; era indudable que el joven, hasta ese momento, aún dudaba de su culpabilidad y que esas palabras terminaban de convencerlo. Casi sintió lástima, aunque ese sentimiento duró poco: debía pagar por su terquedad al no aceptar las cosas tal como habían sucedido. Esa cabezonería había impuesto a don Santiago quebraderos de cabeza y decisiones que habría preferido evitar.

Debía destruirlo por lo mismo que le admiraba: su tesón. Una virtud que él hubiera deseado para su propio hijo, de haberlo tenido. Tampoco disfrutaba

viéndolo tan débil, aunque sentía alivio al comprobar que él ahora era el más fuerte de los dos. Por si fuera poco, el muchacho había venido desarmado.

—¿Por qué? —murmuró el capitán. Y se sentó en una silla al otro lado del escritorio, al parecer incapaz de seguir de pie un instante más—. ¿Por qué?

—He pasado la mayor parte de mi vida ideando mil maneras de acabar con tu padre. Cuando él nació mi vida se convirtió en un infierno. Supongo que sabrás que durante mi infancia fui un niño enfermizo... —murmuró, asqueado—. Tu padre, por el contrario, gozaba de una excelente salud y una energía desbordante; jamás estuvo enfermo. Mi padre estaba orgulloso de él; seguramente, de no haber estado vigente la ley de mayorazgo, le habría legado la casa y las tierras de los Izaguirre. Para desdicha de mi desagradecido padre, yo era su primogénito y a su muerte heredaría todo. A Francisco aquello no parecía importarle mucho; en cuanto tuvo edad suficiente se embarcó, como siempre había querido.

»¡Ah! Durante mucho tiempo fantaseé con que una gran tormenta lo arrastrara al fondo del mar; o que una horda de piratas sanguinarios lo tomaran prisionero y lo vendieran como esclavo en las costas de Berbería, tras someterlo a grandes torturas. —Mostró los dientes en un simulacro de sonrisa—. Desdichadamente no fue así; cada vez que retornaba de un viaje, lleno de aventuras que contar, yo deseaba asesinarlo con mis propias manos. Yo, que me desvivía por aprender todo lo que mi padre me enseñaba para mantener nuestro patrimonio, no recibía más que un agradecimiento ocasional, en cambio él, que no hacía nada, era agasajado como el hijo pródigo. —Golpeó la superficie de la mesa, en un intento de aplacar la rabia que hacía hervir su sangre—. Traía regalos para todos. Chucherías de lugares remotos, que mis padres y Úrsula reverenciaban. Úrsula... hasta ella le prefería a mí —siseó, con los dientes apretados.

La falta de luz solar había despojado al bastardo de su saludable color moreno; ahora, a la luz de las velas, su rostro presentaba una palidez casi enfermiza. Lo vio levantarse y caminar arrastrando los pies hasta una ventana cercana, desposeído de su anterior apostura.

—¿Puedo abrir la ventana? Me ahogan los sitios cerrados... —murmuró.

Por un momento pensó en prohibirle que la abriera, sospechando la angustia que le causaba estar encerrado en la biblioteca con él, pero decidió ser magnánimo.

Diego regresó a su silla y se dejó caer en ella casi agotado.

—No me parece que ese sea un motivo válido para organizar...

—Un año, al retornar de uno de sus exóticos viajes —continuó don Santiago, como si no lo hubiera oído—, nos anunció que su capitán se retiraba y que le regalaba el barco. ¡Aghhh! El maldito Francisco y su bendita fortuna —bramó iracundo, crispando las manos—. Nos habló de una muchacha de México con la que iba a casarse. Daba asco oírle describir a la fulana con tanta adoración —escupió, disgustado.

El capitán Izaguirre se levantó y lo miró con frialdad desde su altura.

—No os consentiré que habléis en ese tono de mi difunta madre —siseó por lo bajo.

—Él estaba exultante por su próximo matrimonio —prosiguió, enfrascado en el relato—. Lo mirabas y daba la impresión de que caminaba un palmo por encima del suelo... Esa vez tardó bastante en volver. Tanto mis padres como mi hermana estaban en ascuas deseando conocer a la tan nombrada doña Elvira. Cuando por fin fue avistado su barco todos parecían correr como gallinas sin cabeza, preparando el recibimiento.

Se le estaba secando la boca de tanto hablar y aún quedaba mucho por decir... Con parsimonia, muy seguro de sí mismo, abandonó su lugar frente al escritorio para dirigirse a la mesita donde estaban dispuestas unas copas y una botella rebosante de buen licor. Al recordar el rostro asustado del comerciante soltó una seca carcajada.

—¿Te apetece un poco de coñac? —le ofreció. Diego negó con la cabeza—. Es un excelente licor —aseguró don Santiago, sin hacerle caso, le tendió la copa antes de regresar a su sitio, al otro lado de la mesa—. Era del comerciante don Federico Aguirre. ¿Lo conocías bien? —preguntó—. Quizá no te hayas enterado... murió hace dos años... alguien le estranguló en su casa. —Diego lo miró desconcertado—. Habló demasiado con un nuevo comerciante que le vendió cacao y azúcar de caña...

—Vos... vos lo matasteis. ¿Por qué? ¿Qué os había hecho?

—Como ya te he dicho antes... habló demasiado contigo y su imaginación se acercó excesivamente a la verdad para mi propio sosiego. —Apuré de un trago el contenido de la copa y se levantó para servirse otra, solo que esta vez llevó consigo la botella al escritorio. No quería volver a levantarse—. Tu padre arribó solo. Nos relató una lacrimógena historia a la que yo no presté ninguna atención. Me irritaba demasiado oírle hablar y yo, por entonces, estaba ocupado con mis propios asuntos. Asuntos que él desbarató con su mera presencia.

Se fijó en que su copa volvía a estar vacía y la llenó generosamente. El líquido ambarino le reconfortaba más que cualquier otra cosa, exceptuando

acabar con Francisco y ese bastardo suyo.

—¿A qué os referís? —preguntó Diego.

—Me refiero a Elena...

—No os entiendo. Ella fue la esposa de mi padre —rememoró con obviedad.

—Desgraciadamente —barbotó el tío con desagrado—. Meses antes de que él regresara con su patética y lacrimógena historia yo le propuse matrimonio a esa... mujer. Y me rechazó.

El recuerdo de la mujer a la que primero había deseado con pasión y después odió con la misma virulencia llenó su cabeza.

—Agradezco profundamente vuestro ofrecimiento de matrimonio y me conmueve vuestro interés en mí, pero he de rehusar —le había explicado Elena tanto tiempo atrás, con sus suaves maneras, tras oír su petición de mano.

Él la miró, sorprendido por sus palabras. Desde luego no eran las que había esperado y no las iba a aceptar de ninguna manera.

—No puedo admitir un no por respuesta. Debéis comprender que deseo casarme con vos —aseguró con firmeza—. Estoy enamorado y quiero haceros mi esposa.

—Siento tener que desalentaros, señor. Mi boda con vos es imposible —añadió ella con tenacidad. Sus bucles dorados se agitaron en un gesto negativo.

—Os repito que os amo y quiero casarme con vos —ratificó él, impaciente por la terquedad de Elena. Desde luego, no era una virtud en una mujer. Ya se encargaría de doblegarla hasta que olvidara todo intento de oposición.

—No deseo ofenderos, señor. Ruego me perdonéis si os digo que dudo de vuestros sentimientos hacia mí. Tal vez estéis encaprichado, pero difícilmente creo que estéis enamorado. En todo caso, he de deciros que yo no lo estoy —aclaró ella con su voz meliflua.

—Tal vez he sido demasiado impulsivo y os he hecho esta declaración sin haberos preparado antes... —había sugerido, aguantando el dolor del rechazo con los dientes apretados—. Os dejaré unos días para pensároslo mejor.

—Os prevengo de que mi respuesta no será diferente a la ya dada —vaticinó Elena con terquedad.

No mucho tiempo después, Elena se casó con el maldito Francisco. Entonces él juró que le haría pagar ese desaire.

Volvió a beber para apartar esos recuerdos.

—No sabía que estabais enamorado de ella...

La carcajada áspera y grosera cortó las palabras de Diego.

—No eres más que un estúpido romántico, como él —ratificó cuando cesó de reír—. Elena era una muchacha muy hermosa con un pelo rubio precioso. Yo la deseaba... quería poseerla... —Rellenó su copa otra vez. El coñac le proporcionaba fuerza—. Y él me la arrebató.

—Dudo que mi padre supiera de vuestro interés por ella... —defendió el joven sabiamente.

—Eso no tiene la menor importancia. Lo importante es que él se casó con Elena y yo no. —Le clavó la mirada gris y por un momento el parecido de Diego con su difunto hermano fue terrorífico.

Parpadeó varias veces para alejar ese pensamiento. El maldito Francisco había muerto, vio el cuerpo balancearse en el extremo de la soga. Lo vio patalear en el vacío y observó la mancha oscura que se extendía por la entrepierna de sus calzas cuando sus entrañas se vaciaron con el estertor de la muerte.

Quien estaba frente a él solo era su bastardo.

—Esperé pacientemente el momento de vengarme de los dos. —Acarició el borde de la copa.

—Las escaleras... la empujasteis vos... —musitó Diego, horrorizado.

—Fingí ser el primero en llegar y que trataba de auxiliarla. Todos lo aceptaron sin cuestionarlo. ¿Por qué iban a creer otra cosa?

—Los matasteis a los dos. ¡Maldito sádico!

Don Santiago se sirvió más coñac. Posiblemente estaba bebiendo más que de costumbre, pero la situación bien merecía unos buenos tragos de ese excelente licor. No todos los días uno podía desquitarse de las humillaciones recibidas a lo largo de la vida. Había llegado el momento de hacerle pagar. Francisco debía sufrir tanto como lo había hecho él.

«Ya llegará...», se dijo en silencio. Y apuró los restos de licor de su copa antes de rellenarla de nuevo.

—Ya os habíais desquitado con la pobre Elena por ese supuesto agravio. Vos sabéis que mi padre sufrió mucho con la muerte de los dos. ¿No era suficiente venganza? ¿Por qué deshonar a mi padre y dejarlo morir en la horca? —preguntó Diego, apretando los puños.

—Quizá si no te hubiera conocido y traído aquí, mi afán de compensación se habría extinguido. —Agitó la copa con ademán de restarle importancia—. No fue así. Él tenía un hijo. No un bebé llorón, no: un muchacho ya medio criado, que era su viva estampa. ¿Te das cuenta, Francisco? Hasta en eso me

ganabas —pronunció, sin darse cuenta del desliz—. Yo no tengo hijos... las mujeres con las que he yacido nunca han quedado embarazadas de mí. En cambio, tú tienes un hijo tan intrépido y saludable como lo eras tú de pequeño. Ya es hora de acabar contigo.

Abrió el cajón de su escritorio y sacó una pistola.

Diego se abalanzó sobre él para arrebatarse el arma. Tal y como don Santiago esperaba, en medio de tantas revelaciones no se había percatado de que la mecha no estaba encendida.

Era la señal convenida para que Bartolomé entrara sigilosamente y lo apuñalara por la espalda. Luego él prendería la mecha con la llama de las velas y asesinaría al hombrecillo.

Ya tenía bien preparada la defensa. Ante el preboste declararía que el delincuente había entrado en la biblioteca armado con un puñal. Al ver que se abalanzaba contra su sobrino, él había disparado para defenderlo.

Sin embargo, algo no estaba saliendo bien. El bastardo seguía vivo. Bartolomé tardaba demasiado en hacer su trabajo.

—¡Alto! —gritaron unas voces. A través de la ventana penetraron varios guardias armados.

Se abrió la puerta de la biblioteca. Don Adolfo, Andrés, el preboste y los dos alcaldes entraron en la estancia, seguidos por varios prohombres de la ciudad. Bartolomé venía entre ellos, maniatado.

—Haced el favor de tirar el arma, don Santiago. Hemos oído todo lo que se ha dicho en esta habitación —aseguró el preboste—. Mi deber es arrestaros por todos esos crímenes cometidos y por el intento de asesinar a vuestro sobrino.

Miró a todos. El odio iba creciendo en su interior. Lo habían engañado. Todos se habían burlado de él.

Capítulo 62

San Sebastián, julio de 2007

La suave brisa le agitó el pelo rojizo, el vestido color cereza, largo y sin mangas, y refrescó un tanto el calor reinante. Con una mano a modo de visera sobre los ojos cubiertos por unas gafas de sol, Marina observaba a los participantes en las pruebas de kayak, que remaban con fuerza en la bahía de La Concha. La carrera iniciaba la última vuelta sin dar visos del posible ganador. Era un espléndido día veraniego. Muchos paseantes (además de los familiares de los competidores) observaban el desarrollo de la carrera y alentaban a los chavales con gritos de ánimo. Inspiró con orgullo cuando el número siete, remando a toda velocidad, se interpuso claramente, segundos después, para colocarse en cabeza al cruzar la meta como ganador. Ya no se fijó en el orden en el que llegaban el resto de los participantes. Abandonó la terraza del Aquarium y bajó con rapidez hasta la rampa, mostrando las piernas por la abertura delantera, la larga falda ondeando detrás. En breves minutos los exhaustos niños llegarían para dejar los kayaks después de la regata. Quería ser la primera en besar al ganador. Los otros padres y madres, siguiendo su ejemplo, se arracimaron para esperar a que llegaran sus respectivos hijos.

—¡Buenos días, Marina! —La voz de Álex se oyó por encima de las demás. Intentaba acercarse a ella sorteando a la multitud—. Ese hijo tuyo lo ha vuelto a conseguir. Tiene alma de campeón —añadió, cuando logró ponerse a su lado.

—¡Hola, Álex! Yago ha estado asistiendo a los cursillos desde que acabaron las clases en el colegio —observó ella, risueña—. Quería ganar, ya sabes cómo son los niños... Perdona, ahora vuelvo —se disculpó al ver que su hijo alcanzaba la rampa de piedra.

—¡He ganado, he ganado! —gritaba Yago en medio de la algarabía. Alzaba el remo como si fuera un trofeo—. *Ama, ama!* ¡He ganado! —repitió

antes de lanzarse a los brazos de su madre.

Ya estaba pasando por la etapa de no querer muestras de cariño frente a otras personas, pero en ese momento parecía no importarle mucho que sus amigos y compañeros les vieran abrazándose. Marina aprovechó esos preciosos instantes como si quisiera atesorarlos. Su hijo estaba creciendo rápidamente; al día siguiente cumpliría doce años. Lo estrechó entre los brazos, ignorando su ropa empapada; parecía no querer soltarlo nunca más.

—*Ama... ama...* Nos están mirando —susurró Yago contra su oído, instantes más tarde.

Se separaron, Marina con sensación de pérdida y Yago claramente ruborizado. Era evidente que las efusivas muestras de afecto en público ya no eran de su agrado. Con un movimiento impaciente, él se pasó la mano por la cabeza para quitarse el agua que goteaba de su negro pelo. Los otros niños esperaban para chocar las manos con su hijo, entre risas; ella, con la parte delantera del vestido húmeda tras el abrazo, los vio hacer con una sonrisa de complacencia en su rostro acalorado.

—Está creciendo mucho —habló Álex a su espalda.

—Sí, a veces olvido lo rápido que pasa el tiempo... —murmuró con añoranza. Se volvió para mirarlo—. Pero bueno, Álex, ¿cómo es que estás aquí? —preguntó a su amigo, tratando de olvidar lo imposible.

—Terminé las consultas antes de lo que esperaba. Y decidí no perderme la regata. —Se alzó de hombros y guiñó un ojo a Marina, quien no pudo menos que sonreír.

Álex Goena siempre conseguía eso. No había cambiado mucho desde que lo conociera, quince años atrás. Ya entonces le resultó un hombre agradable y cariñoso. Ahora, a los cuarenta y seis años, Álex poseía un rostro agraciado, un tanto melancólico, con ojos del color de la miel derretida, del mismo tono de su cabello, que siempre parecía necesitar un buen corte. Aunque se cuidaba mucho, no había podido deshacerse de unos kilos de más que se le acumulaban en la cintura y que eran la causa de multitud de bromas. Había sido el cardiólogo del abuelo de Marina y, a pesar de la diferencia de edad, buen amigo suyo. Ella se había sentido apoyada en los momentos más difíciles de su vida y solo por eso le estaría eternamente agradecida. Desde que muriera Eusebio, cinco meses atrás, Álex no se había separado de ellos, demostrando el aprecio que les tenía.

—Quiero invitaros a comer —dijo el médico—. Mañana tendré un día muy ajetreado y no podré celebrar el cumpleaños de Yago.

—No creo que haya problema. Yago estará encantado de comer en tu casa...

—¡Ya! Pero no por mí. —Movi6 la cabeza con fingido pesar—. Reconozco que ese honor lo tienen una PlayStation y un mont6n de juegos.

—La culpa es tuya —le amonest6 Marina apunt6ndole con un dedo—. Desde muy peque6o le has ense6ado a jugar con todos esos artilugios. Despu6s se la regalaste el d6a de su Primera Comuni6n. Ahora no te quejes... —La sonrisa le bailaba en los labios.

—Umm. Verdaderamente comet6 un error... y ahora no me quiere por m6 mismo, sino por mi videoconsola. —Se llev6 las manos al coraz6n y dej6 caer la cabeza sobre el pecho en actitud de derrota.

—¡Eres un payaso, 6lex!

—¡Mirad qu6 medalla m6s guay me han regalado! —exclam6 Yago, cuando se acerc6 a ellos corriendo—. ¡Es la de oro!

Marina, apartando la mirada del colgante, se coloc6 mejor las gafas de sol, para evitar que los dem6s pudieran leer el dolor en sus ojos. Mil recuerdos se agolpaban en su mente y golpeaban con sa6a all6 donde m6s dol6a. Pod6an haber pasado casi trece a6os, pero para ella era como si todo hubiera ocurrido el d6a anterior. La imagen de su hijo con aquella medalla no contribu6a a que olvidase; por el contrario, la sola presencia de Yago acrecentaba la nostalgia. Parec6a como si nunca pudiera verse libre del recuerdo de Diego. Era como tenerlo grabado a fuego en el alma.

—¿Qu6 te parece comer en mi casa? —oy6 que le preguntaba 6lex a Yago—. Despu6s podr6amos ir a la playa... —Marina sinti6 la mirada del m6dico y prest6 atenci6n a lo que dec6a—. Posiblemente vayan Mar6a y Carlos, Juli6n y Beatriz, toda la prole y M6nica. Lo pasaremos bien.

Marina se oblig6 a sonre6r y trat6 de apartar aquellos torturantes y melanc6licos pensamientos antes de que Yago y 6lex se dieran cuenta. Afortunadamente las siguientes palabras de su hijo consiguieron alegrarle el momento.

—¡Genial! ¿Has comprado el nuevo juego de *Piratas del Caribe*? —inquiri6 esperanzado el ni6o. Las carcajadas de los dos adultos lo sorprendieron—. ¿Qu6 pasa? ¿Qu6 he dicho?

—Nada, cari6o. Tonter6as de mayores —asegur6 Marina, mirando con ternura a su hijo. Le alborot6 el pelo. ¡Qu6 guapo era!

—Est6is locos —convino Yago mientras giraba un dedo alrededor de su sien para enfatizar sus palabras.

Un rato después Álex los vio alejarse. Habían quedado en reunirse en su casa un par de horas más tarde; así, mientras Yago se duchaba, le daban tiempo para preparar la comida.

No dejó de contemplar a la hermosa mujer de pelo rojizo y cuerpo juvenil ni al niño, tan diferente a la madre, hasta que los perdió de vista.

Se sentía fascinado por Marina.

«¡Vaya eufemismo!», se recriminó en silencio. Estaba enamorado de ella desde que se la presentaron.

Marina era una mujer muy especial y enigmática. Después de tantos años, aún no sabía dónde había estado los casi tres meses que desapareció en el noventa y cuatro. Todo era un completo misterio. Le constaba que solo Eusebio Vivar sabía la verdad, pero él siempre le guardó el secreto a su nieta.

Álex había sido su cardiólogo desde que sufriera el infarto cuando murieron los padres de Marina. En aquel momento estaba de guardia en urgencias del hospital y fue quien lo atendió. Afortunadamente, todo quedó en un susto y el abuelo salió de aquel trance sin consecuencias.

Por eso aquel agosto, cuando Marina desapareció, él estuvo al lado de Eusebio, no solo como médico, sino también como amigo. Juntos emprendieron una búsqueda sin resultados, que minó la salud del anciano al punto de hacer que Álex temiera por su vida. El primero de noviembre de ese mismo año, casi tres meses después de su desaparición, Marina regresó tan de repente como había partido. No dio explicaciones. Lo sucedido en ese tiempo era, hasta el momento, una completa incógnita. Tan secreta como la identidad del padre de Yago.

Él adoraba al muchacho como si fuera su hijo. Desde el primer momento había compartido su vida: lo había visto aprender a gatear, a andar; cambió sus pañales cuando hizo falta y le enseñó a jugar al balón.

Quizá si al principio creyó que solo era una estrategia para ganar el corazón de Marina; más tarde se descubrió rendido a la presencia carismática del pequeño. El tiempo no había hecho sino acrecentar esos sentimientos, tanto por la madre como por su extraordinario hijo.

Tenía la esperanza de que algún día Marina le correspondiera del mismo modo. De momento se conformaba con saber que no estaba con otro hombre.

Emprendió con optimismo el camino a su casa; tenía una comida que preparar.

Capítulo 63

Marina y Álex, una vez terminaron de limpiar la cocina tras la comida, regresaron a la escueta sala de estar. Cada vez que ella entraba allí pensaba que el dueño de la casa acababa de llegar o estaba a punto de mudarse. Los libros continuaban dentro de cajas de cartón, esperando a que Álex se dignase a comprar unos estantes donde colocarlos. El poco mobiliario del que disponía la habitación era un compendio mínimo de muebles desiguales y muy viejos, heredados de los antiguos inquilinos del piso. Los únicos lugares de esa casa que estaban medianamente decorados y en perfecto orden eran la cocina y el despacho donde guardaba informes, los libros de medicina y todo lo referente a su profesión. El resto de la vivienda necesitaba un cambio que Álex no encontraba tiempo para realizar.

Yago, en la habitación contigua, estaba enfrascado en una batalla intergaláctica con la videoconsola. Hasta ellos llegaban los sonidos electrónicos de la contienda.

—¿Te apetece una copa antes de que bajemos a la playa? —le consultó Álex.

—No, gracias. No quiero que se me suba a la cabeza y ya he bebido bastante vino. —Ella sonrió con travesura. El excelente vino con el que habían acompañado la comida empezaba a hacer efecto. Se sentó en uno de los sofás—. ¿Te he dicho ya que podrías dedicarte profesionalmente a la cocina?

—En los últimos... —Álex, haciendo teatro, miró el reloj antes de contestar— cinco minutos, no. Te vuelvo a dar las gracias. Si no te conociera, pensaría que estás haciéndome proposiciones... —Se dejó caer en el sofá, al lado de Marina.

—¡Nooo! —exclamó, fingidamente escandalizada—. No se me había ocurrido... Lo tendré en cuenta. Serías un buen partido —añadió sin pensar.

—A mí, sinceramente, no me importaría que me las hicieras.

La mirada serena de Álex le hizo comprender que hablaba en serio. Bajó los ojos abiertos como platos, totalmente anonadada.

«¡Ay, *ama*, que metedura de pata!», pensó, buscando una manera de salir airoso de esa situación.

No sabía qué decir ni qué hacer. Se sentía cortada. Años de sólida camaradería se estaban esfumando a toda velocidad. Hasta ese momento no se había dado cuenta de que Álex pudiera tener por ella otro interés que no fuera fraternal.

Estaba engañándose a sí misma: lo sospechaba, pero no quería creerlo. Se trataban desde hacía años y en todo ese tiempo a Álex no se le había conocido ningún romance. ¡Madre mía! Era un hombre atractivo, amable, encantador... Y seguía soltero a sus cuarenta y seis años.

«Solo una tonta como yo no se habría dado cuenta».

El médico, sentado a su lado, parecía tan incómodo como lo estaba ella.

—Marina... Lo siento si te he molestado... Pero es la verdad.

Las palabras sonaban sinceras. Ella se giró para mirarlo. Fue un error. Los ojos ambarinos tenían una mirada tan anhelante, tan vehemente, que no se percató de lo cerca que estaban el uno del otro hasta que sintió los labios de Álex sobre los suyos.

Cerró los ojos para saborear la increíble y casi olvidada sensación de ser besada. Los labios de Álex eran suaves y tiernos; ella se abandonó a esa emoción, participando en aquel beso. Se dejó llevar para recrearse con algo casi olvidado.

Álex debió de percibir su abandono, porque profundizó el beso, excitado, y la abrazó intensamente con un ronco gemido.

El sonido despertó a Marina de su ensueño. Al verse medio hundida en el sofá, abrazada a Álex, se apartó rápidamente. Con la cara al rojo vivo, trató de arreglarse el vestido arrugado. Estaba tan enfadada consigo misma como confundida.

«¿En qué demonios estoy pensando? No estoy enamorada de Álex ni me interesa como hombre».

Le gustaba hablar con él. Era su amigo, su mejor amigo, pero nada más. Y estaba a punto de estropearlo todo, si no lo había estropeado ya. Para no mirarlo clavó la vista en los dibujos geométricos de la alfombra.

«He bebido demasiado vino», pensó, disgustaba por su falta de tacto.

—No me voy a disculpar por lo que ha ocurrido, pues mentiría —aseguró Álex, cogiéndole la mano—. Te quiero. Llevo muchos años tratando de decírtelo. —Calló un instante para tomar aire—. Cuando te conocí eras muy

joven y acababas de perder a tus padres, no me pareció el mejor momento para insinuar mis sentimientos hacia ti. —Se frotó la frente con aire distraído, como si quisiera aclarar sus pensamientos—. ¿Sabes que me volví loco buscándote? Incluso estuve a punto de proponerte matrimonio cuando supiste que estabas embarazada... Es cierto. —Marina quiso hablar, pero él imploró—: Escúchame, por favor. Primero estabas tan ocupada criando a Yago que no tenías tiempo para nadie más. Mañana Yago va a cumplir doce años; dentro de muy poco él querrá salir con sus amigos, ¿y qué harás tú? Respóndeme. —Le tomó del mentón con firmeza—. ¿Qué harás tú?

Los ojos del cardiólogo expresaban tanto cariño que Marina se sintió mortificada por ser incapaz de corresponderle. Él se merecía una mujer que le quisiera profundamente. Y ella, estaba segura, no era esa mujer.

—No lo sé. Cuando llegue el momento lo pensaré. Ahora no tengo ni la menor idea. —Mantuvo la mirada fija en Álex; no quería dejarle pensar que no tenía claro lo que iba a decirle—. Si en el presente algo tengo seguro es que no estoy preparada para comenzar una relación con nadie. Y menos contigo. —Al notar que aquellas palabras le habían herido le tocó la mano—. No me malinterpretes... no te quiero ofender. Entiéndeme, por favor, no puedo darte nada bueno y sí mucho dolor. Te aprecio demasiado como para hacerte eso. Te quiero mucho, es cierto, pero no como tú deseas. Por eso lo que acaba de suceder no tiene que volver a ocurrir. No quiero estropear esta buena amistad y sé que, si nuestra relación actual cambiase, tarde o temprano terminaríamos sin hablarnos.

—¿Por qué tendría que ser así? Creí... pensaba que estabas disfrutando tanto como yo... —Apesadumbrado, se puso en pie, con las manos en los bolsillos de los chinos verdes.

«¡Ay, Diego Izaguirre! ¿Cuándo saldrás de mi mente y de mi alma?». Marina giró con nerviosismo su anillo de boda. El anillo que llevaba puesto desde aquel lejano septiembre de mil setecientos.

—Es el padre de Yago, ¿verdad? —dijo Álex. Marina abrió los ojos desmesuradamente—. No, no has hablado en alto. Tranquilízate. Es algo lógico que pienses en él. En todos estos años no has salido con nadie. Supongo que él fue muy importante para ti —murmuró con amargura—, puesto que le sigues siendo fiel, a pesar de todo... —añadió, con la voz teñida de sarcasmo y dolor.

—¡No hables así! ¡No tienes derecho! No sabes nada... —barbotó Marina, saltando del sofá como un resorte. Estaba enfadada consigo misma y

con los extraordinarios momentos vividos trescientos años atrás, que no podía explicar... ni olvidar.

—Tú lo has dicho. No sé nada —suspiró Álex. Y volvió a frotarse la frente con la cabeza gacha—. No lo sé porque tú no me has contado nada. Pero me pregunto dónde estará ese dechado de virtudes para no estar con su hijo —la increpó con pesar—. ¿Dónde está, Marina? Yo jamás lo he visto. ¿Lo conoce Yago? ¿Le has dicho ya quién es su padre? ¿Sabes lo que necesita y necesitará ese niño la figura paterna?

—¡Basta! —casi gritó, fuera de sí. Le volvió la espalda, incapaz de creer que estuvieran manteniendo esa discusión—. Me las arreglaré yo sola. Te agradecería que no te inmiscuyeras en mi vida privada. —Se abrazó a sí misma, confundida por las palabras tan secas que lanzaba a su amigo.

—Pero... —El médico la sujetó por el codo y la obligó a encararle—. Si, como insinúas, ese hombre no pinta nada en este asunto, ¿cómo puedes seguir siéndole fiel, cuando él nunca se ha preocupado por vosotros?

—¡Suficiente! Ya que tanto quieres saberlo, te lo diré. —Trató de tomar aire, aunque estaba tan angustiada que casi no podía—. Él ha muerto... Murió hace muchos años... antes de que Yago naciera...

No quería pensar en eso; seguía siendo tan doloroso como trece años antes. Las lágrimas la impidieron ver. ¡Maldición! No quería llorar; ya lo había hecho en abundancia durante los primeros meses, después de regresar (y cada agosto, septiembre, octubre y noviembre, de todos esos años), cuando los recuerdos la abrumaban demasiado.

Álex la abrazó con ternura y ella se dejó cobijar entre sus brazos, maldiciéndose por anhelar que fueran otros los que la abrazasen. ¿Por qué no podía olvidarle sin más?

La imagen de Diego poblaba sus sueños cada noche. Lo imaginaba colgado del cuello en el cadalso. ¿Por qué no le hizo caso y no regresó a San Sebastián? Su recuerdo la sumía en la desesperación; al despertar, encontrar la cama tan desierta y tan fría como al acostarse. No era normal. Álex tenía razón; ya iba siendo hora de dejar el pasado atrás. De olvidar. ¿Pero cómo hacerlo si aún le estremecía su recuerdo? ¿Estaba castigada a ser incapaz de sentir eso por otro hombre? ¿No podría volver a enamorarse?

—Lo siento mucho, pequeña. No sé qué decir. —Álex hablaba con el mentón apoyado en la cabeza de Marina—. Nunca dijiste nada. Sí, es cierto: comentaste que había muerto, pero yo, sinceramente, no me lo creí. Pensaba que lo decías porque no estaba contigo y para evitar habladurías. Siento haber

sido tan bruto... Estoy preocupado por ti. Aunque no es excusa, ¿serás capaz de perdonarme?

Marina asintió con la cabeza y se secó las lágrimas con el dorso de las manos.

—Por supuesto que sí —aseguró, enderezándose—. Tú no eres el único que debe pedir perdón... Antes... antes de que nos besásemos he hablado sin pensar... —Bajó la mirada—. Tendría que haberme dado cuenta de tus sentimientos hacia mí; con todo, he sido necia y estúpida... —Sacudió la cabeza—. Supongo que tienes razón; ya es tiempo de avanzar...

—¡Ama! ¡Álex! —Los gritos de Yago, desde la otra habitación, le hicieron callar. Se separaron cohibidos—. He terminado el juego. ¡He ganado!

—Ese muchacho se está acostumbrado a ganar demasiadas veces... —murmuró Marina. Trató de sonreír, sin resultado—. ¿Tengo mal aspecto? ¿Se nota que he llorado? —preguntó, asustada. No quería que Yago la viese así.

—No estás mal... pero ve al baño y lávate la cara. El agua te sentará bien —aconsejó, recuperado su pragmatismo habitual—. Yo iré a ver qué ha hecho con los pobres marcianitos... —Le sonrió tristemente—. Tengo que entregarle su regalo de cumpleaños, ya te dije que mañana estaré muy ocupado.

Capítulo 64

La playa de La Concha estaba a rebosar de personas tomando el sol. Eran las seis de la tarde y el sol brillaba con intensidad. Marina, vestida con un biquini verde aguamarina, volvió a embadurnarse todo el cuerpo con la crema de protección solar.

—¡Madre mía, Marina! No sé cómo lo haces para mantener esa piel tan sumamente blanca —se extrañó Beatriz, ajustándose mejor la parte superior del biquini estampado. Se pasó una mano por el cabello, tratando de domar un poco sus rebeldes rizos oscuros. Entrecerró con socarronería los ojos verdosos al añadir—: Parece que te bañases en lejía.

—Créeme: esta piel es una maldición. Si no utilizo una protección solar alta, mañana pareceré una gamba cocida —aseguró ella, mientras guardaba el bote de crema—. María y tú sí que tenéis suerte, con esa piel tan morena que no se quema nunca.

—Es curioso lo moreno que es tu hijo y lo blanca que eres tú —declaró María, con su habitual sinceridad—. Si no fuera porque yo misma estuve en el parto, pensaría que no es hijo tuyo.

—Es igual que su padre... —explicó Marina. Por un momento dio la impresión de que iba a continuar hablando.

Beatriz y María se acomodaron en sus respectivas toallas, esperando que esta vez les aclarase un poco más el asunto. Como siempre, fue en vano. Ella permaneció tan hermética como una ostra.

Se conocían desde el colegio y se consideraban amigas íntimas, pero en lo que concernía a la paternidad de Yago guardaba un absoluto mutismo. De todos los amigos ninguno sabía gran cosa sobre en particular. Pese a que no entendían la razón de tanto misterio, lo respetaban.

Cuando regresó a su época, en aquel noviembre del noventa y cuatro, la acogieron en el grupo sin hacerle demasiadas preguntas, aunque esperando alguna respuesta. Cuando su embarazo fue evidente se atrevieron a

interrogarla. Marina solo les dijo que en esos meses había conocido a un hombre y que él había muerto (a juzgar por las palabras de Álex después de comer, no le habían creído). No hubo más esclarecimientos de ningún tipo.

—¿En serio no queréis venir al agua? ¡Está deliciosa! —exclamó Mónica, que llegaba corriendo desde la orilla. Se retorció la melena rubia para escurrir el agua—. A tu marido y a tus hijos les van a salir membranas en los dedos —añadió, mirando a María.

—Es increíble lo mucho que les gusta el agua —suspiró esta—; ese hermano tuyo no necesita la arena de la playa para nada. En cuanto llega se quita la ropa y se lanza al mar. La misma afición tienen Iñaki y Katy; son como dos peces. Pero ha de ser cosa de familia, pues tú no te quedas atrás, cuñada. Si hasta tu hija es igual.

Las cuatro rieron, cómplices.

—Yo creo que sí voy a mojarme un poco —informó Beatriz—. Empiezo a tener demasiado calor. Nos vemos luego.

Marina siguió con la mirada a las dos amigas que se dirigían a la orilla.

—Quizá no sea asunto mío, pero, esta tarde, cuando habéis llegado, os he notado a Álex y a ti un tanto tensos... —indagó María, mientras se tendía boca abajo en la toalla.

—No nos pasaba nada. No te preocupes. —Marina jugueteó con la arena.

—Me apena un poco esta situación. —María escudriñó el horizonte.

—¿Qué situación? —Se sorprendió Marina y dejó que la arena se le escurriera entre los dedos.

—La pobre Mónica comienza por enviudar, hace cuatro años, y ahora está enamorada de Álex. Él, por su parte, está loco por ti. Y tú... ¿tú qué?

—Yo no estoy enamorada de Álex.

María emitió un bufido y se sacudió la arena del pelo. Lo llevaba tan corto que le quedó tieso como si fuera un erizo.

—Eso es evidente. Me pregunto quién es o quién fue el gran amor de tu vida, que te ha dejado sin fuerzas para volver a amar. —Volvió la mirada hacia su amiga—. Te hemos respetado. Sin preguntas. Sin reproches. Nada. —Se mordió el labio—. Desapareciste tres meses, durante los cuales casi nos volvimos locos de ansiedad. Regresas y no cuentas nada. Más tarde, tu embarazo... Créeme, Marina: sinceramente, no me importa qué ocurrió en el pasado; lo que me preocupa es lo que está sucediendo en el presente. —Marina hizo ademán de levantarse y ella le agarró de la mano para impedirselo—. No huyas. Siento darte la lata con esto, pero estoy muy preocupada por ti. Todos lo estamos.

—No quiero que te angusties —susurró sin mirarla. «¿Qué les pasa, se han puesto de acuerdo para acosarme hoy?». Volvió a sentarse—. En realidad, no tienes de qué; no me pasa nada...

—A eso me refiero —la interrumpió María—. No te pasa nada. Vives por y para Yago. Solo sales con nosotros. Primero estuviste con aquel impresentable y después con el desconocido padre de Yago. No tienes relaciones con ningún hombre. Prácticamente vives en completo celibato. No es normal.

—¿Por qué no es normal? ¿Acaso os parecería mejor que me acostara cada día con un tío diferente? —espetó Marina, molesta por el tema.

—En tu caso, sí. ¡Por el amor de Dios, tienes treinta y nueve años! Cualquier mujer piensa en... —María abrió los ojos, compungida—. ¿Tan horrible fue la experiencia como para que huyas del sexo? ¿Te violaron? —Abrió los ojos con temor.

—¡No! Y no fue horrible.

—Pues entonces no lo entiendo, Marina —suspiró contrariada—. Estás dejando escapar muchos gozos y alegrías. ¿No echas de menos estar entre los brazos de un hombre que te quiera?, ¿que te mime?

Marina permaneció en silencio, con la mirada perdida en el mar y las manos hundidas en la arena. Deseaba gritar que sí, que anhelaba con todas sus fuerzas sentirse abrazada, querida, amada. Pero no por cualquier hombre (el beso de Álex, esa tarde, era un ejemplo de ello). Los únicos abrazos y las únicas caricias que añoraba eran las de alguien que jamás se las podría volver a dar. Y eso... eso dolía. Dolía mucho.

Envidiaba a Mónica, que tras cuatro años de soledad volvía a enamorarse, aunque, desgraciadamente, fuera un amor no correspondido. Ella, en cambio, parecía haber perdido la capacidad de volver a sentir algo por otro hombre que no fuera Diego.

Suspiró. «Diego, siempre Diego».

Pese a que su abuelo le sugirió en varias ocasiones que regresase al pasado para buscar a su marido, ella nunca se atrevió a hacerlo. ¿Cómo iba a dejar a su *aitona* solo? Su corazón ya no estaba para más disgustos y ella era su única familia. Cuando supo que estaba embarazada y lo vio tan ilusionado, ni siquiera se lo planteó. Debía mirar por el bienestar de su hijo y, después de todo, ¿quién le aseguraba que Diego seguía vivo? Y aunque así fuera, ¿cómo lo iba a encontrar en medio de una guerra?

No, ya no podía volver. Había perdido la oportunidad.

Dos horas más tarde, entre todos comenzaron a recoger los bártulos para marcharse. Mónica reprendía con escaso éxito a los niños para que no se manchasen con la arena, ahora que estaban vestidos. Beatriz aunó fuerzas con ella para impedir que aquellos diablillos hicieran de las suyas. Álex guardaba las sombrillas en sus fundas correspondientes, más silencioso que nunca. Marina pensaba ya acercarse a hablar con él cuando oyó que la llamaban.

—Oye, no te olvides de la comida del día tres —le recordó Julián—. ¿Te encargarás otra vez del postre?

—Por supuesto que sí. Aún no sé qué hacer, pero ya se me ocurrirá algo —aseguró ella, guardando las toallas en su mochila. Buscó con la mirada a su hijo antes de preguntarle—: Yago, ¿les has dicho que mañana por la tarde vayan a casa para celebrar tu cumpleaños?

—Sí, *ama*. De todos modos, ya lo sabían —afirmó el niño con una mueca—. No sé por qué me molesto en recordárselo; nunca se les olvida...

—Claro que no, muchacho —declaró Julián ufano—. Doce años, ¿no? Hay que ver cómo crecen... —añadió, mirando a su hijo—. Parece que fue ayer cuando nació Julen... y ya tiene trece años.

—Nos hacemos viejos, Julián —aseveró Carlos, con lo que se ganó la mirada indignada de su mujer—. Vale, María... tú cada día estás más joven y... yo cada día te deseo más.

—Calla de una buena vez, majadero —conminó ella entre risas, mientras su marido la alzaba en brazos—. ¡Bájame, loco! ¡Nos están mirando!

—Tío, tío, a mí también. Súbeme así —pidió Sara, alzando los brazos a Carlos.

—Yo también quiero, *aita*, yo también quiero —se apuntó su hija Katy.

Al momento subía a las dos niñas.

Los tres adolescentes les miraban poniendo los ojos en blanco, como si aquello fuera demasiado infantil para su avanzada edad.

—¡Felicidades, hijo! ¡Doce años! —exclamó Marina al día siguiente, abrazando a Yago cuando este se levantó para desayunar—. Hoy, por ser tu cumpleaños, tienes que decidir cómo quieres que pasemos el día. ¿Qué quieres hacer?

Yago, taciturno, guardó silencio un buen rato.

—Cariño, ¿tanto tienes que pensarlo? —bromeó Marina, intrigada por la falta de entusiasmo de su hijo.

—No, en realidad no. Hoy me gustaría saber algo... —Marina contuvo el aliento y se preparó para lo peor—. *Ama*, me gustaría saber quién fue mi padre. Quiero decir que... tú siempre me has dicho que murió y todo eso, pero... ¿quién era?

Allí estaba el día que tanto había temido y ya no podía eludirlo mucho más. Enseguida sospechó.

—Ayer... escuchaste lo que hablamos Álex y yo. —No fue una pregunta, sino una afirmación.

—Sí. Yo no quería escuchar, quiero decir que no estaba espiando ni nada de eso. —Negó el niño vehementemente con la cabeza—. Simplemente, no pude evitar oír lo que decíais. —La voz sonaba preocupada por lo que pudiera pensar de él—. Ya había terminado la partida y... os oí.

Marina lo abrazó, tratando de demostrarle que él no había hecho nada malo y no debía preocuparse.

—Ya esperaba que tarde o temprano quisieras saberlo. No te preocupes. —Ignoraba qué contarle—. De pequeño, cuando veías a los demás niños de tu clase paseando con sus padres, me preguntabas dónde estaba el tuyo. Durante un tiempo, incluso llegaste a decir a tus amigos que era Álex.

Calló incapaz de seguir. No tenía la menor idea de cómo explicar aquello a su hijo. En todos esos años solo se lo había contado a su abuelo. En principio, porque él tenía derecho a saber qué había ocurrido durante los meses que estuvo ausente, pero también porque necesitaba desahogarse con alguien.

Volvió a embargarle aquel dolor que la llenara por completo tras salir del confesionario aquella mañana de noviembre. Sus ropas estaban aún húmedas por la lluvia que había dejado casi trescientos años antes. En cambio, aquel día de noviembre de mil novecientos noventa y cuatro no llovía. Ignoró las miradas divertidas de los pocos transeúntes que paseaban por la calle y continuó andando camino del muelle.

Se sentía agotada y dolorida. El viaje (si se lo podía llamar de ese modo), había resultado más caótico y estremecedor que la vez anterior. Por un momento pensó que aquella fuerza, que parecía tirar de ella en todas direcciones, era reacia a dejarla volver a su siglo. Marina, desesperada, se aferró con todas sus fuerzas al recuerdo de su abuelo para poder regresar. Esa vez no perdió el conocimiento, pero la sensación de sentirse desgarrada fue tan intensa y atroz que lo habría preferido.

Su abuelo estaba sorprendentemente ocioso en la cubierta del *Sirena*, con la pipa colgando de la boca y la mirada perdida en el horizonte. Cuando

Marina llegó hasta él, saltando de una embarcación a otra, él se llevó la mano al pecho. Por un instante ella temió que le diera otro infarto; sin embargo, cuando lo vio abrir los brazos para que se refugiara en ellos, como tantas otras veces siendo niña, suspiró aliviada al saber que no había peligro.

Lloraron hasta quedar sin lágrimas que verter. Cuando terminaron de abrazarse y besarse, Marina procedió a relatarle todo lo que le había pasado desde que él mismo le diera el medallón. Su abuelo la escuchó en completo silencio; si la creyó o no, nunca le dijo nada. Aceptó lo que le contara sin cuestionarlo y sin reproches. Meses después cuando, en medio de una depresión monumental, Marina aceptó por fin que estaba embarazada, Eusebio la apoyó y animó para seguir adelante. Juntos cuidaron de Yago. Sin duda su *aitona* había disfrutado infinitamente de su bisnieto.

—*Ama...* ¿Me lo vas a decir? —volvió a preguntar Yago impaciente, apurando los cereales del desayuno.

«¿Por dónde empiezo?».

—Ya me oíste decir que tu padre había muerto... —Esperó a que su hijo asintiera—. Ocurrió antes de que tú nacieras; ni siquiera supo que venías en camino.

—¿Cómo murió?

«¿Qué puedo responder a eso?». No quería mentirle, pero ¿contarle toda la verdad?

—Durante un combate —contestó evasiva.

—¿Era militar? —Estaba claro que Yago no iba a desistir hasta descubrirlo todo.

—No. Era comerciante.

—¡Ah! En una revuelta callejera. —Sus ojos grises de pestañas oscuras se entrecerraron, imaginando lo que pudo ocurrir.

—Algo por el estilo —murmuró ella—. Ahora déjalo ya. ¿Dónde quieres que vayamos hoy, antes de que vengan los chicos para celebrar tu cumpleaños? —preguntó en un intento por apartar al niño del tema.

—¿Cómo se llamaba? —No sería así, por supuesto—. Nunca me lo has dicho...

—Diego Izaguirre —murmuró.

—¡Ah! ¿Por eso me pusiste este nombre?

—Sí. Es una variación de Diego...

—¿Tienes fotografías tuyas?

—No... no tengo ninguna. —La decepción era tan patente en la cara de su hijo que se le encogió el corazón—. Si te preguntas cómo era solo tienes que

mirarte en el espejo. Te pareces mucho a él...

—Umm. —Yago recogió el tazón y lo llevó al fregadero, como si su interés hubiera sido satisfecho.

Marina no se dejó engañar; su hijo esperaba hasta asimilar lo que le había contado y después volvería al ataque con un arsenal de preguntas. Él era así; su curiosidad no conocía límites. Era desconcertante que hubiera aguantado hasta esa edad sin insistir en saberlo todo sobre su padre.

—*Ama*. —Esperó a que ella le mirase—. Me gustaría ir en el *Sirena* a navegar un poco, solos tú y yo, ¿vale?

Ella lo miró; la recorrió un escalofrío al comprobar el sorprendente parecido con Diego, que era cada vez más evidente. En unos años sería su vivo retrato. ¿Cómo olvidar al padre, si lo veía cada vez que miraba a su hijo?

«No te engañes: aunque Yago no se le pareciera en nada, tampoco lo olvidarías».

Aquella certeza la dejó clavada a la silla. ¿Estaba condenada a penar por su recuerdo, como una especie de Heathcliff femenina?

«¡Qué melodramática!».

Comenzó a preparar la comida para llevar al barco. De pronto recordó algo y fue a su habitación a buscarlo.

—Te he dicho que no tenía fotografías tuyas —anunció al entrar en el dormitorio de su hijo, minutos más tarde—, pero tengo esto.

Yago se acercó, expectante, y con manos ansiosas recogió el medallón de oro que Marina le tendía.

—¿Era suyo? —indagó, con los ojos como platos—. Es muy bonito... ¡Tiene su nombre grabado! —exclamó al darle la vuelta.

—Es tuyo; considéralo su regalo de cumpleaños.

—Gracias, *ama*. —La mirada de felicidad que le dedicó su hijo fue suficiente para alegrarle la vida.

Capítulo 65

Los días habían pasado muy rápidos; volvían a estar casi en fin de semana. Marina limpió los pinceles con trementina para que no se estropearan y guardó el cuadro en el que estaba trabajando. Era un retrato, obra de un pintor casi desconocido, al que la dueña tenía mucho apego y necesitaba restauración. Ya no colaboraba con el museo; ahora se dedicaba a restaurar obras de particulares en sus horas libres; durante el invierno también impartía clases de dibujo y pintura para niños en una academia. Eso le gustaba; aunque a veces añoraba las obras de grandes pintores, era feliz con sus alumnos y con los cuadros (insignificantes para un museo, pero tan valiosos para sus propietarios), que restauraba en su casa.

Se limpió las manos para ir a coger el teléfono que sonaba en el salón.

—Hace un día magnífico. ¿Qué te parece si salimos a navegar?

La voz de Álex sonó al otro lado del hilo telefónico. No habían vuelto a hablar desde el jueves de la semana anterior. Durante toda aquella tarde en la playa la camaradería entre los dos había brillado por su ausencia. Ella lo sentía mucho; no quería que aquel beso enturbiase su estupenda amistad. Pero no lo había llamado, por un lado, porque había estado muy ocupada con ese trabajo y, por otro, le daba vergüenza lo ocurrido la última vez que se vieron.

—¿Qué dices? ¿Vamos? —inquirió Álex de nuevo—. Los demás quieren ir a la playa. ¿Qué prefieres tú?

—El barco, por supuesto —aseguró, sonriendo—. Yago estará encantado de volver a navegar. Salimos el viernes pasado, antes de que viniera toda la tropa, y lleva toda la semana insistiendo para que repitamos la experiencia —comentó, contenta de que él la hubiera llamado. Le había echado de menos.

—Magnífico. Yo llevaré la comida y la merienda. Tú pones, como siempre, el barco —organizó Álex entre risas.

—¡Ah! Me pregunto si me llamarías en caso de que no tuviera un velero. —Antes de terminar de decirlo ya se había arrepentido. Quiso disculparse,

pero Álex se adelantó.

—Bien sabes que te llamaría... —Su voz sonó dolida; Marina se regañó por ser tan impetuosa y no pensar las cosas antes de soltarlas—. Pero, bueno... eso no lo puedes saber... Pues de momento eres la propietaria de un velero llamado *Sirena*. Porque aún es tuyo, ¿no? —Álex trató de imprimir una nota graciosa y ella lo quiso más por eso.

—La última vez que me fijé, así era —contestó con desparpajo—. ¿Pasas por aquí o quedamos en el muelle?

—Pasaré a recogeros... ¿Te viene bien a las doce?

—A las doce estará bien...

—Entonces a esa hora estaré allí.

Colgaron. Inmediatamente después, Yago regresó de la calle.

Marina estaba convencida de que su hijo parecía poseer un detector que le avisaba cuándo iban a embarcar.

—Ha llamado Álex... ha quedado en pasar a recogernos a las doce para ir a navegar —comentó ella, con aire inocente.

—¡Guay! —gritó el niño, encantado con el plan—. ¿Me dejarás pilotar un poco?

—Ya veremos... —murmuró sin comprometerse.

El *Sirena* cortaba el agua con gracia y maestría. Su bisabuelo había estado muy orgulloso de aquel velero y él también lo estaba. Tenía ganas de tener la edad suficiente para poder pilotarlo. Su madre le dejaba hacerlo en alta mar, cuando no existía ningún peligro, pero no era lo mismo que sacarlo del embarcadero, conducirlo por la bahía hasta sobrepasar la isla de Santa Clara y entrar en el verdadero mar, lejos de la costa. Mantuvo enderezado el timón, saboreando esos minutos de gloria, hasta que su madre ordenase virar en redondo para regresar a las aguas menos profundas de la bahía. Pero hasta que llegase ese momento disfrutaría de lo lindo.

Se imaginó surcando los mares como los antiguos capitanes, luchando contra los elementos. Pilotando en medio de borrascas, sorteando temporales y surcando los océanos. Suspiró de placer al imaginarse a bordo de uno de aquellos hermosos bergantines de las películas. Era una pena que hasta el puerto donostiarra llegasen tan pocos veleros antiguos, con lo mucho que a él le atraían.

Álex les acompañaba, como en tantas otras ocasiones. En ese momento recogía los restos de la merienda que acababan de tomar. A él le gustaba el

médico y le tenía mucho cariño. Admiraba su interés por curar a la gente y su afán por estar al corriente de todas las novedades médicas. Cuando fuera mayor quería ser médico como él. Ya se lo había dicho y Álex le había prometido ayudarle con sus estudios de medicina. Era una pena que no fuera su padre; de haberlo sido, él ya no se comería la cabeza con imágenes inventadas del desconocido Diego Izaguirre García. Todas las noches admiraba el bonito medallón que le había entregado su madre y lo colocaba bajo su almohada para poder sujetarlo mientras dormía.

Roló el viento. Observó a su madre, que ajustaba la botavara y volvía a tumbarse a la sombra del toldillo. Llevaba puesto un bikini, aunque apenas tomaba el sol. Le gustaba sentarse a la sombra, pues enseguida se le enrojecía la tez. Él, por el contrario, tenía la piel morena la mayor parte del año. Eran tan diferentes que solo cabría suponer (tal y como le había asegurado su madre, días atrás) que se parecía a su padre.

Yago se encasquetó la vieja gorra de capitán de yate de su bisabuelo. Le quedaba un poco grande y no quería que el viento se la arrancara de la cabeza. Seguía rumiando lo que había descubierto sobre su padre, una semana atrás. A decir verdad, en los últimos días no pensaba en otra cosa. Solo al oír que su madre discutía el tema con Álex, el día antes de su cumpleaños, había comprendido lo grande que era su necesidad de saber de él. Cuando era más pequeño y sus compañeros de colegio comentaban lo que habían hecho con sus padres, él sentía la ausencia del suyo y lo reemplazaba hablándoles de Álex. Durante un tiempo fue suficiente, pero después, ante la falta de datos sobre su verdadero padre, comenzó a fantasear sobre él.

Ahora ya tenía doce años; era demasiado mayor para seguir inventándose cosas sobre su padre desconocido. Ahora necesitaba saber la verdad y ese deseo le torturaba. Se preguntaba quién habría sido en realidad, pues no entendía muy bien, si no era militar ni policía, lo de que había muerto en un combate. Las explicaciones que le diera su madre solo habían servido para intrigarle aún más. Si al menos viviera su bisabuelo, siempre cabría la esperanza de sacarle la información a él.

—Yago, cariño. Es hora de regresar. —La voz de su madre le devolvió al presente—. Prepárate para virar. —Le quitó la gorra para revolverle el pelo—. Mientras tanto, me voy a vestir.

—*Ama*, ¿no podríamos quedarnos hoy un poco más? —sugirió.

—Lo siento, cielo. Sabes que no me gusta estar fuera del puerto al anochecer...

—Pero cuando vivía el *aitona* solíamos hacerlo...

—Lo sé. —Su madre calló un instante—. Por favor, prepárate para virar.

Yago dejó caer los hombros, desilusionado; desde la muerte de su bisabuelo, a su madre no le gustaba navegar por la noche. Siempre comentaba que no se sentía segura y que prefería estar a resguardo en el muelle. Cuando él fuera mayor y aprendiese a pilotar, trataría de convencerla para que volviesen a permanecer fuera de la dársena hasta mucho después de que hubiera anochecido.

Unos minutos después, Álex y Yago, tras arriar las velas, ponían en marcha el motor al entrar en la bahía, para que Marina guiase el *Sirena* a su plaza en el muelle. El sol estaba tan bajo que casi tocaba la línea del horizonte. Varios veleros entraban en el recinto del puerto para atracar. Marina, al mando del timón, esperó su turno pacientemente.

—Álex, Yago, id sacando las defensas; no tardaremos en amarrar.

—¡Sí, capitán! —bromeó Álex, cuadrándose frente a Marina—. A la orden, capitán.

Entre los dos procedieron a colgar en ambas bordas las piezas de goma que evitaban que el casco rozase con el pantalán o con el barco que estuviera amarrado a su lado.

—¿Te acuerdas de la primera vez que mi abuelo te encargó hacer eso? —le preguntó Marina a Álex, fingiendo inocencia.

—Muy graciosa. Gracias por recordarlo; casi lo había olvidado —aseguró él, simulándose ofendido.

—¿Qué pasó? —exigió Yago, muy interesado.

—Bueno... El *aitona* le dijo a Álex que sacara las defensas. Al parecer nuestro buen amigo, el cardiólogo, no le entendió bien y se tiró por la borda. —Marina giró a babor para entrar en el pasillo que le correspondía.

—¿Es verdad eso? —Yago abrió los ojos, a la expectativa—. ¿Te tiraste al agua?

—No... Sí... Bueno, quiero decir que no fue de ese modo, Yago. —Álex frunció el ceño—. Tu madre no ha contado toda la verdad...

—Vaya, vaya. —Marina fingió hacer memoria—. ¡Ah! Sí. Bueno, en el momento en que Álex se disponía a colocarlas, otro velero golpeó al *Sirena* y él perdió el equilibrio.

Las carcajadas de madre e hijo resonaron en el muelle. Después de mucho titubeo, Álex se unió a sus risas.

—La verdad es que pasé mucho miedo pensando que el otro barco iba a pasar su quilla sobre mi cabeza. —Se la tocó como para asegurarse de que

aún la llevaba sobre los hombros, haciéndoles reír—. El que pilotaba el otro velero era inexperto y no calculó bien las distancias.

—Por suerte todo se quedó en un susto y no pasó nada que pudiéramos lamentar —explicó ella—. Pero tenías que haber visto a Álex cuando salió, chorreando agua por todos los lados... Creo recordar que perdió sus zapatos náuticos. Mi abuelo tuvo que prestarle unas alpargatas y algo de ropa para que pudiese regresar a su casa.

—¡Pero si el *aitona* era más bajo que tú! Su ropa te quedaría pequeña.

—Créeme, Yago. Lo sé —murmuró Álex. Volvieron a reír. Con más ganas, si cabe.

Capítulo 66

Diego abrió los ojos e inspiró varias veces de manera entrecortada. La sensación de ahogo fue remitiendo lentamente. Aunque el confesionario estaba oscuro, por suerte aquel objeto diabólico ya se había detenido. Un poco tambaleante se apresuró a salir del mueble; no quería permanecer más tiempo allí encerrado. Le sorprendió la cantidad luz que penetraba a través de las vidrieras de la iglesia, coloreando las hileras de asientos de madera. Cuatro rosetones adornaban las fachadas. ¡Rosetones que no estaban en su época! El confesionario parecía haber funcionado. Sin duda, había hecho un salto en el tiempo. Ahora necesitaba saber si había llegado al año adecuado. Varias personas sentadas en los bancos oraban en silencio. Con cuidado para no hacer ruido, se quitó el cinto con el alfanje (Marina le había dicho que ese tipo de armas no estaban permitidas en su tiempo) y lo ocultó en el techo del confesionario. Comprobó que la daga seguía guardada en la bota, no iba a quedarse completamente desarmado en un lugar desconocido. Se ajustó el morral al hombro y con paso mesurado se acercó a uno de los bancos; necesitaba descansar un momento para recuperarse de la experiencia dentro de aquel artilugio del demonio.

Dejó el tricornio sobre su rodilla. Aún le temblaban las manos y notaba el estómago un tanto revuelto. Miró a su alrededor con disimulo.

Un hombre caminaba despacio, admirando el techo elevado del templo. Diego se fijó en sus ropas; no llevaba ningún tipo de arma a la vista; las calzas eran largas hasta los tobillos. En los pies, unos zapatos blancos con cordones. Lo vio acercarse a una columna e introducir una moneda en una caja. Se estaba preguntando si aquello era el cepillo de la iglesia, cuando un fognazo iluminó el retablo mayor. Debió de emitir algún sonido porque varias personas se volvieron a mirarle. No le importó; estaba demasiado ocupado en evitar que el corazón, que le retumbaba como un tambor, le saliera por la boca del susto. Intentó tragar saliva, pero tenía la boca seca.

«Es brujería».

Un rato después, las luces sin llama que iluminaban el retablo se apagaron por sí solas. El capitán se pasó la mano por el pelo y varios mechones rebeldes escaparon de la coleta. Inquieto como estaba, no se molestó en volver a colocarlos. Decidió salir de allí y buscar a Marina cuanto antes. No sabía dónde vivía, pero recordaba el velero de su abuelo. Necesitaba ir al puerto. Quizá allí alguien pudiera decirle cómo encontrarla.

Salió del templo con recelo ante lo que pudiera encontrar al otro lado de las grandes puertas de madera. Fuera había mucha gente paseando. Lo primero que notó fue el ruido, las voces; después fue la ropa o más bien la falta de ropa en las mujeres.

«¡Si van medio desnudas!», pensó con una mezcla de vergüenza y horror.

Casi se le para el corazón cuando un muchacho, cabalgando en un artilugio con ruedas que emitía un ruido estridente y echaba humo, pasó a su lado y continuó su camino, sorteando a la gente.

Apretó los dientes para infundirse valor antes de empezar a andar camino del muelle. Al menos la calle que llevaba al puerto seguía en el mismo sitio. No podía evitar mirar con temor y curiosidad para todos los lados. Atento, sobre todo, por si se topaba con otra máquina demoníaca como la que montaba el muchacho. Multitud de comercios iluminados con extrañas lámparas sin llama, enseñaban sus productos a través de grandes ventanas de un cristal, tan transparente, que parecía no existir.

Echó en falta la suciedad a la que estaba acostumbrado: bostas de caballo, restos de verduras en distintos grados de descomposición; animales pululando a su antojo. ¿No había animales en esa época?

Vio a un par de perros a los que sus dueños llevaban atados con correas de colores. Un gato atigrado escapó con algo colgando de la boca. Varias palomas picoteaban del suelo entre la gente, sin miedo, al parecer, a que las cazasen. No vio caballos, mulas o burros por ningún lado.

De cada establecimiento salían músicas diferentes; algunas tenían una melodía armoniosa y otras, en cambio, eran un sonido extraño, como un latido monstruoso y repetitivo que perforaba el cerebro.

Se paró frente a la puerta de lo que parecía una taberna, a juzgar por el olor tan delicioso que salía de dentro. Su estómago protestó vacío. Por la posición del sol era media tarde y desde el desayuno no había comido nada; por lo visto había pasado más tiempo del que pensaba dentro del confesionario. Se estremeció al recordarlo. En el morral llevaba algo de pan y queso; en cuanto llegase al muelle comería un poco.

—¡Qué pintas, tío! —comentó un joven, con el pelo entretejido como los esclavos negros, que salía de la taberna—. ¿Te has escapado de un teatro?

Diego, demasiado sorprendido por la cantidad de aros que llevaba ese muchacho en las orejas y hasta en las cejas, se quedó callado.

—Vamos, tío, pasa y tómate unas birras con nosotros. —Señaló el interior del establecimiento, donde otros jóvenes vestidos como él bebían entre risas.

«¿Qué son birras?», pensó confundido.

—Os lo agradezco, pero, si me disculpáis, no tengo tiempo...

—Joder, tío, sí que lo haces bien. Hablas como un puto mosquetero. ¡Eh, pringaos! Venid a ver a este tío tan raro —gritó a los que estaban dentro.

—He de irme. —Diego no esperó más y aceleró el paso para llegar al puerto lo antes posible.

—Espera, tío —oyó que lo llamaba el joven de los pelos de esclavo.

Siguió caminando sin hacerle caso. Se dio cuenta, entonces, de que varias personas le miraban con gesto sorprendido. Se había puesto unas calzas negras remetidas en las botas altas de cuero negro, una camisa blanca con chorreras en el cuello y los puños, un chaleco gris perla con bordados en el mismo tono y una casaca negra con el tricornio a juego. Su atuendo, que no pasaba de elegante en su época, aquí llamaba la atención como un faro.

Se quitó el sombrero al observar que nadie parecía llevarlo y lo guardó en el morral. El resto tendría que quedarse como estaba.

Cerca del final de la calle, un grupo de muchachos y muchachas estaban sentados en el suelo y bebían de unas botellas de cristal. Llevaban camisas de colores brillantes; algunas con dibujos pintados en ellas.

—¿Qué pasa, tío? ¿De qué película sales tú? —le preguntó uno de los muchachos. Los demás rompieron a reír estrepitosamente.

—¿Te has olvidado de quitarte el disfraz o te has adelantado a los carnavales? —preguntó otro.

Diego, fastidiado por tanta pregunta y tan poca educación, aceleró el paso cada vez más nervioso por encontrar a Marina.

La calle terminó y al fin pudo ver el puerto y la bahía de San Sebastián. Todo seguía allí. Todo era diferente a la vez. Recordó las explicaciones que le diera su esposa tantos años antes y comprobó por sí mismo que le había dicho la verdad.

«¿Aún lo dudabas después de lo sucedido en la iglesia?», se reprochó.

Cruzó la Puerta de Mar y entró en el muelle. Un enjambre de mástiles plateados apuntaba al cielo. Casi todos los veleros eran blancos. Grandes barcos sin velas pintados de rojo, azul o verde, ocupaban una de las dársenas

del puerto; por el olor, dedujo que eran pesqueros. Buscó el *Sirena*, guardaba el recuerdo del dibujo que le hizo Marina, pero no lo vio. En uno de los pequeños veleros había un hombre, así que bajó al pantalán y se acercó para preguntarle por el barco.

—Buen día, caballero —dijo e inclinó la cabeza a modo de saludo.

—Buenas tardes —murmuró el hombre con mirada suspicaz. Era más viejo de lo que había pensado en principio. Estaba limpiando la cubierta del barco con una especie de conducto largo del que salía agua sin que él tuviera que hacer ningún esfuerzo.

—Estoy buscando el *Sirena*... —empezó, tratando de no mirar demasiado asombrado aquella agua que parecía no acabar de salir nunca.

—No está —lo atajó.

—Lo sé, he podido comprobarlo —aseguró Diego—. Estoy buscando a... doña Marina —titubeó.

El hombre lo miró con recelo. Luego, saltó del barco para acercarse a un poste y darle a una manivela. Al momento se cortó el flujo del agua.

«¡Santo Dios! Podían tener agua a voluntad».

—¿De qué la conoce? —El anciano, con los brazos en jarras, seguía sin apartar la vista de él.

—Es... una amiga —terminó sin saber qué decir.

—¿Es actor? Nunca ha contado que tuviera un amigo actor —investigó el marinero, mirándole de arriba abajo.

Empezaba a cansarse de que lo observaran con tanto descaro.

—No soy actor... —aseguró con sequedad—. Solo busco a doña Marina. Es importante que la encuentre.

—Su cara me resulta familiar. ¿Está seguro de que no ha hecho ninguna película?

«¿Qué es una película? ¿Y por qué están obsesionados todos con eso?».

—No —contestó escueto. Se puso las manos a la espalda, afianzó las piernas sobre el pantalán y con su mejor pose de capitán, insistió—: Sobre doña Marina...

—Tendrá que esperar. Han zarpado al mediodía, pero no tardarán una vez que baje el sol —aseguró el anciano sin sentirse intimidado—. Vuelva más tarde o si no, puedo darle un recado, si quiere...

—La esperaré. No tengo prisa. Os agradezco la información.

El hombre abrió la boca confundido, sacudió la cabeza, pero no dijo nada.

Diego volvió a subir al muelle. Sentado en un banco frente a la dársena, se dispuso a esperar lo que hiciera falta. Sacó el queso y el pan del morral; tras

dos bocados los volvió a guardar: la intranquilidad le había robado el apetito.

Estaba muy nervioso y, ¿por qué no decirlo?, acobardado y lleno de temor. No recordaba haberse sentido así desde el día en que, al descubrir el barco de su padre, comprendió que estaba a punto de conocerle.

Ahora esperaba impaciente a que Marina regresara. En algunos momentos creía una locura haber venido a buscarla. Después de todo, ¿quién le aseguraba que Marina quisiera verle? Tal vez estuviera casada y con hijos. ¡Por Dios, si habían pasado prácticamente trece años!

Pero debía verla de nuevo. Durante los primeros años, como recurso para paliar la angustia, trataba de actuar como si hubiera muerto, sin resultado. Conforme fueron pasando esos años, inmersos en batallas para instaurar al rey Felipe V en el trono, comprendió que debía hacer lo imposible por volver con ella. Aunque para ello debiera entrar en ese confesionario y ver qué sucedía. Necesitaba comprobar por sí mismo cómo estaba, si era feliz, si se había casado. Y en ese caso, ¿qué haría? ¿Ceder ante su nuevo marido? Por supuesto. No le quedaría más remedio, él no tenía derechos sobre ella. Sin embargo, si por el contrario estaba sola...

¡Qué iluso! Una mujer tan extraordinaria como Marina no podría estar sola. Sintió el aguijón de los celos.

Exasperado por sus pensamientos, se golpeó la rodilla con el puño cerrado y rezó por que ella llegase pronto. Se preguntó por enésima vez si habría salido sola.

«No pienses en eso».

Tenía mucho calor; se quitó la casaca para recogerse las mangas de la camisa hasta los codos. Se pasó la mano por el mentón, satisfecho por la ausencia de barba que le pudiera dar un aspecto de salteador de caminos.

Vio pasar a unas muchachas frente a él. Sus minúsculas prendas lo dejaron anonadado. Iban mostrando las piernas sin recato alguno. ¡Algunas se atrevían a enseñar el ombligo! Sus ropajes eran más escandalosos que la ropa interior que él conocía. Se preguntó si aquellas mujeres llevaban ropa interior, en cuyo caso ¿de qué tamaño era?

Oyó un pitido seco a su espalda y se volvió con celeridad, daga en mano, escudado en el banco. Cerca de él, pasó un vehículo enorme con un par de hombres dentro. Se movía sin caballos que tirasen de él y emitía un runrún a la vez que por la parte de atrás exhalaba un humo maloliente.

Tuvo que toser varias veces porque se le había pegado a la garganta el olor nauseabundo. La máquina infernal volvió a soltar otro ruido como el primero, solo que más prolongado. Se tapó los oídos para no escucharlo. Le

pareció terrorífico, aunque ni las personas que viajaban dentro ni las que paseaban por el muelle parecieron darle importancia. Se sentó de nuevo y guardó la daga en la bota.

Aquel mundo era una locura.

Pese a que Marina le había hablado de los avances tecnológicos de su época, en verdad no estaba preparado para el pandemónium que había encontrado al llegar allí. El olor picante, que seguía flotando cerca de él, empezaba a rasparle la garganta y la nariz. Volvió a cuestionarse la sensatez de las personas de aquella época, por ensuciar el aire con sus máquinas infernales.

«Tranquilízate; por lo menos estás seguro de que has llegado al lugar indicado».

Se había metido en el confesionario sin saber a ciencia cierta si podría trasladarse en el tiempo. Se sentó en el interior y recitó la frase que, tal y como le contara ella, estaba troquelada en la puerta. Lo intentó varias veces sin resultado. Quizá solo ella era capaz de hacerlo. Tal vez le había engañado... No; estaba convencido de que Marina le había dicho la verdad. Se llevó la mano a la bolsita de cuero que pendía de su cuello. Allí tenía aún el mechón rojizo que le cortara la noche en que se separaron. Volvió a recitar la frase y, para asombro suyo, el mueble se movió.

Si su necesidad de volver a verla no hubiera sido tan grande, habría tratado de salir huyendo de aquel objeto maligno que tiraba de él con fuerza desmedida. Se sintió como si estuviera dentro de un tonel que rodaba sin control ladera abajo. O como si cuatro caballos tirasen de sus brazos y piernas en sentidos opuestos. Realmente no tenía palabras para describir el tormento vivido. Se miró las manos, comprobando que aún, después de casi dos horas, su pulso no era tan firme como acostumbraba.

Las altas farolas diseminadas por el adoquinado del muelle se encendieron espontáneamente y eso le sacó de sus recuerdos. Más allá, al lado de los edificios que rodeaban la playa en forma de luna menguante, las luces de otras farolas también se encendieron de golpe.

«¿Cómo lo han hecho?», pensó, incrédulo.

Se encogió de hombros, anonadado por todas las diferencias que encontraba a su paso. ¿Cuántas habría de descubrir todavía?

Varios barcos, ¡sin velas ni remos que los impulsasen!, maniobraban para entrar en el muelle; soltaban una especie de soplido burbujeante a su paso. Tras ellos pudo observar un mástil de madera. Se le descompasó el pulso. Aún no podía ver si ese era el *Sirena*, pero su intuición le decía que no faltaba

mucho para encontrarse con Marina. La mujer que llevaba metida en la sangre como parte de él; que lo había atormentado durante las largas noches tras las batallas. ¿Debería renunciar a ella?

Le sudaban las manos y su corazón latía con el ritmo creciente de un tambor.

Cuando el velero que estaba delante del hermoso barco de madera se hizo a un lado para ocupar su plaza, Diego pudo ver la cabellera rojiza de la persona que pilotaba la nave. Elevó una plegaria al cielo por haberla mantenido con vida. Podrían haberle pasado tantas cosas en todos esos años... Se encontró pensando algo que no había considerado antes: que en todo este tiempo ella bien podría haberse marchado de esa ciudad. Gracias a Dios, no lo había hecho.

Llevaba unas calzas blancas y una especie de camisa que se le pegaba a cada curva del cuerpo. Era evidente que debajo no llevaba el conocido corsé. Frunció el ceño molesto por eso, pero perdió importancia cuando se percató de que no estaba sola: la acompañaban un hombre y un niño, con un extraño gorro calado hasta los ojos. Iban riendo mientras colocaban las defensas a ambos lados.

Fue como un puñetazo. Ella no estaba sola.

—¿Qué pretendías? —murmuró— ¿Que te esperase toda la vida?

Sus pies parecían haber echado raíces en el empedrado del puerto; era incapaz de moverse en ninguna dirección. Los ocupantes del *Sirena* continuaban su circuito hacia el lugar de ataque, ajenos a la amargura que se apoderaba de Diego, bromeando y riendo en la cubierta barnizada.

El barco era tal y como Marina le dibujara tantos años atrás. Por fin sus piernas se decidieron a mover; entonces se levantó para acercarse al borde del dique, aferrándose al acero pulido de la barandilla de protección. Ellos estaban más abajo, terminando de colocar y de recoger las cosas del barco. El hombre que la acompañaba saltó al pantalán para amarrar el velero en la cornamusa mientras Marina terminaba la maniobra. Al momento se dejó de oír ese sonido burbujeante. Ella se rio de algo que le había dicho el niño. Le produjo un vuelco en las entrañas escuchar de nuevo esa risa.

—Sirena... —El apodo cariñoso salió de sus labios como un ronco susurro.

Marina pareció oírle, pues levantó la mirada y lo miró. Desde su atalaya, Diego pudo observar el momento preciso en el que ella pareció reconocerlo. Los ojos verdes se le abrieron, enormes. Su rostro perdió todo vestigio de color. Luego, sin previo aviso, se desplomó en la cubierta del barco.

Capítulo 67

—*¡Ama, ama!* ¿Qué te pasa? —solicitó Yago, asustado—. ¡Álex, Álex! ¡Ayúdame!

Oyó la voz de su hijo como si viniera de muy lejos. Abrió los ojos, confundida por encontrarse en el suelo del velero. ¿Se habría caído? Poco a poco recordó. ¡Había visto a Diego! Estaba segura; parecía demasiado real como para no ser cierto. Notaba los latidos rápidos e inestables del corazón. No quería seguir pensando en ello, era doloroso y no conducía a nada. Si seguía imaginando cosas así, jamás podría olvidarle.

«Pero es que tampoco quiero olvidarle», admitió, desalentada. «Aún le quiero».

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Álex, mientras le tomaba el pulso con eficiencia. Una vez satisfecho la ayudó a incorporarse despacio—. ¿Qué te ha pasado?

Le acercó un vaso de agua con cara de preocupación. Yago miraba a su madre con el temor reflejado en sus ojos claros.

—No me pasa nada, no os preocupéis... —aseguró Marina con un suspiro. Miró a la barandilla del puerto para comprobar si el hombre seguía allí. Por supuesto, no estaba. ¿Cómo iba a estar? Todo era fruto de su inventiva—. Creo que me ha dado demasiado el sol, eso es todo —murmuró, tratando de no evidenciar desencanto.

«¿Cómo has podido creer que Diego estaba aquí?», pensó, resentida y enfadada por su desbordante fantasía. «Pero lo vi tan claro... Parecía tan real».

—¿Estás bien, Sirena? —La añorada voz llegó hasta sus oídos—. ¿Estás bien?

No podía ser verdad... era imposible... Su corazón se detuvo uno, dos latidos antes de bombear al borde del infarto. Ansiosa, buscó a Diego con la mirada; lo encontró a los pies, detrás de Yago. Su rostro moreno, tantas veces

recordado, mostraba signos de ansiedad y cansancio. En el cabello, otrora renegrido, blanqueaban algunas canas. Lo llevaba un tanto despeinado, como si se hubiera estado pasando los dedos repetidas veces. Aunque por él también habían pasado los años, a ella seguía provocándole las mismas emociones que tanto tiempo atrás.

¿Era una aparición? ¿El golpe en la cabeza le hacía tener visiones?

—¿Estás bien? —repitió Diego, impaciente, mientras se arrodillaba junto a ella.

Ella sonrió con ternura. ¡Ay, *ama!* Hasta como fantasma seguía siendo un mandón.

—¡Por el amor de Dios! Deja de sonreír y dime si estás bien —ordenó, claramente molesto.

—Sí —musitó ella, incapaz de apartar los ojos de él. Miles de mariposas hacían fiesta en su estómago—. ¿Eres de verdad? ¿Estás... vivo...? No es posible, creí que... te vi con los hombres del preboste...

—Lo sé, pero al final no pasó nada. Estoy bien.

—Todo este tiempo he pensado que... imaginaba que... —Indecisa, levantó la mano para tocarle. Necesitaba asegurarse de que no lo estaba imaginando. Diego se la interceptó a medio camino de su cara. Entrelazó los dedos, morenos y fuertes, con los suyos, blancos y más delicados.

—No te tortures, Sirena; estoy bien.

Marina sintió la energía que emanaba de aquella mano y pudo constatar su calidez y firmeza. No era la mano de un espíritu. Era la de un hombre. La del hombre que amaba con todo su ser.

Se estremeció al volver a sentir su tacto. Lo había añorado hasta el dolor y ahora volvía a sentirlo como si no hubieran pasado trece años desde la última vez. Cerró los ojos para saborear ese momento de dicha.

Si se podía morir de felicidad ella estaba a un paso de perecer.

Abrió los párpados; lo observó sin soltarle. Sus ojos la miraban rebosantes de amor. Quiso perderse en aquellas profundidades grises donde se veía reflejada. Le apretó los dedos, como si tuviera miedo de que desapareciese en cualquier momento y quisiera retenerlo eternamente. Diego la ayudó a levantarse al mismo tiempo que lo hacía él. Ajenos al resto del mundo dieron un paso para acercarse un poco más. Quería abrazarlo. Por cómo la miraba, él también deseaba envolverla en sus brazos.

Álex carraspeó y ese sonido la devolvió a la realidad. En la cara de su amigo se podía leer la perplejidad que sentía en ese instante.

—Supongo que os conocéis. —No era una pregunta.

—Sí. Nos conocemos desde hace años... —anunció Marina tras toser para aclararse la garganta repentinamente seca. Luego soltó la mano de Diego con reticencia y se separó un poco—. Él es... Diego Izaguirre... Ellos son Álex Goena y mi hijo... Yago.

—¿Es...? —inquirió Álex, pasando la mirada de Diego a Yago.

—Sí.

El cardiólogo miró con recelo a Diego; este inclinó la cabeza a modo de saludo. Tras unos segundos de confusión, se estrecharon las manos sin apartar la vista el uno del otro. Marina sospechó que se estaban evaluando como rivales.

Yago permanecía al margen, con los ojos clavados en el recién llegado. Sin duda pensaba en el medallón y en el nombre grabado en él. Marina lo vio parpadear y comprendió su desconcierto. Lo abrazó, tratando de tranquilizarle. ¿De qué manera se lo explicaría?

—Pero... pero... él es... Diego Izaguirre, ¿cómo el nombre grabado en el medallón? —articuló el niño por fin.

—Sí, cielo —musitó Marina. Le acarició la mejilla con dedos temblorosos—. Era suyo.

—Entonces es...

—Sí, cariño. Lo es. —Marina sentía el corazón enloquecido por los acontecimientos que aún no era capaz de procesar.

¡Diego estaba allí! ¡En aquella época! ¿Cómo lo había conseguido? ¿Qué había ocurrido en todos esos años? Había tantas cosas que deseaba preguntarle...

—¿Él es mi padre? —indagó Yago, sin apartar la vista. Se soltó de los brazos de su madre y dio un paso en dirección al extraño—. ¡No ha muerto! ¿Por qué no ha muerto? Tú dijiste...

Los ojos de Diego se volvieron como relámpagos hacía Yago. Marina advirtió en ellos el reconocimiento y la esperanza. Con dedos temblorosos, él le quitó la gorra al niño, luego le acarició el pelo casi con reverencia. Dos pares de ojos grises se miraban con igual atención.

—¿Mi hijo? ¡Por Dios! Un hijo... ¡tengo un hijo! —profirió ante la consternación de Álex, que no salía de su asombro—. ¿Por qué no me dijiste nada? —Se volvió a Marina y la sujetó por los hombros con fuerza—. ¡Por todos los demonios del infierno, Sirena! ¿Cómo pudiste ocultarme que estabas embarazada? ¿Acaso pensabas que no te dejaría volver?

—Entonces no lo sabía. Lo descubrí después de regresar. Fue una sorpresa...

—¡Por todos los demonios! —La soltó, abatido. Cerró fuertemente los párpados un instante—. Todos estos años a punto de morir, sin saber que tenía un hijo. —Desconcertado, se pasó los dedos por el pelo. Luego dejó caer los brazos, inertes—. Podría haber muerto un millar de veces, Sirena, y nunca lo habría sabido. Y tú... tú aquí sola con él...

—¡No, sola no!

Diego se volvió a Álex con celeridad. En sus ojos se leía el tormento que le causaban esas palabras. Marina se apiadó de él.

—No como tú crees, Diego. Álex es un buen amigo... —Miró al cardiólogo con censura—. Solo eso.

—Sí, no niego que solamente soy eso para ti —asintió Álex mordaz—. Pero reconocerás que al menos he cuidado de vosotros todo lo que ha estado en mi mano.

—¡Maldito bastardo! ¡Yo no lo sabía! No tratéis de atormentarme —siseó Diego, con los dientes apretados. Su mano derecha tanteó buscando el alfanje, antes de recordar que estaba desarmado—. Habría venido antes de haber podido hacerlo. —Miró a Marina, contrito—. Sirena, me era imposible... todo ha sucedido tal y como me contaste aquella noche. —La voz bajó de volumen hasta hacerlo casi un susurro—. ¿Lo recuerdas?

—Sí —murmuró, comprendiendo que se refería a la guerra. Metió las manos en los bolsillos de los pantalones para no sucumbir al deseo de tocarlo por todos los lados y asegurarse de que estaba ileso. De que era todo lo real que aparentaba—. Lo recuerdo. ¿Ha... terminado ya?

—Hace una semana se firmó el Tratado.

—Me alegro de que sea así... y me alegro, aún más, de que tú estés bien... —Marina lo miró. Anhelaba abrazarle.

Diego volvió a demostrarle con la mirada que también él lo deseaba. Lo vio apretar los dedos, como si le supusiera un gran esfuerzo no hacerlo. Aún y todo, él se recuperó antes del hechizo en el que parecían sumidos. Su boca se distendió en una trémula sonrisa al mirar nuevamente a su hijo.

—Así que... Yago. Me gusta tu nombre, muchacho. —Solo ella se apercibió de la voz estrangulada de Diego—. ¿Cuántos años tienes, chico?

Marina casi lloró al oírle llamar a su hijo por el mismo apodo que tanto tiempo atrás usara con ella.

—La semana pasada cumplí doce —articuló Yago; los ojos, redondos como platos.

—Yo tenía esa misma edad cuando conocí a mi padre. —Le alborotó el pelo con cariño—. Parece que la historia se repite.

—¿Pensabas, también, que había muerto? —sugirió, interesado.

—No, hijo, creía que era otro hombre —confesó Diego.

—Será mejor que me vaya... —murmuró Álex, no muy seguro—. ¿Estaréis bien?

—Sí, Álex. Muchas gracias —aseguró—. Te llamaré para... para explicarte.

—Tranquila. —Se despidió con dos besos en las mejillas. Marina pudo ver su sonrisa de satisfacción ante el gesto de fiereza de Diego. Ella le dio un golpecito en el hombro con reproche—. Perdona, sé que es una chiquillada, pero no he podido resistirme —le murmuró al oído, antes de marcharse.

Ahora que estaban los tres solos no se atrevía a mirar a Diego. Su hijo, en cambio, no tenía ningún problema en observar a su recién encontrado padre. Parecía satisfecho con lo que veía y estaba segura de que pronto querría coserlo a preguntas. Le extrañaba que no hubiera comenzado ya.

Diego le puso un dedo bajo la barbilla para obligarla a levantar la cabeza. Sus ojos se encontraron. Había arrugas alrededor de los de él. Tragó saliva sin apartar la vista de aquella mirada llena de la misma pasión que trece años antes. Luego, incapaz de esperar ni un instante más, cubrió la distancia que les separaba y lo besó en los labios. Diego la abrazó con fuerza. Temblaba igual que ella.

—¡*Ama!* —la voz avergonzada de Yago les separó al instante.

Había sido un beso rápido. Demasiado rápido. Pero suficiente para reconocer que su sabor y su olor seguían igual que tantos años atrás. Volver a sentirse cobijada en sus fuertes brazos, casi la había hecho llorar. ¿Cómo había podido vivir tantos años sin él?

Su hijo les miraba con gesto de asombro mezclado con impaciencia. Quería explicaciones.

—Será mejor que vayamos a casa —propuso Marina, pasando el brazo por los hombros de Yago. Quería sujetarse a su hijo para sentir que estaba despierta y que aquello no era parte de una ensoñación demasiado preciosa para ser real—. Necesitamos hablar.

Diego la tomó de la mano y se la llevó a los labios. Aquel gesto tan fuera de tiempo hizo que le flaquearan las piernas.

«¡Que no sea un sueño, por favor!», rogó en silencio. «¡No quiero despertar!».

Por encima de su hijo, sus miradas volvieron a encontrarse. Por un momento fue como si no hubieran pasado los años. Volvió a sentirse como aquella jovencita perdidamente enamorada. Sintió un ligero apretón en la

mano que aún sujetaba Diego. Él también se sentía del mismo modo. Podía verlo en sus ojos tan grises como el acero.

No sabía cómo había llegado hasta allí. Cómo había conseguido ese milagro, pero, aferrándose a sus fuertes dedos, se juró a sí misma que jamás se volverían a separar.

Epílogo

San Sebastián, noviembre de 1713

Por la ventana de la sala de atrás, Marina contemplaba el patio de la casa-torre Izaguirre. Fuera, Diego y su hijo, ajenos al frío reinante, practicaban con los floretes. El sonido limpio de los aceros resonaba en el empedrado del suelo. Hacía unos días que habían abandonado las espadas de madera y ahora utilizaban armas de verdad. Aún le daba miedo que pudieran resultar heridos. Ellos, por supuesto, eran felices combatiendo sin temor de ningún tipo.

Después de un mes en el San Sebastián de 2007, habían regresado a la verdadera época de Diego. No podía ser de otro modo. Ahora se alegraba profundamente de haber tomado la que en principio fue una difícil decisión.

Desde el primer día, Marina había sido consciente de lo complicado que a Diego le resultaba adaptarse a aquel tiempo. El ruido, el estrés, la cantidad de gente por las calles, la música estridente, el tráfico, los cláxones... Primero pensó que, tras haber combatido en una guerra, lidiar con los adelantos y las diferencias entre uno y otro siglo no sería tan complicado; sin embargo, se equivocaba.

Con todo dolor de su corazón, noche tras noche y pese a que él fingía dormir para no preocuparla, se daba cuenta de que a Diego le costaba conciliar el sueño. Lo observaba respirar con fatiga un aire que a él se le hacía sucio y viciado. Un aire que lo hacía toser como a un anciano.

Marina comprendía que su marido necesitase regresar, pero ¿volver con él al siglo XVIII? ¿Dejar atrás todas las comodidades o a sus amigos? ¿Llevarse a su hijo a un lugar tan «primitivo»? No podía. Por el bien de Yago, no podía. Aunque se le partiese el corazón y supiera que se le seguiría desgarrando cada minuto de su vida, debía renunciar a estar con Diego.

Hablaron mucho sobre el tema. Él era tajante: nunca volvería sin ellos. Incluso enfermo, estaba dispuesto a permanecer allí. Ella intentaba

convencerlo de que regresara antes de que se pusiera aún peor. Por el bien de Yago, Marina consideraba imposible ir. Aunque esa decisión la rompiera por dentro.

Y precisamente fue su hijo quien medió en aquella disputa y quien actuó por ellos. Una mañana descubrieron asustados que se había ido. Una nota pegada a la puerta del frigorífico como única pista. Les había oído hablar y, ahora que lo había conocido, no quería perder a su padre. Deseaba que estuvieran los tres juntos y si para eso debían ir a otra época, olvidarse de su PlayStation y de sus videojuegos, pues estaba dispuesto. Así su madre no tendría motivos para negarse. Además, sabía que correrían en pos de él en cuanto se dieran cuenta de su ausencia.

«¡Tan terco y cabezota como Diego!», pensó con una tierna sonrisa.

Y allí estaba, de nuevo en el siglo XVIII. Lo curioso era que, salvo por algunas cosas como disponer de agua caliente sin restricciones o los avances médicos, no añoraba su verdadera época.

Al ver que los contendientes se tomaban un descanso en la clase de esgrima, se puso el chal de lana por los hombros y salió al patio. Pese al frío estaban sudando; de sus hombros emanaba vapor. Los dos sonreían, satisfechos.

—Has mejorado mucho, Yago. —Se acercó a su hijo para palmearle la espalda. La única concesión que permitía su pequeño hombrecito.

—Tengo un buen maestro —aseguró el niño, mirando a su padre con adoración—. Pero hace tiempo que debería haber empezado a aprender esgrima. Tengo que ponerme al día.

—Eres un excelente alumno, hijo. —Había orgullo en la voz de Diego—. Si le pones tanto empeño al latín, francés, aritmética... como a esto, serás un virtuoso. —Le entregó su florete para que los guardase antes de revolverle el pelo con cariño—. El señor Ezquerria no tardará en venir para tus clases. Será mejor que te prepares si quieres alcanzar a tus compañeros en el colegio.

—¿Es tan necesario aprender latín? —protestó Yago—. En unos años nadie lo estudiará...

—¿Aún deseas ser galeno? —Diego esperó a que él asintiera—. Pues en ese caso deberás aprenderlo con más ahínco. Muchos libros de medicina están escritos en esa lengua.

—Pensaba que en este siglo lo del colegio era más fácil —masculló Yago, caminando hacia la casa con los floretes de la mano—. Menos mal que ahora puedo luchar con una espada de verdad en lugar de tecleando en el ordenador. ¡Es muchísimo mejor que un videojuego!

Lo miraron entrar mientras Diego se acercaba y la estrechaba por la cintura.

—Cada vez que pienso en los doce años que me he perdido... ¡Dios mío, Sirena! ¡Cómo me gustaría haberlo visto crecer!

—A mí también me hubiera encantado. Ahora estamos juntos. Podrás disfrutar de ver cómo se hace un hombre.

—Créeme, no pienso perdermelo. —La sujetó con más fuerza, como si temiera que fuera a desaparecer de un momento a otro—. Lo has educado muy bien. Cuando lo miro y recuerdo que es mi hijo, el orgullo me desborda. Debo tener mucho cuidado para que no haga conmigo lo que le dé la gana. Ahora comprendo por lo que pasó mi padre al conocerme. ¡Dios, va a ser todo un reto!

—Lo harás muy bien. Ya lo estás haciendo. Se ha adaptado mejor de lo que pensaba —murmuró ella, besándolo en el cuello, allí donde le latía el pulso. Le gustaba su olor, su sabor. «¿Cómo he podido pensar que podría vivir sin él?»—. Todos mis temores estaban injustificados.

—Aún es un muchacho. Le resulta fácil. —La giró para colocarla frente a él. Podía verse reflejada en sus pupilas—. ¿Y a ti? ¿Es difícil vivir aquí, Sirena?

—Si tú estás conmigo, no. —Lo besó en los labios.

—Mentirosilla —le susurró junto a su boca—. Hasta yo echo en falta ciertas cosas de tu época. Aún recuerdo la noche que hicimos el amor bajo la ducha. Me encantaría repetirlo.

—Pues ve pensando en algún artilugio que haga las funciones, capitán. De momento, he encargado que hagan una bañera más grande —musitó, sintiendo el calor de sus labios en los suyos.

—¡Me matarás, mujer! —Rio—. ¿Cuándo te han dicho que la tendrán?

Marina quiso reír, pero Diego cortó su risa con otro de sus apasionados besos. ¿Vivir sin él? ¡Imposible! Daba igual el siglo o el lugar. Cualquiera sería perfecto si lo compartía con ellos.



PILAR CABERO (Donostia - San Sebastián, Guipúzcoa, País Vasco, España, 1967). María Pilar Rodríguez Cabero.

Estudió en Rentería (San Sebastián, Guipúzcoa), dónde se casó y tuvo a sus dos hijos, aunque actualmente reside en otro pueblo costero de Guipúzcoa.

Logró publicar su primera novela en 2008 con *A través del tiempo*, y desde entonces ha continuado publicando novelas ambientadas en el San Sebastián del s. XVIII. Con *Algo inesperado* se estrenó con la novela contemporánea.

Entre las aficiones de Pilar se encuentra la pintura, en enero de 2012 fue la ganadora absoluta el 16.º Certamen de Pintura organizado por Pinturas Iztieta, por su obra *Entre luces*.

Notas

[1] *Aitona*: Abuelo en euskera. <<

[2] *Aita*: Padre en euskera. <<

[3] *Ama*: madre en euskera. <<



PILAR CABER Lectulandia